

01083
1eja



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Instituto de Investigaciones Antropológicas

**GUERRA Y MILITARISMO EN LA EVOLUCION
DE LA CIVILIZACION EN EL ALTIPLANO
CENTRAL DE MEXICO (DEL CLASICO TARDIO
AL POSTCLASICO)**

**T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
DOCTORA EN FILOSOFIA
P R E S E N T A:**

CATHERINE ANN SPOHN

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

MEXICO, D. F.

1986



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CAPITULO I

INTRODUCCION

En la mayoría de las teorías antropológicas sobre el desarrollo de las sociedades complejas, la guerra ha jugado por lo menos un papel menor en los procesos involucrados, junto con otros factores, tales como la tecnología, métodos de subsistencia, la ideología, la demografía, patrones de asentamiento, la organización sociopolítica, etcétera. A causa de ciertas limitaciones de la evidencia arqueológica, se ha hecho poco esfuerzo para analizar el papel de la guerra en la evolución de las civilizaciones primitivas, aunque se han servido de datos etnográficos, históricos y sociológicos para este propósito. Para el Altiplano Central de México, por ejemplo, los únicos estudios sobre la guerra tratan solamente del postclásico tardío, o sea de la última fase de la civilización indígena antes de su destrucción por los españoles en 1519 D.C. Esta tesis es un intento para analizar la significación de la guerra en la evolución de la civilización en el Altiplano Central del México prehispánico.

El Altiplano Central de México (Figura 1) consiste en una meseta elevada, la mayoría de la cual está ubicada a más de 2,000 metros de altura, rodeada de las dos inmensas cordilleras que corren a lo largo del país, la Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre Oriental. Esta área ha sido y sigue siendo el centro político y económico de México. Está ubicada en una zona subtropical de clima semiárido. La Meseta Central se divide por montañas en varias cuencas que son

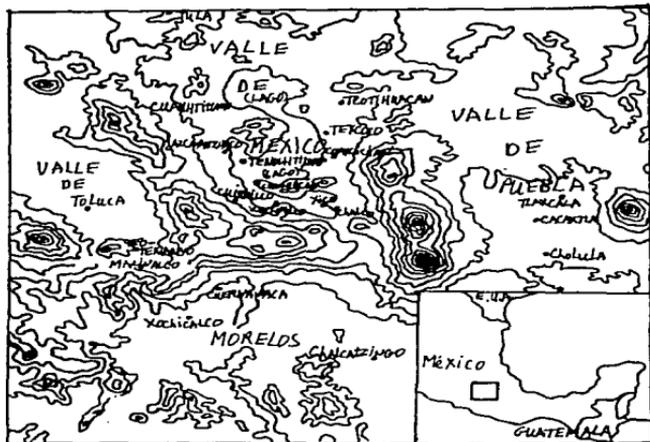


Figura 1. El Altiplano Central de México
(Hirth 1984:580, Fig. 1).

interconectadas por medio de pasos naturales.

El corazón del Altiplano Central es el Valle de México, una cuenca muy diversificada de casi 8000 km.² de extensión. Está rodeada de sierra al este, al oeste y al sur, y de una cadena de cerros bajos hacia el norte. Formó una unidad hidrográfica cerrada con un sistema de cinco lagos poco profundos y cenagosos en el fondo del valle, hasta que fueron desaguados durante la época colonial. La Cuenca de México está caracterizada por un alto grado de complejidad geográfica, resultando en la formación de por lo menos nueve zonas ambientales mayores, cada una con su propio conjunto de rasgos físicos y recursos naturales.¹

Hacia el este y oeste del Valle de México, se encuentran dos cuencas fluviales, las de Puebla (los ríos Atoyac y Nexapa) y Toluca (el río Lerma). Estas también tienen un medio ambiente diversificado. La región de Puebla-Tlaxcala es un puerto de entrada a las tierras bajas de la Costa del Golfo, mientras que el río Lerma, que nace en el Valle de Toluca, lleva al México occidental. Al sur de la Cuenca de México, la tierra desciende hasta el área más templada y más húmeda de Morelos, que conduce a las tierras altas y bajas del sur de México. Hacia el norte de la Cuenca de México está la región de Tula en la parte meridional del estado de Hidalgo, la entrada a las estepas del norte de México, la que es semejante a la Cuenca en muchos puntos, pero está expuesta a condiciones más secas y menos fecundas. Todas estas regiones están caracterizadas por una diversidad de zonas ecológicas que produce un potencial agrícola variante y la distribución localizada de recursos naturales por todo el Altiplano Central. Estas

¹Para descripciones del medio ambiente del Altiplano Central, y en especial de la Cuenca de México, véase Sanders, Parsons y Santley 1979:81-89; McClung de Tapia 1979:24-33; Wolf 1959:3-10; Sanders 1965:6-7 y 19-27.

cinco regiones--la Cuenca de México, la región de Tula, el Valle de Toluca, la región de Puebla-Tlaxcala, y Morelos--forman el núcleo del Altiplano Central, el área en donde surgió la civilización mesoamericana de las tierras altas en primer lugar y alcanzó su clímax en el momento de la conquista española. Puesto que estas regiones eran tan estrechamente interrelacionadas culturalmente, políticamente y económicamente en la época prehispánica, comprenden el área de estudio de esta tesis.

El período en lo que se concentra mi interés particular es el fin del clásico y el epiclásico o protopostclásico, que data desde 650 o 700 hasta 950 D.C. aproximadamente (véase el Cuadro 1). Este interés es en parte el resultado de un seminario de investigación y tesis a que asistí en 1978 con la profesora Evelyn Rattray en el Instituto de Investigaciones Antropológicas. El epiclásico ha sido hasta hace poco una de estas épocas como las supuestas "edades oscuras" que son poco estudiadas y muchas veces mal entendidas, y por lo tanto no apreciadas. Se lo ha visto frecuentemente como un interin sumamente competidor, militarista y políticamente caótico, entre la caída de Teotihuacan a fines del clásico y el surgimiento de los imperios postclásicos, durante el cual el mando de las teocracias pacíficas fue reemplazado con regímenes militaristas y seculares (Canseco Vincourt 1963:18-41; Wolf 1959:78-108; Palerm 1980:68-76; Jiménez Moreno 1959:1056-1057). Esto es una simplificación exagerada de los acontecimientos que ocurrieron en este período. Esta visión del epiclásico se ha modificado algo en los años recientes a medida que se han hecho disponibles nuevos datos para la Cuenca de México y las regiones colindantes.

Puesto que esta tesis trata del papel de la guerra en el desarrollo sociopolítico del Altiplano Central, lo juzgó preciso incluir

CUADRO 1

SECUENCIA CRONOLÓGICA PARA EL ALTIPLANO CENTRAL Y LA CUENCA DE MEXICO
(Sanders 1965:16 y Sanders, Parsons y Santley 1979:93, Cuadro 5.1)

Fecha	Periodo cronológico	La Cuenca de México		
		Periodo arqueológico	Fase arqueológica	
DC	Postclásico tardío	Azteca tardío	Tlatelolco	
		Azteca temprano	Tenochtitlan	
			Culhuacan Tenayuca	
	Postclásico temprano	Tolteca tardío		Mazapan
				Coyotlatelco
	Epiclásico	Tolteca temprano		
	Clásico tardío	Teotihuacan IV	Metepc	
		Teotihuacan III	Xolalpan	
	Clásico temprano	Teotihuacan II-III	Tlamimilolpa tardío	
			Tlamimilolpa temprano	
		Teotihuacan II	Miccaotli	
	Formativo terminal	Teotihuacan II	Tzacuali	
		Teotihuacan I	Cuicuilco V (Patlachique)	
	AC	Formativo tardío	Ticomán tardío	Cuicuilco IV (Tezoyuca)
Formativo tardío		Ticomán temprano		Ticomán III
				Ticomán II
				Ticomán I
Formativo medio		Zacatenco medio (Tlatilco)		Cuautepc-La Pastora tardío
				La Pastora temprano
				El Arbolillo
Formativo temprano		Zacatenco temprano		Bomba
				Manantial
			Ayotla	
			Coapexco	

un análisis de la evidencia para la guerra para todas las eras prehispánicas, aunque se enfatiza el fin del clásico y el epiclásico. Como se verá en el Capítulo IV, se han descubierto algunos indicios de que se emprendió guerra durante el formativo y el clásico temprano. La escasez de datos sobre el conflicto explica porqué no se ha intentado analizar el papel de la guerra y la competencia en la evolución de las civilizaciones primitivas, con unas pocas excepciones; pero como señala Webster (1977:357), la evidencia negativa no tiene significación, puesto que la guerra primitiva deja pocas huellas en los restos arqueológicos. Además, con incluir datos que generalmente se pasan por alto, tales como patrones de asentamiento, se ve que se puede formular unas hipótesis acerca del papel de la guerra en el formativo y clásico temprano, lo que ayudará a determinar la importancia de la guerra en la caída del mundo clásico y su secuela, el epiclásico. También, hay un fondo inmenso de información sobre la época que sigue después del epiclásico o el postclásico, en las fuentes etnohistóricas, lo que he encontrado muy útil para comprender el papel de la guerra en las épocas anteriores tanto como en el período justo antes de la conquista española.

Esta disertación está basada en datos que fueron descubiertos por otros arqueólogos, por antropólogos y etnohistoriadores, aunque la interpretación que se les consigna en esta obra es mía totalmente. Como estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, yo misma participé en el reconocimiento en 1974 del sitio fortificado de Tetepetla en Tlaxcala, lo que se realizó como parte del Proyecto Arqueológico Puebla-Tlaxcala bajo los auspicios de la Fundación Alemana para la Investigación Científica y del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dirigido por Angel García Cook. Además, he visitado alguna vez casi todos los demás sitios importantes mencionados en el

texto, y he tenido la oportunidad de examinar unas muestras de las colecciones cerámicas de algunos de estos sitios gracias al seminario sobre el epiclásico susodicho y a la comunicación personal con varios miembros del Instituto de Investigaciones Antropológicas, sobre todo con Ann Cyphers Guillén, Yoko Sugiura y Evelyn Rattray (véase los agradecimientos).

Las obras publicadas consultadas abarcan un gran surtido de material, desde las crónicas de los escritores coloniales, hasta informes de sitios y estudios interpretativos de los datos arqueológicos, históricos y antropológicos. A excepción del postclásico tardío, para el cual existen estudios dedicados específicamente a la guerra, los datos arqueológicos relacionados con este tema están esparcidos en muchos informes, monografías y artículos sobre otros aspectos de la cultura. Como indico en el Capítulo II con más detalles, la evidencia para la guerra tiene una gran variedad de formas, e incluye fenómenos como patrones de asentamiento y cambios en los restos culturales, tanto como los artefactos más obvios como las fortificaciones y representaciones de batallas y guerreros. Así es que tuve que reunir muchos datos arqueológicos y evaluar el significado de toda esta información con respecto a la guerra.

En el Capítulo II presento una evaluación crítica de los puntos de vista antropológicos sobre la guerra en general, lo que es esencial para entender el papel de la guerra en el desarrollo de una sociedad compleja tal como la del Altiplano Central de México. El capítulo siguiente trata de la guerra durante el postclásico en el Altiplano Central. Esta sección es sustanciosa por la enorme cantidad de material disponible en las fuentes históricas. Con examinar la organización militar y el papel de la guerra al tiempo de la conquista española,

se puede obtener algunas ideas sobre sus funciones e importancia en los períodos más antiguos, siempre que se emplea mucho cuidado y no se hace ningún esfuerzo para atribuir indistintamente los conceptos y propósitos postclásicos a las fases más tempranas. Además, el post-clásico es el único período en la historia mesoamericana por lo cual existe alguna información confiable sobre las causas de la guerra desde el punto de vista de la gente involucrada.

El Capítulo IV trata de la guerra desde el formativo hasta el clásico temprano. En el Capítulo V se presenta los indicios arqueológicos de la fase tardía del clásico y del papel de la guerra en la decadencia del mundo clásico. La siguiente sección trata de la competencia y el combate durante el epiclásico. En estos tres capítulos presento los datos arqueológicos relativos a la guerra, que es la única fuente de información para la época prehistórica que hay, y además mi interpretación de la evidencia para el papel de la guerra en el desarrollo sociopolítico en el Altiplano Central de México a través del tiempo. Incluyo mapas de distribución y gráficas con cifras cuantitativas que sirven para determinar la importancia de la guerra a través del tiempo.

Yo sostengo que la guerra tuvo un papel significativo en la evolución de la civilización (véase el Capítulo II); pero al mismo tiempo niego enfáticamente que sea la causa principal del desarrollo sociopolítico, sino que es uno de numerosos factores envueltos en un sistema complejo de procesos y interrelaciones. El propósito de esta tesis es analizar el papel de la guerra en la evolución sociopolítica del Altiplano Central de México en la época prehispánica, con el énfasis en el período que se ha considerado tradicionalmente como el principio del militarismo en Mesoamérica, y para que existe bastante evidencia

arqueológica para hacer dicho análisis. Pretendo determinar la función de la guerra en efectuar el cambio sociopolítico en esta área, si las hay. Es de esperar que este análisis ayudará a comprender los procesos envueltos en el desarrollo de la civilización en el Altiplano Central de Mesoamérica.

CAPITULO II

PUNTOS DE VISTA ANTROPOLOGICOS SOBRE LA GUERRA: UNA EVALUACION CRITICA

La guerra ha sido el objeto de mucha controversia en los círculos antropológicos desde hace muchos años. Gran parte de esta disputa se concentra en la naturaleza de la guerra y de la agresión humana: ¿es una cualidad genética inherente en el ser humano como animal, un instinto, o una respuesta de comportamiento aprendida? Estudios recientes sobre el comportamiento y la organización social de los animales, sobre todo entre los primates, los parientes más cercanos del hombre en el reino animal, han contribuido significativamente a esta controversia.

Sin embargo, la falta de investigaciones acerca de la guerra durante la época prehistórica del desarrollo humano es un gran problema. La mayor parte de las investigaciones antropológicas se tratan de estudios etnográficos de grupos primitivos durante los últimos cien años más o menos, todos los cuales fueron sometidos a fuertes tensiones, la transformación sociocultural intensa, la disminución drástica de sus poblaciones, y hasta la extinción, toda causada por la incorporación de dichos grupos al mundo moderno, generalmente por medio de la dominación y la colonización. Esto suscita algunas dudas de la utilidad de este material etnográfico para el estudio de las condiciones autóctonas. Otras investigaciones tratan de las épocas históricas y protohistóricas del desarrollo de la civilización, cuando se hacen disponibles los documentos escritos por primera vez; éstas incluyen estudios sobre el

antiguo Egipto y Mesopotamia, los incas del Perú, y los aztecas y otros grupos del postclásico tardío en Mesoamérica. Se ha investigado muy poco acerca del papel de la guerra en la época prehistórica de las civilizaciones más tempranas tanto del Viejo como del Nuevo Mundo, aunque se puede encontrar algunos comentarios en obras que tratan de otros aspectos de estas sociedades o de los periodos históricos. Esto se debe en gran parte a las limitaciones de la evidencia arqueológica aprovechable y a la aparición reciente de nuevos modelos para explicar los procesos del desarrollo cultural, los cuales dan importancia a los factores ambientales, a veces a costa de consideraciones socioculturales.

Tres temas básicos predominan en las teorías antropológicas de la guerra: la naturaleza de la guerra, las causas y consecuencias del combate, y la significación de la guerra para la evolución sociopolítica. Trataré de cada uno de estos aspectos en este capítulo con presentar las teorías y conceptos antropológicos prevaletentes además de mis propios comentarios y opiniones sobre estos asuntos, sobre todo a medida que sean pertinentes al tema específico de esta tesis.

Definición de la Guerra y del Militarismo

La guerra se define como

(1) desavenencia y rompimiento de paz entre dos o más potencias; (2) pugna, disidencia entre dos o más personas; (3) toda especie de lucha y combate, aunque sea en el sentido moral (Diccionario enciclopédico de la lengua castellana: I, 1175).

Generalmente las definiciones antropológicas son similares a ésta, por ejemplo la que usa Fried, que proviene de Wright: "Se tomará la guerra por la ... condición que permite que dos o más grupos hostiles traben un conflicto por la fuerza armada" (Wright 1941: I, 8, citado por Fried 1961: 137). Ciertos antropólogos agregan que el combate es dirigido por un grupo específico en contra de otro, y que es sancionado

por el grupo, al menos hasta cierto punto:

Como será considerado aquí, la guerra es percibida simplemente como un ataque, o actos de agresión, por miembros de un grupo social contra miembros de otra facción del mismo grupo (conflicto civil) o contra miembros de un grupo social distinto. Se inferiría esencialmente que tales ataques, o actos de agresión, tienen por lo menos cierta aprobación tácita entre los miembros del grupo que inicia y/o perpetúa las hostilidades (Harrison 1973:2).

Este punto de vista es de contexto más estrechamente antropológico, y se lo pone a veces en términos antropológicos:

La guerra será considerada como una invención cultural conseguida a la identificación del grupo, a la existencia de tabús compartidos contra la matanza intragrupo ... y a la sanción social de la matanza de miembros del grupo oponente, también definida culturalmente (Mead 1968:216).

Otro punto de vista que se encuentra en la literatura antropológica sostiene que la guerra es un tipo de competencia específico entre unidades sociales que cumple una función precisa dentro de la sociedad, como aumentar la base de subsistencia del grupo:

La guerra será considerada como un tipo de conflicto armado que ocurre entre sociedades, que se hallan en competencia por cualquier cosa que los grupos involucrados aprecian, que generalmente consiste en territorio o en ciertos productos de este territorio, tales como terrenos buenos para la caza, tierras petroleras o agrícolas (Newcomb 1950:317).

Por otra parte, Clausewitz, un militar y filósofo de la guerra, opinó que la guerra es un instrumento político y una extensión de la política de los estados nacionales:

Por lo tanto la guerra es un acto de violencia con la intención de obligar a nuestro antagonista a cumplir nuestra voluntad (Clausewitz 1968:1; también 118-120).

La definición de Harrison se acerca a la del diccionario, y es adecuada para los propósitos de esta tesis. Otro factor muy importante que se debe tener en cuenta es que la guerra es una forma de conflicto y una parte íntegra del sistema social de los grupos humanos, y como tal es un elemento significativo en los procesos del desarrollo sociopolítico.

El militarismo como término ha recibido menos atención en la literatura antropológica, principalmente porque se lo considera en general apto solamente para las entidades políticas altamente estratificadas y centralizadas, aunque no es siempre el caso. Según el Diccionario enciclopédico de la lengua castellana (II, 313), el militarismo consta del predominio del elemento militar en el gobierno de un estado; por extensión, dicese también de la tendencia o propensión a ese predominio.

Gorenstein (1973:5) lo define como "una preocupación con y un interés intenso en la guerra." Tomado en este sentido, el militarismo puede aplicarse a las sociedades relativamente sencillas que dan mucha importancia al valor físico en batalla y a la guerra como una actividad mayor en la sociedad.

La definición de Webster del militarismo como una forma especial de la guerra se refiere a las sociedades estratificadas, es decir, a los estados: "El militarismo es la institucionalización efectiva de la guerra y sus avios en la organización social, ideología y simbolismo de las sociedades complejas (estados)" (Webster 1977:363-364). El militarismo está caracterizado por metas de engrandecimiento territorial y la adquisición de recursos capitales como yacimientos minerales, rutas comerciales, y hasta los seres humanos; por un proceso de tomar decisiones y liderazgo que son firmemente controlados por la élite gobernante como parte de la política del gobierno; por la capacidad de la sociedad de incorporar y consolidar las conquistas territoriales; por la aparición de soldados semiprofesionales o profesionales y una clase profesional de oficiales militares que está controlada en sumo grado por la élite gobernante; por la mortalidad incrementada y la mayor frecuencia e intensidad de la guerra; y por la aparición de armas especializadas, arquitectura militar (fortificaciones) y la estrategia y táctica más elaborada.

Causas de la Guerra

Las causas de la guerra han sido investigadas por antropólogos, sociólogos, historiadores, entre otros, generalmente con relación a su propio punto de vista o interés específico. En los años recientes se ha dado mucho importancia a la presión económica y demográfica como la causa del conflicto; pero se han examinado también los motivos psicológicos, políticos, sociales e ideológicos. Ya se comprende que el conflicto es un factor integrante en la evolución cultural, y que las causas de la guerra generalmente son variadas y complejas.

Agresión: La Cuestión Biológica

La cuestión de la naturaleza de la agresión humana es de importancia fundamental a la controversia sobre la guerra: ¿Es la agresión inherente en el hombre, o es comportamiento aprendido y establecido culturalmente? ¿Es el luchar intraespecífico una parte esencial de nuestro carácter genético o biológico, o dimensión de la cultura? El primer punto de vista, articulado por algunos etólogos y antropólogos, está basado en los estudios de comportamiento y sociales de animales que demuestran que algunos animales tienen un sentido de territorio, y que lucharán a veces para defenderlo. Según parece, la mayoría de los antropólogos prefieren el punto de vista contrario, o sea que la guerra es una invención social y un fenómeno cultural que se puede controlar y hasta abolir, una vez que se han establecido los medios aptos de adjudicar las discordias y de contener los conflictos.

Como se verá, la definición de la guerra que se usa es importante a esta controversia. La guerra ocurre entre grupos; el luchar entre individuos dentro del mismo grupo generalmente es considerado distinto, tanto por los escolares como por los miembros de las mismas sociedades.

Otro factor importante es la diferencia entre la agresión y la defensa. Se puede ver la defensa propia, de su grupo o territorio propio como una respuesta instintiva a la agresión. Lo que inicia la agresión es otra cuestión.

La base biológica de la guerra ha sido defendido por Lorenz y Morris y Ardrey, entre otros. Está basada tanto en estudios etológicos y biológicos de animales, sobre todo de los primates, como en las investigaciones antropológicas y biológicas de los grupos humanos a un nivel de integración sociocultural bajo--es decir, el hombre "primitivo." Se ha reconocido durante mucho tiempo que el pelear tanto intra-específico como interespecífico ocurre entre muchos géneros de aves, peces, mamíferos, aun insectos, aunque algunas especies están exentas, al parecer. Esta pelea es el resultado de la frustración ocasionada por una amenaza percibida a las necesidades básicas del sobrevivir. El combate interespecífico tiene lugar cuando dos o más especies compiten por el mismo nicho ecológico, o en el caso de la conducta predatoria. En ambos tipos de competencia se encuentra un aspecto defensivo tanto como ofensivo; se los pueden observar particularmente en cuanto a la conducta predatoria. Algunos animales tomarán medidas extremas para protegerse y a su cría. Parece que se desarrollaron grupos sociales relativamente complejos entre ciertas especies como los mandriles en gran parte para proteger a los miembros de los predadores.

La pelea intraespecífica ocurre entre individuos de distintas unidades sociales de la misma especie, por ejemplo cuando un grupo se mete en el territorio de otro; o entre miembros de diferentes rangos dentro de la misma unidad social. Puesto que la guerra es una forma de conflicto intraespecífico, se examinarán estos casos algo más atentamente.

Los científicos que estudian aquellos animales que viven en uni-

dades sociales o en familias se han dado cuenta de que los jóvenes varoniles desafiarán frecuentemente los machos dominantes y mayores del grupo, una vez que se acercan a la madurez. Esto resulta en peleas entre los machos; el perdedor o tiene que aceptar una posición social más baja, o se lo expulsa del grupo, o a veces hasta se muere. Resulta que el grupo mismo queda vigorizado, porque se reconoce como líder o macho dominante al más fuerte, al que es el más capaz de defender el grupo y su territorio. Además, se fortalece el fondo genético del grupo con eliminar los individuos más débiles y asegurar que los más fuertes tendrían acceso casi exclusivo a las hembras (Suttles 1961; Livingstone 1968:10-11; Carpenter 1968). Algunas autoridades sostienen además que la necesidad aparente del joven macho de afirmar su virilidad y su derecho a una hembra por lo menos, explica hasta cierto punto por qué al parecer a muchos jóvenes les gusta pelear, y que la guerra les proporciona un dosfogu para este impulso agresivo en los jóvenes.

La territorialidad es un concepto de que se ha servido para explicar mucha agresión. Ardrey, un exponente sobresaliente de la territorialidad, explica este concepto de esta manera:

Un territorio es una área de espacio, sea de agua o de tierra o de aire, que un animal o un grupo de animales defiende como un coto exclusivo. La palabra se usa también para describir la compulsión interior en los seres animados de poseer y defender tal espacio. Una especie de animales, por lo tanto, es una en la cual todos los machos, y a veces las hembras también, tienen un impulso inherente a ganar y defender una propiedad exclusiva (Ardrey 1966:3).

Este territorio es la base casera del animal o grupo de animales, de la cual se obtiene todo su sustento, y que le proporciona a cada individuo o cada pareja el espacio suficiente para dar no sólo un acopio abundante de alimentos, sino que también para defender a los hijuelos y proteger a sus ritos del cortejo y del apareamiento. En otras pala-

bras, el territorio se ha vuelto esencial para la supervivencia de por lo menos algunas especies; por lo tanto el defenderlo se hace innato entre aquellos animales que son territoriales (Ardrey 1966:3-117). En tal caso la agresión es comportamiento adaptivo.

La teoría etológica extrema sostiene que la guerra es una extensión de este instinto de defender el territorio propio. Según este punto de vista, la selección natural ha obrado para asegurar la supervivencia de las especies con favorecer a aquéllos quienes tengan buen éxito en defender su territorio--en otras palabras, los individuos más agresivos. Por lo tanto la agresión se ha convertido en parte del carácter genético del ser humano, y es un rasgo inevitable de la naturaleza humana (Ardrey 1966; Lorenz 1966; Morris 1984).

Al otro extremo se hallan aquellas autoridades quienes opinan que tanto la guerra como la agresión son invenciones culturales que deben poco o nada a nuestros orígenes biológicos (Holloway 1968; Montagu 1976; Crook 1968). Esta teoría está basada en varias observaciones: a saber, que muchas especies de animales no son territoriales; que en realidad se matan pocos animales cuando defienden su territorio y cuando se portan agresivamente porque las amenazas o las peleas rituales bastan usualmente para hacer retirar al intruso; que a los humanos les faltan instintos como tal; que no todas las sociedades humanas hacen guerra; y que se aprende y se fomenta el comportamiento agresivo en ciertos grupos humanos, especialmente en aquellos que guerrear, mientras que se lo desapruaba entre otras sociedades en las cuales la agresión y la guerra son casi desconocidas (Mead 1968; Leakey y Lewin 1977:208-223; Genovés 1977). Como siempre, la realidad se encuentra entre estos dos puntos de vista extremos.

La mayoría de las autoridades convienen en que la agresión humana

tiene aspectos tanto biológicos como culturales. Casi todo el comportamiento humano tiene un componente genético, sobre todo los patrones de conducta básica relacionados con la supervivencia. Indudablemente la capacidad de portarse agresivamente en ciertas circunstancias forma parte de nuestra composición fisiológica, por ejemplo cuando se escasean los alimentos o un predador o otro miembro de la misma especie ataca a uno mismo o a sus hijos. El comportamiento agresivo es una respuesta a la frustración o a las amenazas a la vida provocadas por ciertos estímulos externos. La agresión es innata porque tiene un componente hereditario que "consiste en la tendencia a reaccionar con atacar o con hostilidad a ciertas clases de estímulo" (Crook 1968:154 y 150-155). Además, parece que los hábitos carnívoros y la cacería, que comprende la matanza de individuos de otras especies, probablemente aumentaron la cantidad y la complejidad de los estímulos externos que provocan la agresión, tanto como la tendencia a reaccionar con agresión; al mismo tiempo creció el grado de cooperación exigida dentro del grupo social para asegurar la supervivencia. Pero en este punto se deja el reino biológico y se empieza a meterse en los procesos de socialización y patrones de comportamiento aprendidos.

Igual que otros factores, la agresión afecta la formación de grupos sociales con regular la estructura y las funciones del grupo; a su vez la organización del grupo influye en el comportamiento agresivo. Vivir en grupos sociales, por muy pequeños que sean, requiere cierto grado de cooperación entre los miembros, sobre todo para ciertas actividades como la caza. Al mismo tiempo, la cooperación puede significar la sublimación de las necesidades e impulsos individuales a los del grupo, lo que resulta en más frustración entre los miembros:

La capacidad para la agresión humana es en cierto modo un resultado

de la selección natural por las estructuras sentimentales realizadas enfocadas sobre la identidad propia y la estructura social cooperativa. La selección natural por la cooperación compleja y prolongada ha dotado al hombre con más grados de interacción emocional que en los demás animales. ... Pero las estructuras sociales y simbólicas que le permite realizar tareas compartidas para asegurar su existencia, también aseguran la frustración, el dolor y el conflicto dentro del grupo. En resumidas cuentas, grupos significan conflicto (Holloway 1968:42).

Se hace cada vez más necesario controlar la agresión dentro de la comunidad, sobre todo con fomentar la identificación de uno mismo con el grupo; esto tiende a cambiar la dirección de los impulsos agresivos contra los miembros de otras entidades sociales de la misma especie.

Con la aparición de grupos sociales, se aumenta el número de estímulos externos que ocasionan la agresión así como las respuestas posibles a tales estímulos. Aún entre los animales se ha observado que los individuos responden a cierto estímulo en patrones fijos de comportamiento agresivo que envían mensajes específicos a otros miembros de la especie. Estas acciones, que incluyen gestos, posturas, expresiones faciales tanto como comunicación vocal y verdaderas peleas, tienen significados precisos para todos los miembros de la especie, como de amnazar, expresar sus intenciones etcétera, y son patrones de comportamiento aprendidos. En suma, la necesidad percibida de defenderse o a los hijos, a veces con la agresión, es innata; la forma particular en la cual uno reacciona a este estímulo es conducta aprendida.

¿Pero, es la guerra la misma cosa que la agresión? Refiriéndose a las definiciones de Harrison y Wright, en la guerra se trata de los grupos; mientras que los individuos pueden reaccionar y de veras reaccionan frecuentemente con agresión en ciertas situaciones. La guerra puede ocurrir únicamente cuando se encuentran grupos sociales a cierto nivel de organización sociopolítica, logrado sólo por el ser humano. La agresión puede tener lugar entre individuos del mismo grupo emparen-

tado, aún dentro de la familia cercana; la guerra se refiere generalmente al conflicto con un grupo ajeno, o con otra facción que ocupa una posición algo diferente dentro de la misma sociedad, como en la guerra civil. Mientras que la agresión es el resultado de estímulos externos que son percibidos como amenazas a la supervivencia del individuo o del grupo, no es necesariamente así en cuanto a la guerra, sobre todo a medida que los pensamientos de conquista empezaron a establecerse en los estados primitivos de Egipto, Mesopotamia, y hasta Teotihuacan, como se verá. La agresión entre individuos puede ser manipulada por la unidad sociopolítica que instiga la guerra con provocar emociones hostiles contra el enemigo. La mayoría de los soldados o guerreros son hombres jóvenes en la flor de la vida, quienes pertenecen a esa edad que al parecer está más propensa a responder agresivamente a ciertos estímulos. La guerra es una actividad organizada y planeada con ciertas metas en mente; por lo tanto es principalmente de origen cultural. Es interesante notar que tanto en la época moderna como entre los pueblos históricos y primitivos, las justificaciones por la guerra se expresan frecuentemente en términos de la necesidad de defender el grupo contra el enemigo quien busca su destrucción.

También se ha discutido mucho la cuestión de que si la guerra haya existido desde el origen de la raza humana hace unos 4 o 5 millones de años en el continente africano, cuando el ser humano fue un cazador-recolector errante con una organización social igualitaria; o si no haya aparecido hasta se inició la agricultura con la vida sedentaria y la estratificación social, hace apenas unos 10,000 a 12,000 años en el Viejo Mundo, o 7,000 años en las Américas. Al señalar que muy pocos grupos humanos tenían absolutamente ningún conocimiento de la guerra antes de ponerse en contacto con la civilización occidental, Webster

(1976:1) declara que "en frecuencia y alcance de ocurrencia, la guerra es tan común que podemos considerarla prácticamente un concomitante universal de la existencia social humana." Otras autoridades, citando estos mismos grupos como pacíficos y no agresivos, sostienen que la verdadera guerra sólo ocurre entre las sociedades estratificadas, o por lo menos entre sociedades de rango o tribus: "El hecho parece ser escuetamente que las sociedades no estatales no se entregan por regla general a la guerra, y que usualmente se necesita la organización de una sociedad en un estado político antes de que entron en juego aquellas condiciones que conducen a la guerra auténtica" (Montagu 1976:270-271).

La última opinión está basada en relatos etnográficos de grupos primitivos--es decir, de grupos en cuya cultura ya se ha influido hasta cierto punto la civilización moderna y que ya habían dejado de pelear tanto dentro de como entre los grupos. No es más que natural que el combate sería menos frecuente y menos organizado entre las bandas nomadas o seminomadas de cazadores-recolectores que entre los agricultores sedentarios; su modo de vivir lo hace mucho más fácil de evitar conflictos, porque un grupo puede alejarse de otro si se fomenten choques. Además, cuanto más personas se hallan en un área, más alta sería la probabilidad de conflicto; y las bandas de cazadores-recolectores mantienen por lo general una densidad demográfica muy baja, también debido a su modo de vivir particular. Según parece, hasta el número de grupos primitivos que no tengan ningún conocimiento de la guerra es bastante pequeño. Hoy día estos grupos se encuentran en áreas muy aisladas, y hay evidencia de que algunos habían conocido la guerra antes de ponerse en contacto con las culturas occidentales.² En la guerra entre bandas se

²De las 50 sociedades examinadas por Otterbein, a sólo cuatro les falta cualquier tipo de organización militar, aunque todas tomarán se-

necesitan pocos hombres quienes usan las mismas armas que en la caza. Se emplea muy poca táctica o planificación; de hecho, el combate probablemente no es organizado realmente a base del grupo, sino que depende de encuentros entre guerreros individuales, con poca dirección o comandancia (Fried 1967:92-105; Service 1975:56-70; Lee 1972).

Evidencia arqueológica del combate entre los hombres primitivos está escasa y además problemática. Se encontró un cráneo de Australopithecus con una piedra grande empotrada que se remonta a casi dos millones de años (Livingstone 1968:8). El hombre de Pekín, un grupo de Homo erectus que habitó la China hace unos 500,000 años, practicó el canibalismo; pero no hay nada que demuestre si las víctimas hubieran muerto a causa del conflicto o si hubieran fallecido de muerte natural (Leakey y Lewin 1977:220-221). Un individuo neandertaliano enterrado en el Monte Carmel había sido gravemente herido de la cadera por la punta endurecida al fuego de una lanza de madera (Clark y Piggott 1970: 49). Fracturas hundidas de los cráneos de varios individuos de Australopithecus, Homo erectus y Homo sapiens del Africa, Asia y Europa

didias defensivas si fuera necesario. Todas las cuatro sociedades se encuentran hoy en día en sitios aislados--en una isla pequeña, los baldíos árticos o en lo alto de unas montañas remotas--y al parecer todas se vieron obligadas a abandonar sus hogares antiguos en lugares más benignos por grupos más fuertes. Indicios de que éstos y otros pueblos "pacíficos" disponían en tiempos pasados de organizaciones militares y guerreaban, incluyen cuentos de batallas en sus tradiciones orales, el uso de armas en sus ceremonias actuales, la disposición de las aldeas, y la preservación de palabras de significado militar (Otterbein 1970:20-21). Se han epitomado los pueblos del suroeste de los Estados Unidos como una nación pacífica y no agresiva; pero existe bastante evidencia tanto arqueológica como etnohistórica para la guerra intertribal antes de la pacificación forzada por los españoles y el gobierno estadounidense (Ellis 1951). Fried (1961:138) notó que once de las catorce sociedades sencillas que él examinó tienen patrones de violencia organizada que constan de riñas entre familias o tribus, correrías y emboscadas. Descubrió que la evidencia para los demás tres grupos es contradictoria, pero parece que la violencia es rara, si no enteramente desconocida, en estas sociedades.

demuestran que ocurría ciertamente el asesinato intraespecífico; pero no se puede determinar si estas heridas fueran causadas por el conflicto dentro de o entre los grupos (Roper 1969). En la cueva de Adaura en Sicilia, que data del Paleolítico Superior, están representados dos posibles cautivos o víctimas de sacrificio en el centro de una escena de baile; se encuentran figuras humanas acribilladas con flechas en las cuevas de Pech Merle y Cognac en Francia (Roper 1969:447-448; Canseco Vincourt 1963:4). Al parecer no se ha descubierto todavía ninguna representación de peleas reales entre grupos humanos antes del Mesolítico; pero se habían pintado guerreros combatientes con arcos y flechas en varios abrigos de la costa levantina de España (Canseco Vincourt 1963: 4-5).

La escasez de restos que se remontan a los periodos tempranos de la existencia humana, la falta de armas especializadas y de obras defensivas, la carencia de representaciones artísticas de la vida del hombre primitivo, y la suerte de la preservación--todos estos factores se combinan para dificultar mucho la reconstrucción de las relaciones entre los grupos humanos. La falta de evidencia definitiva de la guerra no quiere decir que no tuvieran lugar peleas entre los grupos humanos en aquella época tan temprana; indica ciertamente que el conflicto armado debe de haber sido esporádico, mal organizado y realizado en pequeña escala.

De cualquier modo, representaciones de guerreros y batallas aumentan desde el principio del Neolítico en el Viejo Mundo. Esto está consecuente con los datos etnográficos, que demuestran que los grupos a un nivel sociopolítico más alto, por ejemplo tribus y cacicazgos, guerrean más que las bandas. Demuestra además que el nivel de sofisticación con respecto a la táctica, planificación y organización militar está hasta cierto punto proporcionado con el nivel de centralización política.

Por esta razón diferentes tipos de guerra han aparecido a varios tiempos y en distintos lugares por todo el mundo, incluso aquellos que consisten de conquista y subyugación que aparecieron junto con las sociedades estratificadas.

Factores Que Causan la Guerra

Las sociedades guerrean por muchas diferentes razones, que van desde la defensa propia, a la venganza por un insulto verbal, a la aspiración a la tierra o recursos de otra comunidad o tal vez a la dominación del pueblo mismo. Los motivos de los individuos por luchar pueden diferir de los propósitos del grupo, y a veces son confundidos los dos; pero ambos son factores en la instigación de la guerra. Entre los pueblos al nivel de banda, las causas tienden a basarse en los deseos y frustraciones personales, que terminan muchas veces con enemistades que duran generaciones. En las sociedades de rango o estratificadas, la guerra es ocasionada en general por los necesidades y propósitos del grupo mismo o de la clase dirigente, y por consiguiente propende a ser motivada por la política y la economía. Por lo común las causas de la guerra son bastante complejas y comprenden varios factores distintos, incluyendo los económicos, sociales, políticos, psicológicos, ideológicos y defensivos. Además, muchas veces las razones enunciadas por declarar la guerra no son los motivos verdaderos, sino que reflejan las percepciones de la sociedad misma, o son inventadas por los que mandan para ganar la aprobación del grupo o quizás del investigador.

Se han llevado a cabo pocos estudios antropológicos con el propósito de establecer el significado relativo de los diferentes factores causales (véase Otterbein 1970:63-70 y Wright 1941:560-561). Los que hay revelan que las causas de la guerra son complejas, y que tienden a hacerse todavía más así a medida que se sube el nivel de complejidad

social. También descubren que las sociedades sencillas como las bandas tienden a guerrear por la venganza y por botín, y además en defensa propia; en cambio, solamente aquellas sociedades con sistemas políticos centralizados--es decir, cacicazgos y estados--buscan por lo regular la dominación de otros pueblos o de sus tierras por conquista. Sin embargo, se encuentran algunas excepciones--por ejemplo la tribu manus de las Islas del Almirante trataba periódicamente de expulsar o de exterminar a los demás grupos en el área; y a veces el conflicto resulta en la expulsión de grupos del territorio discutido o en la destrucción de grupos enteros entre otros pueblos al nivel tribal (Mead 1968:217; Vayda 1968:87). Al otro extremo de la escala social, el asesinato de un miembro de un grupo en el territorio de otro pueblo puede ocasionar la guerra aun entre sociedades con sistemas políticos centralizados, así como entre las tribus primitivas; por ejemplo los aztecas se servían muchas veces de esto como pretexto para invadir el territorio de otros estados mesoamericanos durante el postclásico tardío.

Si bien las causas de la guerra están tratadas generalmente como factores distintos, en realidad el conflicto es ocasionado por varios factores causales obrando simultáneamente en y dentro del sistema social. En esta tesis he dividido las causas de la guerra en dos categorías amplias que he designado la ecológica y la social. La primera categoría tiene un enfoque principalmente económico y demográfico; mientras que la segunda trata en su mayor parte de características culturales, tales como la actitud hacia la guerra de la sociedad, y su impacto psicológico en los miembros del grupo. Cada categoría afecta la otra: por ejemplo, una sociedad puede intentar rectificar un desequilibrio percibido en la relación entre los humanos y los recursos mediante el combate, siempre que es aceptable culturalmente al grupo. Si la guerra

no sea considerada como un remedio legítimo en esta situación, entonces se tendrá que encontrar otro método de corregir el desequilibrio.

Categoría ecológica

Los desequilibrios reales o percibidos en la relación entre el número de personas y la suficiencia de los recursos naturales aprovechables para la subsistencia en una área dada, son fundamentales a muchas explicaciones acerca de las causas de la guerra, como la de Vayda. En el párrafo siguiente, Harrison (1973:48) explica el punto de vista de Vayda en términos de la teoría de sistemas:

La guerra funciona entre los marines como una respuesta a feedback negativo, para remediar el balance desequilibrado entre el tamaño de un grupo social, el sustento que requiere, y la tierra disponible en la cual se tiene que cultivar tales recursos. Para mantener el balance correcto, el tamaño del grupo y los recursos terrenales disponibles deben fluctuar con relación al uno al otro y con relación a una tecnología dada que les permite producir tantos comestibles por acre. Cualquiera acción que aumentaría en efecto el tamaño de la población o disminuiría la cantidad de tierra disponible bajo cierto punto, puede causar la guerra.

Las muertes ocasionadas por el combate, la dispersión del grupo vencido, y/o la adquisición del territorio del enemigo rectificaría el desequilibrio ecológico, al menos por lo pronto.

Vayda (1961, 1968 y 1976), uno de los pocos antropólogos quien ha estudiado la guerra sistemáticamente como un proceso, ha demostrado que por lo menos algunas fases de la guerra de veras sirven para aliviar la presión demográfica o para mantener el equilibrio entre el hombre y los recursos en algunos grupos que usan el sistema agrario de roza, por ejemplo los maoris de Nueva Zelanda, los marines de Nueva Guinea, y los iban de Borneo:

En resumen, podemos decir que el proceso de guerra obrando entre los maoris en tiempos pre-europeos consistió en fases distinguibles de luchar por la venganza, luchar por tierra, y conquistas territoriales, y que permitió a los grupos padeciendo de la presión demográfica encontrar alivio mediante el desplazamiento de

otros grupos, y de este modo le hizo posible para la población maorí en su totalidad seguir creciendo sin la sobreexplotación y degradación de localidades particulares (Vayda 1976:87).

Se ha postulado que se produjo el mismo efecto en el sudeste de los Estados Unidos durante el período misisipi (700-1700 D.C.), en que la gran cantidad de sitios fortificados indica que la guerra fue endémica en aquel tiempo: "Parece que la guerra ha sido esencialmente un mecanismo adaptivo por lo cual la presión producida por una población creciente fue aliviada o por la expansión predatoria o por un número relativamente grande de muertos" (Larson 1972:389).

Esta teoría está basada en ciertos conceptos, especialmente en la capacidad de carga y la suposición de que las poblaciones humanas tienen naturalmente a crecer en todas circunstancias, aun cuando conduzca a la presión sobre los recursos comestibles disponibles. Se ha definido la capacidad de carga como "el tamaño máximo de una población que se puede mantener indefinidamente dentro de una área" (Zubrow 1975:15); por lo regular está descrita como el número de individuos que puede ser mantenido por dada área de tierra. Es básicamente un concepto biológico que tiene ciertas limitaciones, sobre todo cuando se tratan de seres humanos, porque no tiene en cuenta la cultura. La cultura puede efectuar profundamente la capacidad de carga, principalmente en su aspecto tecnológico; por ejemplo la introducción de una nueva técnica agraria, tal como la irrigación, puede aumentar significativamente la capacidad de carga en ciertas regiones.

Se ha postulado que la guerra es un resultado de un incremento en el número de personas hasta que sobrepasa la capacidad de carga del área (Carneiro 1970; Webster 1975; Larson 1972:389-391; Newcomb 1950:328). El crecimiento de población ocasiona un desequilibrio en la relación del hombre con los recursos, lo que causa a su vez la competen-

cia y la guerra. El resultado final es la muerte o la dispersión del vencido, o una reducción en la población por las pérdidas militares y las consecuencias relacionadas (enfermedades y privaciones), y/o un aumento de los recursos para los vencedores, a saber del territorio.

Hay varios problemas con esta teoría. Unos tienen que ver con el mismo concepto de la capacidad de carga, y como se la calcula. Para obtener un cálculo razonable de la capacidad de carga de una región, es preciso tener en cuenta todos los recursos disponibles, así como la variabilidad de los recursos a través del tiempo, y la influencia de la tecnología. Es sumamente difícil calcular estas cifras, y la mayoría de los intentos para determinar la capacidad de carga para las poblaciones humanas no hacen frente a estos problemas.³

Además, la evidencia demográfica no sostiene la aseveración de que las poblaciones humanas siempre crecen hasta los límites de la capacidad de carga del medio ambiente. Como señala Cowgill (1975), las historias demográficas indican que aparecen períodos de reducción y de estabilización de población, junto con tiempos de crecimiento; y que los incrementos regionales totales tienen un promedio de únicamente 1 a 3 por 1,000 al año durante largos períodos de tiempo. Se encuentran fluctuaciones no sólo en las cifras mismas, sino que también en la propia tasa de crecimiento a través del tiempo (véase por ejemplo las cifras para la Cuenca de México en la época prehispánica en Sanders, Parsons y Santley 1979:183-186, Figura 6.1).

³Por ejemplo la capacidad de carga prehispánica de la Cuenca de México computada por Sanders y sus colegas se calculó usando solamente las cifras para la productividad del cultivo de maíz y de bledo, basadas en las técnicas agrarias primitivas de hoy día (Sanders 1976:136-159; Sanders, Parsons y Santley 1979:371-378). Estos cálculos, por estar basados en la producción de sólo dos cultivos, subestiman notablemente la capacidad de carga de la región. Para una crítica de los cálculos de Sanders et al., véase McClung de Tapia 1978:54-58.

Para probar que la presión demográfica sobre los recursos es en realidad una causa de la guerra, es preciso mostrar que la población real se está acercando a la capacidad de carga de la región, o al menos que se percibe que así es el caso, y que la guerra de veras resulta en o la redistribución de tierra entre los grupos beligerantes, y/o en una reducción significativa de la población. Desgraciadamente, hay pocos datos estadísticos disponibles para comprobar la hipótesis, sea en el material etnográfico, histórico o arqueológico. Muchas veces las cifras de capacidad de carga y de población son muy especulativas o imprecisas. En varios casos etnográficos se ha observado que en áreas densamente pobladas, la guerra resulta de hecho en la redistribución de tierra, entre los engas, los abelames y los marings de Nueva Guinea (Forge 1972:372; Vayda 1976:41), los iban de Borneo (Vayda 1976:54), los maoris de Nueva Zelanda (Vayda 1976:76-87), y los yanomamö del sur de Venezuela y la parte contigua del Brasil (Chagnon 1968), así como entre otros grupos tribales.⁴ Sin embargo, también se encuentran casos etnográficos atestados, tales como los shirayis de Zanzibar (Middleton 1972:289), en donde las peleas y la guerra son raras, a pesar de la presión demográfica.⁵

En la especialidad de arqueología, se ha hecho muy poco para com-

⁴La presión demográfica y la distribución de la tierra no son ni los primarios ni los enunciados motivos de la guerra entre los yanomamö; sin embargo la redistribución de la tierra es al parecer un resultado de algunos conflictos, por lo menos. Es interesante notar que muchas de estas sociedades en las cuales las relaciones entre población y tierra son un factor, consisten en agricultores de roza.

⁵Un estudio hecho por Bremer et al. (1973) sobre la guerra entre los países europeos desde 1816 hasta 1965 D.C. no descubrió ninguna relación causal entre la densidad de población y la propensión a la guerra; en cambio, estos autores encontraron que los factores culturales y tecnológicos determinaron si estallarían la guerra o no, bajo condiciones de apilamiento, junto con la desorganización social.

probar esta hipótesis acerca de las relaciones de la población con la tierra, y la guerra en tiempos pasados. Webster (1977) ha sugerido que esto fue una causa de la guerra entre los mayas. Aun cuando se tienen estimaciones demográficas más o menos confiables, como para La Cuenca de México, no es clara la relación entre la capacidad de carga y la guerra. Durante el formativo terminal, cuando la guerra y la competencia se hacían al parecer bastante comunes en la Cuenca, la población bajó el 25% al 40%; pero la capacidad de carga probablemente estaba aumentando, debido a la introducción de técnicas de cultivo intensivas. La población de la Cuenca bajó por casi un tercio, hasta 175,000, durante el epiclásico, debido probablemente hasta cierto punto a la guerra endémica que caracterizó la época; sin embargo, no hay ningunos motivos para suponer que la capacidad de carga estimada de la Cuenca, que ya fue probablemente bastante más de 300,000, haya disminuido desde el período anterior.⁶ Por lo tanto, parece más verosímil que la guerra tuvo otras causas primarias, probablemente de carácter político, durante el clásico y epiclásico de la Cuenca de México, aunque la competencia por tierra cultivable de primera clase pudo haber sido un factor contribuyente.

Hay alguna evidencia de que la guerra ha tenido algún efecto sobre el tamaño y el crecimiento de poblaciones en ciertos casos de guerra primitiva. En unas sociedades tribales los muertos a causa del combate pueden ser bastante numerosos: el 28% de los varones adultos de la tribu murngin de Australia murió por las peleas; mientras que esta cifra llega

⁶Para cifras demográficas y de la capacidad de carga en el Valle de México, véase Sanders, Parsons y Santley 1979:183-186 y 378-380. Brusiel (1976) sugiere que la presión demográfica en el este de la Cuenca durante el formativo tardío y terminal fue un resultado de los procesos que conducen al estado, más bien que una causa del desarrollo sociopolítico. Se presenta la evidencia arqueológica para la guerra desde el formativo hasta el epiclásico en los Capítulos 4-6.

hasta el 25% entre los engas de Nueva Guinea, el 25% para los indios de la tribu piegan de los Estados Unidos, y un mínimo del 24% entre los yanomamós de Venezuela (o sea el 16% de la población total). Se han dado parte de casos de la exterminación total de comunidades y de grupos en Nueva Guinea y en otras partes. Evidencia arqueológica es mucho más difícil obtener, y se han hecho pocos esfuerzos para cuantificar los datos escasos que existen.⁷ En cuanto a la Cuenca de México prehispánica, los datos son muy raros, como se han encontrado relativamente pocos restos esqueléticos, y su estado de preservación por lo general es bastante pobre. La situación en Mesoamérica está complicada por la alta incidencia del sacrificio humano, sobre todo durante el postclásico tardío. Los cálculos de Cook (1946:98-99) para el centro de México en el postclásico tardío demuestran que la guerra causó menos del 5% de los muertos totales, mientras que se puede atribuir tres veces más al sacrificio. La mortalidad en la guerra, a 2.5 por 1,000, no compensó el crecimiento rápido de la población de esta época, que llegó hasta el 7 por 1,000 personas; pero si se agregan las cifras para el sacrificio a las pérdidas de combate, los resultantes 10 muertos por 1,000 personas pudo haber tenido un efecto significativo en las cifras demográficas a través del tiempo. Como se verá más adelante, el sacrificio estuvo íntimamente relacionado con la guerra en la cultura mesoamericana, y la mayor parte de las víctimas de sacrificio fueron prisioneros de la guerra.

También se ha sugerido que en algunos casos el conflicto y la guerra sirven de mecanismos para limitar la población a un nivel bastante

⁷En el sitio de Madisonville, Ohio, del período Woodland tardío (700-1700 D.C.), el 22% de los cráneos de los varones adultos muestran indicios de lesiones, y el 8% habían sido fracturados (Livingstone 1968: 9). Para las cifras de los muertos de combate en los casos etnográficos véase ib. 8-9; Chagnon 1968:140-141; y Vayda 1968:87.

debajo de la capacidad de carga de la región, por ejemplo entre los maring de Nueva Guinea (Vayda 1976:40) y los iban de Borneo (Vayda 1961: 353-354). Lee (1972) notó que el conflicto estalla mucho más frecuentemente en los grupos grandes de 40 hasta 150 bosquimanos !kung, que en los pequeños campamentos de menos de 40 individuos. Aunque las causas del conflicto son más tensiones por el repartimiento de la comida y disgustos personales, y si bien las confrontaciones terminan generalmente con la división del grupo grande en varios campamentos más pequeños y no con el verdadero combate, Lee ve el peligro de hostilidades abiertas como un medio de controlar el crecimiento de la población:

El temor y la evitación del conflicto tienen el efecto de separar la gente. Esta percepción del peligro del conflicto funciona para mantener el tamaño del grupo y la densidad de población a un nivel mucho más bajo de lo que los recursos alimenticios pueden sostener. ... Así es que el conflicto, lejos de ser un factor causal que se opone a una explicación ecológica, se puede ver más bien como una variable ecológica (Lee 1972:182-183).

La presión demográfica no es siempre una causa de la guerra; de hecho, a veces se encuentra una situación del todo lo contrario--es decir, la guerra está instigada por la escasez de población. Correrías para tomar jóvenes mujeres casaderas es una causa frecuente de la guerra entre grupos primitivos; el resultado último es un incremento de nacimientos, con la agregación de estas mujeres a la población reproductora. Ciertos grupos, tales como los marind-anam de Nueva Guinea, invadían sus vecinos, a veces de bastante lejos, para capturar niños, quienes fueron adoptados entonces a la tribu (Vayda 1976:107). Cowgill (1976: 19) señala que las poblaciones crecen generalmente si la élite gobernante y/o el pueblo mismo lo considera útil aumentar el tamaño del grupo. A medida que las antiguas ciudades-estado pequeñas empezaban a extenderse, les hacía falta más gente para servir en las fuerzas armadas y para intensificar la producción de comestibles para mantener el ejér-

cito y la campaña de expansión. Concurrentemente, el estado creciente miraba el territorio de grupos contiguos con la intención de anexarlo para aumentar su propio dominio, y recursos tanto económicos como humanos. Cowgill (1976:16-20) propone que esto fue el caso con los mayas clásicos y los "estados guerreantes" de China justo antes de la fundación de la dinastía Ch'in (500-200 A.C.), a pesar de que había todavía bastante tierra dentro de sus propios linderos para satisfacer las necesidades del estado mismo. Así es que el crecimiento de población fue estimulado por la guerra escalante, no al revés.

En suma, la evidencia antropológica disponible sugiere que la presión demográfica es una causa de la guerra únicamente en algunas ocasiones; que la guerra ocurre en unas áreas donde la población queda bastante menos que la capacidad de carga, por lo cual se tiene que buscar otros factores causales; y que en otras regiones que tienen altas densidades demográficas, los habitantes rara vez traban batalla, pero en lugar de eso encuentran otras soluciones no belicosas a sus problemas, tales como el desarrollo de técnicas de subsistencia mejoradas. La presión de población se hace un factor en la guerra solamente si la sociedad la ve como una amenaza a la existencia y acepta la guerra como un modo de tratar esta situación percibida, lo que es sumamente difícil demostrar arqueológicamente.

Peleas tienen lugar también por razones económicas aun cuando la presión demográfica sobre los recursos disponibles no es un factor. Así es, por ejemplo, cuando se encuentra cierto recurso codiciado en el territorio de otro grupo, o cuando una comunidad trata de dominar el intercambio de mercancías a través de su propio dominio y lo de otros grupos, o quiere tan solo aumentar su propia riqueza a costa de otros. La posesión de ciertos tipos de terreno, las tierras mejoradas regadas que

son particularmente deseadas, o manantiales de agua pueden convertirse en causas mayores del conflicto cuando están limitados de tamaño y distribución. En el sudeste de los Estados Unidos, los suelos margosos arenosos y aluviales fueron el único tipo de terreno altamente productivo y fácil de cultivar con la tecnología indígena de azada, de suerte que "las tierras agrícolas adecuadas fueron un recurso crítico en algunas áreas del sudeste durante el período misisipi, constituyendo un factor causal y el objetivo primario de la guerra aparentemente endémica en el área en aquel tiempo" (Larson 1972:391). Se ha sugerido que la competencia por buenas tierras agrícolas fue la causa de la guerra intratribal entre los indios pueblos prehistóricos (Ellis 1951:197). Muchos agricultores tropicales que usan la técnica de roza prefieren la tierra con vegetación secundaria en lugar de la selva primaria a causa del trabajo que cuesta desmontar ésta con herramientas de piedra, y por lo tanto prefieren muchas veces tomar tierra ya labrada de los grupos vecinos, por fuerza si fuera necesario, más bien que desmontar grandes trechos del bosque virgen ellos mismos (Vayda 1961:348 y 354). El robo de los frutos del trabajo del grupo o del individuo, por ejemplo de la cosecha ya recolectada, también puede ocasionar el combate (Chagnon 1977:124). La adquisición o defensa de tierras irrigadas y el control de recursos hidrológicos importantes causó el conflicto entre las ciudades-estado emergentes de Mesopotamia, y a lo mejor también en Mesoamérica (Sanders y Price 1968:183-187). El control de los medios de producción económica por una pequeña élite al parecer ha ocasionado la guerra entre el grupo sólo en tiempos recientes, aunque ha sido el motivo de otros tipos de conflicto.

El control de ciertos recursos raros y altamente preciados, por ejemplo yacimientos de minerales y metales, productos agrícolas y otras

materias primas exóticas de distribución localizada, es una causa de la guerra, en particular entre sociedades estratificadas expansivas. En unos casos, por ejemplo entre las sociedades primitivas o cuando los grupos nómadas atacaban las ciudades del Viejo Mundo, se tratan de correrías para conseguir botín; una vez que se ha logrado este objeto, se retiraban los invasores (Harrison 1973:38-39). A veces las sociedades más complejas, tales como los aztecas, los asirios y los acadios, trataban de controlar los recursos de otros territorios por medio de la conquista y el tributo que estaba impuesto a los vencidos (Adams 1971:156-169). El control de los sistemas de intercambio y las rutas a través de las cuales pasan tales materias y artículos, también ha causado conflictos desde tiempos muy antiguos. Esto fue uno de los motivos de los choques frecuentes entre las ciudades-estado tempranas del Cercano Oriente y los grupos circunvecinos de nómadas pastoriles (Harrison 1973:37-39); el control del intercambio de pieles con los europeos fue una causa principal de las guerras de los iroquois en el siglo diecisiete (Otterbein 1964).

Categoría social

La categoría social de factores causales comprende esos que no son determinados ecológicamente ni económicamente--es decir, consta específicamente de los factores culturales y psicológicos que afectan las relaciones entre individuos y grupos. El aspecto psicológico se relaciona con la discusión acerca de la agresión. En este aspecto la guerra se ve como un modo permitido por la cultura de aliviar las tensiones y conflictos dentro del grupo, de reforzar la identidad y la cohesión del grupo, y/o de ganar prestigio social y económico en la comunidad.

Ciertas autoridades (Fried 1967:99-106; Harrison 1973:40-43) ven

la guerra en las sociedades primitivas como muy diferente de la guerra moderna o "civilizada", porque los objetivos prácticos supuestamente no importan mucho; sino que aquellos grupos pelean entre sí más bien porque la guerra es tomada por un juego que trae la gloria y reconocimiento social a los que participan. Resulta que en algunas sociedades la guerra se convierte en un fin en sí misma. El comportamiento agresivo, el ensañamiento, baja tolerancia de la rabia, y el valor en combate se hacen no sólo aceptables, sino que también muy deseados y fomentados. Se instilan tantas las virtudes como la conducta guerreras y belicosas en los jóvenes desde una edad muy tierna. Se han referido a tales pueblos de sociedades "guerreras" (Chagnon 1968:124-132). Se ve este tipo de guerra como de carácter más bien ceremonial, en la cual la meta primaria no es tanto eliminar al enemigo como probar la fiereza o el valor de uno, por ejemplo el "contar golpes" (coup-counting) entre los indios de las llanuras de los Estados Unidos (Newcomb 1950:318-319).

Sin embargo, parece que estas sociedades rara vez si no jamás son bélicas tan sólo por serlo. Por lo general están involucrados otros factores, tales como la proximidad de vecinos hostiles, o los trastornos sociales y económicos ocasionados por la intrusión de otros grupos. El deseo de adquirir fama y honor en la guerra primitiva es la motivación personal que proporciona a los individuos del grupo el estímulo necesario para pelear por el bien de la sociedad, puesto que no hay ningún alistamiento para obligar a los hombres a luchar. Pero con hacer el combate una manera de adquirir fama y prestigio, los jóvenes están no sólo dispuestos, sino que también ansiosos de pelear; así es que quedan satisfechas las necesidades de la sociedad, y está asegurada la supervivencia del grupo.

Las tribus de los llanos no solían trabar guerra porque los hombres individuales eran "bélicos." Los hombres individuales eran bélicos porque sus sistemas socioculturales les obligaban a serlo. La actitud individual de guerra fue una expresión del proceso sociocultural, de ningún modo la causa o iniciador. ... La verdad es que la mayoría de los individuos por todas partes, en todas las culturas guerreantes, luchan por razones inmediatas y personales. Luchan por la gloria, por el prestigio social, para escapar a la frustración civil, o por otras razones individuales; no primariamente, quizás ni siquiera a sabiendas, por razones impersonales y esencialmente culturales. Parece verosímil que los hombres en todas partes pelean mejor si están luchando por razones personales. ... Sin embargo, no importa por qué razón piensa el individuo que está peleando y muriendo, en tanto que satisfaga las necesidades y los mandatos perentorios de su cultura (Newcomb 1950:329).

La guerra en unas culturas primitivas, y aun en algunas sociedades complejas, es considerada también como un desfogue aceptable de aliviar las frustraciones y agresiones causadas por la necesidad de subordinar los deseos del individuo a los requisitos del grupo en que vive: "La guerra sirvió para proporcionar un alivio legítimo para las frustraciones y agresiones que surgen de la competencia prohibida o sospechas de esta entre gentes de la misma cultura general" (Ellis 1951:199; también Harrison 1973:11-13 y Vayda 1976:48-51). Estas frustraciones pueden conducir al comportamiento hostil, que puede tener un efecto desastroso en el grupo, sobre todo en las pequeñas sociedades igualitarias o en las sociedades sencillas de rango, resultando en la fisión física o social de la comunidad. Desahogarse de las frustraciones a otro miembro del grupo causaría trastornos en las relaciones dentro del grupo; pero se tiene que permitir algún alivio de las frustraciones y agresión reprimidas, de otro modo los individuos se pondrían psicóticos y todo el sistema social pueda fallar. Se encuentran numerosos ejemplos de correrías instigadas por hombres encolerizados por riñas domésticas en la literatura antropológica (Vayda 1968:88; Vayda 1976:53). En tales casos la guerra sirve de mecanismo de "válvula de seguridad," que cam-

bia la dirección de la agresión que potencialmente amenaza al grupo hacia otro grupo; así es que se mantiene el sistema social de la sociedad afectada. Según Murphy, esto fue la causa principal de la guerra entre la beligerante tribu mundurucó del Brasil: "La última causa de su belicosidad fue la hostilidad reprimida producida dentro de la sociedad, y el último origen de la represión fue la destructividad potencial de la agresión dentro de la sociedad" (Murphy 1957:1032; también Wright 1941:II, 1289 y Malinowski 1941:533).

"Luchar por la venganza" es una de las causas de guerra más frecuentemente citadas entre los pueblos primitivos, hasta los cazadores-recolectores. Una comunidad busca vengarse de los daños reales o percibidos perpetrados contra el propio grupo o contra cualquier miembro, o desanimar a otros grupos a tales acciones. La lista de injusticias que merecen tanta represalia incluye el asesinato de o atentado contra un miembro del grupo, la aplicación de hechicería a individuos del grupo, el paso ilegítimo por la tierra cultivada, el rapto de mujeres, el robo de la cosecha y otros géneros, la caza en vedado, insultos al grupo o al jefe, falta de pagar el dote, y adulterio con una mujer del grupo (Vayda 1968:87-88; Vayda 1976:13 y 79-83). En estos casos la función de la venganza es proteger la integridad y el prestigio del grupo contra sus enemigos, y además obtener la justicia en las sociedades en las cuales no existen las instituciones políticas para conseguirla por medios no violentos. En algunos casos se satisface la venganza con un sólo choque breve; pero a veces el otro partido exige desquite por una acción vengativa, lo que da lugar a enemistades inveteradas entre grupos que pueden durar años y hasta generaciones.

Muchas veces la guerra es considerada funcional cuando es instigada por la venganza o por la necesidad de aliviar las tensiones y

frustraciones internas, en que fomenta la integración social y el mantenimiento del sistema social del grupo frente a las fuerzas tanto internas como externas que obran contra la solidaridad del grupo: "Si la estructura social básica es estable, si no se dudan de los valores básicos, la cohesión es generalmente reforzada por la guerra mediante el desafío a, y la revitalización de, los valores y metas que se han dado por sentado" (Cosser 1956:90). Los mundurucés de Brasil fue una tribu bélica que trababa guerra incesante hasta que el gobierno nacional lo pacificó en este siglo. Según Murphy, la guerra contribuyó al mantenimiento del sistema social, lo que a su vez

produjo las actividades y actitudes belicosas que obraron para preservarlo, y que esta relación circular permitió que la sociedad mundurucé continuara por un período durante el cual estuvo sujeta a graves amenazas internas y externas (Murphy 1957:1018).

Pero la guerra, se puede concluir, es un medio especialmente efectivo de promover la cohesión social en que proporciona una oportunidad cuando los miembros de la sociedad se unen y sumergen sus diferencias faccionarias en la busca vigorosa de un propósito común (Murphy 1957:1034).

Así es que, por lo menos en algunos casos, la guerra sostiene y mantiene la integridad del grupo, tanto como la identificación del individuo con el grupo, y además fomenta el etnocentrismo. Los mundurucés dividieron toda la humanidad en dos componentes distintos: los mundurucés mismos, o "la gente," y todos los seres humanos no-mundurucés, o "pariwat." Con excepción de los blancos y una tribu vecina, se tomaron todos los pariwat por enemigos, y como tal fueron "un objeto natural de ataque" (Murphy 1957:1021). Según parece, tal actitud no es rara en las comunidades sencillas igualitarias, ni en las sociedades de rango (Chagnon 1968:128-129), ni en las sociedades altamente complejas y heterogéneas. Sirve para consolidar el grupo y para proteger los miembros individuales, al mismo tiempo que proporciona un objeto a que el grupo puede aliviar las tensiones y frustraciones sin causar graves trastor-

nos internos. Mientras que matar o lastimar a algún miembro de la comunidad pueda ocasionar serias perturbaciones, matar a un forastero no lo hace; y de hecho, matar a los extraños muchas veces mejora la posición social de los perpetradores, porque son considerados como los defensores de la sociedad.

Así es que la guerra puede satisfacer varias diferentes necesidades sociales y psicológicas de los individuos en un grupo, y además las de la sociedad misma.⁸ Puede aliviar las frustraciones con permitir a los miembros atacar a los de otros grupos; mientras que refuerza la identificación del individuo con su grupo o pueblo con defenderlo. Como señala Finney, la guerra puede satisfacer ciertas necesidades psicológicas diametralmente opuestas que tiene el ser humano:

Por una parte, la guerra satisface los ímpetus hostiles y agresivos, el impulso de atacar a la gente. Al mismo tiempo, la guerra da oportunidad para satisfacer un impulso que según parece se opone a la agresión, a saber, el impulso de sacrificarse altruísticamente, a favor de sus semejantes, o de cualquier modo éstos dentro de su propio país (Comentario por Joseph C. Finney sobre Carpenter 1968, en Fried, Harris y Murphy 1968:60).

También se citan los motivos ideológicos como causas de la guerra en algunos casos (p. ej. Fathauer 1954:110-118). Cazar cabezas es un ejemplo prominente de un sistema de creencia que incita a los miembros de sociedades primitivas a tomar las armas contra grupos enemigos. Entre los iban de Borneo, las cabezas humanas contienen el poder mágico para neutralizar los infortunios. Siempre que suceda algún contratipo, creen que fue causada por la falta de poder o energía espiritual dentro de la comunidad. Es preciso tomar cabezas enemigas para reponer

⁸ Ardrey declara que la guerra satisface las tres necesidades básicas del hombre: la identidad, el estímulo y la seguridad (Ardrey 1966: 333-340). Morris (1984:143) opina que "es la evolución de un impulso arraigado de ayudar a nuestros semejantes que ha sido la causa principal de todos los horrores mayores de la guerra. ... Sin ello, (a los ejércitos) les faltaría la cohesión y la agresión se volvería 'personalizada' una vez más."

el poder mágico del grupo, de tal modo eliminando la causa del contratiempo (Vayda 1976:48-49). Los tupinambas de Brasil creen que se establecen lazos entre los vivos y las almas difuntas de la comunidad mediante la guerra; y que esto dota la sociedad con una cualidad sagrada que incrementa la integración de sus miembros (Murphy 1956:236).

Los motivos ideológicos no están limitados a las sociedades primitivas; el espíritu de las cruzadas ha instigado muchas guerras por toda la historia, y todavía se lo puede ver funcionando en el siglo veinte. El sistema de creencia azteca es un ejemplo al caso. Algunos historiadores coloniales (el Códice Ramírez 1979:83), pero más los contemporáneos postulan que una causa principal de la guerra en la Mesoamérica del postclásico tardío fue la creencia azteca de que los dioses fueron sostenidos por la sangre humana; por lo tanto se hizo necesario el sacrificio de grandes cantidades de víctimas, preferiblemente de cautivos de guerra (Canseco Vincourt 1963:44-52; Caso 1953:23-25; Davies 1980a:169-173). Uno de los principales cultos de Mesoamérica se desarrolló acerca de este tema de guerra y sacrificio, cuyos orígenes se remontan según parece al clásico, si no antes, como se verá en el Capítulo IV. Aún cuando no se presenta la motivación ideológica como una causa principal de la guerra, casi siempre se solicitan la sanción y la cooperación de los jefes religiosos de la comunidad.

No obstante, igual que en el caso de la guerra como un medio de lograr posición y prestigio social, parece que los incentivos ideológicos no son una causa fundamental de la guerra; más bien proporcionan la motivación personal que se necesita para inducir a los hombres a guerrear por su comunidad, y se tiene que buscar las verdaderas causas del conflicto en otra parte. Los contratiempos que cayeron sobre la tribu iban y que le hicieron recurrir a la caza de cabezas para conse-

guir el poder mágico que hizo falta para eliminar las desdichas, incluyeron la muerte, las epidemias, el malogro de la cosecha, y la esterilidad, todos los cuales tienen sus aspectos económicos (Vayda 1976:48-51). Los mundurucús, también cazadores de cabezas, creen que las cabezas de trofeo ejercen un hechizo sobre los protectores espirituales del reino animal, y por consiguiente las cabezas de trofeo aumentan la cantidad de caza disponible y la aptitud de los cazadores (Murphy 1957:1024-1025). En el sistema ideológico de los indios pueblos del suroeste de los Estados Unidos, la guerra está estrechamente asociada con la fertilidad y la lluvia, lo que obviamente se relaciona con las fuertes presiones medio ambientales que caracterizan la región (Ellis 1951). No cabe duda de que los guerreros creen sinceramente en su religión, y además en la motivación ideológica que les espolea a pelear; no obstante, tales incentivos no son en realidad factores causales, sino que son en general racionalizaciones o justificaciones de la guerra. Parece ser el caso por ejemplo en la Mesoamérica del postclásico tardío, como se verá en el próximo capítulo.

También se ha especificado las condiciones políticas como una causa de la guerra en algunos casos. La yanomám del sur de Venezuela es una tribu militante, dividida en numerosas aldeas independientes y beligerantes. A causa de la falta de instituciones políticas para resolver conflictos, una aldea partirá fácilmente en distintas entidades mutuamente hostiles. Cada aldea trata de preservar su autonomía con adoptar una postura beligerante con respecto a sus vecinos. La guerra se convirtió en una condición crónica entre los yanomám, penetrando todos los aspectos del sistema social (Chagnon 1968). Disputas por la sucesión en las sociedades regidas por una familia imperante hereditaria o por una élite también pueden causar disensión interna, la división

de la sociedad en facciones hostiles, y la guerra civil.

En el párrafo anterior, parece que la guerra ocasionada por los motivos políticos es de origen interna--es decir, que está provocada por algún defecto dentro del propio sistema político. Además, muchos grupos lucharán para mantener o para recobrar su independencia.

Hay varios tipos distintos de rebelión política, que terminan con la guerra en algunos casos. Una revolución o una guerra civil ocurre cuando un grupo dentro de una sociedad se subleva contra la autoridad establecida con la intención de reemplazarla con otro grupo o persona reinante de básicamente el mismo tipo; o de efectuar algunos cambios en el sistema sociopolítico o de principiar un sistema totalmente diferente, aunque al parecer la última forma está limitada por lo común a tiempos recientes o a las sociedades complejas. En las sociedades primitivas tradicionales, el objetivo de las rebeliones generalmente es reemplazar un jefe malo con un rival que se compromete a restaurar la distribución tradicional del poder; o sea, muchas veces las sublevaciones en dichas sociedades están ocasionadas por la falta del jefe de mantener el sistema según la costumbre, y no por el deseo de cambiar el sistema en sí (Lloyd 1968:28; Eisenstadt 1978:75-85).

Insurrecciones tienen lugar también entre comunidades políticas a consecuencia de la conquista de una sociedad por otra, o de varias otras comunidades del mismo grupo cultural y lingüístico por el miembro dominante del grupo. En este caso la meta de la rebelión generalmente es recobrar la autonomía política y económica, y restablecer el control local. Si la autoridad central puede integrar los pueblos sometidos en una entidad unificada sin ocasionar mucha privación económica y sin reprimir grandemente sus identidades culturales distintivas, entonces a lo mejor o no hay insurrecciones o no tengan éxito, sobre

todo en vista de que el vencedor generalmente lleva ventaja en cuanto a la superioridad tecnológica, la riqueza y fuerzas disponibles. Sin embargo, la privación económica percibida, las medidas opresivas tomadas por los vencedores, el enajenamiento entre los pueblos sujetos, y el aborrecimiento del poder en ocupación, pueden resultar en la sublevación armada, puesto que los conquistados creen que está amenazada su propia existencia (Eisenstadt 1978:80-99; Morales 1973:5-27). En la Mesoamérica prehispánica, la rebelión consta principalmente de insurrecciones locales contra vencedores. Las crónicas históricas (Clavijero 1968:122, 142 y *pássim*; Durán 1967:II, *pássim*) la citan frecuentemente como una causa de la guerra durante el postclásico tardío, y es muy probable que así fue también en los períodos más tempranos, especialmente durante el clásico, cuando la dominación teotihuacana del Altiplano Central debió haber causado mucho descontento y rebeldía en las provincias sujetas.⁹

Aunque se han examinado los diferentes factores causales por separado, en realidad la guerra es causada generalmente por varios factores obrando juntos dentro del sistema social. Es muy importante comprender que los individuos luchan frecuentemente por diferentes motivos que los

⁹Las fuentes históricas sostienen que la caída de Tula a fines del postclásico temprano se debió por lo menos en parte a sublevaciones en sus provincias sujetas (Ixtilixóchitl 1977:II, 12). Olivé Negrete (Olivé Negrete y Barba A. de Piña Chán 1957) afirma que la decadencia de los regimenes del clásico por toda Mesoamérica se debió a la sublevación campesina contra la élite opresiva; pero al parecer la evidencia no sostiene esta hipótesis. Según parece, cuanto más la diferencia en cultura y nivel sociopolítico entre vencedor y conquistado, más probable es que será necesario usar la fuerza para subyugar a éste y para suprimir las insurrecciones (véase Richardson 1960:x-xii; Newson 1978:80-81). Muchas veces se ve la rebelión como una respuesta defensiva a una amenaza a la supervivencia del grupo. Como señala Ardrey (1966:236-243), es por eso que grupos mucho más pequeños y débiles a veces pueden resistir, y hasta librarse del yugo de un poder mucho más grande, contra una fuerza muy superior.

del grupo; que a veces las razones declaradas por guerrear son no más que justificaciones ofrecidas por el grupo o por la élite gobernante de la sociedad; y que muchas veces los acontecimientos que inician las guerras, tales como los asesinatos, los insultos y cosas semejantes, en realidad son solamente los activadores que incitan el conflicto que se ha estado formando desde hace algún tiempo por otras causas más profundas (un caso a propósito es el asesinato del archiduque de Austria y la erupción de la primera guerra mundial). Como señala Vayda, los actos de agresión, tales como cazar en vedado, raptar a mujeres ajenas, asaltar o aun ultrajar a otros, pueden ser la consecuencia de la presión demográfica percibida; un aumento de la frecuencia o de la intensidad de tales actos puede resultar de mayor competencia por los recursos básicos y de más tensiones y frustraciones dentro del grupo causadas por un repuesto de alimentos decreciente y/o por la mayor concentración de población (Vayda 1976:51-53, 79-80). Ofrece la hipótesis siguiente para explicar las causas y las funciones de la guerra en algunas sociedades:

(1) una cantidad de alimentos por persona disminuyendo y competencia dentro del grupo creciente por los recursos producen intensas frustraciones domésticas y otras tensiones dentro del grupo; (2) cuando estas tensiones llegan a cierto nivel, se busca el alivio en la guerra con un grupo enemigo; (3) un resultado de la guerra es la reducción de la presión de población sobre la tierra, o por la alta mortalidad en batalla o por la toma del territorio del enemigo vencido, disperso por el grupo victorioso; (4) la presión reducida sobre la tierra significa que son detenidos la disminución de los comestibles por persona y el aumento de competencia dentro del grupo por los recursos, y que se puede mantener las frustraciones domésticas y otras tensiones del grupo dentro de límites tolerables. Según esta hipótesis (o serie de hipótesis), se puede ver que se están regulando todas las variables psicológicas, demográficas, y económicas, con la regulación de una variable dependiente de la regulación de otra (Vayda 1968:88-89).

Se puede agregar que, con cambiar la dirección de las agresiones dentro del grupo contra otras comunidades, se realiza la integridad del grupo con dar a los miembros un sentido de compromiso y de identidad con las

necesidades y metas del grupo; al mismo tiempo que corrige el desequilibrio entre la población y los recursos del grupo, y proporciona un alivio para las frustraciones intrasociales reprimidas y una oportunidad de buscar satisfacción de los agravios incurridos por el grupo a consecuencia de las acciones del enemigo. Como dice Park (1941:570), las guerras de expansión territorial siempre tienen una esencia ideológica; mientras que las guerras ideológicas resultan luchas por tierra y por espacio para vivir.

Hay que reconocer que no todas las sociedades tomarán las armas a causa de la presión demográfica o del menester económica. Para algunos grupos es más probable que la venganza o los factores ideológicos provoquen una respuesta agresiva que la escasez de tierra o cosas por el estilo. A veces un grupo irá a la guerra en una ocasión por cierta razón, por ejemplo la venganza, y por motivos económicos tal como la adquisición del territorio enemigo en algún otro tiempo. Se ha observado esto entre los maoris de Nueva Zelandia (Vayda 1967:378-380) y los pies negros (Blackfeet) de los llanos de los Estados Unidos (Ewers 1967), entre muchos otros grupos. Es preciso tomar en consideración otros factores también, por ejemplo los controles sociopolíticos a la disposición de la sociedad en discusión; la historia de sus relaciones con sus vecinos; variaciones del tamaño y del número de grupos potencialmente competidores dentro del área; y la aparición de nuevos elementos en el medio ambiente, como la llegada de advenedizos al área, sobre todo si éstos tengan un nivel de integración sociocultural diferente de lo de los habitantes autóctonos. La guerra es en gran manera el producto del ambiente tanto sociopolítico como ecológico de una sociedad.

Algunos antropólogos (Malinowski 1941:538-541; Wright 1941:II, 1287-1288) suponen que hay diferencias significativas en las causas de la

guerra entre grupos primitivos y entre sociedades estratificadas, o, en otras palabras, las que son políticamente centralizadas. Se ha presumido muchas veces que las sociedades primitivas no pelean por razones económicas ni políticas; únicamente en defensa propia o por motivos personales, tales como la venganza y el prestigio. Si bien es cierto que los grupos primitivos no buscan la dominación política y económica de otras comunidades como hacen las sociedades estratificadas, puesto que les falta la organización sociopolítica para realizarla, los factores ecológicos o económicos frecuentemente causan la guerra entre los pueblos primitivos.¹⁰ Sin embargo, como se acaba de mencionar, los grupos primitivos carecen de la estructura política para asimilar y controlar a grupos conquistados; por lo tanto generalmente se expulsa al enemigo de su territorio, de lo que los vencedores se apropian en seguida para su propio beneficio, o de vez en cuando se ha exterminado por completo al grupo derrotado (Vayda 1961; Vayda 1976:pássim). Se encuentran la conquista y subyugación del enemigo con la intención de extenderse demográficamente, explotar económicamente y hasta dominar ideológicamente como causa de la guerra únicamente entre las sociedades centralizadas políticamente--es decir, entre los cacicazgos y estados.

Teorías y Modelos del Papel de la Guerra en la Evolución Social

La guerra es considerada frecuentemente un factor en la evolución de la civilización. Algunos escritores han atribuido a la guerra el papel de móvil principal ("prime mover") del desarrollo sociopolítico, a saber Spencer (en Carneiro 1967), Oppenheimer (1926), y Carneiro (1970),

¹⁰El estudio de las causas de la guerra hecho por Otterbein (1970: 66-67, Cuadro 13) demuestra que 26 de las 30 sociedades no centralizadas en consideración (el 86.7%) guerrean por razones económicas, las que él llama "botín y tierra."

entre otros. Sin embargo, se la ve por lo común como uno de los menos importantes de entre numerosos factores comprendidos en un proceso complejo de desarrollo sociocultural, sobre todo en las interpretaciones más recientes. En esta reseña trataré los principales teorías y modelos antropológicos del papel de la guerra en el desarrollo sociopolítico.

La Guerra en la Evolución del Liderazgo y de la Estratificación Social

Una de las teorías más tempranas, y una que hoy en día es desacreditada por lo común, es la de Spencer, Oppenheimer y unos otros sociólogos y antropólogos (p.ej. Park 1941), según la cual la guerra es el móvil o causa principal en el desarrollo sociopolítico, porque la cooperación en el combate es el origen fundamental de la integración social. Se ve la guerra como el unificador de los elementos dispares de una sociedad en defensa contra un enemigo común. La teoría está basada en la premisa de que la subordinación, que hace falta en el combate, se origina en la guerra; y que la conducción satisfactoria de la guerra llevó a la cooperación dentro del grupo, a la subordinación a la autoridad civil, y además a mayor estratificación social. Según Spencer y sus adherentes, la guerra victoriosa da lugar al predominio de las instituciones militares en la sociedad, las cuales se transfieren luego al ramo civil. De igual manera, se transfieren a la vida paisana los diferentes grados de oficiales en la cadena de comando que se necesita para asegurar la disciplina y la obediencia entre los guerreros, resultando en la estratificación social. Se recompensan los jefes militares victoriosos con cargos políticos; se transfiere la autoridad militar al reino político:

Por consiguiente la jefatura de la sociedad, empezando comunmente con la influencia adquirida por el guerrero del mayor poder, arrojo y capacidad, se establece donde la actividad en combate da oportu-

nidad para que su superioridad se muestre y produzca subordinación; después de eso sigue el desarrollo del gobierno civil, relacionado primariamente con el ejercicio de funciones militantes (Spencer, citado en Carneiro 1967:114; también Service 1975:38-41).

Por lo tanto se desarrolla el estado en esas sociedades que trata la guerra crónica con éxito, porque ellas tienen el mejor liderazgo (es decir, lo más victorioso) y la población más sumisa u obediente:

Por todas partes, las guerras entre sociedades originan las estructuras gubernamentales, y son las causas de todos dichos adelantos en esas estructuras que aumentan la eficiencia de la acción corporativa contra las sociedades circunstantes.

Asimismo, las historias tempranas de los civilizados nos demuestran como la unión de agregados sociales más pequeños con propósitos defensivos o defensivos, que hace necesaria la coordinación de sus acciones, tiende a iniciar una agencia coordinador central.

Puesto que esta diferenciación, por la cual surge primero un jefe militar temporal y luego uno permanente, quien se convierte imperceptiblemente en un caudillo político, se inicia por el conflicto con sociedades contiguas, sucede naturalmente que su poder político crece a medida que sigue la actividad militar (Spencer, citado en Carneiro 1967:33-35; también 32-47 y 72-126; y Andrzejewski 1954:23-32).

La teoría de Spencer del origen del estado no es tan simplicista como afirman la mayoría de sus críticos. Subrayó la importancia del poder mágico o divino y de las sanciones sobrenaturales empleadas por el liderazgo; el desarrollo de las comunicaciones, reglas de sucesión y las relaciones entre clientes y patronos; y la significación de la acumulación de la riqueza entre el grupo dominante, para la evolución de las estructuras sociopolíticas complejas y del estado. Además, fue uno de los primeros en reconocer la influencia del medio ambiente en el desarrollo de la civilización (Spencer, citado en Carneiro 1967:71-126).

La guerra en las sociedades primitivas es caracterizada en general por su pequeña escala, su corta duración, la baja tasa de pérdidas, el desarrollo escaso del comando y de la disciplina, la poca coordinación de las acciones, y la falta de especialización. No obstante, se encuen-

tra mucha diversidad de organización y de métodos militares en las sociedades primitivas.

En muchas sociedades tribales un hombre no puede llegar a ser jefe a menos que es un guerrero victorioso renombrado por su valor en batalla y ha matado a por lo menos un enemigo, aunque sea el primogénito para la sucesión en el puesto principal del liderazgo. Los jefes en estas sociedades desempeñan también los cargos de líder civil, mediador, redistribuidor, sacerdote y director de ceremonias religiosas, así como de jefe militar. En otras sociedades tribales se hallan dos jefaturas--una militar y la otra civil cuyos deberes son principalmente ceremoniales y jurisdiccionales (Ellis 1951; Vayda 1967:359 y 366; Turney-High 1949:227-253; Service 1975:50-64). Es interesante notar que entre los grupos que están sometidos a grandes tensiones, la reacción parece ser muchas veces un aumento del poder del jefe militar sobre el del líder teocrático, como entre la tribu cheroquí del sudeste de los Estados Unidos durante el siglo dieciocho (Gearing 1962; Service 1975:140-148), y a veces la mayor centralización política (o en otros casos termina con la desintegración de la sociedad).¹¹ Además, aun en aquellas sociedades en donde la autoridad está dividida, los jefes militares tienen a menudo otras responsabilidades no marciales. El culto guerrero de la tribu pueblo del suroeste de los Estados Unidos está íntimamente relacionado con los conceptos de fertilidad, y los jefes militares muchas veces dirigen ceremonias religiosas en las cuales toman parte activa los guerreros mismos (Ellis 1951).

Se ha sugerido que en la guerra primitiva, la capacidad de los

¹¹ Parece que ciertos grupos, por ejemplo los jibaros de la montaña del Ecuador y del Perú oriental, tienen jefes sólo en tiempos de mucha tensión, cuando la guerra se hace endémica, y deben ser guerreros experimentados (Karsten 1967:308).

jefes militares de mandar los guerreros y de mantener la disciplina es mínima o inexistente (Fried 1961:140-143; Vayda 1967:359; Turney-High 1949:22-25). Aquellos autores quienes prefieren este punto de vista sostienen que no existen medios efectivos de hacer cumplir las órdenes en las sociedades igualitarias y de rango, y que los combatientes se huyen del campo de batalla si se mate o se tome prisionero su líder. Sin embargo, queda claro en la literatura etnográfica que la guerra se caracteriza por cierto grado de planificación, efectuada por los jefes militares, en las sociedades de rango. También es obvio que en cualquier tipo de guerra, la victoria depende de la cooperación, la coordinación de operaciones y la capacidad de seguir órdenes.¹² De hecho, la investigación etnográfica de sociedades de rango demuestra que los hombres están más dispuestos a obedecer a sus líderes en combate que en tiempos de paz, porque están en peligro sus propias vidas; dos tercios de los grupos con sistemas políticos no centralizados examinados por Otterbein (1970:23-28, Cuadro 2) tienen un alto grado de subordinación entre los guerreros.

Si bien parece que el grado de sofisticación militar tiene cierta correlación con el grado de centralización política, asimismo me parece que hasta la guerra primitiva puede variar considerablemente en cuanto a la táctica, la organización y la calidad del liderazgo. El estudio de Otterbein sobre la correlación de variables guerreras con el grado de centralización política indica la gran diversidad de las prácticas

¹²No se debe olvidar la fuerza de las sanciones religiosas ni de la opinión pública en conseguir la obediencia y cooperación. Para descripciones y análisis de la guerra en sociedades igualitarias y de rango, véase Fried 1961:137-145; Vayda 1961; Vayda 1967; Vayda 1976; Chagnon 1977:118-137; Karsten 1967; Ewers 1967; Newcomb 1950; Murphy 1957:1021-1023; Fathauer 1954; Lowman 1973; Turney-High 1949; Michkin 1940; Rowlands 1972.

militares, y que los grupos con sistemas políticos no centralizados frecuentemente usan la práctica más eficaz que compone la variable. En el Cuadro 2, resumo los resultados del estudio de Otterbein que parecen contradecir la suposición de que la guerra entre los grupos primitivos sea ineficaz, inorganizada, y carente de liderazgo, con poner en lista el porcentaje de sociedades con sistemas políticos no centralizados que tienen ciertas prácticas militares consideradas por lo general como características sólo de sistemas políticos centralizados. Asimismo, se encuentran algunas prácticas militares que se consideran pertenecientes a las sociedades primitivas en numerosos pueblos con sistemas centralizados (Otterbein 1970:pássim).

En las formas antiguas o primitivas de sociedades estratificadas, los caudillos militares muchas veces forman parte de la élite gobernante. Se hacen comunes los ejércitos grandes, la táctica elaborada, las armas especializadas, fortificaciones, y el profesionalismo militar. La guerra se vuelve más intensiva y más letal que entre las sociedades primitivas, resultando en una tasa de pérdidas mucho más alta. El núcleo de soldados profesionales o oficiales de las fuerzas armadas consiste en miembros del linaje del jefe, quienes son por lo regular parientes cercanos del cacique mismo. La proeza militar sigue siendo un requisito previo para la jefatura. La élite gobernante controla la organización militar, junto con los sistemas económico, social y religioso. No sólo en muchos cacicazgos recientes, sino que también en los estados primitivos, se ve la interrelación entre el poder político, la organización militar, el control económico y la ideología en el liderazgo de estas sociedades (Webb 1975:178 y 184-188; Turney-High 1949:233-241; Service 1975:105-116; Fried 1967:145-146; Otterbein 1967).

CUADRO 2

EL PORCENTAJE DE SOCIEDADES NO CENTRALIZADAS
QUE TIENEN PRACTICAS MILITARES ASOCIADAS
CON SOCIEDADES CENTRALIZADAS^a

Práctica militar asociada con sociedades centralizadas	Porcentaje de sociedades no centralizadas que tiene esta práctica
Organización militar compuesta de profesionales y de no-profesionales	23%
Organización militar compuesta únicamente de profesionales (grados de edad o sociedades militares)	13%
Alto grado de subordinación	67%
Guerra iniciada por partidos oficiales	38%
Sistema táctico basado tanto en líneas como en emboscadas	30%
Uso de más eficientes armas de choque especializadas	63%
Uso de armadura o de armadura y escudos	18.5%
Presencia de fortificaciones de campaña	24%
Fortificación de poblados	40%
Uso de operaciones de sitio	25%
Alto grado de sofisticación militar	20%
Alta tasa de pérdidas	28%
Éxito militar indicado por la expansión del territorio del grupo	26%

^aResumido de Otterbein 1970: Cuadros 1-3, 6-9, 11, 12, 17, 18, 23.

Existe otro tipo formativo de sociedad estratificada menos común en la cual la organización militar no forma parte integral de la organización sociopolítica, sino que queda completamente separada de la autoridad civil, y no más cumple una función militar. Cuando tales sociedades están sometidas a grandes tensiones, incluso a la guerra endémica intensiva, la organización militar propende a reemplazar la autoridad civil si ésta resultaría inefectiva para tratar el problema con éxito. A veces el proceso acaba en el desarrollo del estado. Se encuentran numerosos casos de tal situación en la literatura etnohistórica; un caso citado con frecuencia es la tribu cheroquí del sudeste de los Estados Unidos durante el siglo dieciocho, cuando la expansión de los colonos europeos ocasionó grandes perturbaciones en la estructura sociopolítica indígena (Gearing 1962; Service 1975:140-148). Según parece, la guerra estaba aumentando de intensidad en varios cacicazgos polinesianos en el momento de contacto con los europeos (Service 1975: 150-164). Había dos grupos opuestos en estas sociedades: uno que prefirió la organización tradicional basada en la sucesión hereditaria; y otra facción que exigió que la sociedad se basara en la guerra y en la fuerza. La jefatura tradicional basada en el parentesco se estaba retrocediendo poco a poco al monopolio institucionalizado del poder que caracteriza el estado preferido por la facción bélica:

El líder de una partida de guerra victoriosa pudo ganar el señorío temporal sobre todos los mangalas, estableciendo el poder de un dictador militar que eclipsó lo de cualquier señor hereditario sagrado. Este no más pudo convertirse en un *roi fainéant* (un rey inútil), ocupado en cosas sagradas (Turney-High 1949:242).

Así es que aun en las etapas primitivas, la guerra puede proporcionar el liderazgo, la subordinación y la cooperación que son factores en el desarrollo de la civilización y del estado. Esto no quiere decir que la guerra sea el móvil principal, ni el único factor significativo

en la evolución sociopolítica. No obstante, hay bastante evidencia de que la guerra sí juega un papel en la evolución sociopolítica en ciertas condiciones, y no tan solo en las etapas más tardías.

La Conquista y la Formación del Estado

Otra hipótesis que toma la guerra por el móvil primaria de la evolución cultural es la llamada "teoría de la conquista," la que sostiene que el estado es el resultado de la conquista--es decir, la guerra que resulta en la subyugación definitiva y la subsecuente explotación de un grupo por otro (Carneiro 1967; Andrzejewski 1954:31-33 y 87-88; Malinowski 1941:541). La conquista produce la estratificación social con dividir la sociedad en vencedores y vencidos; generalmente a éstos les está negado el derecho a llevar armas tanto como el acceso a ciertos recursos económicos críticos, y son explotados de peones por el grupo victorioso.

Se refiere con frecuencia al surgimiento del imperio zulú del África sudeste a principios del siglo diecinueve como un ejemplo del desarrollo del estado causado por la conquista (Otterbein 1967; Service 1975:105-116). Todos los grandes cacicazgos de la región fueron conquistados por Shaka, el jefe guerrero de los zulúes, quien había iniciado cambios importantes en la táctica y las armas que les dieron la ventaja sobre los grupos colindantes, quienes corrieron parejas con los zulúes por todo lo demás. Durante un espacio de menos de veinte años, los zulúes, bajo la dirección de Shaka, conquistaron a 300 tribus distintas, hasta que lograron controlar unos 80,000 millas cuadradas de territorio en Sudáfrica. Los proponentes de la teoría de la conquista ven el caso zulú como evidencia de que "el uso de armas más efectivas, con producir victorias decisivas de conquista, ocasiona un

incremento en la centralización de una comunidad política, con colocar a los militares y su jefe en una posición dominante en la sociedad" (Otterbein 1970:46). Sin embargo, como Sudáfrica estaba pasando por grandes tensiones debido a la expansión europea, las guerras que ésta causó y la inmigración de grandes cantidades de africanos huyendo de los cataclismos en el interior del continente, se debe tener en cuenta otros factores además de la guerra al analizar el desarrollo del imperio zulú.

Según una variación de la teoría de la conquista, la subyugación de agricultores sedentarios por pastores nómadas, como ocurrió en numerosos reinos africanos durante el siglo diecinueve, produce la estratificación social y el estado (Oppenheimer 1926; Park 1941:567). La conquista de un grupo étnico por otro conduce a la división de la sociedad en derrotados y vencedores, y se desarrolla el estado, basado en rasgos como un sistema de casta estricto, la esclavitud, y la explotación económica de los cultivadores derrotados, para mantener esta relación (Oppenheimer 1926:51-55; Service 1975:41, 117-136 y 268-273).

Se encuentra bastante evidencia de la guerra tanto etnográfica como arqueológica e histórica desde las etapas muy tempranas del desarrollo del estado en el Viejo Mundo y en las Américas. Como señala Service (comentario en Fried, Harris y Murphy 1968:169), la guerra se aumenta de intensidad y de frecuencia, sobre todo en las etapas avanzadas del desarrollo de las civilizaciones prístinas tanto como en los estados primitivos más recientes, y este incremento está estrechamente correlacionado con la evolución de la civilización y del estado: "La organización del estado y de los subsecuentes imperios arcaicos, fue un proceso adaptivo que implicó estrechamente la conducta predatoria, conquista, asimilación, etcétera--en suma, nuevas formas intensificadas de guerra que sucedieron como un nuevo aspecto del gobierno." Se puede verificar

esto en los relatos etnográficos de los reinos africanos, y de numerosos casos en otras partes del mundo; tanto como en la mayor importancia de representaciones de guerreros y de batallas en el arte monumental, la aparición de enormes fortificaciones permanentes y de ciudades muradas, las tradiciones históricas y textos literarios, además de la mayor cantidad de armas y otros pertrechos descubiertos en sitios de las civilizaciones prístinas de Mesopotamia, Egipto, China, la región del Mar Egeo, el Perú y Mesoamérica (Webb 1975:186-189; Adams 1966:140; Service 1975:270-272).

Aunque hay al parecer una correlación estrecha entre el desarrollo de la guerra y la civilización (véase Otterbein 1970:70-76), esto no significa necesariamente que la guerra es la causa principal de la evolución sociopolítica. Se halla la guerra endémica con una tasa inesperadamente alta de sofisticación militar entre ciertos grupos primitivos, por ejemplo los yanomamö y otras tribus en Sudamérica, y en Polinesia. Además, entre muchos grupos primitivos, tales como los maoris o los marings de Nueva Guinea, para nombrar sólo un par, la guerra resulta en la adquisición de territorio para los vencedores, pero dichas conquistas territoriales no producen la centralización sociopolítica. Por lo tanto, se puede ver que la guerra es uno de varios factores, unos de más significación que otros, que están implicados en los procesos que terminan con la civilización; en algunos casos, de todos modos, la guerra es de gran importancia en estos procesos.

La Teoría de la Circunscripción

Otra teoría que ve la guerra como un móvil fundamental, o más bien el mecanismo del origen del estado, ha adquirido bastante reconocimiento entre antropólogos en estos últimos años; ésta es la teoría de la circunscripción. Esta hipótesis fue propuesta por Carneiro (1970), basada

en el enfoque ecológico en el estudio de la evolución sociopolítica. Ha sido modificada y refinada desde entonces por Webb y Webster, entre otros, e incorporada a otros modelos de la evolución de la civilización, tal como lo de Sanders y sus colegas. La teoría de la circunscripción es más satisfactoria que las tratadas anteriormente, sobre todo desde que ha sido modificada, porque tiene en cuenta las consideraciones ambientales y reconoce que la guerra no es el único factor involucrado en la formación del estado. Además, se sirve de los datos arqueológicos tanto como los etnológicos e históricos, sobre todo los que tratan de las civilizaciones más antiguas que han sido descubiertos en los últimos veinte o treinta años.

Según la teoría de la circunscripción (Carneiro 1970), el estado surgió primero en ciertas áreas que son caracterizadas por tierras circunscritas o limitadas pero que son muy productivas para la agricultura. Mesopotamia está rodeada de desierto, estepa y sierra; el antiguo Egipto consistió en la estrecha franja de aluvión a lo largo del Río Nilo; se dividen las tierras altas de Mesoamérica y del Perú en pequeños valles fértiles separados por montañas escarpadas; en la costa peruana la agricultura está limitada a los pequeños valles fluviales que extienden desde la sierra a través del estrecho llano costero. En la teoría de la circunscripción, se da por sentado el crecimiento demográfico. A medida que crezca la población de una área circunscrita, los cambios tecnológicos intensifican la producción agrícola, y el combate ya está motivado por la necesidad de que cada grupo del área adquiriera más territorio, más bien que por la venganza como en aquellas sociedades donde no está limitada la tierra adecuada para el cultivo. También se supone que la guerra se hace más frecuente, más intensiva y, por lo tanto, más significativa culturalmente cuando las causas son primariamente

económicas. Una vez que la población ha llenado toda el área circunscrita, un grupo que ha sido derrotado por otro ya no tiene lugar a que puede huir; sino que se ve obligado a someterse a los vencedores; y paga tributo mientras que se queda en sus propios poblados, o se incorpora tanto políticamente como económicamente a la sociedad de los vencedores. De este modo se unen forzosamente varios poblados, y se requiere un nivel de integración sociopolítica más alto para mantener la nueva entidad, resultando en el cacicazgo. A medida que crezcan de tamaño, el número de entidades independientes disminuye, hasta que surja el estado y luego los primeros imperios.

La evolución política dentro de la comunidad está estrechamente relacionada con los acontecimientos exteriores, a saber la adquisición de nuevos territorios y la incorporación de diferentes grupos al sistema, lo que exige nuevas formas administrativas. Según la teoría de la circunscripción, aquellos individuos quienes se habían distinguido en el campo de batalla supervisan la distribución del botín de la guerra, lo que les permite ganar partidarios quienes no sean necesariamente miembros de la misma familia o clan, de tal modo superando los lazos de parentesco. Entonces se hacen a estos individuos líderes civiles, quienes ya se ven obligados a reunir las diferentes facciones en un conjunto centralizado e integrado. Se realiza esto con controlar la redistribución del tributo que se exige de los grupos derrotados, con movilizar la mano de obra para la construcción y para la defensa, y con mantener relaciones pacíficas entre los diferentes sectores de la nueva comunidad agrandada. Los nuevos jefes y sus familias forman el núcleo de la élite gobernante, junto con unos antiguos líderes civiles o religiosos. Los grupos derrotados se convierten en la clase baja que mantiene el partido gobernante con su tributo y trabajo, de suerte que éste

llega a ser totalmente aparte del sistema de producción de subsistencia. Los que han perdido sus tierras por la conquista están atraídos a los poblados crecientes habitados por los jefes, y dan su mano de obra por las necesidades de la vida, de este modo promoviendo más los procesos de estratificación social y especialización económica que producen la civilización (Carneiro 1970:734-736).

Los proponentes de la teoría de la circunscripción señalan que la tierra agrícola no es el único recurso que está limitado en muchas áreas donde ha ocurrido la centralización política. Ciertas áreas demarcadas dentro de regiones más grandes contienen concentraciones excepcionalmente ricas de recursos, incluyendo caza, pesca, frutas y legumbres silvestres o otras riquezas, además de tierra cultivable altamente productiva. Estas áreas restringidas pueden convertirse en la causa de conflictos entre los grupos que ocupan la región, aun cuando la cantidad de tierra por sí misma no esté limitada, dado el tamaño de la población. También puede involucrarse otros factores no medio ambientales, por ejemplo en casos de la circunscripción social. Esto ocurre cuando una alta densidad demográfica en el corazón de un área que no está limitada de extensión ni dividida por barreras geográficas, resulta en la guerra y la centralización política. La densidad de población en el centro de la región ocasiona la guerra más intensa y más frecuente; pero, por el gran número y la proximidad de los asentamientos en el corazón del área, más el hecho de que la periferia también está ocupada, si bien menos densamente, los grupos derrotados no pueden tan solo trasladarse a zonas desocupadas, sino que se ven obligados a someterse a los vencedores. Desde ese punto el proceso de la formación del estado se parece a los casos de la circunscripción medio ambiental (Carneiro 1970:736-738; Chagnon 1968:111-114).

Como fue propuesto al principio, la teoría de la circunscripción tiene varios problemas. Como ya se mencionó en la discusión sobre el concepto de la capacidad de carga, no se puede dar por sentado el crecimiento demográfico; la evidencia arqueológica debe demostrar que la población estaba de veras aumentando al mismo tiempo que se estaba desarrollando la civilización. En segundo lugar, se debe verificar también que aquellas áreas en donde surgieron la civilización y el estado por primera vez estaban realmente sujetas de la circunscripción medio ambiental y/o social, y a la concentración considerable de recursos. Me parece que la evidencia no sostiene el caso para la circunscripción en el Valle del Indo ni en el Valle del Hoang Ho en el norte de China, por la carencia de datos demográficos, la vasta extensión de estas dos regiones, y la falta de barreras geográficas formidables dentro de estas regiones. Mientras que Egipto y el Perú proporcionan excelentes ejemplos de los efectos que producen el aislamiento geográfico y la diferenciación medio ambiental, la situación no es tan clara en Mesopotamia ni en el México Central. Estas diferencias medio ambientales sin duda afectaron los procesos de evolución cultural en modo distinto en cada región. Además, en áreas circunscritas con poblaciones crecientes, el combate que termina con la subordinación de algunos grupos a otros no siempre resulta en la formación del estado, como demuestran muchos pueblos de Nueva Guinea y de Sudamérica (Vayda 1976; Chagnon 1977); por otra parte, la guerra puede hacerse prevaeciente en áreas en donde la circunscripción no es un problema (Murphy 1957:1027). Por último, se hallan áreas de severa circunscripción medio ambiental y de gran concentración de recursos, por ejemplo el suroeste de los Estados Unidos, en donde no se desarrolló el estado, a pesar de que la guerra fue al parecer bastante prevaeciente y causada por la competencia por la

tierra cultivable y los manantiales de agua (Ellis 1951). En resumidas cuentas, el defecto principal de la teoría de la circunscripción como fue formulada originalmente, es que pone demasiado énfasis a las características medio ambientales, y no toma en consideración muchos otros factores involucrados en la evolución de la civilización y del estado.

La teoría de la circunscripción ha servido de base de hipótesis antropológicas más recientes acerca del papel de la guerra en el desarrollo sociopolítico. El trabajo de Webster (1976 y 1977) en el sitio clásico de Becan en el centro de Yucatán ha dado por resultado un nuevo enfoque en el papel de la guerra en el desarrollo de la civilización maya. Webster (1975) acepta muchas de las premisas de la teoría de la circunscripción, sobre todo en cuanto a las características medio ambientales de aquellas regiones en donde se evolucionó el estado por primera vez. Percibe la guerra como uno de varios factores que juegan un papel significativo en el desarrollo del estado, aunque no como el móvil principal, en las circunstancias siguientes. El área debe ser bastante grande, pero sin barreras naturales prominentes para impedir la interacción o la fisión de grupos. El desarrollo sociopolítico ocurre si el área está dividida físicamente en varias zonas juxtapuestas de potencial productivo y demográfico muy variado, y socialmente en un número de comunidades locales autónomas de diferente complejidad social. El área debe tener bastante potencial agrícola a fin de que la agricultura extensiva pueda producir un excedente, y que sea posible la intensificación de técnicas de subsistencia. Bastante variabilidad local de recursos básicos resulta en la estratificación económica incipiente y en el desarrollo de patrones de redistribución. El crecimiento rápido de la población ocasiona la fisión de grupos y la expansión de asentamiento desde el corazón densamente ocupado a las zonas marginales hasta

que se llene todo el espacio disponible. El producto final cultural de tales procesos es la sociedad de rango. Una vez que ya no es factible la fisión de la población excesiva del corazón del Área a las zonas marginales, los grupos tienen que encontrar alternativas para combatir la deficiencia creciente de recursos, una de las cuales es la guerra (Webster 1975:466-467).

Un problema mayor en el estudio de la evolución sociopolítica es la cuestión de como es que la estratificación social y la centralización política logran reemplazar la estructura social de las sociedades de rango (tribus) basada en el parentesco. Webster (1975:467-468) sostiene que el estado de tensión y conflicto, que es una consecuencia de la guerra incesante ocasionada por la expansión de los grupos desde el corazón de una región a las zonas marginales, produce el medio ambiente apto para el cambio sociopolítico con hacer inefectivos los constreñimientos internos a dicha evolución que normalmente caracterizan las sociedades de rango; en otras palabras, el conflicto estimula la organización sociopolítica como una respuesta adaptiva a situaciones de la limitación de los recursos. Si la guerra sigue siendo un peligro externo más o menos constante para una sociedad, se exige la estabilidad interna para sobrevivir. Un fuerte jefe de guerra victorioso puede superar las divisiones dentro del grupo y la organización de parentesco en tiempos de conflicto, ocasionando un aumento de su autoridad política. Si la guerra llegue a ser una situación más o menos continua, el aumento de la autoridad política del jefe militar puede hacerse permanente. Además, es el primero en reclamar el botín y la tierra tomados en batalla, lo que le da algún control sobre los recursos básicos: "La guerra, en suma, puede poner a la disposición del jefe una dimensión de riqueza completamente nueva, con todas sus ramificaciones políticas, precisamente al mismo

tiempo en que ha adquirido mayor prestigio y apoyo público por el liderazgo militar victorioso" (Webster 1975:468).

También el jefe ya está en condiciones de controlar la distribución de la tierra conquistada y de otros recursos, lo que intensifica la estratificación económica iniciada por la diversidad del medio ambiente físico de la región. Las comunidades derrotadas se convierten en dependientes económicos de los vencedores y se inicia la formación de una clase social subordinada. La población incrementada del grupo victorioso además de las limitaciones continuas de los recursos fomentan la intensificación de las actividades de subsistencia. El jefe puede recompensar a sus seguidores con tierra y con puestos de alto rango. Ellos así forman un grupo de interés especial dependiente mutuamente del jefe, pero que ya no está basada en el sistema de parentesco tradicional. Este nuevo grupo tiene un interés investido en el funcionamiento satisfactorio de todos los aspectos del nuevo sistema social y en la continuación del estado de guerra que lo produjo. La guerra continua refuerza la posición de la nueva élite, aumentando su riqueza y prestigio, hasta que se ha hecho arraigada en el sistema estatal centralizado (Webster 1975:468-470; Webster 1977). Las demás comunidades de la región se ven obligadas a ponerse agresivas militarmente en defensa propia, y también a adoptar el nuevo sistema político para sobrevivir.

El modelo propuesto por Webster tiene en cuenta los factores medio ambientales tanto como los sociales. Recalca que el estado se desarrolla únicamente cuando se llene ciertas condiciones; a saber, cuando una comunidad agrícola capaz de producir un excedente está ubicada en una situación circunscrita en cuanto al medio ambiente, y se enfrente con una población creciente, y al mismo tiempo la mayor probabilidad de la escasez de recursos. Dados estos antecedentes, un estado de

guerra constante entre los grupos de la región resulta en el desarrollo del liderazgo y de la organización sociopolítica.

A niveles más complejos, existe el potencial para transformar el liderazgo provisional en tiempos de guerra en rangos o puestos permanentes con aun mayores prerrogativas políticas y económicas, tanto como militares. ... En otras palabras, los cargos o papeles militares pueden ser los trampolines a la acumulación diferencial de la riqueza personal en términos de tierra o botín, la que puede ser reinvertida a su vez en relaciones entre clientes y patrones, las cuales aumentan más su influencia política y económica. Superficialmente la fórmula es sencilla: el éxito de un individuo en el liderazgo militar le hace un recurso valioso a ser premiado con el prestigio y favores económicos. Con el tiempo el gusto de los jefes militares, y de sus familias y partidarios, puede ser asegurado por el grupo en conjunto, y pueden aparecer distintas brechas sociales, que serán institucionalizadas eventualmente como la estratificación social. ... La primaria significación evolucionaria de la guerra está en su capacidad de institucionalizar los principios preexistentes de rango o de estratificación económica, que están a su vez relacionados con problemas ecológicos en primer lugar (Webster 1977:350).

Webster niega enfáticamente que la guerra sea el mecanismo principal de la formación del estado, y recalca que es una de varias alternativas a la disposición de las sociedades que están pasando por el tipo de tensiones descritas anteriormente. Con mucha razón se cuida de aplicar su teoría tal como está a todos los casos de la formación del estado primario: de hecho, sugiere que este modelo sea aplicable a los mayas y a las antiguas ciudades-estado sumerias, si está modificado algo (Webster 1975:470; Webster 1977).

También Webb (1975) opina que se puede explicar los orígenes del estado con una versión modificada de la teoría de la circunscripción. Los estados prístinos se desarrollaron en áreas que tenían dos características salientes en cuanto al medio ambiente físico: eran regiones de tierra altamente productiva rodeada de territorio estéril en su mayor parte, tal como desierto; en segundo lugar, eran caracterizadas por la ausencia o la distribución sumamente diferenciada de las materias primas en la zona central. El estado pudiera desarrollarse únicamente en este

tipo de región con tal que se haya alcanzado la etapa de cacicazgo de integración sociopolítica, que la población estuviera creciendo bastante rápidamente, y que la cantidad de tierra agrícola buena estuviera severamente limitada. La escasez de tierra agrícola produjo más competencia y guerra entre los diferentes grupos que habitaban la región, que no pudieron huir a las zonas circunstantes porque eran inadecuadas para el cultivo, o de todos modos mucho menos deseables.

La teoría de Webb se parece a las otras ya tratadas en su afirmación de que la guerra intensificada creó más necesidad de liderazgo fuerte; y que los jefes victoriosos adquirieron un modo de acumular gran riqueza mediante la captura de tierras y del botín de los grupos vencidos. Con su nueva riqueza los jefes pudieron juntar una banda de seguidores alrededor de sí mismos y superar poco a poco los vínculos consanguíneos que mantenían junta la tribu antes de que la situación se ha vuelto tan competidor. Un aspecto de esta adquisición gradual del poder que trata Webb (1975) es el significado del comercio en estas regiones circunscritas, que fue esencial para la evolución de los cacicazgos, y que incrementó de importancia a medida que los estados incipientes se extendieron de tamaño y requirieran cada vez más recursos, de suerte que la guerra y el intercambio se hicieron parte de un solo proceso de centralización política. También recalca Webb que el proceso por lo cual los gobernantes seculares superaron la influencia de los jefes teocráticos y consanguíneos consistió en el reemplazo gradual de éstos hasta que los nuevos líderes dominaron todos aspectos de la sociedad.

Otras Teorías acerca de la Guerra

En otras teorías antropológicas recientes del origen de la civilización, se considera la guerra de poca importancia comparada con las

consideraciones económicas y sociales, y de ninguna manera de un factor causal; mientras que algunas autoridades (Fried 1961:137-141) ven al conflicto como una fuerza significativa en la evolución cultural sólo en las etapas más tardías del proceso, o en la formación de estados secundarios. Los proponentes de esta escuela de ideas observan que, si bien se halle el combate en la mayoría de las sociedades sencillas igualitarias, y incluso se vuelva endémico en algunas, tanto la organización como el liderazgo militar es primitivo, sin ninguna coordinación de operaciones ni concepto de comandancia ni de subordinación. Sostienen que entre los grupos primitivos, la guerra consta casi totalmente de correrías llevadas a cabo por razones personales, empleando las mismas armas como para cazar; y que se caracterizan las peleas por choques entre guerreros individuales con poca o nada de dirección, acompañados de mucha ostentación y conmoción, con intención de aterrorizar al enemigo. Vayda (1967:359) ha resumido las características de la guerra primitiva, que son "la pequeña escala y la corta duración de las hostilidades activas, el poco desarrollo de la comandancia y disciplina, la gran dependencia de ataques repentinos, y la importancia de la aldea o del grupo local en la organización de las partidas de guerra."

En las sociedades de rango o tribus, la guerra se organiza algo, dependiendo de la complejidad de la organización social de la comunidad y de la intensidad del conflicto. Se inician el comando y la subordinación, las maniobras tácticas y la especialización militar. Se ven estos cambios como el resultado de más competencia entre los grupos a este nivel y de la evolución de la organización sociopolítica, la que es ocasionada por el crecimiento demográfico, el surgimiento de la redistribución y la diferenciación consiguiente entre los individuos de la sociedad. Fried (1961:145-146) y los otros proponentes de este punto de vista

(Service 1975:270-280) sostiene que la proeza militar no da lugar a un nuevo tipo de liderazgo político; y que "la guerra sirve para institucionalizar las diferencias de rango sólo cuando éstas ya son manifiestas, o al menos implícitas, en la sociedad en cuestión" (Fried 1961: 134).

La guerra adquiere más importancia una vez que la sociedad se ha vuelto estratificada. La estratificación resulta en el acceso diferencial a los recursos económicos, de suerte que una sociedad estratificada tiene que extender su territorio y aumentar sus recursos para suplir la demanda; de este modo la guerra se motiva por razones económicas cuando aparece la estratificación social. Aunque la guerra es más frecuente y más dura en las etapas más tardías de la evolución sociopolítica, todavía se la toma por la mera institucionalización de la estratificación social: "Más bien que la guerra y los papeles militares sean el origen de la estratificación, parece que la estratificación es la que provoca la guerra y encarece el estado militar" (Fried 1967:216).

La competencia figura en otro modelo del desarrollo sociopolítico propuesto por Sanders, Parsons, Price y sus colegas para explicar la evolución cultural en la Cuenca de México (Sanders y Price 1968; Sanders, Parsons y Santley 1979). Este modelo se incorpora algunos conceptos de la teoría de la circunscripción, tales como el crecimiento espontáneo de población en una área circunscrita de medio ambiente y/o socialmente, caracterizada por bastante diversificación ecológica. Ambos factores producen el acceso diferencial a los recursos básicos, sobre todo a la tierra agrícola, dentro de tanto como entre las comunidades; esto causa a su vez la competencia dentro de y entre las sociedades, la intensificación de producción agrícola, la especialización ocupacional, el desarrollo de redes de intercambio y de instituciones administrativas, el

desenvolvimiento de rangos sociales y económicos y luego de la estratificación, y la evolución de controles políticos más numerosos y más complejos. Con respecto específico a la competencia, Sanders y sus colegas (Sanders y Price 1968:94-97) sostienen que es causada por la presión demográfica sobre la cantidad limitada percibida de recursos naturales; por lo tanto, a medida que crezca la población, también se aumenta el conflicto de frecuencia y de intensidad hasta que alcance un nivel intolerable. Esto resulta en mayor cooperación, además de más control político centralizado.¹³

Este último modelo es una tentativa para explicar la evolución cultural en Mesoamérica como un proceso sistemático, y no tan solo como un mecanismo de causa y consecuencia. Sin embargo, hay unas dificultades con este modelo también, igual que con otros que incluyen ciertos conceptos de la teoría de la circunscripción; a saber, se da por sentado el crecimiento de la población, que la presión demográfica es en realidad un problema o al menos se la percibe como tal, y que el aumento de población es de hecho una causa de la evolución sociopolítica. Hay casos en la literatura antropológica en donde una alta densidad de población ocasiona la guerra crónica pero sin el desarrollo de la organización sociopolítica, por ejemplo en Nueva Guinea (Forge 1972), Sudamérica (Chagnon 1968), Melanesia y Polinesia (Vayda 1961 y 1976); lo mismo que se encuentran grupos en donde la presión demográfica creci-

¹³En una presentación temprana del modelo, Sanders y Price (1968: 97) declaran: "El crecimiento de la población, la competencia, y la cooperación son citados como procesos críticos y coordinados en la evolución de la civilización." La evidencia arqueológica para la competencia a que se refieren Sanders y sus colegas consiste principalmente en datos de patrones de asentamiento, a saber la ubicación de sitios en lugares de defensa fácil, la nucleación demográfica, y vacíos de ocupación en el patrón que ellos interpretan como zonas de habitación esparcida entre unidades políticas hostiles (Sanders, Parsons y Santley 1979:101-107, 129-137, y 146-152).

ente sobre los recursos produce el desarrollo sociocultural. Además, hay bastante evidencia de que los estados prístinos procuraron aumentar sus poblaciones por medio de la conquista para mejorar su productividad económica y acrecentar su poder sobre sus vecinos.

Estados que todavía tenían bastante tierra estaban peleando para que sus gobernantes pudieran adquirir la riqueza y el poder concomitante del control sobre otros estados, y para defenderse de que estén privados de la riqueza, poder y aun la vida, por los gobernantes de los demás estados. Fomentaron el crecimiento de la población a causa de la guerra más intensa, tanto como por razones económicas, más bien que se estaba intensificando la guerra a causa del desarrollo de la población (Cowgill 1976:17-18).

Es preciso poner a prueba estas teorías con datos arqueológicos y demográficos para ver si sirven para explicar el papel de la guerra en la evolución de la civilización o no.

Conclusiones

No cabe duda a mi juicio de que la sofisticación militar está en general correlacionada con el grado de organización sociopolítica. Si bien es cierto que algunos grupos con sistemas políticos no centralizados han desarrollado la táctica o organización militar bastante elaborada, parece que casi todos los estados y la mayoría de los cacicazgos tienen un grado más alto de sofisticación militar. En el estudio de Otterbein (1970:74-76) sobre la evolución de la guerra, más del 80% de esas sociedades con sistemas políticos centralizados (cacicazgos y estados) tienen un alto nivel de sofisticación militar, y el 20% de los grupos con sistemas políticos no centralizados (tribus y bandas) también logran altos niveles en cuanto al desarrollo de asuntos militares. El estudio de Otterbein sugiere que, bajo condiciones en donde la guerra entre grupos sea prevalecte, más victorias militares y un nivel más alto de sofisticación militar resultará en la centralización política:

Por consiguiente, este estudio de varias culturas diferentes sobre la guerra ha demostrado que, aunque la sofisticación militar aumente con el desarrollo de la centralización política, un aumento de centralización política no es una necesidad para que una comunidad política desenvuelva un sistema militar sofisticado y se ponga militarmente victoriosa. Por otra parte, la evolución de una organización militar eficiente parece ser una condición necesaria para que una comunidad política siga siendo viable en los conflictos entre sociedades; por lo contrario, el desarrollo de una comunidad política centralizada que no se apoye en una organización militar eficaz no impedirá que una comunidad política sea tragada por sus vecinos más eficaces militarmente (Otterbein 1970:107-108).

En su análisis de los sistemas militares y su relación con la organización política en el Nuevo Mundo, Gorenstein (1966 y 1973) también encontró una correlación estrecha entre el grado de organización o especialización militar y el nivel de centralización política. Su comparación entre los aztecas de Mesoamérica con sus territorios sujetos sueltamente controlados que se estaban sublevando constantemente, y los incas del Perú, quienes adquirieron un verdadero imperio caracterizado por un control firme sobre las provincias desde una autoridad centralizada mediante la conquista por una fuerza militar profesional, le llevó a concluir que un alto grado de sofisticación militar es una condición necesaria para el desarrollo de un alto nivel de centralización política, y que la falta de especialización militar estorba la centralización política, si es que no la previene de hecho.

Parece que las diferencias en las instituciones políticas entre las sociedades inca y azteca están relacionadas con las diferencias en los sistemas militares. Sin un ejército permanente una capital política no puede reprimir las insurrecciones, ni poner en vigor los mandatos políticos en su territorio. Una fuerza militar de tiempo completo fue el instrumento que aseguró la centralización política en la sociedad incaica. La falta de tal fuerza impidió la centralización del poder político en el México azteca (Gorenstein 1966:63).

¿Qué es entonces el papel de la guerra en la evolución sociocultural, si las hay? Ante todo, sostengo que el papel de la guerra, igual que los demás factores involucrados en los procesos de la evolución sociocultural, depende de estos otros factores y las interrelaciones en-

tre ellos durante toda la historia de la sociedad. La guerra no es un móvil principal, si es que exista en realidad tal cosa en la evolución sociocultural, lo que dudo mucho. Sin embargo, me parece que los factores sociales y culturales, tal como la guerra, han asumido un papel pasivo en los años recientes con la extensa atención prestada a las consideraciones ecológicas; y que es preciso reexaminar el papel de dichos factores a la luz de las contribuciones que los estudios medio ambientales han hecho a la comprensión de la cultura.

Aun en el combate dentro de las sociedades más primitivas, la victoria en el campo de batalla depende de cuando menos un poco de cooperación y subordinación. Los guerreros deben poder seguir las órdenes del líder reconocido, aunque no tenga ningún puesto oficial en la sociedad entera, y no más se le reconozca por jefe en la guerra a causa de sus cualidades personales, tales como la valentía y destreza para manejar las armas y armar trampas. En la mayoría de las sociedades humanas, desde las bandas más sencillas hasta las naciones-estados altamente complejas del siglo veinte tardío y las superpotencias, los guerreros victoriosos son muy estimados en sus sociedades respectivas porque se les tienen por defensores del grupo quienes contribuyen significativamente a la supervivencia del grupo en un mundo hostil. Además, en las sociedades primitivas los guerreros victoriosos tienen la oportunidad de adquirir riqueza adicional en la forma de botín, lo que pueden usar para mejorar su prestigio en la comunidad con compartirla con los demás miembros, en particular con los que no sean parientes suyos, de tal modo aumentando la gratitud y confianza de éstos en el jefe de guerra victorioso.

Puesto que los líderes de las sociedades primitivas carecen del poder y de la autoridad para hacer cumplir sus resoluciones, otros me-

dios, incluyendo la socialización, la hechicería y las sanciones, importan mucho más para inculcar los valores, reglas y normas de la sociedad. Los demás miembros del grupo respetan a quienes tengan mejor destreza que la mayoría para ganarse la vida, quienes sean más trabajadores, inteligentes y juiciosos, y quienes demuestran una aptitud para acaudillar. Estos se hacen jefes y son considerados de estar en una relación especial con los dioses o espíritus, lo que realza aún más su posición en la sociedad y les permite ejercer más autoridad con convertirse en los exponentes de las deidades y sus rituales, y en los intermediarios entre el mundo espiritual y el grupo. A veces este jefe también es el líder de guerra cuando sea preciso; o en otros casos el jefe militar es otro individuo distinto quien puede pretender el liderazgo únicamente en tiempos de guerra, bien que le tengan siempre mucho respeto. Al igual que todos los demás aspectos de la sociedad, la victoria en la guerra está sujeta a los caprichos de los dioses, de modo que se aparecen rituales concomitantes para asegurar la victoria en el campo de batalla, y también para expresar su gratitud y satisfacción al ganarla. De este modo el jefe de guerra frecuentemente adquiere funciones ritualistas en las sociedades primitivas además de su papel netamente militar.

Entre muchos pueblos primitivos la guerra ocupa relativamente poco tiempo y energía. No obstante, la guerra puede hacerse más frecuente y más intensiva en ciertas circunstancias. Esto puede ocurrir por un número de razones diferentes, incluso la presión de población percibida, la concentración de recursos que resulta en disputas sobre la distribución, y otros factores; pero me parece que un elemento de mucha importancia es el espaciamiento de comunidades potencialmente hostiles dentro de una región, sobre todo si está circunscrita de medio ambiente

y/o socialmente. Los grupos humanos tienden a agruparse: Esto fomenta el intercambio de recursos escasos, cónyuges e información entre grupos. Sin embargo, el vivir en grupos crea el conflicto tanto como la cooperación, como ya se ha observado; y se aumenta la posibilidad de conflicto y agresión a medida que crezca el número de grupos, a pesar del potencial económico de la región. Una situación de conflicto subidero con otros grupos resultará frecuentemente en más nucleación dentro de las comunidades mismas. Esto a su vez crea más tensiones y frustraciones dentro del grupo, lo que debe buscar la manera de mitigar estas posibles causas del conflicto dentro de la comunidad. Por una parte, se necesita más cooperación en contra de los enemigos del grupo; al mismo tiempo ya existe más posibilidad del conflicto dentro del grupo, produciendo divisiones dentro de la sociedad. Sugiero que la guerra es una manera de resolver este dilema porque consolida la identidad de "nuestro grupo" comparado con los demás pueblos, fomenta la cooperación entre los miembros del grupo en un objeto común--lo de defensa propia--, y permite a los miembros individuales desahogarse de sus frustraciones peleando con otras sociedades, de este modo disipando las tensiones en el grupo mientras que se realiza un servicio para su propia comunidad. En una situación en donde la guerra se vuelve endémica y se requiere un liderazgo más fuerte, la posición del jefe muchas veces está reforzada; si en cambio la jefatura está dividida entre el jefe-sacerdote y el jefe militar, muchas veces éste logra predominar a aquél si resultara incapaz de hacer frente a la crisis.

Si una comunidad dada ha resistido a tal crisis, y se las ha arreglado no sólo para sobrevivir sino que también para vencer a sus enemigos, los líderes de la sociedad se convencen de que se puede sacar ventajas económicas de la conquista de otros grupos. Si el liderazgo se

ha puesto lo bastante poderoso para ganar superioridad sobre las fuerzas centrifugas dentro de la sociedad, y el poder político ha sido centralizado dentro de las manos de una élite aristocrática que también ha ganado control de los recursos económicos básicos, el sistema de distribución, además de la organización ceremonial y ideológica del grupo, puede que la sociedad emprenda un camino de expansionismo a costa de las demás comunidades de la región.

La guerra es un factor en el proceso cultural que resulta en la centralización política; no produce automáticamente el desarrollo sociopolítico por sí mismo. Más bien, hay un número de otras fuerzas que obran recíprocamente con la guerra, incluyendo factores económicos y demográficos, la ideología, cambios tecnológicos, y la capacidad creciente del liderazgo instigada por las condiciones socioeconómicas. Me parece que el papel de la guerra en la evolución sociocultural es en particular lo de contribuir al desarrollo del liderazgo centralizado, de la cooperación y de la subordinación dentro de la sociedad, todos los cuales son esenciales para los procesos de evolución sociopolítica.

La Evidencia Arqueológica para la Guerra

Muchas veces resulta difícil obtener evidencia arqueológica directa para la guerra, sobre todo para la guerra primitiva. Esto se debe a la falta de equipo y arquitectura especializados en la guerra primitiva, que consiste principalmente en correrías y emboscadas, las cuales dejan muy pocas huellas, especialmente después de varios siglos o más. Las armas, sobre todo los proyectiles, son en general iguales a las que se usan para cazar. La evidencia de la destrucción de comunidades a fuego es frecuentemente inconcluyente por la posibilidad de accidentes. No es siempre posible determinar el origen de las heridas encontradas en los restos esqueléticos, si es que se hayan preservado éstos. Además,

diferentes culturas responden a menudo de modo distinto a una situación de guerra endémica, como señala Webster (1976:7). Por ejemplo, en la China antigua, la guerra fue muy bien organizada y jugó un papel significativo en la integración de la sociedad; pero los soldados no fueron muy respetados, y de hecho la única evidencia clara de la importancia de la guerra en la arqueología es el sistema elaborado de fortificaciones erigido por los chinos. Por otra parte, los antiguos japoneses glorificaron a los guerreros y les estimaron mucho, pero los restos físicos de la guerra tales como las fortificaciones son pequeños e insignificantes.¹⁴ Por lo tanto, la evidencia negativa no quiere decir que no haya guerra (Webster 1977:357). No obstante, se encuentran otros tipos de evidencia que pueden proporcionar mucha información sobre la guerra, y además sobre otros aspectos de la organización sociopolítica, si están correctamente interpretados.

Fortificaciones

La evidencia más concreta para la guerra consta de fortificaciones. Fortificación es "un término general definido como arquitectura y elementos, individualmente o en grupos, que funcionan en acción ofensiva y defensiva" (Gorenstein 1973:5). Las fortificaciones varían desde trampas sencillas u obstáculos puestos a lo largo de los senderos para impedir el paso del enemigo, a enormes plazas fuertes elaboradas o fortalezas construidas con los propósitos únicamente militares en mente (Gorenstein 1966:43-46 y 53-56; Webster 1976:7; Alexander 1970:224-258). Muchas fortificaciones no dejan más que vestigios muy vagos en el suelo,

¹⁴Igualmente la falta de fortificaciones obvias dentro de o alrededor de una ciudad que es el centro de un gran territorio bien organizado no quiere decir siempre que el estado no sea rodeado de enemigos; sino que más bien se debe buscar las fortificaciones por las fronteras del territorio del estado (Palerm 1956:194-197).

por ejemplo empalizadas o vallas construidas de postes de madera o de otras formas de vegetación. A veces los fosos que en otro tiempo estuvieron anchos y profundos se llenan de escombros y sedimentos, y terraplenes antiguamente altos y espinados se desgastan a través de los siglos hasta que parecen tan bajos como para que sean inútiles para la defensa; sin embargo, un examen cuidadoso del suelo debe descubrir aun estos restos tan indistintos. Las murallas de piedra, de ladrillos o de adobe más durables alrededor de poblados o partes de éstos, albaradas revestidas de piedra y con parapetos, fuertes y ciudadelas no sólo pueden ser fechados, sino que también pueden proporcionar datos sobre la intensidad y la organización de la guerra. Cuando menos demuestran conclusivamente que la defensa fue una preocupación primaria para la gente quien construyó estos elementos, y que por lo tanto la guerra probablemente fue bastante común, de todos modos cuando fueron contruidos.

Varios factores determinan el tipo de fortificaciones necesitadas, incluso la táctica y las armas en uso, tanto como el grado de organización sociopolítica (Rowlands 1972). Generalmente las sociedades igualitarias o de rango relativamente sencillas que practican la guerra primitiva requieren únicamente fortificaciones bastante pequeñas y sencillas, tales como obstáculos toscamente hechos por los senderos y accesos a sus aldeas, y se aprovechan de barreras naturales. Si la guerra se vuelve endémica, pueden erigir empalizadas de madera y excavar fosos alrededor de sus poblados. Un cambio drástico en el sistema defensivo puede reflejar un cambio significativo en la situación política, tal como la invasión de un área por un grupo ajeno; por ejemplo la expansión de las legiones romanas al centro y norte de Europa en el primer siglo A.C. con sus aríetes, catapultas, y técnicas de asedio altamente desar-

rolladas, produjo mejoras importantes en la construcción de los altos fuertes indígenas (Clark y Piggott 1970:324-325; Rowlands 1972:453-454).

En algunos casos, según parece, estructuras como residencias o edificios cívicos-ceremoniales tenían funciones defensivas, al menos en tiempos de guerra (Palerm 1956:198-202; Clavijero 1968:pássim); por eso es preciso examinar cuidadosamente los rasgos arquitectónicos de las construcciones, sobre todo de los edificios públicos, pensando en esta posibilidad. Ciertos rasgos especializados dentro de tales estructuras, por ejemplo receptáculos grandes o aposentos para almacenar alimentos y agua, o pozos ubicados dentro de los límites de la comunidad, pueden indicar que los habitantes se hallaron obligados a tomar precauciones en caso de sitio. Así es que la falta aparente de fortificaciones no significa necesariamente que un pueblo no las tuviera, ni que jamás guerrearan con otros grupos.

Patrones de Asentamiento

Una fuente importante de información sobre la guerra que muchas veces se pasa por alto o cuando más se menosprecia, pero la que puede resultar muy útil, son los patrones de asentamiento, y los cambios en éstos (Atholl Anderson 1978; Rowlands 1972). El patrón más obvio es la ubicación de sitios en lugares fácilmente defendibles--tales como en o junto a tierra alta o eminencias rodeadas de taludes escarpados, en terreno pedregoso o entre vegetación muy densa, en las curvas de ríos o en islas cercadas del mar--sobre todo cuando tales localidades no son particularmente convenientes en cuanto a las necesidades de la subsistencia y la disponibilidad del agua. Un cambio brusco de ubicación de los asentamientos desde sitios abiertos fácilmente accesibles a tales lugares defendibles sugiere el principio de condiciones belicosas, mientras que la reversión de esta tendencia puede significar el regreso a un estado

tes de África y de Sudamérica, en el antiguo Japón y Ceilán, chozas residenciales puestas en círculo dan solamente a la plaza formada por el anillo de viviendas (Rowlands 1972:455-456; Chagnon 1977:26-29). A veces las aldeas tienen una disposición muy irregular concebida para confundir a los forasteros. Hasta dentro de las estructuras individuales, entradas ocultadas o falsas, o laberintos de pasadizos angostos como en algunos de los conjuntos departamentales de Teotihuacan (Angulo V. 1981), también servían para los propósitos defensivos.

Cambios en el patrón de asentamiento, y en la estructura y disposición de los edificios, que reemplazan las viejas formas, pueden revelar el principio de un estado hostil o la presencia de invasores en un área. La guerra crónica puede obligar a un grupo a abandonar sus viejos poblados y a fundar unos nuevos en otra localidad, dejando su antigua comunidad al enemigo o a los elementos. Sin embargo, hay que emplear cuidado en interpretar los datos de asentamiento, porque no es tan sola la guerra que provoque cambios en los patrones de asentamiento. Generalmente el desposeimiento forzoso de una población indígena está acompañado de cambios radicales en otros restos materiales, tales como la cerámica, los utensilios, el arte y arquitectura, los objetos rituales, los elementos iconográficos, y hasta en los patrones de distribución de los artefactos. Muchas veces los patrones de asentamiento y de casas no proveen bastante evidencia de la guerra, ni de la intensidad de ésta, aunque pueden proporcionar algunas sugerencias interesantes.

El Arte

Otra fuente importante y obvia de información sobre la guerra en sociedades prehistóricas son obras de arte que representan guerreros, batallas, y temas relacionados. Estas pueden variar desde pequeñas figurillas de arcilla encontradas en contextos domésticos, a esculturas

y pinturas monumentales públicas. Un aumento de las obras de arte representando temas militares implica un incremento en la preocupación del grupo con la guerra, lo que indica que la guerra se está volviendo más frecuente y/o más intensiva. La colocación de obras de arte públicas puede ser significativa, también. La ubicación de escenas monumentales de conquista, representaciones de prisioneros enemigos vencidos y esclavizados y de guerreros imponentes, y los retratos espantosos de la deidades de guerra en los exteriores de los edificios públicos, en los muros municipales y en otras localidades al alcance de la vista de todos quienes pasaban, seguramente fue un intento de parte de la élite reinante para impresionar a los visitantes y a su propia gente con su poder y su fuerza militar, y para advertir a los que se opusieran a este grupo de lo que pasaría a quienes lo intentaran y fracasaran. Así es que el arte monumental de este tipo en la antigua Mesopotamia, Egipto, y probablemente en Mesoamérica sirvió para intimidar y para amenazar (Aguilera 1977:41-43; Marcus 1974:83). El arte, junto con el ritual y la religión, fue uno de los métodos más fundamentales de inculcar los valores, normas y credos de la sociedad, y de asegurar la dominación sociopolítica sobre la población en las civilizaciones primitivas (Aguilera 1977:19). Como el poder y las instituciones del estado todavía no se habían alcanzado su desarrollo completo, se aprovecharon de la iconografía para compensar los defectos en el sistema político de los estados arc icos (Marcus 1974:83).

No todo el arte consiste en obras realistas de temas específicos. Durante toda la historia mesoamericana el arte ha tenido un contenido altamente simbólico que incluye hasta temas tan mundanos como la guerra. Esto se debe a la interrelación entre la ideología y la organización política en la sociedad mesoamericana. Sostengo que tanto la autoridad

civil como la religiosa fue conferida al liderazgo del Altiplano Central de México, y que esto explica el carácter simbólico e ideológico del arte de esta área. También presenta una gran tentación de explicar semejantes símbolos y motivos de la era pre-postclásica en términos del arte postclásico, lo que se puede interpretar hasta cierto punto porque las fuentes históricas proporcionan tanta información sobre aspectos de la vida como la religión, el ritual, y la organización sociopolítica. Obviamente se tiene que emplear bastante cuidado en interpretar el arte clásico y formativo de esta manera, desde que no se puede asumir automáticamente la continuidad en la ideología y el simbolismo a través del tiempo. Sin embargo, parece que el sistema ideológico básico del Altiplano Central de Mesoamérica en general no sufrió cambios radicales desde su principio para el formativo, bien que las deidades y los detalles de estilo, del simbolismo y del ritual ciertamente variaban algo conforme al tiempo y lugar (Pasztory 1978:130). Es por esta razón, por ejemplo, que varias autoridades (Pasztory 1978:133-134; C. Millon 1973: 304-305; Foncerrada de Molina 1976:15) han interpretado la representación de felinos y aves de rapiña en Teotihuacan y en otros sitios del clásico y del epiclásico en el Altiplano como evidencia de la presencia de un culto guerrero, parecido pero no idéntico a lo de la sociedad azteca del postclásico tardío. La semejanza de los elementos en estas representaciones artísticas y del contexto indica que había un grado significativo de continuidad en la ideología y el simbolismo mesoamericanos a través del tiempo, lo que ayuda bastante en la interpretación del arte de las épocas más antiguas.

Las Armas

El descubrimiento de armas ofensivas en contextos arqueológicos no comprueba la guerra automáticamente, a no ser que la sociedad en

investigación tuviera instrumentos especializados para la guerra. Tales armas como el arco y flecha, la lanza, la jabalina, el dardo, la honda, y la porra, se servían todas para cazar animales además de para matar a otros seres humanos. Hasta los instrumentos tan utilitarios como las navajas y hachas fueron empleados en el combate. Las espadas y dagas, que se usaban en el combate de cuerpo a cuerpo, generalmente no sirven para cazar, y su presencia demuestra que la sociedad sí trababa guerra. La armadura corporal y los escudos son instrumentos defensivos especializados, de suerte que su presencia señala que había guerra. La acumulación de armas sugiere que el grupo que las almacenaron se vio obligado a planear su defensa contra otras comunidades.

Un problema mayor para los arqueólogos mesoamericanos es que las varas y los mangos de las armas, y a veces hasta las mismas puntas, estaban hechos de materias perecederas como la madera o cañas, y por eso se han desintegrado, dejando únicamente las puntas o hojas de piedra, las cuales podían haberse empleado para las armas cazadores o para otras herramientas. Los escudos mesoamericanos estaban hechos también de materias perecederas, de madera, de mimbres y de plumaje, y su armadura estaba hecha de algodón acolchado, adornado con plumas y piedras semipreciosas. Muy pocas armas ofensivas o defensivas enteras han sobrevivido los estragos del tiempo; casi todas se remontan no más al post-clásico tardío. Usualmente no se puede determinar si las hojas o puntas hechas de obsidiana y de otras piedras fueron empleadas de hecho en la guerra. Sin embargo, a veces los cambios en la proporción de puntas de flecha y de lanza en la colección de herramientas de piedra pueden resultar sugestivos. Se ha propuesto (Sanders, Parsons y Santley 1979: 290) que la contribución de la carne a la dieta en la Cuenca de México declinó progresivamente desde el formativo temprano en adelante, de modo

que la caza dio cuenta de menos del 1% del sustento para el formativo terminal, y de menos del 0.5% para el clásico.¹⁶ Si dicha tendencia sea correcta, un aumento perceptible de la proporción de puntas de proyectil en un momento dado puede indicar en consecuencia un aumento de la guerra en aquel tiempo.

Los Restos Humanos y Demografía

Evidencia del combate en sí consiste en los restos osteológicos de los muertos o heridos en batalla, y de indicios de la destrucción en los asentamientos. Muchas veces resulta difícil encontrar los restos esqueléticos bastante bien preservados para determinar la causa de la muerte, y rara vez son analizados con este problema en mente. Además, es a menudo sumamente difícil determinar si una herida fuera causada por accidente o por la violencia entre grupos humanos, sobre todo en cuanto a las fracturas de hueso (Webster 1976:7; Roper 1969:448). Heridas causadas por las puntas de flecha, puntas de lanza, espadas, navajas o otras armas sugieren el conflicto dentro de o entre grupos. Uno o dos individuos con tales heridas pueden representar las víctimas de homicidio; pero si se descubran más que unos pocos especímenes, puede indicar que estas personas murieron en batalla, sobre todo si son encontradas tumbadas muy cercanas o junto a las fortificaciones. La evidencia del canibalismo tampoco demuestra como murieron las víctimas, porque se sabe que en ciertas circunstancias algunos pueblos comían la carne y médula de miembros de su propio grupo quienes habían fallecido de muerte natural o accidental.

En Mesoamérica la relación estrecha entre el sacrificio humano y

¹⁶Estas cifras son especulativas y parecen demasiado bajas, aunque es muy probable que la contribución de la caza a la dieta sí disminuyó a través del tiempo en el Altiplano Central.

la guerra complica más la situación. Una alta proporción de los individuos enterrados dentro de estructuras o en contextos cívicos-ceremoniales fueron al parecer víctimas del sacrificio; a veces no más quedan los cráneos decapitados. Aunque frecuentemente resulta difícil si no imposible determinar si los individuos heridos murieron en combate o en la piedra para sacrificios, según parece una gran cantidad de éstos fueron prisioneros de guerra (Cook 1946:82-87; Canseco Vincourt 1963:53); de suerte que aun cuando no hubieran muerto de hecho en el campo de batalla, todavía se les puede considerar como pérdidas de la guerra.

Si se logra determinar satisfactoriamente las causas de la muerte en una población dada, a veces es posible calcular la proporción de la gente quien murió a consecuencia de la guerra, y si esto tuvo efecto sobre el tamaño de la población a través del tiempo (Livingstone 1968). Cook (1946) ha calculado el porcentaje de muertos causados por la guerra y el sacrificio humano en el México Central durante el postclásico tardío; pero se sirvió únicamente de las fuentes históricas. Una reducción dramática de la población en una región, tal como sucedió en la Cuenca de México durante el epiclásico cuando la guerra se hizo endémica, o el reemplazo de los habitantes autóctonos con gente de otro tipo físico o cultural, puede ser consecuencia de la guerra, si haye por añadidura otra evidencia de la guerra entre los restos culturales de la región, ya que el desalojamiento de la población y la migración no son ocasionados siempre por el conflicto. Una disminución significativa de la población masculina, sobre todo del grupo entre las edades de 18 y 30, puede indicar asimismo un estado de guerra crónica.

La Destrucción de Sitios

También hay que examinar con cuidado la evidencia de la destrucción para excluir la posibilidad de accidente. Indicios del incendio

como capas de ceniza, los restos carbonizados o chamuscados de materiales de construcción y artefactos, y vigas tumbadas y cosas por el estilo pueden ser pruebas de la guerra o de una conflagración accidental. Sin embargo, capas enteras de tales restos junto con evidencia de la mutilación premeditada del arte monumental y de los edificios públicos sugieren la destrucción intencional o un ataque; pero no revelan necesariamente si el asolamiento fue causada por el conflicto interno o con otro grupo. El desalojo de la población aborigen por otro grupo siguiendo inmediatamente después de este tipo de devastación, tanto como otros indicios de la guerra, indica que la hostilidad entre grupos fue la causa.

La Evidencia de Materiales Intrusos

Se ha citado frecuentemente la intrusión de nuevos elementos, o cambios en los restos culturales de un sitio o región, por ejemplo nuevos estilos o formas cerámicos, motivos distintos, diferentes elementos iconográficos y rasgos arquitectónicos, como evidencia de la conquista, como las comunidades expansionistas siempre tratan de imponer sus propias reglas, costumbres e ideología a los vencidos. Hay que emplear mucho cuidado al servir de este tipo de evidencia, porque la introducción de un nuevo tipo o forma cerámico puede significar no más que un cambio de gusto estético o de la preparación de la comida, o el descubrimiento de un nuevo socio comercial. Es preciso tener en cuenta otros factores: a saber, la magnitud de los cambios o de la intrusión; y si dicha intrusión en los restos materiales sea acompañada del reemplazo de la misma población con nuevos habitantes y de otros indicios de la guerra. Cambios en la organización sociopolítica que se revelan en los patrones de asentamiento y de distribución, en los restos estructurales y en la iconografía son más convincentes que un cambio en el estilo cerámico, por ejemplo. Además, los materiales culturales y restos

humanos intrusos no deben estar separados de los de la población original por un período de tiempo apreciable, porque esto indicaría que el área había sido abandonada por algún tiempo antes de la recolonización, que a lo mejor no tuvo nada que ver con la destrucción del sitio. Un asentamiento o una área puede ser abandonado por varias razones, incluyendo enfermedades, desastres naturales, el deterioro ambiental, cambios en las condiciones climáticas, el malogro de la cosecha o el agotamiento de los recursos, motivos ideológicos, además de la guerra. Por lo tanto es preciso analizar los materiales culturales intrusos dentro del contexto de la cultura entera para averiguar si el sitio o área había sido conquistado.

En resumen, los restos de fortificaciones, obras de arte representando temas militares, armas especializadas para la guerra, los restos humanos con heridas causadas por dichas armas, y la ubicación de asentamientos en lugares de defensa fácil, todos proporcionan evidencia clara de la guerra. Otros indicios, tales como cambios dramáticos en el tamaño y tipo de la población, armas no especializadas, restos humanos aislados con heridas, indicios de la destrucción de sitios, cambios en el patrón de asentamiento y la aparición de elementos o estilos intrusos en una cultura o región dada, también indican la guerra. Idealmente, estos indicios se confirmarían con otra evidencia más obvia; pero la acumulación de "pruebas circunstanciales" puede ser bastante convincente. Por eso yo he tratado en esta disertación de reunir todos los datos disponibles que son pertinentes al estudio de la guerra en el Altiplano Central de México, y de cuantificarlos para averiguar las fluctuaciones en la frecuencia e intensidad de la guerra a través del tiempo, y como influye en el desarrollo de la civilización.

Comentarios Breves sobre Trabajos Previos sobre la Guerra
en el Altiplano Central

Se han llevado a cabo muchos estudios sobre la guerra y el militarismo en el Altiplano Central de México durante el postclásico tardío (Aragón 1931; Bandelier 1877; Monjarás-Ruiz 1976; Orellana Tapia 1959; Davies 1978); sin embargo, están basados casi exclusivamente en las fuentes etnohistóricas increíblemente ricas que tratan de este período. Dichas fuentes proporcionan una cantidad enorme de datos sobre la organización militar, la estrategia y la táctica, las fuerzas armadas, el armamento, las fortificaciones, las órdenes guerreras, la ideología militar, la interrelación entre la guerra y la religión y la política, y las causas de la guerra, que nos da una buena idea del papel de la guerra en la sociedad postclásica. Dada esta riqueza de material histórico a la disposición de los escolares, se han pasado por alto los datos arqueológicos, con unas cuantas excepciones (p.ej. Palerm 1956). Esto se debe en parte a la especialización profesional que caracteriza la antropología actual, y también a la escasez de la evidencia arqueológica para la guerra comparada con la riqueza de las fuentes históricas, considerando la importancia de la guerra y del militarismo en la sociedad del postclásico tardío.

La mayoría de las obras sobre la guerra postclásica son descriptivas más bien que explicativas. Incluyen trabajos sobre temas militares determinados, por ejemplo artículos sobre las armas (Noguera 1945a; Nuttall 1888; Sullivan 1972), fortificaciones (Armillas 1942, 1948, 1951; Van Zantwijk 1967; Palerm 1956), obras de arte representando guerreros o batallas o el sacrificio humano (García Payón 1946; Caso 1927; Noguera 1927), y guerras específicas (Chapman 1959), además de monografías que tratan de la guerra en general. Unos estudios pretenden

explicar cierto aspecto de la guerra, como la tesis de Canseco Vincourt (1963) sobre la guerra sagrada entre los aztecas, o la influencia que tuvo la guerra en cierta faceta únicamente de la sociedad, por ejemplo el artículo de Cook (1946) sobre los efectos demográficos de la guerra y del sacrificio humano. Según parece, el trabajo de Gorenstein (1973, 1966) es una de las pocas tentativas de estudiar el sistema militar con relación al sistema político con intención de explicar el cambio sociopolítico; pero esta investigación está limitada al postclásico tardío, y no trata del papel de la guerra en el desarrollo sociopolítico, sino que de la importancia de la guerra en la organización política en los últimos momentos de la civilización azteca.

Muchas veces se encuentran datos y comentarios sobre la guerra en obras acerca de otros temas. Así es que la monografía de Aguilera (1977) sobre el arte oficial de Tenochtitlán proporciona unos conocimientos de la interrelación entre el arte, el ritual, la política y la guerra en el postclásico tardío. Se encuentra mucha información sobre la guerra en los libros de Davies (1973, 1980a, 1980b), los cuales son historias de los aztecas y del Valle de México justo antes del surgimiento de los aztecas. Pienso que se puede aprovechar la información histórica para ayudar en la interpretación de los datos arqueológicos, con tal que se ven éstos siempre en su propio contexto y no se intenta imponer unas ideas preconcebidas basadas en las fuentes históricas a los períodos anteriores.

También se encuentran datos sobre la guerra en muchos informes de sitios y publicaciones arqueológicas que tratan del Altiplano Central antes del postclásico tardío. Algunos tratan de temas militares específicos, tales como las armas (Muller 1967; Cook de Leonard 1956), las fortificaciones (García Cook y Mora López 1974) y el arte (Foncerrada

de Molina 1976). Pero la mayoría de los datos arqueológicos sobre la guerra se encuentran en los informes sobre la arqueología de sitios y de regiones, o sobre otros aspectos de la cultura, como el arte, que son citados en los capítulos siguientes; y por lo tanto estos datos no han sido todavía bien analizados en un estudio específicamente acerca de la guerra, que es lo que yo pretendo hacer para el Altiplano Central durante el clásico tardío y el epiclásico en esta disertación.

CAPITULO III

LA REALIZACION DEL MILITARISMO EN EL ALTIPLANO CENTRAL DURANTE EL POSTCLASICO (950-1520 D.C.)

Al empezar el Postclásico, se entra en un mundo ya definitivamente militarista, cuyos imperios expansivos son bien reconocidos entre el público. Como se ha mencionado en el Capítulo II, comparada con los períodos anteriores, esta época es bien conocida en cuanto a la guerra y al militarismo, debido a los numerosos estudios etnohistóricos que se han realizado sobre las culturas postclásicas. Sin embargo, la división entre el Clásico pacífico y el Postclásico militarista no es tan violenta ni tan repentina como se había pensado, como se verá en los siguientes capítulos: se encuentran varios elementos y aspectos militares asociados con el Postclásico en contextos arqueológicos de los períodos anteriores, lo que exige una reexaminación del papel de la guerra durante la época pre-Postclásica. Pero para hacer esto, es preciso examinar la guerra y el militarismo en la sociedad postclásica.

Hay dos motivos básicos por incluir capítulo sobre la guerra en el Postclásico en esta tesis, que trata principalmente de la guerra en el Clásico Tardío y en el Epiclásico. Primero, los conocimientos de la guerra en el Postclásico son mucho más completos que para los períodos más tempranos, puesto que existe información histórica más o menos digna de confianza sólo para aquella época. Uno de mis propósitos es de ver si estos datos históricos puede ayudar en la interpretación del papel de la guerra en el Clásico y Epiclásico. También por la misma razón he

colocado este capítulo antes de los que tratan de los períodos más tempranos; los demás siguen en orden cronológico desde el Formativo hasta el Epiclásico. Es muy posible que se puede encontrar analogías entre el imperio azteca y el de Teotihuacan, y entre la época turbulenta que precedía el desarrollo de los aztecas y el Epiclásico, que se examinarán luego. En segundo lugar, es preciso incluir datos sobre todos los períodos prehispánicos para formular un modelo del papel de la guerra en el desarrollo de la civilización en el Altiplano Central; además, un análisis del Postclásico es sumamente importante para un estudio de la guerra en Mesoamérica.

Muchos de los datos consultados para escribir este capítulo provienen de las fuentes históricas, incluyendo escritores naturales e hispanos de la época colonial, copias de los códices prehispánicos hechas después de la conquista española, y las crónicas descriptivas de los conquistadores españoles. Se examinan los datos arqueológicos relativos a la guerra, y también se consultaron los estudios contemporáneos de las sociedades postclásicas del Altiplano Central.

La materia histórica es en algún modo más satisfactoria que los datos meramente arqueológicos, porque proporciona conocimientos sobre muchos aspectos de la guerra y del militarismo de índole logística, que no están obtenibles por métodos arqueológicos, tales como el tamaño de los ejércitos, la organización y la estrategia militar, y el armamento. También da información valiosa sobre las causas y efectos de la guerra en la sociedad; por ejemplo se revelan la necesidad de prender víctimas de sacrificio para aplacar a los dioses, el énfasis que se daba a los artes marciales, y el respeto y honores de que se inundaban los guerreros destacados. Sin embargo, se debe tener cuidado al leer y al interpretar estos documentos, y no hay que tomar todo lo que se

encuentra adentro en el sentido literal. Pero, teniendo sus limitaciones en cuenta, las fuentes históricas son indispensables para entender el papel de la guerra en el Postclásico, y además muy útiles para el estudio de la guerra en la época prehistórica.

Los Toltecas y Sus Contemporáneos en el Altiplano Central:
Guerra y Militarismo en el Postclásico Temprano (950-1150 D.C.)

El Postclásico temprano (950-1150 D.C.) presenci6 el regreso de la centralización política al nivel interregional en el Altiplano Central, aunque no todo el territorio qued6 bajo el dominio de un solo centro enorme, como en el Clásico. En cambio, dos entidades políticas principales dominaron la Meseta Central durante esta fase: el llamado imperio tolteca, con su capital en Tula en el sur de Hidalgo, prevaleci6 en el norte de la Cuenca de México y en el Bajío, así como en los territorios contiguos; mientras que Cholula probablemente mand6 en el sur de la Cuenca, además de Puebla y quizás Morelos. Por primera vez desde el Formativo Medio, el foco principal de la actividad sociopolítica del Altiplano Central se ubic6 fuera de la Cuenca misma. Esta división política del Altiplano Central se refleja en la arqueología, especialmente en la configuración de asentamiento del Valle de México, que revela diferencias sustanciales de los patrones ocupacionales tanto como un gran vacío en el asentamiento entre los sectores norte y sur de la Cuenca.

En lo que respecta a la guerra, se ha tomado el Postclásico Temprano por el principio de una nueva era militarista en la historia mesoamericana, cuando los atributos y consideraciones seculares y marciales llegaron a predominar en la sociedad. Sin embargo, actualmente parece que muchos de los elementos militaristas que caracterizaban esta época no eran tan nuevos, sino que ocurrían en o se desarrollaban de

rasgos similares de las fases anteriores. Las primeras relaciones semihistóricas y más o menos confiables de las fuentes escritas indígenas y coloniales que han sido transmitidas a la actualidad se remontan al Postclásico Temprano, aumentando los conocimientos de esta era y proporcionando un suplemento muy útil a los datos arqueológicos, si se escudriña cuidadosamente la materia alegórica y semimítica que frecuentemente es confusa y a veces contradice totalmente la evidencia arqueológica.

Es interesante notar que, aun cuando estaba creciendo el militarismo durante el Postclásico Temprano (según el punto de vista tradicional), se ve un aumento dramático de la ruralización del asentamiento y la dispersión de la población a más de la fase anterior, sobre todo en la Cuenca de México. Los centros provinciales¹⁷ eran bastante pequeños y dispersos; ya no más que el 30% de la población entera del Valle de México residía en estos lugares, mientras que tres cuartos de la gente habían vivido en comunidades grandes durante la fase anterior, el Epiclásico. El número de caseríos en la Cuenca se aumentó por más del 400%, desde 128 en el Epiclásico hasta 555; la cantidad de aldeas pequeñas creció por casi el 300%. En el Postclásico Temprano más de la mitad de los habitantes vivían en comunidades con una población de menos de 500 personas (Sanders, Parsons y Santley 1979:138-140, Mapa 16). Durante el Epiclásico, más de la mitad de las aldeas en la Cuenca constaban de comunidades nucleadas; mientras que más de los dos tercios de las aldeas del período tolteca eran asentamientos dispersos.

¹⁷Un centro provincial es "una comunidad grande nucleada, con una población de 1,000-10,000, con distinta arquitectura cívica-ceremonial-élite, que se remonta a un período cuando la Cuenca se hallaba bajo la hegemonía de Teotihuacan (el período teotihuacano), de Tula (el período tolteca tardío), o de Tenochtitlan (el período azteca tardío)" (Sanders, Parsons y Santley 1979:55).

Los recorridos de superficie llevados a cabo en el Valle de México revelan que el período Postclásico Temprano tuvo el más alto porcentaje de asentamiento rural que cualquiera fase prehispánica en la Cuenca desde el Formativo Medio.¹⁸

Tula y los Toltecas Belicosos

Mientras que las varias ciudades-estado pequeñas del Altiplano Central estaban disputando entre sí la supremacía en los años después de la decadencia de Teotihuacan, la comunidad ubicada en el sitio de Tula en el sur de Hidalgo se estaba volviendo en una entidad política sustancial y próspera. Indudablemente, este crecimiento había sido estimulado por la fuerte presencia teotihuacana en el sur de Hidalgo durante el Clásico y por el influjo periódico de recién llegados desde el norte y oeste, especialmente después de que el colapso del sistema teotihuacano resultó en la interrupción de la vida en aquellas áreas y, por consiguiente, en la reubicación de ciertos grupos desde las fronteras de Mesoamérica. Esta gente formó el elemento tolteca-chichimeca de habla náhuatl en la sociedad tolteca, la que consistió en otros componentes étnicos también, tales como los otomfes, los supuestos habitantes autóctonos de la región de Tula; los nonoalca de extracción costera oriental; grupos provenientes de áreas al sur como la Cuenca de México y Xochicalco (Morelos); y quizás un contingente pequeño de huastecos de la Costa del Golfo norteña (Davies 1977:160-178; Chadwick 1966:16).

¹⁸La proporción de la desviación estándar de la población de las agrupaciones, a la población media de las agrupaciones de asentamientos, la que refleja el grado de competencia entre las entidades de una región, sale en 0.32 para la Cuenca de México en la fase tolteca. Esta cifra es bastante baja, y refleja una situación menos competitiva que en el Epiclásico, cuando la proporción llegó hasta 0.72 (Alden 1979:193-195). Asimismo, la razón baja del número de sitios más grandes al número de caseríos, a 0.25 usando las últimas cifras disponibles, atestigüa la relativa estabilidad y centralización política del Postclásico Temprano comparado con la fase anterior (ib., 196).

Tula está situada en un promontorio alto que se extiende a lo largo de las orillas del Río Tula en el Valle del Mezquital en el suroeste de Hidalgo, unos 20 kilómetros hacia el norte del rincón noroeste de la Cuenca de México. En su apogeo la ciudad cubrió un área de 13 a 14 km.² y tuvo una población de unos 55,000 a 65,000 personas (Cobean 1978:95). Aunque era más pequeña y bastante menos densamente ocupada que Teotihuacan durante el Clásico, Tula fue el asentamiento más grande y más compacto del Altiplano Central durante el Postclásico Temprano. La ciudad estaba ubicada estratégicamente en cuanto a los recursos hidrológicos para el riego, lo que era de importancia vital a la productividad agrícola en esta tierra semi-árida, y a las rutas de comunicación a la Cuenca de México hacia el sur, a la Costa del Golfo norte y central hacia el este, al Bajío de Querétaro y Guanajuato hacia el norte, y al Valle de Toluca hacia el suroeste. Estos factores, además de la habilidad de Tula para controlar los yacimientos de obsidiana verde cerca de Pachuca, que proporcionaba gran parte de la demanda de los habitantes de la Meseta Central, se explican en cierto modo el desarrollo de la ciudad en aquel tiempo, junto con la situación política prevaleciente en el Altiplano Central.

La configuración de asentamiento en la región de Tula durante el Postclásico Temprano es muy diferente que la de la fase anterior, o sea del Epiclásico. El número y el tamaño de las comunidades aumentó sustancialmente durante el Postclásico Temprano, la mayoría de las cuales fueron recién ocupadas. Más de la mitad de los asentamientos del área eran comunidades nucleadas de entre 25 y 80 hectáreas, con arquitectura cívica-ceremonial modesta; pero no hubo evidentemente ningún centro provincial en la región de Tula. Se calcula que la población rural de la región de Tula en el Postclásico Temprano ascendió a

60,000, o sea más o menos igual a la del propio centro urbano (Cobean 1978:93-94). Esto contrasta vivamente con la intensa centralización demográfica en Teotihuacan durante el Clásico (véase el siguiente capítulo). La gran población rural indica que la relación simbiótica entre el centro urbano y su interior se basó en un sistema más complejo y más firmemente integrado que la del Clásico (Sanders, Parsons y Santley 1979:141-146). Según parece, la organización sociopolítica y económica de Tula fue muy parecida a la de los aztecas del Postclásico Tardío (Cobean 1978:111-124; Davies 1977:271-295).

Evidencia arqueológica para el militarismo en Tula

Los toltecas eran venerados por sus sucesores en el Altiplano Central a tal grado que todos pretendían ser descendientes toltecas, y con el paso del tiempo se habían vuelto altamente idealizados como grandes artistas y civilizadores. Los cronistas sostuvieron que los toltecas "fueron poco guerreros y más adictos al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas" (Clavijero 1968:50; véase también Ixtlilxóchitl 1975-1977:II, 13). No obstante, temas militares prevalecen en el arte tolteca, y se halla bastante evidencia arqueológica de que los toltecas de Tula eran de todos modos tan beligerantes como sus contemporáneos, si no más. De hecho, la expansión tolteca en el Altiplano Central y hacia el norte se debía en cierto modo a su proeza militar.

Como ya se ha mencionado, Tula está ubicada en un alto promontorio de fácil defensa que domina el campo circundante. Hasta hace pocos años, se pensó que la ciudad carecía de defensas hechas por el hombre; y aunque así era por la mayor parte del sitio, actualmente se sabe que el Acrópolis o el principal recinto ceremonial, que cubría alrededor de 1 km.², era rodeado de murallas empinadas de piedra de al menos 10 metros de altura en los lados norte, este y poniente (Diehl 1974 ;

191). La única parte que no tiene esta defensa artificial es el lado sur, donde el lomo sobre el cual está ubicado el Acrópolis baja precipitadamente al río, y el declive escarpado del terreno era considerado como impedimento suficiente a cualquiera fuerza invasor. Aunque esta es la única fortificación identificada en Tula hasta la fecha, el sitio todavía es poco conocido arqueológicamente, y quedan grandes porciones sin explorar. Como se verá en la próxima sección, tanto los templos-pirámides como las azoteas de las estructuras públicas y residenciales probablemente tenían funciones defensivas secundarias, igual que en el Postclásico Tardío. Lo importante es que en realidad Tula se conformó a la norma mesoamericana en que el centro religioso-administrativo de la ciudad de hecho era bien fortificado, tanto por los rasgos naturales (el terreno empinado) como por las murallas artificiales.

El carácter militarista de la sociedad tolteca se manifiesta más en el arte de Tula. Parece que las esculturas y pinturas murales restantes están limitadas casi enteramente a contextos cívicos-ceremoniales. El arte tolteca era una fuente principal del estilo azteca del Postclásico Tardío. Al mismo tiempo, se encuentran algunas semejanzas entre el arte y arquitectura de la época clásica, en especial el de Teotihuacan, y el de Tula, tales como procesiones de jaguares y coyotes, muchos símbolos iconográficos y elementos estilísticos, personajes armados representados con emblemas de animales, y la mezcla de conceptos mundanos e ideológicos; sin embargo, el arte tolteca es más secular, algo más realista y menos cuidadosamente ejecutado que el arte clásico (compárese las Figuras 2-9 con las del Capítulo V). Además, se ven fuertes influencias de Xochicalco y de la Huasteca en la arquitectura, elementos iconográficos y hieroglíficos, conceptos religiosos y hasta deidades de Tula; mientras que ciertas características cerámicas e iconográficas

reflejan contactos con Oaxaca, Michoacán, y con áreas al norte y oeste (Cobean 1978:52-56; Acosta 1956-1957:97-103). Tanto las figuras animales como humanas del arte tolteca tienen un aspecto feroz e imponente.

Los cuatro colosos de piedra representando guerreros que antiguamente apoyaban el techo del aposento exterior del templo de la Pirámide B (Pirámide de Tlahuizcalpantecutli) en el Recinto Ceremonial Principal, han llegado a simbolizar a Tula misma (Figura 2). Estas enormes figuras tienen más de 4.6 metros de altura, y llevan un pectoral en forma de mariposa, un cinturón protector con una rodela atada a la espalda con correas, un casco cilíndrico coronado de plumas, y varios otros adornos como orejeras, collares, pulseras, ajorcas, y sandalias decoradas. Cada guerrero porta un lanzadardos o atlatl en la mano derecha, y una espada curva con dardos o flechas (o una bolsa de copal, como se han interpretado a veces estos objetos sumamente estilizados) en la izquierda (Acosta 1956-1957:78-79; Weaver 1972:208).

El techo de la cámara interior de este mismo templo era apoyado en cuatro columnas de piedra esculpidas con representaciones de guerreros por todos lados (Figura 3). Estos son muy semejantes a los colosos del primer cuarto, excepto que parecen ser algo más ricamente ataviados. En la mano derecha cada guerrero esgrime un atlatl, mientras que porta una espada curvada y dos dardos en la otra. Además, el brazo izquierdo es protegido con una envoltura gruesa, probablemente hecha de algodón acolchado. Significativamente, aparece un jaguar, un coyote, una serpiente emplumada, o la cabeza de una águila encima de cada guerrero. Se han interpretado estas representaciones faunales como símbolos de la orden y el grado militar de cada individuo (Weaver 1972:208; Orellana Tapia 1959:850). Esta es evidencia arqueológica bastante conclusiva para la existencia de sociedades militares graduadas

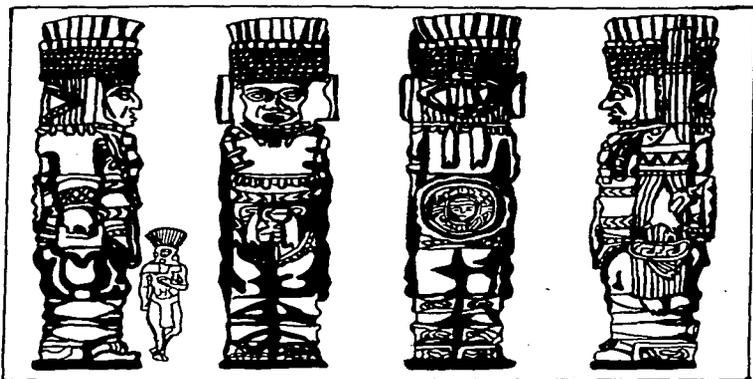


Figura 2. Los cuatro lados de un coloso de la Pirámide B de Tula (Acosta 1944:137, Fig. 14).



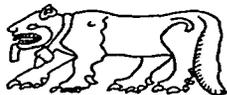
Figura 3. Una columna esculpida representando un guerrero del Templo B, Tula (Weaver 1972:208, Fig. 26a).

en Tula.

Aunque se ha destruido gran parte de su fachada, parece que la Pirámide B había sido totalmente revestida de losas esculpidas de piedra en bajorrelieve representando procesiones de jaguares y coyotes de marcha, y de águilas devorando corazones humanos (simbolizando el sacrificio humano), intercaladas con cabezas fantásticas de la Serpiente Emplumada (Figura 4). Los jaguares y coyotes son representados con los colmillos descubiertos y las garras desconvainadas. Un coatepantli o muro de serpientes de casi 40 metros de largo encierra el lado norte de la Pirámide B. Algunos de sus frisos esculpidos y pintados representan serpientes devorando seres humanos. Únicamente asoman las cabezas, ya no más que calaveras descarnadas, de las bocas de las serpientes, mientras que se entrelazan miembros despedazados y tibias con los cuerpos ofidianos (Weaver 1972:209-210; Davies 1977:244).

Grandes pórticos con columnas o columnatas lindan con la Pirámide B enfrente y al lado oeste; los bancos de cantería que corren a lo largo de las paredes de estas columnatas están esculpidos con procesiones de guerreros ricamente ataviados portando escudos emplumados, atlatis y lanzas o dardos (Figura 5). Se representa Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, en el motivo central del altar tallado del edificio ubicado al este de la columnata delante de la Pirámide B; un desfile de guerreros primorosamente vestidos le mira a ambos lados. Los guerreros llevan cascos emplumados y pectorales; cada uno porta una rodela emplumada con tres flechas en la mano izquierda, y un atlatl o una arma curvada en la derecha (Acosta 1956:40 y 74-79; Weaver 1972:209).

Se ha identificado la Pirámide B como el Templo de Quetzalcóatl como Venus o la estrella matutina (Tlahuizcalpantecuhtli), uno de varios aspectos distintos de esta deidad mesoamericana multifaria. Junto con



a



b

Figura 4. La fachada del Templo B, Tula. (a) un jaguar; (b) una águila (Weaver 1972:208, Fig. 26 b y d).



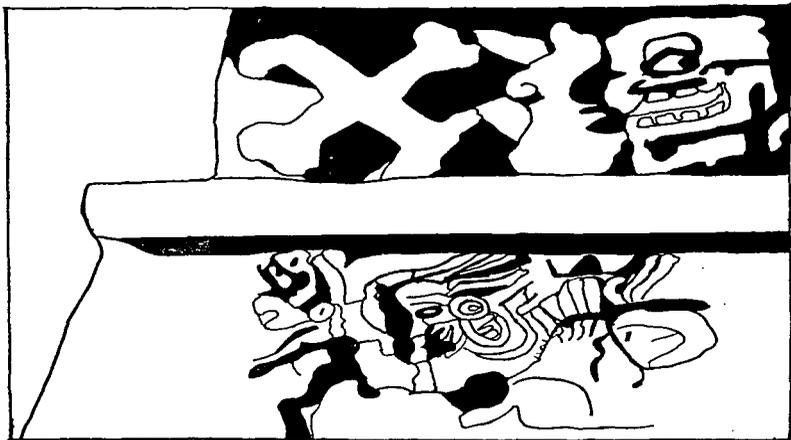
Figura 5. Un banco de una columnata al lado de la Pirámide B, Tula (Weaver 1972:209, Fig. 27).

la Serpiente Emplumada, y en realidad dominando la iconografía de la ornamentación del edificio, se ven numerosos guerreros; jaguares, coyotes y águilas, que representaban las órdenes militares; y símbolos del sacrificio humano (el águila tragando un corazón humano, la Serpiente Emplumada devorando seres humanos enteros, y representaciones de "vasijas de águilas" o cuauhxicalli que contienen corazones sacrificados). Por lo tanto, yo sugiero que Quetzalcóatl como la estrella matutina era comparable con el dios azteca Huitzilopochtli al ser la deidad asociada con la guerra y el sacrificio en Tula; que las órdenes militares formaban un componente bien establecido en la sociedad tolteca, que realizaban funciones semejantes a las de tales asociaciones aztecas del Postclásico Tardío, incluyendo la de celebrar ciertos rituales como el sacrificio humano; y que en consecuencia este templo particular estaba en cierto modo dedicado a los caballeros toltecas y su culto.

La iconografía militar y la sacrificatoria aparecen juntas en los frisos en bajorrelieve alrededor del altar adosado a la pirámide de la zona arqueológica de El Corral, ubicada en la sección norteña de la antigua capital tolteca. El friso inferior consiste en una fila de guerreros recostados, algunos de los cuales son enmarcados de serpientes emplumadas. Los guerreros, ricamente ataviados, son representados al estilo típicamente tolteca, llevando cascos adornados con plumas y envolturas de tela acojinada enrolladas en el brazo izquierdo (aparentemente se servían de éstas en lugar de escudos). En la mano derecha cada uno agarra un atlatl; mientras que porta un objeto tripartita o una bandera o una arma curvada en la mano izquierda. El friso intermedio consta de una serie de cráneos humanos alternados con huesos cruzados, simbolizando el sacrificio humano. En la franja superior aparece una procesión de guerreros ricamente adornados que llevan cascos emplumados,

pectorales en forma de mariposa, protectores de algodón acolchado enrollados en los brazos izquierdos, y largas capas de plumas, o de algodón en un caso. Dos de estos guerreros están representados tirando un atl-atl o proyectil, con las piernas separadas para mayor estabilidad; agarran un par de lanzas en la mano izquierda (Acosta 1974:32-39). La combinación de elementos militares, ideológicos y sacrificatorios en este altar confirma la síntesis de lo militar y lo sagrado en la filosofía y organización sociopolítica tolteca (Figura 6).

También se tallaban representaciones de guerreros (Figura 7), de jaguares y águilas que simbolizan las órdenes militares como esculturas sueltas (Figura 8), portaestandartes de piedra, atlantes que sostienen los altares dentro de los templos, y hasta en las vasijas cerámicas. Aunque la mayoría de los guerreros representados de esta manera no portan armas, muchas veces llevan armadura de algodón acolchado, cascos y pectorales en forma de mariposa (véase la Figura 7). Aproximadamente el 15% de las figurillas tipo mazapan de Tula representan guerreros llevando máscaras de coyotes y escudos en el brazo izquierdo (Stocker 1974: 49-53). Los pequeños puntos realzados que cubren los cuerpos de numerosas figurillas masculinas hasta las rodillas, y en algunos casos hasta los pies, quizás simbolizan trajes militares de armadura acolchada (Figura 9). Se encuentran representaciones de guerreros armados y de las órdenes militares asimismo en la alfarería, sobre todo en vasijas de la cerámica plumbate o Plomiza importada en Tula y otros sitios toltecas del Altiplano Central (Cobean 1978:607). Una tapa especialmente bella descubierta en El Corral, Tula, representa la cara de un hombre barbado asomando de las mandíbulas de un coyote, o de un casco que se asemeja a la cabeza de este animal (Figura 10). Está totalmente cubierta con plaquitas de concha nácar (Acosta 1974:40-45, Figs. 17 y 18).



a



b

Figura 6. El friso del altar adosado al templo de El Corral, Tula. (a) guerrero recostado del friso inferior con cráneo y huesos cruzados de la franja central; (b) guerrero lanzando proyectil del friso superior (Acosta 1974:37, Fig. 13 y 35, Fig. 10).



Figura 7. Guerrero atlante de Tula. Altura: casi 90 centímetros (S&Journ 1966:128, Fig. 94).



Figura 8. Escultura de un jaguar de pie. Altura: aproximadamente 1.2 metros (Weaver 1972:212, Lámina 12b).

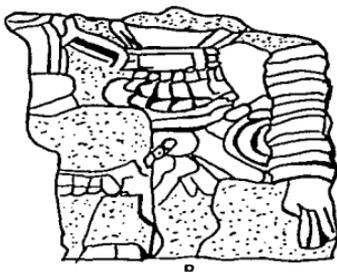


Figura 9. Figurillas de guerreros del estilo mazapan. Altura: 4 centímetros (a, Stocker 1974:53, Fig. 21a; b, Richard A. Diehl, Tula, The Toltec Capital of Ancient Mexico [New York:Thames and Hudson, 1983], 108, Fig. 28).

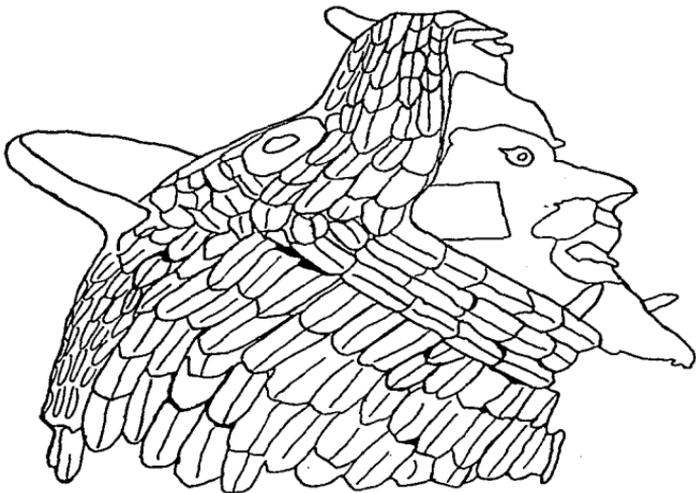


Figura 10. VasiJa Plumbate representando la cara de un hombre asomando de entre las fauces de un coyote. Dimensiones: 12.9 cms. de alto y 7 cms. de diámetro (Joyce Milton, Robert A. Orsi y Norman Harrison, *The Feathered Serpent and the Cross* [Imperial Visions Series, *The Rise and Fall of Empires*; New York:Harcourt Brace Jovanovich Press], 38).

El imperio tolteca

Según parece, el desarrollo y apogeo de Tula ocurrían durante un período relativamente corto, quizás no más que 100 o 150 años. Esto se refleja en la comparativamente pequeña cantidad y baja calidad de las obras públicas mayores en Tula misma, y la relativa escasez de rasgos y artefactos toltecas fuera del centro urbano. La extensión exacta del imperio tolteca es un asunto de controversia, a causa de la ambigüedad de la significación de los elementos intrusos en la arqueología, y de la incertidumbre acerca de los nombres geográficos y étnicos proporcionados por las fuentes históricas. El imperio tolteca abarcó definitivamente la mitad septentrional de la Cuenca de México, el estado de Hidalgo, el sector más al norte del estado de Puebla hasta la Sierra Madre Oriental, y el Bajío de Querétaro y Guanajuato (Figuras 11 y 12). En estas áreas se hallan objetos toltecas utilitarios, incluyendo cerámicas, tales como la Mazapan de líneas rojas ondulantes, tripodes rojo sobre café, la Blanca Levantada, la Naranja sobre Blanco, la Naranja a Brochazos, figurillas mazapan, incensarios, sahumadores, comales, molcajetes, braseros y ollas de Tláloc, vasijas de Plumbate, y pipas. También, rasgos arquitectónicos toltecas como juegos de pelota en forma de I, columnatas de pórticos y el uso de la técnica constructora de piedras pequeñas "tolteca", y representaciones de guerreros toltecas, jaguares, el sacrificio humano y otros elementos al estilo tolteca, aparecen en dichas áreas (Diehl 1976:271 y 284-285; Cobean 1978:45 y 641-642; Braniff de Torres 1972:278-283 y 323).

Fuera del área controlada directamente por Tula, la evidencia arqueológica de otras regiones indica que se mantenían vínculos estrechos entre éstas y la capital tolteca; de hecho, algunas autoridades han concluido que estas regiones--que son la Huasteca, la Costa del Golfo

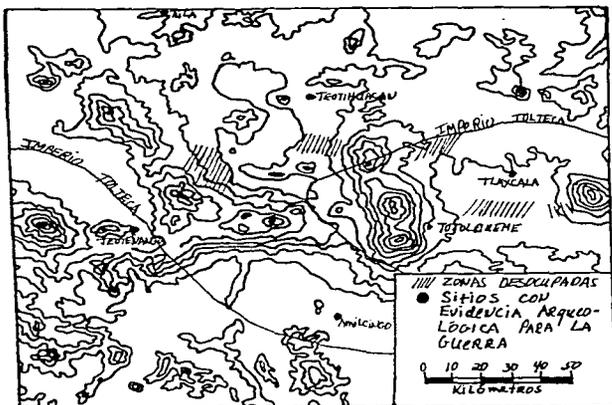


Figura 11. Distribución geográfica de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el altiplano Central durante el Postclásico Temprano (basado en Hirth 1984:580, Fig. 1).

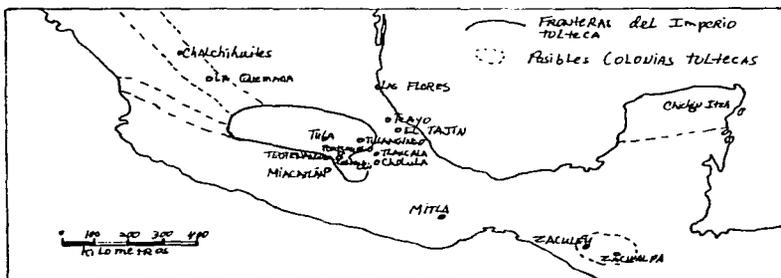


Figura 12. La extensión del imperio tolteca en el Postclásico Temprano (basado en Weaver 1972:198, Mapa 4).

central, el este de Morelos, el sur de la Cuenca de México, el Valle de Toluca, una zona a lo largo del sistema de drenaje de los ríos Lerma y Santiago hasta Jalisco y Nayarit, la franja angosta de tierra cultivable por la escarpa oriental de la Sierra Madre Occidental conduciendo al noroeste desde el Bajío hasta Chihuahua, las tierras altas de Guatemala, la provincia de Xoconusco en la Costa del Pacífico en la frontera entre Chiapas y Guatemala, y la península yucateca--sí formaban parte íntegra del imperio tolteca. Sin embargo, en realidad las culturas locales florecían en estas regiones, y aunque aparecen artefactos e influencias toltecas, resulta difícil determinar el grado de esta intrusión. En ciertas áreas, por ejemplo la Costa del Golfo central, se encuentran cerámica Mazapan y esculturas al estilo tolteca no más que esporádicamente. En cuanto a la Huasteca, no sólo predomina la cultura local en esta región, sino que también Tula era al parecer el recipiente en sumo grado de la interacción cultural entre las dos áreas: la pirámide de El Corral y algunos elementos iconográficos en Tula señalan que unos componentes arquitectónicos y además un culto huasteco (el de Ehēcatl, o Quetzalcōatl en su advocación del dios del viento) había penetrado hasta el centro del Altiplano (Davies 1977:332-336; Cobean 1978:642-644; Diehl 1976:284-285). Obviamente los lazos de interacción entre Tula y la Huasteca eran bastante fuertes; pero la evidencia disponible no sostiene la hipótesis de que la Costa del Golfo haya sido conquistada y dominada por Tula.

Asimismo, para el Valle de Toluca la evidencia arqueológica para la dominación tolteca es ambigua. La cerámica Matlatzínca de Toluca se asemeja a la alfarería Mazapan; al mismo tiempo es muy parecida en forma y decoración a la Tlalhuica de Morelos, a la Mixteca-Puebla de Cholula, y a la Azteca I de Culhuacán (García Payón 1941). Respecto a la arqui-

itectura, Teotenango, el sitio principal del Valle de Toluca en el Postclásico Temprano, se muestra mucho más parecida a Xochicalco en Morelos, que a Tula. Además, el recorrido arqueológico del Valle de Toluca demuestra que Teotenango alcanzó su apogeo en el Postclásico Temprano. La mayoría de las aldeas de la región desaparecían a medida que la gente se congregaban en este centro urbano, y se agregaron altos muros de contención de piedra a este sitio ya fortificado y ubicado en la cumbre de un cerro (Pisa Chán et al. 1975:132-134; Vargas Pacheco 1978: 94). Parece improbable que el Valle de Toluca fuera bajo el mando directo de Tula, especialmente en vista de que la gente de Teotenango guerreaba con Tula, según las tradiciones históricas (Chimalpahin 1965: 134). Sin embargo, es posible que haya existido una esfera de influencia tolteca, a que pertenecía la región de Toluca; o, alternativamente, que Tula dominaba no más que ciertas partes de esta área, por ejemplo el territorio al este y al norte del río Lerma, mientras que el resto del Valle de Toluca permanecía independiente, emprendiendo intercambio y a lo mejor guerra con los toltecas.

Ciertas regiones, como el drenaje de los ríos Lerma y Santiago que corren hacia el oeste más allá del Bajío, la ladera oriental de la Sierra Madre Occidental desde el Bajío hasta Zacatecas y Durango al noroeste, las tierras altas de Guatemala, y la península yucateca, muestran tantos rasgos e influencias toltecas que se las han llamado "colonias de Tula." En dichas zonas, no se trata únicamente de la aparición de la cerámica y figurillas mazapas, vasijas de plumbate, incensarios y braseros de tilloc, sino que también se encuentran rasgos arquitectónicos (columnatas, juegos de pelota en forma de I, columnas esculpidas con guerreros toltecas, fachadas de talud y tablero), y elementos iconográficos (procesiones de jaguares y águilas, portaestand-

tes, atlantes como soportes para altares, representaciones del sacrificio humano incluyendo el motivo del cráneo con huesos cruzados, y chacmales) (Diehl 1976:277-280; Weigand 1977:415; Davies 1977:180-226 y 319-322; Cobean 1978:640-645; Piña Chán 1972:75-101; Weaver 1972: 221-227). Pero en estas regiones también se encuentran culturas locales bastante fuertes, sobre todo en cuanto a los artefactos de la vida cotidiana; además, los edificios y obras de arte indican que muchos estaban hechos por artesanos locales. Por último, algunos rasgos supuestamente toltecas, tales como las fachadas de talud-tablero, procesiones de guerreros y jaguares y águilas, el motivo del cráneo con huesos cruzados, en realidad son más bien de origen mexicano central generalizado, que de Tula específicamente.

Es posible que había corredores toltecas establecidos por comerciantes toltecas armados o por fuerza militar a lo largo del drenaje de los ríos Lerma y Santiago, y de la ladera oriental de la Sierra Madre Occidental, que forman rutas de comunicación naturales entre el altiplano Central y el oeste de México hasta la Costa del Pacífico, y entre la Meseta Central y el norte de México y suroeste de los Estados Unidos respectivamente. Es más probable que estos corredores no eran controlados directamente por Tula, aunque algunos mercaderes o burócratas toltecas podían haberse instalado en los centros principales de allí, como La Quemada, para dirigir las relaciones comerciales con esta área, renombrada por su riqueza mineral, trayendo con ellos artefactos, conceptos y otros rasgos de la vida tolteca. También se ha sugerido que la población de estas zonas podía haber servido de tropas auxiliares en la defensa de las fronteras septentrionales del imperio tolteca (Wolf 1959:116-117).

En cuanto a las tierras altas de Guatemala y la península de Yuca-

tán, estas áreas quedan demasiado lejos de la capital tolteca, y además separadas de ésta por grandes comarcas que no eran dominadas por Tula, para que fueran controladas directamente por los toltecas. Es interesante notar que hay evidencia tanto arqueológica como histórica de una invasión de las tierras bajas mayas en este mismo tiempo, o tal vez algo más temprano (Davies 1977:180-223; Weaver 1972:190-192 y 221-227); pero parece más verosímil que los agresores fueron los chontales de Tabasco y Laguna de Términos (Piña Chán 1972:86-91). Quizás un pequeño grupo de guerreros o comerciantes armados toltecas acompañó o hasta acaudilló la invasión, y dominaba la península yucateca hasta cierto punto con controlar la élite gobernante local. Pero es muy inverosímil que estas zonas mayas hubieran formado parte íntegra del imperio tolteca.

La guerra en la caída de Tula

Las fuentes históricas más tempranas que son más o menos confiables aluden a los toltecas, principalmente a los últimos años y la caída de Tula (las referencias a las fases más antiguas de la historia tolteca están más abiertas a la sospecha por su fuerte contenido legendario). La evidencia arqueológica e histórica de las causas del derrumbamiento de Tula no están completamente de acuerdo; sin embargo, ambas indican que la guerra fue uno de los factores principales en la decadencia tolteca. Según las fuentes históricas, varios desastres afectaban a la capital tolteca en los últimos años de su grandeza, terminando con su caída final. Estas calamidades incluían la hambre, pestilencias, y contiendas internas ocasionadas por diferencias étnicas y religiosas y por el conflicto por la sucesión y la división del control político. Las crónicas sugieren que esta serie de catástrofes había debilitado el estado tolteca a tal grado que ya no podía resistir las embestidas de fo-

rasteros ni la sublevación de sus propias provincias sujetas. Es interesante notar que las relaciones históricas generalmente atribuyen la destrucción de Tula a los corregentes descontentos y ambiciosos del último rey de Tula, y no a los chichimecas, aquellos grupos nómadas y semicivilizados que caían sobre el Altiplano Central desde el noroeste durante el Postclásico (véase la próxima sección); según las crónicas, éstos llegaban después de la caída de Tula, que ocurrió alrededor de 1150-1175 D.C. (Ixtilixchitl 1975-1977:I, 271-279 y II, 12; Veytia 1944:I, 189-198; los Anales de Cuauhtitlán 1945:8-14; La Historia Tolteca-Chichimeca 1947:68-71).

Las pocas descripciones tratando de los toltecas que se encuentran en las crónicas demuestran que su organización militar, de todos modos a fines de su reino, era bastante parecida a la de los aztecas, que será analizada en la siguiente sección. Ixtilixchitl (1975-1977:I, 283) describe las largas túnicas gruesas y yelmos usados por los guerreros toltecas, junto con algunas de sus armas: lanzas, proyectiles y porras (además, las representaciones de guerreros toltecas revelan que servían de escudos, pectorales, envolturas acolchadas para los brazos, atlátls, dardos y cuchillos). Su relación--y la de Veytia--del conflicto que duró tres años entre Topiltzin, el último rey de Tula, y sus rivales, quienes fueron tres gobernadores de la Costa del Golfo, manifiesta que se dividieron los ejércitos en varias compañías; que se planearon de antemano las batallas y campañas, usando información proporcionada por sus espías; que se proveyeron de fortificaciones de campaña que consistieron en albarradas y fosos; y que la táctica de combate incluyó emboscadas y trampas--por ejemplo se excavaron hoyos en el suelo, se colocaron estacas afiladas en el fondo, y todo estuvo cubierto con ramas y tierra. Por tres años los toltecas se las arreglaron

para tener las fuerzas enemigas a raya; pero éstas fueron mucho más grandes que el ejército tolteca, y continuamente recibían provisiones y refuerzos, mientras que los toltecas todavía padecían de los efectos de la hambre y las pestilencias. Por fin los toltecas se vieron obligados a retirarse al sur, primero hasta Tula misma, luego hasta el suroeste de la Cuenca de México, y más allá. Después de la dispersión de los vestigios de los toltecas una vez poderosos, los invasores saquearon y quemaron los principales ciudades toltecas, y arrasaron por completo a Tula misma; entonces regresaron a su propia tierra (Ixtilixōchitl 1975-1977:I, 280-285; Veytia 1944:I, 204-208).

La evidencia arqueológica de que Tula fue saqueada entre 1150 y 1175 D.C. es bastante convincente, sobre todo en el corazón cívico-ceremonial de la ciudad. Las columnatas al oeste de la Pirámide B son conocidos como el "Palacio Quemado" a causa de la magnitud de los daños ocasionados por el fuego en el edificio. Se descubrieron enormes cantidades de ceniza y de carbón, los restos carbonizados de vigas y jambas y pilastres de madera; y los adobes de los muros fueron sometidos a un calor tan intenso que se transformaron en ladrillos (Acosta 1956-1957:75-77). Se echó abajo el coatepantli o muro de serpientes de la Pirámide B y se excavó una trinchera en la misma pirámide, en la cual los destruidores tiraron las columnas y colosos desmembrados del templo (Weaver 1972:207-209). Desde que se encuentran grandes cantidades de la cerámica Azteca II frecuentemente asociadas con evidencia del incendio y del saqueo en el centro ceremonial de Tula, se supone a veces que la gente que fabricó dicha cerámica fue el grupo responsable de la destrucción de la capital tolteca (Acosta 1956-1957:75). Esto es interesante puesto que la cerámica Azteca II, que se desarrolló del tipo Azteca I, no está relacionada con la alfarería de las áreas al norte

y al oeste del dominio tolteca, sino que más bien demuestra grandes semejanzas a la policroma Cholulteca de inspiración Mixteca-Puebla-- es decir, a la cerámica que se originó al sur de la Cuenca de México (Griffin y Espejo 1947:17-20). De este modo, aunque es muy probable que grupos del Bajío y del norte de Hidalgo participaron en la destrucción de Tula, hay alguna evidencia arqueológica de que otras comunidades, a saber los rivales de Tula del sur del Altiplano Central, también jugaron un papel en la caída tolteca.

Cholula, un Rival de Tula en el Sur
del Altiplano Central

A pesar de su tamaño y el predominio del militarismo en Tula como se refleja en el arte y arquitectura, parece que los toltecas no controlaban todo el Altiplano Central, a lo mejor ni siquiera toda la Cuenca de México. Ya un centro importante en la región de Puebla-Tlaxcala durante la fase anterior, Cholula seguía creciendo de tamaño y distinción durante todo el Postclásico Temprano. Si bien faltan cifras demográficas, parece que la Gran Pirámide de Cholula alcanzó su tamaño actual de unos 16 hectáreas de extensión y más de 60 metros de alto en este tiempo (Muller 1973; Weaver 1972:196-199). Aunque se sabe poco acerca de este sitio durante el Postclásico Temprano, al parecer hay poca o ninguna influencia tolteca en su arquitectura o estilo artístico. Era importado algo de cerámica Mazapan a Cholula, igual que la Azteca I, unas vasijas de plumbate, y cerámica Anaranjada Fina de la Costa del Golfo; pero la mayoría de la alfarería era de fabricación local. Predomina la famosa policroma Cholulteca del horizonte Mixteca-Puebla.

Es aun más problemático determinar la extensión del territorio controlado por Cholula, y además su impacto en el Altiplano Central,

que hacerlo para Tula. Se supone que Tula controlaba toda la Cuenca de México (Davies 1977:312-314; Wolf 1959:122-124); sin embargo, varios factores descubiertos por los recorridos recién cumplidos en la Cuenca hace que dicha suposición sea menos plausible que antes. En primer lugar, a diferencia de las fases anteriores y posteriores cuando la Cuenca estaba caracterizada por una sola tradición cerámica relativamente uniforme, parece que existían dos estilos distintos durante el Postclásico Temprano--el Mazapan en el norte y centro de la Cuenca, y la tradición Azteca I en la parte sur. El tipo Culhuacán o Azteca I se caracteriza por una cerámica negra sobre anaranjada, y está estrechamente relacionada con la alfarería Cholulteca del horizonte Mixteca-Puebla, y además con la policroma Chalca. Perteneció a una tradición cerámica completamente diferente que los tipos anaranjado y rojo sobre bayo que son característicos de la alfarería Mazapan. Además, la cerámica Azteca I está limitada de distribución a la parte sur de la Cuenca de México; se han descubierto muy pocos ejemplares en Texcoco, Xaltocán, Azcapotzalco, Tenayuca, y varios sitios en el Valle de Teotihuacan. De igual manera, no se encuentra la cerámica Mazapan en el sector meridional de la Cuenca (Griffin y Espejo 1947:17-19 y 1950:13-15). Sin embargo, es interesante notar que aparece en Cholula misma, mientras que se ha descubierto grandes cantidades en el este de Morelos, al sur de la Cuenca (Hirth 1980b:103). La distribución de estas dos tradiciones cerámicas sugiere la existencia de dos distintos grupos culturales o entidades políticas dentro de la Cuenca (Parsons 1971b:205-207).

Aparentemente el patrón de asentamiento del Postclásico Temprano también confirma la división de la Cuenca en dos entidades separadas. La región de Tacuba al sur de Azcapotzalco y la parte central de la región de Texcoco quedaban al parecer casi totalmente desocupadas durante

el Postclásico Temprano, a pesar de la proliferación de comunidades en este período (se ha contado 3.5 veces más sitios en el Postclásico Temprano que en la fase anterior). Además, el patrón de asentamiento en el norte de la Cuenca difiere notablemente de lo del sur. La densidad de asentamientos y la nucleación demográfica son mucho mayores en el norte del Valle que en el sur (hay por lo menos tres veces más sitios en el norte que en la parte sur). Están ubicados ocho centros provinciales en la parte septentrional de la Cuenca, que consiste en el Valle de Teotihuacan, las regiones de Zumpango y Tenayuca-Cuauhtitlán y Temascalapa, y el norte de la región de Texcoco; mientras que se han encontrado no más que dos en la parte sur (el sur de la región de Texcoco, las regiones de Tacuba, Ixtapalapa, Chalco y Xochimilco). Estos dos centros--Cerro Portezuelo y Xico--también son los únicos dos asentamientos relativamente grandes y nucleados en la Cuenca sureña, con poblaciones de menos de 2,000 cada uno. Había una fuerte reducción de población (de un 75%) en las regiones de Ixtapalapa y Texcoco, y una disminución menos severa (menos del 20%) en las regiones de Chalco y Xochimilco. La densidad de población total para el sur de la Cuenca es a 15 por km.², comparada con 45 personas por km.² en la mitad septentrional. Varios miles de personas vivían en cada uno de los ocho centros provinciales conocidos del sector norteño, y las únicas otras comunidades nucleadas encontradas en la Cuenca durante el Postclásico Temprano están situadas también sólo en la parte septentrional (Sanders, Parsons y Santley 1979:148-149, 190-216 y Mapa 16; Parsons 1971b:204).

Se nota algo de agrupación de asentamientos en el Valle de Teotihuacan, y en la región de Tenayuca-Cuauhtitlán en grado más bajo. Han sido identificadas unas doce de estas agrupaciones en el Valle de Teotihuacan, una de las cuales se centró en la antigua metrópoli clásica,

ya reducida a una población de aproximadamente 10,000 habitantes. Consisten en un pequeña villa o grande aldea central con arquitectura cívica-ceremonial modesta, rodeada de numerosos pequeños aldeas y caseríos dispersos. Los agregados tenían poblaciones que iban desde unos centenares a varios millares. Indudablemente estas agrupaciones eran las unidades de producción, distribución y administración local que eran integradas en el sistema económico y político tolteca (Sanders, Parsons y Santley 1979:137-149 y Mapa 16; Sanders 1965:127-131; Parsons 1971b:203-208).

Por último, varias fuentes coloniales, en particular el Códice Xélotl (Dibble 1951:9-10, Mapa 1) e Ixtlilxóchitl (1975-1977:I, 292-300), hablan de confrontaciones en el centro de la Cuenca de México entre los toltecas civilizados provenientes del sur (en esta instancia se usa la palabra tolteca en el sentido de habitantes metropolitanos, y no se refiere a los pobladores de la ciudad de Tula en sí), y los chichimecas nómadas del norte, en este tiempo. Según las crónicas, estos choques resultaron en la retirada de los grupos chichimecas al norte, reflejando la caída de Tula, y en la diseminación hacia el norte de la tradición cerámica Azteca que se originó al sur de la Cuenca (Parsons 1970).

Así es que había diferencias significativas en asentamiento y tradiciones cerámicas entre el norte y el sur de la Cuenca de México, que sugieren fuertemente la existencia de dos distintas entidades políticas, probablemente mutuamente hostiles, cada una de las cuales era controlada, o al menos sumamente influenciada, por uno de los dos principales centros políticos en el Altiplano Central durante el Postclásico Temprano: Tula y Cholula (Sanders, Parsons y Santley 1979:149). El vacío ancho en el patrón de asentamiento en el centro de la Cuenca, sin ninguna

motivo ecológico conocido, sugiere que se abandonaba el área por razones políticas, y que formaba una zona tapón (buffer zone) entre los dos centros competidores. El tamaño más pequeño y la dispersión de la población, además de la fuerte tradición cerámica local en el sur de la Cuenca, implican que el dominio de Cholula sobre esta región no era tan firme como el de Tula sobre la parte septentrional.

Asimismo, la posición de Morelos durante el Postclásico Temprano no queda clara. Se disminuye el número de sitios desde el período clásico, pero esta área seguía siendo importante para la Cuenca como puerto de entrada a los productos exóticos tropicales de las tierras bajas, y se mantenían contactos estrechos con la Cuenca. Se encuentran grandes cantidades de cerámica Mazapan en muchos sitios de Morelos, junto con vasijas de Plumbate y figurillas Mazapan; sin embargo, también aparecen estilos locales, a saber la cerámica Tlalhuica, que estaban estrechamente relacionados con la Azteca I, la policroma Cholulteca, y con la alfarería de la región de Toluca (Hirth y Cyphers Guillén en prensa: 338-341; Hirth 1980b:103). Por añadidura, se encuentra la cerámica Azteca I en Morelos (Griffin y Espejo 1950:13). Aparecen otros indicios de influencia tolteca en Morelos; por ejemplo, los fragmentos de relieves de piedra de una pirámide en Amilcingo que representan guerreros al estilo tolteca, llevando pectorales, narigueras, cubiertas protectoras de algodón en el brazo izquierdo, y portando atlatis (Hirth 1980b: 101-102). Es posible que tanto el valle oriental de Morelos como el sur de la Cuenca de México formaban parte del dominio tolteca en la fase inicial del Postclásico Temprano; pero con el tiempo, o caían bajo el poder de Cholula, o se volvían entidades independientes mientras que mantenían alguna relación con Tula que a la vez permitía el intercambio con Cholula y con otras áreas.

Por lo regular, se supone que Cholula controlaba el estado de Tlaxcala, también. Aunque posiblemente así fue el caso durante parte del Postclásico Temprano, había surgido una frontera entre las ciudades-estado de Tlaxcala y las de Puebla a fines del período (García Cook 1976:66). La población de Tlaxcala vivía principalmente en comunidades dispersas concentradas en la parte central del estado, alrededor de la que vendría a ser la ciudad de Tlaxcala. Se ubicaban muchos asentamientos en las cimas empinadas de cerros y lomos fácilmente defendidos (García Cook 1976:68-76). Las cerámicas locales predominan, aunque se ve alguna influencia de las regiones al sur, especialmente de Cholula, como se encuentra la policroma Cholulteca. Se ha descubierto poca cerámica Mazapan en Tlaxcala (García Cook 1975:128-130).

Tanto la evidencia arqueológica como la histórica indica que el Postclásico Temprano era una época de guerra crónica en Tlaxcala. Se ubicaban los asentamientos en posiciones de defensa fácil, y se construyeron fortificaciones. A fines del período se erigieron las fortificaciones de Tepeticpac, colocadas unos pocos kilómetros hacia el norte de la ciudad de Tlaxcala y descritas por Muñoz Camargo (1978:57). Situadas a lo largo de las cimas y laderas altas de tres cerros separados por barrancas, las fortificaciones constan de una serie de fosos y murallas (García Cook y Mora López 1974:27-29 y Fig. 4).

Evidencia adicional de un estado de conflicto entre Tlaxcala y la región al sur (i.e. Cholula y el sur de Puebla) consiste en la aparición de franjas de territorio casi completamente deshabitadas o zonas fronterizas que separaban Tlaxcala de Cholula hacia el sur, y del área de Cuauhtinchan hacia el sudeste, a fines del Postclásico Temprano. La "tierra de nadie" entre Tlaxcala y Cholula tenía 10 a 12 kilómetros de ancho, mientras que la frontera que dividía aquí a Cuauhtinchan

mide hasta 20 kilómetros de anchura. Otra zona desocupada en el noroeste de Tlaxcala pudo haber sido una manzana de la discordia entre los tlaxcaltecos y Tula durante el Postclásico Temprano (García Cook 1976:74-75).

De cualquier modo, parece que la parte central del estado de Tlaxcala fue dividida en varias pequeñas ciudades-estado independientes o entidades semiautónomas que formaban una confederación libre al ser amenazadas por fuerzas ajenas. Estas ciudades-estado del Postclásico Temprano luego dieron origen a las entidades o reinos tlaxcaltecos que resistían con éxito a los ejércitos aztecas una y otra vez durante el Postclásico Tardío, y que eran conocidos por su espíritu independiente. Evidentemente se peleaban entre sí, lo mismo que contra presumidos de conquistadores de la Cuenca de México o del sur. Parece que Cholula se las arregló para dominar a Tlaxcala por no más que un corto período, aproximadamente en el primer siglo del Postclásico Temprano, si en modo alguno.

A estas alturas no se puede determinar con exactitud la naturaleza del papel de Cholula y la extensión de su esfera de influencia en el Altiplano Central durante el Postclásico Temprano. Sin embargo, queda bastante claro que la región de Puebla-Tlaxcala jamás fue parte del imperio tolteca. Se puede interpretar la evidencia para la situación de la Cuenca de México meridional dentro del contexto político del Altiplano Central de varias maneras. Es posible que esta región, junto con Morelos, fue dominada por Cholula durante el Postclásico Temprano, o, con menos verosimilitud, por Tula. Otra posibilidad es que Tula gobernó el sur de la Cuenca durante la primera fase del Postclásico Temprano, pero que el área logró independizarse en el curso del período, tal vez con la ayuda de Cholula, después de lo que cayó bajo la influencia de esta ciudad; la fecha un poco más tardía de la cerámica azteca I (Acosta 1956-1957:92; Sanders, Parsons y Santley 1979:466) parece sostener este punto

de vista. De otro modo, esta región pudo haber adquirido bastante importancia dentro del imperio tolteca como para hacerse un confederado de Tula, en vez de ser tan solo una provincia sujeta. Davies (1977: 296-302) sugiere que Tula formó una Triple Alianza junto con Culhuacán y Otumba, o quizás Xaltocan. Según Davies, cada una de estas tres capitales ejercía control sobre una parte del dominio tolteca; por ejemplo Culhuacán mandó en el sur de la Cuenca de México, el rincón sudeste del Estado de México, y quizás hasta Morelos; Tula administró el norte de la Cuenca, el Bajío y la región al norte y oeste; y la parte nordeste del imperio tolteca fue controlada desde Otumba o Xaltocan. De cualquier modo, el sur de la Cuenca de México al parecer se dio maña para conservar algún grado de autonomía cultural y política, aun cuando formó parte íntegra del imperio tolteca; a diferencia del norte de la Cuenca, que quedó completamente bajo la dominación tolteca.

En cuanto a la evidencia arqueológica para la guerra, es interesante notar que no se la encuentra en Cholula, y es rara dentro de la esfera de influencia de esta ciudad (véase la Figura 11), aunque es preciso tener en cuenta la falta de excavaciones en sitios del Postclásico Temprano. Por otra parte, temas relacionadas con la guerra predominan en el arte tolteca, como ya se ha visto, y además se tomó en consideración la defensa en los asentamientos de dos regiones, Toluca y Tlaxcala, cuya posición en cuanto a Tula y Cholula queda problemática. Yo calculo que más que la mitad de las esculturas y pinturas murales de Tula misma representan guerreros o otro tema militar. Esto indica que la guerra jugó un papel bastante significativo en la expansión tolteca; y que la iconografía todavía fue un expediente importante para controlar la población durante el Postclásico Temprano.

El Postclásico Tardío (1150-1520 D.C.): El Apogeo del Militarismo en el Altiplano Central

Generalmente se considera que el militarismo alcanzó su apogeo en el Altiplano Central durante el Postclásico Tardío. Desde la caída de Tula alrededor de 1170 D.C.¹⁹ hasta el surgimiento de los aztecas al poder a principios del siglo quince, numerosas ciudades-estado pequeñas competían la una con la otra por la supremacía política, económica, y territorial. Sus vecinos más pequeños y más débiles se esforzaron para mantener su autonomía política y su integridad territorial ante esta agresión. En la última parte del período (1400-1520 D.C.) los aztecas lograron prevalecer sobre sus rivales y extendieron su dominio, de suerte que habían adquirido un "imperio tributario" que incluía gran parte de Mesoamérica para la conquista española, aunque nunca fue un verdadero imperio políticamente integrado por completo. A causa de la enorme cantidad de material histórico sobre el Postclásico Tardío, me he concentrado en aquellas fuentes que tratan de los aztecas; no obstante, se debe señalar que muchos aspectos de la organización militar azteca se hallaron entre los demás grupos del Altiplano Central desde la caída de Tula.

El militarismo desempeñó un papel muy importante en la sociedad del Postclásico Tardío, tal vez más que en cualquier otro período de la historia pre-conquista del Altiplano Central. Seguramente esta impresión se debe en gran parte a la existencia de las fuentes históricas. Los datos arqueológicos sobre el militarismo son más bien escasos comparados con los abundantes informes que se puede recoger de estos escri-

¹⁹ Todavía se disputa la fecha exacta de la caída de Tula, debido en gran parte a las cuentas discrepantes de los años encontradas en las crónicas históricas, y a los distintos procedimientos de decifrar estas fechas. Davies (1977:413) propone que esta catástrofe ocurrió en 1175, o en 1179 D.C. a más tardar (véase ib. 352-380 y 441-466 para su método de interpretar las cuentas del año indígena). Jiménez Moreno (1954-55: 224-225) calcula que Tula fue destruida en 1168 D.C.

tos, bien que esto se debe en parte a la falta de exploración arqueológica en sitios del Postclásico Tardío en la Cuenca de México. Desgraciadamente, no se ha encontrado semejantes fuentes para las épocas clásica y epiclásica. Uno se pregunta si los anales de Teotihuacan presentarían una imagen de una sociedad sometida a la guerra constante y fuertemente militarista como la que las crónicas existentes describen para los aztecas, si hubieran sobrevividos.

Situación Militar y Política en el Altiplano Central durante el Postclásico Tardío

A fin de comprender el significado del militarismo para los pueblos del Postclásico Tardío, se debe examinar las condiciones políticas y militares que prevalecían en la Cuenca de México en aquella época. La caída de Tula resultó en la división del Altiplano Central en numerosas pequeñas ciudades-estado independientes. Davies (1980b:11) describe la situación con estas palabras: "los siglos trece y catorce son una época notable por la proliferación de pequeños centros de poder, cada uno de los cuales se esforzaban por imponer tributo sobre su vecino o por librarse de la obligación de pagar el tributo." Rendón atribuye las condiciones caóticas del período a bandas errantes de guerreros que caían sobre los pueblos y los saqueaban indistintamente, de cualquier modo en la parte meridional de la Cuenca; a veces fundaban sus propias ciudades o pequeños señoríos hasta en áreas de diferente afiliación étnica:

Del estudio documental se desprende que bandas de individuos ambiciosos--de casta guerrera, diríase--solían con cierta frecuencia abandonar sus fundaciones y marchar a piratear y guerrear ciudades, y que aquellos individuos, emparentados entre sí, o aliados con otros de propósitos semejantes, fundaban ciudades y señoríos según la suerte variaba de sus correrías. Esto significa que los Señoríos indígenas debieron de ser heterogéneos étnica y lingüísticamente (Rendón, en Chimalpahin 1965:25).

En esta situación de desorden político, la guerra se hizo incesante.

La población del Altiplano Central durante el Postclásico se caracterizaba por una gran variedad de elementos étnicos y lingüísticos. Aunque la información sobre los idiomas específicos que se hablaban en el Valle de México antes de la época histórica es fragmentaria, en general se acepta que, durante el Postclásico Temprano, la población comprendía gente de habla náhuatl, incluyendo los toltecas; hablantes del otomí; y los que hablaban varias lenguas mixtecas y chocho-popolocas de la familia Oto-mangue, como la nonoalca y la olmeca-xicalanca (Davies 1977:142-170; Weaver 1972:202-204). Estos dos últimos son términos genéricos que se refieren a varios pueblos que hablaban diferentes dialectos y que pertenecían a diversos niveles culturales, pero que originalmente venían de la región al sur y al este de la Cuenca.

La situación se complicó aún más por la migración de diferentes grupos de gente chichimeca al Valle de México a través de mucho tiempo. Según la tradición histórica, los mexica fueron el último de numerosos grupos de chichimecas que entraban en la Cuenca desde el norte a partir de la caída de Tula, o tal vez aún antes de aquella catástrofe, y por más de cien años después.²⁰ La palabra "chichimeca" evidentemente es un término genérico aplicado a aquella gente norteña que migró al Valle de México durante el Postclásico, mezclándose con la población indígena ya asentada allí; no se refiere a ningún grupo étnico específico. Hablaban varios idiomas y culturalmente incluían desde verdaderos chichimecas o "teochichimecas", quienes vivían en cuevas, se vestían en pieles de animales, cazaban y recolectaban plantas en los llanos al norte de la propia Mesoamérica, adoraban deidades celestiales, y vivían en una

²⁰ Supuestamente Moctezuma II dirigió estas palabras a los principales aztecas: "...y también creo que de vuestros antecesores tenéis memoria cómo nosotros no somos naturales de esta tierra, y que vinieron a ella de muy lejos tierra," (Cortés 1969:49).

sociedad tribal (Sahagún 1969:III, 190-193); a los tolteca-chichimecas, quienes residían en ciudades, practicaban la agricultura sedentaria, llevaban ropa tejida, y habían logrado un nivel más alto de organización sociopolítica, formando cacicazgos y tal vez sociedades estatales (Ixtililxōchitl 1975-1977:I, 290; Sahagún 1969:III, 193); y a otros grupos que van desde un extremo al otro en cuanto al desarrollo cultural (Davies 1980b:69-89). En suma, las únicas características que se pueden usar para definir los chichimecas son: que vinieron desde alguna parte al norte de la Cuenca, que emplearon el arco y flecha, y que tuvieron fama de guerreros fuertes y feroces.²¹ A causa de su virilidad y fuerza renombradas, todos los pueblos postclásicos del Altiplano Central pretendieron ser descendientes de los chichimecas.

Además de hablantes del nahua y chichimecas, la parte meridional de la Cuenca y el Valle de Puebla también recibieron varios grupos de gente de habla mixteca-popoloca y mazateca desde el sur durante el Postclásico Tardío. Se pudo encontrar barrios de gente de habla mixteca en Texcoco, Tenochtitlan, Teotihuacan y Tlaxcala (Chadwick 1966:5-9; Historia Tolteca-Chichimeca 1947:109-110; Chimalpahin 1965:27-28 y 73-75).

Esta mezcla étnica fue agravada por la presencia de diversos grupos en cada ciudad, de los cuales muchos fueron refugiados de guerra. Después de su derrota en Chapultepec en 1319 D.C., los mexicas se dispersaron a Culhuacán, Coatlichán, Chalco, Xochimilco, Xaltocan y Azcapotzalco (Chimalpahin 1965:56). La ciudad de Tenochtitlan tuvo barrios

²¹ Ixtililxōchitl (1975-1977:II, 27) afirmó que el éxito tanto político como militar de los chichimecas se debió a su belicosidad: "Y finalmente fue y ha sido la nación más belicosa que ha habido en este nuevo mundo, por cuya causa se señorearon de todas las demás." Muñoz Camargo (1978:27) dijo lo siguiente con respecto a los chichimecas: "...por manera que como estas gentes, así como mataban y se bebían la sangre, era tenida por una gente muy cruel y feroz, de nombre espantable y horrible entre todas las naciones de estas partes."

de otomíes, xochimilcas, y un número sustancial de refugiados de Huastotzingo (Davies 1973:18). En Texcoco se pronunciaron todos los edictos en dos idiomas--en náhuatl y en una lengua chichimeca--para acomodar toda la población (Bray 1972:163).

Esta heterogeneidad étnica tuvo un efecto decisivo sobre los sucesos políticos y militares en la Meseta Central. La presencia de diferentes grupos étnicos dentro de una ciudad-estado en guerra con otras entidades políticas pudo producir un conflicto de lealtades, que fue manipulado con presteza por las facciones gobernantes de todos partidos. Grupos con una historia de rivalidad étnica pero que se hallaron residentes de la misma ciudad pudieron convertirse en una causa del conflicto interno, especialmente si fueron refugiados de guerra o fueron obligados a vivir en una comunidad extranjera en otras circunstancias. Es interesante notar que los datos arqueológicos no proporcionan ninguna información sobre la heterogeneidad étnica del Postclásico Tardío, puesto que los restos materiales demuestran una uniformidad extraordinaria por toda la Cuenca de México, especialmente la cerámica (Sanders, Parsons y Santley 1979:162).

Historia militar y política

Unos años después del colapso tolteca, el primer grupo de chichimecas llegó a la Cuenca, acaudillado por su jefe legendario Xólotl; luego les siguieron otros pueblos, como los tepanecas, los culhuas, los acolhuas, los xochimilcas, los chalcas, los tlalhuicas, los tlaxcaltecas, los mexicas, y otros. No vinieron como grandes migraciones de hordas desarregladas, sino en pequeñas bandas bien organizadas y dirigidas que buscaron un lugar para asentarse. Estos movimientos populares desde el área al norte y oeste de la Cuenca, a lo mejor desde la región

de Querétaro y Guanajuato y el estado de Hidalgo, que formaba una zona tapón entre Mesoamérica y el territorio desierto habitado por los nómadas, fueron iniciados probablemente por el retroceso del área fronteriza de esta zona árida norteña, donde la agricultura era todavía practicable, aunque algo precaria. El retiro gradual fue causado por un ligero pero significativo deterioro medio ambiental en las tierras habitadas por los chichimecas, empezando quizás en el Clásico Tardío.²² Los chichimecas empujaron y atosigaron a estos grupos de agricultores fronterizos, así forzándoles a retrocederse al sur (Armillas 1964:73-79). La mayoría de los llamados chichimecas que entraron en la Cuenca en aquel tiempo probablemente fueron estos agricultores fronterizos, quienes habían mantenido contactos con las comunidades urbanizadas al sur y por eso fueron algo civilizados, y quienes tal vez habían sido despachados originalmente a la frontera por los toltecas o aún por el gobierno teotihuacano (Davies 1973:22; también Sahagún 1969:III, 212-213). A los verdaderos chichimecas, que eran cazadores y recolectores, les faltó la organización política y militar para derribar todas las sociedades del nivel estatal que ocuparon la Cuenca de México, como sostienen las crónicas históricas. Los inmigrantes toparon con resis-

²² Estudios paleoecológicos que comprenden evidencia dendrocronológica y geológica, indican que las condiciones climáticas se volvieron más áridas y se estaba erosionando el suelo en el sudoeste de los Estados Unidos, en el Teotlalpan y en la Sierra de Tamaulipas desde el siglo doce D.C. (Armillas 1964:76-79). La reducción significativa de productividad agrícola causada por las condiciones más áridas se refleja en la retrogresión cultural, la desaparición de comunidades sedentarias, y en la disminución de la influencia del centro de México, que ocurren primero en el área más al norte ocupada por la cultura de Chalchihuites, para el Epiclásico; mientras que más al sur el sitio fortificado de La Quemada y los asentamientos agrarios del Bajío y de San Luis Potosí no fueron abandonados hasta fines del Postclásico Temprano o un poco más tarde, o sea circa 1200 D.C. (Armillas 1964:75-79; Diehl 1976:269-275). Durante el Postclásico Tardío estas áreas fueron habitadas únicamente por cazadores-recolectores nómadas.

tencia de los naturales de la Cuenca, quienes se tomaron por superiores a los recién venidos, de todos modos cuando éstos llegaron; y en muchos casos se lo resentieron cuando tenían que acomodarles o cederles terrenos a los chichimecas. En 1248 Culhuacán, el representante principal de la tradición autóctona tolteca en la Cuenca, se rehusó a reconocer a Xólotl como gobernante de toda la Cuenca como él le exigió, y trató sin éxito de confinar los chichimecas al norte del Valle de México (Ixtilxóchitl 1975-1977:I, 300 y 532). Seguramente los habitantes originales eran mucho más numerosos que los recién llegados; sin embargo, la superioridad reconocida de los chichimecas en los artes marciales más la debilitación de los centros toltecas causada por los conflictos internos dejó que los inmigrantes ejercieran control cuando menos en los asuntos políticos y militares de la Cuenca.

Por unos dos siglos después de la decadencia de Tula, el equilibrio político se variaba constantemente en el Altiplano Central. Culhuacán, que según Davies (Davies 1977:296-301) fue una antigua capital o centro secundario tolteca en la cual se refugió el último rey de Tula después de la derrota de su ejército, fue una de las ciudades-estado más fuertes por casi cien años, sobre todo en la Cuenca meridional. Sin embargo, los culhuas tuvieron que compartir el poder dentro del Valle con Tenayuca y Xaltocan, que representaron el nuevo orden creado por la caída de Tula y la llegada de los chichimecas. Los otomes dominaron en Xaltocan, cuya esfera de influencia fue limitada al norte y al este de la Cuenca; mientras que Tenayuca, que había sido ocupado por Xólotl y sus partidarios, se hizo el centro chichimeca (Davies 1973:24).

Para 1250 D.C. el equilibrio político ya estaba cambiando en la Cuenca. Al lado oriental de los lagos los acolhuas empezaron a surgir como un poder significativo en esa área; la ciudad de Coatlichán tomó

la iniciativa en aquel tiempo. Hacia el norte y el oeste de la Cuenca Tenayuca empezó a eclipsar a Xaltocan. Davies (1980b:47-52) piensa que los gobernantes de Coatlichán y Tenayuca, actuando juntos como aliados, formaron lo que él llama un "mini-imperio" en el Valle de México a mediados del siglo trece. Mediante la conquista y la intriga política, llegaron a controlar gran parte del Valle norteño. Al mismo tiempo la parte sur de la Cuenca se quedó dividido entre varias ciudades-estado independientes, tales como Chalco, Xochimilco, Culhuacán, Cuitláhuac, Xico, Mixquic, y Amecameca.

Al empezar el siglo catorce, Muexotla desafió la supremacía de Coatlichán en la ribera oriental del Lago de Texcoco. Al mismo tiempo se desarrolló una rivalidad entre los acolhuas que habitaban esta área, y Chalco, al sur (Chimalpahin 1965:180-184). A causa del antagonismo que surgió entre estos dos centros, la ocupación del área fronteriza que separaba los dos dominios quedó escasa y dispersa (Parsons 1971b: 230). La dominación del sector septentrional de la Cuenca fue contenida con vehemencia entre Tenayuca, Xaltocan, Cuauhtitlán, y otras ciudades más pequeñas hasta el surgimiento de los tepanecas hacia la segunda mitad del siglo catorce.

Toda esta información acerca de la situación política fragmentada de la primera fase o la Azteca Temprano del Postclásico Tardío viene de las fuentes históricas. Ahora se debe preguntar si la evidencia arqueológica para esta fase sostiene esta perspectiva, o no. A causa de la abundancia de los datos etnohistóricos en los códices y crónicas, más el hecho de que muchos asentamientos del Postclásico Tardío en la Cuenca están cubiertos con la ocupación moderna, se han excavado pocos sitios de este período; no obstante, los recorridos recién llevados a cabo en la Cuenca y en las regiones circunvecinas proporcionan datos demográficos

y de los asentamientos que deben ser útiles para corroborar las fuentes históricas.

Se refleja la decadencia del imperio tolteca en el abandono virtual del cuarto septentrional de la Cuenca de México, en una reducción sustancial de la población de la región de Tula misma, y en la falta general de continuidad entre los centros mayores del período tolteca y los de la fase Azteca Temprano. Los mapas de asentamiento revelan que los habitantes del Azteca Temprano en la Cuenca residieron en muchas comunidades, pero más nucleadas, que durante el Postclásico Temprano, a pesar de que la población misma se había crecido algo; el número de caseríos decayó desde 555 en el Postclásico Temprano, a 258, mientras que la cantidad de aldeas pequeñas se redujo de 110 a 15 (Sanders, Parsons y Santley 1979:150-152, 184-185, Cuadro 6.1 y Mapa 17). Probablemente alrededor de tres cuartos de la población vivía en comunidades grandes. La razón de la desviación estándar de población de los agregados de asentamiento a la población media de los agregados--una cifra que al parecer refleja el grado de competencia entre las entidades de una región-- llega hasta 0.83 para la fase Azteca Temprano, que demuestra una proporción de desviación bastante alta entre los conjuntos (Alden 1979:193-195).

Los grandes sitios arqueológicos identificados por los recorridos de superficie corresponden a los centros principales mencionados en las fuentes históricas, que son: Xaltocan, Cuauhtitlán, y Teotihuacan en el norte de la Cuenca; Azcapotzalco y Tenayuca a la orilla occidental del Lago de Texcoco; Huexotla y Coatlinchán al lado oriental de la Cuenca; Culhuacán, Chalco, Xochimilco, Cuitláhuac, y Amecameca en el sur del Valle. Todos estos sitios han sido designados "centros regionales"²³

²³ Sanders, Parsons y Santley (1979:55) definen un centro regional como "una comunidad grande y nucleada, con una población de 1,000 a

por Sanders y sus colegas, con poblaciones de unos 5,000 cada cual, excepto Azcapotzalco, Tenayuca, Huexotla y Coatlinchán, los cuales tuvieron probablemente unos 10,000 a 15,000 habitantes cada uno (Sanders, Parsons y Santley 1979:151). Cada centro estuvo rodeado de un territorio bien definido que constó de varios aldeas y caseríos. Parece verosímil que la yuxtaposición de sitios grandes refleja la sucesión de centros regionales en estas áreas durante la fase Azteca Temprano, como indican las fuentes históricas.

A mediados del siglo catorce los tepanecas empezaron a extenderse desde su centro en Azcapotzalco en la orilla occidental del Lago de Texcoco. Primero emprendieron la subyugación del norte y oeste de la Cuenca, por razones estratégicas y además porque la gente de esa región estaba íntimamente relacionada tanto étnica como lingüísticamente con los tepanecas (Davies 1973:99). Aunque encontraron resistencia, ya para este tiempo no había ningún poder mayor para oponerse a los tepanecas en estos sectores. Tenayuca ya se había estado decayendo por algunos años. Una enemistad encarnizada y prolongada (de hasta 75 años) entre Xaltocan y Cuauhtitlán había debilitado a ambos partidos a tal punto que ya ni uno ni otro no pudo presumir más de ser una potencia en el norte de la Cuenca; así es que se dejó este sector expuesto a las incursiones tepanecas. La expansión tepaneca hacia el este fue impedida con éxito por los acolhuas hasta 1418, cuando Tezozómoc, el tirano tepaneca, por fin venció al gobernador de Texcoco.

La dominación tepaneca en el sur de la Cuenca fue estorbada por la confederación chalca, que comprendió la mayoría de las ciudades del

10,000, con arquitectura cívica-ceremonial-élite distinta, que datan de un período de tiempo cuando las regiones locales estaban esencialmente independientes del control de los centros supraregionales."

litoral meridional de los Lagos de Chalco y Xochimilco, Amecameca, probablemente Culhuacán y otros pueblos de la Península de Ixtapalapa, y la parte septentrional del estado de Morelos (Chimalpahin 1965:9-10). A causa del expansionismo chalca hacia el sur, las ciudades de la Cuenca sureña se pusieron en conflicto con muchas comunidades en Morelos y el sur de Puebla. Aunque los tepanecas no lograron subyugar a todas las ciudades de la Cuenca sureña (Chalco nunca fue completamente sojuzgado hasta 1465, por los aztecas), emprendieron la conquista de la región de Morelos y el sur de Puebla durante los últimos años del siglo catorce y principios del siglo quince, de tal modo frustrando efectivamente nuevas incursiones al sur por parte de Chalco (Davies 1980b:248-255).

La creación del imperio tepaneca se debió en gran parte no sólo a la habilidad táctica del gobernador tepaneca, Tezozōmoc, sino que también a su destreza maquiavélica para poner sus adversarios en oposición el uno al otro. Cuando quiso sujetar a una área, primero atacó los pueblos más pequeños y menos fuertes del territorio, porque fue más fácil de vencerlos y a la vez así pudo aislar el centro principal de sus vecinos y aliados, que ya no le pudieron ayudar cuando las fuerzas tepanecas lo atacarían. Esta estrategia siempre tenía buenos resultados, y Tezozōmoc la empleaba a menudo, incluso en las conquistas del sur de la Cuenca y de Texcoco (Ixtililxōchitl 1975-1977:I, 330-339). Una vez vencido un lugar, Tezozōmoc reemplazó frecuentemente los señores locales con criaturas que él mismo había nombrado; la mayoría de éstas eran parientes suyos. Aún mandó asesinar a los soberanos naturales de varias ciudades para colocar a sus propios hijos y nietos en los tronos (Los Anales de Cuauhtitlán 1945:33-47). En esta práctica Tezozōmoc se distinguió de los otros imperialistas mesoamericanos, porque generalmente se permitían que los señores vencidos se quedaran en el poder. Además,

esta costumbre aumentó la discordia dentro de las provincias sujetas.

Los tepanecas no pudieron haber subyugado a casi toda la Cuenca de México y las regiones circunvecinas sin la ayuda inestimable de sus vasallos aztecas, quienes servían de mercenarios como parte de su tributo a Azcapotzalco (Davies 1973:75-89). Al principio los aztecas no más realizaron las órdenes de sus amos, o por su cuenta o como auxiliares al ejército tepaneca. No obstante, para principios del siglo quince, aun cuando todavía obraron nominalmente bajo auspicios tepanecas, las operaciones militares de los aztecas ya eran acaudilladas por ellos mismos, a saber la campaña para la dominación de la Cuenca sureña. Además, a partir de la derrota de Xaltocan en 1395, los tepanecas les concedieron a los aztecas porciones de las tierras conquistadas y el derecho a recaudar tributo de algunos de los pueblos que habían ayudado a conquistar, en recompensa por sus servicios militares. Esto les proporcionó a los aztecas no sólo una fuente de riqueza, sino que también un incentivo de guerrear. Con su prosperidad y fuerza militar crecientes, los aztecas se convirtieron en socios de los tepanecas en 1410 D.C., cuando Tezozómoc propuso una alianza formal para dominar la Cuenca después de la derrota de Texcoco (Ixtililxóchitl 1975-1977:I, 319-329; Durán 1967:II, 64-66). Cuando murió Tezozómoc en 1426 y el imperio tepaneca dio muestras de caerse debido a una disputa interna por la sucesión y la sublevación de varias provincias sujetas, los aztecas se hallaron en una posición para llenar el vacío causado por su muerte.

Al momento de la muerte de Tezozómoc el imperio tepaneca comprendió casi toda la Cuenca de México excepto el rincón sudeste al este de Xochimilco, el área al norte de la Cuenca desde Tula hacia el oeste hasta Tulancingo en el oriente, probablemente el sudeste del Valle de Toluca, y además Morelos (Carrasco Pizana 1950:266-272; Davies 1980b;

287). Pero, para obtener este premio, los aztecas primero tuvieron que vencer al aún poderoso ejército tepaneca, lo que lograron en 1428 D.C. con la ayuda de los recién conquistados acolhuas vengativos y sus aliados de Huexotzingo y Tlaxcala (Ixtililx chitl 1975-1977:I, 368-380; Veytia 1944:II, 114-137; Clavijero 1968:86-100; el Códice Ramfrez 1979:52-72; Durán 1967:II, 70-83; Tezoz moc 1944:23-35). Básicamente los aztecas se arrogaron control de lo que habfa sido el dominio tepaneca, bien que tuvieron que reconquistar varias ciudades en la Cuenca y en las regiones circundantes.

Durante los 92 años siguientes, los aztecas sujetaron militarmente y exigieron tributo de gran parte de Mesoamérica hasta el Istmo de Tehuantepec en el sur, incluso el distrito de Soconusco de la Costa Pacfica de Chiapas y Guatemala (Figuras 13 y 14). Sin embargo, se hizo poco esfuerzo para integrar las provincias sujetadas en una entidad coherente bajo una administración polftica unificada, fuera de la Cuenca de México, el corazón del imperio azteca. En consecuencia, los aztecas se vieron obligados a reprimir sublevaciones continuamente por súbditos descontentos a lo largo de su dominio que siempre estaban dispuestos a librarse del yugo opresivo impuesto por los aztecas y sus recaudadores de tributo (Durán 1967:II, 86-450; Clavijero 1968:104-146; el Códice Ramfrez 1979:74-99; los Anales de Cuauhtitlán 1945:49-68; Tezoz moc 1944; Kelly y Palera 1952; Davies 1980a). Además, los aztecas nunca lograron sojuzgar ni al dominio tarasco al oeste del Valle de Toluca, ni a las confederaciones de ciudades-estado autónomas de la región de Puebla-Tlaxcala, aunque a veces Huexotzingo y Cholula gozaban de periodos de relaciones cordiales y cooperación con su vecino más poderoso al poniente, por ejemplo cuando llegaron los españoles. La presencia de estas áreas de resistencia, la rebeldfa de las provincias sujetas, y la falta de unificación



Figura 13. Distribución geográfica de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Altiplano Central durante el Postclásico Tardío (basado en Hirth 1984:580, Fig. 1).



Figura 14. Extensión del imperio azteca en Mesoamérica durante el Postclásico Tardío (Weaver 1972:198, Mapa 4).

política, todos contribuyeron a la rápida destrucción del imperio azteca a manos de los españoles en 1520 D.C.

Organización política en el Postclásico Tardío

La unidad política básica del Altiplano Central durante el Postclásico Tardío constó de la ciudad-estado, que tuvo un tamaño promedio de 100 a 200 km.² y una población desde 12,000 hasta 50,000 habitantes (Bray 1972:165). En realidad el imperio azteca consistió en una confederación de tales ciudades-estado, algunas de las cuales no estuvieron contiguas sino que estuvieron separadas por territorio no conquistado. Este tipo de liga o confederación fue característico de la sociedad mesoamericana del Postclásico Tardío. Sin embargo, la mayoría de estas alianzas eran temporales y oportunas, y sólo existían hasta que se había realizado una meta específica.²⁴ La alianza entre Tenochtitlan, Texcoco y Huexotzingo para vencer a los tepanecas, la cual se disolvió al concluir satisfactoriamente la operación, es un buen ejemplo de este tipo de confederación; en efecto, Huexotzingo fue atacado por sus antiguos aliados unos años después (Ixtililxochitl 1975-1977:I, 407).

En la sociedad mesoamericana del Postclásico Tardío, las funciones militares, civiles y religiosas estaban íntimamente relacionadas, y todas eran dirigidas por el estado. El gobernante o tlatonani cumplió todas estas obligaciones como parte de su cargo oficial. Varias ciudades-estado tuvieron de dos a cuatro tlatonani quienes rigieron a la vez, cada uno de los cuales representaron quizá una de las diversas facciones de que estuvo compuesto la población. Otros grupos, en par-

²⁴Hubo también confederaciones más durables, siendo la más destacada la Triple Alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan o Tacuba; pero parece que había vuelto una alianza solamente de nombre para principios del siglo dieciséis, y que en realidad Tenochtitlan predominó, de cualquier modo en lo militar y lo político (Davies 1980a:115-116).

ricular los aztecas y los tepanecas, tuvieron un solo gobernador. El tlatoani no fue un monarca absoluto; rigió con la ayuda de un consejo que generalmente constó de otros miembros de la familia real (Sahagún 1969:II, 315-322; Durán 1967:II, 103; Zurita 1941:74). El consejo tuvo cuando menos un jefe militar; en algunos casos, como el de los aztecas entre los cuales la guerra se hizo tan importante, el tlatoani tuvo un consejo especial de guerra para avisarlo (Pomar 1941:34). No se tomó el tlatoani por divino en la Mesoamérica prehispánica; cuando menos fue un representante de los dioses o un intermediario entre la tierra y el cielo. Como cualquiera que cometió una traición, fue condenado a la muerte junto con todos sus familiares, y también se pudo destronar y ajusticiar a los gobernantes si se creía que su conducta era demasiado despótica o arriesgada para la comunidad (El Conquistador Anónimo 1941: 33; Muñoz Camargo 1978:74-75; Zurita 1941:199).

En la mayoría de las ciudades-estado del Altiplano Central, la sucesión al trono era hereditaria, del padre al hijo como en Texcoco; o bien de un hermano al próximo hasta que no quedaron ningunos de aquella generación, en tal caso el hijo del hermano mayor sucedió, como ocurría entre los aztecas (Zurita 1941:74-76; Pomar 1941:24). Si el heredero sería juzgado inepto para ocupar el puesto, los miembros del consejo gobernante podían escoger otro miembro mejor capacitado de la familia real en su lugar (Pomar 1941:25).

La calidad más importante exigida de cualquier soberano fue la proeza militar. Antes de llegar a ser tlatoani, el aspirante tuvo que ocupar el cargo de general de los ejércitos aztecas, y ser un miembro del consejo más alto del gobierno (Clavijero 1968:121). Una vez establecido en el puesto de tlatoani, su primer deber fue acaudillar una campaña para obtener cautivos que serían sacrificados durante su coro-

nación. Los aztecas consideraban que el valor personal era un requisito previo para cualquier gobernante:

¿Quién juzgáis que tendrá valor para ser esfuerzo de nuestros brazos, poniendo el pecho con libertad y sin cobardía a la defensa de nuestra ciudad y de nuestras personas, y no amengüe y abata el nombre de nuestro dios, sino que como semejanza suya le defienda ensalzando su nombre, haciendo conocer a todo el mundo que la nación mexicana tiene valor y fuerzas para sujetarlos a todos y hacerlos sus vasallos? (El Códice Ramírez 1979:47; véase también Zurita 1941:77).

La sociedad mesoamericana del Postclásico Tardío fue altamente estratificada. Hubo una clase alta o nobleza que incluyó las familias reales y que controló muchos recursos económicos. Le siguió un grupo de posición social más baja pero de mucha importancia económica, que consistió en los mercaderes, artistas y artesanos. Los campesinos, quienes mantenían tanto las clases altas como la expansión del imperio con sus labores en los sembrados comunales y las obras públicas, constituyeron la mayoría de la población. Y al fondo de la escala social se encontraron los arrendatarios y los esclavos, que comprendían deudores, criminales y algunos cautivos de la guerra, quienes trabajaban los terrenos de la nobleza y les servían de criados (Katz 1966; Carrasco Pizana 1971; Davies 1980a: 78-82), salvo los prisioneros destinados a ser sacrificados.

La nobleza (Monjarés-Ruiz 1977) constó de dos grupos: una aristocracia endógama y hereditaria; y aquellos plebeyos quienes se habían premiado con tierras, mano de obra gratis y otros bienes por haber cumplido servicios para su comunidad. Supuestamente no se podían heredar estas tierras y bienes que les habían regalado a los plebeyos; pero en realidad se convertían en una herencia familiar. La nobleza hereditaria o los pipiltzin se veían obligados a servir a su ciudad no sólo en el ejército, sino que también de sacerdotes, jueces, burócratas y diplomáticos, a cambio de sus haciendas libres de impuestos y de ser mantenidos a costa del estado (Zurita 1941:86-91 y 142-145; Ixtlilxóchitl 1975-

1977:I, 323-325 y 430-432). Además de justificar sus riquezas, tales servicios permitían que el rey vigilara los principales, para supervisar sus actividades y para evitar que se volvieran inquietos. Recompensar a los plebeyos con tierras y otros bienes y honores por servicios prestados proporcionó alguna movilidad hacia arriba de la escala social durante el Postclásico Tardío; no obstante, los pipiltzin trataron de mantener control de la alta sociedad con casarse sólo con otros miembros de la aristocracia de las demás ciudades.

Aunque se ha aplicado la palabra "imperio" al territorio vencido por los aztecas, queda incierto si realmente merece esta designación, porque los aztecas jamás lograron la consolidación política que se relaciona con ese término en su dominio. Su sistema político careció de los factores integrantes necesarios para transformar las numerosas pequeñas ciudades-estado autónomas en un conjunto coherente, administrado desde un sólo centro. La falta de unificación fue en parte el resultado de las condiciones geográficas y del alto costo y condición subdesarrollada del transporte y de las comunicaciones en la Mesoamérica prehispánica, tanto como de los defectos en las instituciones sociopolíticas existentes.

Control del imperio azteca

El corazón del imperio azteca consistió en las inmediaciones de Tenochtitlan, donde los aztecas ejercían el control total (Sanders, Parsons y Santley 1979:155-180; Van Zantwijk 1962). Generalmente se reemplazaban los gobernadores locales con principales aztecas únicamente si aquéllos mostraban señales de hacerse perturbadores. Por lo general los aztecas mismos determinaban el importe del tributo que la ciudad sometida tendría que pagar. A aquellos pueblos que se hayan sometido a los aztecas sin luchar, se les permitían la autonomía política casi completa,

con tal que pagaban el tributo exigido. Pero la proximidad de la capital y la presencia de oficiales aztecas seguramente servían para controlar los poblados de la Cuenca hasta cierto punto. De cualquier forma, las ciudades en la Cuenca de México formaban parte íntegra del dominio azteca (Davies 1980a:110-116; Katz 1966:179; Aragón 1931:12-13).

En los territorios más lejanos, la relación entre los conquistados y el vencedor dependía de si la ciudad se había sometido pacíficamente a los aztecas, y de si mostraba indicios de sublevarse en el futuro. Por lo común los aztecas dejaban los gobernantes locales en el poder y sólo mandaban recaudadores de impuestos a los centros principales para vigilar la cobranza y el pago del tributo estipulado por Tenochtitlan y la movilización de tropas y pertrechos para los ejércitos imperiales cuando hacían campaña en el área.²⁵

Puesto que era necesario mandar un ejército desde Tenochtitlan cuando se sublevó algún súbdito, los aztecas tomaban unas medidas para disminuir la probabilidad de insurrecciones en provincias revoltosas. De vez en cuando el tlatoani enviaba un oficial azteca confiable de alto rango a gobernar un sujeto rebelde provisionalmente, después del asesinato o de la muerte en combate del señor natural, por ejemplo en Culhuacan (Chimalpahin 1965:74); Chalco, Amecameca y Toluca (Chimalpahin 1965: 103-105); Cuauhtitlán, Ecatepec y Tula (los Anales de Cuauhtitlán 1945: 58-60); Azcapotzalco (Clavijero 1968:103); Cotaxtla, Papantla y varios otros pueblos en el Totonacapan (Kelly y Palerm 1952:272-279), entre otros. Más frecuentemente los aztecas reemplazaban los gobernadores locales recalcitrantes con oficiales traidores o con miembros de la familia gobernante provincial quienes estaban dispuestos a cooperar con

²⁵Gorenstein (1973:69) cree que los recaudadores de tributo estaban empezando a arrogarse el control político sobre muchos centros provinciales en nombre del estado azteca cuando llegaron los españoles.

los aztecas (Los Anales de Cuauhtitlán 1945:56-66; Chimalpahin 1965: 184-186). El repartimiento de algunas de las tierras conquistadas entre la aristocracia azteca como propiedades tributarias también ayudaba a controlar el imperio con corroer la base de poder de los gobernantes locales. No obstante, las insurrecciones frecuentes, aún en aquellas ciudades a las cuales se habían impuesto gobernadores militares, demuestran la ineficacia de estas medidas como factores integrantes a falta de otras instituciones sociopolíticas más complejas.

Las crónicas nos informan que las provincias eran controladas también por el estacionamiento de guarniciones militares en lugares estratégicos del imperio o en poblaciones que se inclinaban a rebelarse. Los historiadores modernos discuten entre sí la interpretación exacta de la palabra "guarnición" o "presidio" en las crónicas y las implicaciones que tiene para determinar el carácter del control que los aztecas ejercían en las provincias (Davies 1978:228-230). Díaz del Castillo (1963: 179) afirmó que Moctezuma "mantenía presidios fuertes en cada provincia;" pero ni él ni los demás conquistadores españoles especificaron la diferencia entre tropas estacionadas permanentemente en las provincias y tropas o refuerzos mandados desde Tenochtitlan siempre que fuera necesario. Sin embargo, se encuentran varias declaraciones en los anales que indican que a veces se apostaban soldados aztecas permanentemente. Clavijero (1968:4) declaró que "los mexicanos no acostumbraron poner presidios sino en las poblaciones considerables de las naciones conquistadas" (letra itálica mfa); por otra parte, después de la reconquista de Cotaxtla en el territorio totonaco por Moctezuma I, el gobernante azteca "sostuvo siempre un presidio en aquellas partes para mantenerlas en la debida obediencia" (Clavijero 1968:111). Ixtlilxóchitl (1975-1977: I, 374 y II, 104) afirmó que el establecimiento de una guarnición armada

después de la reconquista de un área era el proceder normal por la seguridad. Evidentemente algunas tropas aztecas estaban apostadas permanentemente en varias partes del imperio, como en Oaxaca, Tepeaca, Tochtepec, Coixtlahuaca, Oaxtepec, Quauhtochco, Acatlán, Cotaxtla, Nautla, Soconusco, y en los fuertes erigidos a lo largo de la frontera tarasca (Van Zantwijk 1967:152-154; Davies 1978:226; Kelly y Palerm 1952:272 y 279). Probablemente el número de soldados comprometidos era más bien pequeño, y los aztecas contaban con las fuerzas locales en gran parte para mantener la paz. No es de sorprender que los tepanecas también estacionaban tropas en aquellas áreas que se tomaban por focos potenciales de sublevación, y en las recién subyugadas, por ejemplo en la región de Texcoco (Ixtilixchitl 1975-1977:I, 368; Veytia 1944:II, 114).

Un pasaje del Códice Mendocino proporciona algunos datos sobre la organización de estos presidios aztecas (Van Zantwijk 1967). Al parecer se exigieron que los once poblados del corazón lacustre del imperio nombrados en el folio 17V mandaran oficiales para las nuevas guarniciones en los once pueblos registrados en el folio 18R, en vez de pagar el tributo de costumbre. Es significativo que se exigieron que los jefes militares y oficiales superiores fueran aztecas. El texto español que acompaña los glifos de los once poblados dispersos por todo el imperio que recibirían los presidios, dice claramente que el propósito con mandar estos oficiales desde los once poblados centrales fue "por el amparo y buen gobierno de los natales y ya que (los jefes mandados desde Tenochtitlan) enteramente estuviesen a cargo de recoger las rentas y tributos que estaban obligados a dar y tributar al señorío de México, y ya seguridad de los pueblos por que no se rebelasen" (Van Zantwijk 1967:152).

Por fines similares se establecieron colonias aztecas en por lo menos dos regiones del imperio: en Oaxaca y en la frontera tarasca en

Guerrero. Estas se distinguían de los presidios en eso de que se establecieron familias enteras en aquellas áreas, no sólo guerreros. Se reclutaron centenares de familias de muchos diferentes poblados del corazón del dominio azteca, pero los jefes siempre fueron aztecas (Durán 1967:II, 238-239 y 351-355; Tezozómoc 1944:350-352). Es probable que otros poblados ubicados en los términos del imperio tuvieran colonias aztecas, por ejemplo Tochtepec, situado rumbo a la Costa del Golfo meridional; no obstante, las crónicas no ofrecen ningunos detalles sobre estas dependencias, que tal vez consistían en comunidades de mercaderes o factorías como Xicalango en Tabasco.

En cuanto a los restos culturales, se ha encontrado poco o nada de evidencia arqueológica de que los aztecas habían establecido colonias militares o civiles permanentes en las provincias fuera del altiplano Central. Aunque se puede ver algo de influencia azteca en el arte e iconografía de ciertas regiones, tal como la Huasteca, la mayoría de los restos materiales refleja el predominio de las culturas locales. A la verdad, los otros pueblos mesoamericanos influyen profundamente en los aztecas, como se puede ver en la presencia frecuente del estilo Mixteca-Puebla y de motivos extranjeros en el arte y la religión azteca (Weaver 1972:248-254). Por otra parte, se debe recordar que las conquistas aztecas llevadas a cabo fuera de la Cuenca de México ocurrían durante un período de menos de un siglo antes de la conquista española, y así hubo poco tiempo para que la presencia azteca pudo hacerse conocido en la cultura material de esas regiones. El estilo azteca prevaleció únicamente dentro de la Cuenca misma, en donde los aztecas ejercían el control total, resultando en la desaparición de las tradiciones locales cerámicas y artísticas.

Parece que los aztecas controlaban su imperio hasta cierto punto

por medio de la ideología y del ritual religioso, sobre todo por el sacrificio humano y las ceremonias relacionadas, "siendo la religión y el arte los medios fundamentales de penetración ideológica y de dominio políticosocial" (Aguilera 1977:19; también págs. 37 y 150). A veces los pueblos conquistados se veían obligados a admitir al dios azteca de la guerra y deidad tutelar--Huitzilopochtli--en su propio panteón (Clavijero 1968:226; Durán 1967:II, 161). Igualmente, el traslado forzado de los ídolos de los vencidos a Tenochtitlan, donde se los colocaban como rehenes figurativos en una estructura como jaula, así representando el sojuzgamiento total de las ciudades a que pertenecían (Clavijero 1968: 163 y 226; Sahagún 1969:1, 234; Durán 1967:II, 161), era una arma psicológica que servía para instilar la sumisión y para prevenir insurrecciones entre los conquistados.

Además de su connotación religiosa, se ha considerado el sacrificio humano en gran escala como una forma de castigar a los que se habían sublevado contra la dominación azteca (Ingham 1982), y como una manera de aterrorizar a las provincias conquistadas a la sumisión: "El objeto de estas celebraciones públicas [los sacrificios de prisioneros de la guerra] era mostrar el poderío azteca, así como amedrentar a los señores amigos y enemigos para que antes de fraguar una rebelión pensaron en la horrible suerte que les podía esperar" (Diego Durán, Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme, 1951, I, 285, citado por Aguilera 1977:84). En el Altiplano Central del Postclásico Tardío, se celebraba el sacrificio humano por lo común como parte de ceremonias religiosas que incluían también danzas, canto, banquetes, ritos sagrados, juegos, combates fingidos, procesiones y espectáculos de diversas índoles, muchas veces realizadas en grandiosa escala. El objeto de estas ceremonias elaboradas era aterrar al pueblo y a los gobernantes extranjeros

a la sumisión:

Todo hecho y ordenado de industria para manifestar su grandeza y señorío a sus enemigos y huéspedes y gente forastera y ponerles temor y espanto, viéndole señorear a todo este mundo y reino, tan amplio y abundoso y que tenía sujetas a todas las naciones y a su mandar. De lo cual atónitos y espantados los huéspedes, de ver tanta riqueza y abundancia y tanto mando y señorío, estaban en grandísimo temor y espanto (Durán 1967:II, 341).

Además, las ceremonias públicas tienden a producir sentimientos de concordia y de identificación con el grupo, y pueden ser usadas por las autoridades como medio de inculcar ciertos conceptos, y de ganar la aprobación del pueblo por su política. Las autoridades aztecas se servían indudablemente de estos ritos y festivales imponentes para persuadir al pueblo a aceptar su propia visión cósmica de los aztecas como el grupo elegido por los dioses para conquistar y regir el mundo.

El arte monumental era otro instrumento usado por las autoridades aztecas para inspirar la reverencia y el temor entre el pueblo, para impresionar tanto a los extranjeros como a los mismos aztecas con la grandeza del estado (Aguilera 1977:41), y para inculcar los valores y creencias convenientes en las masas analfabetas. La expresión feroz y apariencia macabra de muchas piezas indican que el arte monumental azteca tenía por objeto evocar el terror. García Payón (1946:24-25) ve la construcción de los templos de Malinalco como un intento para disminuir las creencias y costumbres aztecas en la región de Toluca. Empezando con el reino de Itzcoatl (1426-1440 D.C.), se hacían estatuas de los jefes militares y políticos de monumentos conmemorativos; las de los gobernadores se colocaban en Chapultepec (Aguilera 1977:59 y 65-142 pñssia). Además, se conmemoraban las victorias militares de cada gobernador en una enorme rueda de piedra (temalācatl), a la cual se ataban las víctimas del sacrificio gladiatorio, y en unas vasijas de piedra (cuauhxicalli), dentro de las cuales se guardaban y se quemaban cora-

zones humanas. Desafortunadamente, casi todas estas esculturas se han desaparecido; solamente el temalícatl de Tizoc ha sobrevivido hasta el día de hoy (Figura 15). Otras esculturas, por ejemplo el tambor de madera tallado de Malinalco (García Payón 1946:61-62; Canseco Vincourt 1963:99-100) y el modelo de piedra de un templo encontrado en Tenochtitlan llamado el teocalli de la guerra sagrada (Caso 1927), representan la guerra florida y el sacrificio humano, por medio de los cuales el pueblo azteca mantenía a las deidades y al mismo mundo. Se registraban hazañas valientes destacadas del campo de batalla en los códices. Aguilera (1977:59) propone que hasta se erigían algunos templos para conmemorar victorias militares.

Más que cualquier otra cosa, fue por temor de la represalia que se mantenía unido el imperio azteca hasta cierto punto:

... si yo sin propósito ni fin ninguno, me rebelase contra México y le hiciese guerra, conozco que la furia de los mexicanos es sin medida ni término; saca la gente de debajo de la tierra, es venagativo e insaciable en herir y matar (Durán 1967:II, 127).

Por toda Mesoamérica los aztecas tenían fama de guerreros feroces y expertos, lo que bastó a veces para convencer a algunas ciudades a someterse sin ofrecer ninguna resistencia. Provincias rebeldes frecuentemente eran reprimidas y saqueadas brutalmente después de insurrecciones fracasadas, de suerte que el temor les rendía subordinados al imperio, al menos temporalmente (Tezozómoc 1944:111; el Códice Ramírez 1979:76-77; Muñoz Camargo 1978:107). Tanto hombres como mujeres y niños que vivían en aquellos poblados que las fuerzas aztecas atravesaban rumbo al campo de batalla, se escondían por miedo cuando pasó el ejército. Aquellos poblados que se negaron a proporcionar a las fuerzas aztecas las provisiones exigidas fueron destruidos luego por las tropas enfurecidas al regreso del frente (Tezozómoc 1944:128). No obstante, aun



Figura 15. Detalle de la Piedra de Tizoc, Tenochtitlan, 1481-1486 D.C. (Coe 1968:10).

aquellas atrocidades y el temor que seguramente ocasionaban no impedían por completo las sublevaciones periódicas de muchas ciudades y provincias por todo el imperio, que mantenían ocupadas a las tropas aztecas. La fuerza no puede sustituir a las instituciones sociopolíticas para conseguir y mantener la unión en un dominio heterogéneo como lo azteca.

La Organización Militar en el Postclásico Tardío

Puesto que los aztecas mantenían control sobre su imperio, aunque algo precariamente, por medio de la fuerza de las armas, se debe examinar el aparato militar azteca y cómo funcionó. Al parecer los aztecas no difirieron notablemente de sus contemporáneos en el Altiplano Central en cuanto a la organización militar y estrategia; en este campo como en casi todos los demás, los aztecas fueron generalmente imitadores, y no innovadores culturales. Sin embargo, la preocupación de los aztecas por la guerra les distinguió algo de los otros grupos en la Meseta Central, de ese modo obligando a éstos a ocuparse de sus propias defensas y fuerzas.

Las fuerzas armadas

El interés y la ocupación principales de los aztecas fue la guerra, según las crónicas. Su deidad tutelar, Huitzilopochtli, se lo explicó durante la migración desde el norte en referirse alusivamente a su futura obligación de conquistar y regir todo el mundo conocido:

Asimismo también fui yo mandado de esta venida, y se me dió por cargo traer armas, arco, flechas y rodela; mi principal venida y mi oficio es la guerra y yo asimismo con mi pecho, cabeza y brazos en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio en muchos pueblos y gentes que hoy hay. ... Primero he de conquistar en guerras para tener y nombrar mi casa de preciada esmeralda y oro adornada de plumería, ... (Tezozómoc 1944:9-10).
Ea, mexicanos, que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio, aquí habéis de aguardar y esperar, y de cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros, ... (Tezozómoc 1944:13).

Se creyó que la guerra fue la única ocupación apropiada para los

hombres, y se esperaba que todos los varones de cuerpo sano, desde el plebeyo más pobre hasta el principal más alto, se hicieran guerreros eminentes. A los que no realizaron ninguna acción valerosa o que jamás lograron prender ni un solo prisionero, se les negaron los derechos y privilegios que se otorgaron únicamente a los guerreros victoriosos (Pomar 1941:20; Sahagún 1969:III, 111-112); tampoco se les permitieron a los primeros asociarse con éstos, y en general se les despreciaron por ser inútiles y sin valor:

...y de esta suerte [por la ropa y adornos que llevaban] se conocían los que eran cobardes y de poco corazón, y los que eran valientes y esforzados, y de esta suerte todos los que andaban bien aderezados y se trataban bien, aunque [aquéllos] fueran de la sangre real, eran tenidos por hombres bajos y los hacían servir en cosas y obras comunes, y finalmente, era ley inviolable entre ellos, puesta por Tlacaelel, que el que no supiera ir a la guerra, que no fuera tenido en cosa alguna ni reverenciado ni se juntase ni hablase ni comiese con los valientes hombres, sino que fuese tenido como hombre descomulgado o como miembro apartado, digo podrido y sin virtud, ... (El Códice Ramírez 1979:182).

Según se informó, los padres quienes se dieron cuenta de que sus hijos fueron débiles y cobardes mandaron matarles para no deshonrar a la familia (Pomar 1941:39). Tal como se premiaba generosamente el valor, también fue severamente castigada la cobardía en el campo de batalla. El que fue acusado de ser cobarde no sólo perdió todos sus privilegios y fueron confiscados todas sus posesiones, sino que también fue ajusticiado, su familia entera fue deshonrada y, en cuanto a los nobles, degradada al estado de gente común para siempre (Anales de Cuauhtitlán 1945:38). Clavijero y otros (Aguilera 1977:21-22) atribuyen el éxito de los aztecas a su beligerancia y su gran respeto para con la profesión militar:

Esta fue la que les hizo sacudir el yugo de los tepanecas y levantar de tan humildes principios tan ilustre y famosa monarquía. Esta, finalmente, fue la que en sucesivas conquistas amplió la dominación mexicana desde las orillas de la laguna hasta las riberas de ambos mares (Clavijero 1968:222).

Dada esta actitud hacia la guerra, se inculcaron a los muchachos

desde muy temprana edad con el ideal azteca del heroísmo y del sacrificio. Al nacer se pusieron un arco con flecha y un escudo al lado de cada niño, para simbolizar que la ocupación principal de todos los varones aztecas fue la guerra (Pomar 1941:26). Desde muy jóvenes los muchachos aprendieron a trabajar mucho y a aguantar apuros tales como aquellos que se encontrarían cuando hicieran campaña. A los quince años ingresaron o en las escuelas para la gente común manejadas por los clanes o calpultin²⁶, o en los calmescac, que fueron escuelas para los hijos de los principales y nobles (Zurita 1941:108-112; Pomar 1941:26-29). Se mantuvo una disciplina muy estricta en las dos instituciones, para el mismo propósito de preparar los jóvenes para los trabajos del campo de batalla (Canseco Vincourt 1963:58-62). Se dio mucha importancia a los artes militares en las dos instituciones. Los muchachos se entrenaron en el manejo de las armas y participaron en ejercicios en los patios de los templos bajo la supervisión de oficiales del ejército (Bandelier 1877:101-102). Pero recibieron el entrenamiento principal en el mismo campo de batalla. Al principio los muchachos sólo cargaron las armas y provisiones de los guerreros veteranos, quitaron los muertos y los heridos del campo, y observaron la acción desde detrás de las líneas. Cuando llegaron a los veinte años más o menos, fueron colocados bajo la dirección de guerreros expertos, quienes les enseñaron como pelear y tomar cautivos (Katz 1966:166-167). Un joven azteca no comprobó su valor hasta que había tomado al menos un prisionero por sí mismo. Los que no lo-

²⁶El calpulli, que quiere decir literalmente "casa grande," fue "al parecer un grupo corporativo basado en el territorio que constituyó el básico elemento organizacional de la sociedad del Horizonte Tardío [Postclásico Tardío] al nivel del dominio local" (Sanders, Parsons y Santley 1979:160). Tuvo funciones políticas, económicas, religiosas, sociales, y militares. El calpulli fue también un "grupo de descendencia endogámico ambilateral" (Carrasco Pizana 1971:368) que tuvo sus orígenes en la organización del clan de tiempos más antiguos. Para más información sobre el calpulli, véase ib., 363-368 y Sanders y Price 1968:153-159.

graron hacerlo después de varias campañas fueron regresados con menosprecio a la vida civil, donde se les rehuyeron siempre por su impotencia (el Códice Ramírez 1979:182).

Organización de las fuerzas armadas

La unidad básica del ejército azteca constó de un escuadrón o división de 200, 300 o 400 hombres del mismo calpulli (Katz 1966:162). Cada escuadrón tuvo su propio capitán, estandarte y emblema, y el calpulli mismo fue responsable de proporcionar el armamento y de reclutar hombres. Se dividió el escuadrón en pequeños patrones de 20 soldados cada uno, que llevaron a cabo misiones especiales, por ejemplo guardar el campamento militar o reconocer el territorio del enemigo. Los escuadrones mantenían el orden tanto en marcha como en el campo de batalla. Una vez que se libró batalla, unos escuadrones se quedaron detrás de las líneas de reserva para reemplazar aquellos que estaban peleando a medida que cayeran o hicieran una pausa para descansar (Durán 1967:II, 418). Cuando se necesitaban ejércitos grandes, se dividían éstos en compañías o regimientos llamados xiquipilli que constaban de 8,000 soldados (Clavijero 1968:227). A veces se agrupaban las divisiones de los veinte calpultin en cuatro unidades enormes, representando los cuatro grandes distritos de la ciudad de Tenochtitlan. Unidades especializadas compuestas de guerreros distinguidos y miembros de las órdenes militares formaban la vanguardia y la retaguardia del ejército, y protegían los flancos, mientras que el grueso de los soldados, sobre todo los jóvenes reclutas inexpertos, marchaban en el centro (Causeco Vincourt 1963:62-64; Aragón 1931:7 y 10-11).

Los aztecas no podían haber realizado sus conquistas, sobre todo las que requerían campañas de larga distancia, sin la ayuda de los otros dos miembros de la Triple Alianza--Texcoco y Tlacopan--y además, de las

ciudades y provincias ya subyugadas. Cada nación tenía su propio escudón, que era comandado por sus propios oficiales y llevaba su propio estandarte (Clavijero 1968:225-227; Ixtlilxóchitl 1975-1977:I, 316-319). Las tropas texcocanas y las tlacopanecas seguían a los aztecas en orden militar; luego venían las fuerzas de las provincias aliadas y subyugadas (Sahagún 1969:II, 316). Muchas veces el reclutamiento de tales levas era parte del tributo que los vencidos tenían que pagar. Frecuentemente se exigían que éstas cumplieran tareas como abrir los caminos y despejarlos de trampas y obstrucciones; mientras que las fuerzas aztecas, por ir en la vanguardia del ejército, siempre eran las primeras en entrar las ciudades vencidas y por lo tanto recibían una mayor parte del botín que las demás tropas (Tezozómoc 1944:340).

Se empleaban fuerzas locales para controlar las partes más remotas del imperio azteca y para patrullar las fronteras (Díaz del Castillo 1963:143; Clavijero 1968:315). De hecho, el único tributo que se pedía a las poblaciones indígenas de las áreas fronterizas era éste de guardar las rayas del territorio. Además, las poblaciones locales tenían que proveer las fuerzas aztecas de alimentos y de otros pertrechos cuando se hallaban en su área. Durante las campañas de larga distancia, las poblaciones locales proporcionaban gran parte del ejército, por ejemplo en la conquista de Oaxaca y en la expedición a Soconusco, cuando se usaron tropas amistosas de Tehuantepec (Durán 1967:II, 388).

El comandante en jefe de todas las fuerzas de la Triple Alianza era el rey mismo, y muchas veces acaudillaba la campaña en persona (Clavijero 1968:93-110 y 222). Cuando no podía, uno de los cuatro miembros del consejo de guerra acompañaba las tropas. Cada consejero comandaba una de las cuatro unidades grandes del ejército. Uno de estos cuatro jefes estaba encargado del comando de todas las tropas; mientras que otro era

responsable de equiparlas y abastecerlas. Siempre eran parientes cercanos del gobernador, y siempre se elegía su sucesor de entre estos cuatro consejeros (Aragón 1931:6-7; Canseco Vincourt 1963:63-64; Katz 1966: 162-163; Monjarás-Ruiz 1977:138-142).

Bajo el mando de los cuatro jefes militares del consejo de guerra, se hallaba un grupo más grande de oficiales llamados "capitanes-generales" por los españoles (Sahagún 1969:III, 112). Acaudillaban los Xiquipilli o unidades grandes de 8,000 hombres y comandaban los capitanes de los escuadrones de los calpultin (Bandelier 1877:119-120). Muchas veces se les mandaba dirigir las campañas, así es que les eran exigidos planear la batalla, poner en orden a los escuadrones, levantar el campamento, atender a las provisiones y al armamento, poner centinelas, despachar espías para informarse de las fuerzas y de la posición del enemigo, y inventar trampas hacia las cuales se podían maniobrar las tropas adversarias (Sahagún 1969:III, 112-113). Bajo los capitanes-generales, se encontraban los capitanes o jefes de los escuadrones de los calpultin. Además de sus responsabilidades como jefes de los escuadrones, estos capitanes también llevaban el estandarte del calpulli en la batalla (Clavijero 1968:226).

Los oficiales del ejército azteca alcanzaban sus puestos por medio de sus propios esfuerzos en el campo de batalla, aunque los jefes más altos tenían que ser de sangre noble. Además de los recompensas y privilegios otorgados a todos soldados destacados, incluso mantas y ropa, joyas de oro, piedras semipreciosas, plumas, escudos y adornos quitados de los soldados caídos enemigos, y esclavos--todos tomados de botín de los vencidos--los oficiales también recibían mercedes de tierra y campesinos para trabajarlas. Gozaban de ciertos privilegios concedidos a los principales: por ejemplo el estado les proporcionaba alimentos, leña

y otras necesidades, y quedaban exentos de pagar tributo fuera de su servicio militar (El Conquistador Anónimo 1941:22; el Códice Ramírez 1979:72; Durán 1967:II, 203; Pomar 1941:18-21; Zurita 1941:86). Además, todos los oficiales del ejército pertenecían a una de las cuatro o cinco órdenes militares que formaban la élite de la sociedad azteca. El camino a la prosperidad en la sociedad azteca se podía encontrar por medio de la victoria en el campo de batalla:

Acostumbran por lo regular gratificar y pagar muy bien a los que sirven con valor en la guerra, señalándose y dándose a conocer con alguna hazaña, pues aunque sea entre ellos el más vil esclavo, lo hacen capitán y señor y le dan vasallos, y lo estiman de manera, que por donde quiera que va lo sirven y lo tienen en tanto respeto y reverencia como si fuese el señor mismo (El Conquistador Anónimo 1941:22).

Las Órdenes militares

La acción más laudable en el campo de batalla para los mesoamericanos del Postclásico Tardío era tomar cuando menos un prisionero (Sahagún 1969:II, 330-332). Se consideraba que la captura de un enemigo vivo era más meritoria que matarlo, por ser bastante más difícil de lograr, y por exigir más habilidad combatiente y más bravura. Una vez que un soldado había tomado cuatro cuativos enemigos, recibió el título de tequihua, que quiere decir "apuñalador feroz" o "bestia de rapaña" (Katz 1966:163), o "guerrero perito" (Davies 1980a:189). Cualquiera, aunque fuera esclavo, podía alcanzar este honor (El Conquistador Anónimo 1941:22). Sin embargo, no se les recompensaban a los tequihua con terrenos, no tenían sus rituales ni organización propios, sus hijos no podían heredar el título del padre, y todavía tenían que pagar tributo. En realidad no se lo tomaba por una orden militar, sino no más era una apelación que se confería a los guerreros valientes (Katz 1966:163-164). Para ser admitido en una orden, un hombre tuvo que lograr algún otro

triunfo extraordinario en el campo de batalla.

Aquellos soldados quienes lograban tomar a más de cuatro cautivos eran tomados por los guerreros más valientes y más distinguidos, y se les recompensaban con la entrada en una de las órdenes militares. Los miembros de estas órdenes gozaban de privilegios especiales. Se les dejaban llevar el pelo al estilo distintivo concedido sólo a los guerreros, y se les permitían llevar ropa de mejor calidad y más ornamentada que los hombres que no se habían distinguido en el campo de batalla. El casco decorativo, que representaba el animal por el cual se nombraron las órdenes, y los diferentes adornos e insignias que cada hombre llevaba, designaban la sociedad a que pertenecía, y el grado que había alcanzado. A los miembros de estas órdenes también se les permitía usar vasijas policromas o de oro y plata, y socializar con la nobleza. Recibían terrenos y la mano de obra para labrarlos, y quedaban exentos de pagar tributo. Cada orden tenía su propia sala dentro del palacio real; la entrada era estrictamente prohibida a los que no eran socios. Los miembros de las sociedades militares también llevaban a cabo misiones especiales cuando estaban en guerra, especialmente el reconocimiento y el mando de pequeños pelotones de soldados. Formaban la clase oficial del ejército azteca, la guardia personal del gobernante, y la junta que le aconsejaba sobre los asuntos militares. Era la gente más venerada en el México postclásico (El Códice Ramírez 1979:100-101; Clavijero 1968:223; Muñoz Camargo 1978:46-47; Pomar 1941:37-38; Díaz del Castillo 1963:225).

Según parece, había sólo una orden militar abierta a los plebeyos, la de los cuauhpiltin o "nobles por guerra," o los "caballeros pardos" como se les llamaron los españoles (López Austin 1984:comunicación personal). Llevaban galas semejantes a las de las demás órdenes, pero uni-

camente desde la cintura para arriba (El Códice Ramírez 1979:100). Los caballeros pardos quedaban exentos de pagar tributo y eran recompensados con mercedes de tierra por sus servicios. De más importancia fue el hecho de que las generaciones futuras podían heredar tanto el título como las tierras, de ese modo subiendo en efecto estos caballeros a la nobleza, y proporcionando una manera de ascender la escala social para los plebeyos. Se hacían oficiales en el ejército y llevaban a cabo funciones especiales; por ejemplo guardaban la retaguardia y los flancos del ejército contra ataque y entrenaban a los soldados jóvenes inexpertos que estaban colocados a su lado en el campo de batalla (Katz 1966: 165-167).

La entrada a la orden militar principal, la de los Águilas y de los Jaguares o Ocelotes, probablemente era restringida a aquellos miembros de la nobleza que habían demostrado su valor en batalla de sobra de prender los cuatro soldados enemigos. Gozaban de los privilegios otorgados a todos los caballeros; además, se transmitían estas prerrogativas de padre al hijo, de acuerdo con sus derechos de nacimiento tanto como sus habilidades marciales. Los caballeros Águilas y jaguares se hallaban bajo el mando directo del gobernador mismo. Muchas veces comandaban las grandes divisiones del ejército y siempre se encontraban en la vanguardia de las fuerzas armadas, acaudillando la tropa al ataque, y eran los primeros en saquear los vencidos (Katz 1966:164-166; Cansoco Vincourt 1963:95-96; Aragón 1931:6). En el campo de batalla los miembros de esta orden llevaban trajes especiales, incluyendo tocados elaborados que eran diseñados para imitar la apariencia de estos animales. (Clavijero 1968:223). Los caballeros Águilas y jaguares juraban nunca huir del enemigo, sino luchar siempre hasta vencer o morir, aunque terminara con su muerte o captura, a diferencia de los soldados rasos,

quienes rompían filas con frecuencia y huían cuando se habían muerto sus capitanes o les parecía que la batalla iba en contra de ellos.

Los caballeros águilas y jaguares se diferenciaban de las demás órdenes militares por ser dedicados al culto del sol, además de sus obligaciones militares. Así es que participaban en ritos y danzas especiales, culminando en el llamado sacrificio gladiatorio (Canseco Vincourt 1963:95). De hecho, estos dos grupos representaban hasta cierto punto una versión simplificada de la cosmología azteca. Para los aztecas, el águila simbolizaba el sol; el jaguar representaba la luna que devora el sol cada noche, o en otras palabras la oscuridad (García Payón 1946:39). Así es que estas órdenes de caballeros simbolizaban la lucha continua entre día y noche, o entre luz y oscuridad; o sea la lucha por mantener la vida que tiene lugar constantemente en el universo. Además, ilustran la interrelación íntima entre la guerra, el estado y la religión en la sociedad del Postclásico Tardío. Por ser dedicados al culto del sol los dos grupos, muchos historiadores piensan que los caballeros águilas y jaguares en realidad formaban una sola orden militar: la de los "Caballeros del Sol" (Canseco Vincourt 1963:96; García Payón 1946:38-39). Es la sociedad militar más frecuentemente representada en el arte post-clásico (Figura 16), y la más frecuentemente citada o ilustrada en los códices y crónicas coloniales (Figuras 17 y 18).

En Tenochtitlan se construyó un grupo de edificios especialmente para los Caballeros del Sol, el cual fue dominado por un templo a la deidad solar. Todavía existe semejante conjunto de estructuras que pertenecía a esta orden en Malinalco, Estado de México. Situado en una meseta en la falda de un monte, se erigieron estas estructuras al parecer por orden del rey azteca Ahuítzotl (1486-1502 D.C.), tal vez en un intento para inculcar las costumbres y creencias aztecas entre los mat-



Figura 16. El Caballero Aguila. Escultura azteca, siglo quince (G.H.S. Bushnell, The First Americans. The Pre-Columbian Civilizations ["Library of the Early Civilizations Series"; New York: McGraw-Hill Book Co., 1968], pág. 93, Fig. 88).



Figura 17. Representación de un caballero jaguar azteca del Códice Magliabechi (Caso 1953:96).

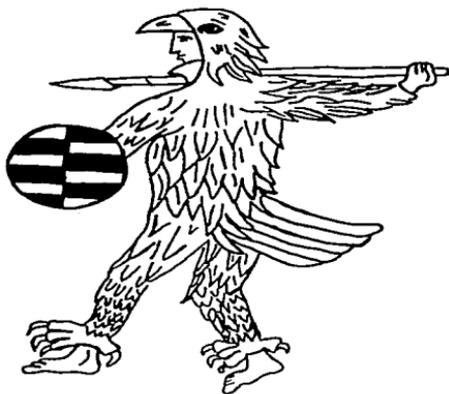


Figura 18. Representaciones de caballeros Águilas aztecas del Atlas de la Historia de las Indias de Nueva España de Diego Durán (Séjourné 1966:100, Fig. 70).

latzincas (García Payón 1946:24-25), de ese modo integrándolos al imperio y reduciendo la posibilidad de una rebelión. Talladas directamente en la mera roca, estas estructuras son un testimonio no sólo a la habilidad de los artesanos aztecas, sino que también al significado de esta orden militar en la sociedad tanto como en la ideología azteca. La orden está representado en Malinalco por varias esculturas de águilas y jaguares (Figura 19), por el magnífico tambor de madera tallada que describe un combate entre águilas y jaguares, y por la procesión de guerreros armados en un mural en el Templo del Sol (Figura 20) que simbolizan a caballeros que habían muerto en batalla y que se habían transformado a deidades estelares, o guerreros renombrados que habían muerto honoríficamente sobre el altar de sacrificio (García Payón 1946; Canseco Vincourt 1963:96-101; Marquina 1964:212-215).

La más ilustre de todas las órdenes militares era la de los cuahchictin, o "los rapados," en la cual sólo se admitían los príncipes y miembros de la aristocracia más alta. Al parecer tanto los miembros del consejo supremo como el mismo soberano azteca pertenecían a esta orden (Clavijero 1968:223; el Códice Ramírez 1979:100), cuyos socios se han llamado también los "caballeros de la Flecha" (Vaillant 1962:219).

A pesar de que algunas fuentes históricas sostienen que los aztecas crearon las órdenes militares,²⁷ se encuentra evidencia arqueológica de que existían instituciones semejantes desde el Clásico, de todos modos en Teotihuacan, que será examinada en los siguientes capítulos.

²⁷Según parece había por lo menos dos otras órdenes militares: la de los caballeros coyotes, cuyo traje se recordaba este animal (Canseco Vincourt 1963:95-96); y la de los caballeros otomfes, quienes no eran necesariamente de ese grupo étnico (Tezozómoc 1944:393). Estas órdenes eran probablemente de menor importancia que los Águilas y los Jaguares, tanto militarmente como socialmente. Al parecer los aztecas le ponían "otomfes" a una orden de caballeros para reconocer la proeza militar de este pueblo.

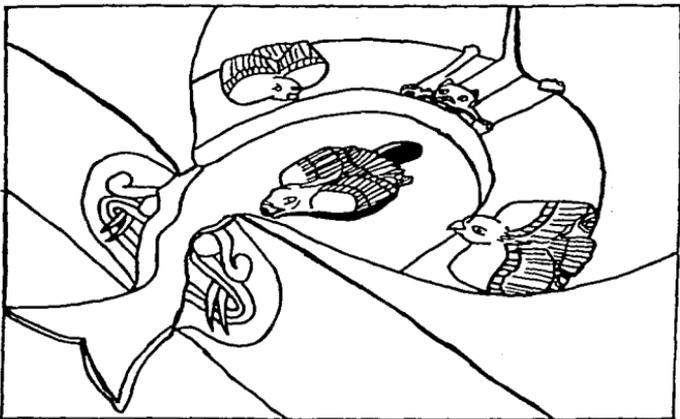


Figura 19. Banqueta con escultura de águilas y un jaguar dentro del templo principal de Malinalco, Estado de México, 1501-1515 D.C. (Karl W. Luckert, *Olmec Religion. A Key to Middle America and Beyond* (Norman: University of Oklahoma Press, 1976), pág. 135, Fig. 49).

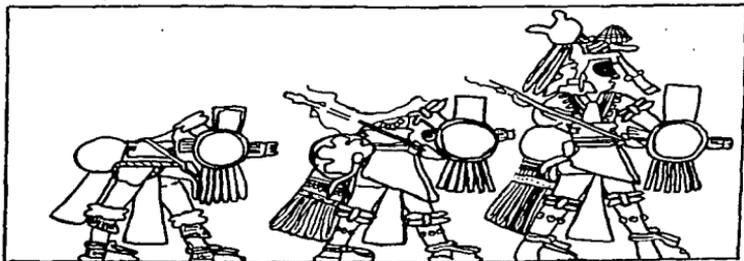


Figura 20. Mural del Templo del Sol, Malinalco, Estado de México, 1501-1515 D.C. (Villagra Caletí 1971:152, Fig. 30).

Grado de profesionalismo militar

Igual que el carácter del imperio azteca, se han surgido preguntas acerca de la naturaleza de la milicia azteca (Davies 1978:223-225; Katz 1966:170-171; Bandlerier 1877:99-102):¿había un ejército profesional de tiempo completo; o se reclutaban tropas únicamente cuando fuera necesario, y los soldados provisionales regresaban a sus ocupaciones normales al terminar la campaña? Aunque las crónicas históricas proporcionan mucha información sobre la organización de las fuerzas armadas, las interpretaciones de este material difieren bastante, y desafortunadamente existen muy pocos datos arqueológicos que puedan echar luz sobre este problema.

La evidencia para la presencia de un ejército permanente es algo ambigua. Teóricamente se podía llamar a todos los varones de cuerpo sano en la Triple Alianza desde los 15 años hacia arriba en cualquier momento, y adolescentes desde los 12 años de todas partes del imperio en caso de emergencia (Tezozōmoc 1944:87 y 430; Durán 1967:II, 142). Aunque no se da el límite mayor, parece inverosímil que mandarían a la guerra a los hombres del pueblo que tenían más de 30 años de edad, excepto en casos de necesidad extrema. Como señala Cook (1946:96), los varones de este grupo (de los 15 a los 30 años de edad) constituía alrededor del 10% de la población entera, que se ha calculado a entre 1,000,000 y 1,200,000 habitantes para la Cuenca de México y entre 1,500,000 y 2,250,000 para el Altiplano Central, por medio del recorrido arqueológico y del análisis de las crónicas (Sanders, Parsons y Santley 1979:184; Sanders y Price 1968:147). Esto significa que el imperio azteca tenía una fuerza potencial de unos 100,000 hasta 200,000 guerreros, con tal vez unos 100,000 más de reserva en caso de emergencia, cuando se llamaban a todos los hombres de cuerpo sano a defender su ciudad. Las fuentes históricas

confirman este cálculo: Durán (1967:II, 164) declaró que los aztecas podían poner hasta 100,000 hombres en el campo, incluyendo sus aliados; mientras que los informantes de Díaz del Castillo (1963:179) afirmaron que podían reclutar hasta 150,000 soldados.²⁸

Sin embargo, no es muy probable que se usara la reserva entera de fuerzas disponibles en todas las campañas. Los jóvenes realizaban otras funciones en la sociedad además de servir de carne de cañón, según el grupo social a que pertenecían (Katz 1966:123-149). Es muy improbable que el contingente entero de hombres sería disponible en un momento dado excepto en una emergencia. Además, es inverosímil que tantos soldados hubieran participado en campañas fuera del Altiplano Central por los problemas de proveer para fuerzas tan grandes y del transporte en la Mesoamérica prehispánica. Por lo tanto estoy escéptica de muchas de las cifras proporcionadas por los historiadores coloniales que sobrepasan de unos 40,000 o 50,000,²⁹ con la excepción de unos casos específicos: por ejemplo la guerra azteca-texcocana contra Azcapotzalco en 1428 D.C., cuando se estuvo disputando la dominación del Valle de México; y la conquista española, cuando los aztecas estaban luchando por la mera existencia. En tales casos, en particular el último, probablemente toda la población masculina de cuerpo sano participó, si no fuera por los an-

²⁸ Davies (1980a:192) propone que la escasez de tierra cultivable hacía a los aztecas más urbanizados que sus vecinos, y se aumentaba el tiempo que los hombres tenían libre para dedicarse a otros asuntos, por ejemplo la guerra. Así es que se aumentaba la disponibilidad de la población masculina para el servicio militar, que probablemente era un factor significativo en el éxito militar de los aztecas. Las crónicas apoyan esta teoría hasta cierto punto. Pomar (1941:29) afirmó que la primera obligación de todos los hombres del pueblo era trabajar los sembrados, pero después de la de llevar armas (letra itálica mía).

²⁹ No se mencionan en las crónicas todas las guerras ocurridas en el Altiplano Central; seguramente muchas eran correrías o choques menores envolviendo pequeñas fuerzas de unos centenares o millares de soldados.

cianos y los muy niños. Es muy verosímil que se usaban levadas locales en las campañas de larga distancia, más bien que llevar fuerzas grandes de soldados aztecas en todo el camino desde Tenochtitlan.

También queda ambigua la cuestión de si los aztecas mantenían un ejército permanente o no--es decir, una fuerza de soldados pagados de tiempo completo. Aunque sólo llamaban a la mayoría de los hombres cuando fuera necesario, se encuentra cierta evidencia de que se mantenía una pequeña fuerza permanente en Tenochtitlan. El Conquistador Anónimo (1941:45) habló de una guarnición de 10,000 guerreros, que eran mandados en seguida para reprimir cualquier sublevación; en caso de que se necesitaran más tropas, luego se los reclutaban. Supuestamente Moctezuma II tenía un guardia de 200 principales, quienes ocupaban varias salas de su palacio cuando se encontraban de servicio (Clavijero 1968:223; Díaz del Castillo 1963:225 y 243). Ya se vio que se mantenían por lo menos pequeñas guarniciones en varios poblados en el interior del imperio, sobre todo en aquellos que se rebelaban persistentemente, y a lo largo de la línea de fortificaciones que resguardaba la frontera tarasca.

Las crónicas indican también que se apostaban centinelas permanentes a lo largo de las fronteras. Quizás el ejemplo más conocido de tales patrullas eran los vasallos otomíes de Tlaxcala, quienes avisaban a sus amos siempre que se estaban acercando los aztecas (Muñoz Camargo 1978: 111-112; Clavijero 1968:133-134). Sahagún (1969:II, 319-320) sostuvo que los aztecas estacionaban centinelas dentro de y alrededor de la misma Tenochtitlan, y además a lo largo de las fronteras hostiles; bien que la eficacia de estas guardias parece ser dudosa, porque los españoles lograron escapar de la capital azteca durante la Noche Triste, a pesar de estar completamente rodeados.

Así es que por lo visto, los aztecas sí mantenían siquiera una

pequeña fuerza permanente, que parece ser singularmente insuficiente para un estado con los sueños expansionistas de los aztecas, sobre todo en comparación con los ejércitos permanentes de otros imperialistas como los incas del Perú (Gorenstein 1966). Al mismo tiempo se debe recordar que la mayoría de la población masculina podía haber sido llamada en cualquier momento para cuando el estado requería sus servicios; además, la relativa sencillez y el surtido limitado de la táctica y las armas mesoamericanas, que todos los jóvenes aprendían a usar desde temprano y con que podían volver a familiarizarse con unos pocos días de práctica, hacía que el entrenamiento continuo se hiciera innecesario.

A pesar de que los soldados aztecas no recibían un pago fijo, algunos de los guerreros más valientes evidentemente podían mantenerse y a sus familias con lo que ganaban en el campo de batalla. El autor de los Anales de Tlatelolco (Berlin y Barlow 1948:27) dice: "Del mismo modo también los mexica se sostuvieron únicamente mediante la guerra y despreciando la muerte." Estando en campaña les eran abastecidos a todos los soldados los alimentos tanto como el armamento, y a algunos como la guardia personal del gobernador y los oficiales del ejército se los proporcionaban también en tiempo de paz. Además, a los vencedores siempre les era concedido carta blanca para saquear los pueblos conquistados. A aquellos guerreros quienes habían realizado hazañas valerosas en el campo de batalla, les eran otorgados unas recompensas especiales que incluían terrenos y campesinos para trabajarlos, los que probablemente les proporcionaban la mayor parte de su subsistencia, si no toda (Tezozómoc 1944:57). Los cronistas indican que los caballeros de las órdenes militares eran soldados profesionales de tiempo completo, bien que participaban en misiones diplomáticas y cumplían otros servicios excepcionales por el estado también. Durán (1967:II, 229) sugiere que los sol-

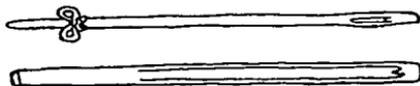
dados aztecas se ponían inquietos y muy pobres en tiempo de paz, y que la necesidad de mantenerlos contentos era una razón por qué se hizo tan incesante la guerra durante el Postclásico Tardío (Pomar 1941:46-48).

Las armas del Postclásico Tardío

Las armas empleadas por los aztecas y sus contemporáneos son representadas en el arte del Postclásico Tardío, y se han encontrado varias en contexto arqueológico. No obstante, la mayor parte de la información que tenemos sobre las armas proviene de los códices y crónicas históricas. Los mesoamericanos del Postclásico Tardío tenían varios diferentes tipos de armamento, incluyendo proyectiles, armas usadas en el combate de cuerpo a cuerpo, y armadura defensiva, muchos de los cuales se remontan al período clásico, cuando menos.

Aunque todavía estaba en uso el atlatl o la tiradera de lanzas en este tiempo, al parecer se había vuelto más un objeto ceremonial que una arma para el Postclásico Tardío. La mayoría de los atlatls sobrevivientes o representados en el arte de esta época estaban hechos de madera primorosamente tallada. Los dardos o jabalinas que se arrojaban con los atlatls consistían en varas cortas de madera o de caña (otate) armadas de puntas de madera endurecidas al fuego, o de obsidiana, piedra, cobre, o de hueso afilado (Figura 21). Se encajaban las puntas en unas acanaladuras al extremo de las varas y se las aseguraban mediante una cuerda resistente o goma. A veces se amarraba el dardo o la jabalina al brazo del soldado con una cuerda larga, para poder recobrarlo después de arrojarlo. Unos dardos tenían dos o tres puntas, así permitiendo que se infligieran varias heridas al mismo tiempo (Nuttall 1888; Noguera 1945a; Bandelier 1877:105).

Para el Postclásico Tardío el arco y la flecha se había vuelto la



a



b



c



d

Figura 21. Atlatls. a) Atlatls del Valle de México; escala aproximadamente 1:5 (Noguera 1945a:Lámina IV, Fig. 1, a y 1); b) Miniaturas de Tenochtitlan, Postclásico Tardío (Noguera 1945a:Lámina XIV, Fig. 2); c) Atlatl representado en el Códice Bolonia, pág. 14 (Nuttall 1888: Lámina II, Fig. 19); d) Atlatl representado en el Códice Selden, pág. 1 (Nuttall 1888:Lámina II, Fig. 13).

principal arma arrojadiza en Mesoamérica. Introducidos por los chichimecas, según la tradición, el arco y flecha resultaban más efectivos que el atlatl con dardo. El arco mismo estaba fabricado de una madera resistente y elástica, mientras que la cuerda era de los nervios o tendones de los animales, o de hilo hecho del piel de venado. Las flechas consistían en varas de madera endurecida al fuego y armadas de puntas cortantes de obsidiana o de pedernal, o de puntas hechas de huesos animales o de espinas de pez afilados (Clavijero 1968:224; Sullivan 1972:156; Canseco Vincourt 1963:72-73). Aunque rara vez se encuentran las partes de madera de estas armas por ser tan perecederas, se descubren muchas puntas de proyectil en las excavaciones.

Otro proyectil usado bastante efectivamente por los aztecas y sus contemporáneos era la honda. Se arrojaban piedras redondas de hondas fabricadas de cuerda tejida en forma de red. Se empleaba esta arma más para aturdir o herir el enemigo que para matarle, y era la arma preferida en particular para capturar prisioneros (Sullivan 1972:156 y 189).

Los mesoamericanos tenían unas armas bastante letales para el combate de cuerpo a cuerpo. Los españoles tenían en particular la macana o macuahuitl, que podía cortar la cabeza de un hombre o bestia cuando estaban recién afiladas las hojas, o podía abrir un hombre de parte a parte de un sólo golpe (Díaz del Castillo 1963:142-145; Durán 1967:11, 121; Clavijero 1968:225). La macana consistía en una espada ancha de madera, de 1.0 a 1.5 metros de largo y de unos 10 a 13 centímetros de ancho, afilada por ambos lados con navajas o hojas de obsidiana sumamente cortantes que tenían unos 5 a 7 centímetros de largo (Figura 22; también las Figuras 17 y 18). Las hojas eran fijadas en acanaladuras a lo largo del filo de la macana y engomadas, de suerte que no podían caerse ni ser arrancadas. A veces se usaban navajas de pedernal en

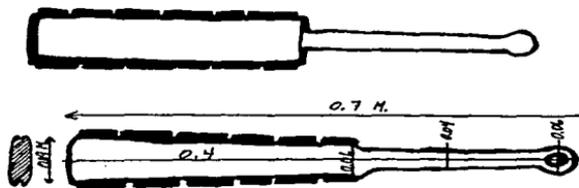


Figura 22. Macanas o espadas con hojas de obsidiana (González Rul 1971:148, Fig. 1, a y b).

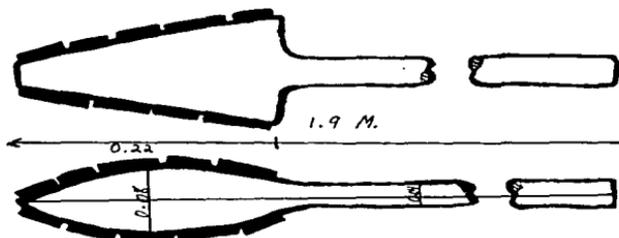


Figura 23. Lanzas con hojas de obsidiana (González Rul 1971:148, Fig. 1, d y e).

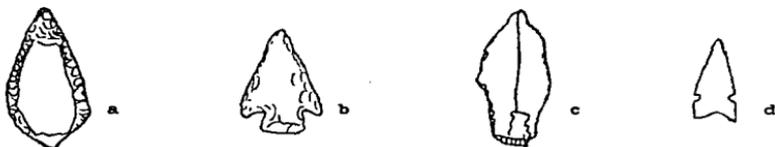


Figura 24. Puntas de proyectil típicas del Postclásico. Escala 3:5 cms. a) Tipo Chiconautla; b) Tipo Lange; c) Punta unifacial con espiga; d) Tipo Texcoco (Tolstoy 1971:Fig. 2j, 3j, 3m y 3o).

lugar de hojas de obsidiana. Una cuerda resistente sujetaba la macana a la muñeca, para que no se perdería al dar un golpe. Una versión aún más terrible de esta arma llevaba hojas de obsidiana encajadas por los cuatro lados de la espada, y la punta era afilada. Sin embargo, puesto que la obsidiana se embota pronto, la macana perdía mucho de su peligro mortal después de los primeros golpes, y de allí en adelante servía de porra (González Rul 1971; Sullivan 1972:156 y 189; Bandelier 1877:107-108).

Otras armas usadas en el combate incluían una lanza (Figura 23; véase también las Figuras 18a y 20) compuesta de una vara larga de madera terminando en una punta endurecida al fuego o una punta de obsidiana, de pedernal o de cobre (Figura 24), o en una cabeza afilada de navajas de obsidiana; porras de madera; hachas que consistían en cabezas de piedra o de cobre fijadas en mangos de madera; y navajas de obsidiana o de pedernal (Sullivan 1972:155-156; Canseco Vincourt 1963:73; Monjarás-Ruiz 1976:251-252; González Rul 1971:151; Angulo V. 1966).

Aunque había armamento defensivo en la forma de armadura y escudos, sólo aquellos guerreros quienes habían probado su valor en la guerra podían usarlo, con excepción de los escudos ordinarios; a los soldados rasos sólo les fue permitido llevar taparrabos y pintar sus cuerpos para imitar al vestuario primoroso que les fue negado (Clavijero 1968:224).

Los escudos (Figuras 15, 17, 18, 20 y 25) variaban bastante de tamaño y forma. La mayoría eran redondos u ovalados. Algunos sólo protegían parte del cuerpo; mientras que otros, hechos de las pieles de animales, lo cubrían por completo. Las armazones estaban hechas de cañas entretejidas de hilos de algodón, de madera o de carey, y cubiertas con plumas; se las ataban a la muñeca y mano izquierdas por correas (Clavijero 1968:223; el Conquistador Anónimo 1941:23). Se cubrían las armazones con plumas, pieles y láminas de cobre, de plata o de oro; el diseño

y el material usado dependía del rango del propietario (Causeco Vincourt 1963:73-74; Sullivan 1972:156 y 161).

La armadura usada por los mesoamericanos en esta época (Figura 25; véase también las Figuras 17 y 18) era bien adaptada tanto al medio ambiente como a las armas a su disposición: hasta los españoles descartaron su propia coraza de metal a favor del equivalente indígena. Una chaqueta corta de algodón acolchado cubría el tronco y protegía al que la llevaba lo suficiente de las puntas de proyectil de obsidiana. Encima de esta camisa se llevaba una túnica de algodón o del piel de un animal decorada con plumaje, que se extendía hasta las rodillas y cubría los brazos hasta los codos: tanto el número como el color de las plumas señalaban la división militar a la cual pertenecía el soldado, su clase social y además las hazañas que había realizado en la guerra (Katz 1966: 156; Sullivan 1972:156-165). La armadura de los caballeros de las órdenes militares simulaba las criaturas por las cuales se las nombraban; por ejemplo la de las Águilas estaba cubierta con plumas y el traje de los Jaguares tenía manchas imitando la piel de este animal (Clavijero 1968:223). Las túnicas de los jefes y principales consistían en láminas de oro o de plata cubiertas con plumas. También éstos llevaban coberturas protectoras para los brazos y grebas de piel, de oro o de plata (Sullivan 1972:156).

Los socios de las órdenes militares llevaban yelmos, o tal vez mejor dicho tocados, hechos de cañas o de madera que representaban la cabeza del animal por lo cual se llamó la orden (véase las Figuras 16, 17 y 18). Se los decoraban con plumas y adornos de oro y de piedras preciosas. Llevaban estos cascos más con intención de inspirar el terror entre el enemigo que para proteger la cabeza (Sullivan 1972:157). Oficiales y principales llevaban tocados muy altos de plumas para que parecieran



Figura 25. Armadura acolchonada y escudos aztecas. Representaciones del Lienzo de Tlaxcala y del Códice Florentino (Séjourné 1966: 109, Fig. 77).

más altos de lo que en realidad eran (Clavijero 1968:224). Además, llevaban sandalias ornadas y muchas alhajas; a veces aún decoraban sus armas (Durán 1967:II, 120-121; Sahagún 1969:II, 301-305). Vestidos de galas de tanto lujo, los ejércitos mesoamericanos deben haber presentado un espectáculo espléndido; pero al parecer, sólo se ponían algunos de estos objetos ornamentales para ocasiones ceremoniales.

Las armas, las insignias y los otros atavíos llevados por los guerreros estaban fabricados por artesanos especializados de tiempo completo empleados por el estado (Clavijero 1968:130). Aunque se estaban produciendo las armas continuamente, se hizo un esfuerzo especial antes de cada campaña y a veces durante todo el tiempo que duró la lucha. El armamento, los adornos y el vestuario para los soldados formaban parte del tributo que se exigía de muchas provincias sujetas (Clavijero 1968: 215; Chimalpahin 1965:196; Pomar 1941:9; Díaz del Castillo 1963:353).

Se almacenaban la mayoría de las armas en cuartos dentro del Templo Mayor de Tenochtitlan, en bodegas colocadas encima de las cuatro entradas principales al recinto sagrado, en los templos de los cuatro distritos de Tenochtitlan tanto como en los recintos sagrados de las demás ciudades, y en los palacios reales (El Conquistador Anónimo 1941:45; Clavijero 1968:130 y 160-162; Sahagún 1969:I, 235 y 241 y II, 316 y 324; Díaz del Castillo 1963:228). Se servían de los templos para este propósito porque los mesoamericanos los consideraban los lugares más fuertes y seguros:

Había muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición; porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte, y era el lugar donde se recogían cuando por alguna razón eran guerreados, guardaban en ellos como en fortaleza todas las armas y cosas necesarias para su defensa (Torquemada 1943:II, 146).

A lo mejor unas armas sencillas como las hondas estaban hechas en casa, mientras que otras, como el arco y flecha, se usaban en la caza también,

y así probablemente no eran guardadas con aquellas fabricadas bajo los auspicios del estado. Según parece, unos oficiales militares llevaban sus propias armas consigo adondequiera que fueran (Sahagún 1969:III, 112). Guardar la munición bajo llave quizás fue una táctica del gobierno a fin de prevenir las insurrecciones armadas dentro de la capital.

Estrategia y táctica

Algunos historiadores contemporáneos (Katz 1966:168; Bandelier 1877:137-139) sostienen que la estrategia y la táctica militares de los mesoamericanos eran poco desarrolladas; sin embargo, esta actitud parece ser algo simplicista. Las fuentes escritas proporcionan muchos datos sobre este tema, que demuestran que tanto la estrategia como la táctica del Postclásico Tardío variaban bastante. Había dos tipos básicos de guerra--las llamadas "guerras floridas" o Xochiyaoyotl, y las guerras de conquista, que diferían tanto en estrategia como en objetivos.

Se llevaban a cabo las guerras floridas por todas partes del Altiplano Central para obtener los prisioneros de la guerra necesarios para los ritos de sacrificio y también para proporcionar entrenamiento y ejercicio para los jóvenes (Durán 1967:II, 235-239; el Códice Ramírez 1979:134-135 y 182; Pomar 1941:41-42). El objetivo principal de estos choques era de conseguir cautivos, no de matar al enemigo. Como los dioses preferían ser alimentados de la sangre noble (Chimalpahín 1965: 157; Ingham 1982), es posible que sólo miembros de las Órdenes militares y principales participaban en estos conflictos; o, alternativamente, que se mataban los soldados rasos mientras que sólo procuraban tomar vivos a los aristócratas y guerreros renombrados. Se arregló un convenio entre la Triple Alianza y los nahuas de las ciudades-estado independientes de Puebla-Tlaxcala, por lo cual los ejércitos de cada par-

tido trababan batalla cada 20 días en un lugar y una hora determinados de antemano. Se acentuaba el combate de cuerpo a cuerpo en las guerras floridas; no importaba tanto cual partido ganó, lo que sí tenía importancia era el empeño de cada individuo (Durán 1967:II, 235-239; Pomar 1941:46-47; Canesco Vincourt 1963:79-81, 85-89 y 93-94).

A causa de esta preferencia por tomar vivo al enemigo en las guerras floridas, se ha dado por cierto que esta actitud prevalecía en todos los conflictos mesoamericanos. Obviamente no fue así. Al parecer, el tomar prisionero al enemigo fue una meta que no se podía realizar siempre en el campo de batalla; seguramente los soldados mesoamericanos preferían matar al adversario más bien que exponerse a la muerte o a la captura, como los guerreros en todas partes.

Las crónicas hablan de dos tipos distintos de guerra en los cuales se usaban diferentes tácticas:

Mas cuando iban a ganar o conquistar algunas provincias, o les venían a entrar por algunas partes de la tierra que poseían y se fioreaban, peleaban de otra manera y con otra resistencia, hasta que escalaban a viva fuerza, y saqueaban las tales provincias y pueblos quemando y matando, y asolando las casas si no se les querían buenamente dar (Muñoz Camargo 1978:16, letra itálica mía).

Chimalpahin (1965:157) habló de diferentes tipos de guerra--Xochiyaotl o "guerra táctica de los jefes guerreros", y la "guerra de conquista" (ib., 181). El autor del Códice Ramírez (1979:134-135) especificó que los mesoamericanos procuraban tomar prisioneros más bien que matar al enemigo únicamente en las guerras floridas porque el objetivo explícito de estos conflictos fue la adquisición de víctimas sacrificadores. Además, las fuentes escritas dicen claramente que las guerras floridas podían convertirse en guerras de conquista. Los dos ejemplos más notables son la guerra entre Chalco y Tenochtitlan, que se hizo una lucha por sobrevivir para Chalco (Chimalpahin 1965:189); y el conflicto entre

Tlaxcala y los aztecas, que se convirtió en una campaña de conquista después de 1504 D.C., cuando los tlaxcaltecas derrotaron por completo al ejército azteca (Muñoz Camargo 1978:116).

Las guerras de conquista ocasionaban más elaborada planificación y táctica que las guerras floridas. En el primer tipo de guerra el objetivo principal era de vencer o sojuzgar al enemigo; por lo tanto los soldados se esforzaban menos de capturar al enemigo. Las fuentes escritas revelan que los mesoamericanos del Postclásico Tardío eran bastante proficientes en planear y llevar a cabo expediciones militares, como la guerra entre Tenochtitlan y Azcapotzalco (Ixtilixōchitl 1975-1977:I, 372-376 y II, 76-80; el Códice Ramírez 1979:52-64; Veytia 1944: II, 114-137) y la campaña azteca contra Tototepec y Quetzaltepec en el Estado de Oaxaca (Durán 1967:II, 425-431; Tezozōmoc 1944:429-433), dadas las dificultades con que se encontraban en cuanto a la geografía frágosa de Mesoamérica, la falta de animales domesticados para transportar provisiones, y las limitaciones de su armamento. Algunos jefes militares fueron realmente brillantes, por ejemplo Tezozōmoc, el creador del imperio tepaneca, como se puede ver en sus campañas contra Texcoco (Ixtilixōchitl 1975-1977:I, 326-342; Veytia 1944:I, 395-403 y II, 10-26) y contra las ciudades del sur de la Cuenca de México (Chimalpahin 1965: 82-91 y 181-190; Davies 1973:97-109).

Las tácticas que serían empleadas y los preparativos que se harían dependían del tipo de campaña que se estaba planeando. Misiones diplomáticas para evitar una matanza, solicitar aliados y ganar el apoyo de los amigos del contrario, muchas veces precedían las guerras. Una de las primeras cosas por hacer cuando se estaba planeando una campaña era mandar espías a la ciudad enemiga para averiguar la cantidad y la disposición de sus fuerzas armadas, el tipo de fortificaciones que tenía,

Las entradas al campamento enemigo, y cualquier otra información que podría ser útil. Muchas veces los comerciantes cooperaban con el estado al cumplir esta función vital, porque podían ir y venir como querían sin que se dudara de sus movimientos; de hecho, los pochteca o mercaderes de larga distancia espían por el gobernante azteca con regularidad, lo que le permitía mantener algo de control sobre el imperio con informarse sobre la conducta subversiva de las provincias. Se registraba por escrito la información que los espías habían recogido y se dibujaban mapas del camino para la marcha al campo de batalla y de los planes de combate. La estrategia de la campaña dependía en gran parte de los datos proporcionados por los espías (Sahagún 1969:II, 315-316; Clavijero 1968:226-227).

Mientras tanto los oficiales militares reclutaban tropas y provisiones de la ciudad y de sus aliados y provincias sujetas. Tales provisiones incluían alimentos; metates, ollas y platos para preparar y servir la comida; mantas de henequén; armadura y armas de toda clase; y petates o esteras para dormir. La cantidad acumulada dependía de la extensión y la duración de la campaña. Los reclutas se reunían en los patios de los templos, donde se les repartían estas provisiones y las armas guardadas en los almacenes dentro de los santuarios. Los soldados rasos cargaban sus propios pertrechos; los jóvenes inexpertos y portadores llevaban los de los jefes y principales (Durán 1967:II, 156; Tezozōmac 1944:101; Sahagún 1969:II, 316).

Cuando una ciudad se daba cuenta de que sería atacada en fecha próxima, tomaba precauciones para protegerse y a sus ciudadanos. Se despachaban las mujeres, los niños, los ancianos y los inválidos a los cerros fuera de la ciudad, o los recogían en un lugar fortificado dentro de la población. Los defensores amontonaban víveres y armas, eri-

gían fortificaciones provisionales, y apostaban centinelas alrededor de la ciudad y por los caminos de acceso. Se cortaban las comunicaciones y el intercambio con el enemigo (Durán 1967:II, 35, 71 y 107; el Códice Ramírez 1979:52; Clavijero 1968:94, 133, 228 y 375; Sahagún 1969:II, 319-320; Veytia 1944:I, 395-397 y 402; Cortés 1969:98).

Aunque el transporte y el almacenaje primitivos les impedían algo, los mesoamericanos del Postclásico Tardío, sobre todo los aztecas, llevaban a cabo con buen éxito expediciones a larga distancia que exigían la planificación y preparativos bastante elaborados. Los aztecas tendían a valerse de las tropas de aquellas provincias sujetas situadas cerca del territorio de su víctima; pero unos escuadrones y todos los oficiales venían siempre del corazón del imperio. El ejército marchaba en formación, con los guerreros más valientes y experimentados en la vanguardia y la retaguardia, y los reclutas inexpertos y el bagaje en el centro (Pomar 1941:47-48; Sahagún 1969:II, 316). A pesar de todos los esfuerzos para abastecer el ejército antes de que se marchara al frente, nunca bastaban estas provisiones, y los soldados se veían obligados a confiscar alimentos de la gente que vivía en el territorio por el cual pasaban en camino al frente. Generalmente robaban todo lo que podían agarrar. Supuestamente los poblados amistosos estaban dispuestos a proporcionar comida y alojamiento al ejército azteca cuando pasaba por su territorio; a los que se negaban a hacerlo les esperaba la destrucción por las tropas enfurecidas a su vuelta de la campaña (Tezozómoc 1944:128; Durán 1967:II, 179-180; Sahagún 1969:II, 316; Pomar 1941:47-48).

Al llegar a su destino, se erigía el campamento. Los portadores y los jóvenes armaban unas chozas o cuarteles para los oficiales y tiendas de campaña para la tropa (Durán 1967:II, 180). Una tienda grande contenía el armamento y las provisiones para la fuerza entera. Se apos-

taban centinelas y a veces se erigían rápidamente unas fortificaciones alrededor del campamento (Durán 1967:II, 388; Tezozómoc 1944:101 y 128).

Cuando el combate tenía lugar a campo raso,³⁰ los dos lados se enfrentaban el uno al otro, sus fuerzas en formación. El oficial más alto daba la señal para empezar la lucha con un tamborcillo o una trompeta hecha de caracol (Sahagún 1969:II, 316); a veces se usaban ahumadas. También se servían de estos instrumentos para transmitir las órdenes una vez que se había empezado el combate (Aragón 1931:10; Monjarás-Ruiz 1976:257; Canseco Vincourt 1963:75).

La lucha comenzó cuando los dos ejércitos todavía estaban separados por unos 40 o 50 metros de distancia con una descarga de armas arrojadizas--dardos, flechas, lanzas y hondazos. A medida que los dos lados se acercaran, se convirtió en un combate de cuerpo a cuerpo con espadas o macanas, porras y lanzas. Los oficiales trataban de mantener las filas lo más posible. Generalmente se mandaba un sólo escuadrón a la vez, y se lo reemplazaba a cada rato con uno fresco para dar a los soldados agotados la oportunidad de descansar y recobrar la fuerza. Sus camaradas quitaban los muertos y los heridos del campo de batalla para que el adversario no se enterara de cuántos hombres se habían perdido. Durante toda la batalla los sacerdotes, que siempre acompañaban las tropas al frente, y los jefes tocaban sus trompetas de caracol, silbatos de barro y tambores, acompañados por los silbidos, el canto y los chillidos de todos los guerreros, que juntos hacían un estruendo tremendo y espantoso; ¡aún echaban insultos unos a otros! La ferocidad con que peleaban los militares mesoamericanos impresionó mucho a los españoles, quienes

³⁰ También a veces se atacaban las ciudades directamente; en algunos casos los agresores intentaban tomarlas por sorpresa (Díaz del Castillo 1963:151-152 y 193-199; Ixtlilxchitl 1975-1977:I, 322). Entonces la táctica era adaptada a las exigencias del combate en los pasajes angostos de zonas urbanas.

hacían frecuentes comentarios sobre el ruido y la furia de sus batallas (El Conquistador Anónimo 1941:25). Generalmente dejaban de luchar a la caída del sol; también se suspendían las guerras por los festivales religiosos tanto como por las hambres y sequías (Clavijero 1968:227; Durán 1967:II, 418; Sahagún 1969:II, 316; Muñoz Camargo 1978:15-17; Díaz del Castillo 1963:passim; Aragón 1931:10-11; Monjarás-Ruiz 1976:257-258).

En general la táctica del Postclásico Tardío era muy desarrollada debido a las limitaciones tecnológicas que caracterizaban estas sociedades, y en especial a las dificultades del transporte en masa y de las comunicaciones. A veces se atacaba aquella sección del ejército en la cual se hallaba el bagaje para cortar los soldados de sus provisiones, lo que podía ser desastroso para las tropas haciendo campaña en territorio hostil. La mayor parte de la táctica utilizada por los aztecas y sus contemporáneos consistía en trampas, barricadas y emboscadas. Una trampa favorita constaba de la excavación de hoyos en los caminos, dentro de los cuales se colocaban estacas cortantes de madera apuntadas hacia arriba; luego se los cubrían con tierra y follaje, de modo que las tropas enemigas no se daban cuenta de los que les esperaba y se caían en los hoyos. Otro ardido era manipular el adversario a una posición en donde podía estar rodeado por todos flancos. El objetivo de estas estrategias era dar la ventaja a los suyos con tomar al enemigo completamente de sorpresa (Muñoz Camargo 1978:14; Díaz del Castillo 1963:193, 208, 312, 321, y 336; Veytia 1944:II, 132-133).

La estrategia preferida de los militares del Postclásico Tardío, y la más utilizada, era la emboscada. Un pequeño destacamento selecto fingía retirarse, así induciendo al enemigo a seguir el destacamento al lugar en donde estaba escondido en acecho el grueso de las tropas. Tan pronto como aparecían las fuerzas del enemigo, saltaban de su escondite

y les atacaban ferozmente. A veces uno de los partidos quitaba parte del cerro por el camino o de la misma carretera, o bloqueaba el paso con poner árboles arrancados y ramos a través del camino, y escondía su ejército cerca de esta obstrucción. Las fuerzas del adversario estaban obligados a detenerse para quitar los estorbos, haciéndose un blanco perfecto para los soldados escondidos (Anderson y Dibble 1978: 77-78; Clavijero 1968:112 y 227; el Códice Ramírez 1979:89-90; Díaz del Castillo 1963:312-379 *passim*; Muñoz Camargo 1978:14-16).

A veces los pueblos alrededor de los lagos en la Cuenca de México luchaban en parte desde sus canoas en el agua. El uso de canoas aumentaba bastante su movilidad, pero únicamente en las inmediaciones de los lagos. La mayor parte de los datos sobre la guerra acuática provienen de los relatos de la conquista española de Tenochtitlan (Anderson y Dibble 1978:53-54 y 83-86; Cortés 1969:115-130; el Códice Ramírez 1979: 90-91; Díaz del Castillo 1963:360-374). Los aztecas trataban de atacar de sorpresa con cubrir los remos para que no se los oyeran. Proveían sus canoas de una coraza sencilla que consistía en baluartes de madera. Durante la conquista española, los aztecas aún adaptaron su táctica preferida, la emboscada, a la guerra acuática. De noche escondieron varias canoas o piraguas armadas en unos cañaverales cerca de una trampa hecha de estacas sumamente afiladas de madera. Cuando estuvieron listos, indujeron a las lanchas españolas a este lugar en donde las piraguas aztecas les atacaron cuando se empalaron las lanchas en las estacas (Díaz del Castillo 1963:344 y 360-374).

Se ha afirmado que los mesoamericanos no podían sitiar a una ciudad (Bandelier 1877:157); sin embargo, sería más correcto decir que podían hasta cierto punto. Sin duda los aztecas sitiaban victoriosamente a Azcapotzalco, Tlatelolco, Tototepac y Quetzaltepec hasta que se caían

(Ixtilixōchitl 1975-1977:I, 375-376; Veytia 1944:II, 132-137; Durán 1967:II, 425-431; Tezozōmoc 1944:429-433). Se daban cuenta de la necesidad de cortar una ciudad totalmente de sus provisiones y de la posibilidad de recibir ayuda de sus aliados y vecinos; y un ejército mesoamericano del Postclásico Tardío podía aislar un poblado, con tal de que se quedaba bastante cerca de su propio territorio para que los sitiadores pudieran conseguir refuerzos si fueran necesarios. Quizás el asedio había sido introducido en la guerra mesoamericana poco antes de la conquista española, y por eso se lo utilizaba no más que raras veces. La falta de medios de almacenaje a largo plazo y de armas especializadas para poner sitio, más las dificultades de transporte en masa, también impedían el desarrollo de la guerra de sitio.

Quiero señalar que los aztecas no disfrutaban de ninguna ventaja a sus vecinos en cuanto al armamento o a la táctica. Según parece, los oficiales aztecas hacían más y mejor uso de las estratagemas al alcance de todos. Además, a medida que crecía el imperio azteca, adquiría cada vez más recursos, en cuanto a fuerzas disponibles y a medios económicos, para sostener sus expediciones. Al parecer los aztecas daban más importancia al militarismo que sus contemporáneos, así es que estaban más motivados a guerrear.

Cuando las fuerzas de uno de los adversarios se daban cuenta de que estaban perdiendo la batalla, o si presenciaban la muerte de sus jefes o se los tomaban prisioneros, o se caía su estandarte, generalmente volvían la espalda y huían del enemigo. Si estaba luchando cerca de su propia ciudad, el ejército derrotado trataba de recobrar las fuerzas alrededor del templo mayor, que se convertía en el lugar de reunión para los defensores, donde muchas veces se ofrecía la última resistencia. La toma y la destrucción del templo simbolizaban la conquista de la ciudad;

una vez que fue capturada, los habitantes no tenían otra alternativa más que rendirse. A las fuerzas victoriosas se les permitía saquear y pillar la ciudad, matando o tomando prisionero tanto a los paisanos como a los militares, y asolando las cosechas y los sembrados. Los conquistadores regresaban a casa con el botín y sus cautivos entre grandes regocijo y celebraciones (Sahagún 1969:II, 317; Clavijero 1968:131 y 227; el Códice Ramírez 1979:63-71; Díaz del Castillo 1963:304-305; Ixtlilxóchitl 1975-1977:I, 470-475; Muñoz Camargo 1978:84-85; Pomar 1941:46-49).

Fortificaciones

De toda la evidencia arqueológica de la guerra en el Postclásico Tardío del Altiplano Central, los restos de las fortificaciones son tal vez la más abundante e informativa. Las fuentes históricas también proporcionan muchos datos sobre las fortificaciones, especialmente sobre los templos y otras estructuras que servían para propósitos defensivos aun cuando esto no fue su objetivo primario, y cuya función militar podía ser confirmado solamente de las escrituras.

Los mesoamericanos eran adeptos en incorporar los rasgos topográficos naturales a sus sistemas defensivos. A veces un lugar era tan defendible que se tenían por innecesarias las defensas artificiales. Tales sitios, ubicados en las cumbres de los cerros o en los despeñaderos, generalmente estaban rodeados de barrancas o ríos. Cuernavaca es un ejemplo notable de una ciudad colocada en una situación fácilmente defendible: de hecho, Clavijero (1968:105) la llamó una fortaleza natural. Estaba situada sobre una eminencia cercada de quebradas de unos 17 metros de profundidad. Los únicos accesos eran por medio de puentes de madera a través de las barrancas que los habitantes podían quitar si fueran atacados (Clavijero 1968:391; Cortés 1969:105).

Por lo general, fortificaciones artificiales aumentaban la defendibilidad natural del sitio. Se construían murallas o baluartes con parapetos y barbacanas de piedra, madera, argamasa, adobes y de tierra apisonada. La tierra excavada al construir trincheras y fosos servía para hacer terraplenes o albarradas defensivos. A veces un poblado estaba circundado de varias líneas de murallas o de terraplenes y fosos, por ejemplo las albarradas concéntricas de piedra que cercaban el asiento temprano de los aztecas en Chapultepec (Durán 1967:II, 35), la línea doble de parapetos y zanjas profundas que cercaba a Azcapotzalco (Veytia 1944:II, 131-132), y las líneas múltiples de fosos y muros de Tepeticpac en Tlaxcala (García Cook y Mora López 1974:27-29) y Oztuma en Guerrero (Armillas 1942).

Desafortunadamente, estas fortificaciones que cercaban a ciudades enteras ya no existen en la misma Cuenca de México; sin embargo, todavía se hallan los restos de unos albarradas y fosos en los valles colindantes que además fueron descritos por los cronistas (Cortés 1969:págs. 11-12; Díaz del Castillo 1963:329-340; Muñoz Camargo 1978:21-22). Una de las descripciones más detalladas es de la ciudad fortificada de Huaquechula en el sur del Estado de Puebla:

Esta ciudad de Guacachula está asentada en un llano, arimada por la una parte a unos muy altos y ásperos cerros, y por la otra todo el llano la cercan dos ríos, a dos tiros de ballesta el uno del otro, que cada uno tiene muy altas y muy grandes barrancas. Y tanto, que para la ciudad hay por ellos muy pocas entradas, y las que hay son ásperas de bajar y subir, que apenas las pueden bajar y subir cabalgando. Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto como cuatro estados [más de seis metros y medio] por de fuera de la ciudad, y por dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil tan alto como medio estado [unos 80 centímetros]; para pelear tiene cuatro entradas tan anchas como uno puede entrar a caballo, y hay en cada entrada tres o cuatro vueltas de la cerca, que encabalga en un lienzo en el otro; y hacia a aquellas vueltas hay también encima de la muralla su pretil para pelear (Cortés 1969:76; también Clavijero 1968:374).

Otras fortificaciones parecidas a unos acrópolis dominaban los cerros

detrás de Huaquechula, desde los cuales la guarnición azteca podía vigilar a la población indígena. Parece que la descripción de las fortificaciones de Huaquechula es apta para las de muchos sitios fortificados del Postclásico Tardío.

Por casi un siglo Tlaxcala trababa batalla intermitente con la Triple Alianza. Los restos de sitios fortificados indican la intensidad de aquella hostilidad. Se volvió a ocupar a Cacaxtla durante el Postclásico Tardío, un lugar importante de esta región durante el Clásico Tardío y el Epiclásico; ahora servía de fortaleza para los vecinos olmecas-xicalancas (véase el Capítulo VI para una descripción detallada de las fortificaciones). Este sitio defendido protegía el sur del territorio tlaxcalteca de ataque (Armillas 1946:138-143). Todavía se puede ver las ruinas de una serie de murallas y fosos que cubren las cimas y laderas superiores de tres cerros separados por barrancas, situados a poca distancia al norte de la propia ciudad antigua de Tlaxcala (Figura 26). Se construyeron las cuatro albarradas ubicadas en las faldas más altas del Cerro Blanco del material quitado durante la excavación de las trincheras, así formando corredores revestidos de piedra. Hoy en día estas murallas miden unos 1.0 a 1.9 metros de grueso; tenían más de 1.9 metros de altura por fuera y 1.1 a 1.2 metros de alto por dentro porque estuvieron erigidas contra una pendiente. Los fosos varían entre 1.8 y 3.1 metros de ancho (García Cook y Mora López 1974:27-29). Desde esta posición ventajosa los habitantes podían dominar casi todo el valle hacia el sudeste y norte. Estas fortificaciones servían de fuerte para la ciudad de Tlaxcala, en el cual se refugiaba la población al ser atacada (Muñoz Camargo 1978:57). Se encuentran los restos de una serie de muros, fosos, terrazas y montículos en los otros cerros, pero quedan sin explorarse.

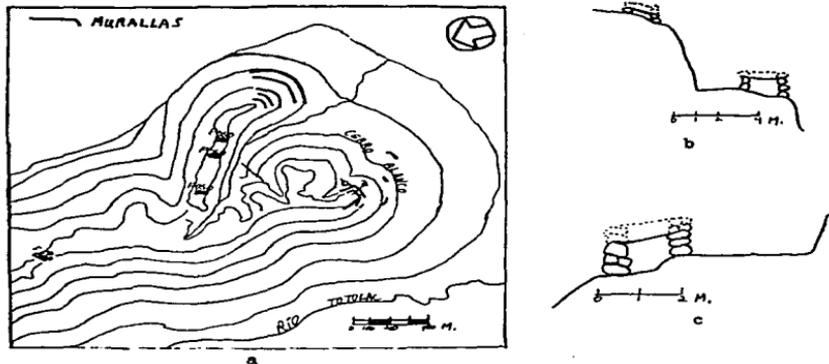


Figura 26. Fortificaciones de Tepeticpac, Tlaxcala, Postclásico Tardío. a) Planta general del sitio; b) Corte del pasillo a de la planta general; c) corte de la muralla b de la planta general (García Cook y Mora López 1974:Fig. 4).

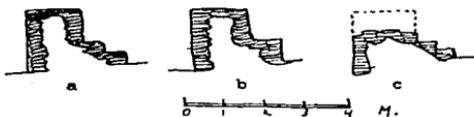


Figura 27. Secciones transversales de las murallas de las fortificaciones aztecas de Oztuma, Guerrero, Postclásico Tardío. a) Primer cerca; b) Malinche; c) Camino de Ronda (Armillas 1948:159).

El sistema defensivo del famoso sitio de Teotenango en el Valle de Toluca fue empezado durante el Epiclásico y alcanzó su estado definitivo en el Postclásico Tardío. Situado en lo alto de un cerro de pendiente escarpada, la construcción de plataformas escalonadas revestidas con altos muros de contención de piedra a lo largo del lado norteño del cerro realizó sus defensas naturales. Se erigió una enorme muralla doble de piedra para proteger los lados sur y oeste del sitio, que se conecta con las plataformas muradas. Esta muralla está hecha de piedra sin mortero, tiene 10 metros de altura y 1.5 metros de ancho, y se extiende por más de 2 kilómetros de largo. Además, unos otros muros sueltos o incorporados al sistema de terrazas o otras estructuras, protegían las secciones norte y oeste del sitio (Piña Chán et al. 1975:1, 123-124 y 140-142).

Se hallan otros sitios fortificados, como Acatzinco, Huauchinanco, Izúcar, Iztacamaxtitlán y Yautepic, descritos en las crónicas; algunos estuvieron ubicados en un llano y protegidos por murallas y ciudadelas erigidas en los altos de cerros contiguos, por ejemplo Izúcar (Palerm 1956:191; Armillas 1948:153-155).

Sistemas defensivos destinados a proteger los linderos de los territorios de los estados aparecen en el Postclásico Tardío. Los conquistadores españoles describieron la muralla de piedra que defendía la frontera oriental de Tlaxcala:

Y a la salida del dicho valle [en el cual se encontró la ciudad de Iztacamaxtitlán] hallé una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio [2.5 metros], que atravesaba todo el valle de una sierra a la otra, y tan ancha como veinte pies, y por toda ella un pretil de pie y medio de ancho para pelear desde encima y no más de una entrada, tan ancha como diez pasos; y en esta entrada doblada la una cerca sobre la otra a manera de rebellín, tan estrecho como cuarenta pasos, de manera que la entrada fuese a vueltas y no a derechas (Cortés 1969:29; también Clavijero 1968:228).

En la frontera occidental del estado tlaxcalteca, se habían construido grandes trincheras y fosos (Clavijero 1968:315). No se sabe con segu-

ridad si se erigieron estas fortificaciones para impedir la entrada de los aztecas en Tlaxcala, o para encerrar a los tlaxcaltecas.

Los aztecas construyeron un sistema defensivo formidable a lo largo de la frontera tarasca para proteger a su imperio de incursiones por aquella nación, que los aztecas jamás podían sujetar, con gran mortificación suya. Esta línea de fortificaciones se extendía unos 60 kilómetros desde el Río de las Balsas hasta Alahuiztlan, cerca de Iztapa, y era controlada desde Oztuma, una fortaleza ubicada encima de un cerro escabroso en el norte de Guerrero. Era protegido por una serie de seis fosos anchos y profundos y parapetos de piedra seca provistos de rebellín (Figura 27). En otro cerro llamado la Malinche se conserva un fortín de planta triangular rodeado de un parapeto con la entrada a torcidas y líneas paralelas de muros con rebellín (Armillas 1942; Armillas 1948:159). Los aztecas construyeron fuertes más pequeños y menos elaborados a lo largo de esta línea defensiva al norte y al sur de Oztuma.

También se erigían fortificaciones dentro de las poblaciones. Aquellas ciudades a que les faltaba una muralla circundante, como Texcoco (Parsons 1971b:117-119), muchas veces tenían un muro que encerraba el tecpan o el corazón de la ciudad en donde se encontraban el recinto del templo mayor y los palacios reales, transformando esta sección en un fuerte en el que los ciudadanos podían refugiarse al ser atacados. Quedan de pie todavía hasta dos metros de los muros de Tepexi el Viejo, otro sitio fortificado en el sur de Puebla, que rodean solamente el recinto principal del poblado. Se construyeron las murallas exteriores contra la ladera del cerro de tal manera que lo alto de la muralla quedó casi al nivel del piso adentro, como en muchos sitios fortificados del Altiplano Central. Originalmente las murallas exteriores, hechas de enormes bloques de caliche, medían más de 1.5 metros de ancho, y hasta

15 metros de alto (Gorenstein 1973:19-24). Gorenstein (1973:67-68) señala algunas ventajas al tener la parte superior del muro a casi el mismo nivel que el piso del interior de las fortificaciones. Era imposible penetrar o abrir un túnel por el muro; los acometedores tropezarían con la ladera del cerro. Los defensores podían arrojar sus armas contra los invasores desde una posición recostada, al mismo tiempo ellos mismos quedaban casi invulnerables a los tiros del enemigo. La gran altura de los muros prevenía la escalada, y la superficie lisa de estuco no daba ningún espacio para poner el pie a los agresores. Aún se habían construido las puertas o entradas de tal manera que el enemigo tendría que entrar con el lado derecho--o sea aquel costado que no era escudado--expuesto a los proyectiles de los defensores. Todavía están en pie una sección de los muros que rodeaban el tecpan de Huexotla, hasta 6 metros de altura y de 2 a 3 metros de espesor al pie (Parsons 1971b:137-140; Armillas 1948:156). El tecpan más grande que había en la Mesoamérica del Postclásico Tardío fue el de Tenochtitlan, que era lo bastante grande como para alojar un pueblo entero de hasta 400 personas, y que contenía cuando menos 20 estructuras dentro de sus enormes muros de calicanto (Cortés 1969:51-52). Como se verá en el Capítulo V, parece que se fortificó el corazón de la metrópoli clásica de Teotihuacan de semejante manera.

La defensa principal de Tenochtitlan consistía en su situación en medio del Lago de Texcoco; sólo se podía tomarla por un asedio prolongado, lo que era fuera de la capacidad de la mayoría de sus vecinos. El único acceso a la tierra firme era por medio de las calzadas, que eran entrecortadas por puentes removibles de madera. Cuando la ciudad fue sitiada por los españoles, los aztecas quitaron los puentes, cortando las calzadas y la única salida para los españoles. Además, los

aztecas erigieron rápidamente albarradas de adobes y de barro junto a los puentes, y excavaron fosos de tal manera que las fuerzas del adversario caerían en éstos cuando trataban de atravesar las brechas y tomar las barricadas. Cada día los españoles llenaron las brechas y derribaron las barricadas, para encontrar que los aztecas habían vuelto a levantarlas y abrir las calzadas de la noche a la mañana. Las mismas entradas a las calzadas estaban protegidas por dos torres rodeados de muros de unos 3.5 metros de altura, coronados de parapetos almenados (Cortés 1969: 114-118; Díaz del Castillo 1963:359-398). Parece que otros poblados en o alrededor de los lagos tenían el mismo tipo de defensas (Clavijero 1968:334; Cortés 1969:99-100 y 106).

Todas las ciudades hacían algún esfuerzo para fortificarse al enterarse de que serían atacados; se erigían albarradas de tierra, de piedras, de escombros, aún cercas de espinos y cactus; se excavaban fosos y hoyos con estacas afiladas en el fondo y cubiertos con tierra y ramas, tanto por los caminos como dentro de los mismos poblados (Clavijero 1968:325; Cortés 1969:pássim).

Un repaso de cualquiera de las crónicas que tratan de la historia prehispánica de Mesoamérica, tanto como aquellas escritas por los conquistadores españoles, revela un dato sumamente interesante que tiene mucha importancia para las épocas clásica y epiclásica--que los templos y las azoteas de las casas y otros edificios tenían funciones defensivas además de sus objetivos primarios:

Pero las fortificaciones más singulares de México eran sus mismos templos, especialmente el Templo Mayor que parecía una especie de ciudadela. La muralla que circunvalaba todo el recinto del templo, los cinco arsenales que allí mismo tenían surtidos de toda especie de armas y la misma hechura del templo, que hacía tan molesta y difícil la subida, dan suficientemente a conocer que en aquellas fábricas no tenía la política menor interés que la religión. ... De la historia consta que se hacían fuertes en los templos cuando no podían embarazar a los enemigos la entrada en la ciudad, y desde

allí les ofendían con flechas, con dardos y con guijarros (Clavijero 1968:229, letra itálica mía).

Clavijero (1968:229) creyó que se hacían los templos-pirámides tan altos e imponentes, con los escalones tan escarpados, angostos y sin balaustradas, y los pasillos tan estrechos, porque servían de fortalezas tanto como de santuarios. La representación de guerreros en los frisos de las banquetas del Templo Mayor de Tenochtitlan (Figura 28) confirma la asociación de la guerra con las estructuras religiosas. No se sabe si los mesoamericanos habían tomado en cuenta sus posibilidades defensivas antes de erigirlos; parece lógico que sí. De todos modos, los templos-pirámides se convertían en los fuertes principales dentro de las poblaciones, y en muchas ocasiones el reducto en el cual tuvo lugar el último esfuerzo desesperado para salvar la ciudad (Palerm 1956:198-202). En los códices prehispánicos se representó la conquista de un poblado mediante un dibujo de un templo incendiado o destruido (Figura 29). La toma del templo simbolizó la caída de la ciudad: "[Nexahualcóyotl] hizo pegar fuego al templo; y, empezando que empezó a arder, los mexicanos bajaron las armas, dada por tomada y vencida la ciudad, lo cual se demostraba y era señal de ello el quemar el templo, porque hasta llegar allí, aún no se daban los de las ciudades por vencidos" (Durán 1967:II, 129). También las azoteas de los palacios y casas servían de protección desde que los habitantes podían lanzar sus proyectiles contra el enemigo (Figura 30); estaban provistas de parapetos, y los palacios de torrecillas además (Clavijero 1968:335-340; Cortés 1969:59-66 y pássim; Díaz del Castillo 1963:288-306 y 359-398). Es muy probable que los templos y las estructuras residenciales y cívicas-ceremoniales de techo plano de las épocas anteriores cumplieran las mismas funciones que los del Postclásico Tardío, como se verá.



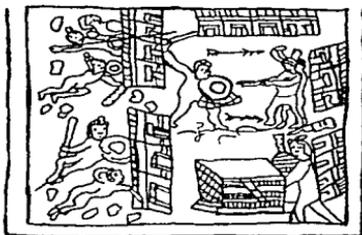
Figura 28. Detalle del friso de una banqueta del Templo Mayor de Tenochtitlan, Postclásico Tardío (Nicholson 1971:123, Fig. 56).



Figura 29. Símbolo de la conquista en la escritura jeroglífica azteca; del Códice Mendocino (Weaver 1972:111, Fig. 17 1).



a



b

Figura 30. Representaciones del uso de estructuras cívicas-ceremoniales y residenciales en la guerra. a) Los españoles atacando el Templo Mayor de Tenochtitlan, Lienzo de Tlaxcala (Wolf 1959:155); b) Guerreros aztecas disparando al enemigo desde las azoteas durante la conquista española de Tenochtitlan, Códice Florentino (Arthur J.O. Anderson y Dibble 1978:82).

Causas de la Guerra en el Postclásico Tardío

Tal como en el mundo moderno, son muchas y variadas las causas de la guerra en el Postclásico Tardío del Altiplano Central, aún para una sola campaña. Otra vez las fuentes históricas son inestimables, porque establecen motivos que no dejan huellas en la arqueología, y confirman los que la evidencia arqueológica sugiere. Las causas de la guerra durante este período caen básicamente dentro de tres categorías principales: la económica, la política y la ideológica; generalmente se combinan los motivos. En unos casos la razón promulgada oculta el motivo verdadero; por ejemplo cuando se citan conceptos ideológicos para justificar guerras de conquista.

Si se intensificó la guerra en el Postclásico Tardío sobre la que había en las épocas anteriores, como creen casi todas las autoridades en la historia cultural de Mesoamérica, probablemente fue ocasionado en gran parte por el crecimiento sustancial de población que ocurrió en este período, lo que agravó las tensiones por la tierra y otros recursos económicos básicos, y además redujo el espaciamiento entre comunidades potencialmente hostiles. Se ha estimado que la capacidad de carga (carrying capacity, véase la página 27) de la Cuenca de México durante el Postclásico Tardío llegó a unas 1,250,000 personas, usando cifras de máxima intensificación agrícola (Sanders, Parsons y Santley 1979:378); mientras que se ha calculado que la población real ascendió a 1,000,000 hasta 1,200,000 habitantes, lo que refleja una tasa de crecimiento anual de 0.7% desde 1250 D.C. hasta la conquista española (Sanders, Parsons y Santley 1979:184). Aunque se ha subestimado algo la capacidad de carga (McClung de Tapia 1978:57-60 y 1982:comunicación personal), es probable que la población ya había alcanzado el 65% de la capacidad de carga de la Cuenca, quizás más (Sanders, Parsons y Santley 1979:378). Al consi-

derar la presión demográfica como una causa de la guerra, también se debe tener presente otros factores: a saber, que la percepción de las limitaciones de los recursos afectaba las acciones de la gente igual que las condiciones reales; que una parte bastante grande de la Cuenca, notablemente los lagos y la sierra, no hubiera sido considerada satisfactoria para la ocupación humana, así reduciendo aún más el total de la tierra disponible a la población; y que la Cuenca ya estaba densamente poblada cuando llegaron los chichimecas a principios del Postclásico Tardío en busca de un lugar para asentarse.

Las fuentes escritas apoyan la hipótesis de que la percepción de la presión demográfica, en forma de la escasez de tierra, contribuía al fomento de la guerra, sobre todo en el caso de los recién llegados, por ejemplo los aztecas. Según Chimalpahin, cuando los españoles les exigieron que se explicaran su impulso insaciable de vencer todo el territorio que podían, los aztecas respondieron que no tenían su propia tierra para cultivar, ni siquiera para habitar; y que la única manera de adquirirla fue por la conquista:

El Mexícatl no tiene tierra, el Mexícatl no tiene campos para sembrar, por eso nosotros nos introdujimos y nos metimos por en medio de las propiedades del Tepaneca y del Xochimícatl, y del Aculhua, y del Cháicatl, porque ellos tenían tierras para sembrar y eran terratenientes (Chimalpahin 1965:238).

Así es que se percibía la guerra como el modo correcto de conseguir un recurso escaso e indispensable para los pueblos neolíticos agrarios-- la tierra.

Basado en los cálculos de Cook (1946:93-98), la muerte del 5% al 10% de la población del México Central durante el Postclásico Tardío fue ocasionada por la guerra; si se incluyen las víctimas de sacrificio, la mayoría de las cuales eran prisioneros de guerra, esta cifra asciende al 15% o 20%. Como señala Cowgill (1975:512), un cambio de 5% o 10%

puede tener un efecto sustancial en la tasa de crecimiento demográfico. En el caso del Altiplano Central de México en el Postclásico Tardío, esto pudo haber contenido hasta cierto punto el aumento rápido de la población.

Es interesante notar que los aztecas rara vez ocuparon las tierras conquistadas ellos mismos, dado la escasez de este recurso en la Cuenca; sólo se premiaban a los principales, oficiales y miembros de las órdenes militares con porciones del territorio subyugado (Pomar 1941:21; Clavijero 1968:100), y en dos ocasiones se mandaron centenares de familias desde la Cuenca de México colonizar lugares despoblados (Durán 1967:II, 238-239 y 351-355). En lugar de expulsar o matar a la gente de los territorios conquistados y de reocuparlos ellos mismos, generalmente los vencedores trataban de controlar la economía local para su propio provecho, con exigir el pago de tributo. Los derrotados generalmente seguían viviendo y trabajando en su propia tierra; pero el sobrante ahora se dirigía a llenar los cofres de sus nuevos patrones. Las listas de tasaciones aztecas revelan que se exigían tanto productos básicos como artículos de lujo, según los recursos naturales y las especialidades de la región. Se ha calculado que Tenochtitlan recibía bienes de subsistencia en forma de tributo dentro de un radio de 200 km. (Sanders y Price 1968:209), o sea desde bastante más allá de la Cuenca de México. Las conquistas aztecas efectivamente resultaron en la expansión de su área de sostén, aunque ellos mismos no se instalaban en los lugares vencidos, de tal modo compensando la escasez de la tierra en el corazón de la Cuenca de México. Dadas las dificultades en transportar los bienes perecederos y voluminosos, esto significa que debía haber alguna presión sobre los recursos económicos en la Cuenca de México, sobre todo en el corazón alrededor del Lago de Texcoco, o cuando menos que se lo pensaron.

A veces se exigía que los vencidos hicieran algún servicio especial para sus amos, en vez de pagar en especie; por ejemplo cuando estaban los aztecas sujetos a Culhuacán y a Azcapotzalco, su tributo consistía principalmente en servicio militar (Chapman 1959:24 y 34-38). Según parece, los aztecas trasladaban cierta cantidad de gente que vivía en la vecindad del Lago de Texcoco y les llevaban a Tenochtitlán para mano de obra reclutada. Según Chimalpahin (1965:98-99), fue por eso que Chalco se negó a someterse a Tenochtitlán. Innecesario es decir que las víctimas de este trato no lo apreciaban, como es evidente en esta diatriba en contra de los aztecas:

... Diciéndoles cómo [los aztecas] se querían señorear de toda la tierra y alzarse con ella y hacer sus esclavos y vasallos a todas las demás naciones, y quitarles sus tierras y señoríos y riquezas, siendo gente advenediza y que estaba asentada en tierra ajena, sin haber ellos traído más de sus personas, siendo gente inquieta y desacomodada (Durán 1967:III, 88).

Se hacía guerra para conseguir artículos o productos de otras regiones que no se necesitaban para la subsistencia, y para controlar el comercio y los mercados de larga distancia y las rutas comerciales. Los aztecas atacaron a los poblados oaxaqueños de Quetzaltepec y Tototepec porque éstos poseían un tipo de arena muy buena para labrar piedras, la producción de la cual los lapidarios aztecas querían manejar (Durán 1967:II, 425-426). Se dice que hasta guerrearon con Achiotla en Oaxaca por obtener un árbol especial del área (Davies 1980a:223). Los aztecas buscaban controlar la región de Tlaxcala principalmente por su posición estratégica como puerto de entrada a las riquezas de la Costa del Golfo. Los pochteca o mercaderes de larga distancia aztecas siempre llevaban armas en sus viajes, y a veces ellos mismos trababan batalla con pueblos hostiles (Sahagún 1969:III, 16-20).

Para los individuos, la esperanza de conseguir botín atraía a unos varones al campo de batalla. Aún los enemigos tradicionales de los

aztecas, como los tlaxcaltecas, a veces participaban en las expediciones de aquéllos por esta razón (Durán 1967:II, 418). Como se les permitían a los soldados saquear los poblados vencidos a su gusto, la guerra proporcionaba una oportunidad para los jóvenes pobres de ganar un poco de riqueza material tanto como reconocimiento social con hacerse miembros de las órdenes militares (Durán 1967:II, 229; Tezozómoc 1944:84). Como ya se ha visto, se recompensaban a los guerreros destacados y cofrades de las órdenes militares con tierras, además del botín, de este modo se les proporcionaban una base de subsistencia.

La venganza aparece con frecuencia en las crónicas como pretexto para las guerras de conquista en el Postclásico Tardío. Para mostrar su ansia de desafiar las extorsiones exorbitantes de los aztecas, muchas veces la gente de las provincias mataban a los comerciantes y embajadores aztecas (Durán 1967:II, 425-426 y *passim*; Clavijero 1968:110). Además, éstos frecuentemente se envolvían en negocios sospechosos, como en espiar las capacidades militares del lugar en que se encontraban (Sahagún 1969:III, 20); pero si fueran descubiertos en flagrante, se les mataban. El asesinato de comerciantes y embajadores se hacía inevitablemente un pretexto por librar guerra contra la ciudad o provincia responsable del ultraje, aunque no era la verdadera causa del conflicto.

Las causas políticas de la guerra son íntimamente relacionadas con los motivos económicos, sobre todo como los mesoamericanos se esforzaban muchas veces por dominar a los demás pueblos más por razones económicas que por motivos meramente políticos. Mirando la situación desde el punto de vista de las víctimas de la agresión, se hacía cuestión de mantener la autonomía. Chalco vio su lucha prolongada en contra de los aztecas como una guerra de liberación (Chimalpahín 1965:190-205). Veytia (1944: II, 266) afirmó que los aztecas querían conquistar a Tlaxcala porque

estaban celosos de su independencia. Esto resultaba no sólo en la oposición inicial a la conquista, sino que también en frecuentes sublevaciones en las provincias sujetadas, sobre todo en contra de la opresión azteca:

Cada provincia o lugar que [los aztecas] sujetaban a la corona era un nuevo enemigo de su dominación que, impaciente del yugo a que no estaba acostumbrado e irritado con la violencia, no esperaba más que una buena ocasión para vengarse y restituirse a su primitiva libertad (Clavijero 1968:142).

Por esta razón los mismos pueblos aparecen una y otra vez en las crónicas como conquistas aztecas, especialmente a principios de cada nuevo reinado, cuando las provincias sojuzgadas se valían de la confusión interregno con sublevarse contra Tenochtitlan:

... pero como los conquistados no sufren comúnmente el yugo del conquistador sino cuando no pueden sacudirlo, siempre que se hallaban con fuerzas bastantes para defenderse, se rebelaban, y lo mismo sucedía a la mayor parte de las provincias conquistadas; por lo cual era preciso al ejército mexicano estar en continuo movimiento para reconquistar lo que perdía (Clavijero 1968:122 y *passim*).

La llegada de los diferentes grupos chichimecas y de otra afiliación cultural al principio del Postclásico Tardío incrementó el número de comunidades en la ya densamente poblada Cuenca de México, y redujo el espacio entre ellas, de este modo aumentando la posibilidad del conflicto. Además, las rivalidades étnicas ocasionaban algunos choques, y se encuentran ejemplos del aborrecimiento racial en las crónicas, sobre todo en contra de los aztecas por su tiranía y sanguinolencia (Muñoz Camargo 1978:212; Durán 1967:II, 88) y los chichimecas por ser gente cruel y feroz (Muñoz Camargo 1978:27). Los habitantes autóctonos del Altiplano Central se resentían del control que los recién llegados estaban ganando a su propia costa, y les resistían. La guerra de Culhuacán contra Xōlotl, el jefe chichimeca, y la lucha entre los olmecas-xicalancas y los toltecas-chichimecas en la región de Puebla-Tlaxcala proporcionan excelentes ejemplos de este conflicto entre la población

indígena que fue civilizada y urbanizada, y los chichimecas semi-civilizados (Veytia 1944:1, 247; Muñoz Camargo 1978:24-36 y 51-53; la Historia Tolteca-Chichimeca 1947:81-86).

Competencia por la supremacía dentro de la región entre dos o más potencias era otra causa principal de la guerra en el Postclásico Tardío; el combate entre los tepanecas y los aztecas proporciona un ejemplo clásico de tal rivalidad. Esto debe haber sido el caso especialmente en la fase justo antes del ascenso al poder de los tepanecas, cuando varias ciudades-estado se disputaban la supremacía sobre sus vecinos.

[Xochimilco] tuvo muchas guerras con los de Colhuacan sus comarcanos sobre tierras y términos y señoríos; porque Colhuacan, como fue la primera en elegir reyes y señores, antes que los mexicanos viesen, tuvo grandes competencias con los de Xochimilco, porque cada ciudad de estas dos no quería reconocer superioridad la una a la otra (Durán 1967:11, 114-115).

Los gobernadores se veían obligados a ensanchar el dominio de sus reinos lo más posible: "... pero estáis obligado en lo que es cargo de rey ir aventajando esta vuestra casa, corte y tierras, engrandeciendo y ensanchando el trono, el imperio, ..." (Tezozómoc 1944:75).

El control de ciertos territorios por razones estratégicas y de seguridad, sobre todo de aquellos cerca del corazón del dominio, fue otro motivo de la guerra durante el Postclásico Tardío para los pueblos expansionistas tales como los tepanecas y los aztecas. De este modo los aztecas emprendieron la conquista del Valle de Toluca para pacificar la región, la que podía amenazar militarmente a Tenochtitlan, y para crear una zona tapón (buffer zone) políticamente dependiente entre los aztecas y los tarascos, tanto como para adquirir algo de los recursos naturales de la región mediante el tributo (Durbin 1970:100).

Disputas sobre la sucesión y la ambición personal ocasionaban la intriga política, homicidios dinásticos y hasta guerras civiles, en las cuales se veían envueltos a veces tanto los aliados y vecinos como el

mismo poblado afectado; o dejaban a la comunidad vulnerable al ataque de sus enemigos (Los Anales de Cuauhtitlán 1945:28-29 y 37-38; Clavijero 1968:86-88).

Frecuentemente varios pueblos se incorporaban en alianzas militares contra un enemigo común, pero a veces por razones muy diversas. El segundo ataque contra los aztecas durante su ocupación de Chapultepec es un buen ejemplo. La confederación que desalojó a los aztecas de su asiento constó de muchos pueblos en la Cuenca, incluso Culhuacán, Chalco, Xochimilco, Xaltocan, Azcapotzalco, Tacuba, Coyoacán y otros (Durán 1967: II, 37-38; Chimalpahin 1965:70). Los culhuas deseaban echar los aztecas porque les consideraban un peligro para aquéllos mismos tanto como para los demás habitantes de la región (los Anales de Cuauhtitlán 1945:21); los tepanecas codiciaron el mismo sitio, que tenía mucha importancia estratégica, y no lo quisieron compartir con otro pueblo por estar ubicado en medio de su propio territorio (Chapman 1959:22); y para Xaltocan, el ataque contra Chapultepec en 1319 D.C. fue un paso en su conflicto con Cuauhtitlán, pues con derrotar a los aliados de ésta--los aztecas--los xaltocamecas esperaron aislar a Cuauhtitlán y así hacer menos difícil la conquista de esta ciudad (los Anales de Cuauhtitlán 1945:18-19; Chapman 1959:23).

Los factores ideológicos de la guerra mesoamericana han recibido mucha atención en los libros de historia. Algunos autores coloniales consideraban que el fin principal de la guerra era de capturar víctimas para sacrificar a los dioses: "... y entonces prendían y cautivaban los que podían, y este era su principal despojo y victoria, prender a muchos para sacrificar a sus ídolos, que era su principal intento, y por comerse unos a otros como se comían, y tenían por mayor hazaña prender que matar" (Muñoz Camargo 1978:16). Todos los pueblos mesoamericanos practicaban

el sacrificio humano; pero los aztecas aumentaban su significado en la sociedad mucho más que antes. El dios azteca, Huitzilopochtli, requería muchas más víctimas que las otras deidades mesoamericanas. En calidad del sol, Huitzilopochtli exigía la sangre humana como su sustento para poder atravesar el cielo todos los días, porque es el elemento más precioso que hay. Si no se le proporcionara la sangre humana, no saldría el sol; y sin el sol se pondría fin a todo el mundo, incluyendo los seres humanos. Por lo tanto la guerra humana se convertía en una imagen del conflicto divino entre las fuerzas del bien y las del mal para los mesoamericanos del Postclásico Tardío (Canseco Vincourt 1963:45-58 y 85-107; Ceballos Novelo 1939; Caso 1953; García Payón 1946:38-45; Aguilera 1977: 36-43). El deber sagrado de los aztecas consistía en asegurar la preservación de la vida con tomar cautivos de guerra para ser sacrificados a los dioses.

Esto hace de los mexica un pueblo elegido, consagrado a la tarea de impedir la derrota del sol y por tanto la destrucción de la humanidad. Para poder ofrecer cautivos que con su sangre proporcionen el preciado alimento, es necesario ir a la guerra, y por tanto el mexicatl será guerrero por excelencia, esto alcanza su culminación en la guerra florida. Pero de todas maneras la guerra es una actividad sagrada, al ir a la guerra, el mexicatl está cumpliendo un mandato divino (Canseco Vincourt 1963:46).

El estado fomentaba activamente la relación íntima entre la ideología y la guerra. Ceremonias religiosas y sacrificios dirigidos por la clase regente tomaban lugar tanto antes como después del combate. Se honraban mucho y se les prometían la felicidad eterna en un paraíso especial a los que morían en el campo de batalla o sobre el altar de sacrificio. Ya se ha observado que aquellos guerreros que realizaban hazañas valerosas recibían muchas recompensas en esta vida terrestre, tales como las riquezas y gran respeto. Todos estos factores, incluyendo la ideología, incitaban a los varones jóvenes a guerrear al mandato de los jefes de la sociedad. Aun el mismo gobernante no estaba exento de

cumplir su obligación varonil; la primera campaña que acaudillaba al ser elegido fue realizado tanto a fin de comprobar su habilidad como comandante en jefe como para procurar víctimas que serían sacrificados durante su coronación:

Habiase introducido en aquel reino desde el tiempo del rey Chimalpopoca el no exaltar al trono al que no hubiese antes ejercido el empleo de general, pareciéndoles conveniente que diese antes espí-
cimen de su valor el que había de ser jefe de una nación tan guer-
rera, y que se ensayase en el mando de las tropas el que había de gobernar después el reino (Clavijero 1968:121).

Sin embargo, parece que rara vez se hacía guerra solamente, ni si-
quiera principalmente, por razones ideológicas. La mayoría de los autores
de la época colonial, sobre todo los que escribían sobre los pueblos no
aztecas, afirman que la mayor parte de las campañas eran guerras de con-
quista (p.ej. Durán 1967:II, 418-419 y pássim; Tezozómoc 1944:108); y que
no se esforzaban en especial para tomar y llevar prisioneros, excepto
tal vez en el caso de los oficiales o aristócratas (El Conquistador
Anónimo 1941:25), aunque sí prendían los que les caían en las manos.
Las llamadas "guerras floridas" se refieren a encuentros específicos ar-
reglados de antemano entre dos pueblos o grupos étnicos con la intención
explícita de capturar víctimas sacrificatorias y de proporcionar entre-
namiento militar para los jóvenes (El Códice Ramírez 1979:134-135). Hasta
las dos guerras floridas más famosas--el conflicto entre Tenochtitlan
y Chalco (Chimalpahin 1965:189) y la campaña azteca contra Tlaxcala
(Muñoz Camargo 1978:109)--se convirtieron en guerras de conquista. No
cabe duda de que la clase regente azteca se servía de estos preceptos ideo-
lógicos para justificar la expansión azteca y sus propias aspiraciones:
"Que el gran Señor de México era Señor Universal de todo el Mundo, que to-
dos los nacidos eran sus vasallos, que á todos los había de reducir para
que le reconociesen por Señor, y que á los que no lo hiciesen por bien
y dalle la obediencia, los había de destruir, asolar sus ciudades hasta

los cimientos y poblarlas de nuevas gentes" (Muñoz Camargo 1978:109). Hasta el mismo acto de sacrificio podía haber sido un instrumento terrorista para castigar a los que se habían sublevado contra la autoridad imperial, y además para desanimar a los demás de hacerlo (Ingham 1982).

En suma, aunque se debe tener en cuenta la ideología al investigar las causas de la guerra en el Postclásico Tardío, según parece servía de una justificación e incentivo de las muchas guerras por lograr la dominación de los demás pueblos, más que un motivo auténtico. De hecho, la religión era íntimamente relacionada con la política y la guerra; pero en realidad, las causas fundamentales de la guerra en el Altiplano Central del Postclásico eran económicas y políticas.

Para resumir, la guerra tenía funciones económicas, sociopolíticas e ideológicas en la sociedad postclásica del Altiplano Central. Proporcionaba una solución de percibidos problemas económicos, como la escasez de tierra. Según parece, tenía algún efecto sobre la tasa de crecimiento demográfico. La guerra de conquista era para los pueblos mesoamericanos el método principal de extender sus territorios y su poder político; el militarismo era un instrumento de primaria importancia en la política de esta época. Consolidaba el dominio de la élite gobernante con concederle control de los recursos económicos adquiridos como resultado del conflicto. Con hacerse la guerra la manera más aceptable de subir la escalera social, daba a los jóvenes el ímpetu a luchar para su grupo y de este modo asegurar su lealtad al grupo. En un mundo en lo que le hacía falta las instituciones políticas para unificar las diferentes facciones, la guerra servía de factor para integrar la sociedad hasta cierto punto. Por último, la guerra formaba un aspecto básico del sistema ideológico postclásico, por lo cual llegó a ser la manera primordial de preservar el mundo, lo que le hacía un instrumento psicológico de suma importancia para controlar la población.

CUADRO 3

RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
ALTIPLANO CENTRAL EN EL POSTCLASICO TEMPRANO

Sitio	Fortifi- caciones ^a	Ubica- ción del sitio	Guerreros y temas militares en el arte	Armas ^b	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio ^c
Tula	X	X	X	X	X	X
Tectenango	X	X		X		X
Ixtapantongo			X			X
Tectihuacan			X	X		
Tepeticpac	X	X				
Totolqueme	X	X				
Amilcingo			X			

^a En estos cuadros, esta categoría no incluye los templos-pirámides, aunque hubieran servido para fines defensivos, porque esto no fue su propósito principal, y porque se los encuentran en muchos sitios, con la excepción de los caseríos.

^b Como las puntas de proyectil servían para cazar tanto como para la guerra, y se las encuentran en la mayoría de los sitios excavados y recorridos, no se incluyen sitios en los cuales se han descubierto no más que puntas de proyectil, a menos que haya otros indicios de la guerra o se haya preservado las armas completas, o si se nota un aumento significativo de la cantidad de puntas.

^c Consta de restos esqueléticos y representaciones del sacrificio y motivos sacrificatorios en el arte en aquellos sitios en donde se encuentran otros indicios de la guerra.

CUADRO 4
 RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
 ALTIPLANO CENTRAL EN EL POSTCLASICO TARDIO*

Sitio	Fortifi- caciones	Ubica- ción del sitio	Guerreros y temas militares en el arte	Armas	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio
Tenochtitlan		X	X	X		X
Tlatelolco		X		X		X
Tenayuca			X	X		X
Huexotla	X			X		
Tepeticpac	X	X				
Tizatlán		X	X			X
Cacaxtla	X	X		X		
Huexotzingo		X				
Cerro Yehualica	X	X		X		
Tepexi El Viejo	X	X		X		
Cuernavaca		X	X			
Yautepec	X	X	X			
Malinalco		X	X			X
Teotenango	X	X		X		X
Tula		X	X			

*En este cuadro solamente se registran aquellos sitios que tienen restos arqueológicos indicativos de la guerra porque no se encuentra evidencia histórica para las fases más tempranas, e incluir todas las comunidades mencionadas en las fuentes escritas que tenían fortificaciones o trababan batalla falsificaría la proporción de sitios con evidencia de la guerra a favor de los del Postclásico con respecto a los demás periodos.

CAPITULO IV

LA GUERRA EN EL FORMATIVO Y EL CLASICO TEMPRANO DEL ALTIPLANO CENTRAL (1500 A.C.-500 D.C.)

Ahora voy a dirigirme al otro extremo de la secuencia cronológica, al Clásico y Formativo en el Altiplano Central. Para esta época tan decisiva, durante la cual se desarrollaba el carácter distintivo de la civilización mesoamericana, no se han descubierto fuentes históricas para suplementar los datos arqueológicos. Esto necesariamente cambia algo el enfoque en la interpretación de los datos disponibles; no obstante, con examinar toda la información pertinente de la era prehistórica, se puede dar una idea bastante precisa de la importancia de la guerra durante la época prehistórica en el Altiplano Central de México. Desafortunadamente, muchos detalles, tales como el tamaño y la organización de las fuerzas armadas, la táctica y la estrategia militares, probablemente se han desaparecido para siempre. Pero es de esperar que la aplicación cuidadosa de modelos antropológicos e históricos se permitirá entender el desarrollo de la guerra y del militarismo en la sociedad mesoamericana por medio de la arqueología.

Aunque el hombre apareció por primera vez en la Mesa Central de México hacia 22,000 o 20,000 A.C. (Weaver 1972:17), la evidencia arqueológica directa para la guerra se remonta no más al Formativo Medio (1050-650 A.C.). Hasta el principio del período Cerámica Inicial (ca. 2500 A.C.), la gente del Altiplano Central vivía en pequeñas bandas nómadas o seminómadas que dependían de la caza y de la recolección de

plantas para su subsistencia. Se encuentran herramientas de pedernal, cuarzo, obsidiana y basalto que se podían haber servido de armas, tales como cuchillos, hojas prismáticas, y puntas de proyectil lanceoladas o con espiga que se pegaban a lanzas o dardos arrojados con auxilio de atlátlis (Weaver 1972:19-22 y 28-30; Willey 1966:64-67 y 78-83). Pero se usaban estos mismos instrumentos para cazar y hacer otras tareas, y por lo tanto no comprueban que dichas bandas guerrearan. Como indican los informes sobre grupos de cazadores-recolectores recientes (Fried 1967:94-106; Service 1975:55-70), es muy probable que estas bandas mesoamericanas emprendían escaramuzas o correrías en pequeña escala contra sus vecinos, instigadas por factores como disputas sobre mujeres, la venganza, el robo, y tal vez por la violación de derechos territoriales. MacNeish (1964:533) descubrió evidencia del sacrificio humano que se remonta a la fase El Riego (6700-5000 A.C.) en el Valle de Tehuacán; como ya se ha visto, el sacrificio humano estuvo estrechamente relacionado con la guerra en el Postclásico, y posiblemente así fue el caso aún en el período arcaico, aunque no se lo puede comprobar en este momento. La falta de evidencia de la guerra para esta época tan temprana se debe en parte a la escasez de datos sobre este período. Además, los choques entre estas bandas primitivas sin duda eran poquísimos y de muy pequeña escala a causa de la población tan pequeña y dispersa del Altiplano Central en el Arcaico, que probablemente no ascendió a más que 1,000 personas, basada en cifras para bandas recientes (Fried 1967:55).

Para 1500 A.C., pequeñas comunidades de agricultores ya completamente sedentarios habían surgido por casi toda Mesoamérica hasta la mitad septentrional de la Cuenca de México y la región de Tula, que todavía carecían de una población asentada (Sanders, Parsons y Santley

1979:Mapas 5-7). Las regiones más densamente pobladas y más desarrolladas en cuanto a la organización sociopolítica eran Morelos y el Valle de Puebla, y parece que la población sedentaria de la Cuenca se originó en estas áreas al sur y este, distribuyéndose poco a poco hacia el norte y oeste (Sanders, Parsons y Santley 1979:95 y 398-399). No sólo el patrón de asentamiento sino que también la semejanza clara entre los restos culturales de la Cuenca, Morelos y Puebla-Tlaxcala confirma esta hipótesis (Sanders, Parsons y Santley 1979:436-439; Sugiura Yamamoto y Cyphers 1979:102; García Cook 1976:13-15). La baja población, que no más ascendió a 5,000 personas a fines del Formativo Temprano en la Cuenca (Sanders, Parsons y Santley 1979:183), y la ausencia de asentamientos permanentes en el norte del Valle de México y más allá, indican que la presión demográfica no fue una causa de conflicto en esta época.

Parece que todas las comunidades del Altiplano Central demuestran grandes semejanzas en patrón de asentamiento, organización sociopolítica, y restos culturales, lo que no sólo indica que se mantenían relaciones muy estrechas, incluyendo una red de intercambio panmesoamericana basada en el intercambio recíproco,³¹ sino que también había afinidades étnicas, entre los grupos. Estos grupos todavía estaban al nivel de tribu en cuanto a la organización sociopolítica. Según parece, la defensa no fue un factor al determinar la ubicación de los asentamientos en aquel tiempo, como no se los encuentran en lugares fácilmente defendidos. No se ha descubierto evidencia arqueológica directa para la guerra en el Formativo Temprano, con excepción de las pequeñas puntas

³¹Diferencias en las cerámicas del Valle de Toluca con las de la Cuenca de México, Morelos y Puebla-Tlaxcala, más el carácter de sus asentamientos, indican que en general la región de Toluca quedaba algo marginal en cuanto a los acontecimientos ocurriendo en el resto del Altiplano Central, y además fuera de la red de intercambio panmesoamericana durante todo el Formativo (Sugiura Yamamoto y Cyphers Guillén 1979).

de proyectil de tallo puntiagudo y puntas en forma de hoja de laurel, hechas de obsidiana, de pedernal y de cuarzo, que servían también para la caza; y algunas figurillas de barro que posiblemente representan guerreros, las cuales son tratadas en la próxima sección de esta tesis.

Conflicto en el Altiplano Central durante el Formativo Medio y el Problema Olmeca (1050-650 A.C.)

El Formativo Medio (1050-650 A.C.) fue una época de crecimiento demográfico, de la expansión de asentamiento, y de desarrollo socioeconómico en el Altiplano Central. Caseríos y aldeas pequeñas aparecen en la mitad septentrional de la Cuenca de México, incluso el Valle de Teotihuacán, la región texcocana y el área de Cuauhtitlán-Tenayuca. No obstante, un 60% a 70% de la población entera, que se ha calculada a unos 25,000 personas a fines de este período, todavía estuvo concentrado en la zona suroeste de la Cuenca (Sanders, Parsons y Santley 1979:96, 183 y Mapas 8-10). Aún en aquella época tan temprana la gente tendió a habitar grandes poblados nucleados en vez de pequeñas comunidades dispersas o rancherías aisladas. Se ven vagas agrupaciones de asentamiento alrededor de ciertas aldeas grandes en el área detrás de la orilla poniente de los Lagos de Texcoco y Xochimilco--por Cuicuilco, Tlatilco y El Arbolillo. Se encuentran varias otras comunidades grandes en la ribera meridional y la oriental de los Lagos de Xochimilco y de Chalco. La distancia entre estas aldeas grandes varía de diez a quince kilómetros; se situaban los asentamientos más pequeños algo más cercanos, a intervalos de cinco a diez kilómetros (Sanders, Parsons y Santley 1979:96 y Mapas 8-10). Se puede imaginar que algunas de estas comunidades sustanciosas como Tlatilco, Tlapacoya, Chimalhuacán y Cuicuilco, se habían convertido en los centros de cacicazgos pequeños que lograron dominar los distritos circunvecinos hasta cierto punto, aun-

que probablemente no ejercieron de hecho un control muy fuerte (Sanders 1965:166; Parsons 1971b:153).

Con excepción del área al norte del Valle de Teotihuacan, el territorio circundando la Cuenca de México también sostuvo considerable aumento y expansión de población, igual que desarrollo sociopolítico. En la región de Puebla-Tlaxcala, la gran cantidad de caseríos y aldeas (más de 100 en total), incluyendo varias comunidades extensas, refleja un incremento demográfico sustancial (García Cook 1976:16-23; Fowler 1968:63). Sin embargo, el área más avanzada del Altiplano Central en cuanto al desarrollo sociopolítico siguió siendo la parte oriental de Morelos, en donde estuvo más concentrada la población y además fue más complejo el patrón de asentamiento que en la Cuenca de México.³² Chalcatzingo dominó esta región económicamente y probablemente también políticamente, y controló hasta cierto punto la red de intercambio tanto dentro del Altiplano Central como entre esta zona y las tierras bajas al sur y sudeste. Este famoso sitio es el único centro conocido de este período en el Altiplano Central que tiene arte monumental y arquitectura ceremonial (Grove 1974:124-126; Cyphers Guillén 1980-1982; comunicación personal).

A partir de la última fase del Formativo Temprano pero culminando en el Formativo Medio, unos elementos evidentemente intrusos aparecen en la alfarería y el arte del Altiplano Central, a los cuales generalmente se aluden como de origen o de inspiración olmeca. Dichos rasgos incluyen la cerámica caolín; la cerámica negra con el borde blanco y

³²El recorrido que hizo Hirth de la parte oriental del estado de Morelos, que ocupa un área de unos 550 km.², descubrió un total de 58 sitios del Formativo Medio, de 1000 a 500 A.C. (Hirth 1976:11). Se puede comparar esto con el total de 73 sitios encontrados en la Cuenca de México, un área de unos 8,000 km.², durante aproximadamente el mismo período, de 900 a 650 A.C. (Sanders, Parsons y Santley 1979:185).

la negra tallada; charolas con pico; decoración de "mecedora" (rocker stamping); figurillas del Tipo A; representaciones del hombre-jaguar con la boca gruñendo hacia abajo, colmillos y cabeza rajada; grandes figurillas huecas de tipo "cara de niño" o baby face; el uso de características olmecas específicas en los retratos humanos como la deformación del cráneo, la nariz ancha y chata, y labios gruesos; motivos típicos de la iconografía olmeca, por ejemplo la serpiente de fuego estilizada o el dragón celeste con cejas de las cuales salen llamas, elementos en forma de la letra "U", el símbolo de garra con ala, la cruz de San Andrés, y otros que aparecen en pequeños objetos portátiles de piedra como hachas de efígie y figurillas, tanto como en las vasijas cerámicas (Coe 1968:91-103; Bernal 1968:168-189; Grove 1968; Grove 1974; Grennes-Ravitz 1974; y Caso 1965:52-55). Se encuentran tales artículos y hasta arte monumental en el estilo olmeca en muchas partes de Mesoamérica, hasta tan lejos como Chalchuapa en El Salvador (Caso 1965:23); sin embargo, parece que hubo una concentración mayor en la región que consta del oeste de Puebla, Morelos y Guerrero (Figura 31).

La naturaleza precisa de esta presencia de la Costa del Golfo en el Altiplano Central se ha vuelto un tema muy controvertible en la arqueología mesoamericana. ¿Fue por medio de la conquista, de actividades misioneras entre la gente menos sofisticada del Altiplano por parte de los olmecas, de la empresa comercial, o por medio de una combinación de estos procesos, que se introdujeron estos objetos e iconografía a la Mesa Central? Voy a examinar este problema brevemente porque es posible que la fuerza militar tuvo un papel en la diseminación de artefactos y la ideología olmecas. Además, está en el Formativo Medio y en el arte olmeca donde se encuentra la primera evidencia arqueológica directa para la guerra en Mesoamérica. Se originó la iconografía del

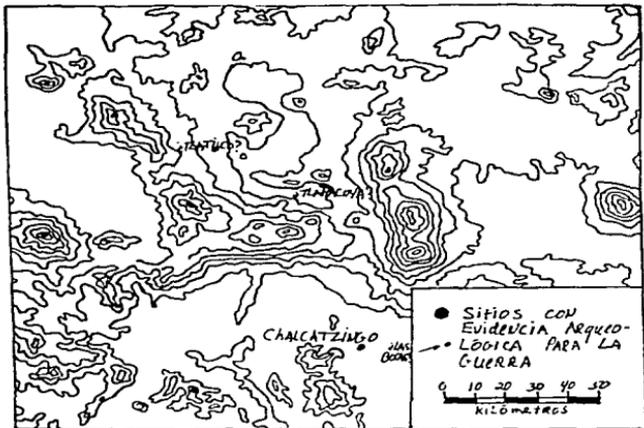


Figura 31. Distribución geográfica de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Altiplano Central durante el Formativo Medio (basado en Hirth 1984:580, Fig. 1). La evidencia para la guerra es algo ambigua para este período, con la excepción de Chalcatzingo con su arte monumental. Consiste generalmente en la ubicación de unos sitios en lugares elevados, quizás por razones defensivas, y en figurillas que posiblemente representan guerreros.

jaguar, que logró tener gran significación en la ideología de Mesoamérica en las épocas posteriores, especialmente con respecto a la guerra, en el arte olmeca. Este animal ya aparece relacionado con el conflicto y la dominación en el arte olmeca, como se verá.

La mayoría de las autoridades han llegado a la conclusión de que los olmecas habían alcanzado por lo menos el nivel de estado primitivo a fines del Formativo Temprano, basada en el tamaño y complejidad de los centros cívicos-ceremoniales; en la jerarquía de tipos de asentamiento revelada por los recorridos de la Costa del Golfo; en el grado de estratificación social indicado por las distinciones en habitación, en los accesorios funerarios, y en los adornos personales representados en el arte olmeca; en la especialización económica; y en el acceso diferencial a los artículos de lujo. Varias autoridades (e.g. Caso 1965: 50; Bernal 1968:246-256; Coe 1968:91-103) sostienen que los olmecas ya habían conseguido un imperio para el Formativo Medio, basado en la disseminación aparente del estilo e iconografía olmeca, y por consiguiente su ideología y sistema social más complejo; y en el supuesto origen olmeca de muchos de los rasgos característicos de la civilización mesoamericana en aquel tiempo.

Drucker (1981:38-43) piensa que los olmecas no se unían en una sola entidad política, sino que había varios pequeños estados autónomos en la costa meridional del Golfo en un momento dado, a saber San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes y Laguna de los Cerros. Caso (1965:46-47) y Bernal (1968:124-130) sugieren que estos sitios formaron una liga política del tipo que más tarde llegó a caracterizar la Mesoamérica del Altiplano, lo que Bernal describe como una teocracia militar.³³ No

³³Una teocracia es un "gobierno que se ejerce directamente por dios" o "gobierno en que el poder supremo está sometido al sacerdocio"

obstante, parece que tres de los sitios susodichos lograron la eminencia a diferentes momentos; San Lorenzo desde 1300 a 900 A.C., La Venta entre 1000 y 600 A.C., y Tres Zapotes evidentemente de 650 a 300 A.C. (Drucker 1981:39). Esto tiende a apoyar la hipótesis de que el gobierno olmeca consistió en un solo estado con capitales sucesivas.

El problema de la naturaleza de la presencia olmeca en el Altiplano Central proporciona una oportunidad de examinar qué valor tiene la influencia ajena en el estilo artístico y la cerámica como evidencia de la conquista, puesto que muchos arqueólogos ya piensan que no hubiera un imperio olmeca. Para empezar, ya se reconoce que varios elementos que supuestamente son de origen olmeca en realidad provienen de regiones al oeste de la Cuenca de México. Estos incluyen sellos cilíndricos, botellones de cuello largo y vasijas con asa de estribo. También se ha observado que a veces se hallan motivos olmecas en cerámica de producción local. Sin embargo, la revelación más significativa en estos últimos años es la comprensión de que el componente olmeca en realidad es bastante pequeño comparado con el conjunto cultural entero de muchos sitios del Altiplano Central, la mayor parte de que consiste en características desarrolladas localmente; y que generalmente se lo encuentra en un contexto ceremonial, por ejemplo en los entierros de individuos de alto rango de Tlatilco, Tlapacoya, San Pablo y Atlahuayán, o en el arte monumental de Chalcatzingo y Juxtlahuaca. Esto excluye una inva-

(Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana:II, 857); y el adjetivo militar significa que es "perteneciente o relativo a la milicia o a la guerra" (ib., II, 313). En otras palabras, predominan las características tanto militares como religiosas en el gobierno, y los líderes cumplen funciones militares aunque sean sacerdotes. La interrelación entre la autoridad civil y la religiosa que ya se manifiesta en la cultura olmeca seguía caracterizando la sociedad mesoamericana hasta la conquista española. Además se encuentran indicios del sacrificio humano en las representaciones de cabezas y manos cortadas en el arte olmeca (Piffa Chán 1972:14).

sión y un desplazamiento demográfico en grande en la Mesa Central; pero tampoco quiere decir necesariamente que se introdujeron estos elementos olmecas de una manera absolutamente pacífica. El uso limitado de artefactos olmecas más la gran semejanza entre el arte monumental de Chalcatzingo, Juxtlahuaca y Oxtotitlán, y el de La Venta, sugiere que pequeños grupos de olmecas, de una élite militar o comercial, incluso tal vez artesanos, podían haber residido en aquellos lugares (Grove 1974:117-125). Pero, para demostrar que la guerra jugó algún papel en la diseminación de los atributos olmecas, se debe encontrar evidencia arqueológica para la guerra en estos sitios del Altiplano Central con influencia olmeca o en la zona metropolitana olmeca.

Varias esculturas olmecas tanto de la Costa del Golfo como del Altiplano Central evidentemente representan conflicto y cautivos de guerra atados, que simbolizan la conquista. El Monumento C de Tres Zapotes (Figura 32) y la Estela 2 de La Venta (Figura 33) representan guerreros con yelmos y a veces enmascarados, blandiendo lanzas, porras, navajas y una espada afilada de obsidiana (Bernal 1968:123). Figuras similares flotan en el fondo de la Estela 3 de La Venta (Coe 1968:58-59). Parece que se representó la conquista en dos maneras básicas. En un estilo se ve un cautivo con las manos atadas, asentado o de rodillas en frente de una figura triunfante de pie, como en la estela de Alvarado o Cerro de la Piedra (Figura 34), la Estela D de Tres Zapotes (Figura 35), y probablemente en el mural de la Cueva de Juxtlahuaca en Guerrero (Coe 1968:101). Se encuentra una posible variación de este tema en los Altares 1 y 4 de La Venta (Figura 36) y en el Monumento 14 de San Lorenzo (Drucker 1981:41), en donde el prisionero, que está representado a un lado de la escultura, está amarrado por una cuerda gruesa al vencedor, quien está sentado en un nicho en el frontispicio de

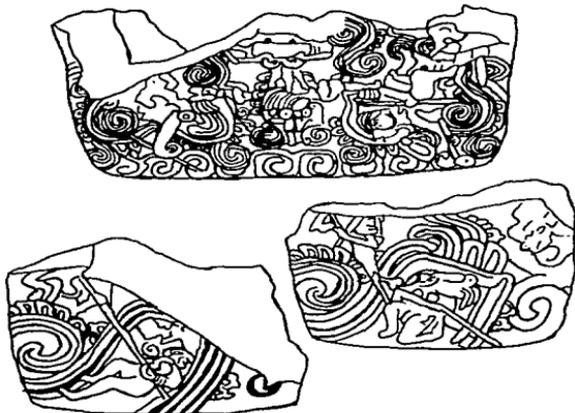


Figura 32. Monumento C de Tres Zapotes, Veracruz, Formativo Tardío. Largo de la base: 1.22 m. (Bernal 1968:Fig. 25).



Figura 33. Estela 2 de La Venta, Tabasco, Formativo Medio.
Altura: 2.48 m. (Bernal 1968:Fig. 23).



Figura 34. Estela de Alvarado o Cerro de la Piedra, Veracruz, Formativo Medio. Altura: 3.71 m. (Bernal 1968:Fig. 26).



Figura 35. Estela D de Tres Zapotes, Veracruz, Formativo Tardío.
 Altura: 1.47 m. (Karl W. Luckert, Olmec Religion. A Key to Middle
 America and Beyond ["The Civilization of the American Indian Series,"
 Vol. 137; Norman: University of Oklahoma Press, 1976], pág.89, Fig.31).

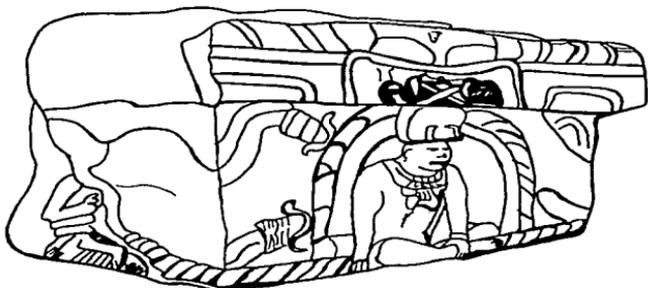


Figura 36. Altar 4 de La Venta, Tabasco, Formativo Medio. Altura: 1.6 m. (Karl W. Luckert, *Olmec Religion. A Key to Middle America and Beyond* ["The Civilization of the American Indian Series," Vol. 137; Norman:University of Oklahoma Press, 1976], pág. 83, Fig. 27).



Figura 37. Relieve II de Chalcatzingo, Morelos, Formativo Medio. Altura: aprox. 2.2 m. (Covarrubias 1957:64, Fig. 24).

la escultura; sin embargo, Grove (1972:162) interpreta este tema como representando un concepto de descendencia, en donde la cuerda simboliza los lazos de parentesco. En el Relieve II de Chalcatzingo (Figura 37) se representa el cautivo despatarrado en frente de tres vencedores enmascarados, dos de los cuales blanden porras en forma de remo por encima de aquél. Se encuentra la otra manera básica de presentar la conquista tanto en la zona metropolitana olmeca en el Monumento 1 de Río Chiquito, el Monolito 20 de Laguna de los Cerros y el Monumento 3 de Potrero Nuevo (Drucker 1981:41-42 y 45-46), como en el Relieve IV de Chalcatzingo (Figura 38). En estas esculturas se ve un jaguar atacando a un ser humano despatarrado.³⁴ Generalmente se representan los conquistados como más chaparros que los vencedores y despojados de sus atavíos; en el Relieve II de Chalcatzingo (Figura 37) el cautivo tiene los genitales descubiertos, la máxima humillación en el arte mesoamericano en que muy rara vez se exponen los órganos sexuales. Se encuentran representaciones de la conquista en el arte prehistórico de muchas partes del mundo, incluso en Mesopotamia, la China, en el estilo Izapa del Formativo Tardío de la Costa del Pacífico de Chiapas y Guatemala y del Altiplano Guatemalteco, y aun en el arte maya de la época clásica. Es interesante notar que este tema volvía a aparecer muy rara vez en el arte del Altiplano Central, siquiera en el Postclásico Tardío.

Como tantos monumentos olmecas fueron mutilados con intención, probablemente por los que destruyeron esa civilización, casi siempre es imposible identificar los conquistados como olmecas o como extranjeros. El prisionero en la Estela de Alvarado o Cerro de la Piedra

³⁴según Grove (1972:159), el Relieve IV de Chalcatzingo puede tener un significado mitológico, al referirse a la destrucción del primer sol o mundo por los jaguares, y que este mito puede recordar la dominación de Mesoamérica por los hombres-jaguares o olmecas.



Figura 38. Relieve IV de Chalcatzingo, Morelos, Formativo Medio (Grove 1972:156, Fig. 2).

(Figura 34) evidentemente es olmeca, mientras que el vencedor está representado con una barba y facciones más finas, aunque queda definitivamente dentro de la tradición olmeca. Así es que estos monumentos, por tan importantes que son en mostrar que sí había guerra durante el Formativo Medio, desafortunadamente no pueden decir si los olmecas habían conquistado un imperio en Mesoamérica, o bien si solamente trababan batalla entre los diferentes grupos olmecas. Asimismo la mutilación de la mayoría de los monumentos descubiertos en San Lorenzo y La Venta, junto con otros indicios de la devastación, indica que se habían destruido a ambas capitales olmecas; sin embargo no se ha encontrado hasta ahora evidencia de quien causó la caída de estos centros--si fueran los mismos olmecas quienes se habían rebelado contra sus propios jefes, o bien si el desarrollo sociopolítico de la primera civilización mesoamericana había sido terminado por forasteros hostiles.

Ciertas figurillas de barro y pequeñas esculturas de piedra de varios sitios en la Cuenca de México y Morelos tal vez representan guerreros, aunque los arqueólogos generalmente las han tomado por jugadores de pelota, chamanes o bailarines (Figura 39). Llevan lo que parecen ser cascos, algunos de los cuales protegen la cara debajo de los ojos tanto como la cabeza, un tipo de pectoral, cinturones, y coberturas protectores para los muslos (Orellana Tapia 1959:837-838). Desafortunadamente, no portan armas; por esta razón no se puede estar seguro de que en realidad representen guerreros.³⁵ Es interesante notar que du-

³⁵Los gorros de las cabezas colosales encontradas en el corazón del área olmeca pueden representar yelmos militares; probablemente estas esculturas gigantescas eran retratos de los jefes o gobernadores olmecas (Coe 1968:110).

Figurillas y vasijas de efígie que representan guerreros llevando armas como porras, lanzas y hondas, y cautivos amarrados, se remontan al Formativo Tardío en el México Occidental, sobre todo en Colima (Weaver 1972:78-79 y Lám. 3g).



Figura 39. Figurillas de Tlatilco, Valle de México, Formativo Temprano o Medio, que posiblemente representan guerreros. Escala aproximadamente 3:4. a) Wolf 1959:71; b) Piffa Chán 1955:Fig. 10; c) Covarrubias 1957:25, Fig. 6.

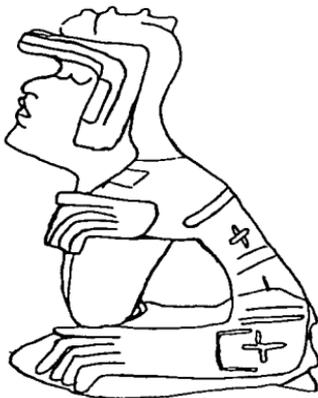


Figura 40. Figura de Atlihuyán, Morelos, llevando piel de jaguar, Formativo Medio. Altura: 22.9 cms. (Irene Nicholson, Mexican and Central American Mythology [New York: Paul Hamlyn, 1967], pág. 31).

rante el Postclásico y el Clásico, el juego de pelota estaba relacionado con el sacrificio, y tal vez con la guerra también (Barbour 1976:139; Piffa Chán 1972:25-26, 92-94, Láminas 92-100 y Figs. X-XVII). Quizás esta asociación se remonta al Formativo Medio. En tal caso, es posible que dichas figurillas representan jugadores y guerreros a la vez. Varias otras esculturas pequeñas, incluso la famosa figura de Atlihuahán, Morelos (Figura 40), representan a seres humanos llevando pieles de jaguar, que recuerda al uso semejante de las pieles por los Caballeros del Sol en el Postclásico Tardío (véase la Figura 17).

Puede ser que el motivo del jaguar en aquel arte monumental olmeca a que se ha referido y además en las figurillas tenga algún significado para el estudio de la guerra. En unos casos, como la Estela 2 de La Venta y el Relieve II de Chalcatzingo (Figuras 33 y 37), máscaras del hombre-jaguar cubren las caras de los personajes armados olmecas. A veces las figuras victoriosas paradas, que se hallan en escenas que representan el motivo de conquista, llevan capas hechas de cuero de jaguar, o partes de las pieles del animal, por ejemplo los guanteletes y guardapiernas de la figura de pie en la pintura rupestre de Juxtlahuaca, Guerrero (Coe 1968:101). Finalmente, ya se ha mencionado varias esculturas en que se representa un jaguar lanzándose sobre una víctima humana (el Relieve IV de Chalcatzingo, el Monumento 1 de Río Chiquito, el Monolito 20 de Laguna de los Cerros y el Monumento 3 de Potrero Nuevo, San Lorenzo Tenochtitlan; véase la Figura 38). Todavía se queda algo enigmático el papel del jaguar en la ideología olmeca; las autoridades no convienen en si representa una deidad de la lluvia, un progenitor mitológico o mitologizado de un pueblo o tal vez una élite, un grupo étnico, o jefes o sacerdotes vestidos de jaguar para representar un dios (Kubler 1972:36-37; Grove 1972). Como en las épocas posteriores, el jaguar probablemente

representó más de un sólo concepto teórico, como declara Grove (1972: 162): "El motivo felino en el arte monumental olmeca aparece asociado con una conglomeración compleja de ideas relacionadas con los orígenes, la fertilidad, y probablemente con la gobernación también." Como se verá en el próximo capítulo, el jaguar estuvo asociado con varios conceptos similares en la iconografía de Teotihuacán y de las épocas posteriores. Es posible que el jaguar o hombre-jaguar olmeca fue la derivación de la que más tarde llegó a ser una cofradía de guerreros y luego una orden militar.³⁶ Me parece que el jaguar olmeca tuvo varios significados, incluyendo lo de conflicto y de dominación o conquista, lo que refleja la síntesis de conceptos ideológicos y sociopolíticos en la filosofía olmeca.

Existe otra evidencia posible de la guerra en el Altiplano Central durante el Formativo Medio, aunque sea algo ambigua. Muchos de los sitios que muestran considerable influencia olmeca en la región de Puebla y Morelos, por ejemplo Chalcatzingo y Las Bocas, se hallan al pie de peñascos o por las laderas de cerros (Grove 1968:183), a que la gente podía huirse si fuera atacada. En la Cuenca de México muchos sitios, incluso Tlapacoya, Tlatilco y casi todos los caseríos del Valle de Teotihuacán, estaban colocados en la planicie aluvial o en las zonas baja y media del piedemonte, pero cerca de cuevas escarpadas, y frecuentemente junto a barrancas profundas (Parsons 1971b:180-181; Sanders, Parsons y Santley 1979:96; Sanders 1965:92-93). Aunque probablemente se establecían asentamientos en este terreno principalmente por razones medio ambientales--la proximidad del agua y la utilidad de estas zonas ecoló-

³⁶El jaguar llegó a simbolizar la monarquía y también por lo menos una dinastía reinante entre los mayas del Clásico; es posible que representó el antepasado totémico de un linaje eminente entre los olmecas (Coe 1968:110 y 114; Heyden 1977:252).

gicas para técnicas de cultivo temporal--los precipicios o elevaciones frías inmediatas podían proporcionar un refugio para los habitantes. Sin embargo, se debe recalcar que es sólo una hipótesis en este momento, y que las consideraciones defensivas probablemente fueron secundarias o iguales de importancia a los requisitos de la subsistencia.

Hasta el momento no se ha podido determinar de una manera satisfactoria la naturaleza de la presencia olmeca en el Altiplano Central. En estos últimos años se prefiere valerse del intercambio para explicar la diseminación del estilo artístico y sistema de creencias olmecas por gran parte de Mesoamérica, dando énfasis al efecto de estos contactos con la civilización más compleja de la Costa del Golfo sobre los cacicazgos más sencillos del Altiplano (Grove 1974; Grennes-Ravitz (1974); mientras que se ha menospreciado el papel de la guerra y del proselitismo religioso. Por cierto, no se ha encontrado indicios de operaciones militares en grande ni de movimientos de poblaciones en el Altiplano Central. Al mismo tiempo, sospecho que no toda la gente de la Meseta Central les recibieron a los olmecas con los brazos abiertos, aun cuando tuvieran una cultura más avanzada. Orellana Tapia (1959: 837) propone que un grupo local de descontentos rompió con la población de origen o dominación olmeca de Tlatilco, y se retiró a la Loma de Atoto, un cerro próximo, quizás después de una escaramuza con los recién llegados. A causa de la población escasa y del tamaño pequeño de las unidades políticas que caracterizaron el Altiplano en el Formativo Medio, no fue precisa una fuerza enorme para imponer la volición de una sociedad más desarrollada a las comunidades locales; probablemente se necesitaría no más que unos centenares de soldados. A lo mejor la mera amenaza de un ataque bastó asegurar la sumisión. Además, no parece muy verosímil que los olmecas tuvieran las fuerzas disponibles ni los

medios militares y económicos necesarios para sujetar y controlar una área muy extensa fuera de su propia tierra, ni siquiera el deseo de hacerlo, con tal que podían dominar el intercambio con ciertas regiones específicas cuyos recursos naturales codiciaban.

Tal como no se puede identificar los conquistados en el arte de La Venta y de otros sitios olmecas, tampoco se puede determinar quienes fueron los vencedores ni quienes sus víctimas en los relieves de Chalcatzingo. Puede ser que representen el combate entre grupos locales, una victoria olmeca sobre los habitantes indígenas, o tal vez un conflicto entre la gente de Chalcatzingo y otro pueblo de la Cuenca de México o del Altiplano Central. Es posible que un estado primitivo ubicado en Morelos y el suroeste de Puebla, con Chalcatzingo como su centro, había desarrollado como consecuencia de la interacción con o de la dominación por los olmecas; y que este estado a su vez o influyó en los acontecimientos en el Valle de México por medio del intercambio, con mandar individuos de su propia élite para regular estos contactos, o a lo mejor hasta controló parte de la Cuenca misma (Sanders, Parsons y Logan 1976:162-163; McBride 1977:388). Indudablemente se mantenían las relaciones entre la Costa del Golfo meridional y la Meseta Central mediante varios tipos de intercambio, tales como el comercio, la reciprocación de regalos entre individuos de la clase alta, y contactos personales. Sin embargo, no se puede excluir totalmente el uso de la fuerza, ni la amenaza de la intervención militar, sobre todo en aquellas áreas de mayor interés a los olmecas como el suroeste de Puebla, Morelos y Guerrero.

Queda por tratar otro tipo de evidencia del Formativo pertinente a nuestro tema: eso es la posible aparición del arco y flecha en esta fecha tan temprana en la Meseta Central, a pesar de las tradiciones

históricas que sostienen que fueron los chichimecas quienes introdujeron esta arma en el área después de la caída de Tula. El descubrimiento en El Arbolillo y Tlatilco de varias puntas pequeñas y relativamente delgadas, de menos de 4 centímetros de largo y de 1.5 a 3 milímetros de espesor, e idénticas a los tipos Bassett, Perdiz y Fresno encontrados en los Estados Unidos que se han tomado por puntas de flecha, indica que ya se usó el arco en la Cuenca. Sin embargo, la mayoría de las puntas de proyectil del Formativo (Figura 41) son especímenes de talón delgado, contraído o triangular; o ejemplares sin espiga en forma ovada que se parecen a las puntas del tipo Lerma; o muestras de los tipos más delgados de Catán y Refugio (Tolstoy 1971:277-283, Figs. 2 y 3; Vaillant 1931:301-304, Lám. 86). Aun persisten unas pocas formas lanceoladas que recuerdan a tipos paleoindios. Generalmente se usaban las mismas materias para fabricar las puntas como en las etapas anteriores; es decir, la obsidiana, el pedernal y el cuarzo. La mayoría de las puntas de proyectil del Formativo Medio son bastante pequeñas, de menos de 4.5 centímetros de largo, pero medianamente gruesas; muchas tienen los filos serrados, una característica que sólo se encuentra rara vez en las puntas de períodos más tardíos (Tolstoy 1971:277).

El Surgimiento de la Competencia en el Altiplano Central durante el Formativo Tardío (650-300 A.C.)

La influencia olmeca en la Meseta Central se cesó a mediados del Formativo Tardío. Este período de 650 a 300 A.C. fue caracterizado por un rápido desarrollo sociopolítico en varios sentidos, incluyendo el crecimiento de la población, una mayor nucleación demográfica en asentamientos más grandes, un aumento de la estratificación social dentro de y entre comunidades, la aparición de arquitectura cívica-ceremonial, adelantos en el control hidráulico tanto como la tecnología

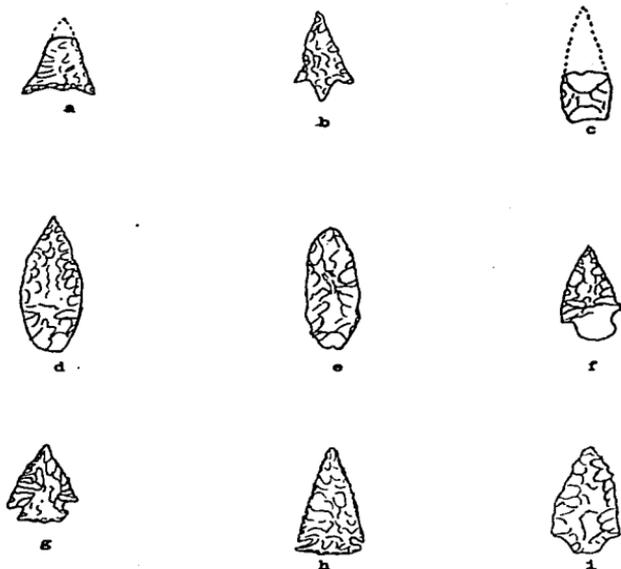


Figura 41. Puntas de proyectil típicas del Formativo en el Altiplano Central. Escala: 3:5 cm. a) Punta tipo Bassett; b) Punta tipo Perdiz; c) Punta parecida al tipo Agate Basin; d) Punta tipo Refugio; e) Punta tipo Lerma pequeño; f) Punta tipo Palmillas; g) Punta tipo Enscr; h) Punta tipo Marcos; i) Punta tipo Tlatilco (Tolstoy 1971; Fig. 2a, b, d, e, i, k, m, p, v).

de subsistencia, y la competencia entre las entidades políticas de la Meseta Central al extenderse. El alto grado de nucleación demográfica y de la agrupación de asentamientos, y la ubicación de algunas comunidades en lugares elevados fácilmente defendibles, sugieren que la competencia era un factor en el ambiente político del Formativo Tardío en el Altiplano Central.

La tasa del crecimiento demográfico aumentó ligeramente de la del período anterior, doblando la población cada 200 años. A fines del Formativo Tardío el número de habitantes en la Cuenca de México había ascendido a unos 80,000 (Sanders, Parsons y Santley 1979:183). Los sectores sur y oeste seguían siendo las áreas más densamente ocupadas durante esta época; dos tercios de la población total de la Cuenca todavía vivía en el área alrededor de los Lagos de Chalco y Xochimilco. Sin embargo, el crecimiento demográfico fue realmente mayor en las secciones este y sudeste, que no había tenido una población muy numerosa hasta este período; y asentamientos permanentes aparecen por primera vez en el tercio nortero de la Cuenca y en la región de Tula (Sanders, Parsons y Santley 1979:97 y Mapa 11). Se estabilizó el crecimiento demográfico en el Formativo Tardío en la zona de Cuauhtitlán-Tenayuca, que tuvo una población bastante grande durante el Formativo Temprano y Medio (Sanders, Parsons y Santley 1979:209). Los primeros asentamientos aparecen en lo que vendría a ser la ciudad de Teotihuacan; pero sólo eran unas simples aldeas en aquel momento.

La predilección por residir en grandes comunidades nucleadas continuó durante todo el Formativo Tardío, cuando más de la mitad de la población vivía en pueblos grandes o en pequeños centros regionales con arquitectura cívica-ceremonial modesta, los que aparecen por primera vez en este período en la mitad sur de la Cuenca. Hasta la fecha

se ha localizado media docena de tales centros regionales--dos contiguos en la regi3n de Chalco, dos en la Península de Ixtapalapa, uno en la regi3n de Texcoco, y el gran pueblo de Cuicuilco en la orilla occidental del Lago de Xochimilco. Los primeros cinco sitios van desde 70 a más de 100 hectáreas de tama1o, y sus poblaciones variaban de 1,000 a 3,500 personas (Sanders, Parsons y Santley 1979:97).

Puesto que la mayor parte de Cuicuilco est1 cubierto de lava de las erupciones del Volc1n de Xitle y de la ocupaci3n urbana contempor1nea, ya no se puede determinar la extensi3n del asentamiento durante el Formativo Tardío; sin embargo, se supone que Cuicuilco era un centro regional sustancial de hasta 10,000 habitantes, basado en el tama1o estimado del pueblo del Formativo Terminal y en la escasez de sitios en los alrededores del Lago de Xochimilco (Parsons 1976:80). Parece que esta enorme comunidad ya estaba atrayendo una parte significativa de la poblaci3n de la Cuenca suroeste y occidental adentro de sus confines, y ya tena arquitectura monumental.

Tambi3n en el Formativo Tardío se ve por primera vez la agrupaci3n de comunidades, generalmente alrededor de estos centros regionales. Estos agregados pueden representar peque1as entidades polıticas aut3nomas como cacicazgos, o quiz1s a1n minúsculos estados incipientes, con varios miles de habitantes cada una. A pesar de que no se ha discernido ning1n centro regional hasta la fecha en el centro-oeste del Valle de M3xico, que abarca la planicie de Cuauhtitl1n y la Sierra de Guadalupe (quiz1s por la presencia de Cuicuilco a unos 15 kil3metros al sur), se encuentra cuando menos una de estas agrupaciones, y tal vez dos, que incluy3 media docena de pueblos grandes. Se puede distinguir cuando menos dos agregados de asentamientos en la regi3n de Texcoco, y posiblemente hubo un tercero en la Sierra Patlachique entre

esta región y el Valle de Teotihuacan (Parsons 1971b:184; Sanders, Parsons y Santley 1979:198 y Mapa 11). La más grande de estas unidades autónomas y la más desarrollada políticamente de la Cuenca estaba centrada en Cuicuilco, en el suroeste del Valle. Aunque no se sabe qué grande fue el área que Cuicuilco realmente controló, es muy posible que ya dominó gran parte de la Cuenca meridional, incluso varios otros centros pequeños.

Evidencia para la división social en rangos durante el Formativo Tardío proviene de sitios residenciales tanto como de entierros. Tales indicios incluyen una residencia más grande que lo normal para el jefe de la comunidad y su familia, la colocación de un santuario y una mayor cantidad de artículos rituales y exóticos en esta casa. Esto implica que el jefe ejerció algún control sobre la religión tanto como la economía local. Se inició la especialización económica, de todos modos a medio tiempo, durante esta fase, aunque la mayor parte de las familias seguían produciendo casi todos sus propios alimentos, viviendas, herramientas y cerámica. La especialización económica incipiente fomentó el intercambio entre las comunidades del Altiplano Central, que los jefes locales no vacilaban en someter a su propio control, de este modo haciendo más intensa la diferenciación social y acelerando la evolución de las instituciones políticas. Es interesante notar que, según parece, el tráfico de larga distancia en artículos santuarios bajó significativamente durante el Formativo Tardío, mientras que se aumentó el intercambio local de recursos escasos localizados (Sanders, Parsons y Santley 1979:310-334; Blanton 1976:189-190; Parsons 1971b:185).

En Morelos la decadencia de Chalcatzingo alrededor de 500 A.C. produjo unos cambios significativos en el patrón de asentamiento y en la distribución demográfica. Se ha identificado cuando menos cuatro agru-

paciones distintas, que consisten en varios caseríos o pequeñas aldeas concentrados en un centro regional que tenía un tamaño de unos 30 hasta 70 hectáreas cada uno, y cuyas poblaciones variaban desde 1,500 a 3,000 habitantes. Arquitectura ceremonial ocurre no sólo en los centros sino que también en algunas aldeas pequeñas. Según parece, la población total del Valle de Amatzinac en el este de Morelos no aumentó de la de la fase anterior; sin embargo el número de habitantes del Morelos occidental sí creció bastante (Hirth 1980a:43-45; Hirth 1977:7). Aparece un poblado con arquitectura cívica-ceremonial y cubriendo más de 60 hectáreas en la cima de una colina en Coatlán del Río en el suroeste del estado; también se hallan otros sitios bastante grandes con estructuras cívicas-ceremoniales en los cerros y lomas a lo largo del Río Chalma (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:349-350 y 286-288). Los restos materiales, sobre todo la cerámica y las figurillas (la cerámica Ticomán, figurillas tipo H), demuestran que la gente de Morelos mantenía relaciones muy estrechas con Cuicuilco (Hirth 1980a:91-93; Hirth 1977:10-13; Sugiyama Yamamoto y Cyphers Guillén 1979:105). La impresión general es que Morelos ya no es el área dominante del Altiplano Central, sino que los pequeños cacicazgos independientes de las diversas regiones delineados por las agrupaciones de asentamientos emprendían el intercambio y la competencia entre sí como iguales.

El área alrededor de Cholula fue caracterizada por el crecimiento considerable y la nucleación de población durante el Formativo Tardío. Dumond (1972:117-119) calcula que la población total de la región de Puebla-Tlaxcala ascendió a 100,000 durante el Formativo Tardío. Fowler (1968:63) describe el patrón de asentamiento en el Valle de Puebla en aquel tiempo como "... una serie de pueblos y sus territorios sustentados casi lado a lado el uno al otro." El más grande de estos sitios

probablemente fue Amalucan, que tuvo varios grupos de estructuras cívicas-ceremoniales, colocadas alrededor de plazas; uno de estos conjuntos se ubicó encima de un cerro cónico. Se ha estimado que el tamaño entero de Amalucan llegó a 10 km.², o casi el doble de la supuesta extensión de Cuicuilco (Fowler 1968:63; Sanders 1965:169). Existían varios otros sitios grandes en el Valle de Puebla durante el Formativo Tardío, incluso Cholula y Totimehuacan.

Varios rasgos nuevos que aparecen en la alfarería de la Cuenca de México durante el Formativo Tardío, como la pintura negativa, la decoración policroma, la cerámica rojo sobre café claro, nuevas formas de vasijas y soportes, y diferentes tipos de figurillas, son atribuidos a la región de Puebla y Morelos. Por eso algunas autoridades (por ejemplo Noguera 1975:82) sugieren que sucedió un cambio en grande en la población de la Cuenca, quizás como resultado de la conquista;³⁷ pero no parece muy plausible. Aunque pequeños grupos de gente podían haber emigrado a la Cuenca desde esta área al sudeste, y probablemente se emprendían choques entre los cacicazgos de las dos regiones, no se ha encontrado evidencia arqueológica para una conquista. No obstante, parece que el área de Cholula había llegado a ser un factor dominante en la escena política del Altiplano Central en el Formativo Tardío.

Durante el Formativo Tardío, el norte del Valle de Puebla sostuvo un aumento dramático de población de 300% más de la del período anterior. La mayoría de los habitantes vivían en grandes aldeas nucleadas o pueblos con arquitectura cívica-ceremonial, que aparecen por primera vez, bien que todavía existían los caseríos y pequeñas comunidades dispersas.

³⁷ McBride (1977:388) propone que la aparición repentina de la nueva tradición cerámica por todo el Valle de México indica que la Cuenca formó parte de un nuevo sistema político basado en la región de Cholula, y además que hubo un cambio parcial en la población.

Como en el resto del Altiplano Central, las agrupaciones de sitios indican la presencia de cacicazgos autónomos y bien organizados, o quizás de minúsculos estados incipientes. Se colocaron muchos sitios en las cumbres, en las laderas o al pie de grandes cerros y elevaciones, rodeados muchas veces de barrancas profundas y siempre cerca de un manantial de agua permanente. Como en otras áreas, se ha encontrado indicios de la especialización económica, la diferenciación social y el control hidráulico en Tlaxcala para el Formativo Tardío (García Cook 1976:26-34; Snow 1969:137).

El tercio norteño de la Cuenca y la región de Tula se quedaron bastante al margen de los acontecimientos que tenían lugar en otras áreas del Altiplano Central. Con una sola excepción la población relativamente esparcida se distribuía en pequeños caseríos y aldeas. Se ha localizado solamente un pequeño centro de unas 15 hectáreas con arquitectura cívica-ceremonial en Tepeji del Río, que está ubicado por un paso mayor llevando a la región de Tula desde la Cuenca. Las semejanzas tan cercanas de la cerámica con la tradición de Cuicuilco-Ticomán (la Ticomán rojo sobre bayo, la policroma Ticomán, figurillas tipo H-4) indican que se mantenían relaciones estrechas con la Cuenca (Cobean 1978: 80-81; Cobean 1974:9-10). Es muy verisímil que unos individuos emigraron a la tierra casi desocupada del norte a medida que se aumentaba la población en el sur.

También el Valle de Toluca se rezagó algo de la Cuenca y de las demás regiones de la Meseta Central en cuanto al desarrollo sociopolítico. Aun cuando se aumentó la población, solamente se ha identificado 19 sitios del Formativo Tardío, ninguno de los cuales presenta ninguna evidencia de arquitectura ceremonial, diferenciación social ni de asentamiento, ni de la especialización económica (Sugiura Yamamoto y Cyphers

Guillén 1979:104-105).

Aunque ocurrían indudablemente confrontaciones entre los diferentes grupos o cacicazgos del Altiplano Central durante el Formativo Tardío, es difícil obtener evidencia arqueológica directa. Según parece, no se aumentó notablemente la cantidad de armas potenciales. Desaparecen las puntas lanceoladas y de otras formas que recuerdan a las puntas de proyectil utilizadas por los cazadores-recolectores del Arcaico, y las reemplazan tipos con talón acampanado, redondo o triangular (Figura 41); especímenes con espigas; y puntas de base redonda, incluyendo de forma ovada (Tolstoy 1971:277-281, Fig. 2 y 3, Cuadro 2; Vaillant 1931:301-303 y Lám. LXXXVI). Hasta la fecha no se ha encontrado ninguna representación definitiva de guerreros ni de batallas que se remonta a esta época en la Meseta Central, aunque aparecen unas en el arte oaxaqueño y de Izapa del Formativo Tardío (Marcus 1976). Esto refleja la falta de un gobierno centralizado en el Altiplano Central en aquel tiempo; a lo mejor los jefes de los pequeños cacicazgos no tenían los recursos ni la autoridad para comisionar obras de arte monumental.

No se ha descubierto ningunas fortificaciones en sitios del Formativo Tardío; no obstante, un aspecto de la ubicación de asentamientos es de interés para este estudio. Se ha observado que los habitantes de la región de Puebla-Tlaxcala y tal vez el oeste de Morelos al parecer preferían localidades encima, en las faldas, o a pie de los cerros y elevaciones (García Cook 1976:27; Hirth 1977:9). En el Valle de Teotihuacan también los asentamientos ocurren frecuentemente en terreno montuoso, mientras que en la región de Texcoco al parecer se daba preferencia a las situaciones cerca de o a pie de los cerros o elevaciones (Parsons 1971b:185; Sanders 1965:94). Aunque las consideraciones primarias al determinar la ubicación de los sitios fueron un manantial permanente de

agua y buenas tierras cultivables, parece muy probable que se escogieron estas localidades pensando tanto en la defensa como en la subsistencia. Se debe notar que se ve esta inclinación por asentarse en o cerca de posiciones elevadas fácilmente defendibles casi exclusivamente en las áreas al sur y al este de la Cuenca, o sea en las regiones más avanzadas del Altiplano Central en aquel tiempo, y en la parte oriental de la misma Cuenca (Figura 42); no se puede distinguir tal preferencia en el patrón de asentamiento de los sectores occidental o meridional del Valle de México. Esto puede indicar que los choques militares eran más frecuentes o de más consecuencia en aquellas áreas durante el Formativo Tardío. Quizás había menos competencia en el sur y oeste de la Cuenca, por ser dominados por Cuicuilco ya; mientras que la región de Puebla-Tlaxcala, Morelos y el este de la Cuenca estaban divididos en entidades autónomas y combatientes.

La Guerra en el Desarrollo de Teotihuacan durante el
Formativo Terminal (300 A.C.--120 D.C.)

El Formativo Terminal fue una época de considerable expansión y cambio cultural en la Cuenca de México. Durante este período los numerosos pequeños cacicazgos independientes que habían surgido durante la fase anterior se convirtieron en cuando menos dos estadios autónomos que competían entre sí por la supremacía dentro de la Cuenca. A fines del Formativo Terminal, Teotihuacan había surgido como la entidad política más grande y más próspera del Valle de México, un estado maduro caracterizado por la urbanización con arquitectura cívica-ceremonial en grande, la especialización económica que incluía un sistema elaborado de mercados, y la estratificación social en varias clases bien definidas; y que logró ejercer enorme influencia no sólo en el resto de la Cuenca, sino que también en gran parte de la Meseta Central y otras partes de

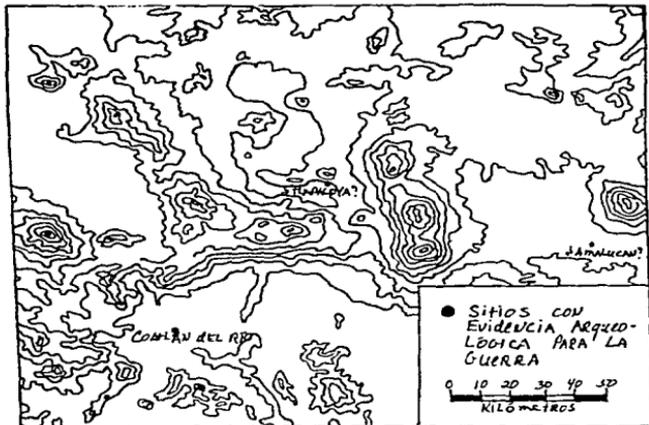


Figura 42. Distribución geográfica de sitios con posible evidencia arqueológica para la guerra en el Altiplano Central durante el Formativo Tardío (basado en Hirth 1984:580, Fig. 1). La evidencia para la guerra es ambigua para este período. Consiste en la ubicación de unos sitios en lugares elevados, quizás por razones defensivas, y en figurillas que posiblemente representan guerreros.

Mesoamérica durante el período siguiente. En todo caso el Formativo Terminal es de significado particular puesto que se encuentra considerable evidencia para la guerra en la Meseta Central durante esta fase (Figura 43 y Cuadro 5).

Competencia en la Cuenca de México durante la
Primera Fase del Formativo Terminal

Durante la primera mitad del Formativo Terminal la población siguió creciendo a más o menos la misma tasa del período anterior, es decir a 0.32% por año; de resultas, el número de habitantes casi fue doblado a 145,000 para 100 A.C. (Sanders, Parsons y Santley 1979:183-187). La gente todavía prefería residir en grandes comunidades nucleadas; hasta tres cuartos de la población vivía en aldeas grandes o en centros regionales. El período se caracterizó por una jerarquía compleja de sitios y por la diversificación regional en cuanto a patrones de asentamiento y al crecimiento y distribución demográficos.

Al principio del Formativo Terminal, un mínimo de seis entidades políticas autónomas competían entre sí en la Cuenca por el predominio político y económico.³⁸ Cada una de estas ciudades-estado estuvo compuesto de cuando menos un centro con arquitectura cívica-ceremonial en lo que vivió más que la mitad de la población, circundado de varios aldeas y caseríos dependientes. Áreas esparcidamente habitadas que se recuerdan a zonas tapones o buffer zones entre estados beligerantes separaron estas agrupaciones (Sanders, Parsons y Santley 1979:98-108 y Mapas 12 y 13; Sanders 1965:167-172; Parsons 1971b:187-193).

³⁸Usando la fórmula elaborada por Alden (1979:193-195) para determinar el grado de la competencia en una área, he calculado que la proporción de la desviación estándar de la población de las agrupaciones a la población media de las agrupaciones para la primera mitad del Formativo Terminal llega a 0.75, lo que es ligeramente más alta que el cálculo de Alden para el Epiciánico, que es el 0.72.

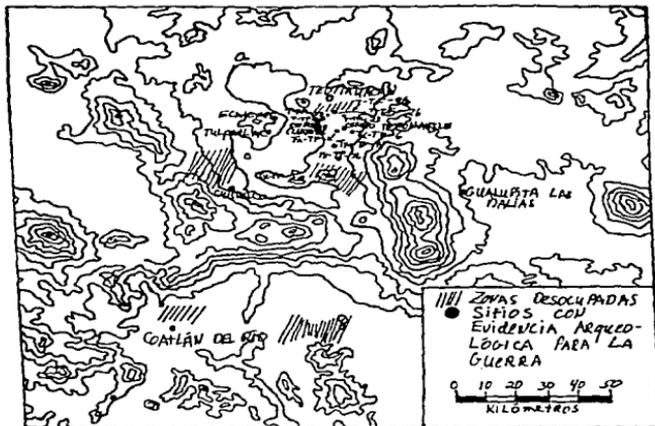


Figura 43. Distribución geográfica de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Altiplano Central durante el Formativo Terminal (basado en Hirth 1984:580, Fig. 1).

CUADRO 5

RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
ALTIPLANO CENTRAL EN EL FORMATIVO TERMINAL

Sitio	Fortifi- caciones	Ubica- ción del sitio	Guerreros y tizas militares en el arte	Armas	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio
Cerro Cuatpec		X		X	X	
Cerro Teponaxtle	X	X				
T-TF-23		X				
T-TF-26		X				
T-TF-33		X				
T-TF-34		X				
T-TF-96		X				
Tx-TF-2		X				
Tx-TF-6		X				
Tx-TF-14		X				
Tx-TF-36		X				
Ix-TF-5	X	X				
Ecatepec		X				
Tulpetlac		X				
Gualupita las Dalias	X	X				
Coatlán del Río		X				

Aunque el tercio sureño de la Cuenca siguió siendo un área densamente ocupada comparada con las demás regiones durante la primera fase del Formativo Terminal, la tasa de crecimiento demográfico declinó severamente, de suerte que la población dejó de crecer y de hecho decayó algo (Parsons et al. 1982:265). Más de dos terceras partes de la gente vivió en seis centros regionales; el 87% residió en comunidades grandes en general; y aproximadamente el 40% de la población de la Cuenca sureña ocupó Cuicuilco, probablemente el poblado más grande en el Valle de México durante esta fase. Ya no se puede determinar la extensión exacta del pueblo. Se ha calculado que la zona urbanizada cubrió unos 4 o 5 km.², con una población mínima de 20,000 (Sanders, Parsons y Santley 1979:99). Estuvo muy esparcido el asentamiento humano en el piedemonte tanto como en la zona aluvial al este y al norte del sitio, lo que indica que Cuicuilco había incorporado casi todos los habitantes de la Cuenca suroeste para principios del Formativo Terminal, y tal vez aún de la región de Cuauhtitlán, en donde se disminuyó la población por el 30% (Sanders, Parsons y Santley 1979:99-101, 190-196 y 209-212; Sanders 1965:168). Se han descubierto varias pirámides y otras estructuras cívicas dentro de Cuicuilco, algunas de las cuales alcanzaron proporciones monumentales.

El corazón de Cuicuilco se centró en la enorme plataforma redonda que se ve hoy día en su última forma, con un diámetro de 120 metros. La estructura de tierra fue revestido de crudos bloques de lava, y las paredes son bastante formidables. La estructura fue provisto de muros formidables de 2 a 3 metros de espesor y de un parapeto de piedra de unos 7.8 metros de ancho y un metro de alto. La plataforma encima de la estructura engrandecida, sobre la cual se había erigido unos altares de adobe, tiene unos 27 metros sobre el nivel de la tierra (Cummings

1933:24-36; Sanders, Parsons y Santley 1979:76). Evidentemente la pirámide mayor de Cuicuilco, con su tamaño imponente y su parapeto, pudo haber servido de refugio fortificado para los habitantes, además de su uso principal, lo ceremonial, igual que los templos-pirámides del Postclásico.

A pesar de que todavía estaba densamente ocupada, el rincón sudeste de la Cuenca sufrió una ligera disminución de población durante la primera mitad del Formativo Terminal (Parsons 1971a:48-49; Sanders, Parsons y Santley 1979:99). La relación entre la región de Chalco y Cuicuilco no es clara. Parece que aquella área todavía estaba en gran parte independiente de Cuicuilco, aun cuando este gran centro podía haber atraído algunas personas de la Cuenca sudeste. Según parece, las consideraciones defensivas no influyeron en la ubicación de sitios en este área como en el norte, y hasta la fecha no se ha encontrado ninguna evidencia de fortificaciones en la región de Chalco. No obstante, la colocación de las comunidades más grandes de la región de Chalco cerca de su límite norteño, a más distancia posible de Cuicuilco, puede reflejar una situación competidor, o tal vez aún belicosa, entre las dos entidades (Sanders, Parsons y Santley 1979:Mapa 12).

Inmediatamente al norte del área de Chalco, en la Península de Ixtapalapa y el territorio al este, ocurrió un trastorno mayor en el patrón de asentamiento de la fase anterior. Para empezar, la población se disminuyó un 15%. En segundo lugar, se abandonó el asentamiento más grande del período anterior, y se fundó un nuevo centro en una loma arriba en terreno montañoso. Del mismo modo se colocaron varias otras comunidades grandes en lugares altos, fácilmente defendibles. La mayor parte de la población de la Península vivió en estos grandes poblados nucleados. Además, el nuevo centro regional fue cercado de enormes muros de piedra (Blanton 1972:58-60; Sanders, Parsons y Santley 1979:99-103 y 196-197).

El abandono casi completo del área inmediatamente al este de la Península de Ixtapalapa le da el aspecto de una zona tapón desahabitada entre entidades hostiles, y proporciona más evidencia de conflicto (Sanders, Parsons y Santley 1979: Mapa 12). Se ha visto estos cambios como indicios de la competencia entre Cuicuilco y Teotihuacan; sin embargo, pueden ser sintomáticos de la guerra local también.

A diferencia del resto de la Cuenca, la población de la mitad oriental de la Cuenca al norte de la Península de Ixtapalapa creció dramáticamente sobre la del Formativo Tardío. Otra vez se encuentra que a principios del Formativo Terminal, se abandonaron muchos sitios del Formativo Tardío, y se establecieron nuevas comunidades, muchas veces en terreno escarpado en donde la topografía local proporcionó unas ventajas estratégicas para los defensores. En la región texcocana, cuando menos tres cuartos de la gente vivió en grandes asentamientos nucleados, varios de los cuales ya tenían estructuras bastante grandes (Parsons 1971b: 153, 157-158, 189-192; Sanders, Parsons y Santley 1979: 101, 198-202).

Durante los primeros 50 a 100 años del Formativo Terminal, se dividió la Cuenca oriental en varias pequeñas entidades autónomas descritas por las agrupaciones de asentamientos. Uno de estos agregados se halló en la región de Chalco; otro en la Península de Ixtapalapa y el área de Chimalhuacán; se puede distinguir un tercer grupo a lo largo del piedemonte en el centro de la región de Texcoco; y una cuarta agrupación, algo más pequeña que las demás, centrada en Teotihuacan. Tal vez hubo otra entidad distinta en la Sierra Patlachique. Con excepción de lo del Valle de Teotihuacan, cada agregado tuvo una población estimada de unos 15,000, por la mayor parte concentrada en varios grandes poblados nucleados con arquitectura pública. Zonas virtualmente desocupadas separaron a cada agregado de las entidades colindantes (Sanders, Par-

sons y Santley 1979:102-103).

Los llamados "centros Tezoyuca" ubicados en las cimas de los cerros (Tezoyuca hilltop centers) se hicieron un rasgo único de la sección oriental de la Cuenca que ocurren solamente durante esta fase, que es la primera parte o fase Tezoyuca del Formativo Terminal. Estos se colocaron invariablemente encima de cerros escarpados y aislados rodeados de sus poblaciones sustentantes que vivieron en caseríos y aldeas. Los centros mismos cubren áreas más bien pequeñas, pero fueron muy densamente poblados y tuvieron una alta proporción de estructuras cívicas-ceremoniales comparado con los demás sitios de este período. El predominio de arquitectura pública más las pequeñas poblaciones, que se calculan que fueron entre 300 y 600 personas cada uno, sugieren que estos centros pudieron haber sido las residencias de los jefes, sus familias y otros miembros principales de la sociedad únicamente (Sanders 1965:169-170), al mismo tiempo que proporcionaron un refugio para el resto de la gente cuando fue atacada.

No cabe duda de la naturaleza defensiva de la ubicación de estos centros, en las cumbres de cerros empinados, que estaría ordinariamente una posición más bien inconveniente para asentamientos. Hay otros indicios de que estos centros servían de fuertes en defensa de los habitantes locales. En el sitio típico de la fase Tezoyuca, encima del Cerro Cuatpec cerca de la desembocadura del Río de San Juan y el único centro Tezoyuca excavado hasta la fecha, el número de puntas de proyectil encontradas es significativamente más alto que el del período anterior del Formativo Tardío, al tiempo que la caza estaba decayendo de importancia económica (Sanders 1965:169-170). Además, grandes cantidades de fragmentos de arcilla quemados y la demolición intencional de una escalinata sugieren que el sitio fue destruido de propósito (West

1965:200). Un complejo que parece ser una fortaleza domina otro centro Tezoyuca ubicado en el norte de la región de Texcoco; los distritos residenciales y ceremoniales se encuentran hacia abajo en las laderas del cerro.

El complejo de "fortaleza" ocupa la punta más alta en la cumbre del cerro, unos 5 a 6 metros sobre el nivel del recinto ceremonial-cívico, al sudeste. El rasgo sobresaliente de la zona de "fortaleza" es la gran serie de cimacios preservados de muros de piedra que delinean una serie compleja de patrones de cuartos y terrazas (Fig. 4). Estos muros generalmente tienen más de 50 centímetros de espesor, y miden hasta 64 metros de largo. El hecho de que estos muros son tan sólidos y extensos, y que según parece forman pasillos largos y angostos con pocas entradas, sugiere superficialmente una fortaleza o una función defensiva (Parsons 1971b:38-41).

Nueve de estos centros Tezoyuca están ubicados en las cumbres de las colinas alrededor del perímetro de la Sierra Patlachique, donde el Valle de Teotihuacán se encuentra con Texcoco; se han descubierto dos otros centros en la región central de Texcoco, y dos más en la periferia oriental de la Sierra de Guadalupe en el otro lado del Lago de Texcoco (Sanders, Parsons y Santley 1979:104). Se ha sugerido que cada centro Tezoyuca con sus caseríos circundantes representa una pequeña unidad independiente en competencia con sus contrapartes (Sanders 1965:95-96 y 169-170; Sanders, Parsons y Santley 1979:104-105). No obstante, la proximidad de varios centros parece contradecir la conclusión de que fueron entidades distintas. Se debe recordar que estos centros fueron ocupados únicamente durante la primera fase del Formativo Terminal, antes de que Teotihuacán se había convertido en un poder para tomar en cuenta. En realidad, Teotihuacán aparentemente fue una comunidad bastante pequeña para un centro regional, con una población de no más de dos mil o cosa así, de todos modos a principios de esta fase. Es más probable que hubo conflicto entre el grupo ocupando el Valle de Teotihuacán y lo de la región de Texcoco, cada uno de los cuales estaba tratando de repulsar las

intrusiones del otro.

Se ha propuesto que ciertos rasgos nuevos que aparecen en la cerámica Tezoyuca, tales como la distintiva cerámica blanco sobre rojo y figurillas del tipo H-4, indican que influencias desde el área al noroeste del Valle de México, sobre todo de la tradición Chupicuaro, y tal vez hasta inmigrantes de aquella área, se estaban infiltrando la Cuenca.³⁹ Se introdujeron otros elementos del área de Cholula al sudeste de la Cuenca, por ejemplo vasijas con pintura negativa, comales y ciertas formas cerámicas (Sanders 1965:94-98; West 1965:196-201; No-guera 1975:102 y 129; Sanders, Parsons y Santley 1979:104-105 y 445-446; McBride 1977:389). La aparición de estas características no significa que algún grupo de cualquiera de estas dos regiones haya invadido alguna parte de la Cuenca; pero es posible que unos individuos de estas áreas entraron a la Cuenca y se establecieron allí, trayendo con ellos nuevos artículos e ideas, y casándose con los naturales.

Hace menos de 100 años después de empezar el Formativo Terminal--es decir, poco después de 250 A.C.--se abandonaron los centros Tezoyuca, y la cerámica Tezoyuca fue reemplazada por el complejo Patlachique, con diferentes formas y un bajo porcentaje de decoración pintada. El uso de un tipo cerámico distinto, el abandono de los centros Tezoyuca ubicados encima de los cerros, y la nucleación muy aumentada de asentamientos que pudo haber incluido la dislocación de población, parecen reflejar una situación política cambiada en la Cuenca. La población de Teotihuacan ya había alcanzado de 20,000 a 40,000 personas, quienes ocuparon entre 6 y 8 km.² de espacio. El pueblo ya tenía arquitectura mo-

³⁹También se ha propuesto que la gente que produjo el complejo cerámico Patlachique tampoco fue de origen local, sino que provinieron de Cuicuilco después de la destrucción de aquella ciudad (West 1965: 196-200).

numental, y dio habitación a más del 90% de toda la población del Valle de Teotihuacan en lo que llegaría a ser los sectores noroeste y norte-central de la metrópoli clásica (Cowgill 1974:381-384; Sanders, Parsons y Santley 1979:101-105 y 201-206). La desaparición de los centros Tezoyuca sugiere que ya no se los necesitaron porque el norte de la región texcocana ya se había sometido a la dominación teotihuacana. Para entonces Cuicuilco fue el único centro que podía competir con el estado teotihuacano en tamaño e importancia; probablemente controló la mayor parte de la Cuenca meridional. En la Península de Ixtapalapa, la disminución demográfica y la colocación de los principales centros de población en lugares de terreno quebrado donde la topografía contribuía a la defensa, más el abandono casi completo de la parte oriental de la Península y del sudeste de la región texcocana; todos estos factores combinados dan a esta área la impresión de una zona tapón entre las dos potencias mayores de la Cuenca--Teotihuacan y Cuicuilco--que ahora se enfrentaron a través de los lagos, disputándose el control del Valle de México. Asimismo la región de Tacuba, que también quedó en gran parte despoblada en aquel tiempo, probablemente sirvió de una zona fronteriza entre los territorios de los dos rivales (Sanders, Parsons y Santley 1979:99-105 y 381-382; Earle 1976:211; Blanton 1972:62-64).

En resumen, hay sustanciosa evidencia arquitectónica y de asentamiento para la guerra en la Cuenca de México durante el Formativo Terminal. A principios de la fase cuando la Cuenca se dividió políticamente en varias ciudades-estados competidores, probablemente las luchas eran localizadas. A medida que ganara momento el proceso de centralización, la guerra se hizo más general, y tuvo lugar entre las entidades más grandes tanto como al nivel local:

Podemos describir tres tipos o niveles de competencia hipotéticos en el horizonte Tezoyuca-Patlachique: (1) al nivel más alto, entre los principales centros regionales de Cuicuilco y Teotihuacan, en el cual la preocupación primaria fue por obtener la fidelidad de los centros políticos secundarios para propósitos del comercio, tributo y alianzas militares; (2) a un nivel intermedio, entre un centro mayor (Cuicuilco o Teotihuacan) y cualquiera de varios centros secundarios que intentara resistir los esfuerzos del centro mayor para incorporarlo dentro de su red simbiótica-extractiva; y (3) al nivel más bajo, entre centros secundarios individuales, por el acceso a los recursos locales.

La conceptualización del horizonte Tezoyuca-Patlachique como una era de competencia intensiva, a varios niveles, entre distintas entidades políticas, parece particularmente atractiva porque se presta bien a la comprensión de algunas de las implicaciones socio-políticas de los cambios más bien repentinos y asombrosos en la configuración de asentamiento regional que empezaron a tener lugar a principios del primer milenario D.C. (Parsons 1971b:193).

Áreas al Sur y Este de la Cuenca en el Formativo Terminal

Igual que en la Cuenca de México, el Formativo Terminal en la región de Puebla-Tlaxcala fue una época de crecimiento y nucleación de población, de centralización política, y de considerable conflicto entre las varias pequeñas ciudades-estados independientes que habían surgido para entonces. Se aumentó el número de sitios, y se extendió el asentamiento humano hasta zonas antes desocupadas. La gente estuvo concentrada en grandes aldeas o pueblos que tenían arquitectura pública monumental y especialistas económicos; los pequeños asentamientos dispersos casi desaparecieron. Se ubicaron muchos sitios grandes encima de cerros escarpados rodeados de barrancas. Se ha identificado cuando menos una docena de estas ciudades-estados pequeñas en la región, cada una de las cuales estuvo compuesta de al menos una de estas comunidades grandes, junto con el territorio circundante (García Cook 1976:36-48; García Cook 1974:85-87). Para esta época Cholula probablemente ya se ha hecho un centro bastante grande con arquitectura pública monumental, que controló una buena parte del sur del Valle de Puebla (Muller 1973;

20). A pesar de que la cerámica demuestra que se mantenían relaciones estrechas con el Valle de México, no se ha encontrado evidencia de que la región de Puebla-Tlaxcala estuviera de ninguna manera subordinada a cualquier grupo en la Cuenca de México; de hecho, García Cook (1974: 88-90 y 1976:45-48) le llama a esta fase el "Clásico" de Tlaxcala, por su desarrollo cultural tan precoz y la densidad de su población en aquel tiempo.

Un gran centro de esta fase en el oeste de Puebla, Gualupita las Dalias, tiene la apariencia de un sitio fortificado. Se ubica en la falda de un cerro rodeado de dos barrancas profundas, que los habitantes habían modificado con intención para mejorar su utilidad como rasgos defensivos. Se han descubierto únicamente dos accesos al sitio-- el uno al extremo norte y el otro en el suroeste--precisamente por donde se encuentran también las estructuras más grandes. Se han identificado por lo menos cuatro plataformas colocadas en puntos estratégicos del sitio para dominar el área circundante y los accesos; además, se han hallado indicios de que habían existido algunas otras (García Cook y Rodríguez 1975). Así es que los datos arqueológicos indican que una situación política de competencia y conflicto prevalecía en la región de Puebla-Tlaxcala, igual que en la Cuenca de México.

Al parecer, las condiciones en Morelos difirieron algo de las que prevalecieron en la Cuenca de México y en el Valle poblano. La población del Valle del Amatzinac disminuyó de la fase anterior; y mientras que tuvo lugar alguna centralización política, el asentamiento fue menos nucleado que en la Cuenca. Hasta la fecha no se ha encontrado evidencia de fortificaciones, y se habían establecido sólo unas pocas comunidades en lugares donde las barrancas o el terreno quebrado les proporcionarían una defensa natural. Se dividió la región del Amatzinac en dos caci-

cazgos o ciudades-estados: uno en el norte centrado en Amacuitlapilco, y el otro en la parte sur del Valle, cuyo centro principal fue San Ignacio. Una "tierra de nadie" virtualmente despoblada separó las dos entidades (Hirth 1980a:43-54 y 91-93). Aunque no se ha encontrado evidencia directa para la guerra, esta zona deshabitada sugiere que las dos entidades se estaban compitiendo entre sí. Se ve una división semejante en la parte occidental del estado (Hirth 1977:7).

Mientras que Morelos había ejercido considerable influencia en los pueblos de la Cuenca durante el Formativo Temprano y Medio, los datos arqueológicos indican que ahora se devolvió la pelota. Las secciones norte-central y noroeste de Morelos mantenían lazos muy fuertes con Cuicuilco, tanto que unos autores (Parsons 1971b:238) piensan que aquella área fue en realidad sometida a esta ciudad, y tal vez el Valle de Toluca también. El gran sitio de Coatlán del Rfo, ubicado en la cima de un cerro en el suroeste del estado (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:349-350), fue a lo mejor el centro cívico-ceremonial de un pequeño cacicazgo independiente. Es interesante notar que la población del norte del Valle del Amatzinac disminuyó, mientras que la del grupo sureño aumentó (Hirth 1980a:45-49). Esto puede significar que algunos habitantes del norte o buscaron refugio de las incursiones de Cuicuilco en el sur, o fueron relocalizados en esta ciudad.

El Surgimiento de Teotihuacan como el Único Centro de Poder en la Cuenca a Fines del Formativo Terminal

A mediados del Formativo Terminal--es decir, alrededor de 100 A.C.-- Cuicuilco dejó de ser un competidor de primera consideración por la supremacía en la Cuenca. No se sabe con seguridad la causa de esta decadencia. Cuicuilco todavía estaba ocupado durante la segunda mitad del Formativo Terminal, si bien ya no fue más que un pequeño centro local.

Parece que una erupción del Volcán de Xitle que pasó cerca de la ciudad a mediados de este período dañó severamente parte de su área de sostén (Sanders, Parsons y Santley 1979:76-77 y 106-107). Aparentemente este desastre natural redujo sustancialmente la base de subsistencia de Cuicuilco, de este modo haciéndole imposible seguir como un rival viable de Teotihuacan. Ya no quedó ninguna otra ciudad-estado en la Cuenca que pudo refrenar efectivamente la expansión de Teotihuacan.

En algunos aspectos Teotihuacan es una anomalía en cuanto a las ciudades preindustriales. Indudablemente fue una de las comunidades más grandes del mundo en su época, y a la verdad de todos los tiempos hasta este mismo siglo. Se estableció una proporción inaudita de la población regional en un sólo centro inmenso, causando una distribución demográfica sumamente desequilibrada, y una disminución de población en otras partes de la Cuenca. Además, la influencia de Teotihuacan se extendió hasta el Petén, y su control quizás hasta las tierras altas de Guatemala, a pesar de los medios de transporte y de comunicación tan primitivos de aquel tiempo. Es interesante notar que hasta hace 20 años se pensó que los teotihuacanos adquirieron y mantuvieron su imperio sin recurrir al uso de la fuerza militar, porque se habían descubierto muy pocos indicios de que aún existiera la guerra. Sin embargo, las investigaciones recientes, más una reinterpretación de los datos existentes, demuestran que el Clásico no fue un período absolutamente pacífico, como se había pensado antes, y que en realidad la guerra jugó un papel bastante significativo en el desarrollo y decadencia del estado teotihuacano.

Durante la última parte del Formativo Terminal, llamada la fase Tzacualli, que duró desde el principio de la era cristiana hasta 150 D.C., la ciudad de Teotihuacan creció a un paso asombroso, con una población estimada de 60,000 a 80,000 o más ocupando una área de 20 a 22 km.²

(Cowgill 1974:385-387; R. Millon 1973:93). Se trasladó el foco central de la zona urbana al sudeste. Aparentemente se trazó el eje principal, la llamada "Calle de los Muertos," durante esta fase; y muchas estructuras como la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna, y la Ciudadela, ya habían alcanzado proporciones monumentales, si bien todavía no se erigieron los conjuntos departamentales.

No obstante, el aspecto más destacado del asentamiento humano durante esta fase es la colocación de hasta el 80%, o tal vez aún el 90%, de la población total de la Cuenca de México en la ciudad de Teotihuacan. Se ha calculado que la población total de la Cuenca fuera de Teotihuacan no se excedió 15,000 (Sanders, Parsons y Santley 1979:107). Esto significa que el número de habitantes de todas las demás subregiones declinó drásticamente, sobre todo en el sudeste y en Texcoco. Además, aquellos quienes vivieron fuera del centro urbano ahora residieron en pequeñas aldeas y caseríos que carecieron de arquitectura cívica-ceremonial, ya que se habían desaparecido casi todas las grandes comunidades nucleadas de los períodos anteriores. El tercio sureño de la Cuenca se quedó casi completamente despoblado; mientras que las regiones de Texcoco y Cuauh-titlán tuvieron poblaciones de sólo mil a varios millares (Sanders, Parsons y Santley 1979:106-107, 190-214 y Mapa 13; Parsons et al. 1982:265). De hecho, la zona al norte de Teotihuacan fue la única área en que realmente se extendió el asentamiento humano, fuera de la ciudad misma; un número sustancioso de aldeas surgieron en las regiones de Zumpango y de Temascalapa en la segunda fase del Formativo Terminal.

Una pregunta de primera consideración acerca del proyecto enorme de restablecimiento demográfico es cómo se lo llevaron a cabo. Por lo regular la gente no abandonan sus casas voluntariamente ni se trasladan a un nuevo lugar sin tener muy buenos motivos. Es preciso recordar que

un período evidentemente de competencia intensa había precedido la fase Tzacualli en la Cuenca, como se refleja en la presencia de los centros ubicados en los altos de los cerros y zonas desocupadas entre las entidades políticas. Me parece muy plausible que el estado teotihuacano resolvió recolocar forzosamente a tanta gente por ser el modo más seguro de controlar sus antiguos adversarios e insurgentes potenciales. Por supuesto que esto no fue necesariamente la única razón, ni el único método usado para realizar esta meta. La existencia de un centro religioso mayor ya bien establecido en Teotihuacan pudo haber sido aprovechado por sus gobernadores para atraer la gente a la ciudad, junto con la participación en su sistema de mercado comprensivo que se estaba desarrollando rápidamente. Durante toda la historia de Mesoamérica, el ritual y el sistema de creencias jugaban un papel importante en afirmar la legitimidad del estado y de sus acciones, en obtener la lealtad de los habitantes y en integrarlos en un sistema social funcional; seguramente fue así también durante la fase Tzacualli (R. Millon 1981: 232-235; R. Millon 1976:241-244). Por lo tanto, probablemente sería correcto llamar al gobierno teotihuacano una teocracia militar, aun en aquella etapa temprana (véase la nota 33, pág. 217-218).

Sin embargo, un restablecimiento demográfico tan extremo tendría un efecto profundo en el sistema económico y social, tanto como en la población misma. Esto se refleja en una disminución de la población total de la Cuenca durante la fase Tzacualli, desde unos 145,000 en la primera parte del Formativo Terminal, a sólo unos 80,000 a 120,000 personas en la fase Tzacualli (Sanders, Parsons y Santley 1979:183-186), incluyendo Teotihuacan. De hecho, puede ser que la reducción se debe en parte al conflicto que tuvo lugar durante la fase antecedente, tanto como a la oposición a la recolocación forzada. El hecho de que las

demás regiones de la Cuenca fueron repobladas durante el período siguiente, el Clásico Temprano, a saber las partes sur y oeste, también demuestra que el programa de recolocación demográfica fue ineficaz. Se puede imaginar que los problemas de alimentar a una población tan grande cuando la mayoría de los agricultores residían en la ciudad lejos de sus sembrados por cuando menos parte del año habrán sido considerables, y que una nucleación demográfica tan drástica es algo impracticable para una economía neolítica, aun cuando se practique el cultivo intensivo en la parte baja del Valle de Teotihuacan, por donde los manantiales permanentes sugieren que posiblemente ya existían jardines flotantes como chinampas (Sanders, Parsons y Santley 1979:268-269).

Todavía no se ha determinado la extensión exacta del estado teotihuacano en la fase Tzacualli. Se ha descubierto la cerámica tipo Tzacualli en varios sitios del período en la Cuenca, bien que en cantidades pequeñas debido a la población reducida, y parece verosímil que el resto de la Cuenca pagó tributo a Teotihuacan y estuvo bajo el dominio de esa ciudad tanto políticamente como económicamente. No obstante, la situación fuera de la Cuenca es algo diferente. Aunque se ha encontrado cerámica Tzacualli en la región de Puebla-Tlaxcala, en el este y el norte de Morelos y en el Valle de Toluca, al parecer no se cambiaron en realidad los patrones demográficos, ni se encuentran otros indicios de un gran trastorno político tal como se esperaría si Teotihuacan se hubiera arrogado el control de estas áreas (García Cook 1976:36-48; Hirth 1980a:54 y 92-93). No aparecen indicios definitivos de que Teotihuacan había subyugado estas regiones fuera de la Cuenca hasta el Clásico Temprano. Sin embargo, Teotihuacan ya controló al parecer la sección de la Cuenca al norte de Teotihuacan, el sur de Hidalgo y el noroeste de Tlaxcala, porque sólo se encuentra cerámica Tzacualli en estas áreas (Sanders, Parsons y

Santley 1979:102 y 399; Díaz Oyarzabal 1978:100-103).

La Guerra en la Expansión de Teotihuacan en Mesoamérica durante el Clásico Temprano (150-500 D.C.)

Durante el Clásico Temprano Teotihuacan creció de población, alcanzó el colmo de su complejidad arquitectónica y cultural, y extendió su esfera de influencia por todo el Altiplano Central y más allá. Teotihuacan alcanzó su tamaño máximo de 125,000 habitantes, o tal vez hasta 200,000 personas, ocupando más de 20 km.² durante la primera parte de este período (R. Millon 1976:212); después de eso, la ciudad misma creció muy poco (Cowgill 1977:183). Por otra parte, el resto de la Cuenca presenció un aumento significativo de población de la fase Tzacualli y una repoblación de la parte occidental y, en menor grado, del sur del Valle de México y Texcoco. La proporción de la población de la Cuenca que vivió en la ciudad misma durante el Clásico decayó del 80% o 90% en la fase Tzacualli, a un 50% o 60%. Aunque el Valle de México experimentó otra vez el crecimiento demográfico, el aumento fue sólo un 0.1% al año, o sea aproximadamente un tercio de la tasa de crecimiento del Formativo Temprano a través del Formativo Tardío (Sanders, Parsons y Santley 1979:109-116 y 183-184). La ubicación de asentamientos cerca de yacimientos de recursos naturales o en áreas de alto potencial agrícola, la uniformidad relativa y regularidad de asentamiento, indican que el restablecimiento de gente en las áreas rurales probablemente fue una política intencional por parte de los gobernantes de Teotihuacan para facilitar la explotación eficiente de los recursos de la Cuenca, mientras que al mismo tiempo mantener el control sobre la región y sus habitantes.

Para 300 D.C., la ciudad de Teotihuacan había alcanzado su apogeo clásico y además como una entidad bien planeada y políticamente integrada.

El centro político estuvo situado a lo largo de la Calle de los Muertos, el eje principal de la ciudad.⁴⁰ Estudios de las diferencias en los planes de los conjuntos, el tamaño de los cuartos, las técnicas de construcción, la ornamentación arquitectónica, la jerarquía elaborada de estructuras residenciales, los procedimientos y accesorios funerarios, y el consumo de artefactos revelan la gran complejidad de la sociedad teotihuacana, y que existían grandes disparidades en riqueza tanto como en oportunidad socioeconómica (R. Millon 1976:206-243; R. Millon 1981: 208-212; Seapowski 1981; Storey 1983; Sanders, Parsons y Santley 1979: 109-111). Además, tanto los restos materiales como unas pocas referencias muy breves en las fuentes históricas (p. ej. Clavijero 1968:60-61) sugieren que la población de Teotihuacan consistió en varios diferentes grupos étnicos y lingüísticos, incluyendo los nahuas, los otomfes, los olmeca-xicalancas, los oaxaqueños, tal vez unos huastecos, y otros (Armillas 1950:40-41; Chadwick 1966; R. Millon 1976:225 y 233-234).

El Imperio Teotihuacano

El corazón del imperio teotihuacano

Se calcula que el dominio teotihuacano del Clásico Temprano abarcó unos 25,000 km.², que tuvo 300,000 a 500,000 habitantes (R. Millon 1981:228), y que constó de varios distintos elementos que se integraron

⁴⁰El grado de planificación, el mero tamaño de la ciudad y de sus estructuras son verdaderamente extraordinarios por un sitio preindustrial. Teotihuacan tuvo además una economía diversificada y especializada, y una red de intercambio bien organizada que sirvieron para integrar los varios sectores en un sistema coherente (R. Millon 1976:228-244; Spence 1981). Se calcula que una tercera parte de la población fueron especialistas económicos y civiles y sus familias; los demás fueron agricultores, de quienes algunos no más vivían en la ciudad por parte del año (Sanders, Parsons y Santley 1979:127-128). La ubicación del mercado principal y de numerosos talleres de obsidiana en el corazón religioso-administrativo de la ciudad indica que el estado controló la economía, de todos modos hasta cierto punto.

diferencialmente en el sistema político (Figuras 44 y 45). Primero hay la parte central o corazón del imperio, que incluyó la Cuenca de México, el sur de Hidalgo, el noroeste de Tlaxcala, y probablemente el Valle de Toluca. Esta área fue controlada directamente por la ciudad a tal grado que el estado pudo determinar hasta la ubicación de los poblados y la distribución de la población, gran parte de la cual estuvo nucleada en la misma zona urbana. Las comunidades rurales del corazón proporcionaron gran parte de las necesidades alimenticias de Teotihuacan, y dependieron casi completamente y directamente de la ciudad para conseguir los artículos indispensables que no se producían localmente, y para la administración de muchos servicios. La gente vivió en comunidades nucleadas, y las grandes fueron centros provinciales con complejos cívicos-ceremoniales para la administración local. Esta área formó la base del imperio teotihuacano.

Se repoblaron muchas secciones de la Cuenca de México durante el Clásico Temprano, después de que habían sido casi totalmente despobladas en la última fase del Formativo Terminal. Evidentemente esta recolonización formó una parte íntegra de la política del estado teotihuacano para controlar la Cuenca; la regularidad del espaciamiento de los asentamientos indica que la ubicación de los sitios fue impuesto por el estado, probablemente para la mejor explotación de los recursos naturales (Sanders, Parsons y Santley 1979:114-119, 126-128 y 342-358; Earle 1976: 212; Parsons 1971b:155 y 196-198).

Aunque la mayoría de las comunidades de los sectores norte y oeste de la Cuenca fueron pequeñas, bastante más de la mitad de la gente vivió en grandes aldeas nucleadas y en centros provinciales. Fuera del Valle de Teotihuacan y el norte de la región de Texcoco, estas áreas presenciaron un aumento sustancial de población durante el Clásico Temprano;

la población rural total de la Cuenca ascendió a 80,000 a 125,000. Los restos materiales de estos sitios son idénticos a los de Teotihuacan, a excepción de aquellos asociados con la clase gobernante que generalmente no aparecen fuera del centro urbano. Se planearon y se construyeron las comunidades de estos sectores de exactamente la misma manera que la propia Teotihuacan, hasta los conjuntos departamentales, aunque parece ser que hay menos variación de rango en las residencias de aquellas (Sanders, Parsons y Santley 1979:123-126, 201-216, 334-355 y Mapa 14; Sanders 1965:107-121 y 173-175; Parsons 1971b:194-195).

A diferencia de los sectores norte y oeste, el tercio sureño de la Cuenca y la región de Texcoco experimentaron sólo un pequeño aumento de población durante el Clásico. Parece que el número de habitantes llegó tan solo hasta 15,000, una disminución dramática desde los 90,000 que se calculan que ocuparon esta misma área a principios del Formativo Terminal (Sanders, Parsons y Santley 1979:125; Parsons et al. 1982:266). Además, los poblados fueron bastante pequeños y dispersos comparados con los de las fases anteriores y con los del norte de la Cuenca en ese mismo tiempo, aunque fue más uniforme y regular el asentamiento que antes. Estos sitios carecen de la planificación, de la arquitectura pública, y de los conjuntos departamentales que caracterizaron muchas comunidades en otras partes de la Cuenca. Se ha identificado no más que un centro provincial con unas pocas estructuras grandes, que es Cerro Portezuelo en el sur de la región de Texcoco (Sanders, Parsons y Santley 1979:114-116, 190-200 y Mapa 14; Parsons 1971a:49; Parsons 1971b:154-155 y 196-200; Blanton 1972:80-83). El rincón suroeste del Valle, ya cubierto con una capa de roca y ceniza volcánicas de la erupción del Volcán de Xitle, quedó virtualmente deshabitado en el Clásico.

Las diferencias en los patrones de asentamiento entre la mitad

norteña y la sur de la Cuenca son interesantes en varios aspectos. La ocupación más densa y nucleada en las porciones norte-central y oeste que rodean la ciudad demuestra claramente cuánto Teotihuacan dependió de esta área para su sustento y en consecuencia su control tan firme sobre la población y la explotación de los recursos naturales localizados del área. La gran semejanza en la disposición y construcción de los núcleos cívicos-ceremoniales y además de las secciones residenciales de los centros provinciales y aún de las grandes aldeas en esta parte de la Cuenca con las de la misma capital, junto con la calidad algo inferior de los restos materiales descubiertos en las provincias, también afirman la eficacia de la dominación teotihuacana en las secciones norte-central y oeste de la Cuenca (Sanders 1967; Sanders, Parsons y Santley 1979:123-128, 334-358 y Mapa 24; R. Millon 1976:244-246; McClung de Tapia 1978; McClung de Tapia 1979:76-85).

No obstante, es evidente que un estado con una población urbana de cuando menos 125,000, sin incluir unos 80,000 a 125,000 habitantes rurales, no podía sostenerse con sólo los productos de esta pequeña área, dadas las limitaciones a la capacidad de carga en el Clásico.⁴¹ La mitad sureña de la Cuenca debió haber constituido una parte íntegra de la entidad teotihuacana; pero el patrón de asentamiento de esta área es completamente diferente de lo de la mitad septentrional. Es muy verosímil que el gobierno teotihuacano impidió el crecimiento demográfico sustancioso y la concentración de gente en poblados grandes por-

⁴¹Sanders (Sanders, Parsons y Logan 1976:172-173) ha estimado que un área de 20 km.² podía mantener entre 72,355 y 106,700 personas, pero no toma en cuenta varios factores: a saber, la subsistencia de la población rural, el espectro completo de alimentos disponibles, y los efectos de las pérdidas en la producción a causa de desastres naturales o aún de ligeros cambios del patrón de lluvias o de temperatura (McClung de Tapia 1978:57-60 y 1981:comunicación personal). Yo estoy de acuerdo con McClung de Tapia en que Teotihuacan dependía de un área de bastante más de 20 km.² para la subsistencia.

que la distancia entre esta área y la capital lo hizo más difícil controlar el sur de la Cuenca. Una pequeña población dispersa redujo en gran parte la posibilidad de insurrecciones.

El gobierno teotihuacano mandó colonizar secciones del corazón del imperio durante el Clásico Temprano, a saber la región de Zumpango, el sur de Hidalgo, el noroeste de Tlaxcala y quizás el Valle de Toluca, principalmente para poder controlar directamente los recursos naturales (cal y obsidiana en el norte de la Cuenca e Hidalgo, los productos silváticos y agrícolas en el Valle de Toluca) y las rutas comerciales hacia el norte y el Golfo de México hacia el este. Estas regiones habían sido por lo general muy esparcidamente ocupadas en las fases anteriores; pero a principios del Clásico Temprano, sufrieron una explosión demográfica, y surgieron numerosos sitios nucleados en el fondo de los valles y en los cerros bajos, incluyendo unos centros provinciales con arquitectura cívica-ceremonial y residencial al estilo teotihuacano. En estas comunidades predominan las cerámicas teotihuacanas del Clásico, por ejemplo la Anaranjada Delgado, la roja sobre café o bayo, candeleros, ánforas, miniaturas, floreros, vasijas tripodes, figurillas de tipo retrato, las cerámicas roja pulida, la negra pulida incisa, la café pulida, y la San Martín; aparecen también algunos tipos locales (Díaz Oyarzabal 1978; Mastache Flores de Escobar 1975; García Cook y Trejo 1977; Dumond 1972:106-108; Sanders, Parsons y Santley 1979:126 y 399; Sugiura Yamamoto 1981; Vargas Pacheco 1978:13-19 y 67-72). La identidad de la alfarería, de la disposición de las comunidades, y de la arquitectura de estas regiones con las de Teotihuacan demuestra que fueron colonizadas por teotihuacanos. Además, se puede distinguir estas comunidades de los sitios aparentemente fundados y habitados por la gente autóctona en el sur de Hidalgo, en los cuales predominan las cerámicas

y la arquitectura locales (Mastache Flores de Escobar 1975:2). Es interesante notar que se ubicaron estos sitios en las cumbres de los cerros y en las faldas más altas de las embencias; esto sugiere la posibilidad de que los naturales de la región hubieran resistido esta intrusión en su territorio, y por lo tanto mantuvieron sus asentamientos separados de los colonos teotihuacanos en lugares de fácil defensa.

La región exterior (outer hinterland) del imperio teotihuacano

Más allá del Área nuclear, Teotihuacan controló un territorio de importancia secundaria que proporcionó parte de su subsistencia y que abarcó el este, el centro y el noroeste de Morelos, el nordeste de Guerrero, el centro y suroeste de Puebla, y de todos modos unas secciones del centro y del sur de Tlaxcala, si no todo el estado durante el Clásico Temprano. Aunque es patente la dominación de Teotihuacan sobre estas regiones al sur y al este de la Cuenca de México, la evidencia arqueológica indica que es menos penetrante que en el Área nuclear; y que la naturaleza de su asociación con la metrópoli pudo haber sido bastante diferente que la relación entre Teotihuacan y las tierras al norte y al oeste. En primer lugar, las regiones de Morelos y Puebla-Tlaxcala habían pasado por sustancial crecimiento de población tanto como un vigoroso desarrollo sociopolítico desde el Formativo Temprano, a diferencia del Área al norte de la Cuenca. En segundo lugar, no hubo necesidad de una colonización en grande porque Morelos y la región de Puebla-Tlaxcala ya fueron densamente poblados, lo que significa que el control de Teotihuacan sobre esta Área fue menos firme que en aquellos territorios que habían sido colonizados en su mayor parte por los teotihuacanos. En efecto, probablemente aquellas regiones al sur y este causaron considerables trastornos para el gobierno central durante el

Clásico Tardío, si no antes, y fueron entre las primeras áreas en librarse de la dominación teotihuacana. Finalmente, estas regiones fueron muy importantes para Teotihuacan no sólo por sus recursos naturales, sino que también por ser la entrada a las tierras bajas, procedencia de muchos productos exóticos que fueron necesarios para mantener las funciones rituales del estado.

Si Teotihuacan no mandó colonos a Morelos y Puebla-Tlaxcala, tampoco fueron despoblados como gran parte de la Cuenca de México en la última fase del Formativo Terminal. En realidad, creció la población en estas regiones, con excepción del centro y sur de Tlaxcala (García Cook 1976:51-52; Hirth 1980a:62). Al mismo tiempo, se aumentó la dispersión demográfica en dichas áreas, con más gente viviendo en pequeñas aldeas y caseríos que en la época anterior. Sólo en el oeste del estado de Puebla, en la zona de Cholula, se abandonaron la mayoría de los sitios pequeños del Formativo Terminal y se congregaron la población regional en Cholula, el centro provincial y principal ciudad de la región en el Clásico (Muller 1973).

Se refleja la relación entre Teotihuacan y estas áreas de la zona secundaria de su imperio en los restos materiales y los patrones de asentamiento de dichas regiones. Se ve la influencia teotihuacana en la cerámica (la Anaranjada Delgado, tripodes cilíndricos, la Cerámica Granular, la Negra y Café Pulida, braseros, vasijas selladas y de plano relieve, la San Martín Café, la San Martín Rojo sobre bayo, incensarios, candeleros, figurillas); en pequeños objetos y máscaras de piedra; en el uso de la técnica de construcción de talud y tablero en ciertos sitios como Cholula y las comunidades del "corredor teotihuacano" en Tlaxcala; y en algunos elementos iconográficos (Dumond 1972:105-108; García Cook y Trejo 1977; Weaver 1972:142; Hirth 1980a:60-61; Sañz 1964:102-

121; Litvak King 1970:132-139). Sin embargo, se encuentran algunas variaciones de la tradición teotihuacana en estas alfarerías regionales, y aparecen influencias de otras áreas, tales como la Costa del Golfo, la zona maya y Oaxaca, en los restos culturales de estas áreas. El grado de la presencia teotihuacana es menor en esta zona secundaria que en el corazón del imperio teotihuacano.

Centros provinciales como Cholula en Puebla y San Ignacio en Morelos sirvieron para integrar estas áreas secundarias al sistema económico y político de Teotihuacan. Indican que algunas funciones administrativas y redistributivas se quedaron en manos de la élite local (Hirth 1980a:63-73 y 95-99; Dumond 1972:122).

La naturaleza de la presencia teotihuacana en Tlaxcala es algo problemática. Parece que la influencia teotihuacana durante el Clásico Temprano es bastante más fuerte en ciertas partes de la región que en otras, especialmente en el norte de Tlaxcala y a lo largo de un corredor de 10 kilómetros de ancho que atraviesa el estado desde Apan al norte hacia el sudeste, hasta Huamantla, en donde se bifurca este pasaje; luego sigue un ramal rumbo al sur hacia Cholula, mientras que el otro procede al este, hacia la Costa del Golfo (García Cook 1976:57-59; García Cook y Trejo 1977). Este corredor fue de enorme importancia a Teotihuacan porque proporcionó acceso a los artículos exóticos de las tierras bajas.

Durante el período Tenanyecac o Clásico--es decir, de 100 a 650 D.C.--la ocupación de Tlaxcala disminuyó de un total de 338 para la fase anterior a 297 sitios identificados, como en otras partes del Altiplano Central en aquel tiempo o un poco más temprano, y el asentamiento se dispersó, como en Morelos. Es una época de decadencia cultural, y además de disminución de población. Mientras que muchos sitios de

la fase anterior siguieron ocupados, pequeñas aldeas dispersas y caseríos reaparecen en el interior rural (García Cook 1974:91-94; García Cook 1976:50-52 y 59-60; Snow 1969:138-140). Estos cambios probablemente reflejan algún movimiento demográfico a Teotihuacan y a Cholula, y además de vuelta a la provincia para estimular la producción de un sobrante agrícola, como en Morelos. Se ha observado que aquellos sitios que tienen influencia teotihuacana en la cerámica y en la arquitectura siempre están nucleados, están ubicados en las laderas más bajas de cerros o en el fondo del valle, y se encuentran en el norte de Tlaxcala y en el "corredor teotihuacano" (García Cook 1976:53-59; García Cook y Trejo 1977). También parece que únicamente los sitios teotihuacanos tienen arquitectura monumental, con pocas excepciones. Además, se debe señalar que se ve cierta influencia teotihuacana en la mayoría de los sitios del centro y sur del estado, mientras que se encuentran rasgos locales muchas veces en los asentamientos de afiliación teotihuacana (García Cook 1976:58-59). De hecho, se ve esta mezcla de características teotihuacanas y locales en Puebla y Morelos, en donde también se superpuso la influencia teotihuacana sobre grandes poblaciones locales que tenían sus propias tradiciones culturales e instituciones sociopolíticas establecidas. Es de esperar que aquellos sitios que tuvieron funciones administrativas exhibirían tanto más arquitectura cívica-ceremonial como más rasgos teotihuacanos que aquellos asentamientos que sirvieron principalmente de residencias para la población local.

En suma, creo que la mayor parte de Tlaxcala cayó bajo la dominación teotihuacana durante el Clásico Temprano. Probablemente sólo el norte del estado y quizás el llamado "corredor teotihuacano" formaron parte de la zona nuclear de la entidad teotihuacana, mientras que otras áreas como el centro y el sur de Tlaxcala aparentemente gozaron de más

autonomía local. Este control selectivo probablemente refleja los intereses económicos del gobierno teotihuacano en los recursos y en la situación estratégica de las diferentes áreas, además de la comprensión muy práctica de que una autoridad demasiado opresiva en dichas áreas pudo haber tenido consecuencias desastrosas.

Colonias teotihuacanas en Mesoamérica

Fuera de las zonas nuclear y secundaria del imperio, la esfera de influencia teotihuacana en el Clásico Temprano se hace localizada y algo precaria. Predominan las influencias teotihuacanas en la cerámica, el arte, la iconografía incluyendo representaciones de deidades teotihuacanas, y en la arquitectura, en unos pocos enclaves que no son contiguos al dominio teotihuacano (véase la Figura 45); a saber Kaminaljuyú en las tierras altas de Guatemala, parte de la Costa del Golfo sureña, y áreas selectas del México norte-central y occidental (el Valle de Atemajac y Cajititlán en Jalisco, la Cuenca del Río Verde Superior por la frontera entre Jalisco y Zacatecas, la ladera oriental de la Sierra Madre Occidental en Zacatecas y Durango, Ixtlán del Río en Nayarit). La presencia teotihuacana en el conjunto cultural de Kaminaljuyú y de otros sitios alrededor del Lago de Amatitlán en las tierras altas de Guatemala durante las fases Tlamimilolpa y Xolalpan, es tan prevalectante que se lo han llamado una colonia de la metrópoli del Altiplano Central (Bernal 1966:100-101 y 104; Sanders y Price 1968:166-168). Además de la fuerte presencia teotihuacana, sobrevino un cambio cultural significativo en la región de Zacatecas y Durango, donde floreció la cultura de Chalchihuites,⁴² y en la Cuenca del Río Verde Superior, durante el

⁴²Kelley (1983:6-15) propone que el centro ceremonial de Chalchihuites fue planificado por arquitectos extranjeros quienes se habían establecido en el área para explotar las minas locales y el intercambio con el suroeste de los Estados Unidos. Opina que dichos extranjeros

Clásico Temprano; creció la población, se aumentó la diferenciación social, se explotaron intensivamente los recursos minerales del área, y se erigió arquitectura cívica-ceremonial monumental (Diehl 1976:272-274; Williams 1974:46; Kelley 1983:6-10; Bernal 1966:104). El surgimiento de numerosos sitios fortificados por las fronteras norte y occidental de Mesoamérica ha convencido a algunas autoridades (Corona Núñez 1966; Willey 1966:174; Bernal 1966:104; Armillas 1964:68-69) a que estas zonas fueron colonizadas por Teotihuacan o tal vez otro estado civilizado al sur, probablemente a la fuerza:

La frecuente ocurrencia de ruinas de fortalezas--en Querétaro las de Ranas y Toluquilla mencionadas en el Pírrafo anterior, y otras en una faja que se extiende por el norte de Guanajuato y el noroeste de Jalisco--podría ser interpretada como corolario de invasión violenta de conquista de nuevos territorios por pueblos civilizados consolidada mediante asentamiento en los confines de grupos de colonos militarmente organizados. Más sitios fortalezas se encuentran siguiendo hacia el noroeste por el somontano de la Sierra Madre Occidental; (Armillas 1964:69).

No se sabe si estos enclaves fueron controlados directamente desde Teotihuacan; la distancia entre la metrópoli y estas zonas, más el hecho de que el área intermedia estuvo ocupada por culturas que demuestran poca influencia teotihuacana,⁴³ como el Bajío entre la Cuenca de México y la región de Zacatecas-Durango, y la Mixteca, Oaxaca y Chiapas entre el Valle de Puebla y las tierras altas de Guatemala, indican que el

probablemente fueron mercaderes mesoamericanos del Occidente de México bajo el control de Teotihuacan, o quizás fueron teotihuacanos.

⁴³Se han encontrado influencias teotihuacanas en la cerámica y elementos iconográficos del Bajío, el Valle de Bravo, el centro y norte de Michoacán, Colima, la región de Teuchitlán-Etzatlán en Jalisco, Nayarit, el sur de Sinaloa, la Huasteca, el Totonacapan, la mayor parte de Guerrero, el Valle de Tehuacán, la Mixteca, Oaxaca, y las tierras bajas mayas (Bernal 1966:101-105; Weaver 1972:137-148; Noguera 1945c; Weigand 1977:416; Diehl 1976:271 y 276-280; Corona Núñez 1966). Pero los atributos teotihuacanos forman una porción relativamente pequeña de estos conjuntos culturales. Estas áreas no constituyeron parte del sistema político controlado por Teotihuacan; sino que probablemente fueron socios comerciales políticamente independientes de Teotihuacan.

control no fue directo. Es más probable que el estado teotihuacano mandó unos pequeños grupos de mercaderes o administradores, incluyendo tal vez guerreros, a estas regiones, en donde se establecieron como la élite gobernante para controlar la producción y la distribución de los recursos locales, el intercambio de larga distancia y la administración local.

Evidencia Arqueológica para la Guerra
en el Clásico Temprano

Aunque tenemos una idea bastante exacta de la probable extensión del dominio teotihuacano, basada en la distribución de las características e influencias teotihuacanas por toda Mesoamérica, es otra cosa algo más difícil determinar cómo fue adquirido y mantenido este imperio. La falta de evidencia directa del militarismo en Teotihuacan y en aquellos lugares que se supone formaron parte del imperio teotihuacano en el Clásico Temprano, por ejemplo la ausencia de representaciones de batallas y de guerreros y fortificaciones en gran escala, ha inducido a muchas autoridades a aceptar el intercambio de larga distancia, la proesletización religiosa y la difusión de instituciones sociopolíticas como los medios principales por los cuales se adquirió y se consolidó el imperio (Hirth 1980a:97-98; Wolf 1959:78-83; Canseco Vincourt 1963: 22-23; Jiménez Moreno 1959:1065). Pero, como señalan Bernal (1966:107-109) y Caso (1965:13), entre otros, la expansión de estados tal como la de Teotihuacan en Mesoamérica durante el Formativo Terminal y el Clásico Temprano no se puede realizar ni mantener sin la fuerza de las armas. Me parece que el estado teotihuacano se sintió tan fuerte en aquel tiempo que no se lo consideró necesario construir fortificaciones en o cerca de la capital, ni recordar a sus sujetos a su poder mediante el arte monumental.

Las excavaciones intensivas llevadas a cabo por el Teotihuacan Mapping Project y por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, tanto como las investigaciones en otras partes del Altiplano Central durante los últimos 20 años han descubierto más evidencia para la guerra de la que había sido disponible antes. Además, dada la evidencia arqueológica para combate que se encuentra para la época del Formativo Terminal en la Mesa Central, y en otras regiones de Mesoamérica para el Clásico (Webster 1976 y 1977; Marcus 1974 y 1976; Kelley 1983), es bastante ilógico presumir que la guerra no tuviera ningún papel en la expansión de Teotihuacan, como señala Cowgill:

Tomando en cuenta la evidencia de otras partes en Mesoamérica, si los teotihuacanos no hubieran sido guerreros bastante efectivos, es difícil ver cómo podrían haber conservado el Valle de Teotihuacan, ni mucho menos extendido su influencia a cualquier otra parte, por muy buenos que sean para reproducir, regar, comerciar y promover los cultos de dioses imponentes. Además, hay buena evidencia para la guerra entre los pequeños estados en la Cuenca de México justo antes del desarrollo de Teotihuacan, y debe haber sido en competencia con estas otras entidades que Teotihuacan avanzó al principio. En resumen, pienso que la evidencia de que Teotihuacan en su época temprana fue pacífica no es convincente. Estoy seguro de que la expansión de Teotihuacan debe haber involucrado una combinación de fuerza militar y empresa comercial (como la expansión azteca) (Cowgill 1977:189).

Se ha descrito a Teotihuacan como una ciudad abierta--es decir, se ubicó en terreno relativamente llano y supuestamente careció de defensas tanto naturales como artificiales. Algunas autoridades (Cansaco Vincourt 1963:27; Jiménez Moreno 1959:1052-1059) lo ven como evidencia de la naturaleza pacífica del Clásico, aun de la diseminación no violenta de la influencia teotihuacana por toda Mesoamérica. Se supone que Teotihuacan no tuvo enemigos de consideración, y que los únicos conflictos que sobrevinieron en el Clásico fueron pequeñas correrías de las tribus nómadas al norte; por lo tanto no fue preciso fortificar la ciudad ni establecer una organización militar (Cansaco

Vincourt 1963:27).

Sin embargo, Palerm (1956) ofrece una explicación diferente para la presencia de pueblos abiertos durante el Clásico, los cuales, afirma con toda razón, también se hallan frecuentemente en el Postclásico Tardío, una época en que prevaleció el militarismo. En efecto, presenta tres puntos que demuestran que evidencia arqueológica para la guerra durante el Clásico realmente existe, si está buscada en la manera correcta. Primero, varios sitios clásicos del Altiplano Central se ubican en posiciones estratégicas que les proporcionaron una defensa natural. En segundo lugar, indicios de elementos estructurales defensivos, tales como palizadas de madera, fosos y terraplenes bajos pueden desaparecer con el tiempo, o hacerse tan desgastados como para que se vuelva sumamente difícil interpretar su función. En tiempos pasados muchas veces se pasaron por alto o ni siquiera se observaron estos vestigios indistintos en las excavaciones. En tercer lugar, ciertas estructuras, podían haber servido para propósitos defensivos, igual que los templos y las azoteas residenciales de las comunidades del Postclásico Tardío (Palerm 1956: 189-194). Otra sugerencia de Palerm, y quizás la más interesante, es esa de que un estado territorial bien integrado tal como Teotihuacan, no necesitaría fortificar el corazón mismo, sino únicamente las zonas periféricas; el poder militar y político inherente de la sociedad más la extensión del territorio fronterizo protegerían la capital de tal entidad, con tal que sus presuntos enemigos y vecinos no tengan las fuerzas suficientes como para desafiarla.

Dicho de otra manera, una ciudad grande, cabecera de un estado territorialmente extenso y bien organizado, no necesita construir fortificaciones permanentes a su inmediato alrededor. El sistema defensivo de un estado está en sus fronteras, en su periferia de contacto con los posibles adversarios, y no en el área nuclear del estado. Solamente en casos de emergencia la capital del es-

tado necesita ser fortificada, a no ser que ella misma esté situada en la periferia (Palerm 1956:194-195).

Al mismo tiempo, los sitios fortificados que no formaron parte de un estado territorial representan pequeñas ciudades-estados independientes:

Por otra parte, los centros clásicos establecidos en lugares "fuertes" pueden indicar la presencia de pequeños estados y de ciudades-estados, incapaces por el momento de organizar en gran profundidad sus defensas, y obligados por eso a fortificar sus centros principales (Palerm 1956:198).

En otras palabras, un estado territorial con alto grado de control sobre sus súbditos no necesita grandes fortificaciones en el corazón de su dominio; pero algún tipo de organización militar es necesario para asegurar la subordinación y prevenir las insurrecciones.

Teotihuacan no fue una ciudad abierta en absoluto porque en realidad hubo algunos obstáculos naturales, como señala René Millon (1973:39-40 y 1974:347-348; véase el siguiente capítulo de esta tesis). Además, muchos de los rasgos arquitectónicos defensivos de la ciudad, que serán tratados más a fondo en el siguiente capítulo, se remontan al Clásico Temprano. Probablemente se había fijado el plan urbano de Teotihuacan durante la fase Miccaotli (150-300 D.C.), y la ciudad ya casi había alcanzado su forma definitiva durante la fase siguiente, la Tlamimilolpa Temprano (300-400 D.C.), salvo unas alteraciones a las estructuras particulares. Se encuentran los restos de una inmensa muralla suelta a lo largo del margen oriental del Cuadrado N504 del mapa de Teotihuacan elaborado por el Teotihuacan Mapping Project, que posiblemente se remonta a la fase Miccaotli (Cowgill 1974:389; R. Millon 1973:39). Se han ubicado numerosos enormes conjuntos murados al oeste de la Pirámide de la Luna y a lo largo de la Calle de los Muertos, el centro cívico-ceremonial de Teotihuacan, algunos de los cuales datan del Clásico Temprano (R. Millon 1973:39). Las inmensas Pirámides del Sol y de la Luna

ya habían adquirido su forma definitiva para la fase Miccaotli (Marquina 1964:68-75), y la Ciudadela para la siguiente fase (Cabrera Castro 1982b:28-29). Los conjuntos departamentales (apartment compounds) aparecen en el Clásico Temprano, con sus altos muros sin ventanas, sus azoteas con almenas y estrechos pasillos torcidos, aptos para la defensa de los ciudadanos (R. Millon 1976:215-220; Angulo V. 1981). El mero tamaño de la ciudad, con una población estimada de 125,000 en más de 20 ks.² de espacio, junto con estas estructuras formidables, haría pensar a cualquier agresor mesoamericano, con sus armas de piedra y táctica limitada. Se requeriría una fuerza comparable con la de los defensores, quienes probablemente ascendieron a más de 10,000 (véase la página 165).

Se encuentran otros indicios en el Altiplano Central de que la guerra tuvo un papel en la expansión teotihuacana durante el Clásico Temprano. Como ya se ha observado, los asentamientos de los nativos de Hidalgo y Tlaxcala se ubicaron en las cumbres y laderas altas de los cerros y lomas, mientras que las comunidades teotihuacanas en dichas regiones se situaron en el fondo de los valles y las faldas bajas de las colinas (Cobean 1978:80-82; Mastache Flores de Escobar 1975; García Cook 1976:54-56). Es posible que el sitio fortificado de Tetepetla en Tlaxcala, que se describe en el próximo capítulo, se remonta al Clásico Temprano (García Cook y Mora López 1974:26). Esto sugiere que la gente autóctona de estas regiones resistió la intrusión teotihuacana, y que tal vez siempre fue un problema para el estado mantenerla en la debida sumisión. Además, ciertos elementos iconográficos teotihuacanos que evidentemente se refieren a su dinastía gobernante y a la guerra, tales como la figura con el tocado de borlas y el símbolo del buho con arma (véase el capítulo que sigue), aparecen en sitios que pertenecían al área nuclear del imperio teotihuacano, como Calpulalpan en Tlaxcala y

Ascapotzalco en la Cuenca de México (C. Millon 1973:303-304; von Winning 1948:130); y también en Kaminaljuyf (Figura 63), una supuesta colonia teotihuacana en las tierras altas de Guatemala (von Winning 1948). La presencia de estos elementos en el arte y en algunas vasijas del Clásico Temprano de Yaxhá, Tikal (Figura 65), y Monte Albán, sitios que no fueron controlados por Teotihuacan, más su asociación con guerreros o deidades armadas teotihuacanas en la Estela 11 de Yaxhá, y en la Estela 31 y una vasija trípode de Tikal (C. Millon 1973:301-305; Pasztory 1974:13-14), sugiere que posiblemente Teotihuacan estaba maniobrando para ganar el ascendiente político o militar en aquellas áreas por medios que incluían el uso de la fuerza.

CUADRO 6

RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
ALTIPLANO CENTRAL EN EL CLÁSICO TEMPRANO

Sitio	Fortifi- caciones	Ubica- ción del sitio	Guerreros y temas militares en el arte	Armas	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio
Teotihuacan	X		X	X		X
Tetepetla	X			X		
Tlalancaleca		X				
Metlapilco, Las Piedras				X		
Cerro El Tepalcate		X				
El Calvario		X				

Especulaciones sobre las Causas y Consecuencias de la
Guerra durante el Formativo y Clásico Temprano

Por la falta de documentos históricos escritos, resulta mucho más difícil determinar las causas y consecuencias de la guerra en esta época. Por ejemplo, no hay manera hoy día de averiguar si los grupos del Alt-

plano Central de esta época pelearon por las mujeres, por vengarse de ultrajes como el asesino de miembros de la comunidad, o por adquirir la gloria, el prestigio social y riquezas personales; pero, como estos motivos son bastante frecuentemente citados en los informes etnográficos sobre las tribus (véase las páginas 37-42), se puede suponer que así fue el caso en el Altiplano Central de México, sobre todo durante el Formativo. Sin embargo, con examinar la evidencia arqueológica, se puede proponer algunos factores que probablemente hubieran ocasionado conflictos, especialmente para el Clásico Temprano, cuando ya existió indudablemente el estado expansionista.

Sanders y sus colegas (Sanders, Parsons y Santley 1979:371-392) han calculado la capacidad de carga para la Cuenca de México durante el Formativo,⁴⁴ basada en la productividad del maíz, usando técnicas extensivas de cultivo (Cuadro 7). Al parecer la presión demográfica sobre los recursos naturales no fue en sí un problema; pero esto no quiere decir que la gente no la percibiera como tal. Empezando con el Formativo Tardío y culminando en el Formativo Terminal, se encuentra evidencia para una caída del nivel del lago y una declinación del polen arbóreo, lo que sugiere una disminución de la lluvia de 20% a 30% y posiblemente una bajada media de temperatura de uno o dos grados centígrados, de las fases anteriores (Sanders 1965:28-30; Sanders, Parsons y Santley 1979:406-408). Esto pudo haber afectado adversamente la productividad agrícola de la Cuenca a tal grado que se fomentó la percepción de una escasez de recursos. Por desgracia es sumamente difícil

⁴⁴Las cifras de Sanders y sus colegas han sido criticadas por estar basadas en la productividad de un sólo producto, por no tomar en cuenta ni los demás cultivos ni los recursos de plantas y animales silvestres, y por otras razones; evidentemente subestiman algo la capacidad de carga de la Cuenca, sobre todo para el Formativo Terminal y el Clásico (McClung de Tapia 1978:56-58 y 1981-1982:comunicación personal).

CUADRO 7

ESTIMACIONES DE LA CAPACIDAD DE CARGA Y DE POBLACION DE LA CUENCA DE MEXICO DESDE EL FORMATIVO TEMPRANO HASTA EL CLASICO^a

Periodo	Capacidad de carga con técnicas extensivas de cultivo ^b	Capacidad de carga con técnicas intensivas de cultivo	Estimación de población
Formativo Temprano	150,000		5,000 ^c
Formativo Medio	220,000		25,000 ^c
Formativo Tardío	220,000		80,000
Formativo Terminal primera fase	250,000	300,000	145,000
Formativo Terminal segunda fase	300,000	350,000	80,000-110,000
Clásico		350,000-416,000	250,000

^aSanders, Parsons y Santley 1979:183, Figura 6.1, Cuadros 9.2 y 9.5.

^bSon las cifras máximas.

^cEstimación para el fin del periodo.

determinar como la gente preclásica y clásica percibió su situación con solamente datos arqueológicos. Por añadidura, la escasez de restos humanos que se remontan a esta época lo hace imposible calcular la proporción de los muertos ocasionados por la guerra, o sea determinar si la guerra hubiera resultado en un cambio en la razón entre el hombre y los recursos. Pero la contracción y expansión de las fronteras de las entidades políticas a medida que se reflejan en el patrón de asentamiento, la presencia y el grado de influencias extranjeras como se ven en los restos arqueológicos, puede proporcionar algunos indicios de las razones por qué se guerreaban estos pueblos, a saber cuando se trata de la dominación política o económica.

Para el Clásico, tampoco parece que la presión demográfica hubiera ocasionado el conflicto. Sanders y sus colegas (Sanders, Parsons y Sant-

ley 1979:183 y 379, Cuadro 9.2) han calculado que la población de la Cuenca ascendió a 250,000 durante el Clásico; mientras que la capacidad de carga usando únicamente la agricultura extensiva llegó hasta 300,000 (véase la Nota 44, pág. 280). Sin embargo, parece que ya se practicaron técnicas de cultivo intensivos, por ejemplo el uso de las terrazas y las irrigación permanente y por inundación, para el Formativo Terminal; por consiguiente se aumenta la capacidad de carga por 50,000 a 116,000, cuando menos (Sanders, Parsons y Santley 1979:388, Cuadro 9.5).

No obstante, la configuración demográfica dentro de la Cuenca durante la última fase del Formativo Tardío y el Clásico Temprano presenta una situación que pudo haber resultado en el conflicto por los recursos naturales. Durante esta época, la población de la ciudad de Teotihuacan ascendió a 125,000; también, casi 30,000 personas habitaron el área circunvecina (Sanders, Parsons y Santley 1979:201-204). Sanders y sus colegas han calculado que pudo haberse sustentado un máximo de 72,355 a 106,700 personas de los comestibles producidos en un área de 20 kilómetros de radio (Sanders, Parsons y Logan 1976:173, Cuadro 12), lo que es algo más grande que el mero Valle de Teotihuacan. Obviamente, la ciudad de Teotihuacan necesitó un territorio bastante más grande para su sustento (McClung de Tapia 1978:57-60). Parece que Teotihuacan buscó procurar recursos, y además mayores cantidades de gente, con extenderse por la Cuenca de México y más allá. Kubler (1967:10, Figura 39) sugiere que la representación de buhos (asociados con la guerra, como se verá en el capítulo siguiente) con agua goteando de sus bocas, en el conjunto departamental de Tetitla, relaciona la guerra con el alivio de la sequía; o sea que la agresión, bajo el patrocinio del dios de la lluvia, también es un modo de conseguir el sustento.

La expansión teotihuacana por toda la Cuenca de México y luego

por el Altiplano Central y otras partes de Mesoamérica, se refleja en el descubrimiento de artefactos e influencias teotihuacanos en dichas áreas. La ubicación de las llamadas "colonias teotihuacanas" como Kaminaljuyú en las tierras altas de Guatemala, y secciones de la Costa del Golfo sureña y del oeste y noroeste de México, en lugares de importancia comercial por sus productos exóticos, también indica que la expansión de Teotihuacan fue en sumo grado ocasionada por motivos económicos. No se sabe con exactitud el papel de la guerra en esta expansión. Pero se encuentran algunos indicios de la guerra en el Altiplano Central y hasta en la misma Teotihuacan; y la presencia de elementos iconográficos teotihuacanos que se refieren al poder, a la élite reinante de la metrópoli, y a la guerra, en Kaminaljuyú y otros lugares fuera del control teotihuacano como Tikal y Oaxaca en el Clásico Temprano, sugiere que esta expansión fue logrado, de todos modos hasta cierto punto, mediante la guerra.

Las causas del desarrollo de la esfera de influencia olmeca durante el Formativo son aun más difíciles de averiguar, como lo es determinar el papel de la guerra en dicha expansión. Se han descubierto cantidades sustanciales de cosas exóticas a la Costa del Golfo, tales como figurillas y pequeñas esculturas de jade o de serpentina y de otras piedras semipreciosas, espejos hechos de hematita, instrumentos de obsidiana, y roca ígnea para manos y metates, en sitios olmecas. Estos materiales provienen de varios diferentes lugares en el Altiplano, a saber Oaxaca, Guerrero, Morelos y Puebla, donde se han encontrado objetos y elementos iconográficos olmecas, como ya se ha visto. Además, varios de aquellos sitios del Altiplano en los cuales aparecen rasgos olmecas en cantidades sustanciosas, están ubicados en los terranos o en puntos estratégicos a lo largo de pasos naturales que llevan de un valle a otro por las mon-

tañas (Grove 1968; Coe 1968:94-95). Desde esas posiciones podían dominar las rutas de intercambio del Altiplano Central. Chalcatzingo queda cerca de la entrada al paso mayor entre Morelos y el occidente de Puebla; Las Bocas está situado al otro extremo del paso en el estado de Puebla, y en la embocadura de otro corredor que conduce hacia el este a la Costa del Golfo (Grove 1968:180-182). Tlapacoya está ubicado junto al término más bajo del corredor principal que va desde el sudeste de la Cuenca a Morelos; Tlatilco se halla cerca del pie de un paso natural que lleva al Valle de Toluca al oeste, y al norte de la Cuenca (Parsons 1971b:235; Grove 1968:183). En Morelos, Atlilhuayan y La Juana-San Pablo se encuentran en las entradas de valles fluviales que corren hacia el sur, a Guerrero (Grove 1968:182). Hay cierta evidencia de que los olmecas podían haber controlado los depósitos de obsidiana de Guadalupe Victoria en el estado de Puebla; no es sólo que San Lorenzo obtuvo casi dos terceras partes de su obsidiana no más de este yacimiento durante el Formativo Temprano, sino que también al parecer los habitantes contemporáneos de la Cuenca y aun del contiguo Valle de Puebla no lo usaron nada (Grove 1974:125). Estos factores sugieren que los olmecas fueron motivados por el deseo de conseguir estos productos exóticos y de controlar el intercambio de larga distancia, más que por la presión demográfica sobre los recursos de subsistencia, en especial puesto que la Costa del Golfo es una región muy productiva (Drucker 1981:31).

Parece verosímil que la ideología sirvió de motivación de la guerra, como en la sociedad postclásica, tal vez hasta exigir el cautivo de prisioneros de guerra para satisfacer el apetito de sangre humana de los dioses. La presencia de navajas y punzones ceremoniales y espinas de raya en sitios olmecas, y la representación de cabezas y manos cortadas en el arte olmeca, indican que ya se practicaron el sacrificio humano y

el culto a las cabezas trofeos (Piffa Chán 1972:12-14). Debido a la aparente diseminación del concepto olmeca del jaguar por muchas partes de Mesoamérica, muchas autoridades han llegado a la conclusión de que los olmecas emprendieron activamente la prosoletización del culto a ese animal adondequiera que fueran (Bernal 1968:252; Caso 1965:50). Hay algunos indicios de que los teotihuacanos intentaron diseminar cuando menos algunos aspectos de su propia religión a otras regiones de Mesoamérica, como la presencia de representaciones del Tláloc teotihuacano y de la deidad guerrera con escudo en Kaminaljuyú, Tikal, Oaxaca y otros lugares, la uniformación de las representaciones de los dioses y la organización del panteón mesoamericano (Pasztory 1974; Pasztory 1978). Pero, si la única o la principal razón de la expansión teotihuacana o olmeca hubiera sido la prosoletización religiosa, se supone que estos dominios se habrían extendido por toda Mesoamérica, incluyendo las áreas en donde no se ve el control extranjero, como el Bajío y Oaxaca, y no solamente en regiones selectas de interés económico. Sin embargo, la prosoletización habría ayudado a controlar las áreas muy lejos del corazón del dominio con intentar imponer una religión o ideología uniforme a estas zonas.

Es sumamente difícil entender el desarrollo del liderazgo en las etapas más tempranas de la evolución sociocultural humana, por ejemplo en la época formativa de la civilización mesoamericana del Altiplano Central. Esto se debe a la escasez de datos arqueológicos sobre el aspecto sociopolítico de la vida primitiva antes de la aparición de sociedades complejas. Por su pequeña escala y la falta de especialización en cuanto a equipo y táctica, la guerra primitiva deja pocas huellas. Pero la ubicación de sitios en lugares fácilmente defendibles, aprovechando rasgos naturales como barreras o protección, sugiere que los gru-

pos del Área peleaban entre sí. Indica cuando menos una preocupación con la necesidad de proporcionar alguna protección para la comunidad de algún enemigo, y además cierto estado de preparación. Pero los pocos indicios que hay revelan poco sobre el efecto que haya tenido la guerra en la sociedad hasta las fases tardías del Formativo.

Entre los artefactos más antiguos de todas las culturas humanas se encuentran las puntas de proyectil. En Mesoamérica aparecen desde el horizonte lítico o paleoindio. Como ya se ha mencionado en el Capítulo II, el problema mayor con las puntas es que se usaban las mismas armas para cazar como para pelear; por lo tanto la presencia de las puntas sólo indica que probablemente tenían lugar choques y correrías entre los pequeños grupos que habitaban el Altiplano Central en la Época pre-agrícola.

En las páginas 227-229 se mencionan algunas figurillas del Formativo Temprano y Medio del Altiplano Central que representan o chamanes, bailarines, jugadores de pelota, o tal vez guerreros, por su vestuario que puede ser protector (véase la Figura 39). También es posible que dichas figurillas representen los caciques de las tribus que habitaban el Altiplano en calidad de practicadores religiosos-ceremoniales y de jefes militares. Como se vio en el Capítulo III, los gobernadores de la Época histórica cumplían múltiples funciones en la sociedad, y se combinaban los aspectos sociopolíticos, económicos e ideológicos en un solo liderazgo. Aunque no se ha encontrado evidencia concluyente, es posible que tal situación prevalecía en las épocas arcaica y formativa también. Una mayor preocupación de estos jefes habría sido la defensa de sus grupos en un mundo en que le hacían falta los medios sociopolíticos para resolver disputas entre las diferentes tribus. Probablemente los mismos jefes de los grupos acaudillaron sus hombres en el campo de batalla.

También hay que tener en cuenta que el juego de pelota estuvo asociado con la religión y el ritual, especialmente con el sacrificio humano, en el Altiplano Central durante el Postclásico, tanto como en Veracruz y probablemente Teotihuacan durante el Clásico (Piña Chán 1972:25-27; Barbouř 1976:139; Pasztory 1978:130-136); que el sacrificio humano estaba estrechamente relacionado con la guerra, probablemente desde el Formativo; y que en las sociedades de rango como las de la Meseta Central del Formativo Temprano a Tardío, los jefes mismos frecuentemente dirigieron personalmente y participaron en estos rituales y el combate también.

No es de sorprender que ciertos tipos de evidencia para la guerra no aparecen hasta el Formativo Terminal o después. Una razón de ser principal de las representaciones de guerreros y temas militares en el arte es de instrumento sociopolítico para controlar la población, lo que no habría sido un gran problema en el Formativo Temprano y Medio (con excepción de los olmecas), cuando los grupos todavía fueron bastante pequeños en el Altiplano Central y las sanciones religiosas y sociales generalmente bastaron para gobernarlos. Como señalan Bernal (1968:123-124) y Caso (1965:50), entre otros, representaciones de armas, guerreros y batallas están escasas en Mesoamérica, aún en el Postclásico Tardío, una época muy bélica y militarista; por lo tanto no es de extrañar que no se las encuentra en el arte formativo. Tampoco quiere decir que no hubiera guerra ni conflictos entre los grupos en aquel tiempo.

En el arte olmeca del Formativo Medio se encuentran las primeras representaciones de figuras armadas (Figuras 32 y 33); del conflicto, sea entre grupos humanos o mitológico (Figuras 37 y 38); de la dominación (Figuras 34-36), probablemente en asociación con conceptos del lindeazgo, de descendencia dinástica; y del sacrificio humano (Piña Chán 1972:12-14). Esto, junto con la disseminación de artefactos y elementos

iconográficos olmecas en el Altiplano Central y otras partes de Mesoamérica, sugiere que ya para el Formativo Medio se encuentra el expansionismo de un grupo a costa de otros, lo que implica conflicto y probablemente combate entre el pueblo expansionista y sus víctimas. El grado a que la expansión olmeca es debido a la guerra es controvertible; pero como señala Bernal (1968:123), un estado no puede sobrevivir a la larga sin el apoyo de alguna organización militar. Eso es especialmente cierto cuando se trata de un estado expansionista o un imperio.

¿Qué se puede decir acerca del liderazgo militar y su papel en la sociedad del Formativo Medio? No hay indicios de que se haya dividido la autoridad entre un líder cívico y un jefe militar. Lo que sí se nota en el arte olmeca es una relación estrecha entre los conceptos de fertilidad, de liderazgo y de descendencia, o sea la combinación de la ideología con la organización sociopolítica, como en los períodos más tardíos. El jaguar y el jaguar antropomórfico olmeca aparecen frecuentemente con emblemas de la fertilidad (Figuras 37 y 38) como plantas, símbolos del agua o de la lluvia, cuevas o bocas del monstruo de la tierra, el elemento en forma de U (Grove 1972); y algunas autoridades (Covarrubias 1957:57-60, Fig. 22) sostienen que fue el precursor de Tláloc y otros dioses de la lluvia de las civilizaciones mesoamericanas posteriores. A veces los hombres-jaguares y jefes parecen ser sacerdotes o chamanes (Grove 1972:154-155), participando en actos rituales. Por otra parte, el hombre-jaguar también aparece en escenas que sugieren temas dinásticos como la presentación del heredero, representado mediante un hombre teniendo un jaguar antropomórfico infantil en los brazos (Grove 1972: 161-162; Drucker 1981:40-41); y la dominación por medio del jaguar antropomórfico, que representa al parecer el pueblo olmeca o cierto grupo o familia élite en la sociedad olmeca, lanzándose sobre figuras humanas

postradas (véase las Figuras 36-38). Así es que en la iconografía olmeca del jaguar, se combinan los conceptos de ritual o ideología, liderazgo sociopolítico, y dominación por medio de la fuerza, lo que refleja la unión de estos factores en la realidad de la sociedad olmeca.

Como se verá en el siguiente capítulo, el jaguar siguió teniendo un significado análogo en Teotihuacan y hasta el Postclásico; pero con el tiempo fue adquiriendo más asociaciones con el poder y con la guerra a medida que se aumentara la guerra y se desarrollara la organización militar.

Se puede pensar que en la época arcaica hasta el Formativo Temprano, ocurrían unas escaramuzas y correrías entre los pequeños grupos tribales en el Altiplano Central, que no exigían mucho en preparación ni organización militar. La llegada de los olmecas en la segunda mitad del Formativo Temprano probablemente ocasionó alguna resistencia y estimuló el desarrollo sociopolítico, incluyendo de la organización militar, en cierto modo como respuesta al contacto con la civilización olmeca. La presencia de temas de dominación y conflicto en el arte monumental olmeca, a saber en Chalcatzingo; el retiro de un grupo local de Tlatilco, un sitio dominado por gente de afiliación olmeca, a la Loma de Atoto; la distribución limitada de elementos de origen olmeca en el Altiplano Central; y la ubicación de algunos sitios en lugares altos de posible aprovechamiento defensivo; todos implican que los intrusos probablemente encontraron alguna resistencia local. Pero evidentemente los olmecas no tuvieron los recursos para conquistar toda la Mesa Central; tampoco tuvieron los nativos la fuerza ni la organización militar para impedir la intrusión ajena en el área, resultando en la dominación olmeca de ciertas zonas del Altiplano Central, por ejemplo la región de Guerrero-Morelos-Puebla, y los corredores naturales para el intercambio. Este

control de áreas selectas requeriría no más que una pequeña fuerza de uno o dos mil guerreros cuando más, y tal vez aún menos hombres armados, porque las tribus de la Meseta Central fueron pequeñas de población y es muy improbable que hayan juntado sus fuerzas para contener esta invasión. También se sirvieron del proselitismo, de la diseminación de la ideología mediante el arte y la iconografía, y del intercambio socioeconómico para controlar estas secciones del Altiplano Central.

Cuando se cesó la influencia olmeca en el Formativo Tardío, el Altiplano Central quedó dividido en numerosos pequeños grupos autónomos quienes competieron entre sí. La población estaba creciendo rápidamente, y cada entidad probablemente estaba buscando más recursos, a saber tierra cultivable, yacimientos de obsidiana y otras materiales, manantiales de agua permanentes, y también gente adicional para aumentar su mano de obra y por consiguiente la riqueza y el poder de la élite dominante. Se refleja este ambiente de competencia en los centros Tezoyuca y otras comunidades encima de cerros en posiciones de fácil defensa, en la aparición de fortificaciones, y en las agrupaciones bien definidas de asentamientos separadas por zonas tapones deshabitadas (a pesar de que fueran adecuadas para la ocupación humana y que fueron pobladas antes) del principio del Formativo Terminal. Es interesante notar que estos indicios de la competencia y del conflicto aparecen a más o menos el mismo tiempo que los cacicazgos en el Altiplano Central, para 300 A.C. (Service 1975:170). Los centros Tezoyuca, cuya naturaleza defensiva ya se ha tratado, aparentemente fueron los centros élites-ceremoniales y residenciales de los jefes y sus partidarios, lo que asocia claramente el liderazgo sociopolítico con la planificación defensiva y la guerra. Esta primera fase del Formativo Terminal se caracteriza también por el desarrollo de la estratificación socioeconómica, la especialización

económica y la centralización política. Todo esto indica que la guerra tuvo un papel en los procesos del desarrollo de la civilización en el Altiplano Central durante el Formativo, junto con otros factores como el crecimiento y nucleación demográficos, el intercambio, el desarrollo de técnicas de subsistencia, la especialización económica, el aumento de las funciones y del poder de los jefes, etcétera.

Durante la primera fase del Formativo Terminal, cambios en el patrón de asentamiento indican que dos de las seis o siete entidades de la Cuenca de México--Cuicuilco y Teotihuacan--extendieron sus territorios respectivos a costa de las demás (de hecho, parece que Cuicuilco, con una población de 20,000, fue bastante más grande que Teotihuacan a principios de la fase). Los trece centros Tezoyuca y los dos sitios fortificados están ubicados en la parte central de la Cuenca, con dos excepciones en el lado oriental de los lagos, lo que sugiere que se peleó por esta zona entre Cuicuilco y Teotihuacan, y probablemente entre los habitantes del área disputada y Teotihuacan. Es interesante notar que se disputó esta misma área en el Epiclásico también. Pero los centros Tezoyuca desaparecen a fines de la primera fase del Formativo Terminal; y la primera erupción del Cerro Xitle redujo mucho la productividad del área de Cuicuilco al mismo tiempo (Sanders, Parsons y Santley 1979:106), de suerte que se vio obligado a dejar la competencia con Teotihuacan por el predominio en la Cuenca. Ya para entonces Teotihuacan había crecido a un paso extraordinario, a medida que se incorporaron las demás comunidades de la Cuenca en su dominio. No es sólo que se redujo tanto la población en la Cuenca mientras que creció Teotihuacan, sino que también aparece la cerámica teotihuacana por todo el Valle de México en la última fase del Formativo Terminal. Como ya fue mucho más grande de cualquiera otra entidad de la Cuenca, estas comunidades no podían

impedir la expansión teotihuacana, y les hizo falta la organización política para unirse contra esa ciudad. La última fase del Formativo Terminal está caracterizada por la concentración del 80% al 90% de la población total de la Cuenca en la ciudad de Teotihuacan y por una disminución sustancial de la población de todo el Valle de México, tal vez como resultado del conflicto en la fase anterior y en la resistencia a la nucleación demográfica. Para fines del Formativo Terminal, Teotihuacan controló gran parte de la Cuenca de México, si no toda, y se halló en una posición para extenderse por el Altiplano Central.

CAPITULO V

LA GUERRA EN EL CLASICO TARDIO (500-750 D.C.) Y EN LA CAIDA DE TEOTIHUACAN

Según ya se ha observado, generalmente se ha considerado el Clásico como una era pacífica dominada por los sacerdotes y mercaderes, un tipo de sociedad totalmente distinta de la del Postclásico militarista. Muchas veces se ha percibido hasta la caída de Teotihuacan como la consecuencia del colapso del sistema económico causado por el malogro de las cosechas debido a la deforestación y la erosión (Vaillant 1962:77-79; Sanders 1965:204), o por interrupciones en la red de intercambio controlada por Teotihuacan (Hirth 1980a:95-97). El descubrimiento de evidencia para la destrucción y la guerra en Teotihuacan ha cambiado algo este punto de vista. Según la teoría prevaiente de hoy día, el desequilibrio económico inherente al sistema teotihuacano, junto con la inhabilidad de hacer los cambios estructurales precisos, debilitó el estado teotihuacano de tal manera que se hizo vulnerable a las insurrecciones dentro del imperio y hasta dentro de la ciudad misma, y/o a las incursiones de grupos menos civilizados al norte de la Cuenca de México (Sanders 1965:181-184; R. Millon 1981:235-238; Olivé Negrete y Barba de Píña Chán 1957; Cowgill 1977:189-190; Wolf 1959:102-109; McClung de Tapia 1978:61-63).

Oviamente Teotihuacan no fue una ciudad abierta indefensa, sino que fue ceñida en realidad contra posibles ataques desde las fases tempranas de su hegemonía; por consiguiente el estado teotihuacano debió

haber tenido sus enemigos. No obstante, el puro tamaño del centro urbano haría que cualquier agresor potencial reconsiderara el iniciar hostilidades contra un adversario tan formidable, y seguramente impulsó a sus provincias sujetas a que pensarán dos veces antes de intentar derrocar a su opresor. Dado que los partidos tuvieron las armas y táctica equivalentes, el ejército invasor debe tener la misma fuerza que los defensores (Davies 1980a:276). Tomando el 10% de la población como el número de defensores disponibles (Cook 1946:96), calculo que Teotihuacan pudo reclutar unos 12,500 hombres cuando menos para rechazar cualquier ataque. Como ninguna otra ciudad del Altiplano Central se acercó a Teotihuacan de tamaño, la metrópoli estuvo segura de ataque mientras que se mantenía fuerte tanto económicamente como políticamente. Únicamente con juntarse las fuerzas de un número de ciudades hostiles se pudo derrotar a Teotihuacan.

Se ha observado que los indicios de la guerra dentro de Teotihuacan parecen incrementar en el Clásico Tardío. Por añadidura, aparecen sitios fortificados o ubicados en posiciones de fácil defensa fuera de la Cuenca en áreas que fueron o habían sido dominadas por Teotihuacan-- en Tlaxcala y Morelos (Figura 46). Cambios en los patrones de asentamiento revelan que también tuvo lugar considerable reorganización demográfica en las regiones susodichas tanto como en la Cuenca misma durante el Clásico Tardío. Todos estos factores sugieren que la guerra estaba aumentando de importancia en la sociedad del Clásico Tardío. Como se verá, actualmente la evidencia indica que la caída de Teotihuacan fue ocasionada por la competencia agresiva y por la revolución de sus pueblos sujetos quienes se habían enajenado por el sistema socioeconómico desequilibrado que resultó en tensiones económicas y sociales tanto dentro de la ciudad misma como en su región interior, y quizás en medios

más opresivos para neutralizar los defectos en el sistema también. Esto se demuestra arqueológicamente con el aumento de la evidencia para la guerra en las regiones fuera de la Cuenca antes dominadas por Teotihuacan, el crecimiento del tamaño de otros centros, y cambios en los restos culturales en dichas regiones, además de la aparente contracción del dominio teotihuacano durante el Clásico Tardío. La caída de Teotihuacan introdujo el Epiclásico, un período de fragmentación política y económica y de competencia militar por todo el Altiplano Central.

Evidencia Arqueológica para la Intensificación de la Guerra en Teotihuacan durante el Clásico Tardío

El Sistema Defensivo Teotihuacano

Ya se ha mencionado el carácter defensivo de algunas estructuras teotihuacanas, muchas de las cuales se remontan al Clásico Temprano (véase las páginas 277-278). Teotihuacan no fue del todo una ciudad abierta; de hecho, tuvo un sistema defensivo bastante bien elaborado conforme a las armas y tácticas militares en uso en aquel tiempo. Hubo algunos rasgos naturales que probablemente sirvieron para proteger la ciudad hasta cierto punto.⁴⁵ Al sur, el Río de San Lorenzo, la Barranca Tlalchichinšmitl o El Ciego, y la Barranca Oxtotitcpac o Motepec, y las "seudochinampas" que probablemente se hallaron cerca de los manantiales de San Juan, valle abajo desde la ciudad, proporcionaron una barrera efectiva a los ataques desde ese rumbo. El lado oriental de la ciudad limita con el Río de San Juan hasta la latitud de la Ciudadela; en este punto atraviesa el centro urbano hasta volver al sur. La Barranca de Malinalco, más varias colinas grandes como el Cerro Malinalco

⁴⁵Además, René Millon (1973:40) observa que unas fajas de vegetación como filas de cactus podían haber suplementado estas barreras naturales; pero sería sumamente difícil, por no decir imposible, identificarlas arqueológicamente.

y el Cerro Colorado protegieron a Teotihuacan al oeste (R. Millon 1973: 39-40; R. Millon 1974:347-348; Sanders 1965:23 y Fig. 3; Sanders, Parsons y Santley 1979:254, Fig. 7.7; R. Millon, Drewitt y Cowgill 1973: Mapas 1 y 2). Únicamente al término norteño de la zona urbana le falta una defensa natural, si no fuera por la Barranca de San Martín que pasa a través del sector nordeste de la ciudad. Sin embargo, es precisamente en el norte y el noroeste de Teotihuacan donde el Teotihuacan Mapping Project encontró las ruinas de numerosos murallas y recintos murados grandes (R. Millon 1974:347). Las enormes murallas sueltas, por ejemplo la que se halla a lo largo del margen oriental del Cuadrado N504 del mapa de Teotihuacan (R. Millon, Drewitt y Cowgill 1973) probablemente sirvieron propósitos defensivos tanto como para limitar el acceso a zonas específicas de la ciudad. Quizás esta muralla particular se remonta a la fase Miccaotli, es decir, a la etapa temprana de la era expansionista de Teotihuacan, aunque es igualmente posible que fue erigida más tarde, hacia el tiempo de la decadencia de la ciudad (Cowgill 1974: 389; R. Millon 1973:39).

Hay alguna evidencia de que el corazón de Teotihuacan, incluso el complejo cívico-ceremonial ubicado entre la Pirámide del Sol y la Ciudadela, en algún momento dado había sido rodeado cuando menos en parte de inmensas murallas sueltas o de muros integrados a los grandes conjuntos arquitectónicos. Los restos de una enorme muralla de piedra se extienden por tres cuartos de un kilómetro desde el Cuadrado N502 al Cuadrado N402; además, la alineación de las estructuras en los próximos dos cuadrados sugiere que originalmente la muralla pudo haber llegado hasta el N102 al sur, por una longitud total de aproximadamente dos kilómetros. En el Cuadrado N502 la muralla al parecer volvió al este, por donde se extendió a más de un kilómetro, casi al borde oriental del

Cuadrado N5E1 (R. Millon, Drewitt y Cowgill 1973; R. Millon 1974:347). Aunque no se haya observado ningunos indicios de una muralla al este del corazón urbano, los grandes muros de los conjuntos al lado oriental de la Calle de los Muertos sirvieron para limitar el acceso desde ese mismo rumbo. Al sur, una muralla suelta y el Rfo de San Juan completa el cercado, justamente al norte de la Ciudadela (R. Millon 1974:347; R. Millon, Drewitt y Cowgill 1973).

Se ubicaron varios enormes conjuntos murados precisamente al oeste de la Pirámide de la Luna. El muro de piedra norteño del conjunto que linda con la esquina noroeste de la Pirámide de la Luna, que mide 5 metros de altura y casi 3.5 metros de ancho al pie, se remonta a la fase Tlamailolpa (R. Millon 1973:39). Se encuentran semejantes conjuntos murados a lo largo de la Calle de los Muertos, el centro político y administrativo de Teotihuacan. El llamado Complejo Calle de los Muertos, que tal vez fue la sede real del gobierno, estuvo rodeado de una muralla suelta de calicanto. En las fases más tempranas de su existencia, este complejo fue un cuadrado de 250 metros por lado. Pero antes de terminar el Clásico, había crecido considerablemente hasta 350 metros por 380 metros, y se lo circundó un muro de piedra de unos 1.5 a 2.0 metros de ancho y hasta 2.5 metros de altura (Sánchez Sánchez 1982; Morelos García 1982b).

Se construyeron todos estos muros y los que formaron parte de los conjuntos arquitectónicos en esta parte de la ciudad de bloques de piedra o de tufo de forma irregular fijados en un cemento de barro, recubiertos con una capa delgada de arcilla o de una mezcla de piedrecillas machacadas y cal, de uno hasta varios centímetros de grueso. Entonces se les revistieron a veces de varias capas muy delgadas de cal y luego se les pintaron, o bien la pintura fue aplicada directamente a la pri-

mera capa (Marquina 1964:63; Linné 1934:26). Estas murallas exteriores varían considerablemente de espesor desde menos de uno hasta varios metros. Se puede únicamente estimar la altura original de estas murallas, porque se quedan por lo regular solamente los cimientos y los cursos inferiores; pero deben de haber medido por lo menos varios metros de alto. Los edificios en el centro de la ciudad tuvieron los techos planos, contruidos de vigas cubiertas de barro y de cemento; muchas veces se les dieron almenas ornamentales con un tamaño medio de 0.8 metros en cuadro (Cabrera Castro 1982a:151), que también sirvieron de protección para los defensores desde la azotea. El uso de muros paralelos para formar las entradas a las estructuras públicas sirvió para limitar el acceso. Aunque no se puede presumir que el propósito principal de tales rasgos arquitectónicos fuera defensivo, lo más probable es que los proyectistas de la ciudad pensaron en la protección de los ciudadanos y los soberanos cuando se diseñaron y se construyeron estas estructuras.

Una de las construcciones más imponentes de todo Teotihuacan es la Ciudadela, ubicada al extremo sur de la Calle de los Muertos al lado oriental. Se le puso "Ciudadela" a esta estructura a mediados del siglo pasado, mucho antes de que fue excavada. Aunque se piensa hoy día que sus funciones primarias fueron de carácter político, por ejemplo que sirvió quizás de residencia de los gobernantes de Teotihuacan o de complejo ceremonial-administrativo, la Ciudadela pudo haber sido además un refugio fortificado para la élite gobernante. El complejo entero consiste en un cuadrado que mide unos 400 metros por cada lado. Se erigió el Templo de Quetzalcóatl hacia el fondo de la plaza principal de la Ciudadela, la que estuvo rodeada de plataformas o terraplenes anchos, sobre las cuales se pusieron las bases plataformas de estructuras

más pequeñas (Figura 47). Las plataformas están compuestas de relleno de adobes y escombros revestido de piedras, tienen unos 60 a 78 metros de ancho y miden 10 metros de altura por todos lados excepto el del oeste, que mide la mitad de las demás subestructuras. La plataforma occidental proporciona el único acceso a la Ciudadela desde afuera; todas las demás estructuras miran a la plaza abierta. Las plataformas al norte, este y sur presentan una pared continua al exterior; pero los interiores consisten en dos terrazas escalonadas al estilo arquitectónico de talud y tablero (Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982b; Cabrera Castro 1982b:28-29; Linné 1934:27-28). La Ciudadela ya había adquirido su forma definitiva para la fase Tlaximilolpa Temprano (300-400 D.C.); sin embargo, se agregaron enormes murallas de calicanto a la parte superior del complejo en la fase Xolalpan del Clásico Tardío (Martínez Vargas y Jarquín Pacheco de Martínez 1982:42-46), lo que sugiere que la ciudad realmente se sintió amenazada por algún enemigo a fines de la época de su supremacía.

Ya se ha observado que a veces se usaron defensivamente los templos-pirámides del Postclásico Tardío, y el significado simbólico que tuvo la captura del templo mayor de una ciudad. Dado su tamaño enorme, parece bastante verosímil que cumplieron el mismo propósito secundario durante el Clásico también. La Pirámide del Sol de Teotihuacán sube en cuatro secciones hasta 65 metros de altura desde una base cuadrada que tiene más de 220 metros de largo por cada lado (Wolf 1959:94). Está cercada de una plataforma ancha de adobes que tiene unos 10 metros de altura, sobre la cual se construyeron unas estructuras. Adentro de la Ciudadela, el Templo de Quetzalcóatl alcanzó unos 20 metros de altura. Se construyeron las pirámides de adobes o de relleno cubiertos de piedras volcánicas fijadas en arcilla y revestidas de yeso; los templos

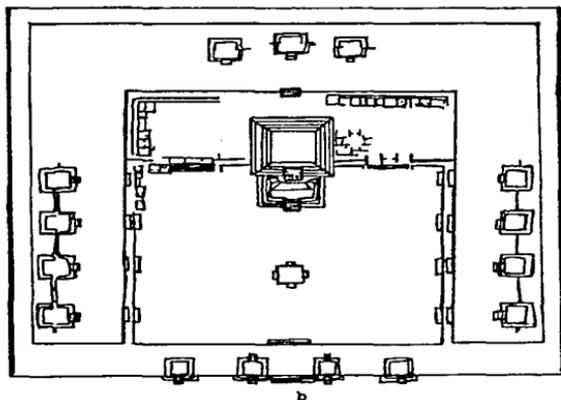
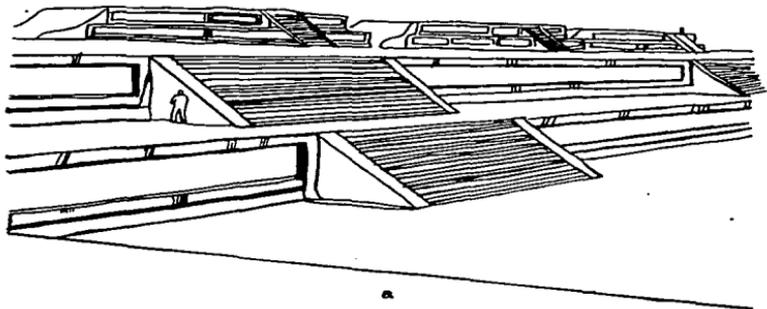


Figura 47. La Ciudadela. a) Perspectiva de la plataforma exterior
 b) Planta general, escala aproximadamente 1.06 cm.:40 m. (Gendrop
 1970:50-51, Fig. 55-56).

erigidos encima estaban hechos de materiales perecederos en el Altiplano Central, y por lo tanto no han durado (Marquina 1964:63-75; Linné 1934:26-30). El hecho de que la mayor parte de la evidencia para la destrucción que se ve en Teotihuacan viene del corazón de la ciudad, por donde las Pirámides del Sol y de la Luna dominan el horizonte, y de los templos ubicados en los barrios residenciales de la ciudad, indican que tales estructuras fueron verdaderamente un punto focal del combate durante el Clásico tanto como en las fases posteriores.

Si se concentraron los esfuerzos principales para proteger la ciudad en el corazón urbano, tampoco se dejaron completamente indefensas a las zonas residenciales de Teotihuacan. La unidad residencial normal de Teotihuacan fue el llamado "conjunto departamental" (apartment compound), de los cuales han sido identificados más de 2,000, y que se parecen bastante a fortalezas (Figura 48). Cada unidad está rodeada de altos muros sin ventanas hechos de adobes, o de barro en los conjuntos más humildes como Tlamimilolpa, o de adobes revestidos de piedras y enyesados de cal en las que sirvieron de residencias para la gente más acomodada. Los habitantes pudieron lanzar proyectiles desde las azoteas de estas estructuras a los invasores cuando intentaron pasar por las calles estrechas de la ciudad. Además, los accesos y pasillos de los mismos conjuntos departamentales son estrechos y torcidos, de tal modo estorbando el paso de cualesquier intrusos hostiles (R. Millon 1976:215-220; Linné 1934:40-45; Angulo V. 1981).

Cuando se toman en consideración todos estos factores, se hace evidente que Teotihuacan tuvo un sistema defensivo formidable. A pesar de que la defensa no fue la función única, ni siquiera la más importante, de la mayoría de estos rasgos arquitectónicos, debe haber figurado en los pensamientos de los proyectistas de la ciudad desde las fases

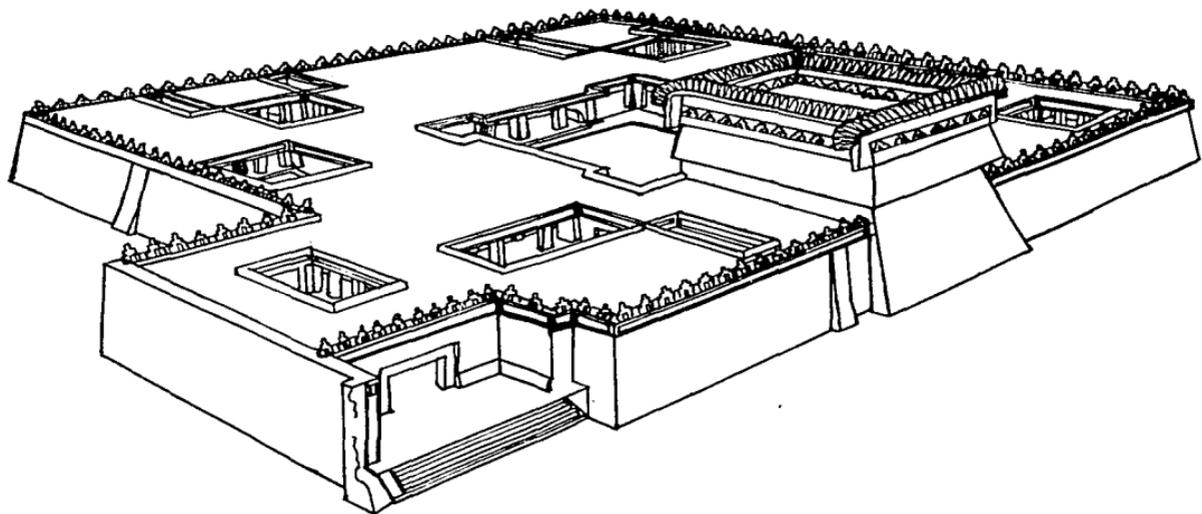


Figura 48. Reconstrucción del Palacio de Zacuala, Teotihuacan, Clásico Tardío, aprox. 75 x 60 m. (Séjourné 1969:88-89).

tempranas de su existencia.

Durante el Clásico Tardío se llevaron a cabo unas modificaciones importantes en las estructuras cívicas-ceremoniales del centro de Teotihuacán, y también en algunos de los conjuntos departamentales. Además de reponer los pisos y reparar los muros dondequiera que fuera preciso, la élite tomó medidas para controlar más los accesos a los edificios públicos y para aumentar la postura defensiva de la ciudad. En la Ciudadela y sus anexos, el complejo Calle de los Muertos y el conjunto NW del Río San Juan, se construyeron muros para desviar la circulación y cerrar algunos pasillos y entradas (Cabrera Castro 1982a: 151; Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982a:91; R. Millon 1973:59-61). Se erigió una muralla o talud de aproximadamente 5 metros de altura y 1.4 metros de ancho sobre las plataformas que rodean la Ciudadela en los lados norte, sur y este durante la fase Xolalpan Temprano, o sea la primera fase del Clásico Tardío (Martínez Vargas y Jarquín Pacheco de Martínez 1982:42-46). La construcción de dicha muralla y el refuerzo de otras estructuras en el corazón de la ciudad sugieren que se estaba creciendo el peligro de ataque, o de cualquier modo que el gobierno se sintió más en peligro que antes. La clausura de pasillos y entradas a los edificios públicos probablemente indica que la élite quiso aumentar la división física entre sí y el pueblo, lo que refleja aparentemente el atrincheramiento más firme de aquel grupo en el poder, y tal vez un descontento creciente de parte del pueblo mismo.

Aumento de Representaciones de Temas Militares en el Arte Teotihuacano

En el curso de la fase Xolalpan Temprano de 500 a 600 D.C., aparecen ciertos elementos nuevos en la iconografía de Teotihuacán que indican que el militarismo se estaba volviendo cada vez más prominente en

la sociedad desde aquel momento hasta la caída de esta gran ciudad. Estos incluyen la representación de figuras armadas o guerreros y de deidades de guerra, algunas de las cuales llevan disfraces o vestuarios de animales; elementos iconográficos que significan la guerra, tales como el símbolo de lanzas cruzadas con escudo y el motivo del buho con arma; y representaciones del sacrificio humano. Aunque el jaguar, el coyote, aves de rapaña como el águila y el buho, y además la mariposa (que se asoció con la muerte), aparezcan en murales que se remontan al Clásico Temprano, o solos o en procesión, no queda absolutamente clara la relación entre estos animales y la guerra por aquella época. Dada la asociación de estas criaturas con las órdenes militares y el sacrificio humano en el arte postclásico, uno se inclina fácilmente a atribuir el mismo significado a estas representaciones teotihuacanas, y parece bastante plausible que cumplieran funciones semejantes en la iconografía clásica. Las dimensiones enormes de los garras y colmillos de muchos de estos animales, junto con la impresión de ferocidad y de fuerza salvaje que comunican (Figuras 50, 52-53, 59; véase también C. Millon 1966:4; Miller 1973:págs. 11-12) lo hace verosímil que estas representaciones intentaron inspirar el temor entre los que las miraron, e instilar en ellos un respeto saludable para con el poder de Teotihuacan. El hecho de que estas figuras aparecen en las paredes de conjuntos residenciales, por ejemplo Tetitla y Tepantitla, tanto como en los murales de los edificios ceremoniales, sostiene la percepción de que las autoridades aprovecharon el arte para reforzar su propia posición tanto como para promulgar la ideología de la sociedad.

Sin embargo, con el uso cada vez más frecuente de estos nuevos elementos en el arte teotihuacano durante el Clásico Tardío, su naturaleza militarista se vuelve más obvia y abierta (Figura 49). Esto puede re-

Número de representaciones

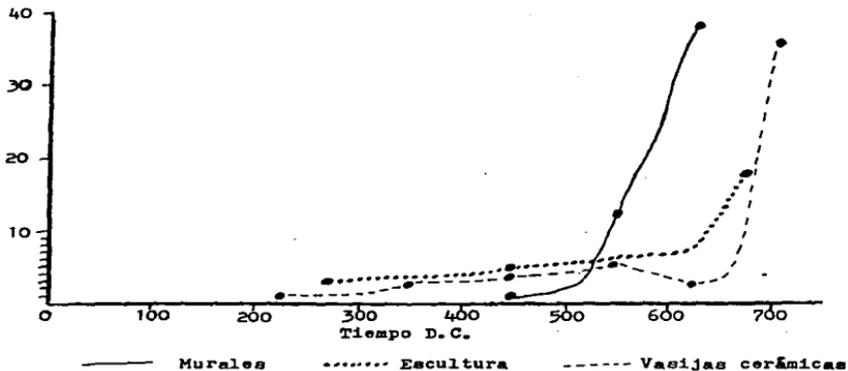


Figura 49. Representaciones de figuras armadas y Pasgos teotihuacanos asociados con la guerra en el arte de Teotihuacan y otros sitios a través del tiempo.

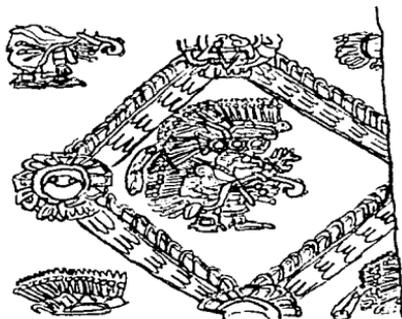


Figura 50. Guerrero con diadema de águila, Pórtico 3, muro superior, Patio Blanco de Atetelco, Teotihuacan, Xicalpan Tardío (Miller 1973; Fig. 342).

flejar la situación política del período, cuando las presiones económicas y sociales se empezaron a poner tensiones considerables en la relación del estado con su propia gente y con sus provincias sujetas. Parece que el estado sintió mayor necesidad de recalcar su poder y su capacidad de amenazar a los constituyentes del imperio con el uso de la fuerza. No obstante, aun en este período tan turbulento predomina la síntesis de los componentes religiosos y seculares de la sociedad en el arte teotihuacano, simbolizando el refuerzo del sistema sociopolítico mediante el control estatal de los cultos y de la ideología.

Se han distinguido varios distintas agrupaciones iconográficas estandarizadas que representan los cultos o conceptos ideológicos principales en el arte teotihuacano (Kubler 1967:9-11; Pasztory 1978:130-131). Cada grupo consta de varios elementos en diferentes combinaciones, muchos de los cuales no fueron al parecer exclusivos de una agrupación particular, sino que ocurren en cuando menos una de las demás. No obstante, se encuentran bastantes asociaciones repetitivas de elementos específicos para distinguir las distintas construcciones ideográficas que fueron de tanta significación para la ideología teotihuacana; y además algunas semejanzas estructurales al arte del Postclásico Tardío que se nos permite sacar unas analogías entre el simbolismo clásico y lo del Postclásico Tardío, y su interpretación.

Durante la fase Xolalpan (500-650 D.C.) se desarrolló un culto guerrero en Teotihuacan con una iconografía concomitante en los murales y en el arte cerámico. Según Pasztory (1978:133), el conjunto de imágenes del culto guerrero fue el más importante únicamente después de lo de la fertilidad agrícola en el arte teotihuacano. Se caracteriza por varios temas y elementos básicos, por ejemplo el ave de rapaña y un felino simbolizando la deidad solar, guerreros (muchos de los cuales

llevan armadura en forma de animales o disfraces de animales), el símbolo del buho con arma, y representaciones del sacrificio humano.⁴⁶

El indicio más obvio de que se representa la guerra en el arte teotihuacano son representaciones de guerreros. Los que aparecen en los murales están frecuentemente asociados con conceptos de divinidad o con ritual, especialmente con el sacrificio, con animales y con elementos que simbolizaron las deidades teotihuacanas, por ejemplo las anteojeras que han sido identificadas con representaciones de Tláloc, y el signo del año.

Tales figuras estuvieron concentradas en los murales de los pórticos rodeando el Patio Blanco del conjunto departamental de Atetelco. En la parte superior de estos muros ocurren numerosas figuras elaboradamente ataviadas de perfil, llevando varios dardos para atlatl en una mano y un cuchillo de obsidiana o una porra en la otra, en un diseño como red, cada una estando separada por un marco en forma de rombo. En el Pórtico 3 los personajes o son guerreros de pájaro antropomórfico cargando dardos y cuchillos de obsidiana (Figura 50); o bien llevan vestuarios avícolas con anteojeras, quienes son representados en una sección con una tuna o un corazón empalada en la hoja de su cuchillo de obsidiana, o matando a golpes a un pájaro como un sacrificio en otra parte del muro (Figura 51a). En los muros inferiores del Pórtico 3 se ve un desfile de guerreros danzantes primorosamente ataviados (Figura

⁴⁶Huesos cortados con intención y cráneos decapitados hallados tanto en los conjuntos departamentales como en el corazón cívico-ceremonial de la ciudad, a saber en la Ciudadela, testifican además a la práctica del sacrificio humano en Teotihuacan desde el Clásico Temprano (González Miranda y Fuentes González 1982; Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982:103; Gamio et al. 1922:I, 58). Se encuentran unas cuantas representaciones de guerreros en las figurillas (Barbour 1976:29-30) y en la tapa de una vasija cerámica, con un atlatl y un escudo (Muller 1967:232), que se remontan a fases más tempranas.

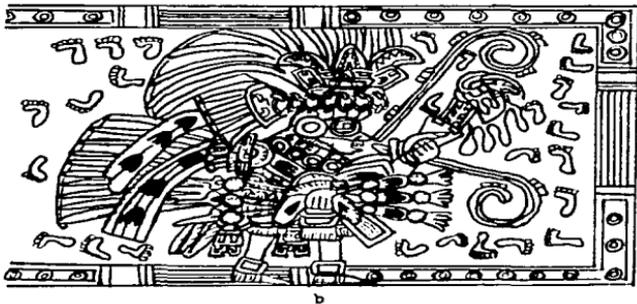
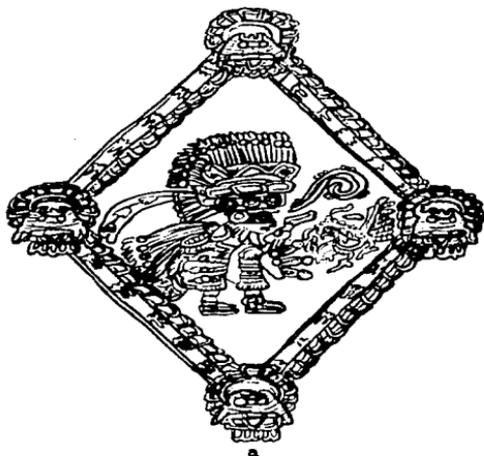


Figura 51. Pórtico 3, Atetelco, Teotihuacan, Xolalpan Tardío.
 a) muro superior, guerrero sacrificando pájaro, 1.08 x 0.9 m. (Pasztory 1974:13, Fig. 15); b) muro inferior, guerrero danzante, figura 0.5 x 0.75 m. (Kubler 1967:Fig. 14).

51b), cada uno de los cuales tiene tres dardos en una mano y un cuchillo de obsidiana traspasando un corazón o una tuna en la otra (Villagra Caletí 1956-1957; Miller 1973:162, Figs. 340-343). En los murales superiores del Pórtico 1 del Patio Blanco aparecen unos coyotes antropomórficos quienes también llevan dardos y atlatis (Figura 52). En la parte inferior una procesión de coyotes feroces emplumados se extiende a lo largo del muro; y una fila de jaguares y coyotes emplumados alternantes adorna el talud del muro del Pórtico 2 (Figura 53; véase también Villagra Caletí 1956-1957; Miller 1973:160, Figuras 335-336). Como el coyote y la ave de rapaña probablemente representan órdenes militares o instituciones con funciones semejantes, y abundan tanto los guerreros llevando disfraces de estos animales en el Patio Blanco de este conjunto, propongo que Atetelco fue tal vez la residencia o la sede de estas órdenes o de sus oficiales, o del clan o grupo social de los oficiales militares.

Aparece otra serie de guerreros sentados en los claros de una red en el muro superior del templo mayor del conjunto ubicado en el Patio 9 de Tepantitla (Figura 54), quienes llevan un atlatl en la mano derecho, dos dardos en la izquierda, y anteojerías (Pasztory 1974:11-12). Además, se encuentran unas pocas representaciones de soldados individuales en el arte monumental teotihuacano; por ejemplo el guerrero con escudo, tres flechas embotadas y un primoroso tocado emplumado en la Casa de Barrios del conjunto de Teopanacaxco (Figura 55; véase también Gamio et al. 1922:1, 156-157, Lám. 77). En dos fragmentos de murales de procedencia desconocida aparecen figuras desarmadas pero llevando tocados de borlas y ropa interior punteada que probablemente representa armadura de algodón acolchado (C. Millon 1973:311, Figs. 1 y 2).

Guerreros antropomórficos estilizados son más frecuentes en el

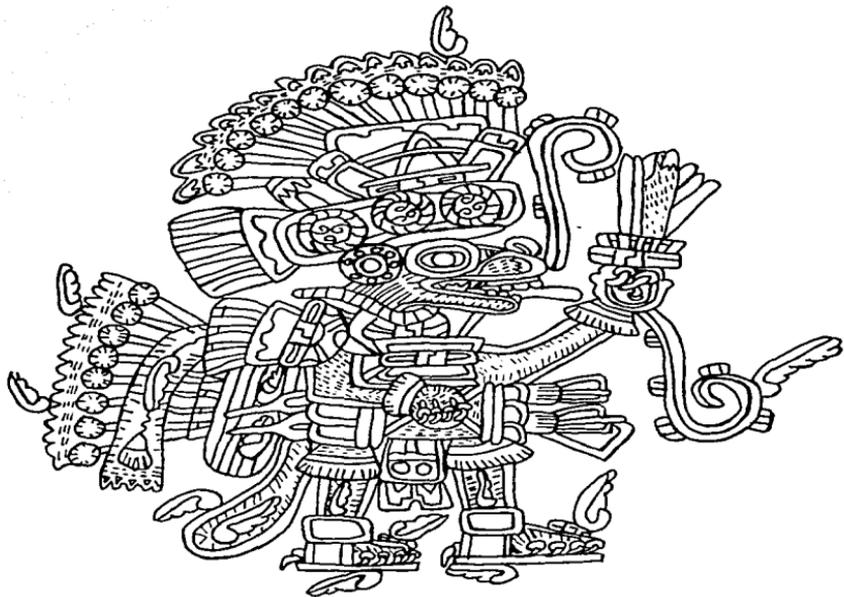


Figura 52. Coyote antropomórfico armado, muro superior, Pértico 1, Atetelco, Teotihuacan, Xolalpan Tardío. 0.48 x 0.47 m. (Séjourné 1966:201, Fig. 136).



Figura 53. Procesión de coyotes y jaguares, talud del Pórtico 2, Atetelco, Patio Blanco, Teotihuacan, Xolalpan Tardío, aprox. 1.57 m. de largo (Séjourné 1962:78, Fig. 83).

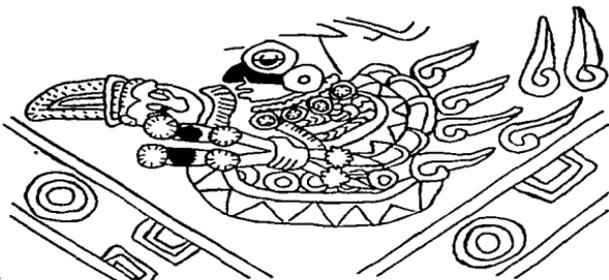


Figura 54. Guerrero sentado dentro de una red, muro superior, Patio 9, Tepantitla, Teotihuacan, Xolalpan Tardío (Pasztory 1974:12, Fig. 14).

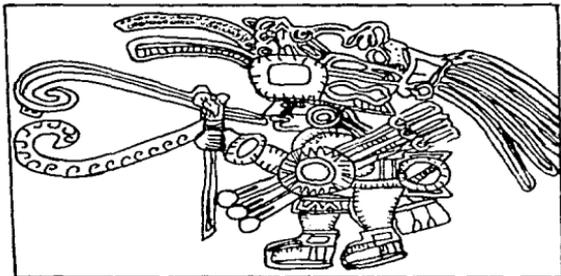


Figura 55. Guerrero, Casa de Barrios, Teopanacxco, Teotihuacan, Xolalpan Temprano (Wolf 1959:80).

arte monumental de Teotihuacan que los soldados netamente humanos. Dichas figuras incluyen felinos o jaguares, coyotes y águilas antropomórficos; en algunos casos parecen más bien seres humanos llevando disfraces de los animales mencionados. Tienen al menos una mano humana y a veces aparecen en posición vertical; llevan escudos, bastones o dardos, o un cuchillo encorvado de obsidiana traspasando un corazón o una tuna, lo que representa el sacrificio. Ya se ha mencionado los aves y coyotes antropomórficos del Patio Blanco del complejo de Ate-telco (Figuras 50 y 52). En el muro inferior del templo en el Patio 9 de Tepantitla se encuentra una fila de personajes con aspecto de felinos antropomórficos representando el Tláloc-Jaguar, primorosamente ataviados y llevando un par de dardos en la mano humana, llamados los "Tlálocs Rojos" (Figura 56; véase también Pasztory 1974:11-12). Se ven tales figuras antropomórficos armados también en el Palacio de Zacuala (Figura 57), y en el muro del Pórtico 19 de la Zona 5-A de la ciudad (Miller 1973: Figs. 129-132); se desconoce la procedencia dentro de Teotihuacan de unas pinturas de aves llevando un escudo, o en un caso un escudo con lanza, en la mano (Figura 58). Se representa una procesión de jaguares antropomórficos que se acercan a un templo, cargando escudos y bastones, en el conjunto de Tetitla (Figura 59).

El arte teotihuacano abunda en representaciones de animales desde la primera fase del Clásico Temprano. Las que me interesan son los felinos o jaguares, los coyotes y las aves de rapiña por su posible relación con la guerra. Aparecen en los murales y esculturas en los conjuntos de Ate-telco (Figura 53), Tetitla (Figura 60), Tepantitla, Teopancaxco, el Palacio de los Jaguares, el Palacio de Quetzalpapalotl, el Templo de la Agricultura, las Zonas 2 y 11, la Ciudadela, el complejo Calle de los Muertos, en los tableros de varios edificios a lo largo

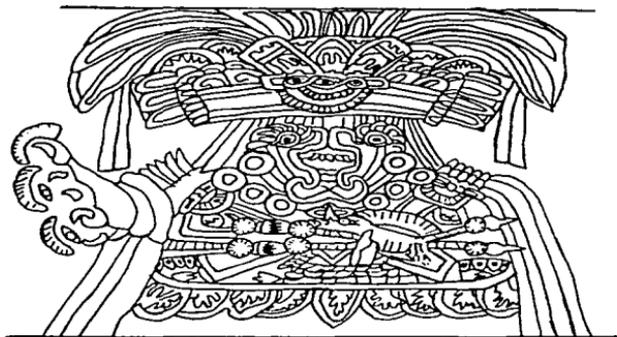


Figura 56. El Tláloc Rojo, muro inferior del templo, Patio 9, Tepantitla, Teotihuacan, Xolalpan Tardío (Pasztory 1974:12, Fig. 13).

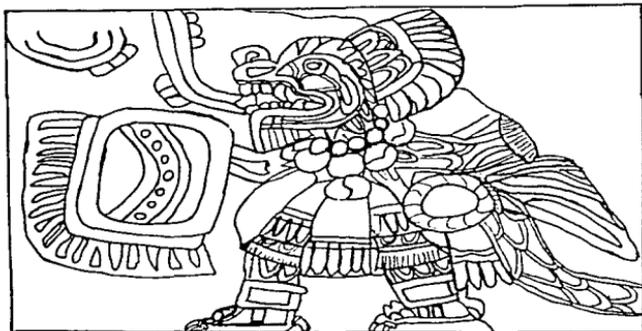


Figura 57. "Caballero Tigre," Palacio de Zacuala, Teotihuacan, Xolalpan Temprano (Kubler 1972:25, Fig. 8).



Figura 58. Aguilas con armas, procedencia desconocida, Teotihuacan, Xolalpan Tardío, 1.1 m. de largo y 0.52 m. de altura (Miller 1973:Fig. 363).



Figura 59. Jaguar antropomórfico acercando un templo, Tetitla, Teotihuacan, Xolalpan Tardío, 1.7 x 0.7 m. (Villagra Caletí 1971: 143, Fig. 13).



Figura 60. Representación de buho del Pórtico 25, Tetitla, Teotihuacan, Xolalpan Temprano, 0.6 x 1.1 m. (Stierlin 1968:103).

de la Calle de los Muertos, y en algunas vasijas cilíndricas teotihuacanas (Kubler 1972; Miller 1967; Miller 1973; p. 55; S&Journ 1966: 111-112; Morelos García 1982a: 311-315; Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982a: 121-123).

Como ya se ha visto, estos animales estuvieron íntimamente relacionados con la guerra durante el Postclásico; hasta que simbolizaron las Órdenes militares que se hicieron tan prominentes en la sociedad prehispánica tardía. ¿Pero se puede saber con seguridad si dichos animales tuvieran el mismo significado para la gente de la Época clásica que para los pueblos postclásicos, sobre todo como no se los representaron de la misma manera? En primer lugar, todos estos animales que han sido tratados aquí--felinos, coyotes, águilas y buhos--son predadores, y la guerra es en general una actividad rapaz. En segundo lugar, personajes armados aparecen con divisas de estos animales, como ya se ha visto, y a veces representaciones antropomórficas de dichas especies cargan armas o cuchillos traspasando corazones o tunas. En otras palabras, existe una clara asociación entre estos animales predadores, las armas y el sacrificio en muchos de los murales ya citados. Además, ciertos temas y elementos que se encuentran en el arte postclásico se remontan a Teotihuacan; por ejemplo las procesiones de jaguares y coyotes (compárese las Figuras 4a y 53), filas de personajes ricamente ataviados y armados en algunos casos, esculturas sueltas de estos animales de rapiña, la representación de dos o más dardos o lanzas cruzados o dardos cruzados con escudo, la imagen de Tláloc con el signo del año en su tocado asociada con la guerra, el buho relacionado con la guerra, un elemento trilobado que representa la sangre o el agua, y el motivo con tres volutos que simboliza el corazón humano (Cobean 1978: 54; McVicker 1985: 92-93). Sin embargo, parece que el jaguar y las aves de

rapaña están relacionados con otros conceptos⁴⁷ como la fertilidad en el arte e ideología teotihuacanos, puesto que están asociados frecuentemente con elementos iconográficos que simbolizan el agua (ondas, gotas de agua, redes, conchas), la vegetación (flores, ramas) y la tierra (la serpiente); y con otras deidades, sobre todo con Tláloc (anteojeras, la lengua bifida, los colmillos, el tocado de borlas), el dios teotihuacano del agua y de la fertilidad (Pasztory 1973 y 1974; Kubler 1967 y 1972; Miller 1967). Se ha sugerido que el jaguar, y posiblemente el buho, simbolizó un linaje dominante o una dinastía teotihuacana, o tal vez un progenitor mitológico (Heyden 1977; Kubler 1972:31-32).

Las autoridades han logrado reconocer que varios símbolos que aparecen en la iconografía teotihuacana se refieren específicamente a la muerte y a la guerra. El ejemplo más prominente es el símbolo del buho con arma, lo que consta de un escudo con una mano humana sobrepuesta a dos flechas o lanzas cruzadas, todo lo que cubre el buho (Figura 61). Para los aztecas el buho simbolizó la muerte, la noche y la oscuridad; su asociación con armas (Figuras 50, 61 y 63), rasgos esqueléticos, gotas de sangre y el oeste en el arte teotihuacano indica que probablemente tuvo un significado semejante para los teotihuacanos (Miller 1967; Kubler 1967:9-10). Es significativo que el glifo azteca para la guerra consiste en un escudo con varios dardos y bandera (Figura 62). A veces el motivo del buho y arma se extiende sobre el cuerpo de otra figura (Figuras 56 y 61); o en otros casos aparece solo, como en ciertas va-

⁴⁷Es bastante común encontrar deidades o conceptos con múltiples aspectos en la religión postclásica, por ejemplo el dios Tezcatlipoca tuvo aspectos creadores tanto como destructores (Caso 1953). Pasztory (1974:11) afirma que la asociación con el agua y la fertilidad es tan general en la iconografía teotihuacana que no se la puede considerar como un rasgo diagnóstico de ninguna deidad particular. Pasztory sugiere que el Tláloc con el signo del año en el arte postclásico, lo que está relacionado frecuentemente con temas dinásticos y guerreros, simboliza la continuidad y la legitimidad del gobierno desde Teotihuacan hasta los aztecas (McVicker 1985:92).

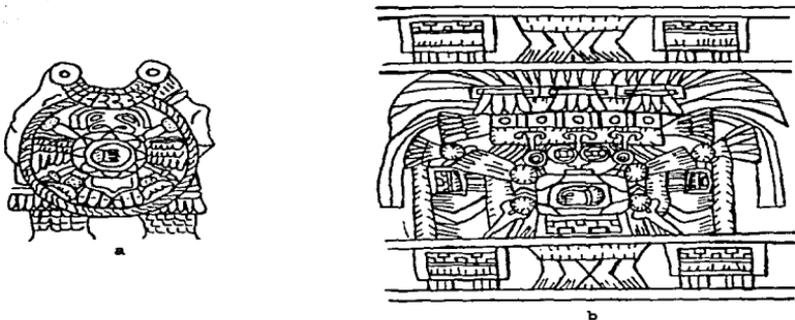


Figura 61. El motivo del buho con arma. a) Figurilla, Teotihuacan, fase Metepec (Kubler 1967:Fig. 40); b) vasija cerámica, Teotihuacan, fase Metepec (Pasztory 1974:15, Fig. 18).

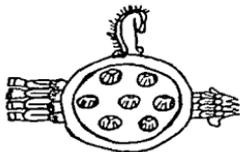


Figura 62. El signo de la guerra azteca del Códice Mendocino (León-Portilla 1961:98, Fig. 9).



Figura 63. Vasija cerámica teotihuacana de Kaminaljuyú, Guatemala, con el símbolo del buho con arma, Clásico Temprano (von Winning 1948: 129, Fig. 24).

ajijas cilíndricas. Este símbolo aparece en un trípode cilíndrico esculpado del Clásico Temprano en Kaminaljuyú en el Altiplano de Guatemala (Figura 63), lo que fue según parece una colonia teotihuacana, como ya se ha mencionado.

Otro símbolo que probablemente representa la muerte, la destrucción a fuego, la guerra o el sacrificio en Teotihuacan consta de una boca abierta con doble fila de dientes (Pasztory 1973:158). Forma la boca del guerrero vestido de jaguar del Palacio Zacuala (Figura 57) y la de una deidad pintada en el borde del mural del Pórtico 3 en el Patio Blanco de Atetelco, cuyos murales tratan de la guerra y del sacrificio. Se lo ve también sobrepuesto a la representación de un templo y tragado por llamas en un mural de Tetitla (Figura 64). Por su asociación con guerreros, el fuego y otros elementos relacionados con la muerte en Teotihuacan, y por su semejanza al glifo azteca representando un templo en llamas que simbolizó la conquista de una ciudad en el Postclásico Tardío, se puede especular que, en este contexto específico, dicho emblema de la boca con dientes en llamas ante una estructura fue el equivalente teotihuacano de este glifo azteca (compárese las Figuras 29 y 64). También se encuentran otros elementos o representaciones sueltas, relacionados con la guerra o con el sacrificio, por ejemplo gotas de sangre, llamas, garras de animales predadores, y cabezas de animales o de Tláloc decapitadas, esparcidos por todo el arte teotihuacano (Miller 1973:passim; Villagra Caletí 1956-1957; Kubler 1967).

Estudios recientes sobre la iconografía teotihuacana han revelado que cuando menos un aspecto de Tláloc, el dios de la lluvia y de la fertilidad que ha sido reconocido durante mucho tiempo por la principal deidad de Teotihuacan, está asociado con elementos referentes a la guerra, la muerte y el sacrificio. Este Tláloc-Jaguar o Tláloc B (Pasztory 1974)



Figura 64. Símbolo de la boca abierta con dientes rodeada de llamas en frente de un templo, Tetitla, Teotihuacan, Xolalpan Tardío (Pasztory 1973:158, Fig. 16).



Figura 65. Figura con tocado de borlas teotihuacano, Estela 32, Tikal, Guatemala, Clásico Temprano (Pasztory 1974:14, Fig. 17).

está asociado con felinos, en particular con el jaguar, y además con el agua y la fertilidad; así es que formó una parte integral de la creencia agrícola de fertilidad, que fue el culto principal y según parece, patrocinado por el estado.⁴⁸ Los rasgos que caracterizan el Tláloc-Jaguar son ojos concéntricos o anteojeras, una nariguera de barra, una larga lengua bifurcada, un tocado compuesto de varias ringleras y nudos, y muchas veces garras de jaguar y el símbolo del buho con arma (Pasztory 1978:132-133; Pasztory 1974:15-19).

La figura con el tocado de borlas es una variante del Tláloc-Jaguar. Este tocado consta de varias filas, la más alta de las cuales tiene una hilera de tres a cinco borlas emplumadas colgadas de un entrepaño; la segunda consta de una placa adornada con ornamentos circulares; debajo de ésta, la tercera ringlera del tocado está compuesto de una fila de objetos en son de puntas de lanza (Figura 65). Se encuentra este personaje en los murales de los conjuntos de Tetitla y Tepantitla, en dos fragmentos de murales de procedencia desconocida, en recipientes cerámicos (Figura 61b), y en una almena de Teotihuacan; en vasijas de Calpulalpan en Tlaxcala, de Oaxaca, Tikal y Kaminaljuyú; y tallado en las estelas 31 y 32 de Tikal y la estela 11 de Yaxhá en las tierras bajas de la zona maya (Figura 65). Esta figura con el tocado de borlas aparece en el escudo de un individuo teotihuacano en la estela 31 de Tikal que porta además un atlatl. Se ha identificado este personaje del tocado de borlas como el símbolo o deidad patrona de Teotihuacan o de su dinastía reinante, sobre todo fuera de la ciudad misma (C. Millon 1973; Pasztory 1974:13-15; Pasztory 1978:134). La asociación de esta figura

⁴⁸La ubicación del arte que está relacionado con este culto en lugares públicos, muchas veces en contextos cívicos-ceremoniales, la estandarización de los rasgos de la deidad y de los símbolos asociados, y la representación de personajes importantes como jefes y sacerdotes participando en rituales dedicados a la deidad, todos estos factores indican que este culto de Tláloc fue patrocinado por el estado.

que tiene connotaciones políticas con armas y otros símbolos militares en el arte de dichos lugares tan remotos que no formaron parte del imperio teotihuacano sugiere que la guerra y el uso de la fuerza tuvo en realidad un papel significativo en la expansión de Teotihuacan en Mesoamérica.⁴⁹

La cantidad de figurillas representando guerreros, personas atadas y figurillas entronizadas aumentó dramáticamente durante la fase Metepec (650-750 D.C.), la última etapa antes de la decadencia de Teotihuacan (Figura 66). Se han descubierto unas cuantas que se remontan a las fases anteriores, pero ya se las produjeron a centenares. Los guerreros llevan yelmos que cubren la cabeza y a veces la mandíbula, y armadura de algodón acolchado que protegió al menos el tronco, y muchas veces los miembros también; además, algunos portan rodela o escudos rectangulares elaboradamente decorados (Figura 67; véase también Muller 1967:234-237; Barbour 1976:30 y 136). Frecuentemente los cascos están en forma de águilas o jaguares, o se encuentran representaciones de estos animales en los cascos (Figuras 68 y 69), lo que sugiere la presencia de órdenes militares en Teotihuacan (Barbour 1976:140). Además, aparece el símbolo del buho con arma y anteojeras en algunas de estas figurillas guerreras (véase la Figura 61a), y varios tocados son muy parecidos o idénticos al tocado de borlas encontrado en el arte monumental (Barbour 1976:134-137). Este se halla también en las llamadas "figurillas atadas" (Figura 70), las cuales representan probablemente cautivos (Barbour 1976:95-99, 133-136, Lám. 43, 47-48 y 52). Un número considerable de figurillas representando a Xipe, una deidad íntimamente

⁴⁹Paszatory (1978:134) sugiere que muchos de los emblemas que figuran en las representaciones de los gobernadores mayas del Clásico Tardío en su papel de guerreros conquistadores se derivaron del simbolismo del culto guerrero de Teotihuacan.

Número de
figurillas

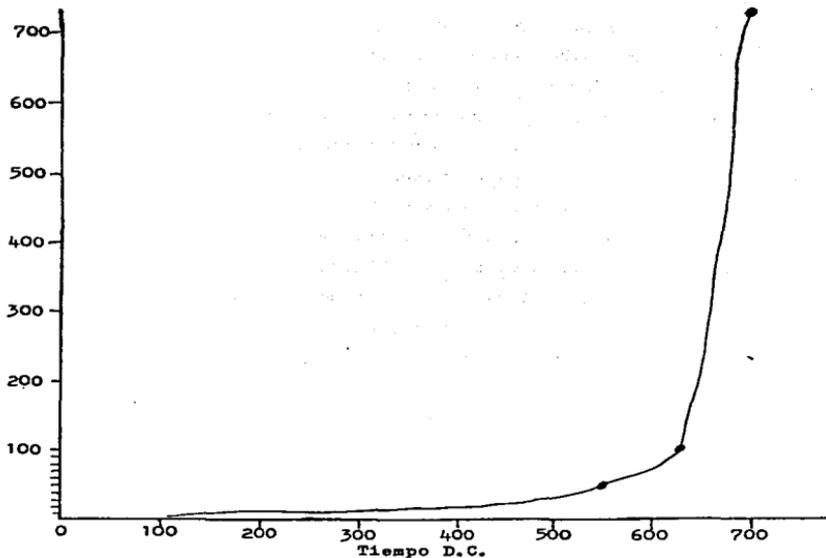
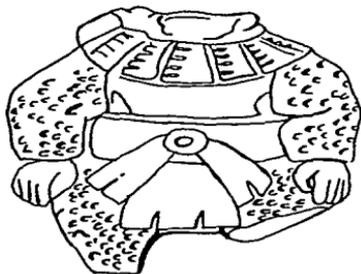


Figura 66. Figurillas de guerreros y con rasgos teotihuacanos asociados con la guerra de Teotihuacan a través del tiempo.



a



b



c



d



e

Figura 67. Figurillas de guerreros llevando armadura, Teotihuacan, fase Metepec (a, b, d, e, S8journ8 1966:107-108, Fig. 75-76; c, Kubler 1967:Fig. 35).



Figura 68. "Caballero tigre", Teotihuacan, fase Metepec (S6-journé 1966:111, Fig. 79).

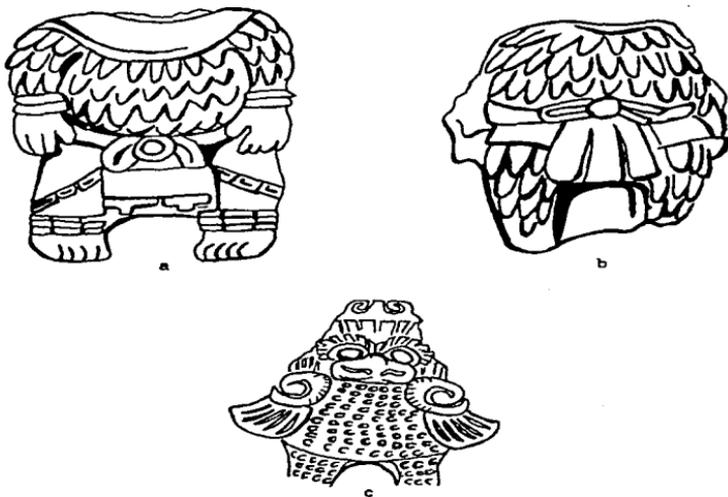


Figura 69. Guerreros con vestuario de águila, Teotihuacan, fase Metepec (Séjourné 1966:99 y 107, Fig. 69 y 75).



Figura 70. Figurillas atadas, Teotihuacan, fase Metepec (Séjourné 1966:244, Fig. 161).

asociada con la fertilidad y el sacrificio humano, también se remontan a la fase Metepec (S&Journ& 1966:Fig. 186). El uso de elementos estandarizados generalmente encontrados en el arte monumental en contextos cívicos-ceremoniales y asociados con una religión probablemente patrocinada por el estado (véase la nota 48, p&g. 322), tales como el símbolo del buho con arma y el tocado de borlas en las figurillas, que se consideran por lo regular como pertenecientes al culto popular, es muy sugestivo, especialmente en relación con el aumento de motivos militares en todos los aspectos del arte teotihuacano, porque indica una presencia militar más fuerte en la sociedad y la influencia mayor del estado en el pueblo.

El arte teotihuacano de la última fase de su predominio ocasiona unas cuestiones interesantes acerca de la guerra en el Clásico. Según parece, hubo muchas semejanzas estrechas con el Postclásico Tardío con respecto a los aspectos materiales de la guerra, por ejemplo el armamento ofensivo y defensivo (atlatls, dardos, lanzas, la armadura, y escudos--compárese las ilustraciones en esta sección con las del Capítulo III), tanto como al papel ideológico de la guerra y de los guerreros en la sociedad. Los animales que se asocian tan íntimamente con la guerra en el Postclásico--el jaguar, el coyote, y las aves de rapina--a veces aparecen en el arte teotihuacano con armas y motivos guerreros (por ejemplo en los murales de Atetelco, Zacuala, la Zona 5-A), y en otras ocasiones con elementos relacionados con el poder y el liderazgo político-religioso, tales como el tocado de borlas, la deidad Tláloc-Jaguar o Tláloc B y representaciones del templo-pirámide (Tetitla, el Palacio de los Jaguares, el P&rtico 5 de la Zona 11, varios fragmentos sueltos de procedencia desconocida, la vasija de Calpulalpan). La relación del buho y coyote con la guerra es más directa que la del jaguar

con las armas y otros elementos militares, lo que sugiere que probablemente existieron dos órdenes militares en Teotihuacan desde el principio del Clásico Tardío, si no antes, que cumplieron funciones tanto rituales como militares, al igual que sus contrapartes del Postclásico. Al parecer el jaguar se refiere más bien al liderazgo político-religioso,⁵⁰ lo que tiene su aspecto militar también; así es que el jaguar estuvo relacionado en cierto modo con la guerra en el arte teotihuacano.

A veces se representan los guerreros teotihuacanos cumpliendo actos ceremoniales, incluyendo el sacrificio (Figura 51a), como participantes en un culto oficial dedicado a la fertilidad agrícola (C. Millon 1973:311, Fig. 1 y 2). Esta iconografía evidencia la relación sumamente estrecha que existió entre la política y la religión en Teotihuacan; en realidad no se puede separar las dos. El creciente énfasis a los símbolos y temas militares en el arte teotihuacano durante el Clásico Tardío (véase las Figuras 49 y 66) demuestra que el estado sintió más necesidad de recalcar el aspecto secular de su mando a medida que las tensiones económicas y sociales dificultaran cada vez más la integración de los diferentes sectores de la sociedad.

Sospecho que, en los siglos del Éxito mayor de Teotihuacan, la ciudad controló una amplia región tan eficazmente que hubo poca

⁵⁰Según Clara Millon (1973:303), el jaguar es uno de los componentes más importantes del complejo simbólico del dios de la lluvia o Tláloc. El tocado de borlas que probablemente representa un grupo o institución social dominante en Teotihuacan, está asociado con el Tláloc-Jaguar o el Tláloc B en varios murales de Teotihuacan, en las Estelas 31 y 32 de Tikal y en una placa de Kaminaljuyú; y con armas en vasijas de Tikal, Kaminaljuyú y Teotihuacan, la Estela 31 de Tikal, la Estela 11 de Yaxhá, y en el muro del templo en el Patio 9 del conjunto departamental de Tepantitla (Figuras 54 y 61b). En su estudio sobre dos fragmentos murales teotihuacanos de procedencia desconocida, Clara Millon (1973) propone que tal vez órdenes militares del coyote y del ave de rapaña (el buho) sirvieron el grupo social predominante de Teotihuacan representado por el tocado de borlas en nombre del Tláloc-Jaguar.

necesidad de enfatizar la fuerza militar cerca de la propia Cuenca de México. Es más verosímil que la evidencia para el militarismo ocurra en otra parte, como en la famosa estela 31 de Tikal. Pero también sospecho que, a medida que empezara a disminuir el dominio de Teotihuacan sobre las partes distantes (y algunas no tan lejanas) de Mesoamérica, amenazas de ataque contra la ciudad asoman más inminentes, la necesidad de defensa fue patente, y el militarismo se hizo más evidente en la propia ciudad de Teotihuacan (Cowgill 1977:189).

Las Armas

Se han descubierto cantidades grandes de puntas de proyectil, cuchillos y hojas en Teotihuacan, tanto en la superficie como en los pozos estratigráficos. La mayoría de las puntas de proyectil (Figura 71), que van desde 2 a más de 10 centímetros de largo, pertenecen a las tradiciones Gary o Shumla, y son puntas de dardos o de lanzas. Consisten en tipos de espiga encogida o delgada; éstos tienen aletas. Además, se encuentran unos cuantos ejemplares de espiga ancha, sin espiga, y ovalados en Teotihuacan y en otros sitios clásicos de la Cuenca. La mayor parte de las puntas de proyectil estuvieron hechas de obsidiana; sin embargo, se utilizaron también el cuarzo, el pedernal, y el borsteno. Se han identificado además varios diferentes tipos de puntas de flecha (Figura 71f y g); y se hallan unas pocas representaciones del arco y flecha en el arte teotihuacano (Figura 72). Otras posibles armas incluyen porras de madera, hachas, cuchillos, atlatls, dardos, macanas o espadas de madera con al menos una hilera de hojas de obsidiana a lo largo del filo, lanzas, arpones, y hondas de las cuales se arrojaron piedras redondas o elípticas (Muller 1967:229-234; Tolstoy 1971:277-283). Fuera de las representaciones de las armas en los murales y vasijas (Figura 73; véase también las Figuras 50-52, 54-58, y 61), no más se quedan las puntas, las hojas y las piedras; los mangos y varas estuvieron hechos de madera, y han desintegrado hace mucho tiempo.

Se han descubierto dos atlatls en Metlapilco, Las Piedras en

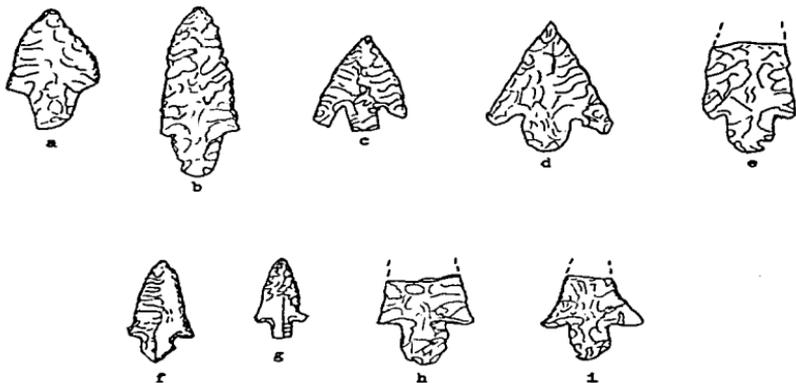


Figura 71. Puntas de proyectil típicas del Clásico en el Altiplano Central. Escala 3:5 cm. a) Punta tipo Gary típico; b) Punta tipo Gary largo; c) Punta tipo Shumla; d) Punta tipo Shumla; e) Punta tipo Shumla; f) Punta tipo Hayes; g) Punta tipo Bonham; h) Punta tipo San Martín; i) Punta parecida al tipo Livermore (Tolstoy 1971:Fig. 2r, t, x, y, z y 3a, b, c, d).



Figura 72. Tepalcate de cerámica San Martín Café representando una figura con posible arco y flecha. Escala 3:5 cm. Teotihuacan, fase Miccaotli (Tolstoy 1971:Fig. 3q).



Figura 73. Atlatl representado en un mural de la Casa de Barrios, Teopanxaco, Tectihuacan, Xolalpan Temprano (Cook de Leonard 1971:226, Fig. 18).

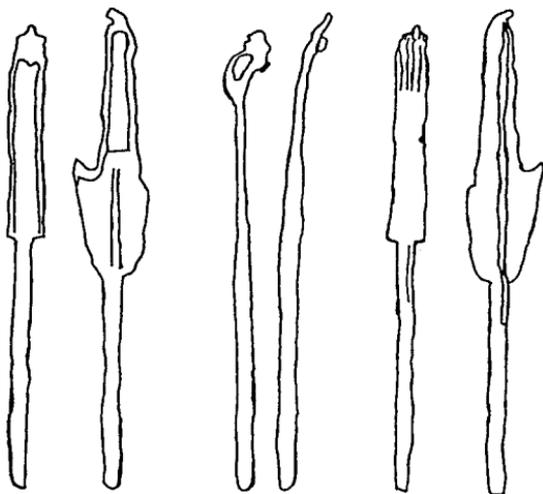


Figura 74. Frente, perfil y reverso de dos atlatls de Metlapilco, Las Piedras, Morelos, fase Tlemimilolpa o Xolalpan Temprano, 48.4 y 50 cm. de largo (Cook de Leonard 1956:185, Fig. 1).

Morelos, que se remontan al término de la fase Teotihuacan II o al principio de Teotihuacan III (fase Tlamimilolpa o tal vez Xolalpan Temprano). Están compuestos de una vara o mango hecho de un solo pedazo de madera dura pegado a una lanza o dardo, y que sirve para aumentar la fuerza del brazo que está tirando el proyectil (Noguera 1945a; Nuttall 1888). Una mano tiene la lanza o dardo sujeta por medio de un gancho y una acanaladura al extremo de la vara. Los dos encontrados en Las Piedras (Figura 74) están hechos probablemente de zapote, y miden 48.4 y 50 centímetros de largo respectivamente. Ambos tienen un perfil ligeramente curvado, y son planas las hojas, mientras que los mangos son redondos. Estas características los distinguen de los atlátls postclásicos (Figuras 73-74, compárese con la Figura 21). Los ganchos de ambos ejemplares están tallados para representar cabezas humanas, una de las cuales lleva un tocado de águila o de guacamayo (Cook de Leonard 1956).

Aunque se ha hecho unos estudios sobre los artefactos líticos de Teotihuacan, no se ha publicado todavía los datos estadísticos acerca de los materiales de superficie y además de pozos estratigráficos; por lo tanto no hay un cálculo total del número de puntas de proyectil a través del tiempo. En un estudio sobre la obsidiana de pozos estratigráficos de Teotihuacan, resultó que el porcentaje de puntas de proyectil que se remontan a las fases Tzacualli y Miccaotli fue más alto que la proporción de puntas de las fases Tlamimilolpa, Xolalpan y Metepec del Clásico Tardío (Ruiz Aguilar 1981:Cuadros 2 y 12, Gráficas 1 y 9), todo lo contrario de lo que se esperaba si la guerra se estuviera volviendo más intensa durante el Clásico Tardío. Sin embargo, este análisis no comprendió todos los objetos líticos de Teotihuacan; es posible que se encontrarían más puntas de proyectil para las fases

posteriores si se tuvieran en cuenta los hallazgos de superficie y de todas las excavaciones también. El número más grande de puntas de proyectil en las fases tempranas puede reflejar también la mayor importancia de la caza en este período, cuando la gente probablemente dependió más de la recolección de alimentos silvestres para su sustento que en las fases más tardías (véase Sanders, Parsons y Santley 1979:Cuadro 7.5).

La Desintegración del Imperio Teotihuacano

Al parecer el imperio teotihuacano empezó a contraerse durante el Clásico Tardío, primero en las periferias del dominio y luego en las provincias alrededor de la Cuenca de México. Para 600 D.C. a más tardar se desaparece la presencia o influencia teotihuacana en Oaxaca, la Costa del Golfo, las tierras altas y bajas de la región maya, y en aquellas áreas al noroeste y oeste del Altiplano Central mencionadas en el capítulo anterior que probablemente fueron enclaves de control teotihuacano (la falda oriental de la Sierra Madre Occidental en Zacatecas y Durango y ciertas zonas de Jalisco y Nayarit); de hecho, se ve cierto retroceso cultural en esta última región, con la reducción y dispersión de la población, el abandono de algunos sitios, y la interrupción de la minería (Diehl 1976:273; Weigand 1977:415). Probablemente la terminación del dominio teotihuacano en estas zonas fue ocasionado por el rompimiento de rutas y del intercambio comercial entre la Cuenca de México y el sur de México por unas pequeñas entidades en la región de Puebla-Tlaxcala y Morelos que estaban en vía de independizarse, o ya se habían separados de Teotihuacan. Como se verá en esta sección, durante las últimas fases del Clásico la evidencia para el dominio teotihuacano desaparece de las demás regiones que habían formado parte del imperio teotihuacano: primero de Tlaxcala y Morelos, las áreas con las poblaciones

indígenas más grandes y el desarrollo sociopolítico más avanzado fuera del mismo Valle de México; luego de Puebla, del sur de Hidalgo, de la región de Toluca, y del sur de la misma Cuenca de México, hasta que no más se quedó el Valle de Teotihuacan y áreas contiguas a fines de la fase Metepec.

La Separación de Tlaxcala y Morelos del Imperio Teotihuacano

Durante el último siglo del Clásico Tardío y la primera parte del Epiclásico (650-850 D.C.), sucedieron unos cambios notables en el sistema de asentamiento y las condiciones sociopolíticas fuera de la Cuenca de México, sobre todo hacia el sur y el este. En Tlaxcala se invirtió la tendencia a la disminución demográfica y retroceso cultural que caracterizó el Clásico Temprano. La población creció bastante, a medida que la gente supuestamente regresó desde Teotihuacan y llegaron unos recién venidos al área, incluyendo los chichimecas; al mismo tiempo se hizo más dispersa, como el número de sitios con arquitectura cívica-ceremonial decreció por un 50%, y se aumentó la cantidad de caseríos y aldeas pequeñas (un total de 307 asentamientos se remontan a fines de la fase Tenanyecac, de 650 a 700 D.C.). Los asentamientos casi desaparecieron del valle, a saber aquéllos que tenían una fuerte presencia teotihuacana, y están limitados casi enteramente a las cimas y laderas altas de los cerros o lomas, aunque las zonas residenciales a veces se extendieron a las faldas más bajas. Todas las comunidades mayores están ubicadas en lugares fácilmente defendidos, a que sería bastante difícil lograr acceso (García Cook 1976:64-69; García Cook 1974:96; Abascal et al. 1976:17-19). La existencia de sitios fortificados más la falta de una presencia teotihuacana en estas comunidades en el centro y sur de Tlaxcala indica que las entidades políticas del área habían

sacudido el yugo teotihuacano hacia 400 D.C. o poco después, y ahora tenían que luchar por mantener su independencia ganada a duras penas.

Se dividió el centro y sur de Tlaxcala en cuando menos seis pequeñas entidades políticas independientes o "bloques" en el Clásico Tardío, y otras unidades pequeñas de la región probablemente se juntaron con aquellas a medida que rompieron también con el imperio teotihuacano. Se disminuyó mucho la influencia teotihuacana en la alfarería, arte y arquitectura del centro y sur de Tlaxcala, aunque se encuentran algunos tipos cerámicos y figurillas de las fases Xolalpan Tardío y Metepec (la cerámica roja pulida, roja sobre café, la negra pulida incisa, vasijas de pintura negativa, la Anaranjada Delgada) en Cacaxtla y otros sitios de la región.⁵¹ Durante el Clásico Tardío, fueron más fuertes los lazos con la Costa del Golfo, el Valle de Tehuacán, Morelos y sobre todo con el área inmediatamente al sur, incluyendo Cholula, que con la Cuenca de México. (García Cook 1974:93; Molina Feal 1977:3; Armillas 1946:144). Además de privar el sistema teotihuacano del sustento económico y político de la región, al parecer estas entidades pudieron y en realidad sí interrumpieron los enlaces comerciales vitales entre la Cuenca de México y la Costa del Golfo, asestando otro golpe duro a la economía teotihuacana, que para entonces estaba experimentando una crisis grave. Por añadidura, en Tlaxcala se encuentra evidencia sustancial de que la separación de dichas entidades del imperio teotihuacano fue lograda en cierto modo por medio de la guerra y del uso de la fuerza.

Cada uno de los bloques identificados tuvo cuando menos un centro fortificado ubicado en un sitio elevado y de fácil defensa, generalmen-

⁵¹ En sitios del noroeste de Tlaxcala se encuentra casi puro material teotihuacano hasta la fase Metepec (Dumond 1972:106); esta región del estado siguió bajo el control de Teotihuacan hasta su decadencia a fines del Clásico.

te rodeado totalmente o en parte con acantilados o barrancas empinados. Por añadidura, fortificaciones hechas por la mano del hombre que incluyeron fosos o trincheras y estructuras o plataformas que servían de miradores, sobre todo aquellas ubicadas cerca de los accesos, reforzaron estos sitios. Todavía se puede ver los restos de tales rasgos en Los Teteles de Ocotitla del Bloque Ocotitla, Totolqueme en la entidad de ese mismo nombre, Tetepetla de la unidad de Contlas, y Cacaxtla del Bloque Nativitas.⁵² Además, la cantidad más grande de puntas de proyectil a más de las descubiertas en los sitios del Clásico Temprano en Tlaxcala (García Cook 1976:53-55) sugiere también que se estaba intensificando la guerra durante el Clásico Tardío, puesto que es muy inverosímil que se cazaron más que antes.

El sitio fortificado de Tetepetla del Bloque Contlas en el centro de Tlaxcala se remonta a las fase Tenanyecac (200-650 D.C.), a aquel tiempo cuando las pequeñas entidades se estaban librando del control teotihuacano. Está ubicado sobre una meseta larga y angosta, de unos 1,000 metros de largo por 60 a 120 metros de ancho, rodeado por todos lados con barrancas que van desde 15 hasta 40 metros de altura formadas por dos brazos del Río Zahuapan (Figura 75). Según parece, los accesos originales al sitio fueron protegidos por fosos, plataformas y otras estructuras en donde se pudo apostar centinelas. Dos fosos paralelos que atraviesan el sitio hacia su centro guardaron los dos accesos ubicados en la parte norte y lo dividieron el sitio en dos secciones grandes, de esta manera dificultando mucho más la toma del lugar, puesto

⁵²Otros sitios del Clásico Tardío ubicados en posiciones altas fácilmente defendibles en Tlaxcala son Piedra del Padre, Nativitas, Mixco, Texapa, Cuatlapanga, Tlalancaleca, y Cerro Yehualica cerca de Calpulalpan (García Cook 1974:95; de Brasdefer 1979:78). Como Cacaxtla alcanzó su apogeo en el Epiclásico, trato este sitio en el próximo capítulo.

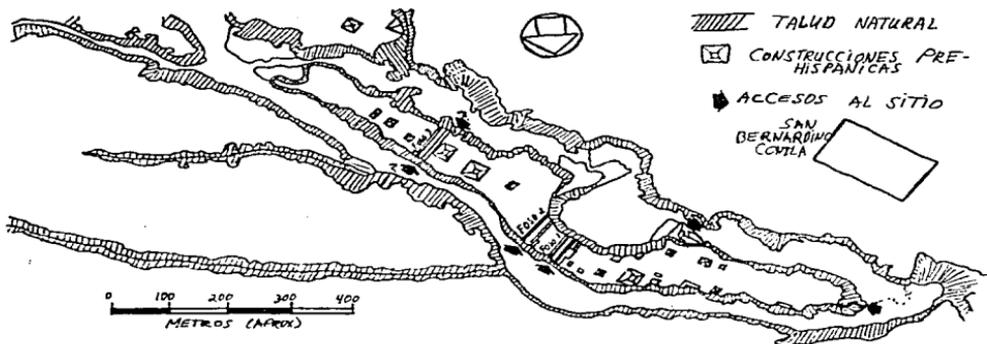


Figura 75. El sitio fortificado de Tetepetla, Tlaxcala, Período Clásico (García Cook y Mora López 1974; Fig. 2).

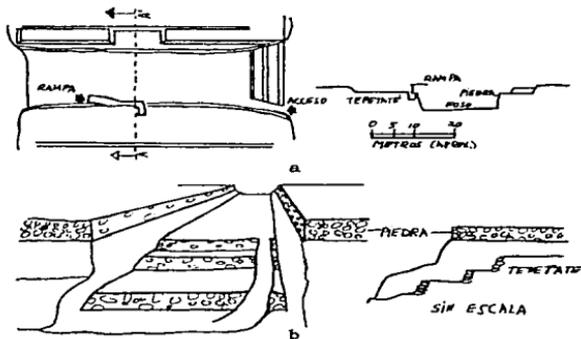


Figura 76. Detalles de los fosos 1 y 2 de Tetepetla, Tlaxcala. a) planta y corte del foso 1; 2) perspectiva y corte del acceso del foso 2 (García Cook y Mora López 1974; Fig. 3).

que las fuerzas enemigas serían atacadas de ambos lados y entonces tendrían que separarse una vez que hayan pasado más allá de las trincheras. Al sur, ambos fosos terminan en la pendiente escarpada de la barranca, la que tiene cuando menos 8 metros de altura en este punto, lo que dificulta mucho el acceso al sitio desde esta sección, si no lo hace imposible (García Cook y Mora López 1974:25).

Al lado norte, cada uno de estos dos accesos llevan desde el piso de la barranca unos 7 metros abajo al nivel del foso mediante dos terrazas cuyos taludes estuvieron revestidos de piedra, que fueron cruzadas por una angosta rampa empedrada (Figura 76). Hoy en día los fosos mismos tienen unos 6 metros de profundo. Se revestieron la parte superior de sus taludes de piedra, y se encuentran terrazas a lo largo de ambos lados del foso no. 1, la trinchera más al oeste del sitio. En el lado este de este mismo foso se puede ver el único acceso prehispánico restante al sitio mismo desde el piso de este rasgo, lo que consta de una rampa; sin embargo, el acceso a este pasillo está cerca del otro extremo del foso, opuesto al acceso a la meseta. En otras palabras, para llegar hasta el poblado mismo, el enemigo tendría que abrirse paso con las armas a casi todo el largo del foso, en donde se expondría a los proyectiles de los defensores formados por las terrazas encima de los taludes a ambos lados del foso. Quizás se apostaron los centinelas quienes guardaron este acceso en las dos plataformas alargadas de un metro de alto, que se construyeron a lo largo del foso no. 1 al oeste (García Cook y Mora López 1974:25 y Fig. 3).

Un tercer foso, ubicado a unos 250 metros al este de las otras dos trincheras, y que va paralelo a éstas, divide la sección oriental del sitio. Este rasgo no está bien preservado; por lo tanto no se sabe sus dimensiones originales, ni siquiera la ubicación de los accesos, si las

hubo. Han sido identificados dos otros accesos a la meseta; sin embargo, al parecer no estuvieron asociados con fosos (García Cook y Mora López 1974:25).

Se ha ubicado no más que un sólo acceso prehispánico al lado sur de Tetepetla, en la sección occidental del sitio; otro está situado en el extremo oeste de la meseta. El acceso sureño constó de una serie de cuatro terrazas escalonadas revestidas de piedra subiendo desde el fondo de la barranca. Una angosta rampa empedrada excavada en la roca asciende en zigzag desde la terraza más alta al sitio mismo. En la punta occidental de Tetepetla, otra rampa empedrada de unos 1.5 metros de ancho va en zigzag desde el pie de la meseta hasta el mismo sitio. Se encuentra una serie de cuando menos diez terrazas o plataformas escalonadas y empedradas a cada lado de este acceso, que están situadas de tal modo que dominan los lados norte y sur, así como el extremo poniente de la meseta. Parece que estas terrazas al lado de los accesos a Tetepetla funcionaron como sitios de observación y de control; tal vez se colocaron garitas sobre ellas (García Cook y Mora López 1974:25-26).

A diferencia del norte de la región de Puebla-Tlaxcala, la evidencia del sur de esta área indica que ésta siguió formando parte del dominio teotihuacano hasta su caída. El desarrollo del centro principal de la región--Cholula--paraleliza aproximadamente lo de Teotihuacan durante el Clásico, si bien no alcanzó el mismo tamaño ni grado de importancia sociopolítica. Cholula alcanzó su apogeo clásico en la fase Cholula III (Muller 1973), la que es equivalente a la fase Xolalpan o Teotihuacan III (500-650 D.C.). Gran parte de la población regional se congregó en Cholula durante esta fase. Gozó de muy fuertes lazos cerámicos, artísticos e iconográficos con Teotihuacan. A fines de la siguiente fase o Cholula IV (650-750 o 800 D.C.), sobrevino alguna ca-

tástrofe, y la ciudad fue abandonada en sumo grado (Muller 1973). Parece que la población de Cholula se trasladó a un cerro fácilmente defendido a tres kilómetros al oeste (Mountjoy y Peterson 1973:136-137), lo que sugiere que el abandono de Cholula pudo haber ocurrido en condiciones hostiles. A pesar de su gran importancia en el Clásico y en las fases siguientes, Cholula queda poco conocido por la falta de excavaciones y de informes publicados.

Morelos en el Clásico Tardío

Cambios notables en la configuración de asentamiento caracterizan el Clásico Tardío en Morelos. En la región del Amatzinac del este de Morelos la población creció por más del 10% de la del Clásico Temprano; pero el foco demográfico se transfirió del sur al norte del Área, y los habitantes estuvieron concentrados en menos poblados más grandes, sobre todo durante la fase Metepec o Clásico Terminal (650-750 D.C.). El centro administrativo de San Ignacio llegó a tener casi 80 hectáreas de tamaño, mientras que el número de aldeas pequeñas que lo rodeó se disminuyó mucho. De hecho, las pequeñas aldeas dispersas desaparecen casi completamente del Área durante las fase Metepec (Hirth 1980a:73-79).

Para Hirth (1980a:95-97), este cambio en la configuración de asentamiento refleja la desintegración del sistema teotihuacano para procurar e intercambiar los recursos. El asentamiento rural disperso del Clásico Temprano había permitido la producción eficiente de productos agrarios, a saber del algodón; el sobrante fue para mantener la élite y los especialistas en actividades no agrícolas de Teotihuacan. Pero, con la población dejando el campo y haciéndose nucleada en unos pocos centros regionales grandes, se declinó la producción y se tuvo que destinar el excedente a éstos, de este modo reduciendo la cantidad de pro-

ductos agrícolas a la disposición de la metrópoli urbana en la Cuenca de México. Una tendencia creciente a colocar los asentamientos en altos lugares fácilmente defendibles, el cambio en la distribución de población, y la escasez de cerámica metepec teotihuacana (Hirth 1978:325), indican que la región oriental de Morelos se estaba librando gradualmente de la dominación de Teotihuacan durante el Clásico Tardío; en realidad, es posible que la parte sur de esta área se había independizado para la fase Metepec.

La posición del suroeste de Morelos durante todo el Clásico con respecto a Teotihuacan no es clara. Se encuentran indicios de ocupación esparcidos por varias secciones del sitio de Xochicalco; pero cubren menos de 32 hectáreas, y no se han descubierto más que unos pocos montículos pequeños de templos en Tlacuatzingo, una pequeña meseta con laderas muy precipitadas al sur de la zona principal del sitio (Hirth 1984:580; Hirth y Cyphers Guillón en prensa:274 y 289-294). Esto es característico del asentamiento en el oeste del estado durante el Clásico; la población se redujo por un 25 % y se dispersó en un gran número de pequeñas aldeas que al parecer no fueron integradas en un sistema administrativo regional como en el este del estado. Por añadidura, la gente dejó los mejores terrenos en la zona aluvial de la región y se trasladó a las tierras altas más áridas, a veces a sitios a un kilómetro de lejos de una fuente permanente de agua, en donde solamente fue practicable la agricultura temporal (Hirth y Cyphers Guillón en prensa:292-293).

Además de las diferencias en patrones de asentamiento, se ha observado que la frecuencia de cerámica teotihuacana es mucho más alta en la parte oriental que en el oeste del estado. Se han descubierto también pequeños objetos (figurillas y máscaras de piedra; representa-

ciones de Huehuetōtl, el dios del fuego, y de Tláloc), unos jeroglíficos y elementos iconográficos (el signo del año, el glifo del agua, el signo de ojo de reptil), de origen teotihuacano, en Xochicalco; pero, al mismo tiempo ocurren influencias de El Tajín y la Costa del Golfo (figurillas, objetos de piedra incluyendo yugos y hachas votivas, conchas), del Área maya (figurillas de piedra, objetos de concha y de jade, la cerámica Anaranjada Fina y vasijas de reborde basal), de Oaxaca (la cerámica gris y negra, figurillas, glifos zapotecos y mixtecos), y de Guerrero (cerámica granular y un tipo anaranjado con desgrasante de mica) (Litvak King 1970; Sañz 1962; Sañz 1964:102-121; Noguera 1945b: 147-151). De cualquier modo, Xochicalco no llegó a ser un centro cívico-ceremonial sino hasta después de 650 D.C. (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:295). Como las subregiones contiguas de Morelos formaron parte del dominio teotihuacano, y la población del suroeste del estado fue bastante pequeña y dispersa, creo que esta área también estuvo sujeta a Teotihuacan hasta la fase Xolalpan; pero parece que esta zona gozó de cierta autonomía local por no ser controlado directamente por el centro urbano (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:353-356). La ubicación de los sitios en terreno elevado y árido más la variedad de influencias externas en Xochicalco indica que Teotihuacan no se interesó en el suroeste de Morelos por sus propios recursos naturales, sino que por su posición estratégica en la ruta comercial entre la Cuenca de México y la Cuenca del Río Balsas, de donde provinieron el algodón, cacao, piedra verde y otras piedras semipreciosas, y las plumas de pájaros exóticos (Litvak King 1970:139). A partir de 650 D.C., Xochicalco empezó a crecer, y llegó a ser un centro cívico-ceremonial de importancia, al mismo tiempo que principió la decadencia del imperio teotihuacano en el Altiplano Central. Se encuentran pocos indicios de la in-

fluencia teotihuacana en el oeste de Morelos, y de artefactos de origen mexicano occidental en Teotihuacan durante la fase Metepec, lo que sugiere que Xochicalco interrumpió el intercambio entre el Valle de México, y la Cuenca del Río Balsas y la Costa del Pacífico. A fines del Clásico, Xochicalco se había convertido probablemente en un rival económico de Teotihuacan, si no político, y así fue un factor en la decadencia del imperio teotihuacano, si no de la metrópoli misma, igual que Tlaxcala.

Cambios en la Cuenca de México en el Clásico Tardío

En la Cuenca de México fuera del Valle de Teotihuacan, empezó a sobrevenir cierta reconstrucción demográfica durante el Clásico Tardío, lo que culminaría en el sistema de asentamiento radicalmente diferente del Epiclásico. Esto se nota especialmente en el sur de la Cuenca. Aunque el número de habitantes continuó bastante bajo (hasta se disminuyó por un 30% desde el total del Clásico Temprano en la región de Texcoco), al parecer muchos abandonaron sus comunidades rurales y se trasladaron a los centros regionales. Se ha observado un aumento significativo de población en Azcapotzalco, el centro provincial de la zona de Tacuba; en Xico en la región de Chalco; y en Cerro Portezuelo en el área de Texcoco, que creció de tamaño y población por aproximadamente un tercio (Parsons 1971a:49 y 1971b:159; Sanders 1965:184; Vallant 1962:79). Es mayor la reducción del número de asentamientos y de población en las secciones sur-central y sudeste de la región de Texcoco, precisamente al norte de la Península de Ixtapalapa y del sitio de Cerro Portezuelo, las cuales quedaron casi completamente abandonadas durante el Clásico Tardío. También al mismo tiempo se disminuyó la cantidad de alfarería al estilo teotihuacano que se encuentra en los

sitios de la Cuenca sureña, y se aumentaron de popularidad tipos cerámicos provenientes de Morelos y de la región de Puebla-Tlaxcala; también se incrementa la diferenciación en el estilo cerámico de ciudad en ciudad (Blanton 1972:94-95). Como ya se ha visto, estas áreas al sur y al este de la Cuenca empezaron a librarse de la dominación teotihuacana durante el Clásico Tardío, y se asomaron varias ciudades-estados allí que desafiarían el control de Teotihuacan sobre el Altiplano Central a fines del período. Parece que dichas ciudades-estados emergentes comenzaron a ejercer cierta influencia en el sur de la Cuenca de México, tal vez con propagar ideas "revolucionarias" entre la población que ya debió de haber sentido algún enajenamiento para con la ciudad que había dominado sus vidas por tantos siglos. Quizás las secciones esparcidamente ocupadas del sudeste y sur-centro de la región de Texcoco formaron en cierto modo una zona tapón (buffer zone) entre los centros recién librados en desarrollo al sur y al este de la Cuenca, y el dominio teotihuacano a fines del Clásico Tardío (Blanton 1972: 82-83; Parsons 1971b:199-200).

Acontecimientos en la Región de Tula y en el
Valle de Toluca en el Clásico Tardío

Según parece, el área de Tula al norte de la Cuenca de México quedó parte del imperio teotihuacano hasta el fin de su existencia; pero se encuentra evidencia para la retirada gradual de Teotihuacan de la región. Durante las fases Xolalpan y Metepac, Chingá, la comunidad más grande del área y el centro provincial bajo Teotihuacan, decayó de tamaño desde 254 a 180 hectáreas. Se hizo más disperso el asentamiento, aunque la población total de la región siguió creciendo ligeramente, o de cualquier modo no se disminuyó; y además se decreció notablemente la cantidad de cerámica teotihuacana (Díaz Oyarzabal 1978:113-115).

Posiblemente unos de los caseríos del Clásico que estaban ocupados por la población autóctona pudo haber tenido algún papel en la retirada de Teotihuacan del área; la ubicación de estas comunidades en las cimas y las laderas más altas de los cerros suscita la posibilidad de oposición local a la colonización teotihuacana. Aunque Tula misma no jugó ningún papel en la caída de Teotihuacan, se puede imaginar que los grupos habitando el sur de Hidalgo o más al norte pudieron haber hostigado la frontera septentrional del dominio teotihuacano hacia fines de su existencia, cuando la gran metrópoli ya no pudo defenderse de sus enemigos.

Al oeste de la Cuenca de México, el Valle de Toluca también siguió formando parte del imperio teotihuacano hasta la última fase del Clásico. Es interesante notar que las semejanzas en los restos materiales parecen ser más fuertes para la parte más tardía del Clásico, es decir para las fases Xolalpan y Metepec, un poco después del período de mayor influencia teotihuacana en la región de Tula. Durante el Clásico Tardío la población creció continuamente, si bien el asentamiento quedó de carácter disperso y rural (Sugiura Yamamoto 1978: comunicación personal). Los matlatzincas, un grupo étnico que forma parte de la familia lingüística otomiana, entraron en el Valle de Toluca durante el siglo VII D.C.; quizás este movimiento de población fue ocasionado por las condiciones inseguras del fin del Clásico (Vargas Pacheco 1978:11-13). Alrededor de 600-650 D.C. se fundó Ojo de Agua, un pequeño asentamiento ubicado al pie del Cerro Tetepetl, y el predecesor de Teotenango. Su estilo arquitectónico de talud y tablero se asemeja mucho a lo de Teotihuacan; se puede ver una fuerte influencia teotihuacana también en la cerámica, incluyendo la de fábrica local, sobre todo en la Anaranjada Delgada, la Gris Delgada, la negra pulida,

la café pulida, la negra pulida incisa, ánforas, incensarios, miniaturas, floreros, vasijas de base anular, comales y figurillas de tipo retrato hechas en moldes (Vargas Pacheco 1978:67-72; Sugiura Yamamoto 1981). La fuerte presencia teotihuacana en los restos culturales de Ojo de Agua indica que el área todavía estuvo bajo la dominación de esa ciudad durante la fase Metepec. La presencia teotihuacana y la relativa dispersión de la población lo hace improbable que el Valle de Toluca haya jugado un papel importante en la caída de Teotihuacan. De hecho, la crecida influencia teotihuacana en el estilo y las formas de la alfarería local de la fase Metepec, más la asociación de la llamada cerámica "protocoyotlatelco" con tipos teotihuacanos tardíos en el Valle de Toluca implica que tal vez unos teotihuacanos se huyeron al Valle de Toluca a la caída de la metrópoli (Vargas Pacheco 1978:68-76; Sugiura Yamamoto 1981:166-167).

La Guerra en la Caída de Teotihuacan

La Desintegración del Sistema Socioeconómico Teotihuacano

En su apogeo, cuando menos 125,000 personas residieron en la ciudad de Teotihuacan; así es que tuvo que depender de una región interior o hinterland bastante grande para hacer funcionar el sistema socioeconómico de una manera satisfactoria. Dadas las dificultades del transporte y de comunicación y las limitaciones tecnológicas en la Mesoamérica prehispánica, la unificación de un imperio como lo de Teotihuacan fue una empresa tremenda en los mejores de los tiempos, y alguna presión ejercida sobre cualquier elemento del sistema pudo trastornar todo el equilibrio delicado entre el medio ambiente y el desarrollo socio-cultural. Según parece, durante el Clásico Tardío el dominio teotihuacano se expuso a varias presiones en diversos puntos del sistema, una

de las más significativas de las cuales fue la competencia de sus antiguos súbditos como Xochicalco y las ciudades-estados de Tlaxcala (Litvak King 1970:138-141; Litvak King s.f.; Hirth 1980a:95-97; R. Millon 1981:235-236). Aunque a éstos les faltaron las fuerzas y recursos económicos necesarios para vencer a Teotihuacan misma, pudieron y al parecer en realidad hostigaron a su red de intercambio interregional tan importante, y quizás también a sus súbditos todavía leales. Evidentemente la guerra no fue el elemento principal en la decadencia de Teotihuacan; pero los datos arqueológicos indican que fue en realidad un factor en los procesos que condujeron a la caída de esa gran ciudad.

La interrupción de sus sistema de intercambio interregional debilitó el imperio teotihuacano porque dependía mucho de esta red para su sustento. Al mismo tiempo el dominio teotihuacano fue sometido a presión de otros factores, incluyendo una organización económica y redistributiva ineficaz que se refleja en el patrón de asentamiento asimétrico en la Cuenca de México; una disparidad creciente en riqueza y bienestar entre las clases altas y las humildes tanto como entre la misma ciudad y sus territorios dependientes; y quizás hasta un deterioro de las condiciones medio ambientales ocasionado por la sobreexplotación de ciertos recursos, tales como la deforestación causada por la tremenda demanda de leña y de cal para la construcción (Sanders 1965:204; Sanders, Parsons y Santley 1979:127-137; Parsons 1971b:240-242; Cowgill 1977:189-190).

Durante la fase Metepec (650-750 D.C.) se encuentran cada vez más señales de presión económica y social y de trastornos en la sociedad clásica de Teotihuacan, aunque la población dentro de la ciudad permaneció tan grande como la fase anterior hasta casi fines de la Metepec (Cowgill 1974:392-394). Se observa una declinación de la calidad de

la cerámica y la construcción, y de la producción de la pintura mural en la fase Metepec (Weaver 1972:137-139). Se hallan otros indicios de la decadencia socioeconómica en los datos arqueológicos. Evidentemente aparecen escaseces de algunas categorías de bienes de origen tanto local como forastero en Teotihuacan. Durante la fase Metepec, las ofrendas funerarias colocadas en los entierros se hacen menos y de peor calidad en la mayoría de los conjuntos departamentales,⁵³ a excepción de aquellos que las clases altas habitaron, por ejemplo Tetitla, en donde se notan muy pocos cambios (Sempowski 1981). Esto puede indicar deficiencias en ciertos artículos debido a que la élite había logrado controlar más la producción y la distribución, lo que pudo haber ocasionado el descontento creciente entre la gente de los estratos sociales intermedios y bajos. También es interesante notar que el promedio de vida de individuos del conjunto departamental de Tlajinga en Teotihuacan bajó desde los 19 hasta los 14 años durante la fase Xolalpan Tardío (600-650 D.C.), al morir el 65% de la población, antes de cumplir los 14 años (Storey 1983). Esto surge la posibilidad de que la nutrición deficiente permitió un incremento de enfermedades, y por consecuencia una mortalidad más alta y un promedio de vida más bajo durante las fases más tardías del dominio teotihuacano, de todos modos entre las clases humildes. Hay alguna evidencia para condiciones más secas y erosión sustancial ocasionada por la deforestación en la Cuenca de México durante el Clásico (Sanders, Parsons y Santley 1979:406-409; Sanders 1965:28-30), lo que puede significar que la capacidad de carga de la región fue reducida hasta cierto punto.

⁵³Artefactos de jade y vasijas trípodes estucadas y pintadas desaparecen de los entierros de la fase Metepec, mientras que se disminuyó mucho la cantidad de objetos hechos de concha y de mica y vasijas de Tlāloc, desde la fase anterior (Sempowski 1981).

También los gobernadores de Teotihuacan aparentemente se esforzaron desesperadamente para consolidar su control sobre el dominio teotihuacano durante la fase Metepec. Eso incluyó una reafirmación del prestigio y del poder de la ciudad con renovar muchos edificios en el centro de la ciudad a lo largo de la Calle de los Muertos, sobre todo la Ciudadela, tanto como los conjuntos residenciales tales como Tepantitla. Fueron puestos nuevos pisos y se revistieron las fachadas de los muros (R. Millon 1976:237; R. Millon 1973:59-61; Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982b:31). Hasta el aumento de cerámica metepec a lo largo de la Calle de los Muertos sugiere actividad más intensiva durante esta última fase (Cowgill 1974:392-394). La población se retiró algo de la periferia oeste y noroeste,⁵⁴ a excepción de aquel barrio de la zona urbana llamado la "ciudad vieja" (Cowgill 1974:392-394). Durante esta última fase de la grandeza de Teotihuacan, la población empezó a decaer, tal vez porque la gente abandonaba poco a poco la ciudad a medida que se acercó su caída, hasta que quedaron quizás no más que 70,000 habitantes en la ciudad a fines de la fase Metepec (R. Millon 1967b:76-77). Ya se ha comentado los muros adicionales erigidas y las demás medidas defensivas tomadas durante el Clásico Tardío dentro de la ciudad (véase la página 304). En general, parece que Teotihuacan estuvo previniéndose contra posibles asaltos en la fase Metepec, y que estos preparativos fueron justificados, como demuestran

⁵⁴Al parecer, parte de la población de la periferia norteña de Teotihuacan se trasladó al sector Oriental de la ciudad durante la fase Metepec (Cowgill 1974:394). La suposición de que esta parte de Teotihuacan sea un lugar menos defendible que el sector noroeste es algo engañosa. La Ciudadela, el complejo "Calle de los Muertos" y semejantes estructuras defensivas en el corazón de la ciudad se encontraron a mano. Parece más verosímil que esto no fue un traslado impensado a una zona menos defendible; sino que los vecinos se retiraron del área periférica del norte y oeste a la parte central y más nucleada de la ciudad que fue protegida con muros, más bien que un abandono total del sector noroeste.

Los acontecimientos fuera de la ciudad misma.

Evidencia Arqueológica para la Guerra
en la Destrucción de Teotihuacan

Evidencia para la quema y la destrucción encontrada en muchos edificios teotihuacanos, sobre todo en el corazón político-ceremonial de la ciudad, que se remonta a la fase Metepec,⁵⁵ demuestra que la guerra tuvo un papel en la caída de Teotihuacan. La mayoría de las estructuras destruidas fueron templos y edificios públicos; evidentemente este ataque no afectó mucho a las residencias. El recorrido llevado a cabo por el Teotihuacan Mapping Project descubrió 400 casos de incendio dentro del corazón de la zona urbana, incluyendo el Gran Conjunto, la Ciudadela y muchos otros complejos arquitectónicos a lo largo de la Calle de los Muertos, tales como el Grupo Viking y el Grupo del Mural del Puma; y 200 ejemplos de daños causados por fuego en todos los demás 18 km.² de la ciudad, la mayoría de los cuales se encuentran en los templos (R. Millon 1981:236). La evidencia arqueológica consta de gruesas capas de ceniza y carbón sobre los pisos, vigas y postes de madera calcinados, fragmentos de mortero quemado y los restos de otros materiales de construcción derrumbados e incendiados, y el descoloramiento de las pinturas murales y manchas de humo en las esculturas y paredes (R. Millon 1981:236-237; Cabrera Castro 1982b:31-37; Armillas 1950:52).

Se hizo pedazos la escultura del templo mayor del Grupo del Mural del Puma; y habían sido arrojados al suelo los bloques usados en su construcción (R. Millon 1981:237). Se ve evidencia del incendio en todas las estructuras dentro de la Ciudadela, y en sus escaleras interiores,

⁵⁵Es interesante notar que un palacio de Azcapotzalco fue destruido por fuego y cubierto con cenizas y polvo de carbón durante la fase Xolalpan (Cepeda Cárdenas 1977:406-408), quizás como resultado del conflicto. El palacio estuvo rodeado de muros altos.

tal como capas de 6 a 10 centímetros de grueso de ceniza y carbón, y fragmentos del estuco y de los techos quemados; se encuentran fragmentos de esculturas de deidades y figurillas que habían sido hechas a añicos con intención mezclados con la ceniza y el carbón sobre los pisos quemados (Martínez Vargas y Jarquín Pacheco de Martínez 1982:46; Jarquín Pacheco de Martínez y Martínez Vargas 1982a:103). Por añadidura, se han descubierto en la Ciudadela restos esqueléticos humanos incluyendo cráneos e individuos desmembrados, muchos de los cuales llevan marcas de antiguas fracturas, quizás de heridas recibidas en batalla, que se remontan a la última fase de su ocupación (Gamio et al. 1922:I, 58; Cabrera Castro 1982b:31).

Es significativo que no toda la ciudad de Teotihuacan fue destruida por la embestida; solamente ciertas secciones y estructuras escogidas fueron gravemente dañadas o arrasadas a fuego. Esto hace surgir unos puntos interesantes acerca de este ataque: que fue dirigido principalmente contra los gobernadores-sacerdotes de la ciudad, y no tanto contra el pueblo mismo; que la quema fue intencional y sistemática, demostrando que fue realmente el resultado de un acto de agresión; y que fue un caso de destrucción ritual como los que ocurrían durante toda la historia mesoamericana desde la época de los olmecas hasta el Postclásico Tardío, cuando este acto de profanación llegó a simbolizarse mediante la representación de un templo en llamas (véase la Figura 29, página 195), lo que significó la derrota de la ciudad. Sin embargo, esta destrucción no fue motivada únicamente por consideraciones ideológicas, como observa René Millon (1981:237-238): "La extensión, la intensidad y la premeditación de la destrucción, demuestran que, si bien la forma fue ritual, su propósito fue político." En otras palabras, los atacadores pretendieron en realidad la destrucción de Teotihuacan

como un centro político-religioso; la manera más eficaz de lograrlo fue demoler los símbolos de la supremacía teotihuacana--a saber, sus templos, palacios y edificios públicos.

Queda todavía una pregunta mayor sin contestar, la que los datos arqueológicos no pueden resolver en este momento: ¿cuál grupo o grupos participaron en este ataque contra la gran ciudad de Teotihuacán? Se han propuesto varias teorías para explicar esta destrucción. Una atribuye el asalto a grupos nómadas o semicivilizados de chichimecas o de otomíes del área al norte y noroeste de la Cuenca, quienes lograron penetrar las defensas de la ciudad debilitada por la declinación económica y la desintegración política (Sanders 1965:184; Jiménez Moreno 1959:1065-1069; Davies 1977:86-91). Esta conclusión se basa principalmente en el supuesto origen norteño de la cerámica Coytlatelco, que sigue a la de la fase Metepec en Teotihuacán y en otros sitios de la Cuenca de México. Otra teoría sostiene que la destrucción fue ocasionada por la sublevación del pueblo teotihuacano mismo causada por las crecientes penalidades económicas infligidas a la población por sus gobernadores opresores (Olivé Negrete y Barba de Piña Chán 1957). René Millon (1981:238) sugiere que la destrucción de los templos en las afueras de Teotihuacán, de todos modos, fue ocasionada por teotihuacanos rebeldes, quizás actuando en cooperación con invasores forasteros, quienes arrasaron el centro de la ciudad. Hay que recordar que muy rara vez se destruyeron por completo las ciudades conquistadas en la época histórica; generalmente los vencedores se contentaron con incendiar y saquear el templo mayor y otras estructuras públicas y saquear el menaje y los efectos personales de los conquistados, en especial sus adornos y armas (Canseco Vincourt 1963:117; Monjarás-Ruiz 1976:257). Por lo tanto la destrucción selectiva de los templos y otros edificios

CUADRO 8

RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
ALTIPLANO CENTRAL EN EL CLASICO TARDIO

Sitio	Fortifi- caciones	Ubica- ción del sitio	Guerreros y temas militares en el arte	Armas	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio
Teotihuacan	X		X	X	X	X
Azcapotzalco			X	X	X	X
Tetepetla	X	X		X		
Cacaxtla		X		X		
Calpulalpan		X	X			
Cerro Yehualica		X		X		
Piedra del Padre		X		X		
Texapa		X				
Guatlapanga		X				
Tlalancaleca		X		X		
Mixco	X	X				
Atoyatenco	X	X				
Tetelas de Ocotitla	X	X		X		
Totolqueme	X	X				
Nativitas	X	X		X		
Xochicalco		X		X		
Coatlán del Rfo		X				
El Calvario		X				
Cerro el Tepalcate		X				

si3n teotihuacana en el Cl3sico Temprano. Igual que en la fase anterior, es muy inveros3mil que la presi3n demogr3fica sobre los recursos naturales haya ocasionado el conflicto en el Cl3sico Tard3o. Por desgracia, las estimaciones actuales de la poblaci3n real (250,000) y de la capacidad de carga (350,000-416,000) para la Cuenca de M3xico se refieren a todo el Cl3sico (Sanders, Parsons y Santley 1979:183 y 388, Cuadro 9.5); no se ha calculado las cifras para las fases dentro del per3odo. Pero, es interesante notar que la poblaci3n se disminuy3 bastante en el Epicl3sico, desde el valor m3ximo de 250,000 en el apogeo teotihuacano, hasta 175,000 (Sanders, Parsons y Santley 1979:186, Fig. 6.1). Posiblemente esta reducci3n empez3 a fines del Cl3sico como resultado en parte de la guerra y de la dispersi3n de la poblaci3n de Teotihuacan a medida que fuera decayendo el poder econ3mico y pol3tico de la metr3poli. Tampoco se puede decir hasta qu3 punto los acontecimientos del per3odo afectaban las percepciones de la gente y del gobierno acerca de la situaci3n econ3mica.

Evidentemente muchos de los pueblos sometidos a Teotihuacan no estuvieron satisfechos con la situaci3n socioecon3mica bajo la dominaci3n teotihuacana, y durante el Cl3sico Tard3o las provincias sujetas fuera de la Cuenca de M3xico empezaron a librarse de la metr3poli por razones econ3micas y/o "nacionalistas." Esto se refleja en la aparici3n de sitios fortificados o ubicados en lugares de f3cil defensa, sobre todo en Tlaxcala y Morelos; la disminuci3n de la presencia teotihuacana del Cl3sico Tard3o en estas 3reas al sur y al este de la Cuenca; el crecimiento en el tama3o e importancia pol3ticoecon3mica de los centros provinciales; y el aumento de la poblaci3n de Tlaxcala y Morelos. Puesto que al menos el 25% de la poblaci3n entera del imperio residi3 en la metr3poli, Teotihuacan consumi3 gran parte de los recursos natu-

rales y productos de las provincias sujetadas, resultando en un desequilibrio en la relación simbiótica entre la capital y su región interior (Hirth 1980a:94-97). Esta situación se exacerbó a medida que fuera creciendo las poblaciones regionales, quienes podían haber exigido una porción más grande de la producción económica para ellas mismas. Como ya se ha mencionado, se nota una disminución en la variedad, la cantidad y hasta en la calidad de muchos artículos en Teotihuacan (véase las páginas 348-349), lo que parece reflejar este empeoramiento de la situación económica. Dada una situación así, no es de sorprender de que los pueblos sujetos se sublevarían contra el dominio teotihuacano.

La élite teotihuacana dependió del intercambio de larga distancia para conseguir artículos exóticos que se consideraban esenciales para demostrar y reforzar su posición predominante en la sociedad. Ya se ha mencionado el hecho de que algunas zonas que habían formado parte del imperio teotihuacano durante el Clásico Temprano, como el centro y sur de Tlaxcala y Morelos, empezaron a estorbar este intercambio entre Teotihuacan y estas regiones distantes al independizarse de la metrópoli. Esto se refleja en la reducción de objetos exóticos importados en Teotihuacan a fines del Clásico (véase la página 349) y en el aumento de productos de, y por consiguiente contactos con, las áreas de procedencia de estas cosas, a saber la Costa del Golfo, Oaxaca y el área maya, en Tlaxcala y Morelos (García Cook 1976:59; Hirth y Cyphers Guillén en prensa:357; Litvak King 1970:140). Además de causar daño a la economía teotihuacana, probablemente los jefes de estas entidades recién independizadas querían dichos artículos suntuarios para ellos mismos, para proclamar su propia posición y poder exigir la sumisión de su propia gente. En otras palabras, no fue solamente cuestión de librarse de Teotihuacan, sino que también estas nuevas entidades querían apode-

rarse de parte del imperio teotihuacano para ellas mismas. Como afirma Cowgill (1976:20), "la competencia militarista intensificada es una extensión normal de la competencia económica intensificada."

Como Teotihuacan había asimilado alguna gente de otras partes del Altiplano Central, por ejemplo la región de Puebla-Tlaxcala y Morelos, probablemente surgió otro problema para el estado teotihuacano: el de mantener buenas relaciones entre los diferentes grupos étnicos quienes ocuparon la ciudad. Tanto los restos materiales como unas pocas referencias breves en las fuentes históricas (p. ej. Clavijero 1968:60-61) sugieren que la población de Teotihuacan estuvo compuesta de varios diferentes grupos étnicos y lingüísticos, incluyendo los nahuas, otomíes, olmecas-xicalancas, unos oaxaqueños, tal vez unos huastecos, y quizás otros (Chadwick 1966; Armillas 1950:40-41; R. Millon 1976:225 y 233-234). La colocación de tanta gente diferente en una sola comunidad pudo haber causado conflictos internos dentro de la ciudad, como en el Postclásico, así aumentando las presiones sobre el gobierno teotihuacano. Quizás los grupos forasteros en la metrópoli como los olmecas-xicalancas fueron manipulados por las ciudades-estados independientes en su lucha contra el dominio teotihuacano; por ejemplo se pudo haber coordinado choques adentro de Teotihuacan instigados por esta gente mientras que sus enemigos exteriores le asaltaron desde afuera. De todos modos, es interesante notar que no se representa la subordinación entre figuras humanas en el arte mural de Teotihuacan, ni la dominación violenta, como en el arte maya y oaxaqueña (R. Millon 1981:212-213); aunque evidentemente sí aparece en las figurillas atadas.

Es bastante más difícil determinar hasta qué punto fue motivada la guerra por la ideología en el Clásico. Ya se ha recalcado la asociación de figuras armadas con la religión en el arte teotihuacano

(véase las páginas 308-329); aquéllas aparecen en el acto de cumplir rituales, como el sacrificio (Figura 51a) y ceremonias incluyendo desfiles (Figura 59), danzas, ofrendas y tal vez el canto (C. Millon 1973: 311, fig. 1-2 y 11). Los personajes armados en el muro inferior del Pórtico 3 del Patio Blanco en el conjunto de Atetelco parecen estar bailando (Villagra Caletí 1956-1957:11) mientras que cada uno lleva un cuchillo traspasando un corazón o quizás una tuna (Figura 51b). También se hallan elementos iconográficos representando el sacrificio (corazones, manos humanas y cabezas de animales cortadas, figuras con pies deformes) en asociación indirecta con figuras armadas, sobre todo en los marcos de los murales (Pasztory 1978:133). Es interesante notar que no aparecen guerreros o personajes armados haciendo el sacrificio en el arte monumental postclásico del Altiplano Central, sólo en los códices; aunque sí se encuentran tales figuras asociadas con símbolos del sacrificio como cráneos, huesos cruzados y corazones, por ejemplo en los altares de Tizatlán en Tlaxcala (Caso 1927a), una escultura azteca llamada el teocalli de la Guerra Sagrada (Caso 1927b), y en los frisos de Tula (Figura 6a). La asociación de guerreros y elementos de sacrificio en el arte teotihuacano, más el descubrimiento de representaciones de dioses teotihuacanos como Tláloc y otros símbolos ideológicos en áreas remotas de Mesoamérica, muchas de las cuales formaban parte del imperio teotihuacano (véase las páginas 262-274), implican que la ideología pudo haber servido de motivación para la guerra, como en el Postclásico; quizás hasta los guerreros clásicos se esforzaban para tomar prisioneros en el combate para ser sacrificados a las deidades de Teotihuacan.

El Surgimiento del Militarismo en el Clásico Tardío

Para el Clásico Temprano, ya estamos tratando sociedades al nivel de estado, y en el caso de Teotihuacan, de todos modos, una entidad expansionista. Algunas autoridades (Sanders y Price 1968:126) consideran que el dominio teotihuacano era un imperio, lo que implica cierto grado de militarismo. Ya se ha sido señalado el enorme aumento de las representaciones de figuras armadas y temas militares en el arte teotihuacano en el Clásico Tardío. Ahora es preciso examinar la cuestión del significado de este aumento en cuanto a la posible militarización de la sociedad del Clásico Tardío en el Altiplano Central.

En las páginas 307-329 demuestro la relación entre temas militares y los elementos asociados con la fertilidad y la religión en el arte teotihuacano del Clásico Tardío. Esto seguramente indica que los teotihuacanos consideraban al templo y al estado como una sola cosa, y que se unían el liderazgo político y lo religioso (R. Millon 1976:226; C. Millon 1973; Sanders y Price 1968:170; Wolf 1959:78-94; Jiménez Moreno 1959:1052-1059; Palerm 1980:68-71). Muchas autoridades (R. Millon 1976:239-240) piensan que el aumento dramático de representaciones de guerreros y de otros temas militares en el arte teotihuacano del Clásico Tardío constituye evidencia para la militarización de la sociedad teotihuacana, o de cualquier modo para el incremento de importancia de los militares dentro de la sociedad. Por otro lado este aumento puede indicar un esfuerzo mayor por parte del gobierno para intimidar al pueblo a la sumisión, y para tratar de reprimir las sublevaciones en las provincias sujetas con una advertencia oportuna del poder del estado.

Es interesante notar que hay un cambio notable en el arte mural de Teotihuacan en el Xolalpan Tardío, en el mismo período cuando se

aumentan tanto las representaciones de temas militares (C. Millon 1966: 8-9). Declina su monumentalidad algo, y se ven excesivos detalles ornamentales; pero lo más interesante, y quizás lo más significativo, es el cambio en el uso de los colores. Antes del Xolalpan Tardío los murales teotihuacanos estuvieron pintados de muchos diferentes colores; empezando en esa fase predomina el color rojo.⁵⁶ Clara Millon (1966:9) piensa que esta innovación pretende decir que el simbolismo del color pierde su valor sagrado, lo que puede denotar un cambio en la cualidad de la religión. Esto implica un cambio sociopolítico tal como la militarización de la sociedad en el Xolalpan Tardío precisamente cuando el dominio teotihuacano se hizo frente a sublevaciones en las provincias sujetas y trastornos en el sistema socioeconómico, y no tan solo un aumento de las representaciones militares para infundir el temor y la sumisión.

Pero, ¿cómo se identifica arqueológicamente el militarismo? Como en la evolución del estado, es sumamente difícil determinar en qué momento aparece; generalmente parece que surge ya completamente desarrollado en las antiguas civilizaciones. En la página 13 presenté la definición del militarismo, lo que es una preocupación con la guerra en la sociedad, el predominio del elemento militar en el gobierno y la institucionalización de la guerra. Con examinar los datos arqueológicos del Clásico y compararlos con los del Postclásico, intento determinar si Teotihuacan era una sociedad militarista o no.

⁵⁶En el arte teotihuacano los colores azul, verde y negro son indicativos de la lluvia, y el dios Tláloc generalmente está pintado de uno de estos colores (Pasztory 1973:148). El color amarillo se asocia con la vegetación (Pasztory 1974:11). Entre los aztecas el color rojo está asociado con el este y el Tezcatlipoca rojo o Xipe Totec; o sea que el rojo se relaciona con el sacrificio y con la fertilidad (Caso 1953:44-46 y 69-70; Canseco Vincourt 1963:44 y 48). Tezcatlipoca también está íntimamente conectado con la guerra y es el patrono de los guerreros (Canseco Vincourt 1963:48).

La descripción del militarismo de Webster (1977:363-364) proporciona unas características que son útiles para resolver este problema. Según ese autor (Webster 1977:363), los propósitos del militarismo son el engrandecimiento territorial y la adquisición de medios capitales como rutas comerciales, yacimientos o áreas de recursos naturales, y aun más gente. Aunque sea difícil descubrir los objetos exactos de sus líderes, es patente que en efecto se extendió el territorio controlado por Teotihuacan en el Clásico Temprano, como demuestra la distribución del arte, artículos, iconografía y probablemente hasta ideología y organización sociopolítica teotihuacanos a otras partes del Altiplano Central y de Mesoamérica (véase las páginas 262-274). La ciudad misma absorbió un número bastante grande de gente de otras regiones fuera del Valle de Teotihuacan, y también controló o influyó en sumo grado en el comercio interregional e intraregional de Mesoamérica. Por último, se encuentra evidencia de que Teotihuacan controló los yacimientos de recursos naturales como la obsidiana verde de Pachuca, Hidalgo (Spence 1981), la cal en el sur de Hidalgo y la región de Zumpango (Sanders, Parsons y Santley 1979:126-127), y otras materias, por ejemplo la arcilla de la cual se fabricó la cerámica Anaranjada Delgada, un tipo diagnóstico teotihuacano que proviene del sur del estado de Puebla (Noguera 1975:132). No cabe duda de los propósitos políticoeconómicos y expansionistas de Teotihuacan; ni de la consolidación de los territorios y pueblos sojuzgados en un dominio que comprendía hasta 25,000 km.² con una población de 300,000 a 500,000, y que duraba varios siglos (R. Millon 1981:222-228).

Un aspecto del militarismo que se puede estudiar en contextos arqueológicos es la aparición de armas especializadas y arquitectura militar. Hubo muy poca especialización en cuanto a las armas en la Meso-

américa prehispánica, aun en el Postclásico Tardío. Las armas ofensivas que han sobrevivido o que se ven en el arte teotihuacano (atlatis, dardos, arcos y flechas, porras, hondas, cuchillos, hachas) también se usaban para cazar y hacer otras tareas. Pero las figurillas y murales teotihuacanos representan hombres llevando armadura de algodón acolchado, cascos y escudos (Figuras 55-59, 61, 67-69; véase también Barbour 1976 y C. Millon 1973), igual que en el arte postclásico. El armamento defensivo es especializado por su naturaleza; sólo se lo usa en el combate o tal vez en rituales asociados con la guerra.

Se encuentran fortificaciones, a veces bastante sofisticadas, en las sociedades primitivas tanto como en las más complejas. Pero un sistema defensivo tan elaborado como el de Teotihuacan (véase las páginas 296-304), con sus complejos arquitectónicos amurallados, sus murallas sueltas, sus enormes templos-pirámides, la Ciudadela, y hasta los conjuntos departamentales como fuertes; o un sitio fortificado al grado de Tetepetla en Tlaxcala (páginas 337-340), implica una organización militarista con la capacidad de planificar y construir tales fortificaciones y una preocupación intensa con la defensa que se espera ver en condiciones de guerra intensiva.

Otra característica del militarismo es que se aumenta la escala de la guerra (Webster 1977:364). El aumento significativo del número de sitios con rasgos indicativos de la guerra (compárense los Cuadros 6 y 8), de fortificaciones, de representaciones de guerreros y temas militares en el arte (véase las Figuras 49 y 66), y hasta de la cantidad de puntas de proyectil en unos casos, por ejemplo Tlaxcala (García Cook 1976:53), indican que se intensificó bastante la escala de la guerra en el Clásico Tardío a más de las fases anteriores.

Un resultado de la intensificación de la guerra es que el combate

se vuelve más letal. Desafortunadamente, no hay estudios osteológicos publicados sobre las posibles bajas del Clásico Tardío, ni de las fases anteriores para hacer una comparación, por falta de datos. No se puede determinar el número de muertos ocasionados por la guerra hasta el Post-clásico Tardío. Pero la evidencia susodicha para la intensificación de la guerra implica lógicamente que se aumentó los muertos causados por el combate porque probablemente se hizo la guerra más frecuente y más costosa en cuanto al tiempo y a la energía.

Un aspecto muy importante del militarismo es que las fuerzas armadas, o cuando menos sus oficiales, se hacen hasta cierto punto profesionales o semiprofesionales (Webster 1977:364). Aparecen el reclutamiento y ejércitos organizados. Desafortunadamente, la evidencia arqueológica para la guerra que se remonta al Clásico es de tal naturaleza que proporciona muy pocos datos sobre la organización militar, la táctica y la estrategia; de hecho, casi todo este tipo de información proviene de fuentes históricas. En este momento no es posible averiguar si los soldados rasos fueron reclutados, ni como fueron organizados ni como lucharon; excepto que se servían de armas arrojadizas y de choque, lo que implica que combatían en formación lineal tanto como de cuerpo a cuerpo. Además, el uso de armadura sugiere que hubo cuando menos cierto número de soldados profesionales, porque es muy raro encontrarla entre las sociedades sin ninguna organización militar profesional (Otterbein 1970:50). Pero se encuentra lo que algunas autoridades (Paszatory 1978:133-134; R. Millon 1976:240; C. Millon 1973:304-305) toman por evidencia para la presencia de órdenes militares en la iconografía del culto guerrero del Clásico Tardío de Teotihuacan, cuyos miembros al parecer se dedicaban al ritual tanto como a la guerra. Dicha evidencia consiste en la asociación de figuras armadas con emblemas de

ciertos animales o llevando disfraces de dichas criaturas (véase las páginas 305-318 y las Figuras 50-53, 56-59, 61, y 68-69), como en el arte postclásico; de hecho, es muy raro encontrar guerreros sin esta asociación en el arte monumental teotihuacano. Estos animales son el ave de rapiña (buzo y águila), el coyote y probablemente el jaguar. El pareo de guerreros avícolas y caninos no era tan estandarizado en el arte teotihuacano como entre los caballeros águilas y jaguares del Post-clásico; sin embargo, sus asociaciones iconográficas indican que se representan los precursores de las Órdenes militares postclásicas.

Según parece, el culto guerrero de Teotihuacan fue dedicado al sol, con el ave de rapiña representando el sol del día en el cielo, el jaguar como el sol de la noche o en el inframundo asociado con el agua y la fertilidad, y el canino simbolizando el descenso al inframundo (Pasztory 1978:132-134; para la ideología postclásica, véase Caso 1953: 23-24 y *passim*; Canseco Vincourt 1963:44-50 y 94-105; García Payón 1946). Además, el culto guerrero teotihuacano estaba íntimamente relacionado con el sacrificio, a saber con la excisión del corazón (Figuras 50-51). Este sacrificio se representa a veces mediante la tuna; es interesante notar que el tunal era el árbol del sacrificio en la ideología azteca (Canseco Vincourt 1963:104). En la iconografía azteca, el águila representó el sol del día o Huitzilopochtli (Canseco Vincourt 1963:95); el jaguar simbolizó la noche, la tierra, las tinieblas, el devorador del sol y Tezcatlipoca (Caso 1953:42-45). Hubo otra orden militar azteca de los caballeros coyotes de menor importancia que las de los águilas y jaguares o tigres. Es posible que el jaguar haya logrado reemplazar al coyote como el mamífero más estrechamente asociado con la guerra; parece que el buzo no está tan íntimamente relacionado con la guerra en ninguna otra cultura del Altiplano Central fuera de Teotihuacan.

Por otra parte, en Teotihuacan el jaguar parece estar más estrechamente relacionado con Tláloc, el dios de la lluvia, o sea con conceptos de agua y la fertilidad (Pasztory 1978:134; Pasztory 1974). A su vez este aspecto del dios de la lluvia conocido como el Tláloc-Jaguar aparece frecuentemente en asociación con armas y con una figura llevando un tocado de borlas (véase las páginas 318-323 y las Figuras 61b y 65), lo que se encuentra en murales de Teotihuacan tanto como en representaciones teotihuacanas fuera de la metrópoli. Dicha figura puede representar el grupo o institución social dominante, o el liderazgo, o tal vez la deidad patrona de Teotihuacan (C. Millon 1973; Pasztory 1978:134). En una vasija de Las Colinas, Calpulalpan, la figura llevando el tocado de borlas le parece a Clara Millon (1973:303-305) tener una posición más alta que los personajes asociados con animales a cada lado por sus atributos característicos del dios de la lluvia y por la diferencia en la manera de representarla. Además, en un fragmento de mural teotihuacano de procedencia desconocida, la cabeza de un coyote aparece debajo de un glifo de borla, lo que simboliza el tocado. Clara Millon (1973:308-312) propone que estos temas simbolizan grupos, personas o instituciones como las órdenes militares representados por los animales, al servicio de o conectados con o subordinados al grupo u organización superordinado que tiene autoridad militar y probablemente representa los gobernadores de Teotihuacan, representado por el tocado de borlas. Si dicha interpretación sea correcta, y yo creo que sí, estas representaciones proporcionan evidencia indirecta para una clase o grupo de oficiales militares controlada en sumo grado por la élite reinante; de hecho, la mera asociación de las armas y guerreros con representaciones o símbolos del culto principal del dios de la lluvia y de la figura con tocado de borlas implica una relación muy estrecha

entre la milicia y el estado. Esto a su vez implica que la Élite también tomaba las decisiones militares como parte de la política del gobierno; es poco verosímil que un grupo no oficial decidiría cuestiones de guerra y de paz en una sociedad tan centralizada como la de Teotihuacan.⁵⁷ La presencia de sistemas defensivos tan elaborados como los de Teotihuacan y de Tetepetla también sugiere planificación y organización oficial con el control de los recursos necesarios para realizarlos.

Otro aspecto del militarismo mencionado por Webster (1977:364) es que la mayoría de las recompensas de la guerra victoriosa, que constan de ganancias económicas tanto como el prestigio, estaba destinado a la Élite, y que la guerra proporcionaba alguna movilidad social para los guerreros destacados. Otra vez se encuentra muy pocos datos que pueden echar luz sobre este problema, y tenemos que recurrir a la evidencia indirecta. Generalmente se descubren más objetos exóticos y de lujo en los conjuntos departamentales más amplios y mejores construidos de las clases altas (R. Millon 1976:226-227; Sempowski 1981). Esto significa que la Élite tuvo mayor acceso a las riquezas, incluyendo probablemente las adquiridas mediante la guerra. Además, las figuras armadas en el arte teotihuacano siempre están ricamente ataviadas, lo que sugiere que no más están representados los oficiales o guerreros destacados. Desafortunadamente, no revelan si ganaran su posición por el rango social de nacimiento, o sea que se restringía el liderazgo militar a miembros de la clase gobernante; o por su proeza en el campo de batalla,

⁵⁷Por desgracia, no se representó el gobernador como conquistador en el arte teotihuacano, como ocurre en el arte maya (Marcus 1974) y en el Viejo Mundo (Webb 1975:187; Adams 1966:140), lo que demuestra claramente que la guerra de conquista fue parte inherente de la política del estado. Es posible que unos glifos asociados con una figura llevando una prenda de algodón acolchado en un fragmento de mural teotihuacano de procedencia desconocida sea el nombre de la persona representada (C. Millon 1973:308-311), pero igualmente pueden referirse a un grupo o institución social, o un lugar.

lo que implica que se inducían a los jóvenes a luchar con el incentivo de ganancias económicas y prestigio social. El embellecimiento de las representaciones de guerreros con plumas, tocados primorosos y adornos de plumas y piedras semipreciosas sugiere que probablemente se estimaban los soldados distinguidos en la sociedad teotihuacana.

Otro modo de averiguar si Teotihuacan fuera una sociedad militarista es comparar los rasgos arqueológicos indicativos de la guerra para Teotihuacan con los de una cultura militarista conocida, por ejemplo los aztecas (Cuadro 9). Hay que tomar unas precauciones con usar este método porque se pueden cambiar el significado y la forma del arte a través del tiempo (Kubler 1967:11-12). En el arte teotihuacano, por ejemplo, se destaca el aspecto faunal de las figuras armadas; de hecho, parecen más bien aves o animales antropomórficos que guerreros humanos en algunos casos (véase las Figuras 50-58 y 67-69). En cambio, queda bien claro que los guerreros postclásicos son humanos llevando disfraces o divisas de los animales (Figuras 15-20). Evidentemente estos animales representan las deidades más directamente en el Clásico que en el arte postclásico. Asimismo, Kubler (1972:35-36) señala que las figuras armadas teotihuacanas están asociadas más frecuentemente con el buho que con el águila o el jaguar. Pero tanto el jaguar como el águila sí portan armas en varios ejemplares del arte teotihuacano (p. ej. las Figuras 50, 56-59), además del buho y el coyote; y muchas figurillas teotihuacanas del Clásico Tardío llevan vestuario aguileno o felino (Figuras 68-69). Por añadidura, parece que los aves de rapiña simbolizaban el sol en el cielo para los teotihuacanos, mientras que el carnívoro, a saber el jaguar, representaba la tierra y la oscuridad (Pasztory 1978:132-133; McVicker 1985:95-97), como en la ideología azteca. Con el tiempo el ave de rapiña como el sol se identificaba úni-

CUADRO 9

RASGOS ASOCIADOS CON LA GUERRA ENCONTRADOS
EN UNA SOCIEDAD MILITARISTA

Rasgo azteca	Sitio clásico con este rasgo
Zonas de territorio desocupadas	Sur de la región de Texcoco
Uso de los rasgos naturales en sistemas defensivos	Tetepetla, Cacaxtla, etc. (Cuadro 8)
Fortificaciones que consisten en fosos y murallas o albarradas	Tetepetla, Teotihuacan, etc. (Cuadro 8)
Plataformas por los accesos para centinelas	Tetepetla, Teteles de Ocotitla
Entradas torcidas	
Acrópolis	
Sistemas defensivos por las fronteras	
Secciones de poblados amurallados	Teotihuacan
Templos-pirámides altos y difíciles de subir	Teotihuacan, muchos sitios clásicos
Residencias y palacios con azoteas y almenas	Teotihuacan, Azcapotzalco, etc.
Representaciones de guerreros y símbolos de la guerra en edificios ceremoniales	Teotihuacan, Azcapotzalco
Representación del sacrificio humano	Teotihuacan, Azcapotzalco ^a
Sacrificio humano asociado con hombres armados y símbolos de la guerra	Atetelco, Teotihuacan (Fig. 51b)
Sacrificio humano asociado con otros rituales como la danza	Atetelco, Tetitla, Teotihuacan (Fig. 51b)
Representaciones de cráneos, huesos	
Elemento trilobado representando el corazón humano	Teotihuacan (Fig. 53)
Cuahxicalli o esculturas en forma de jaguar para contener corazones sacrificados	Teotihuacan

CUADRO 9--Continuado

Rasgo azteca	Sitio clásico con este rasgo
• Deidades representadas con armas	Tepantitla, Teotihuacan (Fig. 56)
Ordenes militares o guerreros representados por animales predadores	Teotihuacan (Figs. 50-52, 57-59, 68-69), Calpulalpan
Guerreros vestidos de animales predadores	Teotihuacan (Figs. 50-52, 57-58, 68-69)
Contraposición del ave representando el cielo y el sol, y el mamífero representando la tierra y la oscuridad	Atetelco (Figs. 50-52) y Tetitla, Teotihuacan
Glifo de conquista	¿Símbolo del templo en llamas con dientes, Teotihuacan (Fig. 64)?
Glifo de la guerra	Teotihuacan, Azcapotzalco, Kaminaljuyú ^b
Desfiles de guerreros y animales predadores	Atetelco, Teotihuacan (Figs. 50-53)
Rango y orden militar de guerreros indicados por sus adornos e insignias	
Representación del gobernador como conquistador	
Representación de la dominación o prisioneros	¿Teotihuacan? ^c (Fig. 70)
Representación de armas especializadas (escudos, armadura, espadas)	Teotihuacan (Figs. 57-59, 67-69), Azcapotzalco, Tikal

^aEn el arte teotihuacano no se representa el sacrificio humano directamente, sino que mediante un corazón o tuna traspasado con un cuchillo (Fig. 51b).

^bEl símbolo teotihuacano de la guerra es el buho con arma (Fig. 61 y 63).

^cQuizás las figurillas atadas (Fig. 70) representan prisioneros de guerra.

camente con el águila; y el jaguar asumía un significado algo diferente a medida que se volviera más importante el culto solar. Aunque no se representen exactamente iguales y probablemente no tuvieran precisamente el mismo significado que en el arte postclásico, no cabe duda de que los carnívoros y aves de rapiña armados teotihuacanos son los predecesores simbólicos de los caballeros postclásicos.

En otros aspectos, a saber el armamento y la arquitectura militar, los restos clásicos y postclásicos muestran una semejanza fuerte. Parece que los teotihuacanos tenían las mismas armas que los aztecas-- atlatls, dardos, arcos y flechas, cuchillos, lanzas, armadura de algodón acolchado, escudos (Figuras 15-25, 50-52, 54-59, 61-63, 67-69, 71-74), con la posible excepción de la espada o macana. En cuanto a la arquitectura especializada militar, parece que todavía no se usaban ni los acrópolis ni líneas de fortificaciones a lo largo de las fronteras en el mundo clásico; pero ya tenían casi todos los rasgos defensivos del Postclásico (véase el Cuadro 9, las páginas 186-196, 296-302, 336-340, y las Figuras 26-27, 30, 47-48, 75-76).

Así es que la evidencia arqueológica demuestra que cuando menos Teotihuacan era una sociedad militarista para el Clásico Tardío. La elaboración de arquitectura militar especializada y el predominio de temas militares en el arte e iconografía indican que la defensa era una preocupación primaria del estado, y que se había logrado cierto grado de institucionalización en cuanto a la guerra. La asociación de temas guerreros con símbolos del estado y representaciones de la élite teotihuacana (la figura con tocado de borlas, etc.) implica que el elemento militar había llegado a ser un factor significativo en el proceso de tomar decisiones políticas. Como con otros aspectos de la civilización, la militarización de la sociedad es un proceso; por lo

tanto aparecen elementos asociados con el militarismo como las fortificaciones y la ubicación de sitios en lugares de fácil defensa en épocas anteriores. Pero hasta la fecha no se ha descubierto evidencia arqueológica para la institucionalización de la guerra antes del Clásico Tardío, aunque la expansión de Teotihuacan en la fase anterior sugiere que se tomaban en cuenta las consideraciones militares en la adquisición de estos territorios. Por añadidura, la militarización de Teotihuacan induciría a las demás entidades políticas del Altiplano Central a desarrollar sus propias instituciones de guerra (Webster 1975:467), como se ve en el fortalecimiento de sitios en Tlaxcala. Esta reacción resultó en el aumento del proceso de militarización en el Altiplano Central durante el Epiclásico y Postclásico.

CAPITULO VI

LA GUERRA DURANTE EL EPICLASICO (750-950 D.C.) UN PERIODO DE FRAGMENTACION POLITICA Y COMPETENCIA EN EL ALTIPLANO CENTRAL

El Epiclásico se refiere al interin de tiempo entre la decadencia de Teotihuacan y el desarrollo de los toltecas--es decir, de 750 a 950 D.C. Interpolado entre los reinados de dos imperios poderosos que lograron dominar gran parte del Altiplano Central, el no todo, el Epiclásico era uno de los períodos menos conocidos y menos estudiados en la arqueología mesoamericana hasta hace poco. Antes se suponía que el militarismo que llegó a caracterizar la sociedad postclásica apareció durante esta fase después de la desintegración de las teocracias pacíficas del Clásico. Pero el aumento dramático de representaciones de guerreros y de otros temas militares en el arte teotihuacano en la última fase del Clásico, más los patrones de asentamiento, la evidencia para fortificaciones en las regiones contiguas a la Cuenca de México y otros indicios, sugieren que el proceso de la militarización ya estaba en pleno desarrollo para el Clásico Tardío (véase las páginas 360-372). La evidencia arqueológica del Epiclásico indica que este proceso continuaba durante el curso del período, y que la guerra jugaba un papel bastante importante en la vida sociopolítica de la época.

A principios del Epiclásico, el Altiplano Central se dividía en numerosas pequeñas ciudades-estados autónomas (Figura 77). Las fortificaciones y el patrón de asentamiento de la época indican que estas

unidades emprendían competencia continua unas a otras, y a veces la guerra también. Estas entidades consistían en cuando menos una comunidad bastante grande y nucleada que era el centro político, y la región circunvecina. Eran bastante pequeñas de área, y sus poblaciones ascendían a no más que varios millares, la mayoría de las cuales residían en los poblados mayores. Se ha identificado arqueológicamente un número de estas entidades, tales como aquellas centradas alrededor de Teotihuacan, Azcapotzalco, Tenayuca, Ecatepec, Zumpango, Cerro Portezuelo, Cerro de la Estrella (Culhuacán) y Xico en la Cuenca de México; Cacaxtla, Calpulalpan, Cholula y uno o dos otras en la región de Puebla-Tlaxcala; Xochicalco en Morelos; Teotenango y Tecaxic-Calixtlahuaca en el Valle de Toluca; Tula Chico y quizás Tulancingo en el sur de Hidalgo. Estos sitios ejercían un control muy localizado únicamente sobre el área circunvecina. Según parece, a principios del Epiclásico solamente Xochicalco y quizás Cacaxtla eran de importancia regional; sin embargo, a fines de este período también Cholula, Teotenango y Tula habían logrado dominar políticamente sus respectivas regiones. Pero la propia Cuenca de México se quedó fragmentada políticamente, y se hizo algo periférica con respecto a Mesoamérica en general durante este período.

La Posible Significación de la Cerámica Coyotlatelco

Antes de tratar más al fondo las entidades importantes del Altiplano Central durante el Epiclásico, se debe considerar la posible significación a este estudio de la nueva cerámica diagnóstica del Epiclásico en la Cuenca de México, llamada la Coyotlatelco. Este tipo está caracterizado por una alfarería de rojo sobre bayo o café claro, con diseños geométricos o curvilíneos pintados de rojo sobre un engobe brufido, en forma de cajetes hemisféricos, de paredes divergentes o verticales, y cuencos. La cerámica rojo sobre arena o blanco, la café o

negra incisa, incensarios, cucharones, comales, vasijas con decoración negativa, y figurillas hechas en molde, también caracterizan este complejo cerámico (Rattray 1966).

Se ha discutido los orígenes de la cerámica Coyotlatelco desde que se averiguó que pertenece a la fase cultural entre la caída de Teotihuacan y el desarrollo de Tula. Se la ha encontrado en muchos sitios por toda la Cuenca de México, y además en la región de Tula, el Valle de Toluca y la región de Puebla-Tlaxcala, incluyendo Cholula. Un problema mayor es que el rojo sobre café forma una parte íntegra de la tradición cerámica del Altiplano Central y de la Mesoamérica septentrional desde el Formativo Medio hasta que fue reemplazado por la mayor parte con las cerámicas anaranjadas a fines del Postclásico Temprano (Cobean 1978:46-47). Se encuentra el rojo sobre café en el complejo clásico de Teotihuacan, y algunas autoridades (Dumond y Muller 1972: 1214; Tozzer 1921:51) ven esta variedad como la fuente del tipo Coyotlatelco. Sin embargo, hay algunas diferencias entre éste y el tipo rojo sobre café teotihuacano, principalmente en forma, los soportes, el acabado superficial y motivos decorativos: por ejemplo, los cajetes Coyotlatelcos generalmente llevan su ornamentación en el interior, mientras que el rojo sobre café del Clásico está decorado en el exterior por lo común. Las autoridades no convienen en el grado de semejanza o diferencia: por ejemplo, Hicks y Nicholson (1964), y Dumond y Muller (1972) ven esencialmente una continuidad cultural entre las tradiciones cerámicas y patrones de asentamiento del Clásico y del Epiclásico; otros arqueólogos como Sanders (1965:183-184) y Piffa Chén (1967) piensan que la alfarería Coyotlatelco se desarrolló de prototipos clásicos, pero con la agregación de ciertos elementos nuevos desde fuera de la Cuenca de México; todavía otros como Acosta (1972), Rattray (1966:180-193),

Braniff de Torres (1972), Cook de Leonard (1956-1957), Tolstoy (1958: 44) y García Payón (1941:228-231), opinan que la cerámica Coyotlatelco se originó o en la propia Cuenca de México o en alguna área al norte o al oeste de la Cuenca, por gentes provenientes de dicha área quienes entraron en el Valle de México al tiempo de la caída de Teotihuacan o poco después. Las variantes regionales de la cerámica Coyotlatelco, las cuales sugieren que era fabricada y distribuida a base local y no desde algún lugar particular, no aclaran el problema. Además, estas diferencias regionales confirman la evidencia del patrón de asentamiento, de que la Meseta Central se dividía en numerosas pequeñas ciudades-estados autónomas competidores.

La distribución de la cerámica Coyotlatelco se esparcía por todo el Altiplano Central. Sin embargo, el complejo Oxtotipac, lo que es evidentemente un prototipo del Coyotlatelco y que parece estar más estrechamente relacionado con la cerámica de la fase Metepec que la principal faceta Coyotlatelco, se ha encontrado únicamente en Oxtotipac y Teotihuacan en el Valle de Teotihuacan, en Cerro Portezuelo, Cerro de la Estrella y otros sitios en la Península de Ixtapalapa, y Cerro Tenayo, todos en la Cuenca de México; en Tula Chico; y en varios sitios del Valle de Toluca (Sanders 1965:126; Cobean 1978:126-128; Hicks y Nicholson 1964; Rattray 1966:182-186). Otro factor es que la cerámica Coyotlatelco parece ser algo más predominante en el norte de la Cuenca de México; es muy rara o inexistente en Morelos, y al parecer su distribución es más bien irregular en la región de Puebla-Tlaxcala (Cyphers Guillén 1978:comunicación personal; Rattray 1966:107-108). Este vago patrón de distribución más las semejanzas en forma y motivos decorativos con cierta cerámica roja sobre café del Clásico Tardío del área al noroeste de la Cuenca, indica que el complejo Coyotlatelco no se ori-

gins totalmente en la Cuenca, sino que cuando menos ciertos elementos provengan desde afuera. Rattray (1966:189-192) propone que la Coyotlatelco era la alfarería de los otomíes, quienes habitaban el norte de la Cuenca de México, la región de Tula y el Valle de Toluca durante el Postclásico Tardío, y probablemente a principios del Epiclásico también (Jiménez Moreno 1959:1066-1068; Carrasco Pizana 1950:36-40), basado en la distribución análoga de este complejo cerámico y de los otomíes en el Altiplano Central en aquel tiempo. La afiliación étnica de las comunidades en la Cuenca meridional podía haber diferido de las del norte, y algunas autoridades (Sanders 1965:185; Blanton 1972:94-95) ven fuertes lazos con Xochicalco en la cerámica protocoyotlatelco o Oxtotipac, sobre todo en las vasijas de reborde basal. Esto sugiere que la cerámica Coyotlatelco y la Oxtotipac podían haber estado hechas por grupos étnicos distintos.

La presencia del complejo Coyotlatelco en la Cuenca de México hace surgir otra vez el problema del uso de la introducción de nuevos tipos cerámicos para comprobar posibles invasiones por forasteros o inmigraciones. Los nuevos elementos en la cerámica Coyotlatelco indican sin duda que ocurrió algún cambio en la población; pero, como señala Cobean (1978:33), esto podía referirse a los movimientos de un pequeño grupo de individuos dentro de la sociedad, tal como a la dispersión de la mayoría de los artifices de Teotihuacan después de la decadencia de esa ciudad y a la llegada de artesanos extranjeros quienes traían consigo sus propias tradiciones cerámicas. En Teotihuacan se encuentra el complejo Coyotlatelco inmediatamente encima de la cerámica Metepec y la última fase de construcción en las estructuras públicas, a veces mezclado con los escombros de los edificios destruidos. Señalando que la cerámica Coyotlatelco propiamente dicha (o Xometla, como se le llama

a este tipo en Teotihuacan) ocurre principalmente en las afueras de Teotihuacan y en la parte baja y el delta del Valle de Teotihuacan mientras que se encuentra el complejo Oxtotipac casi exclusivamente en el núcleo urbano, que éste conserva más elementos de la fase Metepec que aquélla, y que los dos tipos son en su mayor parte contemporáneos, Sanders (1965:180-184) propone que el complejo Oxtotipac pertenecía a los habitantes autóctonos de Teotihuacan quienes seguían ocupando la ciudad en el Epiclásico; en cambio la cerámica Coyotlatelco o Xometla era fabricada por los recién llegados provenientes de la frontera septentrional quienes habían hecho la guerra a Teotihuacan. A estos recién venidos como vencedores les recompensaron con terrenos confiscados de los nativos conquistados, como ocurrió durante el Postclásico Tardío:

El patrón de asentamiento del Clásico Temprano, con su concentración de población en un centro, habría facilitado la apropiación de la tierra y la formación de asentamientos intrusos. Por lo tanto es probable que los sitios Xometla en la parte baja y el delta del Valle representan la ocupación de emigrantes de Tula. Se supone que la población original residente en la ciudad conservó los terrenos en las partes media y alta del Valle (Sanders 1965:184).

En resumen, la aparición de la cerámica Coyotlatelco y además la evidencia para la destrucción de Teotihuacan sugieren que la metrópoli fue atacada a fines del Clásico por cuando menos un grupo de gente ajena, que luego se asentó en los escombros de la antigua ciudad y en otros sitios en la Cuenca de México. Las semejanzas entre esta cerámica y la del Clásico y en otros aspectos de la cultura, y la presencia del complejo Oxtotipac, indican que la población autóctona no fue aniquilado ni alejada de su territorio, y que probablemente había semejanzas culturales entre los recién llegados y los primeros habitantes indígenas, lo que implica que aquéllos provenían de un área no muy lejos de la Cuenca, como sería la región de Tula.

La Cuenca de México en el Epiclásico

Se ha considerado la época entre la decadencia de Teotihuacan y el desarrollo de Tula como una era de guerra y competencia política entre las numerosas pequeñas ciudades-estados del Altiplano Central. Sin embargo, se encuentra poca evidencia arqueológica directa de tal situación en la Cuenca de México; pero los datos de asentamiento y de población parecen afirmar esta interpretación.

En la Cuenca de México, la población decayó por un 30% durante el Epiclásico, reflejando las inestables condiciones políticas del área en aquel tiempo. Esta reducción puede ser el resultado del conflicto. Hubo además bastante reorganización demográfica, con la dispersión de gran parte de la población de Teotihuacan a las demás secciones de la Cuenca y más allá, junto con la repoblación del sur de la Cuenca (Sanders, Parsons y Santley 1979:129). Las agrupaciones de asentamiento que representan las entidades políticas en que se dividía la Cuenca varían bastante de tamaño y son bien definidos; frecuentemente están separadas de unas a otras por zonas virtualmente deshabitadas o buffer zones (Sanders, Parsons y Santley 1979:133, Mapa 15). Más o menos tres cuartas partes de la gente vivía en centros regionales (véase la nota 23, página 133). El Epiclásico está caracterizado por un alto grado de nucleación demográfica; de hecho hay menos asentamientos rurales que en cualquier otro período prehispánico (Sanders, Parsons y Santley 1979:133 y 139; Alden 1979:193-196). La escasez de comunidades rurales refleja sin duda el ambiente competidor del Epiclásico. Por añadidura, la razón de la desviación estándar de la población de los agregados a la población media de los agregados en este tiempo asciende a 0.72 (Alden 1979:195). Esta proporción tan alta confirma que una situación muy competidor prevalecía en la Cuenca de México durante el Epiclásico.

Las Entidades Políticas en el Norte de la Cuenca

Al parecer había notables diferencias en la configuración de asentamiento entre el norte y el sur del Valle de México, enfatizadas por una comarca amplia de territorio abandonado a ambos lados del Lago de Texcoco. Se ha identificado tres entidades bien definidas en el norte de la Cuenca: Teotihuacan, la agrupación de Tenayuca-Cuauhtitlán-Azcapotzalco o de la Sierra de Guadalupe, y Zumpango. Zonas casi completamente deshabitadas de 10 a 20 kilómetros separan las agrupaciones (véase la Figura 77; también Sanders, Parsons y Santley 1979: Mapa 15). Se concentraban densamente las comunidades menores tales como caseríos y aldeas alrededor de los centros regionales, con excepción del sector de Zumpango en el noroeste de la Cuenca, en donde el asentamiento rural era bastante disperso y extenso (Sanders, Parsons y Santley 1979: 129-131, Mapa 15).

Durante el Epiclásico, Teotihuacan seguía siendo la comunidad más grande en la Cuenca de México, aunque estaba muy reducido de tamaño desde su apogeo en el Clásico Temprano. La población de la ciudad ya numeró no más que 30,000 a 40,000, ocupando un área de 5 o 6 km.² (Sanders, Parsons y Santley 1979: 130). La gente seguía usando las zonas residenciales de la ciudad clásica ubicadas a ambos lados de la Calle de los Muertos, tales como Atetelco, Tetitla, Zacuala, La Ventilla y Tlamimilolpa. Evidentemente el antiguo corazón político-religioso de la ciudad fue abandonado, de cualquier modo como un centro cívico-ceremonial; en todo caso no se construían ningunos edificios nuevos en este sector de Teotihuacan, aunque se servía de las estructuras existentes. Es obvio que Teotihuacan ya no era el gran centro sociocultural que antes. Ya no se pintaban murales ni hacían esculturas; se erigían los edificios nuevos rápidamente de materiales y trabajo inferiores; hasta

se declinó notablemente la calidad de la cerámica. No obstante, la población comparativamente grande y la presencia de varios talleres de cerámica y obsidiana en la ciudad indican que Teotihuacan seguía dominando de todos modos el Valle de Teotihuacan y el territorio contiguo (Spence 1981; Rattray 1981: comunicación personal; Acosta 1972: 149-152; Armillas 1950: 69).

El área controlada por Teotihuacan durante el Epiclásico estaba reducida a las partes baja y media del Valle de Teotihuacan, una pequeña sección de la región de Temascalapa al noroeste del centro urbano, y probablemente la pequeña agrupación de asentamientos en la falda sur de la Sierra Patlachique, al extremo norte de la región de Texcoco. La población se había retirado de la parte alta del Valle de Teotihuacan y del área al norte de la ciudad, por el Cerro Gordo. El asentamiento era limitado casi exclusivamente al margen del llano aluvial y la zona baja del piedemonte contigua cerca de la tierra agrícola más productiva, en donde la gente vivía en unos pocos centros regionales pequeños o en aldeas bien nucleadas de 20 a 50 hectáreas, o en caseríos. La población de toda la agrupación del Valle de Teotihuacan ascendía a 75,000 o 80,000; el 35% de la cual residía en tres pequeños centros regionales. La mitad de la población entera de la entidad vivía en la misma ciudad de Teotihuacan (Sanders, Parsons y Santley 1979: 130-131, 205-207 y Mapa 15). Unos pocos sitios tienen arquitectura cívica-ceremonial bastante modesta.

El agregado político más grande dentro del Valle de México después de Teotihuacan en ese tiempo era lo de Tenayuca-Cuauhtitlán-Azcapotzalco al lado poniente de la Cuenca. En general esta área demuestra mucha continuidad con el Clásico Tardío en cuanto al tamaño de la población, y a la ubicación y configuración del asentamiento. Sólo en la parte

norteña de esta área, donde confina con la entidad de Zumpango, se ve una disminución significativa del número de habitantes y de comunidades, las cuales se reducen a unos pocos caseríos y pequeñas aldeas dispersos. Se han identificado un total de siete centros regionales en esta área, cada uno con una población de varios millares, que rodean las faldas bajas de la Sierra de Guadalupe y el margen de la aluvión de suelo profundo justamente al sur de Tenayuca. Aproximadamente tres cuartos de la población entera de la agrupación de cuando menos 20,000⁵⁸ vivía en estas grandes comunidades nucleadas (Sanders, Parsons y Santley 1979:131, 209-210 y Mapa 15).

Situada en el rincón noroeste del Valle de México, la entidad de Zumpango era uno de los agregados más pequeños de la Cuenca durante el Epiclásico. Una tercera parte de su población total de unos 5,500 vivía en el centro regional de Mesa La Ahumada, ubicado en lo alto de un cerro empinado en una posición fácilmente defendible. La reducción demográfica de casi 15% probablemente refleja la declinación de interés en los recursos naturales de la región después de la decadencia de Teotihuacan. Con la excepción del único centro regional, las demás comunidades en el distrito de Zumpango consistían en caseríos y pequeñas aldeas dispersos por toda la región. Tiene la población rural más alta de la Cuenca en esta época; casi un tercio de sus habitantes residía en caseríos (Sanders, Parsons y Santley 1979:131, 214-216 y Mapa 15).

⁵⁸Es posible que la población de la agrupación fuera algo más grande, porque no se sabe la extensión exacta de Azcapotzalco; de cualquier modo la abundancia de la cerámica Coyotlatelco encontrada aquí y en sitios contiguos demuestra que era una comunidad sustancial durante el Epiclásico. Tampoco se sabe la extensión de Tenayuca, porque nunca ha sido completamente descubierto; pero los restos materiales indican otra vez que era un poblado grande.

Las Entidades Políticas en el Sur de la Cuenca

La orilla occidental del Lago de Texcoco al sur de Azcapotzalco se quedaba casi completamente deshabitada hasta el Postclásico Tardío; mientras que al otro lado del lago una franja de territorio abandonado de unos 17.5 kilómetros de ancho separa la entidad teotihuacana de la agrupación de Cerro Portezuelo (véase la Figura 77; también Sanders, Parsons y Santley 1979: Mapa 15). Esta constaba de un solo centro regional enorme y densamente nucleado en la falda norteña del Cerro Portezuelo, al margen de la zona baja del piedemonte, con varios caseríos y aldeas dispersos alrededor del Cerro Pino al sur y siguiendo el pie del Cerro Chimalhuacán. El sitio de Cerro Portezuelo era una de las comunidades más grandes de la Cuenca durante el Epiclásico, con una población estimada de 12,000 y abundante arquitectura cívica-ceremonial sustanciosa. La población de toda la región de Texcoco era casi diez veces más alta que la que fue durante el Clásico; bastante más del 90% de la gente ya vivía en grandes asentamientos nucleados (Sanders, Parsons y Santley 1979: 132, 198-200 y Mapa 15; Parsons 1971b: 75-77 y 202). Se dividía la población de la región entre la entidad teotihuacana y la de Cerro Portezuelo hacia sus fronteras norte y sur respectivamente; las dos terceras partes centrales del área de Texcoco eran casi totalmente abandonadas por el hombre. Se examinará en breve la significación de esta "tierra de nadie."

A unos 20 kilómetros al oeste de Cerro Portezuelo, en las faldas norteñas del Cerro de la Estrella cerca del extremo poniente de la Península de Ixtapalapa, se encuentra otro centro regional con una población estimada de 5,000. Esta cifra es dos tercios de la población entera de Ixtapalapa; el resto de los habitantes residían en aldeas y caseríos dispersos a lo largo de las orillas norte y sur de la Penín-

mula. Como en la región texcocana, se aumentaba notablemente la población de la Península de Ixtapalapa un 35% de la del Clásico (Sanders, Parsons y Santley 1979:132, 195-196 y Mapa 15; Blanton 1972:90-91).

El número de habitantes en la región de Chalco-Xochimilco dobló de lo que fue en el Clásico, pero la distribución del asentamiento era bastante diferente y más compleja (Parsons et al. 1982:265-267). Se ubicó el centro regional mayor en la pendiente oriental del Cerro de Xico, una isla cerca de la orilla este del Lago de Chalco. Este enorme sitio tenía una población de aproximadamente 3,500 personas y sustanciosa arquitectura pública. Unas 2,400 personas habitaban una miniagrupación de caseríos alrededor de una gran villa nucleada en la orilla sudeste del Lago de Chalco. A 8 kilómetros hacia el oeste de Xico, en la ribera suroeste del Lago de Chalco, se halla otra comunidad nucleada con una población estimada de 1,000, con unos pequeños poblados dispersos cerca. Al margen de la zona baja del piedemonte en la región de Chalco, a unos 11 kilómetros hacia el este de Xico, se encuentra un tercer pequeño agregado que consta de un gran pueblo nucleado y varios pequeñas aldeas y caseríos dispersos, con una población total de 1,200 a 1,500. Esta agrupación particular podía haber formado parte de la entidad de Xico, o quizás era en gran manera independiente del centro regional. Al sur de este grupo, varios caseríos se concentran alrededor de las faldas bajas norte y sur del Cerro Chiconquiac. Más de tres cuartos de la población regional vivía en estas grandes comunidades nucleadas. Cada una de estas miniagrupaciones está separada de las otras por zonas de territorio virtualmente deshabitado de unos 7 a 8 kilómetros de ancho; además, la planicie aluvial entre Xico y Cerro Portezuelo quedaba casi completamente abandonada en aquel tiempo (Sanders, Parsons y Santley 1979:132, 189-192 y Mapa 15; Parsons 1971a:49-50).

Interpretación de los Datos de Asentamiento
y Cerámicos en la Cuenca de México

El patrón de asentamiento de la Cuenca de México durante el Epiclásico indica que había competencia y conflicto militar entre las varias entidades políticas independientes que resultaban de la caída del imperio teotihuacano a fines del Clásico. En primer lugar, la escasez del asentamiento rural y la extrema nucleación demográfica implican que la gente no quería dejar la seguridad de las comunidades grandes para la vida relativamente aislada e indefensa de los caseríos y pequeñas aldeas dispersas. Se ve esto en la alta cantidad de poblados grandes con relación al pequeño número de caseríos. La razón de comunidades más grandes a caseríos para el Epiclásico es más de dos veces más alta que la del Postclásico Temprano (Alden 1979:195-196); del mismo modo hay una amplia variación en el tamaño de las poblaciones de las agrupaciones: la desviación estándar de población de las agrupaciones a la población media de las agrupaciones es 0.72, lo que es también indicativo de una situación política altamente competidor y volátil (Alden 1979:194-195). En segundo lugar, los vacíos amplios en el territorio ocupado ya mencionados también sugieren la existencia de "zonas tapones" deshabitadas bastante grandes y bien definidas entre las entidades políticas (Blanton 1972:95-97; Blanton 1975). Estas áreas abandonadas llegaban a ser manzanas de la discordia entre las unidades políticas, y por lo tanto inseguras para la habitación humana, a pesar de que fueran territorios productivos.⁵⁹

⁵⁹La explicación de Charlton (1973 y 1975) de que se abandonaban grandes secciones de territorio en el Epiclásico porque era posible por la baja densidad demográfica que se ocupara únicamente la mejor tierra agrícola, es insatisfactoria por varias razones; en primer lugar, fueron abandonadas áreas tales como el piedemonte bajo y medio de la región de Texcoco y la planicie lacustre de Acuautla, que se consideraban adecuadas para cultivar, si no excelentes, antes del desarro-

El vacío de 17.5 kilómetros entre los extremos norte y sur de la región de Texcoco es la más notable de estas zonas desocupadas, en cierto modo porque era una de las áreas más densamente habitadas de la Cuenca de México en otros períodos de su historia. Esto parece indicar una división de quizás más profunda significación que una mera rivalidad política o económica entre los sectores norte y sur de la región. Hay unos indicios de diferencias quizás significativas en la cultura material entre los dos sectores. La evidencia cerámica no es concluyente, aunque es sugestiva. Para empezar, la escasez de las cerámicas de Xolalpan Tardío y Metepec en sitios de la Cuenca sureña, a pesar del aumento sustancioso de la población, indujo a Blanton (1972:82-83 y 94-97) a proponer que esta región se estaba sujetando cada vez más a la influencia de las entidades ya independientes al sur y sudeste de la Cuenca de México, tales como Xochicalco y los bloques de Tlaxcala, hasta que también rompió con la dominación teotihuacana. Indicaciones de una creciente presencia sureña en la cerámica de la región de Chalco-Xochimilco, de la Península de Ixtapalapa y del distrito de Cerro Portezuelo confirman esta teoría. Desde temprano se ve la influencia de Xochicalco en la alfarería de Oxtotipac en el sur de la Cuenca (Sanders 1965:185; Blanton 1972:94), y además la inspiración mixteca-puebla en el desarrollo de la cerámica Azteca I en Culhuacán (Cerro de la Estrella) y de la policroma Chalco (O'Neill 1956-1957; Griffin y Espejo 1947:17-19). Además, cuando menos una fuente histórica, el Códice

llo de Teotihuacan; ya fueron habitadas áreas de bajo potencial agrario, por ejemplo el Cerro de la Estrella, la planicie lacustre al norte de Lomas y Hoyas, y la región de Zumpango; se desocuparon ciertas áreas tales como la región central de Texcoco, mientras que semejantes zonas ecológicas como la aluvión del Valle inferior de Teotihuacan permanecían densamente pobladas; por último, la hipótesis de Charlton no toma en cuenta el alto grado de nucleación demográfica que caracteriza el Epiclásico. Se puede usar estos mismos argumentos con excepción del último para demostrar el carácter defensivo de zonas deshabitadas en otras fases también.

X6lotl (Dibble 1951), confirma evidentemente la división de la sección oriental de la Cuenca de México en dos zonas, una al norte y la otra al sur. Aunque los datos arqueológicos refutan que las partes norte y central de la Cuenca estuvieran completamente desocupadas al llegar el jefe chichimeca X6lotl y sus seguidores, como sostiene el C6dice, el manuscrito puede referirse al centro de la región de Texcoco durante el Epiclásico, cuando estaba casi totalmente deshabitado, como revela el recorrido arqueológico.

Yo sostengo que se puede comprender mejor la descripción del C6dice de la ocupación de la región texcocana por cazadores nómadas como el reflejo de un tipo de "tradicción popular," en boca en el tiempo general de contacto con los españoles, que se relaciona con una era oscura en el Postclásico Temprano [i.e. el Epiclásico] cuando la ocupación sedentaria basada en la agricultura fue imposible dentro del Área amplia que formó una frontera disputada entre los principales centros mutuamente hostiles al norte y al sur (Parsons 1970:438-439).

La distinción clara entre los dos grupos antagónicos en el manuscrito, de los cazadores chichimecas bárbaros contra los toltecas sedentarios y bien establecidos, subraya más la división entre las secciones norte y sur de la Cuenca de México.

Se ve una diferencia adicional entre el norte y el sur de la Cuenca en el número de sitios grandes comparado con el número de caseríos en cada sector. Según las cifras de Alden (1979:196), la proporción es más de tres veces más alta en el norte de la Cuenca que en el sur, lo que indica que la situación política era más estable y menos combativa en la Cuenca sureña que en el norte. La ausencia de un laguna de asentamiento bien definido entre las entidades de Cerro Portezuelo y Cerro de la Estrella, y las agrupaciones de Cerro de la Estrella y Xico, confirma esto; aunque se ve un vacío claro en el asentamiento entre las unidades de Xico y Portezuelo (Sanders, Parsons y Santley 1979:Mapa 15). Alden (1979:196-197) propone que las varias agrupaciones en el sur de

la Cuenca estaban conectadas vagamente, tal vez en algún tipo de alianza, aunque se quedaran en gran manera mutuamente independientes; y que eran gobernadas por miembros de unos pocos linajes nobles unidos por matrimonio quienes competían entre sí sin que ningún grupo intente dominar a los demás. Quizás las agrupaciones del sur podían actuar como una sola unidad si estuvieran amenazadas en cualquier momento por un enemigo común, por ejemplo una de las entidades nortefías. Por lo tanto parece que había competencia y guerra a más de un nivel en la Cuenca de México durante el Epiclásico: entre las distintas entidades independientes; y en escala regional, entre las entidades del norte de la Cuenca de México y las del sur.

Con excepción del patrón de asentamiento, es difícil obtener evidencia para la guerra para el Epiclásico en el Valle de México, debido en sumo grado a la falta de investigaciones arqueológicas en sitios del periodo. Se encuentran indicios de que algunas comunidades se aprovechaban de rasgos topográficos defensivos; se ubicaban unos sitios pequeños al pie o cerca de las faldas empinadas al alcance fácil de la tierra cultivable tanto como de refugio en lugares elevados. El centro regional de la agrupación de Zumpango se situó en la cumbre de un cerro escarpado (Sanders, Parsons y Santley 1979:131); el sitio de Cerro Portezuelo, ubicado en parte por una loma, es atravesado por varias barrancas profundas y angostas (Parsons 1971b:66). Se encuentran casi ningunas señales de la construcción de fortificaciones en la Cuenca de México, con excepción de los posibles restos de murallas en Cerro Tenayo, un sitio Coyotlatelco junto a Tenayuca, a pesar de que se hallan muchas en las regiones circunvecinas del Altiplano Central (Figura 77), como se verá dentro de poco. Quizás se servían de fortificaciones preexistentes, tales como las que protegían a Teotihuacan durante el Clásico

que fueron tratados en el capítulo anterior.

Asimismo, se puede decir muy poco acerca de las armas del Epiclásico, debido a la falta de investigaciones para esta era en el Valle de México. Parece que predominan las puntas de proyectil de espiga encogida y delgada de los tipos Shuala, San Martín y Gary Típico, y además puntas de espiga ancha del tipo Castroville (Tolstoy 1971:278-281, Fig. 2 y 3, Cuadro 2). Se compensa hasta cierto punto la escasez de información sobre la guerra dentro de la Cuenca por la abundancia de la evidencia de las regiones circunvecinas; pero urgen excavaciones intensivas en cuando menos una comunidad grande del Epiclásico en la Cuenca de México para corroborar los indicios de la guerra destubiertos por los datos del recorrido de asentamiento.

Xochicalco; Contendiente por el Poder en el Epiclásico

El sitio de Xochicalco en el oeste de Morelos ha sido reconocido por uno de los centros más importantes del Epiclásico en el Altiplano Central desde hace mucho tiempo por representar la supuestamente nueva Época militarista tanto como por su asociación con Quetzalcóatl, una de las principales deidades mesoamericanas del Postclásico. Como ya se ha visto, para fines del Clásico Xochicalco probablemente se había convertido en un rival comercial de Teotihuacan, y jugaba un papel significativo en la decadencia de ésta. Sin embargo, la mayoría de las estructuras visibles hoy en día se remontan al Epiclásico. La fuerte influencia maya, oaxaqueña y veracruzana observada en los restos materiales del Clásico sigue al período siguiente, especialmente en los temas y el estilo de los relieves tallados alrededor del basamento del Templo de las Serpientes Emplumadas, una de las estructuras principales de Xochicalco, tanto como en la cerámica, los artes menores, la icono-

graffa, y la arquitectura del sitio.

Se ve esta influencia en los restos del friso tallado de personajes armados que adorna los muros del propio Templo de las Serpientes Emplumadas, la mayor parte de lo que se ha destruido, desafortunadamente. La única figura que queda más o menos intacta tiene un perfil maya clásico con deformación del cráneo, y está sentada en una posición típicamente maya con las piernas cruzadas; porta un escudo rectangular y tres dardos o flechas cruzados en la mano izquierda, y un bastón o tal vez un atlatl en la derecha (Figura 78a). Los fragmentos sobrevivientes indican que las demás figuras del friso habían sido representadas de igual manera (Figura 78b), bien que una de todos modos está de pie (Seler 1904:141-142; Piña Chán 1972:32 y Lám. 62-63). Los personajes mismos, si no de origen maya, revelan cuando menos una fuerte influencia maya; sin embargo, la mayoría de sus armas y los símbolos militares asociados se originaron en el Altiplano Central. Dos o tres dardos agarrados en una mano y el pequeño escudo rectangular guarnecido de plumas aparecen en el arte teotihuacano a principios del Clásico Tardío (véase las Figuras 51 y 57). Además, en Xochicalco se encuentran representaciones del águila y también del coyote, símbolos de dos órdenes militares en el Postclásico y que probablemente tenían un significado semejante en el arte clásico del Altiplano Central, de todos modos en ciertos contextos. Se ve un coyote en cuclillas al lado de un guerrero sentado y armado con tres dardos o flechas y un bastón de mando en el muro a la entrada al Templo de la Serpiente Emplumada (Figura 79a). Se representa un águila con el pico abierto y garras desenvainadas en la fachada occidental de la Estructura A, en la entrada a la Cámara de las Ofrendas (Seler 1904:142-143 y 148-152). Ocurre una representación parecida en los bajorrelieves del muro de la Pirámide



a



b

Figura 78. Guerreros en el friso del Templo de la Serpiente Emplumada, Xochicalco (Seler 1904:148, Abb. 33 y 141, Abb. 9).



a



b

Figura 79. Friso del Templo de la Serpiente Emplumada, Xochicalco. a) coyote (Seler 1904:149, Abb. 34); b) águila (Seler 1904: 149, Abb. 36).

de la Serpiente Plumada (Figura 79b). Desafortunadamente no ha sobrevivido la ornamentación de las demás estructuras de Xochicalco; de otra manera probablemente se hallaría más representaciones de guerreros y temas militares. También aparecen representaciones de armas y del jaguar, coyote y águila (Seler 1904:142-143, 148-152; Piffa Chén 1972:Fig. 2), y símbolos del sacrificio como gotas de sangre, pías en la escultura del sitio, y un chacmool en la Plaza Ceremonial (Piffa Chén 1972:34-38 y Fig. II-III; Hirth 1984:585). La relativa escasez de representaciones de animales predadores tales como el jaguar, el coyote, el águila y el buho, lo hace difícil averiguar su significado en la iconografía de Xochicalco. Posiblemente estos animales fueron menos importantes que la serpiente, por ejemplo, para la gente de esa región durante el Epiclásico. Pero es interesante notar que las representaciones de guerreros y de animales predadores ocurren en los templos y estructuras cívicas-ceremoniales, lo que afirma la estrecha asociación de la guerra y el poder secular con la ideología.

El Sistema Defensivo de Xochicalco

Xochicalco es conocido principalmente por su elaborado sistema defensivo, lo que le hizo ser considerado antes como el sitio fortificado más antiguo del Altiplano Central (Armillas 1948:156). El sitio se extiende por varios cerros nivelados y modificados en terrazas en el oeste de Morelos, un lugar escogido obviamente por razones defensivas. El terreno escabroso dividía el sitio en numerosas agrupaciones de asentamiento separadas por laderas empinadas o barrancas deshabitadas. Los conjuntos arquitectónicos cívicos-ceremoniales ocupan las cumbres de los cerros, mientras que las residencias cubren las faldas y se extienden al norte y al sur hasta la planicie más abajo

(Hirth y Cyphers Guillén en prensa:297; Seler 1904:128-130). En su apogeo Xochicalco era bastante más pequeño que Teotihuacan, tanto físicamente como de concentración demográfica. Se ha calculado que las zonas residenciales ocupan 2.25 km.², mientras que los recintos cívico-ceremoniales cubren aproximadamente 1.5 km.² (Hirth 1984:579). La población probablemente fue no menos que 10,000, y quizás ascendió a 25,000⁶⁰ durante el apogeo del sitio (Sanders 1971:32).

El principal recinto cívico-ceremonial se ubica en la cima artificialmente nivelada y laderas superiores formadas en terrazas del Cerro de Xochicalco, la más grande de las colinas, y que se ha llamado un "acrópolis" (Hirth 1984:582; Sanders 1971:32). Este recinto, que fue antiguamente amurallado, quizás servía de zona residencial de la élite cívica-religiosa (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:299-300). Se construyó una serie de fosos y murallas concéntricos de tamaño bastante grande alrededor del pie y de las faldas inferiores de este cerro (Figura 80). Se excavaron los fosos en la roca madre y originalmente eran bastante anchos y tenían varios metros de profundidad, cuando menos. Se construyeron las murallas de piedra con mortero de cemento o de relleno de los fosos; se pueden ver a intervalos los restos de plataformas como bastiones. Las fachadas exteriores de las murallas eran bastante más altas que las interiores debido a la pendiente escarpada del cerro; a veces llegan hasta 6 o 10 metros de altura, aunque generalmente tienen 3 a 5 metros, y unas pocas no pasan de 1 a 1.5 metros de alto (Figura 81). Dichas murallas también servían de basamentos de las terrazas para estructuras residenciales y ceremoniales

⁶⁰El máximo demográfico de Sanders (1971:32) de 20,000 está basado en el tamaño más pequeño del área de ocupación calculado antes del nuevo reconocimiento del área de Xochicalco por Hirth y sus socios.

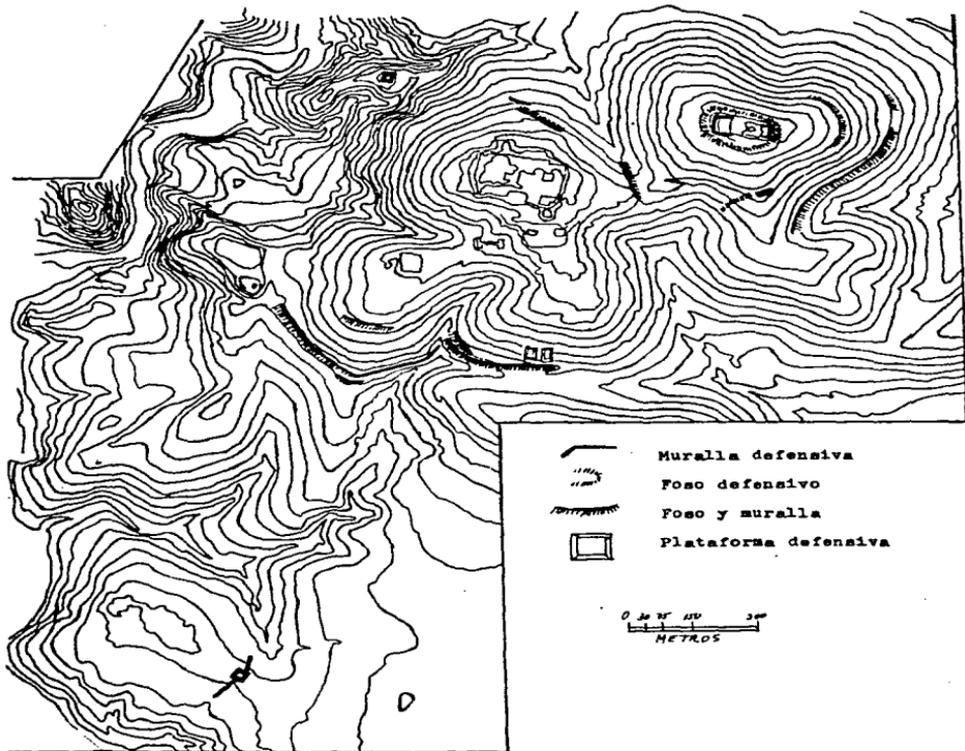


Figura 80. Fortificaciones de Kochicalco, Epiclásico (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:331, Fig. 6.11).

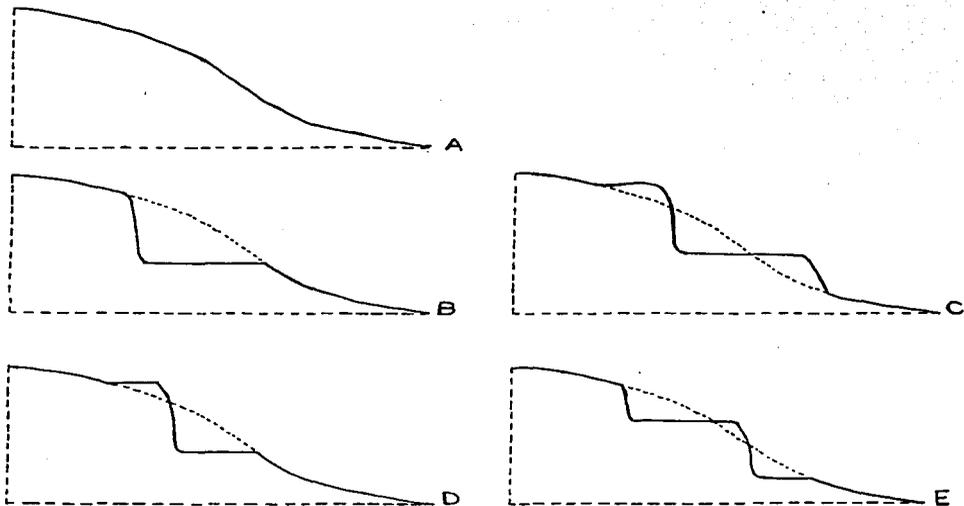


Figura 81. Perfiles de fortificaciones, Xochicalco, Epiclásico (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:334, Fig. 6.12).

alrededor de las laderas empinadas de la colina (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:332-336). Los accesos al sitio eran limitados y estaban protegidos con plataformas grandes, de las cuales los defensores podían lanzar sus armas arrojadizas a los flancos desprotegidos de los invasores (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:324). Este complejo de fortificaciones (Figura 80) que consiste en murallas, fosos, bastiones y accesos protegidos, les proporcionaba a los defensores un elaborado sistema defensivo de componentes múltiples que podía obstruir efectivamente a una fuerza agresor, como señala Hirth (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:332-333):

El diseño de Xochicalco, caracterizado por las plataformas y terrazas sobrepuestas, causó que se aislaran algunas porciones del sitio y proporcionó a los defensores una serie de perímetros defensivos internos, en vez de una sola defensa exterior. Cada retirada consecutiva daría como resultado un fortalecimiento de la resistencia, conforme el perímetro de defensa se reducía y el número de combatientes se concentraba en un espacio menor.

Se conectaban las secciones y colinas dispersas de Xochicalco mediante una red de calzadas y rampas pavimentadas, algunas de las cuales se extienden por varios kilómetros más allá del sitio al campo, con excepción del Acrópolis que era casi completamente aislado del resto del sitio (Hirth 1984:582-583). Las calzadas se convergían en la Plaza Central, el foco público del sitio, justamente debajo del Acrópolis; las rampas unían los diferentes niveles de las colinas. Esta red facilitaba la movilización rápida de los defensores entre los puntos estratégicos dentro de Xochicalco (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:332).

Uno de estos caminos lleva desde el Acrópolis encima del Cerro de Xochicalco a otro complejo ubicado en la cumbre del Cerro de la Bodega al nordeste, y estaba delimitado por altos muros a ambos lados. Se encuentran varias enormes terrazas no residenciales en las faldas

sur y este del Cerro de la Bodega. Se excavó un foso ancho de 4 metros de profundidad en la orilla más extrema de la terraza inferior de esta colina (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:317-318). El complejo arquitectónico en la cima del Cerro de la Bodega es de naturaleza cívica-ceremonial y estaba rodeado con una muralla. Por esta razón y por la falta de restos ocupacionales y de estructuras residenciales en la cumbre y en las terrazas que siguen los contornos de esta eminencia, se ha tomado el Cerro de la Bodega por la ciudadela o la fortaleza de Xochicalco (Armillas 1948:156; Sanders 1971:32).

Otras secciones de Xochicalco tenían sus propios sistemas defensivos, de suerte que casi aparecen ser minifuertes dentro del gran complejo fortificado total (Figura 80). En la ladera norteña del Cerro de la Fosa una muralla y zanja defensivas atraviesan el espacio entre dos barrancas para más de 300 metros. El foso mide hasta 10 metros de ancho en su punto más amplio; mientras que la muralla tiene unos 3 metros de altura. Se construyeron la muralla y el foso a través de la única parte del cerro con una pendiente suave; el declive escarpado del resto de la cuesta proporcionaba una defensa natural. Es interesante notar que no se ha descubierto ningunos restos domésticos en el Cerro de la Fosa (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:320).

La lengua de tierra que conecta la pequeña península llamada Tlacuatzingo con el resto de Xochicalco estaba bloqueada por un enorme montículo de plataforma erigido a lo largo de una muralla defensiva. Estos rasgos fortificantes servían para aislar y defender esta zona residencial tanto como cívica-ceremonial de la agresión extranjera (Hirth y Cyphers Guillén en prensa:321-322). Algunas otras secciones de Xochicalco, incluyendo las zonas residenciales, evidentemente eran protegidas por zanjas y muros de 3 a 5 metros de altura en su estado

actual que formaban parte del sistema de terrazas; por añadidura, se aprovechaban de las barrancas profundas al este, norte y sur de los cerros mismos, por ejemplo la Barranca de la Piedra Labrada (Hirth y Cyphers Guillón en prensa:320; Armillas 1951:79).

Hirth (Hirth y Cyphers Guillón en prensa:336-338) sugiere tentativamente que la naturaleza discontinua de la topografía y de la ocupación de Xochicalco, que parece separar el sitio en varios precintos aislados, posiblemente refleja el carácter heterogéneo de la sociedad misma, cada recinto representando una división sociopolítica dentro de la comunidad con su propio sistema defensivo:

La naturaleza de las defensas sugiere que la población de Xochicalco pudo haberse defendido como un número de segmentos independientes pero coordinados, y no como un cuerpo integrado bajo un comando centralizado. El carácter repetitivo de la arquitectura defensiva sugiere que la población probablemente se reunía para la defensa en distintas porciones del sitio, incluyendo el Cerro de Xochicalco, La Bodega, y el Cerro de La Fosa. Tanto La Bodega como La Fosa carecen de cualquier indicio de asentamiento permanente y pueden haber sido lugares en donde la población de sitios alejados o dispersos se reunía para la defensa común, en vez de congregarse dentro de las fortificaciones del Cerro de Xochicalco. Puede que Tlacuatzingo también se haya defendido como un recinto separado, ya que contaba con un gran muro y una plataforma que aparentemente protegían y cerraban el sitio del resto de la planicie superior (Hirth y Cyphers Guillón en prensa:336).

Dichos recintos o segmentos postulados podían haberse basado en los elementos étnicos, genealógicos o sociopolíticos de la sociedad de Xochicalco. Desafortunadamente, todavía hay muy poca información sobre la estructura sociopolítica interna de Xochicalco; así es que no se puede comprobar esta hipótesis en este momento. Sin embargo, es igualmente posible que los jefes militares de Xochicalco, aprovechándose de las características topográficas del sitio, planificaran un sistema defensivo discontinuo de propósito, para confundir a los invasores y dividir las fuerzas de éstos en pequeños grupos dentro de la ciudad donde estuvieran más vulnerables a la embestida de los de-

defensores. Asimismo, el uso de varios fuertes separados para la protección de la población local, y tal vez regional, podía haber sido un plan intencional; si se lograra tomar un reducto, los demás defensores todavía podían seguir luchando con los invasores. En general, parece que se integraron varios elementos de fortalecimiento separados por terreno accidentado, cada uno con su función bien definida en cuanto a las necesidades de la población del distrito, en un sólo sistema defensivo centralizado bajo un sólo comando militar.

La Situación de Xochicalco en el Altiplano Central

Pero, ¿precisamente cuánta influencia ejercía Xochicalco en el Altiplano Central durante el Epiclásico? Todavía resulta difícil resolver este problema en este momento por los datos insuficientes. La distribución limitada de la cerámica de Xochicalco y además los patrones de asentamiento y fortificaciones observados en el Altiplano Central parecen demostrar que Xochicalco era no más un poder regional, y que no ejercía mucha influencia política más allá del territorio circunstante de Morelos y posiblemente el nordeste de Guerrero; aunque sí tenía mucha importancia en cuanto a la ideología (véase Piña Chán 1972). Hay unos indicios de que tal vez se presencié alguna influencia de Xochicalco en el sur de la Cuenca de México, principalmente en la cerámica Oxtotipac del Epiclásico Temprano del área (Blanton 1972:94). Pero como esta presencia se ve al parecer únicamente en la cerámica, no quiere decir que Xochicalco haya dominado el sur de la Cuenca; no más significa que se mantuvieran relaciones de alguna clase con Xochicalco. Basado en la cantidad bastante grande de cerámica granular encontrado en Xochicalco y en la considerable influencia maya presenciada en la región de Xochipala en Guerrero, que pudo haber sido introducido

por medio de Xochicalco, me parece que el nordeste de Guerrero podía haber formado parte del dominio de Xochicalco, junto con el oeste y probablemente el este del estado de Morelos también, como no se hallan indicios de un centro regional en esta parte del estado. Como señalan Hirth y Cyphers Guillón (en prensa:351), la baja productividad de la zona circundante indica que la capacidad de carga no era suficiente como para sustener la gente de Xochicalco. El resto de la población de la región vivía en pequeñas aldeas dispersas, a veces en lugares altos de fácil defensa; pero se encuentran pocos sitios epiclásicos en las inmediaciones del mismo Xochicalco (Hirth y Cyphers Guillón en prensa:322).

Durante el Epiclásico, la gente de Xochicalco posiblemente trabajaban competencia activa con los olmecas-xicalancas de Puebla-Tlaxcala, quienes podían haber sido sus rivales por el poder en el sur del Altiplano Central. Los habitantes de Xochicalco quizás construyeron las fortificaciones contra los olmecas-xicalancas, contra los grupos mixtecos al sur, contra la gente de Teotenango y los matlatzincas del Valle de Toluca al norte, o contra cualquiera o todos sus rivales potenciales en la Meseta Central. Sin embargo, parece que Xochicalco no tenía ni las fuerzas ni los recursos económicos necesarios para extender su dominio a la Cuenca de México al norte, de este modo dejando aquella región expuesta a las rivalidades locales y luego a los asaltos de los toltecas.

La dominación de Xochicalco en Morelos duró poco; evidentemente esta ciudad no podía mantener su posición como centro regional hasta el Postclásico Temprano. Miacatlán, un sitio ubicado apenas 7 kilómetros al suroeste de Xochicalco, empezó a arrogarse de muchas de las actividades económicas y políticas de éste a fines del Epiclásico

(Litvak King 1970:131); para el Postclásico Temprano, Miacatlán había reemplazado Xochicalco como el centro mayor de la región. Además, se encuentra cierta evidencia para la destrucción intencional en varios edificios de Xochicalco, a saber la enorme cantidad de carbón de las vigas de madera quemadas que habían apoyado los techos y el número considerable de puntas de proyectil y cuchillos encontrados en la superficie de las Estructuras C y E. Esto llevó a Sañz (1964:10 y 1967:14) a concluir que Xochicalco había sido destruido e incendiado intencionalmente. Como en el caso de Teotihuacan, la caída de Xochicalco fue ocasionada indudablemente por varios factores y procesos obrando recíprocamente, uno de los cuales era la competencia, y lo más probablemente las confrontaciones militares, con sus rivales.

La Región de Puebla-Tlaxcala en el Epiclásico

Igual que en la Cuenca de México, el Epiclásico era una época de competencia intensiva y de fragmentación política en la región de Puebla-Tlaxcala. Sin embargo, difiere en el patrón de asentamiento, lo que era más disperso que en el período anterior; y se disminuyó algo la población total de la región.

Cholula en el Epiclásico

En el sur del Valle Poblano, la escasez relativa de restos epiclásicos indica que esta área sufrió una pérdida sustanciosa de población (Mountjoy y Peterson 1973:137), probablemente debido en sumo grado al desorden político de la era. A fines de la fase Cholula IV (700-800 D.C.) sobrevino alguna catástrofe a la ciudad de Cholula, y fue en su mayor parte abandonada hasta mediados del Epiclásico (Muller 1973). Parece que gran parte de la población se trasladó al Cerro Zapotecas,⁶¹

⁶¹ Las grandes cantidades de tepalcates provenientes de jarros que

un sitio alto de fácil defensa a unos 3 kilómetros al oeste de Cholula (Mountjoy y Peterson 1973:137). En la fase Cholulteca I (800-900 D.C.) se ve un cambio en la tradición cerámica, con nuevos elementos, tales como comales, cucharones, molcajetes, incensarios calados con mangos, cajetes trípodes sellados en el fondo, braseros con tapas con tres protuberancias, y cajetes de silueta compuesta; y la introducción de nuevas costumbres funerarias (Muller 1973). Es interesante notar que varias tradiciones históricas citadas en las crónicas (Muñoz Camargo 1978: 19-20) revelan que Cholula fue atacada alrededor de 800 D.C., más o menos al tiempo de la caída de Teotihuacan o muy poco después, por los olmecas-xicalancas, quienes desalojaron a los habitantes autóctonos y se arrogaron control del área. Esto se refiere probablemente al regreso de gente originalmente procedentes de la región poblana después de la decadencia de Teotihuacan como el centro de poder político en el Altiplano Central, cuando se dispersó gran parte de la población de la metrópoli; y además a la entrada de individuos desplazados por la situación inestable de la época. Quizás fue esta incursión que obligó a la gente de Cholula a dejar su sede para la posición más defendible del Cerro Zapotecas y ocasionó los cambios en la cerámica y costumbres funerarias y aún la reducción de la población. El fortalecimiento del sitio de Cerro del Totolqueme, ubicado en una posición estratégica para controlar el pasaje entre la Cuenca de México y Cholula (Abascal et al. 1976:19), también puede ser significativo a este respecto. Sin embargo, la gente empezó a volver a su viejo asentamiento en Cholula durante el Epiclásico, pues la ciudad se estaba acercando su segundo apogeo a fi-

se usaban para cargar y guardar el agua en Cerro Zapotecas (Mountjoy y Peterson 1973:136) implican que el abastecimiento del agua pudo haber sido un problema, como si el poblado se hubiera sometido al sitio.

nes del período (Muller 1973). Este traslado de la población de una ciudad abierta a un sitio defendible ubicado en la cumbre de un cerro, proporciona testimonio convincente de las condiciones revueltas y belicosas que prevalecían en la región durante el Epiclásico.

Tlaxcala en el Epiclásico

Aunque la población creció un poco en Tlaxcala, con el número de asentamientos ascendiendo a 310, al parecer continúa bastante dispersa por todo la fase Texcalac (650-1100 D.C.).⁶² Predominan los caseríos y comunidades pequeñas, y se decreció significativamente el número de sitios con arquitectura cívica-ceremonial (García Cook 1975:128; García Cook 1976:64-69). La ubicación de la mayoría de las comunidades en las cumbres y laderas superiores de los cerros y eminencias y la ausencia casi completa del asentamiento en el valle llano o indefenso, confirman la situación política inestable en la región en aquel momento y la necesidad de tomar en cuenta la defensa en la colocación de sitios. Otra evidencia sugestiva es el aumento dramático de la cantidad de puntas de proyectil y cuchillos sobre la fase anterior; García Cook (1975:128) calcula que se encuentran hasta seis veces más puntas y cuchillos para el período Texcalac en Tlaxcala, de lo que había para la fase Tenanyecac o Clásico.

Los pequeños bloques autónomos se habían desaparecido de Tlaxcala a principios del Epiclásico, con la excepción del Bloque Nativitas o Xochitlcatl-Nativitas-Nopalucan en el suroeste del estado, con su centro fortificado en Cacaxtla. El nordeste de Tlaxcala era influido en

⁶²García Cook (1976:69) señala que la dispersión demográfica que se nota durante esta fase fue causada en parte por la fuerte erosión y el agotamiento del suelo debidos a la explotación intensiva de la tierra, tanto como por el deseo de la gente de evitar involucrarse en el conflicto entre las pequeñas entidades políticas de la región.

gran manera por las culturas del norte y centro de la Costa del Golfo; la parte noroeste del estado sostenía una reducción sustancial de población y mantenía vínculos estrechos con la Cuenca de México (García Cook 1976:75). Posiblemente esta área estaba ocupada por grupos chichimecas o otomíes seminómadas en aquel tiempo; las fuentes históricas indican que algunos chichimecas entraron en la región después de la decadencia de Teotihuacan (Muñoz Camargo 1973:19-20).

Cacaxtla, Centro Fortificado de Tlaxcala

El complejo fortificado, que consistió de los sitios contiguos de Xochitlcatl, Cacaxtla y Atlachino, dominó el Bloque Nativitas en el suroeste de Tlaxcala durante el Epiclásico. Rasgos como plataformas altas, líneas de fosos profundos y de plataformas o estructuras pequeñas erigidas en los accesos para controlar la entrada y la salida de los sitios, tanto como las barrancas empinadas, formaban parte de este sistema defensivo. Cacaxtla es la única parte bien conocida de este complejo, por sus fortificaciones estudiadas hace 40 años por Armillas (1946), y por sus murales recién descubiertos, dos de los cuales forman una de las muy pocas representaciones de una batalla jamás encontradas en cualquier tiempo en el Altiplano Central. Aunque se ha fechado a Cacaxtla al Postclásico por tradición, actualmente parece que estaba ocupado desde el Formativo Tardío; que el sitio alcanzó su apogeo alrededor de 650-850 D.C., es decir, durante el último siglo del Clásico Tardío y el primer siglo del Epiclásico; y que tanto las fortificaciones como las pinturas murales se remontan al Epiclásico (Molina Feal 1977:3; López de Molina 1978:463). La cerámica descubierta en el sitio incluye tipos teotihuacanos de las fases Xolalpan y Motepec como el rojo pulido, el rojo sobre café, el negro pulido inciso, vasijas de pintura negativa, y el Anaranjado Delgado; además de las cerám-

micas Coyotlatelco, la Anaranjada Fina y tipos locales del Epiclástico (Armillas 1946:144; Abascal et al. 1976:17-19; López de Molina 1978: 465; Molina Feal 1977:2-3). Según parece, gran parte de la población de la región vivía en el Bloque Nativitas, y en el centro de Tlaxcala en general (García Cook 1976:65). Evidentemente Cacaxtla ejercía control hasta cierto punto sobre el centro y suroeste de Tlaxcala, y quizás sobre el centro del Valle Poblano al norte de Cholula también.

Las fortificaciones de Cacaxtla

Cacaxtla ocupa una posición estratégica en la cresta y pendientes de un cerro entre los ríos Atoyac y Zahuapan, lo que permitía a los habitantes dominar el Valle de Puebla al sur y el Valle de Tlaxcala al norte. Barrancas escarpadas separan el sitio del Cerro Xochitlcatl y de otros asentamientos al sur y al nordeste. Se reforzó su posición defensiva natural por terrazas artificiales en la parte norte de Cacaxtla, por una trinchera excavada en la roca que rodea el sitio al norte y al noroeste, y por una serie de cinco fosos enormes escalonados desde lo alto del cerro hasta la llanura al sur, donde el declive es relativamente suave. Estas zanjas excavadas en la toba tienen actualmente hasta 6 metros de profundidad o más, con una anchura que varía entre 9 y 24 metros pero que es en general de 12 a 14 metros. Se separan una de otra por distancias entre 100 y 250 metros (Armillas 1946:139-142; Armillas 1948:154). Algunas de estas zanjas atraviesan la barranca al este del sitio y se prolongan hasta el cerro contiguo. Según Muñoz Camargo (1978:21-22), se servía de la tierra excavada de los fosos para construir cinco albarradas o murallas revestidas de piedra, para reforzar las trincheras; pero no se ha encontrado vestigios de dichas murallas hasta la fecha. Los fosos, las barrancas y las murallas ya

desaparecidas transforman Cacaxtla en una imponente fortaleza, que protegía el sur del territorio tlaxcalteco del ataque (Armillas 1946:140).

Parece que la rivalidad mayor de la región después de la decadencia de Teotihuacan surgió entre Cacaxtla y la entidad de Cholula-Cerro Zapotecas, a pesar de que ambos fueran ocupados aparentemente por los olmecas-xicalanca. Durante el Epiclásico empezó a surgir la división política-cultural de la región en las entidades principales de Cholula y Tlaxcala que llegó a caracterizar el Postclásico; ya para 800 D.C. un corredor casi totalmente desocupado de 10 kilómetros de ancho separaba las dos subregiones (García Cook 1974:96). Cacaxtla domina el acceso meridional a Tlaxcala. Evidentemente se planificaron y se construyeron las fortificaciones de Cacaxtla pensando específicamente en los ataques del sur, porque éste es el lado más fuertemente protegido del sitio; además, los ríos Atoyac y Zahuapan que corren a ambos lados de Cacaxtla, son caminos naturales de invasión de Tlaxcala desde el sur (Armillas 1946:141-142). Estos factores indican que el principal adversario de Cacaxtla era Cholula-Zapotecas o quizás algún otro grupo del sur, puesto que otros enemigos como los toltecas-chichimecas provenían desde el norte y oeste.

Los murales de Cacaxtla y su significado

Uno de los hallazgos más interesantes de la arqueología mexicana en la última década es el descubrimiento de los murales de Cacaxtla, que se remontan al Epiclásico.⁶³ Estas pinturas tienen gran signifi-

⁶³ Algunos arqueólogos (Molina Feal 1977:3; Abascal et al. 1976: 49) proponían que los murales de Cacaxtla se remontan a 600-750 D.C., es decir a fines del Clásico Tardío; pero la mayoría de las autoridades sostienen que fueron pintados en el Epiclásico (Foncerrada de Molina 1976:8; McVicker 1985:82; López de Molina 1977b:7; Debra Nagao 1984: comunicación personal). Parece que el conjunto arquitectónico que contiene los murales es un poco anterior a las fortificaciones de Cacaxtla (Foncerrada de Molina 1976:7).

cación para este estudio por varias razones: primero, la naturaleza realista y violenta de la batalla es única en el arte del México Central, de cualquier modo para este período; en segundo lugar, proporcionan alguna información sobre las armas y atavíos de los guerreros, aunque, desafortunadamente, muy poca sobre la táctica militar; confirman unas suposiciones acerca de la guerra en el Epiclásico sugeridas por el arte y los restos culturales ya conocidos; presentan una perspectiva más secular y una concepción diferente del papel del ser humano que el arte de otros sitios del Altiplano Central que se remontan a este período o al Clásico; elementos iconográficos de Teotihuacan, Cholula, Xochicalco, la región maya, Oaxaca, y la Costa del Golfo reflejan el grado del intercambio cultural que tenía lugar en el Altiplano Central en este período; y por último, la representación de dos distintos grupos étnicos en el mural de la batalla, uno de los cuales tiene fuertes rasgos mayas, es sumamente interesante desde el punto de vista histórico tanto como militar.

Descripción de los murales

El edificio A, el pequeño palacio en donde se descubrieron cinco de los murales, probablemente servía una función administrativa y/o ceremonial, o quizás era la residencia de los gobernadores de Cacaxtla. Una pintura adorna las paredes a ambos lados de la puerta que lleva desde el pórtico al cuarto principal, ambas jambas de la puerta, y el muro posterior de la cámara mayor. La escena representada en éste se centra en un mascarón compuesto como calavera sobre el cual se desplanta un personaje vestido de jaguar. Le acompañan dos seres humanos, uno de los cuales tiene garras de jaguar. Serpientes entrelazadas rodean el motivo central (Foncerrada de Molina 1976:8, Fig. 1-3).

Los murales en las jambas de la puerta y en las paredes laterales

del p \acute{o} rtico est \acute{a} mucho mejor preservados y proporcionan informaci \acute{o} n valiosa sobre los contactos entre Cacaxtla y las dem \acute{a} s regiones de Mesoam \acute{e} rica y sobre la posible composici \acute{o} n \acute{e} tnica del suroeste de Tlaxcala. Cada una de estas pinturas consiste en una figura humana casi de tama \acute{n} o natural enmarcada de un fondo compuesto de s \acute{i} mbolos, glifos y representaciones de plantas y animales de procedencia y afiliaci \acute{o} n cultural diversas. Se presenta cada figura ricamente adornada aparte y con sus propios distintos atav \acute{i} os y s \acute{i} mbolos acompa \acute{n} antes; pero al mismo tiempo estos cuatro murales m \acute{a} s lo que est \acute{a} al fondo del cuarto principal forman un conjunto iconogr \acute{a} fico (Foncerrada de Molina 1976: 8-11, Fig. 4-8).

Las cuatro figuras de las jambas y las paredes laterales del p \acute{o} rtico del edificio A est \acute{a} n representadas al estilo maya. Las dos encontradas en el lado sur (Figura 82) tienen las distintivas facciones f \acute{i} sicas mayas, y adem \acute{a} s, los personajes del p \acute{o} rtico portan barras ceremoniales (Figuras 82 y 83), que eran emblemas del poder pol $\acute{i$ tico entre los mayas. El uso del espacio y de animales como la serpiente emplumada para formar los marcos de las figuras, la curvatura de las l $\acute{i$ neas, el naturalismo de estas pinturas y muchos s \acute{i} mbolos y atav \acute{i} os recuerdan tanto al arte de las tierras bajas mayas que se ha sugerido que fueron ejecutadas por artistas mayas (Donald Robertson, citado por McVicker 1985:90). Entre otros elementos for \acute{a} neos que aparecen en los murales se hallan varios glifos y sistemas num \acute{e} ricos de Oaxaca, la regi \acute{o} n mixteca y Xochicalco; el uso de dobles contornos, conchas, volutas y ciertas prendas de vestir provienen de la Costa del Golfo. Sin embargo, es muy interesante notar que mucho del contenido simb \acute{o} lico de estos murales parece ser de procedencia altiplano, y que es patente la influencia teotihuacana tambi \acute{e} n. La vasija con la efigie de Tl \acute{i} loc; el uso

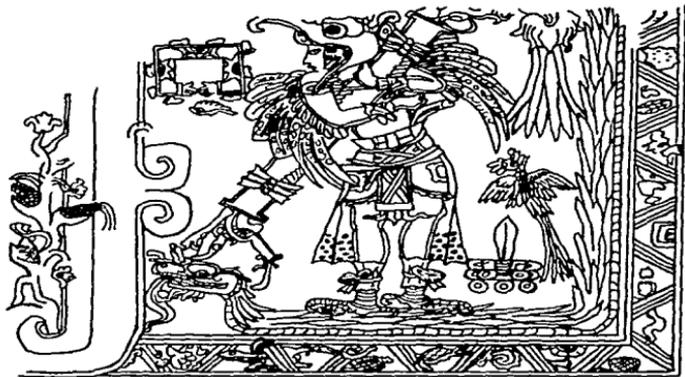


Figura 82. Caballero Aguila, mural del pórtico sur, edificio A, Cacaxtla (McVicker 1985:88, Fig. 5).



Figura 83. Caballero Jaguar, mural del pórtico norte, edificio A, Cacaxtla (McVicker 1985:86, Fig. 3).

de conchas y animales acuáticos, flores y plantas entrelazados en el marco de color azul que encierra la figura humana; la serpiente emplumada; el ojo de reptil; el ojo emplumado; y las representaciones de manos e impresiones de pies con todos temas teotihuacanos (Abascal et al. 1976:31; Foncerrada de Molina 1976; Debra Nagao 1984: comunicación personal). Probablemente muchos de estos elementos se relacionan con el culto del agua y fertilidad de Tláloc de origen teotihuacano (McVicker 1985:93). Además, las figuras humanas del lado norte del edificio A (Figura 83) no tienen facciones mayas y pueden representar gente del Altiplano o tal vez del mismo Cacaxtla.

Con respecto a este estudio, es muy significativo que dos de las cuatro figuras humanas del pórtico del edificio A están vestidas de jaguar (Figura 83); mientras que una tercera se atavía de ave de rapina (Figura 82). Según la tradición histórica (Jiménez Moreno 1959: 1075-1082), los olmecas-xicalancas de Cholula tenían dos gobernadores: Aquiach, quien portó el armamento del águila, y Tlalchiach, quien llevó el equipo del jaguar. Es muy posible que las figuras humanas del edificio A representan los jefes olmecas-xicalancas en su papel de sacerdotes y personificadores de los dioses, haciendo rituales, o tal vez antecedentes de los caballeros águilas y jaguares (López de Molina 1977b:4; Foncerrada de Molina 1976:17); o, menos probablemente, los linajes dominantes de la región (López de Molina 1977b:6).

Al suroeste de ese palacio, la subestructura del edificio B tiene una pintura mural en su talud, de fecha un poco anterior a las del edificio A. Como los demás murales de Cacaxtla, ésa muestra influencias de diferentes partes de Mesoamérica, a saber de las tierras bajas mayas, de la Costa del Golfo, Oaxaca, Xochicalco y Cholula, por no decir del Altiplano Central. El tema, sin embargo, es completamente diferente

de lo que caracteriza generalmente el arte del Altiplano Central, pero que se encuentra en el arte maya del Clásico Tardío, si bien raras veces esto es una batalla gráfica y dramática (Figuras 84 y 85). El mural se extiende por 11.75 metros al este y 8.43 metros al oeste de la pequeña escalera que conduce al edificio encima de la subestructura; el talud sobre el cual fue pintado el mural tiene más de 1.5 metros de altura (Foncerrada de Molina 1976:19).

El tema de este mural es una confrontación militar entre dos diferentes grupos étnicos, que resulta en la victoria de un partido sobre el otro. Se representa un total de 48 figuras humanas en posturas realistas y violentas, o en asalto o despatarrándose en agonía mortal, según sea el caso. Desafortunadamente, muchas de estas figuras han sido destruidas en parte o totalmente por los estragos del tiempo, pero se quedan bastantes como para revelar la significación del mural.

Se representan los derrotados, la mayoría de los cuales están muertos o heridos, con facciones mayas incluyendo la deformación craneal. Llevan cascos o tocados que representan aves de rapaña; muchos atavíos incluyendo narigueras, pectorales, collares, orejeras, brazaletes, adornos para la pierna; y poco más; uno de los vencidos porta un escudo rectangular. Dos de sus jefes son los personajes más prominentemente vestidos de toda la escena, a pesar de que hayan perdido la lucha; de hecho, parece que uno está herido (Figuras 84a y 85b). Llevan túnicas emplumadas al estilo altiplano, tocados de ave, y guardapiernas decoradas con conchas. Uno está enmarcado por una capa de estrellas de inspiración teotihuacana (McVicker 1985:86), y tiene las manos cruzadas enfrente, como si estuvieran atadas (Figura 85b); quizás este jefe haya sido tomado cautivo. Los soldados rasos de los derrotados se despatarran en su agonía mortal a los pies de los vence-



a



b

Figura 84. Mural del talud este, edificio B, Cacaxtla. a) Jefe de los vencidos (McVicker 1985:92, Fig. 9); b) la batalla (McVicker 1985:90, Fig. 7).



Figura 85. Mural del edificio B, Cacaxtla. a) Guerrero de Tláloc, talud este (McVicker 1985:93, Fig. 10); b) Jefe de los vencidos, talud oeste (McVicker 1985:91, Fig. 8).

dores, con la sangre y las entrañas brotando de sus heridas. A algunos se les han cortado los miembros o las cabezas. Uno de los heridos tiene una lanza o flecha clavada en su cuerpo, lo que agarra con una mano, mientras que trata de contener las entrañas brotantes con la otra (Figura 84a). Esta escena es única en el arte mesoamericano por su sanguinolencia.

En general, los vencedores tienen diferentes facciones más toscas que el enemigo, y no manifiestan deformación craneal (Foncerrada de Molina 1976:19 y Fig. 9-13; López de Molina 1977b:6-7). También se visten primorosamente, aunque quizás no tanto que el otro grupo; llevan túnicas cortas o pieles de jaguar, grandes cinturones protectores, orejeras, collares, brazales, y adornos para las piernas. Los tocados de los conquistadores son algo más sencillos que los de los derrotados; generalmente constan de una lista ceñida a la cabeza, y amarrada en un nudo, con una flor u ornamento redondo al frente y unas plumas saliendo de la coronilla o la parte atrás de la cabeza (Figura 84b; véase también Foncerrada de Molina 1976:19). A diferencia de los derrotados, símbolos mexicanos centrales aparecen en el atavío de uno de los jefes victoriosos, a saber el signo del año en su tocado, símbolos del corazón goteando sangre de procedencia tectihuacana, y una posible máscara de Tliloc (Figura 85a; véase también McVicker 1985:93). Este oficial luce un vestuario muy elaborado hecho de la piel de jaguar y plumas; tiene garras de jaguar y correas en las piernas en vez del calzado con respaldo alto llevado por los demás jefes. Las armas usadas por el grupo victorioso incluyen lanzas, atlátls, cuchillos y quizás una espada; portan escudos redondos guarnecidos de plumas.

Interpretación de los murales

El mural de la batalla de Cacaxtla representa una confrontación militar entre dos distintos grupos de diferente afiliación étnica; pero la identificación de los dos partidos no queda tan clara. La fisonomía y los atavíos de los guerreros derrotados que llevan vestuario de águila no es del Altiplano; de hecho, no cabe duda de que están representados al estilo maya (Figuras 84 y 85). Tanto el estilo de los murales (McVicker 1985:89-90 y 98) como la presencia de cerámica de pasta fina demuestran que entró a la región un grupo de gente "mayoide" procedente del sur de la Costa del Golfo, el área conocido como la Chontalpa en lo que hoy día es Tabasco y el sur de Veracruz. Se ha sugerido que dicho grupo fue los olmecas-xicalancas (McVicker 1985:94), originalmente de procedencia costeña pero también relacionados con los mixtecos y los chochos-popolocas, y quienes se volvían sumamente "nahuatizados" durante su larga estancia en el Altiplano Central (Davies 1977:106-113). Sin embargo, algunas autoridades (García Cook 1976:59-60; Davies 1977:120) piensan que los olmecas-xicalancas ya controlaban la región de Puebla-Tlaxcala en el Clásico; por lo tanto los derrotados pertenecen a un grupo más recién llegado de la Costa del Golfo sureña. Por otra parte, los conquistadores tienen los rostros y vestuario asociado con el jaguar completamente distintos de los derrotados; es de suponer, entonces, que pertenecen a otro grupo étnico. El jefe principal de este partido lleva el signo del año en su tocado, símbolos del corazón gotando sangre en su ropa, y una posible máscara de Tláloc (Figura 85a; véase también McVicker 1985:93), todos de origen altiplano. Es muy probable que los vencedores se originaran en el Altiplano Central; quizás fueron los habitantes autóctonos de Cacaxtla. En resumidas cuentas, el mural de la batalla de Cacaxtla probablemente representa la irrupción de gente de

las tierras bajas de la Costa del Golfo sureña en el Altiplano Central⁶⁴ y la resistencia de los pueblos indígenas.

Parece que los murales del edificio A están relacionados con los de la subestructura del edificio B, a pesar de que aquéllos tienen un carácter mítico-religioso y éstos son más bien históricos con ciertos elementos ideológicos. En ambos grupos de pinturas se encuentra la dualidad de ave de rapiña-jaguar: están contrapuestos en el mural de la batalla y fusionados en los del edificio A (López de Molina 1977a: 10). McVicker (1985:94-97) sugiere que los dos grupos de murales representan simbólicamente el concepto básico de la ideología mesoamericana de la resolución de oposiciones complementarias: ave de rapiña-serpiente/jaguar, cielo-lluvia/tierra-suelo, tierras bajas/altiplano.

Si el caballero ave y los caballeros jaguares del edificio A parecen ser los antecedentes de los caballeros de las Órdenes militares aztecas, también se ve la herencia teotihuacana en los murales de Cacaxtla. Esto se refleja en la concepción de los bordes exteriores de los murales del edificio A; en numerosos elementos iconográficos como el glifo "ojo de reptil," impresiones de pies, manos cortadas, corazones, gotas de sangre, medias estrellas, ojos emplumados; y en motivos relacionados con Tláloc, el dios teotihuacano de la lluvia, como la vasija de Tláloc en la jamba de la puerta norte del edificio A, el signo del año y un posible máscara de Tláloc y el glifo de Corazón o Sangre asociados con los guerreros victoriosos en el mural de la batalla (McVicker

⁶⁴ya se ha tratado la fuerte influencia maya y Veracruzana en el arte y cerámica de Xochicalco (páginas 390-393). Además, se ha encontrado cerámica de pasta fina en varios sitios alrededor de Xochipala en Guerrero, uno de los cuales tenía cuando menos una estructura de inspiración maya con la bóveda de piedra salediza maya (Paul Schmidt 1976: comunicación personal). Por lo tanto Cacaxtla no es el único sitio del Altiplano Central mostrando influencia maya en el Epiclásico. Esta influencia puede provenir de el área de los chontales en el sur de la Costa del Golfo.

1985:84-93). La asociación de figuras armadas avícolas con figuras armadas de animales predadores aparece en Teotihuacan. Al mismo tiempo es muy importante señalar las diferencias entre el arte teotihuacano y el de Cacaxtla. En Teotihuacan, el buho está frecuentemente asociado con la guerra, mientras que aparece una sola vez en el mural de la batalla de Cacaxtla (McVicker 1985:95). En Cacaxtla los animales predadores asociados con la guerra ya son los del Postclásico--el águila y el jaguar. El estilo naturalista en que fueron pintados los murales, la composición realista, la figura humana como el motivo iconográfico predominante, la fisonomía de muchas de las figuras, y muchos componentes iconográficos, todos estos factores son ajenos al arte teotihuacano, y provienen probablemente de las culturas veracruzanas y mayoides, como ya se ha mencionado. Pero la persistencia de elementos y temas teotihuacanos en los murales de Cacaxtla indica que la influencia sociocultural de Teotihuacan perduraba en las épocas posteriores.

Finalmente, alrededor de 850 D.C. o poco después, el Bloque de Nativitas sufrió una despoblación tremenda. Aunque Cacaxtla seguía estando ocupado en el Postclásico, fue muy reducido de tamaño y de importancia política (Abascal et al. 1976:21; Molina Feal 1977:3-4). Al mismo tiempo aproximadamente, Cholula empezó a crecer de nuevo, que pronto alcanzaría su apogeo en el Postclásico Temprano (Muller 1973). Por lo tanto parece que Cacaxtla era el centro predominante en la región de Puebla-Tlaxcala durante el primer siglo del Epiclásico, sólo que perdió su posición a Cholula en la segunda mitad del período, probablemente después de una rivalidad intensa.

El Surgimiento de Poderes Regionales en las Áreas
al Norte y Oeste de la Cuenca

Durante el Epiclásico, las áreas al norte y al oeste de la Cuenca

de México--es decir, la región de Tula en el sur de Hidalgo y el Valle de Toluca--sostenían crecimiento demográfico y transformación socio-cultural sustanciosos. Como resultado, estas regiones empezaban a jugar un papel importante en los acontecimientos sociopolíticos de la Meseta Central, en una manera que no habían podido hasta ese momento, culminando en el Postclásico Temprano cuando dichas áreas alcanzaron su apogeo en cuanto al desarrollo sociopolítico. Como ya se ha notado antes, tanto la región de Tula como el Valle de Toluca formaban parte del imperio teotihuacano durante el Clásico; indudablemente la presencia teotihuacana estimuló los procesos de expansión y organización socioeconómica cada vez más compleja. La evidencia arqueológica indica que este desarrollo ocurría principalmente después de la caída de Teotihuacan, y que estas áreas jugaban un papel menor en la decadencia de esa metrópoli.

Teotenango en el Valle de Toluca

Se ven unos cambios significativos en el sistema de asentamiento del Valle de Toluca durante el Epiclásico. Se aumenta sustanciosamente el número y el tamaño de sitios, demostrando el crecimiento significativo de población y de nucleación demográfica. Hay también un cambio perceptible en la ubicación de sitios (Sugiura Yamamoto 1978: comunicación personal). Hasta ese momento, se ubicaba todas las comunidades en zonas bajas por la cuenca de drenaje del Río Lerma; sin embargo, durante el Epiclásico un número de sitios se trasladaron a las laderas superiores y cumbres de los cerros, incluyendo dos de los poblados más grandes del período--Teotenango y Tecaxic-Calixtlahuaca (Vargas Pacheco 1978: 17 y 94). Se puede ver la importancia de la presencia teotihuacana de las fases anteriores en que sigue en el Epiclásico en ciertos

elementos cerámicos, iconográficos y arquitectónicos. Se encuentra una cerámica roja sobre bayo que antedata la Coyotlatelco en muchos sitios de la región inmediatamente después de la caída de Teotihuacan; la cerámica Coyotlatelco predomina en el Epiclásico por casi todo el Valle de Toluca (García Payón 1941:228-231; Sugiura Yamamoto 1978: comunicación personal). Además, hay evidencia para más contactos con otras regiones, a saber Xochicalco, Cholula, Michoacán y Guerrero (Vargas Pacheco 1978:79), sobre todo en la cerámica e iconografía. Se caracteriza el Epiclásico de la región de Toluca por cada vez más independencia y diferenciación cultural de la Cuenca de México, estimulada indudablemente por la llegada de los matlatzincas al área a fines del Clásico (Vargas Pacheco 1978:11), y por mayores contactos con otras sociedades al sur y al oeste.

Alrededor de 700 D.C., el Cerro Tetepetl o Teotenango estaba ocupado por primera vez, probablemente por gente quienes habían habitado Ojo de Agua, el poblado ubicado al pie de esta colina, la que es una estribación del Nevado de Toluca. Sus pendientes empinadas proporcionaban al sitio una posición defensiva natural que domina el sur del Valle de Toluca. Las defensas naturales de los lados norte y este del sitio, que cubría varios kilómetros cuadrados a fines del Epiclásico, estaban mejoradas por la construcción de plataformas escalonadas reforzadas con altos muros de contención de piedra a lo largo de las faldas del cerro. Se han encontrado varias enormes murallas de piedra, sueltas o incorporadas en el sistema de terrazas o en otras estructuras de Teotenango. Se construyeron estas murallas de piedras bien cortadas, sin mortero, y se parecen a los edificios del sitio en que están compuestas de un talud alto rematado por una cornisa ancha (Pina Chán et al. 1975:123-125, 142 y fotos 65-66; Tommasi de Magrelli 1973:162-165).

Teotenango era cuando más un centro regional, que dominaba el distrito circunvecino, probablemente hasta el poblado de Metepec al norte; parece que Tecaxic-Calixtlahuaca era una entidad independiente (Davies 1977:326). Al sur, la región de Toluca lindó con el territorio de Xochicalco durante el Epiclásico, y es bastante verosímil que se desenvolvía la competencia y quizás hasta confrontaciones militares entre las dos entidades, ambas de las cuales tenían centros regionales fuertemente fortificados. También es posible que Teotenango trababa conflicto con sus vecinos al norte y al este en la Cuenca de México.

El Surgimiento de Tula

Al norte de la Cuenca de México, el sur de Hidalgo, que había formado parte integral del imperio teotihuacano casi hasta el momento de su caída a fines de la fase Metepec, se hizo una entidad independiente durante el Epiclásico. Se refleja el crecimiento de la población en el aumento del número de sitios por más del 100%, hasta ascender a un total de 50. Aunque seguían ocupados un número de caseríos clásicos durante el Epiclásico, en particular los que habían estado poblados por la gente autóctona, se abandonaron todas aquellas comunidades establecidas por Teotihuacan, pues no se encuentra allí casi ninguna cerámica Coyotlatelco; de hecho, los cambios en el patrón de asentamiento parecen tan repentinos y dramáticos a Mastache de Escobar y Crespo Oviedo (1976) que llegaron a la conclusión de que el pueblo coyotlatelco debía haber sido recién llegado en la región de Tula. Se volvían dispersos los asentamientos, y la mayoría eran bastante pequeños, yendo desde 5 a 20 hectáreas de tamaño. La mayoría tenían arquitectura cívica-ceremonial modesta, tanto como zonas residenciales, indicando que estas comunidades gozaban de cierto grado de autonomía local. La ubicación

de la mayoría de los asentamientos en lugares altos, en las cumbres y laderas superiores de los cerros y lomas (Mastache de Escobar y Crespo Oviedo 1976; Cobean 1978:85), refleja el ambiente competidor y antagonístico de la época.

Se fundó el primer asentamiento en lo que iba a ser el principal centro urbano de la región muy poco después de la caída de Teotihuacan. Se encuentra la cerámica Coyotlatelco en los niveles más bajos de las excavaciones realizadas por todo Tula; sin embargo, no queda claro si había una fila de pequeños sitios dispersos a lo largo de la cresta de la loma que se extiende por la orilla oriental del Río Tula, o si fueron integrados en una sola comunidad unificada. El asentamiento de la fase Coyotlatelco o Epiclásico cubría cuando menos 3 km.² y tenía una población estimada de entre 10,200 y 18,800, con un promedio de 14,500 (Yadeun Angulo 1975:23-24). La comunidad epiclásica, especialmente el asentamiento denso de Tula Chico, formó el núcleo del centro urbano de Tula en el Postclásico Temprano.

Se ubica el sitio conocido como Tula Chico a unos 1.5 kilómetros al noreste del Acrópolis o plaza principal del centro urbano postclásico. Fundado a principios del Epiclásico, Tula Chico se hizo el poblado más grande y más nucleado, y el principal centro ceremonial--y probablemente político también--de la región. Investigaciones recientes en Tula Chico revelan un complejo cerámico protocoyotlatelco tentativamente identificado, llamado el Prado (Cobean 1978:86-89 y 125-128), lo que es esencialmente Coyotlatelco de naturaleza con excepción de los tipos diagnósticos. Estos consisten en el rojo sobre café, el rojo sobre café inciso, y el negro inciso, los cuales aparentemente tienen más en común con cerámicas parecidas del sur de Querétaro y Guanajuato que con la cerámica clásica o el complejo contemporáneo protocoyotla-

telco o Oxtotitpac en la Cuenca de México. También es interesante notar que el complejo cerámico Prado generalmente se encuentra sólo en cantidades muy bajas fuera de Tula Chico (Cobean 1978:88).

La distribución limitada, la alta calidad y los nuevos rasgos no locales de los tipos diagnósticos del complejo Prado, han llevado a Cobean (1978:626) a sugerir que un grupo de gente procedente del área al norte de Tula--probablemente del Bajío--trajo estos nuevos tipos consigo cuando entraron en la región de Tula al mismo tiempo o poco después de la caída de Teotihuacan. La inspiración septentrional de la cerámica de Tula sigue hasta la fase Corral (800-900 D.C.), pues la cerámica Coyotlatelco de Tula es algo diferente de la de la Cuenca de México en que es de calidad inferior, tiene menos formas y decoración más sencilla, muchos de los cuales aparecen en tipos clásicos del Bajío y de San Luis Potosí, y algunos de los cuales muestran semejanzas con la cerámica roja sobre bayo del Valle de Toluca (Cobean 1978:89-90, 129-132 y 292-308; Braniff de Torres 1972). Por añadidura, Cobean (1978:626-627) propone que los recién venidos del norte podían haber formado una élite política-militar que se estableció en Tula Chico y empezó a arrojar control de gran parte de la región de Tula.

Aunque se ha examinado pocas estructuras en Tula Chico, se ha excavado lo bastante para revelar que el asentamiento epiclásico tenía poco que ver con las comunidades clásicas dominadas por Teotihuacan en cuanto a la arquitectura, también. En cambio, la plaza de Tula Chico evidentemente fue el prototipo de la plaza principal del Acrópolis de la ciudad tolteca. La semejanza en la disposición de los edificios alrededor de las plazas y en las técnicas de construcción, es tan fuerte que Cobean (1978:109-110) propone que varias instituciones sociales y políticas que caracterizaban la ciudad tolteca, incluyendo unos cultos

específicos y la dinastía reinante de Tula, en realidad se establecían en Tula Chico durante el Epiclásico.

Dada la ubicación de Tula, no más es natural que se mantendrían contactos bastante estrechos con el área al norte, a saber con el Bajío y San Luis Potosí, y los restos cerámicos indican que en realidad así fue el caso. Parece muy probable que entraron a la región de Tula pequeños grupos de gente del norte alrededor del tiempo de la decadencia de Teotihuacan. Sin embargo, los restos materiales indican que había algo de continuidad cultural; por lo tanto la población indígena no fue totalmente desalojada por los recién llegados.

Aunque aparecen elementos nuevos en la cerámica Coyotlatelco de Tula, también se ven algunas semejanzas con tipos contemporáneos de la Cuenca de México. La configuración de asentamiento del Epiclásico es notablemente diferente de la de aquellos sitios clásicos establecidos por Teotihuacan; sin embargo, es bastante parecida a la de la población indígena del Clásico. Es interesante notar que se encuentra evidencia para el retroceso cultural en algunas áreas al norte y noroeste del Altiplano Central a fines del Clásico hasta el Epiclásico, particularmente en la región de Chalchihuites, Querétaro y el sur de Guanajuato (Diehl 1976:273; Weigand 1977:416; Braniff de Torres 1972:277), probablemente ocasionado por el colapso del sistema teotihuacano, lo que había estimulado el desarrollo sociopolítico en estas regiones, y quizás también por una fluctuación climática que hizo el cultivo impracticable temporalmente en esas zonas de productividad agrícola marginal (véase la nota 22, página 130). Dadas estas circunstancias no es sorprendente que algunos pequeños grupos de gente que habían habitado estas regiones nortefías progresarían hacia el sur, especialmente puesto que podían haberse enfrentado con naturales hostiles, y algunos podían ha-

ber provenido originalmente de la Meseta Central como representantes de Teotihuacan para dirigir el intercambio con ese centro urbano (Kelley 1983:6). Además, es lo más probable que la mayoría de los inmigrantes vendrían del área más cercana a la Cuenca de México septentrional--eso es, de Querétaro y el sur de Guanajuato y de San Luis Potosí. En este momento no se puede averiguar con algún grado de precisión el tamaño de los grupos buscando refugio en la región de Tula; cómo fueron recibidos por la gente local, quienes posiblemente estaban relacionados étnicamente con los recién llegados; y si se hacían predominantes sobre la población indígena sustancial, o no. Sin embargo, parece que semejantes grupos entraron en la región de Tula y el norte de la Cuenca de México precisamente a fines del Clásico o principios del Epiclásico, y que podían haber participado en el último ataque contra Teotihuacan.

También se sabe muy poco de las relaciones que la región de Tula hubiera tenido con las demás áreas del Altiplano Central durante el Epiclásico. Había contactos con la Cuenca de México al sur, pero aparentemente no eran tan fuertes como en el Clásico y Postclásico. Es interesante notar que no se ha descubierto ningún sitio fortificado en la región de Tula hasta la fecha, bien que se ubicaron muchos sitios en las cumbres y laderas superiores de los cerros (Mastache de Escobar y Crespo Oviedo 1976), en posiciones escogidas de todos modos en parte por su defendibilidad. La ausencia de fortificaciones y además el carácter disperso del asentamiento en la región de Tula puede reflejar una situación algo menos combativa que en la Cuenca de México y otras partes; o puede ser el resultado de la falta de datos arqueológicos sobre este período en el sur de Hidalgo. No es claro hasta qué punto la región de Tula se enredaba en las rivalidades y conflictos que según

parece caracterizaban la Cuenca de México y otras áreas en ese tiempo, si en modo alguno. Quizás los habitantes de Tula se aprovechaban de la fragmentación política y la competencia entre sus vecinos, mientras que ellos mismos se ponían fuertes a medida que avanzaba el Epiclásico y se transformó en el Postclásico Temprano.

El Papel de la Guerra en el Altiplano Central durante el Epiclásico

Seguía el proceso de militarización de la sociedad durante el Epiclásico, a diferencia de que ahora estamos tratando de muchas entidades políticas autónomas en vez de un gran dominio centralizado. Esto se refleja en algunas diferencias en los rasgos indicativos de la guerra que aparecen en los datos arqueológicos. En primer lugar, se declina bastante la cantidad de asentamientos en la Cuenca de México, Morelos y Puebla (Sanders, Parsons y Santley 1979:129 y Cuadro 6.1; Hirth 1976:12; Mountjoy y Peterson 1973:137); se aumenta un poco el número de sitios con rasgos indicativos de la guerra (véase los Cuadros 8 y 10). Además, las fortificaciones parecen más elaboradas que en el Clásico. Aparecen series de fosos y murallas concéntricas alrededor de sitios (Cacaxtla) o de secciones de sitios (Xochicalco), y el acrópolis (Xochicalco). El número de sitios fortificados del Epiclásico también es más alto que en el Clásico Tardío; se ha identificado cuando menos 10 sitios definitivamente fortificados para el Epiclásico, quizás uno o dos más, mientras que he contado sólo 7 para el Clásico Tardío (véase los Cuadros 8 y 10). Por añadidura, parece que el número de murales y esculturas con representaciones de guerreros y temas militares disminuye en los sitios del Epiclásico con rasgos indicativos de la guerra. Se encuentran 50 murales en Teotihuacan representando temas guerreros en el Clásico Tardío; mientras que sólo hay dos murales mili-

CUADRO 10

RASGOS INDICATIVOS DE LA GUERRA EN SITIOS DEL
ALTIPLANO CENTRAL EN EL EPICLÁSICO

Sitio	Fortifi- caciones	Ubica- ción del sitio	Guerreros y temas militares en el arte	Armas	Evidencia para la destrucción	Evidencia para el sacrificio
Teotihuacan	X? ^a		X	X		X
Mesa Ahumada	X?	X	X			
Cerro Tenayo		X				
Cerro de la Estrella		X				
Xochicalco	X	X	X	X	X	X
El Jumil		X				
Cerro Montezuma		X				
Coatlán del Río		X				
Cacaxtla	X	X	X	X		X
Nativitas	X	X		X		
Xochitlācatl	X	X		X		
Totolqueme	X	X				
Mixco	X	X				
Atlachino	X	X				
Tepalca	X	X				
Teacalco	X	X				
Cerro Zapotecas		X				
Tectenango	X	X		X		X
Tecaxic-Cal- ixtlahuaca		X				
Tula Chico		X		X		
Tepeji del Río		X				
Cerro La Malinche		X				
Cerro el Cielito		X				

^aEs posible que los teotihuacanos del Epiclásico se sirvieran de las fortificaciones construidas en el Clásico.

taristas en Cacaxtla, y se esculpían guerreros y símbolos relacionados con la guerra y el sacrificio en el basamento del Templo de la Serpiente Emplumada y unas pocas estelas de Xochicalco. Parece que las entidades del Epiclásico se veían obligadas a gastar más esfuerzo para proteger el pueblo por el medio muy práctico de construir fortificaciones, quizás porque se hizo más frecuente y más intensiva la guerra; en tanto que les quedó menos recursos a estas sociedades para dedicar al arte, especialmente cuando se toma en cuenta las poblaciones relativamente pequeñas de las ciudades-estados epiclásicas. Quizás no se requiere subrayar tanto el poder del estado mediante el arte monumental entre las entidades pequeñas que no formaban parte de un gran dominio heterogéneo, en donde se debe usar dichas representaciones para controlar los diferentes facciones del reinado en la ausencia de instituciones sociopolíticas para unificarlas.

Las fuentes históricas revelan que la primera fase del Postclásico Tardío, o la Azteca Temprana (1150-1400 D.C.) también era un período de competencia, fragmentación política y mucho conflicto (véase el Capítulo III). Por lo tanto sería interesante comparar los restos arqueológicos del Azteca Temprano con los del Epiclásico. Se nota que la proporción de sitios fortificados es bastante alta en los dos períodos; aproximadamente la mitad de los sitios con rasgos indicativos de la guerra son fortificados (véase los Cuadros 4 y 10). En la Cuenca de México los patrones de asentamiento son similares, con un número relativamente bajo de pequeños sitios rurales y la nucleación de gran parte de la población en comunidades grandes, a saber en los centros regionales (véase las páginas 133 y 380). No se ven los grandes franjas de territorio desocupado entre las entidades del Azteca Temprano que aparecen en el mapa del recorrido arqueológico del Epiclásico (Sanders,

Parsons y Santley 1979:Mapas 15 y 17); aunque la agregación del asentamiento queda clara; pero esto puede ser el resultado de la crecida población del Azteca Temprano. También es interesante notar que había al parecer una distinción en las cerámicas del norte y del sur de la Cuenca durante ambos períodos; se ha mencionado la influencia sureña en el complejo Oxtotipac en el sur de la Cuenca durante el Epiclásico, mientras que el complejo Xometla encontrado más en la parte septentrional parece estar más relacionado con cerámicas al norte y oeste de la Cuenca. La distribución de las cerámicas AztecaII y Azteca I de la primera fase del Postclásico Tardío también refleja una división norte-sur de la Cuenca, igual que la distribución de las cerámicas Mazapan y Azteca I en el Postclásico Temprano (Sanders, Parsons y Santley 1979:466; Griffin y Espejo 1947:17-19).

La competencia indicada por la evidencia arqueológica probablemente fue ocasionada por la caída de Teotihuacan, la aspiración de cada una de las pequeñas ciudades-estados autónomas que resultaban de la decadencia de la metrópoli llenar el consiguiente vacío político interregional, y los esfuerzos de todas para mantenerse independientes. La reducción de población mencionada antes hubiera significado que había más terreno para proporcionar la subsistencia de la gente; pero es posible que los diferentes grupos hayan percibido que no tenían lo suficiente tierra para sus necesidades, ocasionando conflictos con sus vecinos para aumentar sus propios recursos naturales. Los artículos exóticos en otro tiempo destinados a Teotihuacan ya se encuentran en otros lugares, como Xochicalco, los sitios de Tlaxcala y del Valle de Toluca. El control de este intercambio interregional podía haber instigado algunos conflictos entre las ciudades-estados del Epiclásico.

Quizás una de las causas más significativas de la competencia y

la guerra durante el Epiclásico pudiera haber sido la irrupción de nuevos grupos de gente en el Altiplano Central y la dispersión de mucha gente de la gran metrópoli de Teotihuacan a su tierra natal. Esto se demuestra en las tradiciones históricas (Dibble 1951; Muñoz Camargo 1978:19-20; Sahagún 1969:III,207-212), tanto como en los restos arqueológicos, por ejemplo la influencia maya y veracruzana en el arte y cerámica de Xochicalco y Cacaxtla, nuevos elementos en la cerámica Coyotlatelco del noroeste y en la cerámica Azteca I y Chalco policromo. Como todo el Altiplano Central ya estaba más o menos completamente habitado, la llegada de dicha gente y los movimientos de los diferentes grupos, por pequeños que fueran, hubiera aumentado el nivel de competencia en la región. La gente autóctona podía haber percibido a los recién llegados como una amenaza a su propio bienestar y a su territorio. Se ha visto la fuerte influencia maya en los murales de Cacaxtla como evidencia para la intrusión de gente mayoide del sur de la Costa del Golfo al Altiplano Central durante el Epiclásico (Abascal et al. 1976: 48-49; López de Molina 1977a:8); dicha penetración del Altiplano Central podía haber sido inatigada por la aspiración de grupos de esta gente de asumir control de la red lucrativa de intercambio entre el Altiplano y las tierras bajas. Quizás las élites de las ciudades-estados se servían de la necesidad de luchar contra los recién llegados para proteger la comunidad de los extranjeros, para controlar sus mismas poblaciones con excitar la animosidad contra la gente de diferente origen étnico (véase las páginas 37-40).

La proporción relativamente alta de sitios que tienen rasgos indicativos de la guerra indica que la guerra fue un factor muy importante en la política en el Epiclásico; de hecho, es posible que cuando menos algunas ciudades-estados le consideraban esencial para la supervivencia.

El arte del período demuestra que sigue la estrecha relación entre la religión y la política, con la unión de los dos elementos socio-políticos en un sólo liderazgo. Pero se nota un cambio en la naturaleza del arte monumental relacionado con la guerra en el Epiclásico; específicamente, la secularización de los temas militares. En los murales de Teotihuacan, las figuras armadas casi siempre son más bien animales antropomórficos llevando armas (véase las Figuras 50, 52, 56-59, 69c); mientras que los personajes en los relieves de Xochicalco tanto como en los murales de Cacaxtla son claramente guerreros humanos con atributos de animales predadores (Figuras 78, 82-85). En otras palabras, el énfasis cambia del aspecto faunal-mitológico de las figuras a la faceta humana-realista. Esto implica que probablemente la ideología se volvía menos importante en la integración de la sociedad; mientras que se dedicaba más tiempo y esfuerzo a la guerra por la situación política, y el uso de la fuerza se hizo un instrumento más poderoso en el control de la población. Esto aumentó el poder del estado dentro de las ciudades-estados y la centralización del liderazgo político en las manos de la élite gobernante. Este proceso empezó con la militarización de la sociedad en el Clásico Tardío, y seguía hasta el Postclásico Tardío.

CAPITULO VII

CONCLUSIONES: EL PAPEL DE LA GUERRA EN LA EVOLUCION SOCIOPOLITICA EN EL ALTIPLANO CENTRAL DE MEXICO

La hipótesis de esta disertación es que la guerra jugaba un papel en el desarrollo de las instituciones sociopolíticas en el Altiplano Central de México. Quiero subrayar que esto no significa que la guerra es el único factor, ni el más importante, en el proceso civilizador. La guerra es uno de numerosos factores que, obrando recíprocamente, ocasionan los cambios en el sistema sociopolítico. El mismo proceso de la militarización envuelve muchos diferentes factores tanto económicos como sociopolíticos e ideológicos.

Se ha comentado desde hace mucho tiempo la unión de la autoridad secular con la religión en la civilización mesoamericana. Los datos sobre las instituciones sociopolíticas de las fases iniciales de su desarrollo son muy escasos; pero no se encuentran ningunos indicios de que la situación fuera diferente durante esa época tan temprana. Se refleja la unificación del liderazgo político con el religioso en la iconografía prehispánica desde el Formativo Temprano entre los olmecas, en donde están asociados figuras armadas y símbolos militares y del poder político con conceptos y elementos ideológicos como la fertilidad, el sacrificio y las fuerzas cosmológicas. No hay duda de que las figuras humanas y antropomórficas en muchas esculturas olmecas, tales como el monumento C (Figura 32) y las estelas A y D (Figura 35) de Tres Zapotes, las estelas 2 (Figura 33) y 3 de La Venta (Bernal 1968:123), y el Relieve II de Chalcatzingo (Figura 37), llevan armas;

también la sumisión está claramente representada en la estela de Alvarado o Cerro de la Piedra y la estela D de Tres Zapotes (Figuras 34 y 35) y probablemente en el Relieve II de Chalcatzingo (Figura 37), en donde la figura humana asentada aparece desnuda y con las muñecas atadas. Las autoridades quienes sostienen que estas esculturas se refieren a temas mitológicos o ideológicos apuntan que aparecen elementos relacionados con la fertilidad, la descendencia y la divinidad en asociación con los jaguares y figuras antropomórficas, por ejemplo símbolos del agua y de nubes, motivos de plantas estilizadas, la cuerda, la cruz de San Andres, el elemento en forma de la letra "U", la boca del jaguar y la cueva (Figuras 36-38; véase también Grove 1972). Pero se encuentran símbolos y temas mitológicos e ideológicos asociados con guerreros y elementos militares en el arte del Postclásico Tardío también, a pesar de que era una época militarista.

Esta asociación de la guerra con la ideología sigue en la iconografía del Clásico, a saber en las representaciones de jaguares, coyotes y aves de rapina antropomórficos armados y la deidad Tláloc-Jaguar o Tláloc B armada, y la asociación de dichas figuras con elementos simbolizando la fertilidad como gotas de agua, redes, conchas, flores y plantas, especialmente en los marcos encuadrando las figuras armadas (Véase las páginas 307-329; también Pasztory 1973; Pasztory 1974; Kubler 1967; Kubler 1972), el sacrificio, el poder político o tal vez linajes predominantes como el tocado de borlas (C. Millon 1973), y quizás hasta un progenitor mitológico (Heyden 1977; Kubler 1972:31-32). Dicha relación sigue hasta el Postclásico, en donde se cambia el enfoque del jaguar y del águila desde la fertilidad a la cosmología y se pierde algo del aspecto faunal de las figuras armadas. Durante el Formativo y Clásico, los animales predadores simbolizaban deidades

tanto como las fuerzas cosmológicas como el sol y la luna y probablemente una organización militar semejante a las Órdenes militares post-clásicas; mientras que la significación de estos animales se hace más específica en el Postclásico y más directamente relacionada con la guerra. Pero todavía se representan los guerreros cumpliendo rituales como el sacrificio, bailes, procesiones y haciendo ofrendas (véase el Capítulo III). La teocracia y el militarismo no son incompatibles, como afirma Webster (1976:6), sobre todo cuando se toma en cuenta la oposición de conceptos básicos en la ideología mesoamericana. En el Altiplano Central de México durante la época prehispánica, la asociación de la ideología y la guerra servía para justificar la guerra, para motivar al pueblo a luchar por la expansión del estado, y para representar la unión de la jefatura cívica-militar con la religiosa.

Un problema mayor en el estudio arqueológico sobre la guerra es la escasez de datos para las fases más tempranas del proceso civilizador. Esto se debe a la falta de artículos y de actividades especializados, a los factores de preservación, y a la naturaleza del combate, sobre todo de la guerra primitiva. Por eso los primeros posibles indicios de la guerra en el Altiplano Central de México--las puntas de proyectil--son tan controvertibles, porque se servían de las mismas armas para cazar, y no se puede determinar cuáles puntas hubieran sido usadas en el combate. Pero, a no ser que se admita que los antiguos habitantes del Altiplano Central fueran muy diferentes de la mayoría de la humanidad, se puede pensar que ocurrían choques en pequeña escala entre los grupos que poblaban la región, ocasionados probablemente por la venganza por ultrajes y transgresiones, disputas sobre las mujeres, el prestigio conferido a los guerreros victoriosos, el botín, y la defensa de la comunidad (véase el Capítulo II).

La defensa de la comunidad es una función muy importante, igual que la intercesión entre el pueblo y las fuerzas sobrenaturales, la repartición justa de los alimentos, y la mediación de disputas dentro del grupo. Si el que tiene una aptitud para guiar y es experto y afortunado en la agricultura y la caza, sea además victorioso en el campo de batalla, esto aumentaría el número de sus partidarios y su buena disposición para seguir sus consejos y dirección. Se aumentaría el respeto que los demás le tienen por defender el pueblo de sus enemigos, y además saca más botín que los demás guerreros, así es que se crece el número de personas dentro de la comunidad con quien comparte su buena fortuna, quienes se hacen hasta cierto punto dependientes de él. De este modo empezó a surgir dentro de estas sociedades primitivas una familia o un pequeño grupo que tiene un poco más prestigio y más recursos que los demás. Con pretender tener un progenitor mitológico como el jaguar, ese grupo puede atribuirse una relación especial con las fuerzas sobrenaturales superior a los enlaces que éstas tengan con la gente ordinaria, lo que asegura su posición en la comunidad y la hace hereditaria (Figura 86). Con enfocar las emociones hostiles del grupo sobre las demás comunidades de la región, también se podía reprimir los conflictos dentro del grupo, resultando en la mejor integración del pueblo porque estos jefes todavía no tenían el control sobre el uso de la fuerza para asegurar la cohesión social.

A fines del Formativo Temprano ocurrió algo que seguramente hizo efecto en los procesos de la evolución sociopolítica en el Altiplano Central: esto es la disseminación de la influencia olmeca de la Costa del Golfo. Aunque no hay evidencia para una invasión en grande del Altiplano, los temas de ciertas piezas de arte monumental olmeca encontradas en Chalcatzingo y en otros sitios por Mesoamérica sugieren

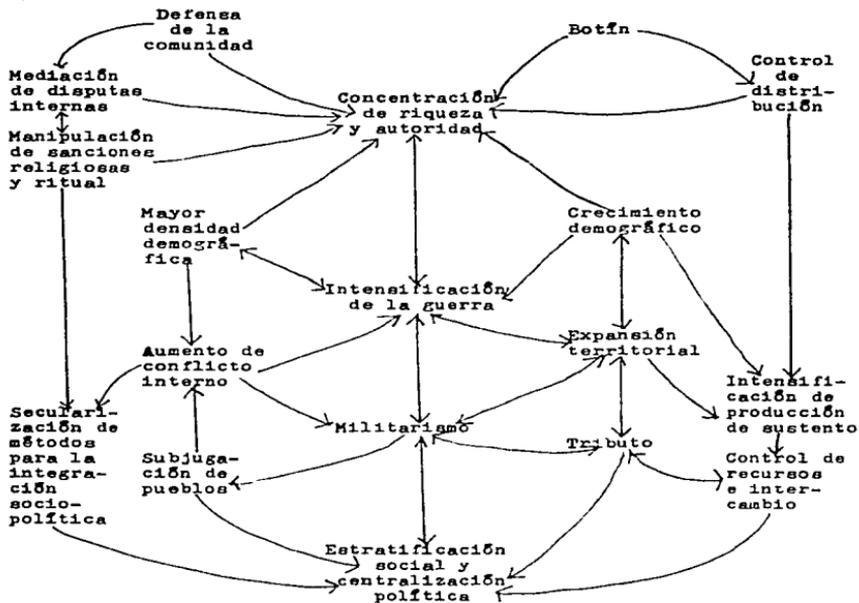


Figura 86. Modelo del papel de la guerra y del militarismo en la evolución de la civilización en el Altiplano Central de México.

que la expansión olmeca fue lograda hasta cierto punto mediante la guerra y la conquista de grupos locales autóctonos (véase las páginas 218-232 y 287-290). En cuanto a la guerra, es difícil averiguar el efecto que dicha expansión pudiera haber tenido en las tribus que habitaban el Altiplano Central. Con la excepción de Chalcatzingo, los grupos eran bastante pequeños, con no más que 1,000 personas cada uno, y no hay ningunos indicios de que se hubieran juntado para defenderse contra esta intrusión ajena. Esto hubiera facilitado algo los esfuerzos de los olmecas para controlar el intercambio entre las tierras bajas y el Altiplano y la explotación de ciertos recursos como la obsidiana y las piedras semipreciosas encontrados en el Altiplano. Si ocurrieron algunos choques entre la gente indígena y los olmecas, estaban en pequeña escala, y probablemente los intrusos le llevaban ventaja a aquélla. El hecho de que los olmecas no lograban dominar más que ciertas zonas específicas de la Meseta Central indica que no tenían los recursos ni la organización sociopolítica para controlarla toda.

Es posible que esta incursión haya ocasionado que las comunidades locales se preocupen más de la defensa propia, quizás con el resultado de que se ponga más firme la posición del jefe, quien es responsable de la protección del pueblo. Se podía haber servido de esta intrusión para reprimir los conflictos internos y unificar la gente contra los extranjeros. También es posible que la llegada de los olmecas haya despertado el interés de algunos grupos en controlar los recursos naturales de la región, por ejemplo el yacimiento de obsidiana de la Barranca de Los Estetes por Otumba en el Valle de Teotihuacan, y en extender sus propios territorios a costa de sus vecinos.

Por los próximos 350 años (650-300 A.C.), se encuentran muy pocos indicios para la guerra en el Altiplano Central excepto los patrones

de asentamiento. El aumento del número y del tamaño de los sitios demuestra que seguía creciendo la población y por lo tanto la posibilidad de conflictos entre los grupos. Además, se incrementa la nucleación demográfica, de suerte que probablemente se aumentaban las disputas y tensiones dentro de las comunidades. Aparecen varias distintas agrupaciones de sitios en el mapa de asentamiento (Sanders, Parsons y Santley 1979:97-98 y Mapa 11; Hirth 1977; García Cook 1976:26-27; Fowler 1968:63), las que señalan las principales entidades políticas de la región. También se ve la primera evidencia para la estratificación social y la centralización política, incluyendo la residencia del jefe y su familia que demuestra que tanto la distribución económica como las actividades religiosas ya estaban regularizadas por el linaje del jefe, y que se aumenta a medida que pase el tiempo (Sanders, Parsons y Santley 1979:305-334); la especialización económica; y la jerarquía de asentamientos.

La mejor indicación de la competencia y probablemente del conflicto entre los cacicazgos del Formativo Tardío del Altiplano Central es que durante el Formativo Terminal se va reduciendo el número de agrupaciones de poblados que ya están separadas por franjas de territorio esparcidamente ocupado, mientras que se aumenta la nucleación demográfica y se encuentran sitios fortificados⁶⁵ (véase las páginas 242-256). Al empezar el Formativo Terminal (ca. 300 A.C.), Cuicuilco era la comunidad más grande del Altiplano Central. La escasez de sitios en la región de Tacuba al norte de Cuicuilco y en la zona de Xochimilco al este, y

⁶⁵Probablemente se construían unas fortificaciones en las épocas anteriores, tales como fosos alrededor de sitios, hoyos escondidos con estacas afiladas y otras barricadas provisionales, terraplenes, y empalizadas de postes o de la vegetación local; pero desafortunadamente no han sobrevivido hasta nuestros días.

además el enorme tamaño de la ciudad, cubriendo una área mínima de 4 km.² con una población estimada de cuando menos 20,000 (Sanders, Parsons y Santley 1979:99-101, Mapa 12), indican que Cuicuilco se estaba extendiendo su dominio a costa de los demás grupos locales. Había probablemente cinco otras entidades en la Cuenca de México a principios del Formativo Terminal. Durante los siguientes 200 años, sin embargo, se iban reduciendo las entidades independientes hasta que no más quedaron Teotihuacan en el nordeste y Cuicuilco en el suroeste de la Cuenca como competidores para el poder regional. La asimilación de la mayor parte del territorio de la Cuenca indica que dicha expansión fue causada por el deseo de adquirir más tierras y recursos, y probablemente gente, para aumentar el poder de su élite gobernante dentro de la ciudad-estado misma tanto como en la región (en este período surgen los primeros estados propiamente dichos en el Altiplano Central). La ubicación de numerosos sitios en las cumbres de los cerros en posiciones fácilmente defendibles y la aparición de grandes fortificaciones permanentes alrededor de poblados demuestran no sólo que esta expansión fue logrado hasta cierto punto mediante la guerra, sino también que la guerra ya formó parte de la política de las entidades controlada por la élite gobernante por medio de un pequeño grupo de militares profesionales o semiprofesionales relacionados con la élite.

Durante el primer siglo del Formativo Terminal se ubicaron algunos sitios encima de unos cerros empinados y aislados, llamados los Tezoyuca hilltop centers. Dada la corta vida de estos sitios y su ubicación—9 alrededor del perímetro de la Sierra Patlachique y uno que parece tener un complejo fortificado al norte de la región de Texcoco en la frontera entre esta entidad y la de Teotihuacan, uno en el sur de la región texcocana cerca de la frontera con la Península de Ixtapa-

lapa, y dos en la falda oriental de la Sierra de Guadalupe al extremo sur de la agrupación de Cuauhtitlán-Tenayuca entre éste y Cuicuilco (véase la Figura 43)--indican que se servían de estos lugares fácilmente defendibles en las guerras entre las entidades o pequeños estados incipientes de la Cuenca. A medida que se extendieron Cuicuilco y Teotihuacan, incorporando poco a poco las demás entidades de la Cuenca, estos sitios caían en desuso. Quizás se volvía menos intensiva la guerra, o los centros Tezoyuca ya se hacían demasiado pequeños para resistir las fuerzas armadas más grandes de estas dos enormes entidades.

A fines de la primera mitad del Formativo Terminal, una erupción del Volcán de Xitle puso fin a la expansión de Cuicuilco; pero el dominio de Teotihuacan seguía creciendo al Clásico Temprano, hasta que se incluía todo el Altiplano Central. Como señalan Cowgill (1977:189) y Bernal (1966:107-109), es difícil aceptar que se logró esta expansión sin ningún uso de la fuerza; pero hasta la fecha no se ha descubierto muchos indicios de la guerra en la región (Figura 87). Creo que esta situación es algo engañosa. En primer lugar, Teotihuacan no era una ciudad abierta e indefensa, como algunas autoridades sostienen. Además de los rasgos naturales que se podían haber aprovechado en la defensa de la ciudad (R. Millon 1973:39-40; R. Millon 1974:347-348), la mayoría de las murallas sueltas, los inmensos conjuntos murados en el corazón de la metrópoli, las enormes pirámides, la Ciudadela, y hasta los conjuntos departamentales se remontan al Clásico Temprano (véase las páginas 275-278), demostrando que los administradores del estado teotihuacano tomaron la defensa de la ciudad en cuenta. Es interesante notar que hay evidencia para la guerra en las regiones subyugadas a Teotihuacan. Se ve un patrón de sitios habitados por la gente autóctona en lugares altos de fácil defensa en la región de Tula (Cobean

Número de
sitios

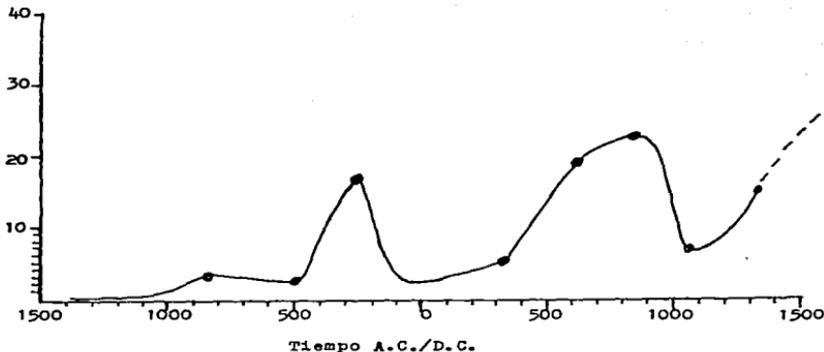


Figura 87. Número de sitios en el Altiplano Central con rasgos indicativos de la guerra a través del tiempo.

1978:80-82) y en Tlaxcala (García Cook 1976:54-56), como si haya resistido la invasión teotihuacana y se esforzaban para mantenerse separada de los intrusos. El sitio fortificado de Gualupita Las Dalias o Tlalancalequita en Puebla estaba ocupado en la última fase del Formativo Terminal, y es muy probable que Tetepetla en Tlaxcala, también fortificado, se remonta al Clásico Temprano (García Cook y Mora López 1974: 26). Por último, la presencia en sitios afuera de la dominación directa de Teotihuacan como Oaxaca, Kaminaljuyú, Tikal y Yaxhá, de elementos iconográficos teotihuacanos que se refieren al poder político y a la guerra, por ejemplo el dios Tláloc-Jaguar, la figura con el tocado de borlas, el símbolo del buho con arma, y guerreros al estilo teotihuacano, indica también que la expansión de Teotihuacan fue una política

intencional del estado lograda hasta cierto punto mediante el uso de la fuerza, junto con el intercambio y la proselitación (véase las páginas 274-279). Pero la impresión general es que Teotihuacan ejercía bastante prestigio por su tamaño e importancia, y control ideológico y económico, que no se lo consideraba necesario enfatizar el uso de la fuerza como medio de la integración sociopolítica.

El proceso de militarización que se ve en los datos arqueológicos del Clásico Tardío, probablemente empezó en el Clásico Temprano, si no en el Formativo Terminal. Como en el caso de la estratificación social (Sanders y Price 1968:115), es sumamente difícil identificar las fases iniciales de este proceso. Las demás regiones del Altiplano Central reaccionaban a la expansión militar de Teotihuacan con desarrollar sus propias instituciones y organización guerreras, de modo que se encontraban en una mejor posición durante el Clásico Tardío para resistir la dominación teotihuacana. Se refleja esto en el aumento dramático del número de sitios que tienen rasgos indicativos de la guerra (Figura 87). La mayoría de estos sitios se encuentran en las regiones afuera de la Cuenca de México, a saber en Tlaxcala. La evidencia para la guerra tanto como la declinación de la presencia teotihuacana en el arte, arquitectura, cerámica e iconografía en dichas áreas indican que lograron librarse de la dominación teotihuacana durante el Clásico Tardío, precisamente cuando esa metrópoli estaba padeciendo unos presiones y trastornos socioeconómicos bastante fuertes.

El aumento dramático de representaciones de guerreros y temas militares en el arte teotihuacano del Clásico Tardío (véase las Figuras 49 y 66) demuestra que la guerra ya se había hecho institucionalizada, y que se estaba realizando un papel cada vez más importante en la integración sociopolítica. La guerra ya se llevaba a cabo por razones po-

líticas, es decir para agrandizar el territorio y la riqueza del estado, y para reforzar la posición de la élite gobernante que hace las decisiones con respecto a la guerra como parte integral de la política. En otras palabras, con el militarismo la guerra se hace self-serving o que sirve a sí misma como una institución en sí tanto como para los que la controlan (Webster 1977:364).

Aunque la iconografía militar teotihuacana seguía estrechamente relacionada con la ideología, el aumento de representaciones de guerreros y símbolos militares indica que se estaba haciendo más importante el enfoque marcial a costa de la religión en la sociedad. Esta relación seguía en el Epiclásico y Postclásico, pues hasta la conquista española se servía de la ideología para justificar la expansión de los imperios mesoamericanos y las guerras emprendidas para lograrla, y para motivar a los hombres a luchar por el estado.

El proceso de militarización sigue en el Epiclásico después de la caída de Teotihuacan y la fragmentación del Altiplano Central en un número de pequeñas entidades competidoras. Se aumentan el número de sitios con rasgos indicativos de la guerra y además la proporción de sitios fortificados, se decrece la población y se aumenta la nucleación demográfica, todo lo que refleja la fuerte competencia del ambiente político y la frecuencia e intensidad de la guerra en el Epiclásico. El énfasis en las fortificaciones y la disminución de las representaciones del arte monumental implican que estas entidades se veían obligadas a gastar más esfuerzo y recursos para defender las comunidades con grandes obras fortificadoras, y que por lo tanto les quedaban menos para dedicar al arte. Aunque estamos tratando de un número de ciudades-estados autónomas mucho más pequeñas que el dominio teotihuacano del Clásico, parece que las élites gobernantes de estas entidades tenían

la misma meta: es decir, conquistar lo más territorio y gente posible, para mantenerse fuerte para que otras entidades no la puedan vencer, y para consolidar la posición de los gobernadores dentro de su propia comunidad. A medida que se hagan más numerosos los posibles enemigos y más inminente el peligro de ser conquistado, los jefes se volvían más esenciales a la comunidad.

Se nota un cambio en la iconografía militar del Epiclásico, lo que consiste en la disminución de la apariencia faunal de los guerreros. Mientras que muchos de los guerreros representados en el arte teotihuacano parecen ser más bien jaguares o aves de rapiña o coyotes antropomórficos, en el Epiclásico ya son definitivamente hombres con atributos de dichos animales (véase la página 432 y las Figuras 50-52, 56-58, 78 y 84-85). Esto refleja la mayor importancia de la guerra en mantener la cohesión social interna. Esto probablemente significa que el estado se estaba agarrando más control sobre el uso de la fuerza dentro de la sociedad mientras que se disminuía el papel de las sanciones religiosas en la integración sociopolítica. Este proceso seguía en el Postclásico, cuando se produjo la civilización azteca, el colmo del militarismo en el Altiplano Central de México en la época prehispánica.

BIBLIOGRAFIA.

- Abascal, Rafael, Patricio Dávila, Peter J. Schmidt y Diana Z. de Dávila
 1976 La arqueología del sur-oeste de Tlaxcala (primera parte). Comunicaciones, Proyecto Puebla-Tlaxcala 11 Suplemento. Puebla: Fundación Alemana para la Investigación Científica.
- Acosta, Jorge R.
 1944 La tercera temporada de exploraciones en Tula, Hgo., 1942. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 6 (3):125-164. México.
 1956 Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo, durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950. Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia 8:37-115. México.
 1956-57 Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época tolteca. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 14 (2):75-110. México.
 1972 El epílogo de Teotihuacan. En Teotihuacan, XI Mesa Redonda, Vol. 2:149-156. México: Sociedad Mexicana de Antropología.
 1974 La pirámide de El Corral de Tula, Hgo. En Proyecto Tula (1a. parte), coord. Eduardo Matos Moctezuma, Colección Científica 15:27-50. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Adams, Robert McC.
 1966 The Evolution of Urban Society. Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico. Chicago: Aldine Publishing Co.
- Aguilera, Carmen
 1977 El arte oficial tenochca. Su significación social. Instituto de Investigaciones Estéticas, Cuadernos de Historia del Arte no. 5. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alden, John R.
 1979 A Reconstruction of Toltec Period Political Units in the Valley of Mexico. En Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change, ed. K. Cooke y C. Renfrew, pág. 169-200. New York: Academic Press.
- Alexander, John
 1970 The Directing of Archaeological Excavations. London: John Baker Publishers Ltd.
- Anales de Cuauhtitlán
 1945 Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles, trad. de Primo Feliciano Velázquez. Instituto de Historia Primera serie no. 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Anderson, Arthur J. O. y Charles E. Dibble (ed. y trad.)
 1978 The War of Conquest. How It Was Waged Here in Mexico. De General History of the Things of New Spain de Bernardino de Sahagún. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Anderson, Atholl
 1978 The Role of a Competition Model in the Archaeological Explanation of Economic Change. En Social Organization and Settlement: Contributions from Anthropology, Archeology and Geography, ed. David Green, Colin Haselgrove y Matthew Spriggs. British Archaeological Reports International Series, Supplementary 47:31-45. Oxford: Clarendon Press.
- Andrzejewski, Stanislaw
 1954 Military Organization and Society. London: Routledge and Kegan Paul Ltd.
- Angulo V., Jorge
 1966 Un Tlamannalli encontrado en Tlatelolco. Departamento de Prehistoria, Publicaciones 18. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
 1981 Nuevas consideraciones sobre Tetitla y los llamados conjuntos departamentales (Apartment Compounds), Ponencia presentada en el simposio sobre Teotihuacan: Nuevos datos, síntesis y problemas. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Aragón, Javier O.
 1931 Expansión territorial del imperio mexicano. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, época 4, vol. 7:5-64. México.
- Ardrey, Robert
 1966 The Territorial Imperative. New York: Atheneum.
- Armillas, Pedro
 1942 Oztuma, Gro. Fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 6 (3): 165-175. México.
 1946 Los olmeca-xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 8 (1-3): 137-145. México.
 1948 Fortalezas mexicanas. Cuadernos Americanos Año 7, 41 (5): 143-163. México.
 1950 Teotihuacan, Tula y los toltecas: Las culturas post-arcaicas y pre-aztecas del centro de México: Excavaciones y estudios, 1922-1950. Runa 3:37-70. Buenos Aires.
 1951 Mesoamerican Fortifications. Antiquity 25:77-86.
 1964 Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica. En Homenaje a Fernando Méndez-Miranda, págs. 62-82. Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y el Seminario de Antropología Americana. Madrid: Universidades de Madrid y Sevilla.
- Bandelier, Adolph F.
 1877 On the Art of War and Mode of Warfare of the Ancient Mexicans. En Tenth Annual Report of the Peabody Museum of American Ar-

chaseology and Ethnology, Vol. 2:95-161. Cambridge, Mass.: Harvard University.

- Barbour, Warren T. D.
1976 The Figurines and Figurine Chronology of Ancient Teotihuacan, Mexico. Ph.D. dissertation, University of Rochester, Rochester, New York.
- Berlin, Heinrich y Robert H. Barlow
1948 Anales de Tlatelolco. Unos anales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco. Fuentes para la Historia de México. Colección publicada bajo la dirección de Salvador Toscano, No. 2. México: Antigua Librería Robredo de Porrúa e Hijos.
- Bernal, Ignacio
1966 Teotihuacan: ¿Capital de imperio? Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 20:95-110. México.
1968 El mundo olmeca. México: Editorial Porrúa, S.A.
- Blanton, Richard E.
1972 Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Region, Mexico. Occasional Papers in Anthropology No. 6. University Park, Pa.: The Pennsylvania State University.
1975 Texcoco Region Archaeology: A Comment. American Antiquity 40 (2):227-230.
1976 The Role of Symbiosis in Adaptation and Sociocultural Change in the Valley of Mexico. En The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society, ed. Eric R. Wolf, pág. 181-201. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Braniff de Torres, Beatriz
1972 Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: Intento de correlación. En Teotihuacan, XI Mesa Redonda, Vol. 2:273-323. México: Sociedad Mexicana de Antropología.
- Brasdefer, Fernando C. de
1979 Un palacio de Acolmiztli Nezahualcōyotl en el extremo norte de la Sierra Nevada. Comunicaciones 17:65-86. Puebla.
- Bray, Warwick
1972 The City-State in Central Mexico at the Time of the Spanish Conquest. Journal of Latin American Studies 4 (2):161-185.
- Bremer, Stuart, J. David Singer y Urs Luterbacher
1973 The Population Density and War-Proneness of European Nations, 1816-1965. Comparative Political Studies 6 (3):329-348.
- Brumfiel, Elizabeth
1976 Regional Growth in the Eastern Valley of Mexico: A Test of the "Population Pressure" Hypothesis. En The Early Mesoamerican Village, ed. Kent V. Flannery, pág. 234-248. New York: Academic Press.
- Cabrera Castro, Rubén
1982a La excavación del conjunto IC, en el interior del gran cuadrángulo del Templo de Quetzalcōatl. En Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82, coord. Rubén Cabrera Castro, Igna-

- cio Rodríguez García y Noel Morelos García, Vol. 1, pág. 143-155. Colección Científica 132, Arqueología. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1982b El Proyecto Arqueológico Teotihuacan. En Teotihuacan 80-82. Primeros resultados, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García, pág. 7-40. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Canseco Vincourt, Jorge
1963 La guerra sagrada. Tesis de Maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Carneiro, Robert L. (ed.)
1967 The Evolution of Society: Selections from Herbert Spencer's Principles of Sociology. Chicago: University of Chicago Press.
- Carneiro, Robert L.
1970 A Theory of the Origin of the State. Science 169 (3947):733-738.
- Carpenter, Clarence Ray
1968 The Contribution of Primate Studies to the Understanding of War. En War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 49-58. Garden City, New York: Natural History Press.
- Carrasco Pizana, Pedro
1950 Los otomes. Cultura e historia prehispánicas de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana. Instituto de Historia Publicaciones, Serie no. 15. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
1971 Social Organization of Ancient Mexico. En Archaeology of North-ern Mesoamerica, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal, Part 1, pág. 349-375. Handbook of Middle American Indians Vol. 10, gen. ed. Robert Wauchope. Austin: University of Texas Press.
- Caso, Alfonso
1927a Las ruinas de Tizatlán, Tlaxcala. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 1 (4):139-172. México.
1927b El teocalli de la guerra sagrada. Monografías del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. México: Talleres gráficos de la Nación.
1953 El Pueblo del Sol. México: Fondo de Cultura Económica.
1965 ¿Existió un imperio olmeca? Memorias del Colegio Nacional 5 (3):10-60. México.
- Ceballos Novelo, Roque J.
1939 Sentido religioso y social de la llamada "Guerra Florida." Actas de la primera sesión del XXVII Congreso Internacional de Americanistas 2:485-492. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Cepeda Cárdenas, Gerardo
1977 Azcapotzalco. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas Vol. 1:403-411. XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Guanajuato: Universidad de Guanajuato.

- Clark, J. Grahame D. y Stuart Piggott
1970 Prehistoric Societies. 2a. ed. Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books Ltd.
- Clausewitz, Carl von
1968 On War. Ed. Anatol Rapoport. Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books Ltd.
- Clavijero, Francisco Javier
1968 Historia Antigua de México. 2a. ed. Ed. R. P. Mariano Cuevas. México: Editorial Porrúa, S.A.
- Cobean, Robert H.
1974 Archaeological Survey of the Tula Region. En Studies of Ancient Tollan: A Report of the University of Missouri Tula Archaeological Project, ed. Richard A. Diehl. Monographs in Anthropology 1:6-10. Columbia: University of Missouri Department of Anthropology.
1978 The Pre-Aztec Ceramics of Tula, Hidalgo. Ph.D. dissertation, Harvard University, Cambridge, Mass.
- Códice Ramírez
1979 El Códice Ramírez. Notas de Manuel Orozco y Berra, 2a. ed. México: Editorial Innovación, S. A.
- Coe, Michael D.
1968 America's First Civilization. New York: American Heritage Publishing Co., Inc. in association with the Smithsonian Institution.
- El Conquistador Anónimo
1941 Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Tenochtitlan México, escrito por un compañero de Hernán Cortés. Prólogo y notas de León Díaz Cárdenas. México: Editorial América.
- Cook, Sherburne F.
1946 Human Sacrifice and Warfare as Factors in the Demography of Pre-Colonial Mexico. Human Biology 18:81-102.
- Cook de Leonard, Carmen
1956 Dos atlal de la época teotihuacana. Estudios Antropológicos publicados en homenaje al Doctor Manuel Gamio, págs. 163-200. México: Sociedad Mexicana de Antropología.
1956- Algunos antecedentes de la cerámica tolteca. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 14 (2):37-43. México.
57
1971 Minor Arts of the Classic Period in Central Mexico. En Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians 10:206-227. Ed. Robert Wauchope. Austin: University of Texas Press.
- Corona Nájera, José
1966 Los teotihuacanos en el occidente de México. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 20:111-116. México.

- Cortés, Hernán
1969 Cartas de Relación. 4a. ed. México: Editorial Porrúa, S. A.
- Coser, Lewis A.
1956 The Functions of Social Conflict. New York: Free Press.
- Covarrubias, Miguel
1957 Indian Art of Mexico and Central America. New York: Alfred A. Knopf.
- Cowgill, George L.
1974 Quantitative Studies of Urbanization at Teotihuacan. En Meso-American Archaeology: New Approaches, ed. Norman Hammond, pág. 363-396. Austin: University of Texas Press.
1975 On Causes and Consequences of Ancient and Modern Population Changes. American Anthropologist 77 (3):505-525.
1976 Teotihuacan, Internal Militaristic Competition, and the Fall of the Classic Maya. Manuscrito, Department of Anthropology, Brandeis University, Waltham, Mass.
1977 Processes of Growth and Decline at Teotihuacan: The City and the State. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas Vol. 1:183-193. XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato, Guanajuato.
- Crook, John Hurrell
1968 The Nature and Function of Territorial Aggression. En Man and Aggression, ed. Ashley Montagu, pág. 141-175. New York: Oxford University Press.
- Cummings, Byron
1933 Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico. University of Arizona Social Science Bulletin 4 (8). Tucson.
- Chadwick, Robert E. L.
1966 The "Olmeca-Xicallanca" of Teotihuacan: A Preliminary Study. Mesoamerican Notes No. 7-8:1-23. México: University of the Americas.
- Chagnon, Napoleon A.
1968 Yanomamö Social Organization and Warfare. En War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 109-159. Garden City, New York: Natural History Press.
1977 Yanomamö. The Fierce People. 2a. ed. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Chapman, Anne M.
1959 Raíces y consecuencias de la guerra de los aztecas contra los tepalcas de Azcapotzalco. Acta Antropológica, Época 2, 1 (4). México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Sociedad de Alumnos.
- Charlton, Thomas H.
1973 Texcoco Region Archaeology and the Codex Xolotl. American Antiquity 38 (4):412-423.

- 1975 From Teotihuacan to Tenochtitlan: the Early Period Revisited.
American Antiquity 40 (2):231-234.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Domingo Francisco de San Ant6n Mu6n
1965 Relaciones originales de Chalco-Amaguemecan. Trad. e introd.
de Silvia Rend6n. M6xico: Fondo de Cultura Econ6mica.
- Davies, Nigel
1973 Los mexica: Primeros pasos hacia el imperio. Serie de Cultura
Nahuatl, Monografias 14. M6xico: Instituto de Investigaciones
Hist6ricas, Universidad Nacional Aut6noma de M6xico.
1977 The Toltecs: Until the Fall of Tula. Norman: University of
Oklahoma Press.
1978 The Military Organization of the Aztec Empire. En Mesoamerican
Communication Routes and Cultural Contacts, ed. Thomas A. Lee,
Jr. y Carlos Navarrete. Papers of the New World Archaeological
Foundation No. 40:223-230. Provo, Utah: Brigham Young University.
1980a The Aztecs: A History. Paperback ed. Norman: University of
Oklahoma Press.
1980b The Toltec Heritage: From the Fall of Tula to the Rise of Te-
nochtitlan. Norman: University of Oklahoma Press.
- Díaz del Castillo, Bernal
1963 The Conquest of New Spain. Trad. de J. M. Cohen. Harmondsworth,
Middlesex: Penguin Books Ltd.
- Díaz Oyarzabal, Clara Luz
1978 Ching6. Un sitio cl6nico en el 6rea de Tula, Hidalgo. Tesis
de Maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia y la
Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Dibble, Charles E. (ed.)
1951 Codex X6lotl. Instituto de Historia Publicaciones, Primera
Serie No. 22. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana
s.f. Compuesto por Elías Zorolo, Miguel de Toro y Gómez, Emiliano
Isaza et al. 5a. ed. Paris: Garnier Hermanos, Librerías-Editores.
- Diehl, Richard A.
1974 Summary and Conclusions. En Studies of Ancient Tolan: A Re-
port of the University of Missouri Tula Archaeological Project,
ed. Richard A. Diehl. Monographs in Anthropology 1:190-195.
Columbia: University of Missouri Department of Anthropology.
1976 Pre-Hispanic Relationships between the Basin of Mexico and
North and West Mexico. En The Valley of Mexico. Studies in
Pre-Hispanic Ecology and Society, ed. Eric R. Wolf, p6g. 249-
286. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Drucker, Philip
1981 On the Nature of Olmec Polity. En The Olmec and their Neigh-
bors, coord. Michael D. Coe y David Grove, ed. Elizabeth P.
Benson, p6g. 29-47. Dumbarton Oaks Research Library and Collec-
tions y Trustees for Harvard University, Washington D.C.

- Diamond, Don E.
1972 Demographic Aspects of the Classic Period in Puebla-Tlaxcala. Southwestern Journal of Anthropology 28 (2):101-130.
- Diamond, Don E. y Florencia Muller
1972 Classic to Postclassic in Highland Central Mexico. Science 175 (4027):1208-1215.
- Durán, Diego
1967 Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme, ed. Angel María Garibay K. 2a. ed. México: Editorial Porrúa, S. A.
- Durbin, Thomas Edmond
1970 Aztec Patterns of Conquest as Manifested in the Valley of Toluca, the State of Mexico, Mexico. Ph.D. dissertation, University of California at Los Angeles.
- Earle, Timothy K.
1976 A Nearest-Neighbor Analysis of Two Formative Settlement Systems. En The Early Mesoamerican Village, ed. Kent V. Flannery, págs. 196-222. New York: Academic Press.
- Eisenstadt, S. N.
1978 Revolution and the Transformation of Societies. A Comparative Study of Civilizations. New York: The Free Press.
- Ellis, Florence Hawley
1951 Patterns of Aggression and the War Cult in Southwestern Pueblos. Southwestern Journal of Anthropology 7:177-201.
- Ewers, John C.
1967 Blackfoot Raiding for Horses and Scalps. En Law and Warfare: Studies in the Anthropology of Conflict, ed. Paul Bohannan, págs. 327-344. Austin: University of Texas Press.
- Fathauer, G. H.
1954 The Structure and Causation of Mohave Warfare. Southwestern Journal of Anthropology 10:97-118. Albuquerque.
- Flannery, Kent V.
1972 The Cultural Evolution of Civilization. Annual Review of Ecology and Systematics 3 (399-426).
- Foncerrada de Molina, Marta
1976 La pintura mural de Cacaxtla, Tlaxcala. Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas 46:5-20. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Forge, Anthony
1972 Normative Factors in the Settlement Size of Neolithic Cultivators (New Guinea). En Man, Settlement and Urbanism, ed. Peter J. Ucko, Ruth Tringham y G.W. Dimbleby, págs. 363-376. London: Gerald Duckworth and Co., Ltd.

- Fowler, Melvin L.
1968 The Temple Town Community: Cahokia and Amalucan Compared. Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas 1:57-66. Buenos Aires.
- Fried, Morton H.
1961 Warfare, Military Organization and the Evolution of Society. Anthropologica n.s. 3 (1):134-147. Ottawa.
1967 The Evolution of Political Society: An Essay in Political Anthropology. New York: Random House.
- Fried, Morton H., Marvin Harris y Robert F. Murphy (eds.)
1968 War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression. Garden City, New York: Natural History Press.
- Gamio, Manuel et al.
1922 La población del Valle de Teotihuacan. México: Secretaría de Agricultura y Fomento, Dirección de Antropología.
- García Cook, Angel
1974 Transición del "Clásico" al "Postclásico" en Tlaxcala: Fase Tenanyecac. Cultura y Sociedad AÑO 1, 1 (2):83-98. México.
1975 Las fases Texcalac y Tlaxcala o Postclásico de Tlaxcala. En XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología 1:127-170. México.
1976 El desarrollo cultural en el norte del Valle Poblano: Inferencias. Serie Arqueológica. México: Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- García Cook, Angel y Raziol Mora López
1974 Tetepetla: Un sitio fortificado del "Clásico" en Tlaxcala. Comunicaciones 10:23-30. Puebla.
- García Cook, Angel y Felipe Rodríguez
1975 Excavaciones arqueológicas en "Gualupita Las Dalias," Puebla. Comunicaciones 12:1-8. Puebla.
- García Cook, Angel y Elia del Carmen Trejo
1977 Lo teotihuacano en Tlaxcala. Comunicaciones 14:57-70. Puebla.
- García Payón, José
1941 La cerámica del Valle de Toluca. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 5 (2-3):209-238. México.
1946 Los monumentos arqueológicos de Malinalco, Estado de México. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 8 (1-3):5-63.
- Gearing, Fred
1962 Priests and Warriors: Social Structure for Cherokee Politics in the Eighteenth Century. Memoirs of the American Anthropological Association, 93. Washington D. C.
- Gendrop, Paul
1970 Arte prehispánico en Mesoamérica. Centro de Investigaciones Arquitectónicas, Escuela Nacional de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México. México: Editorial Trillas.

- Genovés Taragoza, Santiago
 1977 Violencia: Una visión general. Serie Antropológica 30. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- González Miranda, Luis Alfonso y David Fuentes González
 1982 Informe preliminar acerca de los enterramientos prehispánicos en la zona arqueológica de Teotihuacan, México. En Teotihuacan 80-82. Primeros Resultados, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García, pág. 113-119. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Proyecto Arqueológico Teotihuacan.
- González Rul, Francisco
 1971 El Macuahuitl y el Tlatzintepuzotilli: dos armas indígenas. Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Época 7, 2:147-152. México.
- Gorenstein, Shirley
 1966 The Differential Development of New World Empires. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 20:41-67. México.
 1973 Tepexi El Viejo: A Postclassic Fortified Site in the Mixteca-Puebla Region of Mexico. Transactions of the American Philological Society, n.s. 63, Part 1. Philadelphia.
- Grennes-Ravitz, Ronald A.
 1974 The Olmec Presence at Iglesia Vieja, Morelos. En Mesoamerican Archaeology: New Approaches, ed. Norman Hammond, pág. 99-108. Austin: University of Texas Press.
- Griffin, James B. y Antonieta Espejo
 1947 La alfarería correspondiente al último período de ocupación nahua del Valle de México. Parte I. Tlatelolco a través de los tiempos 9:10-26. México.
 1950 La alfarería del último período de ocupación del Valle de México, II. Culhuacan, Tenayuca y Tlatelolco. Sobre el retiro de Memorias de la Academia Mexicana de la Historia 9 (1). México.
- Grove, David C.
 1968 The Preclassic Olmec in Central Mexico: Site Distribution and Inferences. En Dumbarton Oaks Conference on the Olmec, ed. Elizabeth P. Benson, pág. 179-185. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection and the Trustees for Harvard University.
 1972 Olmec Felines in Highland Central Mexico. En The Cult of the Feline, ed. Elizabeth P. Benson, pág. 153-164. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection and Trustees for Harvard University.
 1974 The Highland Olmec Manifestation: A Consideration of What It Is and Isn't. En Mesoamerican Archaeology: New Approaches, ed. Norman Hammond, pág. 109-128. Austin: University of Texas Press.
- Harrison, Robert
 1973 Warfare. Minneapolis: Burgess Publishing Co.

- Heyden, Doris
1977 El culto a los ancestros. Su posible presencia en Teotihuacan. En Procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas 2: 247-257. XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato, Guanajuato.
- Hicks, Frederick y Henry B. Nicholson
1964 The Transition from Classic to Postclassic at Cerro Portezuelo, Valley of Mexico. Actas y Memorias del XXXIV Congreso Internacional de Americanistas 1:493-505. México.
- Hirth, Kenneth G.
1976 Reconocimiento de superficie en el área del Amatzinac. En Tres mil años de cambio cultural en el Valle Oriental de Morelos. México: Centro Regional Morelos-Guerrero, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
1977 Trade and Development in Morelos during the Late Formative Period. Ponencia presentada en la 76a. reunión anual de The American Anthropological Association, Houston.
1978 Teotihuacan Regional Population Administration in Eastern Morelos. World Archaeology 9 (3):320-333.
1980a Eastern Morelos and Teotihuacan: A Settlement Survey. Publications in Anthropology No. 25. Nashville, Tenn.: Vanderbilt University.
1980b Nuevos descubrimientos del período mazapan en el valle oriental de Morelos. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 26:95-105. México.
1984 Xochicalco: Urban Growth and State Formation in Central Mexico. Science 225 (4662):579-586.
- Hirth, Kenneth G. y Ann Cyphers Guillón
en Tiempo y asentamiento en Xochicalco. Manuscrito en prensa, prensa- Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Historia Tolteca-Chichimeca
1947 Historia Tolteca-Chichimeca. Anales de Quauhtinchan, trad. Heinrich Berlin y Silvia Rendón, prólogo de Paul Kirchhoff. Fuentes para la Historia de México, 1. México: Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos.
- Holloway, Ralph L., Jr.
1968 Human Aggression: The Need for a Species-Specific Framework. En War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 29-48. Garden City, New York: Natural History Press.
- Hosler, Dorothy, Jeremy A Sabloff y Dale Runge
1977 Simulation Model Development: A Case Study of the Classic Maya Collapse. En Social Process in Maya Prehistory, ed. Norman Hammond, pág. 553-584. New York: Academic Press.
- Ingham, John
1982 El sacrificio entre los aztecas. Conferencia dada en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.

- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva
 1975 Obras históricas, ed. Edmundo O'Gorman, 3a. ed. Instituto de
 77 Investigaciones Históricas, Serie de Historiadores y cronistas
 de Indias, No. 4. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jarquín Pacheco de Martínez, Ana María y Enrique Martínez Vargas
 1982a Las excavaciones en el conjunto 1D. En Memoria del Proyecto
 Arqueológico Teotihuacan 80-82, 1:89-126, coord. Rubén Cabrera
 Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García. Colec-
 ción Científica 132, Arqueología. México: Instituto Nacional
 de Antropología e Historia.
- 1982b Exploración en el lado este de la Ciudadela (Estructuras: 1G,
 1R, 1Q, y 1P). En Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan
 80-82, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García
 y Noel Morelos García, 1:19-47. Colección Científica 132,
 Arqueología. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Jiménez Moreno, Wigberto
 1954 Síntesis de la historia precolonial del Valle de México. Re-
 55 vista Mexicana de Estudios Antropológicos 14 (2):219-236.
 1959 Síntesis de la historia precolteca de Mesoamérica. En Esplendor
 del México antiguo, coord. Carmen Cook de Leonard, 2:1019-
 1108. México: Centro de Investigaciones Antropológicas de México.
- Karsten, Rafael
 1967 Blood Revenge and War among the Jibaro Indians of Eastern Ecua-
 dor. En Law and Warfare: Studies in the Anthropology of Con-
 flict, ed. Paul Bohannan, pág. 303-325. Austin: University
 of Texas Press.
- Katz, Friedrich
 1966 Situación social y económica de los aztecas durante los siglos
 XV y XVI. Serie de Cultura Náhuatl, Monografías 8. México: In-
 stituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional
 Autónoma de México.
- Kelley, John Charles
 1983 El centro ceremonial en la cultura de Chalchihuites. México:
 Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional
 Autónoma de México.
- Kelly, Isabel T. y Angel Palerm
 1952 The Mexican Conquests. En The Tain Totonac, Part 1, pág. 264-
 Institute of Social Anthropology, Publication 13. Washington
 D. C.: Smithsonian Institution.
- Kubler, George
 1967 The Iconography of the Art of Teotihuacan. Dumbarton Oaks Stud-
 ies in Pre-Columbian Art and Archaeology. Washington D.C.: Dum-
 barton Oaks Research Library and Collection and Trustees for
 Harvard University.
- 1972 Jaguars in the Valley of Mexico. En The Cult of the Feline,
 ed. Elizabeth P. Benson, pág. 19-44. Washington D.C.: Dumbarton
 Oaks Research Library & Collection & Trustees for Harvard University.

- Larson, Lewis H., Jr.
1972 Functional Considerations of Warfare in the Southeast during the Mississippian Period. American Antiquity 37 (3):383-392.
- Leakey, Richard E. y Roger Lewin
1977 Origins. New York: E. P. Dutton.
- Lee, Richard B.
1972 Work Effort, Group Structure and Land-Use in Contemporary Hunter-Gatherers. En Man, Settlement and Urbanism, ed. Peter J. Ucko, Ruth Tringham y G.W. Dimbleby, pág. 177-185. London: Gerald Duckworth and Co., Ltd.
- León-Portilla, Miguel
1961 Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares. México: Fondo de Cultura Económica, Colección Popular 88.
- Linné, Sigvald
1934 Archaeological Researches at Teotihuacan, Mexico. Publication no. 1, n.s. Stockholm: Ethnographical Museum of Sweden.
- Litvak King, Jaime
1970 Xochicalco en la caída del Clásico: una hipótesis. Anales de Antropología 7:131-145. México.
s.f. El tránsito del Clásico al Postclásico. Manuscrito en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, México.
- Livingstone, Frank B.
1968 The Effects of Warfare on the Biology of the Human Species. En War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 3-15. Garden City, New York: Natural History Press.
- López Austin, Alfredo
1961 La constitución real de México-Tenochtitlan. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Nahuatl.
- López de Molina, Diana
1977a Cacaxtla y su relación con otras áreas mesoamericanas. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas 2:7-12. XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato, Guanajuato.
1977b Los murales prehispánicos de Cacaxtla. Antropología e Historia, Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 3 (20):3-8. México.
1978 Cacaxtla: los murales y la investigación arqueológica. Actes du XLII Congrès International des Americanistes, 463-466. Paris.
- Lorenz, Konrad
1966 On Aggression. New York: Harcourt, Brace and World.
- Lowman, Cherry
1973 Displays of Power: Art and War among the Marings of New Guinea. New York: Museum of Primitive Art, Studies No. 6.

- Lloyd, P. C.
1968 Conflict Theory and Yoruba Kingdoms. En History and Social Anthropology, ed. I. M. Lewis, pág. 25-62. A.S.A. Monographs No. 7. London: Tavistock.
- MacNeish, Richard S.
1964 Ancient Mesoamerican Civilization. Science 143 (3606):531-537.
- Malinowski, Bronislaw
1941 An Anthropological Analysis of War. American Journal of Sociology 46:521-550.
- Marcus, Joyce
1974 The Iconography of Power among the Classic Maya. World Archaeology 6 (1):83-94.
1976 The Iconography of Militarism at Monte Albán and Neighboring Sites. En The Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica, ed. H.B. Nicholson, pág. 123-159. Los Angeles: University of California at Los Angeles Latin American Center.
- Marquina, Ignacio
1964 Arquitectura prehispánica. 2a. ed. Memorias Vol. 1. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Martínez Vargas, Enrique y Ana María Jarquín Pacheco de Martínez
1982 Arquitectura y sistemas constructivos de la fachada posterior de la Ciudadela. Analisis preliminar. En Teotihuacan 80-82. Primeros Resultados, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García, pág. 41-47. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Mastache Flores de Escobar, Guadalupe
1975 Características de la ocupación de la época clásica en el área de Tula, Hgo. Resumen, Seminario de Investigación y Tesis. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mastache de Escobar, Guadalupe y Ana María Crespo Oviedo
1976 Mazapan Period Occupation of the Tula Region. Paper presented at the XLII International Congress of Americanists, Paris.
- McBride, Harold W.
1977 The Cultural Ecology of Formative Cuauhtitlan, Valley of Mexico. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas, 1:385-390. Guanajuato: XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato.
- McClung de Tapia, Emily
1978 Aspectos ecológicos del desarrollo y la decadencia de Teotihuacan. Anales de Antropología 15:53-65. México.
1979 Ecología y cultura en Mesoamérica. Cuadernos. Serie Antropológica 30. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

- McVicker, Donald
1985 The "Mayanized" Mexicans. *American Antiquity* 50 (1):82-101.
- Mead, Margaret
1968 Alternatives to War. En *War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression*, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 215-228. Garden City, N. Y.: Natural History Press.
- Middleton, John
1972 Patterns of Settlement in Zanzibar. En *Man, Settlement and Urbanism*, ed. Peter J. Ucko, Ruth Tringham y G.W. Dimbleby, pág. 285-292. London: Gerald Duckworth and Co., Ltd.
- Miller, Arthur G.
1967 The Birds of Quetzalpapalotl. *Ethnos* 32:5-17. Stockholm.
1973 The Mural Painting of Teotihuacan. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection and Trustees for Harvard University.
- Millon, Clara
1966 The History of Mural Art at Teotihuacan. Ponencia presentada en Teotihuacan, XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1973 Painting, Writing and Polity at Teotihuacan, Mexico. *American Antiquity* 38 (3):294-314.
- Millon, René
1967a Cronología y periodificación: Datos estratigráficos sobre períodos cerámicos y sus relaciones con la pintura mural. En Teotihuacan 1:1-18, XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1967b Extensión y población de la ciudad de Teotihuacan en sus diferentes períodos: Un cálculo provisional. En Teotihuacan 1:57-78, XI Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1973 Urbanization at Teotihuacan, Mexico. *The Teotihuacan Map*, Vol. 1, Part 1, Text. Austin: University of Texas Press.
1974 The Study of Urbanism at Teotihuacan, Mexico. En *Mesoamerican Archaeology: New Approaches*, ed. Norman Hammond, pág. 335-362. Austin: University of Texas Press.
1976 Social Relations in Ancient Teotihuacan. En *The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society*, ed. Eric R. Wolf, pág. 205-248. Albuquerque: University of New Mexico Press.
1981 Teotihuacan: City, State and Civilization. En *Handbook of Middle American Indians Supplement*, ed. V. R. Bricker y Jeremy A. Sabloff, 1:193-243. Austin: University of Texas Press.
- Millon, René, Bruce Drewitt y George L. Cowgill
1973 Urbanization at Teotihuacan, Mexico. *The Teotihuacan Map*, Vol. 1, Part 2, Maps. Austin: University of Texas Press.
- Mishkin, Bernard
1940 Rank and Warfare among the Plains Indians. Monographs of the American Ethnological Society No. 3. Seattle: University of Washington Press.

- Molina Feal, Daniel
1977 Consideraciones sobre la cronología de Cacaxtla. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y Áreas circunvecinas, 2:1-5. Guanajuato: XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato.
- Monjarás-Ruiz, Jesús
1976 Panorama general de la guerra entre los aztecas. Estudios de Cultura Nahuatl 12:241-264. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
1977 Nacimiento y consolidación de la nobleza mexicana. Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia y la Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Montagu, Ashley
1976 The Nature of Human Aggression. New York:Oxford University Press.
- Morales, Waltraud Q.
1975 Social Revolution: Theory and Historical Application. Monograph Series in World Affairs 1. Denver: The Social Science Foundation and Graduate School of International Studies, University of Denver.
- Morelos García, Noel
1982a Exploraciones en el área central de la Calzada de los Muertos al norte del Río San Juan, dentro del llamado complejo Calle de los Muertos. En Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García, 1:271-317. Colección Científica 132 Arqueología. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
1982b El sistema urbano en el área central de Teotihuacan. En Teotihuacan 80-82. Primeros resultados, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García y Noel Morelos García, pág. 59-72. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Morris, Desmond
1984 The Naked Ape. 2a. ed. New York:Dell Publishing Co., Inc.
- Mountjoy, Joseph y David Peterson
1973 Man and Land at Prehispanic Cholula. Publications in Anthropology No. 4. Nashville, Tenn.: Vanderbilt University.
- Muller, Florencia
1967 Instrumentos y armas. En Teotihuacan 1:225-238. XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1973 La extensión arqueológica de Cholula a través del tiempo. Comunicaciones 8:19-22. Puebla.
- Muñoz Camargo, Diego
1978 Historia de Tlaxcala. 2a. ed. Anotada por Alfredo Chavero. México: Editorial Innovación, S. A.
- Murphy, Robert Francis
1956 La guerra en la sociedad Tupinamba. Ciencias Sociales 7:(39): 234-236. Washington D.C.: Unión Panamericana.

- 1957 Intergroup Hostility and Social Cohesion. American Anthropologist 59 (7):1018-1035. Menasha, Wis.
- Navarrete, Carlos y Ana María Crespo
1971 Un atlante mexicana y algunas consideraciones sobre los relieves del cerro de la Malinche, Hidalgo. Estudios de Cultura Nahuatl 9:11-15. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Newcomb, W. W., Jr.
1950 A Re-examination of the Causes of Plains Warfare. American Anthropologist 52 (3):317-330. Menasha, Wis.
- Newson, Linda
1978 The Law of Cultural Dominance and the Colonial Experience. En Social Organisation and Settlement: Contributions from Anthropology, Archeology and Geography, ed. David Green, Colin Haselgrove y Matthew Spriggs. British Archaeological Reports International Series, Supplementary 47:75-87. Oxford:Clarendon Press.
- Nicholson, Henry B.
1971 Major Sculpture in Pre-Hispanic Central Mexico. En Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians 10:92-134, gen. ed. Robert Wauchop. Austin: University of Texas Press.
- Noguera, Eduardo
1927 Ruinas de Tizatlán, Tlaxcala. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública.
1945a El atlatl o tiradera. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Época 5, 3:205-238. México.
1945b Exploraciones en Xochicalco. Cuadernos Americanos 4 (1):119-157. México.
1945c Vestigios de cultura teotihuacana en Querétaro. Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Época 5, 3:71-78. México.
1975 La cerámica arqueológica de Mesoamérica. 2a. ed. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nuttall, Zelia
1888 The Atlatl or Spearthrower Used by the Ancient Mexicans. Peabody Museum Papers 1 (1). Cambridge, Mass.: Harvard University.
- Olivé Negrete, Julio César y Beatriz Barta A. de Piña Chán
1957 Sobre la desintegración de las culturas clásicas. Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia 9:55-71. México.
- O'Neill, George C.
1956- Preliminary Report on Stratigraphic Excavations in the Southern Valley of Mexico: Chalco-Xico. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 14 (2):45-51. México.
- Oppenheimer, Franz
1926 The State: Its History and Development Viewed Sociologically. New York: Vanguard Press.

- Orellana Tapia, Rafael
 1959 La guerra en Esplendor del México Antiguo 2:837-860. Coord. Carmen Cook de Leonard. México; Centro de Investigaciones Antropológicas de México.
- Otterbein, Keith F.
 1964 An Analysis of Iroquois Military Tactics. Ethnohistory 11 (1): 56-63.
 1967 The Evolution of Zulu Warfare. En Law and Warfare. Studies in the Anthropology of Conflict, ed. Paul Bohannan, pág. 351-357. Austin: University of Texas Press.
 1970 The Evolution of War. A Cross-Cultural Study. New Haven, Conn.: Human Relations Area Files Press.
- Palerm, Angel
 1956 Notas sobre las construcciones militares y la guerra en Mesoamérica. Ciencias Sociales 7 (39):189-202. Washington D.C., Unión Panamericana.
 1980 Agricultura y sociedad en Mesoamérica. SEP Setentas Diana 55. México.
- Park, Robert E.
 1941 The Social Function of War. Observations and Notes. The American Journal of Sociology 46:551-570.
- Parsons, Jeffrey R.
 1970 An Archaeological Evaluation of the Códice Xolotl. American Antiquity 35 (4):431-440.
 1971a Prehispanic Settlement Patterns in the Chalco Region, Mexico, 1969 Season. Report submitted to Departamento de Monumentos Prehispanicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
 1971b Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico. Memoirs of the Museum of Anthropology No. 5. Ann Arbor: University of Michigan.
 1976 Settlement and Population History of the Basin of Mexico. En The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society, ed. Eric R. Wolf, pág. 69-100. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel, Mary H. Parsons, David J. Wilson
 1982 Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico. The Chalco-Xochimilco Region. Memoirs of the Museum of Anthropology No. 14. Ann Arbor: University of Michigan.
- Pasztory, Esther
 1973 The Gods of Teotihuacan: A Synthetic Approach in Teotihuacan Iconography. Proceedings of the XL International Congress of Americanists 1:147-159. Roma-Génova.
 1974 The Iconography of the Teotihuacan Tlaloc. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology No. 15. Washington D.C.:Dumbarton Oaks Research Library and Collection and Trustees for Harvard University.
 1978 Artistic Traditions of the Middle Classic Period. En Middle Classic Mesoamerica: A.D. 400-700, ed. Esther Pasztory, pág. 108-142. New York: Columbia University Press.

- Piña Chán, Román
 1955 Las culturas preclásicas de la Cuenca de México. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1967 Un complejo Coyotlatelco en Coyoacán. Anales de Antropología 4:141-160. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1972 Historia, arqueología y arte prehispánico. México: Fondo de Cultura Económica.
- Piña Chán, Román et al.
 1975 Teotcango: El antiguo lugar de la muralla. Memoria de las excavaciones arqueológicas. Toluca: Dirección de Turismo, Gobierno del Estado de México.
- Pomar, Juan Bautista
 1941 Relación de Texcoco. En Relaciones de Texcoco y de la Nueva España, ed. Joaquín García Icazbalceta, 2a. ed. Nueva Colección de documentos para la historia de México 3:1-64. México: Editorial Salvador Chávez Hayhoe.
- Ratray, Evelyn C.
 1966 An Archaeological and Stylistic Study of Coyotlatelco Pottery. Mesoamerican Notes No. 7-8:87-193. México: Mexico City College.
- Richardson, Lewis F.
 1960 Statistics of Deadly Quarrels, ed. Quincy Wright y Carl C. Lienau. Chicago: Quadrangle Books.
- Roper, Marilyn Keyes
 1969 A Survey of the Evidence for Intrahuman Killing in the Pleistocene. Current Anthropology 10 (4):427-459.
- Rowlands, M. J.
 1972 Defense: A Factor in the Organization of Settlements. En Man, Settlement and Urbanism, ed. Peter J. Ucko, Ruth Tringham y G.W. Dimbleby, págs. 447-462. London: Gerald Duckworth and Co., Ltd.
- Ruiz Aguilar, María Elena
 1981 Análisis tipológico y cronológico de la lítica tallada del Clásico teotihuacano. Tesis profesional, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Sañz, César A.
 1962 Xochicalco, Temporada 1960. Informes del Departamento de Monumentos Prehispánicos No. 11. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1964 Últimos descubrimientos en Xochicalco. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1967 Nuevas exploraciones y hallazgos en Xochicalco, 1965-1966. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Sahagún, Bernardino de
 1969 Historia general de las cosas de Nueva España, ed. Ángel María Garibay K. 2a. ed., 4 vols. México: Editorial Porrúa, S. A.

- Sánchez Sánchez, Jesús E.
 1982 Nuevos datos para la solución al problema del Complejo Calle de los Muertos. En Teotihuacan 80-82: Primeros resultados, coord. Rubén Cabrera Castro, Ignacio Rodríguez García, Noel Morales García, pág. 93-100. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Proyecto Arqueológico Teotihuacan.
- Sanders, William T.
 1965 The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley. Mimeografiado. Department of Sociology and Anthropology, the Pennsylvania State University, University Park, Pa.
 1967 Life in a Classic Village. En Teotihuacan 1:123-148. México: XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología.
 1971 Settlement Patterns in Central Mexico. En Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians 10:3-44. Gen. ed. Robert Wauchope. Austin: University of Texas Press.
 1976 The Agricultural History of the Basin of Mexico. En The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society, ed. Eric R. Wolf, pág. 101-159. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Michael H. Logan
 1976 Summary and Conclusions. En The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society, ed. Eric R. Wolf, pág. 161-178. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley
 1979 The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization. New York: Academic Press.
- Sanders, William T. and Barbara J. Price
 1968 Mesoamerica. The Evolution of a Civilization. New York: Random House, Inc.
- Séjourné, Laurette
 1962 El universo de Quetzalcoatl. México: Fondo de Cultura Económica.
 1966 El lenguaje de las formas en Teotihuacan. México: Gabriel Mancera 65.
 1969 Teotihuacan. Métropole de l'Amérique. Paris: Francois Maspero.
- Seler, Eduard
 1904 Die Ruinen von Xochicalco. Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde 2:128-167. Berlin: Behrend und Co.
- Sempowski, Martha L.
 1981 Some Social Implications of Mortuary Behavior in Teotihuacan. Ponencia presentada en el simposio sobre Teotihuacan: Nuevos datos, síntesis, y problemas. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Service, Elman R.
 1975 Origins of the State and Civilization. The Process of Cultural Evolution. New York: W. W. Norton and Co.

- Snow, Dean R.**
1969 Ceramic Sequence and Settlement Location in Pre-Hispanic Tlaxcala. American Antiquity 34 (2):131-145. Salt Lake City.
- Spence, Michael W.**
1981 La organización de especialización en Teotihuacan. Ponencia presentada en el simposio sobre Teotihuacan: Nuevos datos, síntesis y problemas. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Steward, Julian H.**
1955 Theory of Culture Change. The Methodology of Multilinear Evolution. Urbana: University of Illinois Press.
- Stierlin, Henri**
1968 Living Architecture: Ancient Mexican. London: Macdonald and Co.
- Stocker, Terrance L.**
1974 Mazapan Figurines at Tula. En Studies of Ancient Tollan: A Report of the University of Missouri Tula Archaeological Project, ed. Richard A. Diehl. Monographs in Anthropology 1:42-55. Columbia: University of Missouri Department of Anthropology.
- Storey, Rebecca**
1983 Mortality and Health at Tlajinga 33, Teotihuacan. Paper presented at the 48th. annual meeting of the Society for American Archaeology, Pittsburgh, Pa.
- Sugiura Yamamoto, Yoko**
1981 Cerámica de Ojo de Agua, Estado de México y sus posibles relaciones con Teotihuacan. En Interacción cultural en México Central, compiladores Evelyn Childs Rattray, Jaime Litvak King y Clara Luz Díaz Oyarzabal, pág. 159-167. Serie Antropológica 41. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sugiura Yamamoto, Yoko y Ann Cyphers Guillén**
1979 Un estudio comparativo de los valles de Toluca y de Morelos en el Formativo. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, pág. 101-106. Saltillo, Coah.
- Sullivan, Thelma**
1972 The Arms and Insignia of the Mexica. Estudios de Cultura Náhuatl 10:155-193. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Suttles, Wayne**
1961 Subhuman and Human Fighting. Anthropologica n.s. 3 (1):148-163. Ottawa.
- Tezozómoc, Hernando Alvarado**
1944 Crónica Mexicana, ed. Manuel Orozco y Berra. México: Editorial Leyenda, S. A.

- Tolstoy, Paul
 1958 Surface Survey of the Northern Valley of Mexico: The Classic and Postclassic Periods. Transactions of the American Philological Society 48 (5), Philadelphia.
- 1971 Utilitarian Artifacts of Central Mexico. En Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians 10:270-296. Gen. ed. Robert Wauchope. Austin: University of Texas Press.
- Tommasi de Magrelli, Wanda
 1973 La nueva zona arqueológica de Teotenango y su cerámica. Proceedings of the 40th. International Congress of Americanists 1:161-166. Roma-Génova.
- Torquemada, Juan de
 1943-Monarquía Indiann. 3 Vols. México: Editorial Chávez Hayhoe.
 44
- Tozzer, Alfred M.
 1921 Excavations of a Site at Santiago Ahuitzotla, Mexico D.F. Bureau of American Ethnology Bulletin 74. Washington D. C.: Smithsonian Institution.
- Turney-High, Harry H.
 1949 Primitive War. Its Practice and Causes. Columbia: University of South Carolina Press.
- Vaillant, George C.
 1931 Excavations at Ticoman. Anthropological Papers 32 (2). New York: American Museum of Natural History.
- 1962 Aztecs of Mexico. Origin, Rise, and Fall of the Aztec Nation. 2a. ed. Revisado por Suzannah B. Vaillant. Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books, Ltd.
- Vargas Pacheco, Ernesto
 1978 Transición del Clásico al Postclásico a través de Ojo de Agua y Teotenango. Tesis profesional, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
- Vayda, Andrew P.
 1961 Expansion and Warfare among Swidden Agriculturalists. American Anthropologist 63 (2):346-358. Menasha, Wis.
- 1967 Maori Warfare. En Law and Warfare. Studies in the Anthropology of Conflict, ed. Paul Bohannan, pág. 359-380. Austin: University of Texas Press.
- 1968 Hypotheses about Functions of War. En War: The Anthropology of Armed Conflict and Aggression, ed. Morton H. Fried, Marvin Harris y Robert F. Murphy, pág. 85-91. Garden City, New York: Natural History Press.
- 1976 War in Ecological Perspective. Persistence, Change and Adaptive Processes in Three Oceanian Societies. New York: Plenum Press.
- Veytia, Mariano
 1944 Historia Antigua de México, 2a. ed. Anotada por C. F. Ortega. México: Editorial Leyenda, S. A.

- Villagra Galetti, Agustín
 1956- Las pinturas murales de Atetelco, Teotihuacan. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos 14 (2):9-13. México.
 57
 1971 Mural Painting in Central Mexico. En Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, ed. Gordon F. Ekholm y Ignacio Bernal. Handbook of Middle American Indians 10:135-156. Gen. ed. Robert Wauchope. Austin: University of Texas Press.
- Weaver, Muriel Porter
 1972 The Aztecs, Maya and Their Predecessors. Archaeology of Mesoamerica. New York: Seminar Press.
- Webb, Malcolm C.
 1975 The Flag Follows Trade: An Essay on the Necessary Interaction of Military and Commercial Factors in State Formation. En Ancient Civilization and Trade, ed. Jeremy A. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky, págs. 155-209. Albuquerque: University of New Mexico Press.
 1978 The Significance of the "Epiclassic" Period in Mesoamerican Prehistory. En Cultural Continuity in Mesoamerica, ed. David L. Browman, págs. 155-178. The Hague: Mouton Publishers.
- Webster, David L.
 1975 Warfare and the Origin of the State: A Reconsideration. American Antiquity 40 (4):464-470. Salt Lake City.
 1976 Defensive Earthworks at Becan: Implications for Maya Warfare. Middle American Research Institute Publications 41. New Orleans: Tulane University.
 1977 Warfare and the Evolution of Maya Civilization. En The Origins of Maya Civilization, ed. Richard E. W. Adams, págs. 355-372. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Weigand, Phil C.
 1977 The Formative-Classic and Classic-Postclassic Transitions in the Teuchitlan-Etzatlan Zone of Jalisco. En Los procesos de cambio en Mesoamérica y áreas circunvecinas 1:413-423. Guanajuato: XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y la Universidad de Guanajuato.
- West, Michael S.
 1965 Transition from Preclassic to Classic at Teotihuacan. American Antiquity 31 (2):193-202. Salt Lake City.
- Willey, Gordon R.
 1966 An Introduction to American Archaeology. Vol. 1: North and Middle America. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, Inc.
- Williams, Glyn
 1974 External Influences and the Upper Rio Verde Drainage Basin at Los Altos, West Mexico. En Mesoamerican Archaeology: New Approaches, ed. Norman Hammond, págs. 21-50. Austin: University of Texas Press.

- Winning, Hasso von
1948 The Teotihuacan Owl-Weapon Symbol and Its Association with "Serpent Head X" at Kaminaljuyu. American Antiquity 14 (2): 129-132. Salt Lake City.
- Wolf, Eric R.
1959 Sons of the Shaking Earth. Chicago: University of Chicago Press.
- Wolf, Eric R. (ed.)
1976 The Valley of Mexico. Studies in Pre-Hispanic Ecology and Society. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Wright, Quincy
1942 A Study of War. Chicago: University of Chicago Press.
- Yadeun Angulo, Juan
1975 El estado y la ciudad: el caso de Tula, Hidalgo. Colección Científica 25, Arqueología. México: Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Zantwijk, Rudolf van
1962 La paz azteca, ordenación del mundo por los mexica. Estudios de Cultura Nahuatl 3:103-135. México: Instituto de Historia, Seminario de Cultura Nahuatl, Universidad Nacional Autónoma de México.
1967 La organización de once guarniciones aztecas. Una nueva interpretación de los folios 17v y 18r del Códice Mendocino. Journal de la Société des Américanistes 56 (1):Part 1, 149-160. Paris.
- Zubrow, Ezra B. W.
1975 Prehistoric Carrying Capacity; A Model. Menlo Park, Calif.: Cummings Publishing Company.
- Zurita, Alonso de
1941 Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que habia de ellos en la Nueva España... En Relaciones de Texcoco y de la Nueva España, ed. Joaquín García Icazbalceta, 2a. ed. Nueva Colección de documentos para la historia de México 3:65-205. México: Editorial Salvador Cházvez Hayhoe.

INDICE DE CUADROS

Cuadro	Página
1. Secuencia cronológica para el Altiplano Central y la Cuenca de México.....	5
2. El porcentaje de sociedades no centralizadas que tienen prácticas militares asociadas con sociedades centralizadas..	53
3. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Postclásico Temprano.....	208
4. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Postclásico Tardío.....	209
5. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Formativo Terminal.....	246
6. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Clásico Temprano.....	279
7. Estimaciones de la capacidad de carga y de población de la Cuenca de México desde el Formativo Temprano hasta el Clásico.....	281
8. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Clásico Tardío.....	355
9. Rasgos asociados con la guerra encontrados en una sociedad militarista.....	369-370
10. Rasgos indicativos de la guerra en sitios del Altiplano Central en el Epiclásico.....	428

INDICE DE FIGURAS

Figura	Página
1. El Altiplano Central de México.....	2
2. Coloso de Tula.....	100
3. Columna con guerrero del Templo B, Tula.....	100
4. Jaguar y águila de la fachada del Templo B, Tula.....	102
5. Banco de una columnata de la Pirámide B, Tula.....	102
6. Friso del altar de El Corral, Tula.....	105
7. Guerrero atlante de Tula.....	106
8. Escultura de un jaguar, Tula.....	107
9. Figurillas de guerreros del estilo mazapan.....	107
10. Vasija <u>Plumbate</u> de un caballero asomando de entre las fauces de un coyote, El Corral, Tula.....	108
11. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Altiplano Central durante el Postclásico Temprano.....	110
12. La extensión del imperio tolteca en Mesoamérica.....	110
13. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra durante el Postclásico Tardío.....	138
14. Extensión del imperio azteca en Mesoamérica.....	138
15. La piedra de Tizoc, Tenochtitlan.....	150
16. El caballero águila azteca.....	161
17. Caballero jaguar azteca del Códice Magliabechi.....	161
18. Caballeros águilas aztecas de Durán.....	162
19. Banqueta del templo principal de Malinalco.....	164
20. Mural del Templo del Sol, Malinalco.....	164

Figura	Página
21. Atlatls postclásicos.....	170
22. Macanas.....	172
23. Lanzas.....	172
24. Puntas de proyectil típicas del Postclásico.....	172
25. Armadura acolchonada y escudos aztecas de los códices.....	175
26. Las fortificaciones de Tepeticpac, Tlaxcala.....	189
27. Secciones de las murallas de Oztuma, Guerrero.....	189
28. Banqueta del Templo Mayor de Tenochtitlan.....	195
29. Glifo azteca de la conquista.....	195
30. Representaciones del uso de estructuras cívicas-ceremoniales y residenciales en la guerra según los códices.....	196
31. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Formativo Medio.....	216
32. Monumento C de Tres Zapotes, Veracruz.....	220
33. Estela 2 de La Venta, Tabasco.....	221
34. Estela de Alvarado o Cerro de La Piedra, Veracruz.....	222
35. Estela D de Tres Zapotes, Veracruz.....	223
36. Altar 4 de La Venta, Tabasco.....	224
37. Relieve II de Chalcatzingo, Morelos.....	224
38. Relieve IV de Chalcatzingo, Morelos.....	226
39. Figurillas de Tlatilco, Valle de México.....	228
40. Figura de Atlihuayán, Morelos.....	228
41. Puntas de proyectil típicas del Formativo.....	234
42. Distribución de sitios con posible evidencia arqueológica para la guerra en el Formativo Tardío.....	243
43. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Formativo Terminal.....	245
44. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Clásico Temprano.....	264

Figura	Página
45. Extensión del imperio teotihuacano en Mesoamérica.....	264
46. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Clásico Tardío.....	295
47. Perspectiva y planta general de la Ciudadela, Teotihuacan.	301
48. Reconstrucción del Palacio de Zacuala, Teotihuacan.....	303
49. Número de representaciones de temas asociados con la guerra en el arte teotihuacano a través del tiempo.....	306
50. Guerrero del Pórtico 3, Patio Blanco, Atetelco, Teotihuacan.....	306
51. Guerreros del Pórtico 3, Patio Blanco, Atetelco, Teotihuacan.....	309
52. Coyote antropomórfico armado, Pórtico 1, Patio Blanco, Atetelco, Teotihuacan.....	311
53. Proceso de coyotes y jaguares, Pórtico 2, Patio Blanco, Atetelco, Teotihuacan.....	312
54. Guerrero, Patio 9, Tempantitla, Teotihuacan.....	313
55. Guerrero, Casa de Barrios, Teopanxaco, Teotihuacan.....	313
56. Tláloc Rojo, Patio 9, Tepantitla, Teotihuacan.....	315
57. Caballero tigre, Palacio de Zacuala, Teotihuacan.....	315
58. Aguila armada, procedencia desconocida, Teotihuacan.....	316
59. Jaguar enfrente de un templo, Tetitla, Teotihuacan.....	316
60. Búho, Pórtico 25, Tetitla, Teotihuacan.....	316
61. Símbolo del búho con arma, Teotihuacan.....	319
62. Signo de la guerra azteca del Códice Mendocino.....	319
63. Vasija de Kaminaljuyú con el símbolo del búho con arma....	319
64. Símbolo de boca con dientes en llamas en frente de un templo, Tetitla, Teotihuacan.....	321
65. Figura con tocado de borlas, Estela 32, Tikal.....	321
66. Número de figurillas de guerreros teotihuacanos a través del tiempo.....	324
67. Figurillas de guerreros teotihuacanas.....	325

Figura	Página
68. Caballero tigre, Teotihuacan.....	326
69. Guerreros vestidos de águila, Teotihuacan.....	327
70. Figurillas atadas, Teotihuacan.....	327
71. Puntas de proyectil típicas del Clásico.....	331
72. Tepalcate representando figura con arco y flecha, Teotihuacan.....	331
73. Atlatl representado en la Casa de Barrios, Teopanxco, Teotihuacan.....	332
74. Atlatls de Metlapilco, Las Piedras, Morelos.....	332
75. Sitio fortificado de Tetepetla, Tlaxcala.....	338
76. Detalles de los fosos 1 y 2 de Tetepetla, Tlaxcala.....	338
77. Distribución de sitios con evidencia arqueológica para la guerra en el Epiclásico.....	374
78. Friso del Templo de la Serpiente Emplumada, Xochicalco....	392
79. Friso del Templo de la Serpiente Emplumada, Xochicalco....	392
80. Fortificaciones de Xochicalco.....	395
81. Perfiles de las fortificaciones de Xochicalco.....	396
82. Caballero Águila, pórtico sur, edificio A, Cacaxtla.....	410
83. Caballero Jaguar, pórtico norte, edificio A, Cacaxtla.....	411
84. Mural de la batalla, edificio B, Cacaxtla.....	414
85. Mural de la batalla, edificio B, Cacaxtla.....	415
86. Modelo del papel de la guerra y del militarismo en la evolución de la civilización en el Altiplano Central de México.....	437
87. Número de sitios en el Altiplano Central con rasgos ar- queológicos indicativos de la guerra a través del tiempo..	442

INDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS.....	11
CAPITULO I. INTRODUCCION.....	1
CAPITULO II. PUNTOS DE VISTA ANTROPOLOGICOS SOBRE LA GUERRA: UNA EVALUACION CRITICA.....	10
Definición de la Guerra y del Militarismo.....	11
Causas de la Guerra.....	14
Agresión: la cuestión biológica.....	14
Factores que causan la guerra.....	24
Teorías y Modelos del Papel de la Guerra en la Evolución Social.....	47
La guerra en la evolución del liderazgo y de la estratificación social.....	48
La conquista y la formación del estado.....	55
La teoría de la circunscripción.....	57
Otras teorías acerca de la guerra.....	66
Conclusiones.....	70
La Evidencia Arqueológica para la Guerra.....	75
Fortificaciones.....	76
Patrones de Asentamiento.....	78
El arte.....	80
Las armas.....	82
Los restos humanos y demografía.....	84
La destrucción de sitios.....	85
La evidencia de materiales intrusos.....	86
Comentarios Breves sobre Trabajos Previos sobre la Guerra en el Altiplano Central.....	88
CAPITULO III. LA REALIZACION DEL MILITARISMO EN EL ALTIPLANO CENTRAL DURANTE EL POSTCLASICO (950-1520 D.C.)....	91
Los Toltecas y Sus Contemporáneos en el Altiplano Central: Guerra y Militarismo en el Postclásico Temprano (950-1150 D.C.).....	93
Tula y los toltecas.....	95
Tula, un rival de Tula en el sur del Altiplano Central.....	117
El Postclásico Tardío (1150-1520 D.C.): El Apogeo del Militarismo en el Altiplano Central.....	125
Situación militar y política en el Altiplano Central durante el Postclásico Tardío.....	126
La organización militar en el Postclásico Tardío.....	151

Causas de la guerra en el Postclásico Tardío.....	197
CAPITULO IV. LA GUERRA EN EL FORMATIVO Y EL CLASICO TEMPRANO DEL ALTIPLANO CENTRAL (1500 A.C.-500 D.C.).....	210
Conflicto en el Altiplano Central durante el Formativo	
Medio y el Problema Olmeca.....	213
El Surgimiento de la Competencia en el Altiplano Central durante el Formativo Tardío (650-300 A.C.).....	233
La Guerra en el Desarrollo de Teotihuacan durante el Formativo Terminal (300 A.C.-150 D.C.).....	242
Competencia en la Cuenca de México durante la primera fase del Formativo Terminal.....	244
Áreas al sur y este de la Cuenca en el Formativo Terminal.....	254
El surgimiento de Teotihuacan como el único centro de poder en la Cuenca a fines del Formativo Terminal.....	256
La Guerra en la Expansión de Teotihuacan en Mesoamérica durante el Clásico Temprano (150-500 D.C.).....	261
El Imperio teotihuacano.....	262
Evidencia arqueológica para la guerra en el Clásico Temprano.....	274
Especulaciones sobre las Causas y Consecuencias de la Guerra durante el Formativo y Clásico Temprano.....	279
CAPITULO V. LA GUERRA EN EL CLASICO TARDIO (500-750 D.C.) Y EN LA CAIDA DE TEOTIHUACAN.....	293
Evidencia Arqueológica para la Intensificación de la Guerra en Teotihuacan durante el Clásico Tardío.....	296
El sistema defensivo teotihuacano.....	296
Aumento de representaciones de temas militares en el arte teotihuacano.....	304
Las armas.....	330
La Desintegración del Imperio Teotihuacano.....	334
La separación de Tlaxcala y Morelos del imperio teotihuacano.....	335
Cambios en la Cuenca de México en el Clásico Tardío....	344
Acontecimientos en la región de Tula y en el Valle de Toluca en el Clásico Tardío.....	345
La Guerra en la Caída de Teotihuacan.....	347
La desintegración del sistema socioeconómico teotihuacano.....	347
Evidencia arqueológica para la guerra en la destrucción de Teotihuacan.....	351
El Papel de la Guerra en el Clásico Tardío y en la Caída de Teotihuacan.....	354
Las causas de la guerra en el Clásico Tardío.....	354
El surgimiento del militarismo en el Clásico Tardío....	360
CAPITULO VI. LA GUERRA DURANTE EL EPICLASICO (750-950 D.C.) UN PERIODO DE FRAGMENTACION POLITICA Y COMPETENCIA EN EL ALTIPLANO CENTRAL.....	373

La Posible Significación de la Cerámica Coyotlatelco.....	375
La Cuenca de México en el Epiclásico.....	380
Las entidades políticas en el norte de la Cuenca.....	381
Las entidades políticas en el sur de la Cuenca.....	384
Interpretación de los datos de asentamiento y cerámicos en la Cuenca de México.....	386
Xochicalco: Contendiente por el Poder en el Epiclásico.....	390
El sistema defensivo de Xochicalco.....	393
La situación de Xochicalco en el Altiplano Central....	400
La Región de Puebla-Tlaxcala en el Epiclásico.....	402
Cholula en el Epiclásico.....	402
Tlaxcala en el Epiclásico.....	404
Cacaxtla, centro fortificado de Tlaxcala.....	405
El Surgimiento de Poderes Regionales en las Áreas al Norte y al Oeste de la Cuenca.....	419
Teotenango en el Valle de Toluca.....	420
El surgimiento de Tula.....	422
El Papel de la Guerra en el Altiplano Central durante el Epiclásico.....	427
CAPITULO VII. CONCLUSIONES.....	433
BIBLIOGRAFIA.....	446
INDICE DE CUADROS.....	470
INDICE DE FIGURAS.....	471
INDICE GENERAL.....	475